

[COMENTARIOS SOBRE EL LIBRO I DE LOS REYES.]

PRÓLOGO DEL COMENTARIO DE SAN GREGORIO MAGNO SOBRE EL PRIMER LIBRO DE LOS REYES.

Dado que Pedro Gussanvillaeus ha considerado que esta obra insigne no debe atribuirse al santísimo Doctor, y que esta opinión ha sido compartida por algunos eruditos, debemos expresar nuestra opinión al respecto antes de que se publique nuevamente.

I. Existen tres opiniones principales sobre el autor de este Comentario. La primera sostiene que Gregorio Magno debe ser considerado su verdadero e indudable autor. Esta opinión ha sido seguida por todos aquellos que han trabajado en la edición de las obras del eminente Doctor durante casi ciento cincuenta años, con la excepción de Gussanvillaeus, el más reciente de todos. Los editores anteriores incluyeron este Comentario en el catálogo de escritos gregorianos como una obra genuina de tan gran Padre. A este juicio se adhieren casi todos los eruditos, no solo de los nuestros, sino también de los heterodoxos que han compilado el índice de las obras del santo Doctor; entre ellos destaca Guillermo Cave, en la historia literaria de los Escritores Eclesiásticos publicada no hace mucho.

II. La segunda opinión, completamente opuesta a la anterior, es la de Pedro Gussanvillaeus, quien elimina por completo este Comentario del catálogo de las obras gregorianas, aunque, como no se puede ocultar, su nombre aún se conserva en la edición de Gussanvillaeus. Sin embargo, el justo hombre admite que este comentario sobre el libro I de los Reyes es digno de Gregorio, lo que insinúa suficientemente con estas palabras que concluyen su juicio y decreto censorio: ojalá pudiéramos atribuir tan piadosa y santa obra a San Gregorio, sin faltar a la verdad.

III. La tercera opinión, que se sitúa casi en medio de las dos anteriores, sostiene que el Comentario fue recopilado y ensamblado por Claudio, discípulo de Gregorio, quien más tarde fue abad del monasterio de Classis, a partir de homilias pronunciadas por San Gregorio sobre el libro I de los Reyes. Esta opinión es apoyada por la mayoría de los eruditos, especialmente Thomassinus en la parte II, libro II, capítulo 28, número 2, y Ludovicus Ellies du Pin, en la Biblioteca de los nuevos Escritores Eclesiásticos, tomo IV, o siglo VI, en Gregorio Magno. Seguiremos este camino intermedio con mayor seguridad, especialmente guiados por el mismo Gregorio, quien en el libro XII, indicción 5, epístola 24, escribe a Juan el subdiácono: Además, porque mi querido hijo Claudio escuchó algunas cosas que dije sobre los Proverbios, el Cantar de los Cantares, los Profetas, los libros de los Reyes y el Heptateuco, que no pude transmitir por escrito debido a mi debilidad, él las dictó según su propio entendimiento para que no se perdieran por el olvido, con la intención de presentármelas en un momento oportuno para que fueran dictadas de manera más precisa. (Cuando me las leyó, encontré que el sentido de mis palabras había sido cambiado de manera muy inadecuada). Por lo tanto, es necesario que tu experiencia, sin excusas ni demoras, acuda a su monasterio, convoque a los hermanos y, con toda veracidad, traigan a la luz todos los documentos que haya llevado de diversas escrituras: recíbelos y envíamelos lo más rápido posible. De esto se deduce que San Gregorio expuso algunas cosas de los libros de los Reyes no por escrito, sino de viva voz; Claudio las recogió y organizó, pero no siempre captó el sentido de su maestro Gregorio, ni su estilo; y el santo Doctor, para evitar que salieran a la luz pública, hizo todo lo posible para que todos los ejemplares le fueran enviados para corregirlos en su tiempo libre; lo cual explicaremos en su lugar.

IV. De esto se entiende fácilmente qué características o notas corresponden a la colección de Claudio, de las cuales no es difícil distinguirla y diferenciarla de cualquier otra obra: ya que está compuesta de las mismas palabras y sentencias de Gregorio, debe reflejar su estilo, su doctrina y su modo de interpretar la Sagrada Escritura, y representar la tendencia a los sentidos morales y alegóricos; aunque a veces, debido a la posible falla de la memoria, Claudio se vio obligado a suplir algunas cosas de su propia cosecha; lo cual fue suficiente para que nuestro Gregorio casi repudiara esta obra.

Imaginemos a un célebre predicador de la palabra divina, que ha pronunciado un elegante discurso sobre la penitencia, el cual, tras ser rápidamente transcrito por un notario, se publica y se da a conocer. Lo lee y lo compara con el autógrafo. Observa que el argumento del discurso es el mismo, la misma división en varias partes, las mismas pruebas tomadas ya sea de las Sagradas Escrituras o de la razón, transiciones similares; casi en todas partes las mismas palabras, casi el mismo estilo: sin embargo, en algunos lugares observa que el discurso está desarticulado y menos coherente. Aquí aparece una palabra obsoleta, aquí se encuentra con un pasaje de la Sagrada Escritura mal explicado; aquí se cita a uno de los santos Padres en lugar de otro; aquí una virtud está delineada con colores más oscuros y un pincel más tosco. Estas cosas ciertamente bastan para que este Orador rechace tal obra como espuria, y se queje abiertamente de que el discurso que él elaboró ha sido corrompido y adulterado. De manera casi idéntica, Gregorio habla de sus Homilías sobre el primer libro de los Reyes y otras partes de la Escritura divina que fueron menos precisamente recogidas. Ahora veamos si el Comentario sobre el libro I de los Reyes del que hablamos aquí lleva las notas y signos que dijimos deben encontrarse en la colección de Claudio.

V. Ciertamente, quien haya leído este trabajo sin distracción y lo haya comparado especialmente con los libros Morales, no negará que refleja el estilo y el discurso de Gregorio; lo cual Gussanvillaeus niega, y ahora debemos demostrar.

Es característico de Gregorio desglosar las sentencias de la Sagrada Escritura que expone con una variedad admirable, y presentar a veces el sentido literal, a veces el típico, alegórico, moral; quien no observe esto en este comentario, debe ser considerado ciego. En él, como en los demás tratados exegéticos de Gregorio, cada verso del libro sagrado se expone con el mismo método, se tuerce, se retuerce y se exprime, de modo que se extrae completamente todo el jugo y sabor que contienen.

VI. En cuanto a la dicción o construcción del discurso, Gregorio se deleita con una cierta disposición inversa de las palabras, con frecuentes transposiciones y casi hipérbatos, de los cuales hemos mostrado numerosos ejemplos en el Prólogo a los libros Morales, de los cuales hemos seleccionado algunos para traer aquí. Libro XXXI de los Morales, número 4: Sabemos que ese rinoceronte, es decir, el príncipe terrenal, cuánta crueldad mostró antes contra el Señor. En lugar de, sabemos cuánta crueldad mostró antes ese rinoceronte, etc. Homilía 8 sobre Ezequiel, número 27: En la cual palabra se muestra cómo el deseo de Jesús ardía en la mente del bienaventurado Jacob. En lugar de, en la cual palabra se muestra cómo el deseo de Jesús ardía en la mente del bienaventurado Jacob. Homilía 32 sobre el Evangelio: Porque el reino de los cielos consta de los reprobados, etc. En lugar de, porque consta de los reprobados, etc. Libro II, Diálogos, capítulo 2: Para que reconocieran que el niño Benito había comenzado la gracia de la conversación desde cuánta perfección. En lugar de, desde cuánta perfección había comenzado el niño Benito, etc. ¿Quién negará que estos ejemplos son completamente similares a los que leemos en el libro I del Comentario, capítulo 2, número 10: Veamos ahora con qué alabanzas de su fecundidad se gloria la santa Iglesia en la voz de Ana. Donde otro diría: Veamos ahora con qué alabanzas de su fecundidad se gloria la

santa Iglesia, etc. Y número 12: Pero donde los reviste de fuerza, es agradable ver cuán fuertes los hizo. Cuando debería decirse: Pero es agradable ver cuán fuertes los hizo, donde, etc. Véase también libro V, capítulo 2, número 18: Recojan al Dios omnipotente, cuán terriblemente deben temerle, y cuán devotamente deben servirle siempre. Nos abstenemos de referir más ejemplos.

Gregorio casi siempre avanza con períodos bimembres y casi bipedales que caen de manera similar, lo cual también se puede observar en nuestro comentarista del libro I de los Reyes, en su obra desde el primer umbral.

VII. Gregorio no rara vez usa verbos deponentes, como dicen los gramáticos, en un sentido pasivo, especialmente el verbo *venerari*, lo cual se demuestra abundantemente en el prólogo general. Esto también se encuentra en el Comentario, como en el libro IV, capítulo 4, número 35: Cuanto más tarde se ve (el Pastor en público), más devotamente se venera, es decir, se cultiva y se honra. Y número 51: Por lo tanto, afirman que poseen la palabra de sabiduría o el espíritu de profecía, no para ser venerados, sino para ser escuchados.

El santo Doctor usa el verbo *innotescere* para significar hacer conocido, como en la homilía 1 sobre el Evangelio, número 1: Se hace conocido cuántos golpes preceden al fin de este mundo, es decir, muestra; lo cual se encuentra en el mismo sentido cientos de veces en los Diálogos y más a menudo en las Epístolas. Pero también se usa no raramente en este sentido por el escritor del Comentario, por ejemplo, libro I, capítulo 2, número 16: Lo que también concibe y da a luz, cuando se hace conocido a los prójimos. Y capítulo 3, número 8: Este signo de fortaleza ni Moisés ni Elías pudieron tener, para que cuando se hicieran conocidos los signos incomparables, etc. Véase también libro II, capítulo 2, número 11: Sin embargo, entonces se hizo conocido que bendijo a los suyos.

Gregorio usa de manera casi peculiar el verbo *debere*, lo cual se hará evidente con algunos ejemplos. Libro XI, epístola 33, escribe a Mariniano: Y por eso me parece que tu fraternidad debe venir a mí antes del tiempo estival; es decir, venga. Allí mismo: Y yo, que me veo próximo a la muerte, debo pasar entre tus manos; es decir, pase. Epístola 34 del mismo libro: Es decir, se debieron hacer cuatrocientos sólidos por separado, y poco después: Queremos que vuestra fraternidad deba erogar, por erogue. Homilía 17 sobre el Evangelio: Para que puedan lamer de la misma roca de sal. En el mismo sentido debe entenderse el verbo *debere* en el libro I del Comentario, capítulo 3, número 14: Porque recibieron todas las Escrituras, para que en ellas debieran encontrar los Sacramentos de la divina Encarnación: es decir, encontraran. Y libro II, capítulo 2, número 20: Para que no debieran castigar a nadie; lo cual es lo mismo que castigarán.

Gregorio a menudo toma adversidad no en un sentido pasivo sino activo, es decir, por la acción de los que nos adversan; sobre lo cual consulta el libro II de los Morales, número 51, y la nota a este lugar, donde lo confirmamos con muchos testimonios. Podría añadirse lo que leemos en el Libro Reg. Pastor. parte III, admon. 16, o capítulo 15: ¿Qué se designa por las nubes que se mueven por el viento, sino las adversidades de los hombres perversos? Es decir, los ataques e impulsos de los perversos que nos adversan. Y en un sentido no muy diferente se encuentra en el libro V del Comentario, capítulo 1, número 15: Porque los santos predicadores nuestros son coronados con mayor victoria, cuando soportan las adversidades de los prójimos (es decir, las adversidades infligidas por los prójimos).

Quienes están acostumbrados al estilo gregoriano, no ignoran cuán frecuentemente, al hablar de Cristo, usa la antítesis de los adverbios *super* e *inter*; como en el libro XV de los Morales,

número 20: El unigénito del Padre supremo, siendo Dios sobre todas las cosas, se hizo hombre entre todas las cosas. Similares se encuentran en el libro XVI, número 37; homilía 7 sobre Ezequiel, número 19; homilía 23 sobre el Evangelio y en todas partes. De la misma manera, el autor del Comentario en el libro I, capítulo 1, número 4: Porque, dice, quien nació entre todos, brilló sobre todos. Me abstengo de traer otros ejemplos. Quienes no son extraños a la lectura y exploración de las obras gregorianas, saben que allí frecuentemente el verbo reformare tiene un significado casi desconocido para otros escritores, o al menos usado por pocos. Libro XXII de los Morales, capítulo y número 1: Para que la mente no caiga en la desesperación, la reforma a la esperanza mediante el recuerdo de sus virtudes. Y número 9 del mismo libro: Le reforma la inteligencia que había perdido. Dos veces en el mismo sentido se encuentra casi al principio de los Morales, y libro II sobre Ezequiel, Homilía 7, número último: reforma el ánimo a la esperanza. En el Comentario, no muy lejos del principio, es decir, libro I, capítulo 1, número 20: Se levantó, porque reformó su ánimo a la instancia de la predicación.

En los escritos gregorianos, especialmente en los Diálogos, hasta el punto de la náusea se lee: hábito de santa conversación. Lo mismo es familiar para quien escribió el Comentario. Léase especialmente libro IV, capítulo IV, número 18.

VIII. Gregorio suele designar al autor del libro del Eclesiástico con el nombre de cierto sabio: como en el libro XXVII de los Morales, número 53: Por cierto sabio se dice: como el hielo en el sereno, etc. Y libro XXXIII, número 23: Por eso se dice por cierto sabio: No digas, las misericordias del Señor son muchas: Véase también libro VII, número 45, y libro XX, número 51. De la misma manera, el comentarista e intérprete del libro primero de los Reyes, libro V, capítulo 4, número 2, citando el capítulo 2 del Eclesiástico, dice: Por eso bien se dice por cierto sabio: Hijo, al acercarte al servicio.

Finalmente, San Gregorio suele citar palabras y sentencias enteras de la Regla de San Benito, como hemos demostrado en el libro I de su Vida, capítulo 3, número 6; lo cual también se aplica al autor del Comentario, como mostraremos de inmediato.

IX. En cuanto a la doctrina, es casi la misma que la de Gregorio. La divinidad de Cristo se afirma excelentemente en el libro I, capítulo 3, números 4, 5, etc. El misterio de la Encarnación se explica muy bien en el libro I, capítulo 1, número 3. Sobre la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía, sobre el sacrificio incruento de la nueva Ley, y sobre el sacerdocio de la religión cristiana, léase libro II, capítulo 1, número 14, y libro III, capítulo 4, número 31. Sobre la visión de Dios concedida solo a los ciudadanos del cielo (lo cual Gregorio prueba a menudo) véase libro I, capítulo 1, número 4. Sobre la Penitencia, la Confesión de los pecados, la Satisfacción, y la Absolución Sacerdotal, consulte libro III, capítulo 5, números 13 y 14.

Al igual que Gregorio, el autor del Comentario fusiona en una sola a las tres santas mujeres, María Magdalena, libro IV, capítulo 4, número 13. Lo que Gregorio afirma sobre Cristo siendo el único entre los hombres libre de la servidumbre del diablo, este escritor enseña en el libro III, capítulo 5, número 9: ¿Qué es, pues, la mano de los filisteos, sino el poder de esos demonios que llevan las almas muertas en pecado a tormentos eternos? De esa mano de los filisteos solo estaba libre quien decía: viene el Príncipe de este mundo, y en mí, etc.

Estas cosas ciertamente parecen demostrar casi que no hay otro padre del Comentario del que discutimos que el mismo Gregorio. Sin embargo, hay algunas cosas, ya sea en el estilo de escritura o en la doctrina, que no saben a Gregorio e indican.

X. 1º El prólogo del Comentario se desvía de la simplicidad gregoriana; parece hincharse con figuras y florecer en exceso.

2º El Comentario mismo está salpicado de algunas palabras que no se encuentran en ninguna parte en las obras genuinas del santo Doctor, como: terrenidad, libro II, capítulo 2, número 27; sonoridad de la predicación, libro IV, capítulo 4, número 27; carnalidad, libro IV, capítulo 5, número 40, y libro V, capítulo 4, número 14; horribilidad libro III, capítulo 5, número 9; vanaglorioso libro V, capítulo 4, número 8; granditud, libro VI, capítulo 2, número 25.

3º Lo que es especialmente notable, quien compuso el Comentario parece desviarse a veces de la doctrina de Gregorio, especialmente sobre el libre albedrío, al que atribuye demasiado. Como si de Dios solo fueran los inicios de la fe y la santidad, y de nosotros el resto, dice en el libro III, capítulo 5, número 20: Porque los buenos deseos nos son dados por la gracia divina; pero nosotros promovemos los dones de la gracia a las victorias de las virtudes mediante el esfuerzo del libre albedrío. Pero no es consistente consigo mismo: pues en el libro IV, capítulo 2, número 9, inclinándose a otro extremo, enseña que a veces los pecadores, incluso cuando quieren, no pueden levantarse del pecado: Porque, dice, por la imitación del Pastor, los reprobos caen en la servidumbre del pecado, y no pueden ser liberados de su yugo cuando quieren. Lo cual confirma un poco más abajo en el número 10: En el conocimiento de la mala imitación, poco a poco se deslizan: pero los ejemplos de su depravación, a los que se someten voluntariamente, no pueden dejarlos voluntariamente. Porque todo el que hace pecado, es esclavo del pecado (Juan VIII, 35). Por lo tanto, aquellos a quienes los pecados dominan por sí mismos, no pueden liberarse de su yugo. Porque a menudo vienen al Señor con oraciones; piden ser liberados, pero no pueden ser escuchados. Porque se trata con ellos por juicio divino, para que quienes no quisieron evitar el mal cuando podían, no puedan evitarlo cuando quieren: y quienes voluntariamente incurrían en males preconocidos, no puedan huir de los experimentados. No habla menos duramente en el libro VI, capítulo 2, número 5, aunque no podemos negar que se lee lo mismo en la parte III del Pastoral, capítulo 15, o admonición 16. Y ciertamente pueden explicarse en un buen sentido sobre los pecadores, que, atados por una mala costumbre, apenas pueden romper sus cadenas, aunque profesen quererlo.

Además, en el libro II, capítulo 1, número 6, parece conceder a los santos después de la muerte solo descanso y seguridad, no gloria; lo cual contradice a Gregorio, especialmente en el libro IV de los Diálogos, capítulo 25.

Entre las imperfecciones de este Comentario se puede notar lo que enseña en el libro V, capítulo 2, número 15, y en otros lugares, que en la antigua ley no solo era lícito odiar a los enemigos, sino también un mandato. Porque no lo entiende de ciertos pueblos que Dios ordenó destruir por idolatría y otros crímenes, sino de cualquier enemigo, interpretando mal estas palabras de Cristo: Se dijo a los antiguos, amarás, etc., y odiarás a tu enemigo (Mateo V, 27); lo cual no lo entiende como un mandato de la ley antigua, sino como una falsa interpretación de la ley inventada por los doctores judíos que adulteraban la palabra de Dios.

Por lo tanto, aunque parece que debemos admitir que el Comentario del que hablamos es obra de Gregorio, no se puede negar que fue interpolado por su discípulo Claudio y en cierta medida alterado, sin haber sido corregido posteriormente por el santo Doctor, quien ciertamente no habría dejado esos defectos. Ciertamente, después de haber escrito la carta mencionada anteriormente (Lib. XII, 24), Gregorio, afligido por tantas enfermedades y

distraído y atormentado por tantas preocupaciones, apenas tuvo tiempo para revisar esta obra de tal magnitud y volver a trabajar en ella. Por eso, su intención fue suprimirla en la oscuridad perpetua. Sin embargo, no debe ser despreciada por esta razón: si se purga de las pocas manchas que indicamos, podría competir en excelencia con las mejores obras de tan gran maestro. XI. Entonces, ¿por qué, preguntas, pensó en rechazarla su primer autor, y se opuso tanto como pudo a que saliera a la luz pública?

Respondemos que la interpolación misma fue una razón suficiente para que fuera rechazada. Sin embargo, la razón principal debe buscarse en la suma modestia y humildad de Gregorio, que era tal que apenas soportaba que sus obras, fueran cuales fueran, fueran leídas y publicadas. Sobre esto, debe leerse en su totalidad la carta mencionada anteriormente. Ciertamente, en la Vida de P. Virgilio Marón, escrita por Tib. Donato, leemos que este poeta, al sentirse agobiado por la enfermedad, pidió con insistencia sus escritos, con la intención de quemar la Eneida: al serle negados, ordenó en su testamento que se quemaran como una obra sin corregir e imperfecta. ¿Quién, por eso, piensa tan mal de la Eneida como para juzgar que debe ser entregada a las llamas? Lo mismo debe decirse de nuestro Comentario. Este debe ser el juicio sobre dicha obra.

Consideramos que se formó a partir de las Homilias pronunciadas por el santo Gregorio sobre el libro I de los Reyes, recopiladas por su discípulo Claudio, y que se publicó con algunos errores atribuibles principalmente a lapsos de memoria. Ahora bien, con qué argumentos intenta P. Gussanvillaeus, con la mejor fe, refutar esta opinión.

XII. 1º Gregorio, que menciona sus obras genuinas en todas partes, guarda silencio sobre esta en todas partes. 2º Un profundo silencio sobre ella entre todos los escritores, ya sean contemporáneos o posteriores, o incluso de épocas mucho más tardías.

Sin embargo, Gregorio habla claramente de las Homilias que pronunció y que Claudio recopiló, y que luego se organizaron en forma de Comentario, en el lugar ya indicado. No es de extrañar que quienes compilaron de alguna manera colecciones de sentencias gregorianas, como Paterio, Tájus, Alulfus, o quienes revisaron las obras del santo Doctor, no mencionen este Comentario. En primer lugar, sus ejemplares siempre fueron muy raros y, por lo tanto, menos conocidos. El mismo Gussanvillaeus admite que, a pesar de toda la diligencia empleada, no pudo encontrar ninguno en Francia, Bélgica, Inglaterra, Roma, Venecia, donde sin embargo se cree que fue impreso por primera vez en 1537, y en Estrasburgo, donde, según Gesner, apareció en la Biblioteca junto con el Pastoral en 1496. En segundo lugar, incluso si algunos de los escritores mencionados hubieran tenido acceso a algún ejemplar, al seguir el ejemplo de Gregorio, que no lo aprobaba, decidieron no extraer nada de él y omitirlo en el índice de obras gregorianas.

Sin embargo, Ratherius, monje de Lobbes y luego obispo de Verona, que floreció alrededor del año 928, al escribir sobre el Desprecio de los Cánones (Spicilegii Acheriani, Tom. II), parte I, poco antes del final, cita algo de este Comentario con estas palabras: "Escuche a Gregorio: la causa, dice, de la ruina del pueblo, son los malos sacerdotes", que se leen en el libro II, capítulo 2, en el verso: "Y les dijo: ¿por qué hacéis tal cosa?" No debemos disimular que lo mismo se encuentra en el libro de la Regla Pastoral, parte I, capítulo 2. Pero en lugar de "causa de la ruina", etc., se lee en el Pastoral, "trampa de la ruina"; de donde se deduce que Ratherius prestó más atención al primer lugar que al segundo. No hay duda de que si se permitiera explorar diligentemente los estantes de todas las bibliotecas y leer libros inéditos, tendríamos muchos otros testimonios sobre este Comentario. Ciertamente, Gussanvillaeus sostiene que la Exposición sobre el Cantar de los Cantares, que se atribuye a Gregorio,

también fue omitida en silencio por todos los escritores, especialmente por Paterio. Sin embargo, en el auténtico y sincero Paterio que vamos a publicar, se encuentra un notable pasaje de esta Exposición, como demostraremos en la advertencia (Ver infra). Pero sigamos refutando las objeciones de Gussanvillaeus.

XIII. El erudito sostiene que el autor del Comentario utiliza la versión Vulgata de la Sagrada Escritura, mientras que Gregorio usaba la Italiana y la Jeronimiana, lo que cree suficiente para probar la diferencia entre ambos escritores. Este tipo de prueba resultó desafortunado para el erudito, ya que solo en cuatro ocasiones dice que el santo Doctor citó el testimonio del libro I de los Reyes, capítulo 15: "¿No eras pequeño?", etc. Pero en ninguno de los lugares asignados por Gussanvillaeus se lee. Además, basta con los ojos para entender que nuestro escritor no siempre usó la versión Vulgata; de hecho, se desvía de ella con mucha frecuencia. Al principio se lee: "hubo un hombre de Ramatha". En la Vulgata, "de Ramathaïim". En el Comentario, "hijo de Hieroboam"; en la Vulgata, "hijo de Jeroam". En el Comentario, "hijos de Thau"; en la Vulgata, "hijos de Tohu". En el Comentario, verso 4, "y dio a Phenenna y a sus hijos e hijas"; en la Vulgata, "y dio a Phenenna su esposa y a todos sus hijos e hijas porciones". Parece superfluo continuar. Del capítulo III de Habacuc se citan en el Comentario libro I, capítulo 3, número 4: "Señor Dios mi fortaleza, establece mis pies en la consumación, y sobre las alturas colócame; para que venza en su claridad"; que difieren completamente de la versión Vulgata. Más adelante se citan muchas cosas del salmo XCVII de manera completamente diferente a como se leen en la Vulgata. En el libro I, capítulo 1, número 10, se lee del salmo LXXXV: "Y adorarán ante ti, Señor, y honrarán tu nombre", mientras que la Vulgata tiene "y glorificarán". Capítulo 2, número 47, en lugar de "y mi copa embriagante", que tiene la Vulgata en el salmo XXII, se encuentra "y mi cáliz embriagante". Pero en un asunto tan claro, sería perder el tiempo en vano. Sin embargo, no niego que algunas cosas de las Sagradas Escrituras se lean aquí de manera diferente que en otros escritos gregorianos. Evidentemente, Claudio, al transcribirlas apresuradamente, no pudo reproducirlas con tanta fidelidad como para no cometer ni un solo error en la representación de los testimonios de la Escritura. Por otro lado, hemos observado muchas cosas en este Comentario que se presentan de manera diferente a como deberían leerse; lo que quizás movió al santo Gregorio a rechazar esta obra como espuria. Sin embargo, es útil advertir sobre estas cosas en este lugar, para no ofrecer ocasión de error.

Al final del libro I, capítulo 1, verso 28 del capítulo I del libro I de los Reyes, se lee: "Lo he encomendado al Señor"; y debe leerse "lo he prestado". Libro II, capítulo 4, aquí el verso 3 del capítulo III. "Sus ojos (de Elí) se habían oscurecido, y no podía ver. La lámpara de Dios antes de que se apagara, Samuel", etc. Se presenta de manera corrupta: "y no podía ver la lámpara de Dios antes de que se apagara"; a la cual ninguna versión apoya. Sin embargo, así lo leyeron Beda, Rábano Mauro, Angelomus, el falso Eucherio; quizás llevados por la autoridad de Gregorio, cuyo nombre leyeron en este comentario. Y esto ciertamente es un argumento muy fuerte de que los escritores citados conocían esta obra: ¿de qué escritor más antiguo habrían tomado esta lectura defectuosa de la Escritura? Libro V, col. 306, se lee: "apareció entonces a la guarnición"; donde debe leerse como en la Vulgata, "Aparecieron ambos a la guarnición". Pero es un error de los copistas, no del autor; ya que en la explicación de este verso dice: "¿Qué significa que Jonatán se dice que apareció a los filisteos con su escudero?" Por lo tanto, leyó: "Aparecieron ambos". Más adelante también se lee: "aparecieron entonces ambos", etc. Sigamos con las demás objeciones de Gussanvillaeus.

XIV. "Ni siquiera", dice, "el estilo mismo tiene el sabor de Gregorio, aunque en algunos lugares el autor intentó imitarlo; lo que quizás dio lugar al error. Pero cuán diferente es del estilo de Gregorio, lo demostrará la simple lectura de las Homilias sobre Ezequiel". Una

prueba breve, pero débil, ya que se basa solo en el testimonio del adversario sin estar respaldada por ejemplos; especialmente si se releen las que hemos presentado en contrario.

Pero, ¿qué más, dice Gussanvillaeus? Si se examinan las palabras del autor, aparecerá más claro que la luz del mediodía que fue un monje; que frecuentemente habla de los monjes y del gobierno y disciplina de los monasterios; lo que prueba con varios argumentos.

XV. No nos resistimos al peso de las razones. Pero, ¿qué de esto milita contra la opinión que defendemos? ¿Niega Gussanvillaeus que Gregorio fue monje y abad de monjes, a quien por lo tanto incumbía hablar frecuentemente sobre la disciplina monástica? Si lo que este escritor dice sobre la vida monástica se compara con la Regla de San Benito, apenas habrá lugar para dudar de que estaba dedicado a la observancia de la misma Regla. En efecto, en la col. 78 leemos "fervor novicio"; que se encuentra en el capítulo 1 de la Regla de San Benito. Al principio de la col. 93 aparece "en el mal de la desobediencia prevaleció la muerte"; palabras que aluden a las del capítulo 2 de la Regla de San Benito, "entonces finalmente para los desobedientes la pena será para ellos la misma muerte prevaleciente". Col. 95, al disertar sobre la obediencia, parece tener en mente lo que enseña San Benito sobre la misma virtud tanto en el capítulo 5 de la Regla como en el capítulo 7. Libro IV, capítulo 4, número 17, se lee: "Que no se conceda fácilmente el camino más estrecho de la vida a los que recién se acercan"; que casi palabra por palabra se extraen del capítulo 58 de la Regla de San Benito. De hecho, no hay duda de que se refiere a San Benito cuando dice: "Por lo tanto, el mejor maestro de esta vida más estrecha, discípulo instruido de la suma verdad, ordena, diciendo: Probad los espíritus, si son de Dios. Y también: Que se le anuncien las cosas duras y ásperas, por las cuales se va a Dios, para que sepa a qué entra"; que se encuentran casi con las mismas palabras en el capítulo 58 de la Regla.

Y de esto surge una conjetura no leve de que Gregorio no pronunció las Homilias sobre el libro de los Reyes al pueblo, como Gussanvillaeus supone gratuitamente, sino a los monjes bajo su cargo, solo en el tiempo en que, después de regresar de la ciudad real, disfrutaba de mayor ocio en el monasterio: las cuales su "hijo", es decir, alumno y discípulo Claudio, se encargó de transcribir.

XVI. Resuelta la controversia sobre el autor del Comentario, quedan algunas, aunque pocas, observaciones sobre la obra misma. Es evidente que está mutilada, aunque sea en una pequeña parte, ya que en el libro I, capítulo 2, número 3, el escritor menciona la explicación del nombre de Elcana mencionada anteriormente, que sin embargo no se encuentra en ninguna parte. Sospechamos que hay una laguna entre los números 4 y 8 del capítulo 1 del libro I, donde se pasa de la explicación de las palabras: "De Ramatha Sophim, del monte Efraín", a estas: "Que tenía dos esposas"; omitiendo aquellas, "y su nombre era Elcana hijo de Hieroboam, hijo de Helí, hijo de Thau, hijo de Sup", de las cuales no se extrae nada en el Comentario.

Aparecen muchas cosas sobre los nombres hebreos que podrían haber sido ilustradas con notas. Pero lo que se podría decir sobre ellos apenas podría contenerse dentro de los límites que nos hemos impuesto en estas notas. Además, quienes deseen instruirse sobre estos temas nunca leerán este Comentario, sino que consultarán a Orígenes y a Jerónimo, especialmente en los libros sobre los nombres hebreos y sobre la situación y nombres de los lugares hebreos. Por lo demás, al hablar de Jerónimo en la nota b al prólogo, col. 2, se nos escapó imprudentemente lo que dijimos sobre el libro de Samuel expuesto por él; ya que quienes de los nuestros están dedicados a la edición de este santo Doctor, niegan la Exposición del libro

de Samuel a Jerónimo. Pero esto aún no se había publicado cuando dispusimos nuestras notas para la nueva edición de las obras gregorianas.

XVII. Ahora es necesario explicar brevemente qué trabajo hemos realizado en esta edición. Como no tuvimos acceso a ningún manuscrito en el que se contuviera este Comentario, a pesar de toda la diligencia empleada, solo lo revisamos en las mejores ediciones, especialmente la de Gilot y la Vaticana, con cuya ayuda eliminamos no pocos errores y restauramos algunas omisiones. También, en ocasiones, cuando todas las ediciones eran defectuosas, no dudamos en corregirlas. Así, en el libro I, capítulo 1, número 1, se leía antes: "hunc per manus iniquorum affligentes"; donde sin duda debe leerse "affligentes", que es la lectura que hemos adoptado. También en el libro II, capítulo 1, número 2, se leía antes "ejus se oculis inhaesisse"; pero la serie del discurso muestra que debe leerse "osculis" en lugar de "oculis"; como también se lee ahora. Cuando solo mediante conjeturas alcanzamos la manera de corregir el discurso corrupto, nos contentamos con inscribir en el margen la lectura que nos pareció mejor.

También, como es nuestra costumbre, dividimos los capítulos, que son más largos, en varios artículos con notas numéricas. En las notas al pie de página, presentamos lecturas variantes o ilustramos algunos pasajes del Comentario. Ojalá el lector pueda cosechar y degustar los mejores y más agradables frutos de nuestro arduo trabajo.

No es pertinente aquí hablar sobre la exposición del Cantar de los Cantares que seguirá a este Comentario, ni sobre las otras obras subsiguientes, ya que hemos prefijado prefacios o advertencias a cada una. Pero en el prefacio a la Exposición del Cantar no debe omitirse el testimonio de San Columbano, quien la menciona entre las obras de San Gregorio junto con el libro de la Regla Pastoral y las Homilias sobre Ezequiel, como se puede ver en la carta de Columbano entre las de Gregorio (Lib. IX, última carta).

SAN GREGORIO MAGNO, PONTÍFICE ROMANO, EN EL PRIMER LIBRO DE LOS REYES, QUE TAMBIÉN SE LLAMA DE SAMUEL, LIBROS DE VARIAS EXPOSICIONES. (C,G,S)*

Prólogo.

1 Después de los libros de Moisés y Josué, y de los Jueces, el octavo o noveno en el canon de las Sagradas Escrituras es el primer libro de los Reyes. Este libro, como muchos otros volúmenes del sagrado discurso, al no haber sido expuesto aún por los doctores de la santa Iglesia, algunos más simples piensan que no es místico, y que no dice cosas sublimes en espíritu, ya que parece narrar cosas más claras en la letra. Pero si leyeran lo que los santos doctores han dicho en otros libros de explicaciones, encontrarían cuán inmensa es la profundidad de esta historia también. Porque a menudo en sus exposiciones lo que aquí se dice claramente en la letra se declara ser muy elevado en la comprensión espiritual, y claramente insinúan que entienden de la historia sagrada algo mucho más sublime de lo que leen externamente en su superficie. Es claro, por ejemplo, que se describe que Elcana, un hombre de Efraín, tenía dos esposas (I Reg. I, 1, 2); que el sacerdote Elí, al ser disuelto por el afecto en la censura de corrección de sus hijos, cae de su silla y muere con el cuello roto (Ibid., IV, 18); que el rey Saúl no quiso obedecer a Dios en la demolición de los amalecitas (I Reg. XV, 9), pero poco después perdió tanto la vida como el reino (I Reg. XXXI, 5). Pero estos hechos, aunque son claros, como les parece a los más simples, los santos doctores no buscaron su comprensión en la simplicidad de la letra, sino en el vuelo de la alegoría, para percibirlos con digna sublimidad. De ahí que, cuando San Agustín (L. XVII de Civit. Dei, c.

4) leía por la historia que Elcana tenía dos esposas, mirando la altura espiritual en la planicie de la lectura, expuso que una tenía el tipo de la Sinagoga, y la otra, porque tenía la figura de la santa Iglesia. San Jerónimo también (Advers. Pelag., lib. I, c. 8; y contra Jovin. lib. I, c. 10) explicó que la muerte del sacerdote Elí y de Saúl no se puso en la historia sagrada solo para asustar a los superiores desobedientes con su castigo, sino también para que, al leerse el rechazo de los antiguos y transgresores rectores, se designara la desaparición de la antigua ley y del sacerdocio. Por lo tanto, la historia sagrada de los Reyes no debe creerse vacía de sacramentos espirituales, porque no ha sido expuesta en serie por los venerables padres, sino que es tanto más alta y profunda, como la vastedad inmensa de un río, que pudo ser extraída en cualquier parte pequeña al exponerla, y al llenar sus vasijas, con el ímpetu de su plenitud, corre diariamente para llenar otras. Así, mientras tomaban algo de esta historia sagrada para fortalecer sus obras, pero pasaban por alto su plenitud en el secreto de su sublimidad sin discutirla, ¿qué más parecían hacer que tomar algo de un inmenso río para ofrecerlo a las mentes sedientas de los fieles?

2. En efecto, seguimos en esta obra presente la costumbre de aquellos venerables Padres, quienes se acercaron a esta vasta historia con el propósito de abrir su entendimiento, aunque no nos atrevemos a exponer su totalidad. Nos diferenciamos de ellos en que no seleccionamos de manera dispersa y de diversos lugares lo que vamos a exponer, mientras que ellos no tomaban una parte ordenada de esta sagrada historia, sino que recogían ciertos testimonios dispersos que debían exponer para la instrucción de los fieles. Confiando, pues, en la ayuda del Dios omnipotente, proponemos explicar desde el principio del volumen hasta la unción del rey David, para que en este breve espacio podamos experimentar si debemos avanzar más en la exposición. Muchos, al proponerse metas desmesuradas, nunca logran ser ejecutores de su propósito, especialmente cuando el tratante de la sagrada palabra asume el papel de un hombre situado en una alta atalaya, mientras que la Escritura sagrada se asemeja a un vasto bosque. Este hombre, situado en lo alto, aunque con aguda visión considera la vastedad del bosque, al mirar las cimas de las montañas, los extremos de las colinas y las altas copas de los árboles, no atiende a cuán grandes valles y extensas llanuras se ocultan en medio. Pero si comienza a recorrer lo que le parece breve, de repente se da cuenta de que, aunque pensaba haberlo visto todo, quedaban muchas cosas que no había visto. Así, a menudo, el viajero desmesurado se engaña, de modo que cuanto más peligroso es el camino que recorre, más lo atrapa el error de la noche, que, como si fuera un corto trayecto, no pensó en completar ni siquiera una parte del día. Así, así, ciertamente, mientras consideramos el entendimiento de la sagrada historia en una cierta cumbre de sus sentidos, con la gracia del Dios omnipotente, miramos desde cierta altura las altas cimas del bosque más oscuro. Pero cuando esos mismos sentidos comienzan a ser considerados y expuestos con más sutileza, se multiplican, como en la superficie, al parecer, de todo el bosque inspeccionado, mientras que los espacios cóncavos de los valles y las extensas llanuras de Matini permanecen ocultos, que no se ven. Por lo tanto, avanzamos con más seguridad si medimos lo que vemos, pensando también que lo que veremos al avanzar debe ser recorrido. Así, mientras proponemos explicar una pequeña parte de la vasta historia, terminamos el curso del camino en la proximidad, tanto por la debilidad de nuestro ingenio como por el temor a la profundidad del sagrado volumen.

3. Pero primero he considerado no tanto instruir como suplicar al lector, que no pese el peso de la sagrada historia con la inanidad de mi exposición, porque las palabras divinas nunca deben ser estimadas por la medida de los tratantes. Pues no deben ser despreciadas porque no se consideren sutilmente; ni son elevadas y venerables porque se expongan con elocuencia y sutileza. Hay otra virtud que entre los sabios del mundo se valora tanto como pueden

exaltarla los ingenios preclaros. Pero la Sagrada Escritura, porque es divinamente inspirada, supera tanto más sublimemente incluso los ingenios preclaros de los hombres, cuanto estos hombres preclaros son inferiores a Dios, y no ven en esa sublimidad espiritual sino lo que les es revelado por la bondad de la dignación divina. Por lo tanto, nadie es tan perfecto en su ciencia que no pueda progresar más allá, porque todo progreso humano es inferior a la altura de la divinidad que la inspira. Por eso, también se dice del Señor a través del salmista: "Quien cubre en las aguas sus alturas" (Sal. 103, 3). Si por el nombre de aguas se designan aquellas profundas inteligencias de los ángeles, mientras se dice que Dios cubre la altura de la sagrada palabra en las aguas, es evidente que el hombre siempre es inferior a aquello a lo que solo se le revelan sus partes inferiores. Por eso, también se ordena a través de Moisés que el residuo del cordero sea quemado en el fuego (Éxodo 12, 10), porque, en efecto, la Sagrada Escritura, que fue dada para conocer al Redentor, debe ser venerada por la dignidad de su sublimidad incluso cuando no se entiende. Así que, aunque no se valore lo que digo, no obstante, debe valorarse que esta Sagrada Escritura, que indignamente expongo, dice muchas cosas buenas y sublimes a aquel a quien el Dios omnipotente quiera abrir sus secretos. La Sagrada Escritura, en efecto, ha sido tan maravillosamente constituida por el Dios omnipotente, que aunque parezca expuesta de muchas maneras, no le faltan secretos que guarden lo oculto, porque casi nunca se expone de tal manera que no queden muchas cosas que puedan ser expuestas diariamente. Con esta incomprendibilidad suya, el Dios omnipotente ha aconsejado con gran disposición a la mutabilidad humana; pues, para que no pueda volverse común por ser conocida, ha sido dispuesta de tal manera que, conocida, se desconozca, y se lea con más agrado cuanto más se aprende diariamente; y mientras siempre revela cosas nuevas, deleita más suavemente.

4. La historia de los Reyes, por lo tanto, porque fue constituida con el mismo espíritu con el que se conocen los demás volúmenes de la Sagrada Escritura, no debe creerse que sea menor en sacramentos, a los cuales no es inferior en el título de autoridad. Pues todos sus escritores se dice que fueron profetas, quienes, mientras narran lo histórico, señalan lo espiritual; hablan de lo exterior y sugieren lo íntimo; proponen lo terrenal para alcanzar lo celestial. Por eso, este primer y segundo libro de la misma historia se atribuye al profeta Samuel, para que por el título del autor se entienda que la historia que escribe no es tanto historia como profecía; letra simple y verdadera, pero muy alta y profunda en la multiplicidad de sentidos ocultos. Nosotros, sin embargo, de tanto peso asumimos lo que podemos llevar según la medida de nuestra pequeñez. Pues aunque es suave en la superficie de la letra, más alta en los tipos de alegoría, útil para instruir en costumbres, clara en la exhibición de ejemplos, en lugares singulares, sin embargo, rehúso tanto afirmar lo histórico como proponer lo típico y lo moral, aunque algunas cosas bajo un solo entendimiento, con la ayuda del Señor, expondré, y otras bajo varios. Especialmente cuando he considerado dedicarme a la obra de escribir en estos tiempos, en los cuales, mientras la antigua preocupación de algunos hombres eclesiásticos se sumerge en la intención mundana, juzgan que los nuevos estudios de escritura son superfluos, ya que no ignoran que abundan los antiguos de venerables doctores. Quienes, sin duda, serían convencidos por la razón, si no presentaran el signo de la calumnia con la frente expuesta. Pues quienes desprecian lo nuevo como nuevo, aquellos antiguos que aprueban, los desprecian por la saciedad de las preocupaciones seculares. A quienes, ciertamente, la Escritura expone a muchos bajo una sola denotación, diciendo: "El alma saciada pisoteará el panal" (Prov. 27, 7). El panal, en efecto, contiene miel nueva. Como si dijera: Mientras se alimenta desmesuradamente de la preocupación de las cosas terrenales, no se alegra en la dulzura reciente de las Escrituras, que suele agradar mucho. Pero porque no encuentran comentarios de los antiguos sobre esta sagrada historia, actúan más correctamente si abrazan la obra de nuestro trabajo con la caridad con la que se dedica a la utilidad de los pequeños de

la santa Iglesia, y en lugar de la molestia de las críticas, nos traen ayudas de oraciones mientras trabajamos en la profundidad de la Escritura como en un altísimo mar. De esta manera, ciertamente, hacen suya la fruta de nuestro sudor, porque mientras aman con benevolencia, lo convierten en un cúmulo de recompensa eterna para sí mismos, y porque esta Escritura, que durante tanto tiempo ha estado tan cerrada e inexplicada, se lleva a la comprensión común, y porque los pequeños de la santa Iglesia, mientras reciben el esplendor de la nueva religión en los velos de la antigua Escritura, son ayudados en el progreso de su devoción.

5. Pero porque en las diversas obras de los santos Padres se encuentran expuestos diversos testimonios de esta historia, el lector debe notar que a veces sigo sus sentidos al tratar, y otras veces me esfuerzo por desentrañar la historia de otra manera, para que la obra que emprendo con la esperanza de la inspiración divina sea válida por la autoridad de los antiguos padres, y no sea fastidiosa para el lector, mientras entre lo que conoce de lo antiguo también le presento lo nuevo que no conoce. A esta pronunciación de sentencias a veces me veo llevado por necesidad, porque si los venerables Padres expusieran todo en serie que tocaron en parte, no podrían observar la serie de locución que parecían mantener. Por lo tanto, mientras paso por alto los entendimientos de los santos Padres, a veces uso la necesidad, a veces la conveniencia, porque también alejo el fastidio del lector, y mientras discuto todo en serie, muchas cosas de en medio vienen contra mí que no permiten seguir las sentencias de ellos. En esta obra, ciertamente, pido al lector que no considere las palabras en comparación con los elocuentes oradores de la santa Iglesia, sino que pese los entendimientos de las sentencias según las razones de la disciplina eclesiástica, porque aunque según la prohibición de Dios no sé plantar un bosque en su casa (Deut. 16, 21), no abandono en nada la regla por la cual se expone fielmente la santa Escritura. Pero también donde menos le agrade lo que el lector experto encuentre, considere que mientras abordo la historia espiritual y profunda en altos sentidos, como las tormentas de un gran mar, no es muy reprehensible si el timón del decir no se lleva con belleza, cuando irrumpen las espumantes cimas de las olas, que a menudo obligan a soltar el timón del gobierno más experto. Así, así, ciertamente, ni el devoto labrador que entra a cultivar un bosque dispone líneas rectas de surcos, si no lo corta primero con el arado repetidamente, porque ninguna facilidad sigue al arte, si ninguna costumbre de cultivo parece preceder a la misma pericia de arar. Pero tampoco nadie considere la planicie de la historia con esta estimación, porque a menudo tanto más difícilmente alcanzamos los secretos de los sentidos espirituales cuanto más lejos vemos el sitio de los accesos secretos en la letra más plana; y no podemos tocar sus cimas porque el grado es inferior desde donde pensamos tocar las cimas. ¿Qué es, en efecto, el entendimiento de la divinidad, sino una cierta celsitud infabable? Y porque el Dios omnipotente se reconoce a través de las Escrituras, ¿qué es la misma sagrada Escritura, sino un cierto grado que se asciende para alcanzar esa sublimidad? Cuantas veces, por lo tanto, la historia es más plana, pero el entendimiento más alto, ¿qué es otra cosa, sino que tal grado tiene esa sublimidad desde el cual no puede ser fácilmente alcanzada? Si, por lo tanto, el lector ve algo indecente incluso en la explicación de la historia más plana, tanto más benignamente podrá dar perdón, cuanto más razonablemente reconoce que, mientras no avanzamos más allá de lo que se ve en lo plano hacia aquellas sublimidades, fácilmente vacilamos. Por lo tanto, los primeros volúmenes, porque contienen tanto los sacramentos de la santa Iglesia como muestran las costumbres del hombre elegido, puestos en el estudio de la buena conversación, los expongo bajo ambos entendimientos por separado, para que cuando en los actos de los antiguos reconozcamos las razones de la nueva fe, también tomemos de ellos la edificación de nuestra conversación. Pero también porque en la salvación de los fieles la fe es anterior a las obras, la significación típica, como sólido

fundamento, la adelantamos, sobre la cual se imponga o siga la estructura de toda la obra emprendida en la exposición moral o histórica.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

(I. Reg. I, 1.) Hubo un hombre de Ramataim Zofim, del monte de Efraín, y su nombre era Elcana, hijo de Jeroham, hijo de Eliú, hijo de Tohu, hijo de Zuf, efrateo.

1. ¿A quién, pues, nos insinúa este hombre, sino a nuestro Señor y Redentor, quien apareció en la debilidad de nuestra carne, y sin embargo no sometió esa misma debilidad de la naturaleza asumida a las blandicias de una vida más relajada? Hombre, en efecto, se nombra por virtud: El hombre, sin embargo, creado en el paraíso, tuvo guerra con el ángel apóstata, a quien, sin embargo, no se preocupó de resistir con virtud condicional. Creado fuerte, pero sometido débilmente al enemigo, no fue hombre por la confrontación, quien lo fue por el don. Así, pues, se hizo fuerte, de modo que la naturaleza humana condenada no podría prevalecer sobre el enemigo victorioso, si no asumiera esta quien había existido por encima de los hombres. Se hizo, pues, nuestro luchador, nuestro Creador. Pero si fue hombre, se conoce si se considera por la virtud mostrada. Asumió nuestra naturaleza, que, mientras vencía en él, reparaba la nobleza creada, y se hacía en el Redentor fuerte lo que en Adán había sido fuerte débil (Mat. IV). A quien, ciertamente, mientras ayunaba, el tentador se presentó en el desierto, renovó las armas de su antigua victoria, lanzó los dardos de la gula, la soberbia y la arrogancia; pero cuando lo encontró resistiendo en todo. Hombre, pues, brilló por la victoria, quien superando al fuerte ya victorioso ángel apóstata, no le mostró el poder de su divinidad, sino la debilidad de la humanidad. Este hombre, considerando el profeta Jeremías, dice: "La mujer rodeará al hombre" (Jer. 31, 22). Este lo muestra Zacarías, diciendo: "He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente" (Zac. 6, 12). Este el bienaventurado apóstol Pedro, predicando a los judíos, dice: "Jesús Nazareno, hombre aprobado por Dios entre vosotros, con virtudes, prodigios y señales: a este, entregado por el determinado consejo y presciencia de Dios, lo prendisteis y matasteis por manos de inicuos" (Hech. 2, 22-23). A este mismo Redentor, hablando Cleofás en el camino, dice: "De Jesús Nazareno, que fue profeta, poderoso en obra y palabra" (Luc. 24, 19). Hombre, en efecto, fue, quien en este mundo expulsó de la Iglesia al antiguo enemigo, y en el infierno, muriendo, lo ató. Y porque quien muriendo debilitó las fuerzas del infierno, resucitando nos abrió el acceso a la eternidad, la magnitud de su virtud no solo nos la mostró viviendo, sino también muriendo y resucitando. Porque, pues, nuestro Redentor se conoce que realizó obras de gran virtud por la humanidad que asumió, correctamente se dice que quien lo significa en tipo fue hombre.

2. Pero debe preguntarse por qué se dice hombre uno. Pues si esta unidad se refiere al número, parece superfluo: cada uno es uno, y no dos. Y el santo Samuel, por quien se escriben estas cosas, no debe creerse que comenzó en vano contra la costumbre de los escritores de la santa Iglesia. Pues el escritor de aquel volumen, cuando conducía la vida del bienaventurado Job como ejemplo para los fieles, comenzó así: "Hubo un hombre en la tierra de Hus, llamado Job" (Job 1, 1). También el evangelista Lucas, cuando al principio de su Evangelio decía las alabanzas del justo sacerdote, dice: "Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías" (Luc. 1, 5). Pues ni aquel dijo: Hombre uno; ni el evangelista: Hubo un sacerdote uno. ¿Qué es, pues, lo que el profeta elegido comenzó contra el uso de los escritores tal exordio? Pero porque no solo era escritor, sino también profeta, sabía de quién hablaba la historia; y quien era dicho por la historia, sabía a quién significaba. Lo que, pues, narra de la historia contra el uso de la historia, lo dice en el entendimiento de la

alegoría para el uso de la fe católica. Por eso, con esta nueva costumbre, toda la Iglesia confiesa a la vez que Dios y hombre es uno Cristo. Dice, pues: "Hubo un hombre uno"; porque hablaba del Dios hombre, para afirmar su deidad y humanidad, y no otra persona del verbo que asume y del hombre asumido, sino una y la misma de Dios y hombre, lo cual, sin embargo, puede referirse convenientemente a la excelencia de su dignidad. Pues aunque la santa Iglesia no tuvo otro Redentor, tuvo algunos hombres por la manifestación de la virtud. Mientras, pues, se dice uno, se demuestra incomparable.

3. Pues no tuvo igual, quien mientras consultó al género humano con vida y palabra excelente, pudo dar con don singular los dones de la Redención. Por eso, también Pablo dice: "Recibiendo la abundancia de la gracia y del don de la justicia; reinarán en vida por uno, Jesucristo" (Rom. 5, 17). Esta dignidad de su excelencia, reprochando a los judíos por sí mismo, dice: "Si no hubiera hecho entre ellos obras que nadie más hizo, no tendrían pecado" (Juan 15, 24). También el salmista, considerando la excelencia de su belleza, dijo: "Hermoso en forma sobre los hijos de los hombres, la gracia se derramó en tus labios" (Sal. 44, 3). Testificando Isaías en él el bien singular de la Redención, dice: "Verdaderamente él llevó nuestras enfermedades, y cargó con nuestras iniquidades" (Isa. 53, 4). También el eterno Padre, mostrando su dignidad singular, clamó desde la magnífica gloria diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido" (Mat. 3, 17; 17, 5; 1 Ped. 2, 17). Era un hombre uno, a quien Pedro confesando, dice: "No hay otro nombre dado bajo el cielo, en el cual debemos ser salvos" (Hech. 4, 12). Esta magnitud de su excelencia la afirma Pablo, diciendo: "El Señor lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre" (Filip. 2, 9). Y porque la excelencia de su virtud no solo supera a los hombres elegidos, sino también a todos los ángeles bienaventurados, predicando Pablo a los hebreos, dice: "Quien siendo el resplandor de su gloria, y la figura de su sustancia, y sosteniendo todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo hecho la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la majestad en las alturas, hecho tanto mejor que los ángeles, cuanto más excelente que ellos ha heredado un nombre. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo alguna vez: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy? Y otra vez: Yo seré para él Padre, y él será para mí Hijo" (Heb. 1, 3-5). Correctamente, pues, se dice hombre uno, a quien nadie se compara. Pero a quien tanto hemos reconocido, escuchemos ya de dónde era.

4. De Ramatha Sophim, del monte Efraín. Ramatha, Sophim y Efraín son nombres hebreos, cuyo primero en nuestra lengua significa Visión consumada, el segundo, Atalaya; y el tercero, Fructífero o fructificante. ¿Y qué es la visión consumada, sino el conocimiento perfecto del Dios omnipotente? Esta visión consumada la insinúa el doctor de los Gentiles, diciendo: Ahora vemos por espejo en enigma, pero entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido (I Cor. XIII, 12). ¿Y qué son las atalayas, sino aquella sublimidad de los ángeles? La atalaya, en efecto, se elige en lo alto para una visión más clara. Ramatha Sophim se dice correctamente: porque ese conocimiento perfecto de nuestro Creador solo puede ser poseído por aquellos bienaventurados ciudadanos que están en aquella sublimidad celestial. El resplandor de la luz eterna, en su plenitud, no se contempla en lo bajo de este exilio presente, sino desde el estado de la sublimidad eterna. Por eso se dice bien que Ramatha Sophim está situada en el monte Efraín. ¿Qué es el monte Efraín, sino el cielo? Es un monte fructífero, que siempre produce las flores de la eterna belleza y los frutos del gozo inagotable. Y se dice bien que Ramatha y Sophim están situadas en el monte Efraín, porque esa visión eterna del Dios omnipotente y esa altura de los ciudadanos bienaventurados no se encuentra en la tierra, sino en el cielo. De Ramatha, en efecto, insinuándose, dice: Como me conoce el Padre, y yo conozco al Padre (Juan X, 15). De aquí dice de nuevo: Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo,

y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mat. XI, 27; Luc. X, 22). De la atalaya, es decir, de lo sublime, fue quien increpando a los judíos, dice: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo (Juan VIII, 23). Del monte Efraín fue quien dice: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 51). Juan Bautista, afirmando que él era del monte Efraín, dice: El que viene de arriba, está por encima de todos (Juan III, 31). De aquí el salmista dice: Desde el extremo del cielo es su salida (Sal. XVIII, 7). De aquí el doctor de los Gentiles dice: El segundo hombre es del cielo, celestial (I Cor. XV, 47). Por tanto, el hombre que se dice que fue uno, se afirma que existió de Ramatha Sophim del monte Efraín: porque quien entre todos nació, brilló sobre todos, apareció tan grande en la tierra porque vino del cielo. De Ramatha Sophim fue, porque aunque aquí resplandeció incomparable, la magnitud de su excelencia no se comprende, sino donde su conocimiento perfecto se exhibe a los ciudadanos eternos. Pues aquí, quien lo había contemplado en la excelencia de su virtud, decía: Lo que hemos visto y oído, y nuestras manos han tocado del Verbo de vida (I Juan I, 1). Pero porque no había visto la magnitud de su excelencia, nos la promete en Ramatha, diciendo: Cuando aparezca, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2).

5. Sin embargo, con el nombre de este monte, puede designarse a la beatísima siempre Virgen María, Madre de Dios: pues fue un monte que trascendió toda la altura de la criatura elegida por la dignidad de su elección. ¿No es María un monte sublime, que para alcanzar la concepción del Verbo eterno, elevó la cima de sus méritos por encima de todos los coros de ángeles, hasta el trono de la deidad? Isaías, profetizando la dignidad preeminente de este monte, dice: En los últimos días, el monte de la casa del Señor será preparado en la cima de los montes (Isa. II, 2). Fue un monte en la cima de los montes, porque la altura de María resplandeció sobre todos los santos. Pues así como el monte designa la altura, la casa designa la habitación. Se dice adecuadamente monte y casa, porque, ilustrada con méritos incomparables, preparó un vientre sagrado para el Unigénito de Dios, en el que reposaría. Pues María no sería un monte en la cima de los montes, si la fecundidad divina no la elevara por encima de la altura de los ángeles. Y no sería la casa del Señor, si en su vientre, por la humanidad asumida, no yaciera la divinidad del Verbo. Pero correctamente se dice monte fructífero, del cual se genera el mejor fruto, es decir, el nuevo hombre, que ciertamente en la gloria de su fecundidad, el profeta contemplando, dice: Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces florecerá (Isa. XI, 1). De este fruto del monte, David, exultando ante Dios, dice: Alaben los pueblos, oh Dios, alaben todos los pueblos, la tierra ha dado su fruto (Sal. LXVI, 6). La tierra dio su fruto, porque el que la Virgen dio a luz, no lo concibió por obra material, sino por la sombra del Espíritu Santo (Luc. I, 35). De aquí se dice al mismo rey y profeta por el Señor: Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono (Sal. CXXXI, 11). De aquí Isaías dice: Será el fruto de la tierra sublime (Isa. IV, 2). Pues el que la Virgen engendró, no solo fue un hombre santo, sino también un Dios poderoso. De este fruto, al saludar a la misma bienaventurada Virgen, Isabel dice: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre (Luc. I, 42). Por tanto, correctamente se dice monte Efraín, que mientras se eleva con la inefable dignidad de la generación divina, en su fruto, los áridos brotes de la condición humana reverdecen. Por tanto, el hombre hecho de Ramatha Sophim fue del monte Efraín: porque quien por el poder de su divinidad creó a los ángeles, tomó la forma de humanidad de la carne de la excelsa Virgen. Y porque quiso nacer, no de los infieles, sino de los fieles, por la humanidad que asumió, sigue: Hijo de Jeroboam, hijo de Elíú, hijo de Tau, hijo de Suf.

6. Se asignan cuatro nombres de padres: porque cuando el Señor tomó carne del pueblo fiel, tuvo por padres, a través de la humanidad, a aquellos que ilustró con la gloria de tantas virtudes principales. Por eso, no a un infiel, sino a un fiel Abraham, se le dice por la promesa

divina: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra (Gén. XXII, 18). De aquí el evangelista Mateo, tejiendo el orden de su generación, dice: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham (Mat. I, 1). De aquí, hablando por sí mismo a la mujer samaritana, dice: La salvación viene de los judíos (Juan IV, 22). De aquí Pablo dice: De quienes es la adopción de hijos, y la gloria, y el pacto, y la legislación, y el culto, y las promesas: de quienes son los padres, de los cuales es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos (Rom. IX, 4-5). A quienes, en efecto, porque también les asistió la prudencia en el conocimiento de las cosas; la justicia, por la cual deseaban disponer rectamente lo conocido; la fortaleza, por la cual podían ejecutar lo que querían, lo bueno; la templanza, por la cual discretamente perfeccionaban todo, se les designa adecuadamente con el número cuaternario.

7. Sigue: Efrateo. ¿Por qué, si se dice que es del monte Efraín, se afirma que es Efrateo? Pero esto se entiende literalmente, porque evidentemente alguien pudo ser del monte Efraín, que no nació de la tribu de Efraín. Se dice, por tanto, Efrateo, para que quien se muestra del lugar, también se reconozca de la estirpe de la progenie. Y porque Efrateo significa fructífero, correctamente se atribuye esto a la persona del Redentor, quien es proclamado por la profecía: Será como un árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo (Sal. I, 4). Pues apareciendo en la plenitud del tiempo predeterminado, convirtió las flores de la doctrina celestial en frutos de los elegidos; y cuantos se unió a sí mismo del género humano, como tantos frutos produjo para la eternidad: en cuyo lugar, mientras se describe la vida del Redentor, también se demuestra latentemente la perdición del diablo. Pues fue del monte Efraín, y sin embargo, no fue Efrateo: porque ciertamente cayó del cielo, pero el árbol malo no dio buen fruto.

(Vers. 2.) Que tenía dos esposas, el nombre de una era Ana, el nombre de la segunda, Penina: y Penina tenía hijos, pero Ana no tenía hijos.

8. ¿Qué se expresa por Penina, sino la Sinagoga? ¿Y qué se figura por Ana, sino la santa Iglesia? Se dice que Penina tenía hijos: porque cuando nuestro Redentor apareció en la carne, encontró hijos nacidos en la fe de la sinagoga, por la Ley que había dado, por los profetas que había enviado. Pero Ana no tenía hijos, porque la santa Iglesia, entonces nueva y recién unida al esposo celestial, aún no daba a luz predicando. Por eso, con la voz del mismo esposo en el Cantar de los Cantares se le dice: Nuestra hermana es pequeña, y no tiene pechos (Cant. VIII, 8). O ciertamente no se dice que no tenía hijos por desigualdad de edad, sino por la infecundidad de la esterilidad. ¿Cuál es, entonces, la esterilidad de Ana, sino la dureza de Judea? Pues la dureza de corazón de los judíos, que no pudo convertir a la fe del Redentor, ciertamente fue estéril. Pero es de notar que Penina, que se dice que dio a luz primero, se nombra como la segunda esposa. Primero, en efecto, la sinagoga dio a luz hijos en la fe, pero sin embargo, fue menor en dignidad que la santa Iglesia. Por tanto, fue la segunda esposa, no en el tiempo de la unión conyugal, sino en la desigualdad de la prerrogativa. Sigue:

(Vers. 3) Y aquel hombre subía en los días señalados de su ciudad, para adorar y sacrificar al Señor Dios de los ejércitos en Silo.

9. ¿Qué ciudad espiritual del Redentor, sino la Escritura sagrada? Esta ciudad, en efecto, ha proporcionado a sus ciudadanos tantas defensas como preceptos; tantas armas les ha dado como consejos de salvación. ¿Qué fue, entonces, para nuestro Redentor ascender, sino revelar en la forma de humanidad las alturas de su divinidad? Y porque se le conoce en la sagrada Escritura, se dice correctamente que ascendía de su ciudad. Los días señalados son las promesas sobre él, puestas en las sagradas Escrituras. Son días, en efecto, porque brillan para

los elegidos para conocerlo. También son días señalados, porque no ignoramos que los antiguos Padres los pusieron en la misma sagrada palabra. Moisés prefiguraba el día de su ascenso, cuando decía: El Señor os levantará un profeta de entre vuestros hijos, como a mí mismo lo escucharéis (Deut. XVIII, 18). También señalaba el día quien decía: No faltará cetro de Judá, ni legislador de entre sus pies, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la esperanza de las naciones (Gén. XLIX, 10). Señalando el día de este ascenso, dice Miqueas: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre los príncipes de Judá: porque de ti saldrá un gobernante que pastoreará a mi pueblo Israel (Miq. V, 2). De aquí Isaías dice: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se llamará su nombre Emanuel (Isa. VII, 14). Pues cuantas promesas hay sobre él en la Ley y los profetas, tantos días señalados vemos para su ascenso. Pues ascendía como en días señalados, cuando decía a los judíos: Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis tener vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí (Juan V, 39). De aquí dice de nuevo: Si creyerais a Moisés, creeríais también a mí, porque de mí escribió él (Juan V, 46). Ascendió, por tanto, en días señalados, porque mostró apareciendo los signos de las promesas que puso en las sagradas Escrituras. Pero los días señalados pueden entenderse como los esplendores de los milagros prometidos en su venida. Estos días, en efecto, el profeta Isaías, contemplándolos señalados, dice: Decid a los de corazón apocado: Fortaleceos, no temáis: he aquí que vuestro Dios vendrá con venganza, con retribución; él mismo vendrá y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos oirán: entonces el cojo saltará como un ciervo, y la lengua de los mudos se soltará (Isa. XXXV, 4-6). Pero veamos si ascendió en esos días señalados. Preguntado por Juan si él era el que había de venir, o esperaban a otro, respondió a los discípulos enviados, y dijo: Id y decid a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los pobres son evangelizados; y bienaventurado el que no se escandalice de mí (Luc. VII, 19). Ascendió, por tanto, en días señalados, quien para disipar de los corazones de sus elegidos la oscuridad del error antiguo, resplandeció con tantos esplendores de promesas de milagros. Pero ascendió para adorar y sacrificar, porque quiso ser conocido para redimir muriendo a quienes había enseñado viviendo. Adoró, en efecto, porque se ofreció a Dios Padre como ejemplo de los elegidos, todo humilde y abatido por la obediencia. Sacrificó, porque quien nos dio ejemplos de humildad viviendo, se entregó a Dios Padre en el altar de la cruz como ofrenda y víctima, y redimió muriendo a quienes había enseñado viviendo. Conocía que ambos eran muy necesarios para nosotros, y por eso no ofreció uno sin el otro. Pues cuando nació en Belén de Judá, Herodes lo buscó con engaño para matarlo (Mat. II, 13); pero si entonces el Redentor muriera, ciertamente sacrificaría, y no adoraría: porque se convertiría en víctima muriendo, pero no habría enseñado viviendo a quienes debía liberar con su muerte. Y si, enseñándonos viviendo, despreciara morir, ciertamente adoraría y no sacrificaría. Para adorar, huyó del rey que lo perseguía a Egipto, y para sacrificar, reprendió a Pedro que le disuadía, diciendo: Apártate de mí, Satanás, porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres (Mat. XVI, 23). Insinuando que adoraba, dice: No he venido a hacer mi voluntad, sino la del que me envió (Juan VI, 38). De aquí dice también: Hago siempre lo que le agrada (Juan VIII, 29). Insinuando que sacrificaba, dice: Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar: nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar (Juan X, 17-18). Y poco antes: Yo soy el buen pastor, que pongo mi vida por las ovejas (Juan X, 11). Viendo que sacrificaba, Pablo dice: Se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad (Efes. V, 2). Ascendió, por tanto, para adorar y sacrificar: porque se mostró con tantos milagros para instruirnos con palabras y ejemplos, y para superar nuestra muerte muriendo.

10. Pero es de notar que cuando se dice que el Efrateo asciende para sacrificar, el Dios omnipotente, a quien sacrifica, es llamado Dios de los ejércitos. ¿Por qué se conoce que esto sucede, sino porque con la muerte del Redentor no solo se redimía al pueblo judío, sino a todas las naciones? ¿Qué son, en efecto, las multitudes fieles de las naciones, sino el ejército de Dios omnipotente? A estos ejércitos, exhortando el salmista a exultar en el triunfo de su rey, dice: Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con voz de júbilo (Sal. XLVI). Viendo que estos se reúnen, dice: Todas las naciones que has hecho vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre (Sal. LXXXV, 9). Se dice, por tanto, Señor de los ejércitos, porque ciertamente por la muerte del Señor no solo se reúne la elegida Judea, sino que todas las naciones son llevadas al servicio del Dios omnipotente; que mientras conducen robustas filas de fieles con las armas de las virtudes contra los enemigos ocultos, llegan a los reinos celestiales por la gloria del triunfo.

11. También se declara el lugar de la inmolación, porque se dice: En Silo. Silo se interpreta como enviado o misión. ¿Qué se designa por esta misión, sino el mandato de obediencia impuesto al Unigénito por el Padre supremo? ¿Qué significa que se dice que inmola en Silo, sino que no se entregó a la muerte de otra manera que como lo había mandado el Padre? No habría inmolado en Silo, si hubiera muerto de otra manera que como lo había mandado el Padre. Por eso, él mismo dijo: Como el Padre me ha mandado, así hago (Juan XIV, 31). De aquí Pablo dice: Se hizo obediente al Padre hasta la muerte de cruz (Filip. II, 8). En Silo, por tanto, adoró y sacrificó: porque tanto viviendo como muriendo, hizo la voluntad de su Padre. Sigue:

(Vers. 3.) Allí estaban los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, sacerdotes del Señor.

12. De quienes se pregunta correctamente por qué se les llama sacerdotes del Señor, cuando no mucho después se les refiere como hijos de Belial. Pero si esto se pregunta simplemente sobre los hijos de Elí, se responde fácilmente: porque en ese tiempo se les llamaba sacerdotes del Señor, cuando los sacerdotes de los ídolos se denominaban por los nombres de los falsos dioses. Cuando se les llama sacerdotes del Señor, se les distingue por los signos de la fe de los adoradores de ídolos. Con estas palabras se proclama su fe, y no su vida: porque ejercían la maldad en sus obras, pero no erraban en la fe del Creador. Lo cual, sin embargo, se atribuye convenientemente a los prelados de Judea en el tiempo de la encarnación divina. Se dice que eran dos sacerdotes, y esto mismo no se refiere a la alabanza de la virtud, sino a la reprensión de la astucia. Por eso, el Señor mismo les amenaza, diciendo: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos! (Mat. XXIII, 27).

13. Pero, ¿qué significa que se dice que estaban allí? Si Silo, es decir, misión, significa aquel mandato del Padre supremo, ¿cómo estaban allí los prelados de Judea, que no veneraron al que se le había encomendado, sino que lo expulsaron y mataron? Sin embargo, estaban allí, porque aunque cruelmente se ensañaron en la muerte del Señor, no consiguieron con esa crueldad lo que pretendieron al ensañarse, sino que cumplían el consejo del Padre eterno en la muerte de su Unigénito. Su consejo fue, en efecto, entregarlo a la muerte para que el pueblo no pudiera creer en él; pero quien tenía a sus perseguidores como ayudantes del mandato paterno impuesto, resucitó muerto, y todo el mundo creyó en él. Allí estaban, en efecto, los hijos de Elí, Ofni y Finees, es decir, en la misión: porque nuestro Redentor, para cumplir la voluntad de su Padre, tuvo a los prelados de los judíos como colaboradores; aunque ellos no creyeran que le favorecían, a quien no temieron matar. Por eso sigue:

(Vers. 4.) Llegó el día, y Helcana sacrificó, y dio a Penina, y a sus hijos e hijas, porciones.

14. ¿Qué día creemos que es este, sino aquel que las Sagradas Escrituras testifican que Isaías estableció, diciendo: "Como oveja será llevada al matadero, y como cordero en silencio ante el que lo trasquila, no abrirá su boca" (Is. LIII, 7)? En efecto, llegó el día cuando la claridad del oráculo prometido mostró el tiempo de la Pasión del Señor. Entonces Helcana ofreció sacrificio, porque nuestro Redentor se ofreció al Padre eterno en sacrificio para nuestra absolución mediante la muerte en la cruz. Entonces dio partes a Fenena y a sus hijos e hijas, porque ciertamente llevó a los elegidos de Judea, que encontró en el infierno, a las alegrías del paraíso. Las partes de ellos son los dones de las alegrías eternas. Por eso el salmista, eligiendo el lugar de su suerte, dice: "Mi porción, Señor, está en la tierra de los vivientes" (Sal. CXLI, 6). Bien se menciona por separado a Fenena y a sus hijos e hijas al recibir las partes. Fenena representa a los doctores de Judea, los hijos a sus oyentes más fuertes, y las hijas a los más débiles, sus súbditos. Por lo tanto, se menciona por separado a la madre, a los hijos y a las hijas: porque debido a los méritos desiguales de los elegidos antiguos, sus premios no fueron iguales. Sigue:

(Vers. 5.) Pero a Ana le dio una parte triste: porque amaba a Ana.

15. ¿Qué significa que cuando dio partes a Fenena, a sus hijos e hijas, no estaba triste, pero cuando dio una parte a Ana, se dice que estaba triste? Pero, ¿qué es la única parte de Ana, sino la aflicción temporal de la santa Iglesia? Esta parte le daba cuando decía: "En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará; vosotros estaréis tristes" (Juan XVI, 20). Esta parte le daba cuando encomendaba a Pablo a Ananías, diciendo: "Ve, porque este es un instrumento escogido para mí, para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto debe sufrir por mi nombre" (Hechos IX, 15 y 16). Por eso, en su aceptación, el mismo doctor de los gentiles se gloria, diciendo: "Completo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo" (Col. I, 24). De nuevo dice: "Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús" (Gál. VI, 17). Y dice: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo" (Ibid., 14). En efecto, había recibido una parte del esposo, quien decidió gloriarse solo en la cruz. Así, cuando dio partes a Fenena, Helcana no estaba triste; porque nuestro Redentor, después del triunfo de la muerte, ya había devuelto a los elegidos de la sinagoga a las alegrías del paraíso. Pero dio una parte a Ana estando triste, porque no podía dejar de compadecerse de ella, a quien dejaba como esposa de la muerte y heredera de la cruz. Por eso, cuando Esteban sufría, se dice que Jesús estaba de pie con los cielos abiertos (Hechos VII, 55). Estar de pie es compadecerse.

16. Lo que se añade, "porque amaba a Ana", puede entenderse como la causa de ambas cosas. Pues si alguien acepta que estaba triste porque amaba a Ana, o que por eso le dio una parte, no carece de buen entendimiento. Porque si no la amara, no querría compadecerse de sus sufrimientos. ¿Por qué se la saca de Egipto, sino porque se la invita al sufrimiento? Pero se le prometen lugares que manan leche y miel. Por tanto, cuando se dice que le da una parte, se dice que la ama: porque nuestro Redentor, aunque confió a la santa Iglesia el trabajo de su cruz, le estableció dones de retribución mucho más excelentes en el cielo. De cuya pasión, explicando sus incrementos, añade y dice:

(Vers. 6 y 7.) Pero el Señor había cerrado su vientre. También la afligía su rival, y la angustiaba tanto que le reprochaba que el Señor había cerrado su vientre.

17. En efecto, el Señor cerró el vientre de la santa Iglesia, porque por su juicio supremo no pudo engendrar al pueblo judío en la fe de nuestro Redentor. Su rival la afligió, porque la sinagoga se ensañó contra ella con amenazas y reproches. Pero a ella, a quien ni las amenazas ni los insultos quebrantaron, también le infligía tormento. Por tanto, se dice que no solo la afligía, sino que la angustiaba mucho: porque la rechazada Judea, contra la elegida Iglesia, la movió con terror de amenazas y la golpeó con azotes. Por eso, de Saulo, el perseguidor, se dice en los Hechos de los Apóstoles: "Saulo, aún respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se acercó al sumo sacerdote y le pidió cartas para Damasco, para que si encontraba a algunos de este camino, los llevara atados a Jerusalén" (Hechos IX, 1 y 2). Porque quien respiraba amenazas y muerte, ciertamente afligía y angustiaba a la Iglesia, a la que no bien emulaba. Pues confiesa haber sido su rival, diciendo: "Porque habéis oído acerca de mi conducta en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la Iglesia de Dios y la devastaba, y progresaba en el judaísmo más que muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres" (Gál. I, 13, 14). Y porque Judea cayó en un abismo de tal condenación que se alegra de ser rechazada por la eterna reprobación de Dios, se añade: "Tanto que le reprochaba que el Señor había cerrado su vientre". Pues aún lo consideraba un gran logro que no pudiera convertirse a la fe. Como si el profeta, admirado por la magnitud de su ceguera, dijera: Está tan oprimida por la oscuridad del error que se burla de los buenos porque ella misma no puede llegar a ser buena. A quien ciertamente la santa Iglesia, compadeciéndose de su perdición, sigue:

(Vers. 7.) Pero Ana lloraba

18. Pues también expresó los lamentos de su dolor, diciendo: "Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón: desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis parientes según la carne" (Rom. IX, 2, 3). Y porque no recibió gozo de su conversión, se añade:

(Vers. 7.) Y no comía.

No comería, si hubiera tenido la alegría de la conversión completa de Judea. Por tanto, lloró y no comió, porque quien se dolió por la pereciente Judea, no recibió gozo de su salvación. Pero el alimento de la alegría, que no se da a la santa Iglesia por la conversión de los judíos, se le ofrece por la exhortación del esposo. Pues las palabras de su predicación, aunque los oyentes reprobos no las reciban, no carecen de la recompensa de la retribución. Porque el Dios omnipotente recompensa tanto lo que se ofrece a los reprobos sin su progreso, como lo que los predicadores elegidos sufren de adversidad, lo pesa en la balanza del justo juicio como ganancia de retribución. Por eso se añade apropiadamente:

(Vers. 8.) Entonces Helcana, su esposo, le dijo: Ana, ¿por qué lloras? ¿Y por qué no comes? ¿Y por qué se aflige tu corazón? ¿No soy yo mejor para ti que diez hijos?

19. Como si el Redentor dijera al alma del doctor por el consuelo de la inspiración interna: En vano te quejas de la pérdida del lucro de la predicación, pues recibes un fruto tanto más abundante cuanto más afecto de caridad muestras incluso a los enemigos. Por lo tanto, te duele por lo que deberías alegrarte. Y porque él mismo es la recompensa de los elegidos, pregunta diciendo: "¿No soy yo mejor para ti que diez hijos?" Ana daría a luz diez hijos si la primitiva Iglesia hubiera engendrado al pueblo judío bajo el decálogo de la Ley en la fe. Y porque algunos, predicando, benefician a otros, que en muchas cosas desagradan al Creador, se muestra con razón que su esposo es mejor para Ana que diez hijos. También puede designarse la perdición de la misma Judea por el hecho de que se pregunta por qué llora.

Como si dijera: Se lamenta en vano, a quien no se le concede por la oración de los justos. Por tanto, cuando pregunta: "¿Por qué no comes?", se le insinúa la alegría por la conversión de los gentiles. Como si dijera: Cuando debes engendrar al mundo entero, en vano no te alegras de que la que fue rechazada no abandone las tinieblas del error. Sigue:

(Vers. 9 y 10.) Entonces Ana se levantó después de haber comido y bebido en Silo, mientras el sacerdote Elí estaba sentado en su silla junto a los postes del templo del Señor, y con amargura de alma oró al Señor llorando abundantemente.

20. ¿Qué fue entonces para la santa Iglesia comer, sino recibir el alimento del consuelo por la exhortación divina? ¿Y qué fue para ella beber, sino alegrarse con la dulzura de la consolación interna infundida? Pues si el alimento fortalece, la bebida alegra; tomamos alimento cuando, al ver las recompensas eternas, nos fortalecemos en medio de las adversidades. Y como si después del alimento bebemos: porque cuando el alma del elegido se fortalece en la contemplación de los bienes eternos, se alegra más abundantemente en medio de las grandes adversidades que soporta, cuanto más ve las retribuciones mayores reservadas en el cielo por sus grandes trabajos. En efecto, audaz por la restauración celestial entonces recibida, renueva sus fuerzas, para que tanto más desprece las cosas terrenales cuanto más la eleva el amor de las cosas celestiales. Por tanto, después de haber comido y bebido, se recuerda que Ana se levantó. Se levantó porque reformó su ánimo para la insistencia en la predicación.

21. Y porque el pueblo judío aún tenía los ritos de sacrificios, aún el honor del magisterio legal, y la sublimidad de la dignidad pontifical, se dice que el sacerdote Elí estaba sentado en su silla. Pero como ese magisterio de la Ley no podía exhibirse espiritualmente, sino carnalmente, no estaba dentro del templo, sino ante los postes del templo. ¿Qué es el templo del Señor, sino la inteligencia espiritual de las Sagradas Escrituras? Los postes del templo son la Ley y la Profecía. Por eso, en el monte, el Señor apareció transfigurado en medio de Moisés y Elías (Mat. XVII, 3; Luc. IX, 30): porque entonces se contempla el esplendor de su divinidad, cuando no en la letra que mata (II Cor. III, 6), sino en el significado espiritual de la Ley y la profecía, se buscan sus sacramentos. Elí, por tanto, estaba sentado ante los postes del templo, es decir, afuera, porque los doctores de la sinagoga estaban expulsados de la inteligencia espiritual de las Escrituras, y sin embargo, en la subversión del pueblo sujeto, tenían la autoridad del magisterio y la dignidad de la prelación. Pero se escribe que Ana lloró con amargura de alma.

22. Y porque hemos referido la bebida de Ana a la alegría de la santa Iglesia, que se muestra alegre, ¿cómo se narra que lloró con amargura de alma? Pero puede entenderse razonablemente que la contemplación de la retribución celestial la había elevado a alegrarse, y la compasión por la rechazada Judea la incitó a afligirse con amargura de alma. Atrapada entre los torbellinos de una gran persecución, exultó al revelársele las recompensas celestiales, pero cayó en amargura porque vio perecer al pueblo elegido. Por eso, orando, se describe que lloró abundantemente, para que con el don de tan gran afecto pudiera obtener del Señor la salvación de su pueblo. Todo esto también puede entenderse de otra manera. Pues en Silo, es decir, en el ministerio al que fue enviada, comió; porque aunque no pudo ganar a todo el pueblo judío, sin embargo, predicando, convirtió a muchos de ellos a la fe del Redentor. Por eso, al predicar Pedro, en un día creyeron cinco mil hombres (Hechos IV, 4), y en otro, tres mil (Hechos II, 41). Y porque lo que bebemos, podemos tragarlo más fácilmente que lo que comemos: Ana comió y bebió, porque difícilmente convirtió a unos, pero fácilmente a otros predicando. Pues a la predicación de Pedro, en un momento creyeron muchos miles, pero Pablo no creyó antes de que se opusiera vehementemente a los mismos

predicadores con amenazas y muertes. Pero después de que Ana comió y bebió en Silo, se levantó: porque cuando quitó de Judea a aquellos que estaban predestinados para la vida eterna, se preparó para la predicación a los gentiles. Pero se muestra qué tipo de hijo deseaba engendrar por lo que se añade:

(Vers. 15.) E hizo un voto, diciendo: Señor de los ejércitos, si al mirar ves la aflicción de tu sierva, y te acuerdas de mí, y no te olvidas de tu sierva, y das a tu sierva un hijo varón, lo dedicaré al Señor todos los días de su vida, y la navaja no pasará sobre su cabeza.

23. ¿Qué significa que Ana pide al Señor un hijo varón, sino que desea que aquellos a quienes la santa Iglesia engendra predicando sean fuertes en la perfección evangélica? En comparación con la perfección evangélica, aquellas obras de la Ley que parecían fuertes, no eran fuertes, sino débiles. Allí se mandó: "Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo" (Lev. XIX, 18). Pero en el Evangelio, el Señor ordena, diciendo: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian" (Mat. V, 44). Allí se corta la impureza de la fornicación del cuerpo, para que la fortaleza de la conducta, como un sexo varonil, sobresalga, incluso se corta del corazón el pensamiento impuro: "El que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón" (Mat. V, 28). Por tanto, la sinagoga, que engendró al pueblo judío con la debilidad de los preceptos, no dio a luz un sexo varonil, sino más bien femenino. Así, cuando Ana pide que se le dé un sexo varonil, ¿qué otra cosa se ve que desea, sino engendrar por el Evangelio a aquellos que sean fuertes y sobresalgan tanto en la pureza exterior del cuerpo como en la caridad interna?

24. Y porque el orden de los predicadores no busca la gloria humana por la conversión de los gentiles, se añade: "Lo dedicaré al Señor todos los días de su vida". Al Señor se da un hijo cuando el predicador no se apropia de las alabanzas de lo que engendra predicando. Se lo dedica al Señor todos los días de su vida cuando no atribuye a sus propios favores las virtudes en las que el súbdito mejora. Los días de la vida del elegido súbdito son las santas virtudes que iluminan su alma resplandeciendo para que no se oscurezca en el camino de la patria celestial por la noche de los vicios.

25. Pero el orden perfecto del predicador, mientras desprecia tener favores por el lucro de la predicación, no toma los bienes temporales de los súbditos ambicionándolos. Por eso se añade bien allí: "Y la navaja no pasará sobre su cabeza". La navaja, cuando pasa sobre la cabeza, corta el cabello. ¿Qué se designa por el cabello, que es superfluo al cuerpo, sino la abundante copia de la sustancia terrenal? ¿Y qué se expresa por la navaja, sino la codicia de los malos pastores? La navaja pasa sobre la cabeza del hijo cuando los bienes de los súbditos son arrebatados por la codicia de los predicadores. Por eso, al pueblo delincuente de Judea se le dice por el profeta: "Tus pastores son lobos al atardecer, que no dejan nada para la mañana" (Sof. III, 3). Los pastores se convierten en lobos al atardecer, porque cuando este mundo se oscurece y disminuye al final, no temen arrebatar los bienes de los súbditos. No dejan nada para la mañana, porque mientras ansían las cosas terrenales, cuando el juicio futuro se acerca, no reservan para sí las recompensas que deben recibir. A quienes Miqueas denuncia, diciendo: "Los profetas que seducen a mi pueblo, que muerden con sus dientes y predicán paz; y si alguien no pone algo en su boca, santifican guerra contra él" (Miq. III, 5). Los profetas seducen al pueblo del Señor cuando los predicadores reprobos confunden los juicios de sus oyentes. Y mordiendo con sus dientes anuncian paz, porque en el apetito de su rapacidad, mientras aceptan los dones terrenales de los malvados, les prometen la seguridad del perdón divino. Santifican guerra contra aquellos que no ponen algo en su boca, porque también aterrorizan a los justos con sentencias severas, quienes no les ofrecen cosas terrenales a su antojo. Ponen la navaja sobre la cabeza del hijo cuando, bajo el pretexto de la

caridad, predicaban las cosas celestiales para quitarles las terrenales por codicia. Que la santa Iglesia no tenga ciertamente esta navaja para saquear a los súbditos, el doctor ilustre lo muestra en sí mismo, diciendo: "No busco el don, sino el fruto" (Fil. IV, 17). De nuevo dice: "El que predica el Evangelio, que viva del Evangelio. Pero yo no he usado de este derecho" (I Cor. IX, 14, 15). Porque quien no se preocupa por recibir de los súbditos los alimentos necesarios, muestra claramente con qué sublimidad de desprecio mundano refutaría las ganancias deshonestas y los dones ilícitos. Por tanto, cuando Ana promete que la navaja no pasará sobre la cabeza del hijo, insinúa claramente las costumbres de la santa Iglesia, que engendra a los elegidos para la vida eterna hablando, pero nunca toma sus bienes temporales por avaricia. Pero porque esto se dice de Ana aún prometiendo y no engendrando, se añade apropiadamente:

(Vers. 12.) Y sucedió que mientras ella multiplicaba sus oraciones ante el Señor, Elí observaba su boca.

26. ¿Qué fue para la santa Iglesia multiplicar sus oraciones ante el Señor por el deseo de engendrar, sino insistir con oraciones continuas por la conversión de la sinagoga? ¿Y qué es que el sacerdocio judío observe su boca, sino que aceche la predicación de la santa Iglesia? Observó su boca, porque se esforzó vehementemente por reprimir la recta predicación de la fe. Bien se dice que observó su boca cuando ella multiplicaba sus oraciones, porque tanto más astutamente se esforzó por dañarla cuanto mayores reconoció sus deseos en la insistencia de la predicación. De hecho, no observaría su boca, sino que la atendería, si hubiera querido escuchar la predicación de nuestra fe para el fruto de su salvación. Sigue:

(Vers. 13.) Pero Ana hablaba en su corazón, solo sus labios se movían, y su voz no se oía en absoluto.

27. ¿Qué es el corazón de la santa Iglesia, sino la devota y erudita felicidad de los fieles que está dentro de ella? Anna habló en su corazón, porque la predicación de la santa Iglesia solo benefició a aquellos que debían ser iluminados con la verdadera luz por la divina predestinación. ¿Qué es el movimiento de los labios, sino la promoción de señales en los santos predicadores? Quienes, aunque parecían estar en lo más bajo como labios que hablan externamente, cuando daban vista a los ciegos, oído a los sordos, vida a los muertos, ciertamente mostraban grandes movimientos de méritos. Por eso, aquel gran labio de la santa Iglesia, mientras hablaba, parecía estar en lo más bajo, porque no solo era humilde en palabra y conversación, sino también sublime en el poder de las señales, elevándose hasta el cielo, diciendo: Nuestra conversación está en los cielos (Filipenses III, 20). Así, Helí solo vio los labios de Anna moverse y no escuchó su voz, porque el sacerdocio judío admiró las obras de los apóstoles, pero no fue promovido a la salvación por su predicación. La voz de Anna no se escuchaba, porque aunque la santa Iglesia era admirable en la manifestación de señales, cuando pronunciaba las palabras de la predicación, encendía a los extraños en el amor del Redentor. Pero, ¿qué piensa Helí de ella, a quien no entiende? Sigue:

(Vers. 13.) Helí pensó que estaba ebria.

28. Esto también lo reconocemos según la historia de los Hechos de los Apóstoles, porque en los días de Pentecostés los santos apóstoles fueron considerados ebrios, cuando, llenos del Espíritu Santo, hablaban las maravillas de Cristo en todos los idiomas (Hechos II, 4). Espiritualmente, la santa Iglesia es considerada ebria, a la que Judea no estima que afirme la verdad, sino que predique herejías y falsedades. Sin embargo, estaba ebria, no por la bebida

del error, sino por la plenitud del Espíritu Santo. De hecho, la ebriedad suele cambiar el corazón, alienar la mente. Con el corazón cambiado, avanzaba quien recientemente, entrando en casas, aterrorizando a los fieles con amenazas, desgarrando con asesinatos, ya predicaba que Jesús, a quien había perseguido, era el verdadero Hijo de Dios omnipotente (Hechos IX, 5, 20). Por eso, gloriándose de haber perdido la locura del sentido anterior, dice: Yo, que antes fui blasfemo, perseguidor e insolente, pero alcancé misericordia porque lo hice por ignorancia (I Timoteo I, 13). Testificando que había recibido otro corazón, dice: Nosotros tenemos la mente de Cristo (I Corintios II, 16). Por eso, cuanto más predicaba, más intensamente, cuanto más había recibido en la mente de Cristo la fuerza de un mayor amor. Pero mientras la santa Iglesia amaba ardientemente, mientras predicaba con confianza lo que amaba, el sacerdocio de los judíos consideraba sus palabras como una carga de impaciencia, no en la dulzura de la devoción. Por eso sigue:

(Vers. 14.) Y le dijo: ¿Hasta cuándo estarás ebria?

Y porque intentó imponerle silencio, añadió:

(Vers. 14.) Deja un poco el vino con el que estás embriagada.

29. Anna dejaría el vino con el que estaba embriagada, si la santa Iglesia, vencida por las amenazas de los judíos, hubiera enfriado su fervor de predicación. Y porque intentaban quitarle el sentido de la predicación, se le ordena a Anna dejar un poco el vino. ¿No fue Helí quien ordenó a Anna dejar el vino, cuando los príncipes de los judíos, después de azotar a los apóstoles, les ordenaron que no hablaran más en el nombre de Jesús? Pero porque no quisieron dejar el vino con el que estaban embriagados, respondieron diciendo: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos V, 29). Y de nuevo: No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído (Hechos IV, 20). Pero porque la santa Iglesia, entre las palabras de libertad, guardó la virtud de la mansedumbre, sigue:

(Vers. 15.) No, señor mío.

30. Llamó señor a aquel a quien ofreció el ministerio de la predicación, pero llamándolo señor, negó estar ebria; para someterse al orden superior con humildad y contradecir la falsa objeción con la verdad. Llamándolo señor, lo honró; y negando estar ebria, mostró humildemente lo que no era. Sin embargo, la objeción de ebriedad hacia la santa Iglesia puede ser entendida de otra manera. Pues mientras insistía en el ministerio de la predicación evangélica, mientras venía a la gran gloria de los pueblos por el lucro de los creyentes, los sacerdotes de los judíos no pensaban que aspirara a la cumbre de los bienes eternos, sino que deseaba la gloria de la sublimidad terrenal. Por lo tanto, cuando se le llama ebria, se le reprende por posponer las cosas celestiales y desear las terrenales, con el estado de mente trastornado.

31. Pero la que despreció los bienes transitorios del mundo, dice: No, señor mío. Porque soy una mujer muy infeliz. Como si dijera: Tú piensas que deseo la felicidad del mundo transitorio, pero yo me veo tanto más infeliz cuanto más reconozco que las alegrías de mi felicidad están lejos de aquí. Porque creo que allí seré feliz, aquí me considero muy infeliz, ya que no codicio ninguna gloria. La santa Iglesia se llama mujer por su fecundidad, muy infeliz por su fortaleza, porque iba a dar a luz al mundo con la palabra, y no podría despreciar perfectamente la gloria del mundo si el amor supremo no la fortaleciera con una fortaleza admirable; o fue muy infeliz porque se dolió mucho por la perdición de su pueblo. A quien ciertamente el sabio Salomón, admirándola vehementemente, dice: ¿Quién encontrará una

mujer fuerte? (Proverbios XXXI, 10). En este lugar también se debe notar que no dice mujer infeliz, sino muy infeliz soy. Porque ciertamente fue muy infeliz, a quien ningún halago del mundo le agradó. O ciertamente se declara muy infeliz, quien recuerda que fue expulsada de las alegrías de la vida eterna por el mérito de la primera culpa, a las que no puede regresar sino a través de muchas tribulaciones de esta vida. Pues no sería muy infeliz si pudiera regresar a las perdidas alegrías del paraíso sin la tribulación presente. De ahí que Pablo, mostrando la inevitable carga de esta extrema infelicidad, dice: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios (Hechos XIV, 21). Como si la santa Iglesia respondiera al sacerdocio judío que le reprocha: Tú me atribuyes un reino en la felicidad del tiempo, pero el mío es aquel al que no se llega sino desde la aflicción de mucha tribulación, sigue:

(Vers. 15.) No he bebido vino ni nada que pueda embriagar.

32. No bebió vino, porque no buscó ganancias temporales del oficio de la predicación. No bebió nada que pueda embriagar, porque no fue derribada por la concupiscencia de los vicios de la carne. Según el sentido anterior, no bebió vino, porque no tuvo nada de la perversidad herética en su sustento. Bebería algo que pueda embriagar, si se hubiera dejado engañar por la elocuencia de la palabra. Pero porque enseñó la verdad con recta intención, añadiendo, dice:

(Vers. 15.) Sino que he derramado mi alma ante el Señor.

33. Derramar el alma ante el Señor es predicar el conocimiento de la palabra de Dios concebido en la mente por el solo amor del Creador. El alma se derrama cuando el innato entendimiento de la palabra de Dios se divulga para la utilidad de los oyentes. Pues quien predica la palabra de Dios por favores humanos, quien por beneficio terrenal, porque se atiende a otra cosa de la predicación, esa palabra del alma no se profiere ante el Señor. Por eso el doctor de los gentiles afirma, diciendo: No somos, como muchos, adulterando la palabra de Dios, sino que hablamos con sinceridad, como de parte de Dios, en presencia de Dios, en Cristo (II Corintios II, 17). Anna, por tanto, derramó su alma ante el Señor, porque la santa Iglesia, perfecta en la cumbre de todas las virtudes, pronunció grandes palabras de elocuencia en la instrucción de los fieles, pero de las palabras de vida solo deseó agradar a Dios. También encomienda el ministerio de su predicación, diciendo:

(Vers. 16.) No consideres a tu sierva como una de las hijas de Belial, porque he hablado hasta ahora por la multitud de mi dolor y tristeza.

34. Como si dijera: La que te habla de los bienes de la vida eterna, no merece ser despreciada como una idólatra. También se declara su sierva, para que reconozca por el nombre del ministerio que aspira a servirle para las ganancias eternas. Sigue: Porque he hablado hasta ahora por la multitud de mi dolor y tristeza. Como si hablara más claramente, y dijera: Reconoce de aquí que no tengo nada del espíritu maligno, porque vengo a hablar por el gran castigo de la persecución, y no dejo la insistencia de la predicación vencida por ningún castigo. También el dolor de Anna puede referirse al afecto de la santa Iglesia, su tristeza a la pasión. Habló por la multitud de su dolor, quien pronunció la palabra de la predicación al pueblo judío que perecía por el afecto de la compasión. Lo que Pablo insinúa, diciendo: Digo la verdad en Cristo Jesús, no miento, testimonio me da mi conciencia en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón: desearía yo mismo ser anatema por mis hermanos, mis parientes según la carne, que son israelitas (Romanos IX, 1, 2, ss.). Pero quien insinúa que habla por la multitud de su dolor, que diga si habla por la multitud: De los

judíos cinco veces recibí cuarenta azotes menos uno, tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado (II Corintios XI, 24). La santa Iglesia, soportando pacientemente las adversidades, manifestando humildemente la virtud de su inocencia y verdad, persuadió hablando a algunos sacerdotes de Judea sobre el bien de su predicación. Por eso se añade:

(Vers. 17.) Entonces Helí le dijo: Ve en paz, que el Dios de Israel te conceda lo que le has pedido.

35. Primero Helí contradijo a Anna con insultos mientras oraba, pero después se complació en su devoción. ¿Qué es esto, sino que el sacerdocio judío, y a través de otros ministros de su oficio, se opuso a la predicación de la Iglesia, y a través de otros, finalmente, consintió en la verdad de nuestra fe conocida? Pues se dice de los que se opusieron, que después de azotar a los apóstoles, les ordenaron que no hablaran más en el nombre de Jesús (Hechos V, 40). Pero de los que consintieron, el mismo Lucas menciona, diciendo: Una gran multitud de sacerdotes obedecía a la fe (Hechos VI, 7). Entonces Helí oró por el deseo de fecundidad de Anna, cuando aquella gran multitud de sacerdotes, obedeciendo a la fe, deseó que el número de los elegidos se multiplicara por la predicación de la santa Iglesia. Ciertamente deseó que fuera en paz, porque deseó que obtuviera el fruto de la predicación sin el dolor de la pasión. Y porque la santa Iglesia se complació en su deseo, sigue:

(Vers. 18.) Que tu sierva halle gracia a tus ojos.

Como si dijera: Según la mirada de tu deseo, que la obra de mi ministerio sea seguida por la gracia de la disposición divina. Sigue:

(Vers. 18.) Y la mujer se fue por su camino, y comió, y bebió, y su rostro no volvió a cambiar.

36. La mujer se fue por su camino, porque la santa Iglesia predicó la palabra de fe a los gentiles. Lo que también los apóstoles, amenazando a los judíos, dicen: Puesto que os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hechos XIII, 46). Bien se dice mujer cuando se va, porque iba a dar fruto en los gentiles por la predicación del Redentor. Comió y bebió, y sin embargo su rostro no volvió a cambiar, porque tuvo grandes ganancias de la conversión de los gentiles, pero también encontró la persecución que había sufrido en Judea entre los gentiles. Pero explicando el orden en que se fue, dice:

(Vers. 19.) Y se levantaron de mañana, y adoraron ante el Señor; y regresaron, y llegaron a su casa en Ramá.

37. ¿Qué significa que antes se dice de Anna sola singularmente: La mujer se fue por su camino, y ahora pluralmente: Se levantaron de mañana, sino que se entiende que descendió con su marido? Y porque el esposo de la santa Iglesia es el Redentor del género humano, que ya había ascendido a los cielos, cuando dejaba a Judea sumida en la oscuridad de su incredulidad, ¿cómo puede entenderse ahora de Anna y de su marido Elcaná en el tipo de Cristo y la Iglesia que se levantan juntos de mañana y regresaran juntos a su ciudad? Pero porque ya hemos dicho que la ciudad de Ramá designa la patria celestial, ¿cómo se ajusta esto a la santa Iglesia, que no ascendió inmediatamente a la patria celestial cuando cesó de predicar a los judíos? Pero porque el Señor resucitado de entre los muertos, enviando a los doctores en la predicación, dice: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo XXVIII, 20), no es absurdo que se entienda que la santa Iglesia se levanta y regresa con él. Pues quien nunca abandona a sus elegidos por su presencia espiritual,

permanece con los que están de pie y se va con los que parten. Ramá, sin embargo, designa la patria celestial, pero no dijimos que no pueda significar nada más. ¿Qué significa entonces en este lugar, sino el cumplimiento de la profecía en la vocación de los gentiles? Ramá, de hecho, se dice visión consumada, como ya dijimos. ¿Qué es la vocación ya cumplida de los gentiles, sino la visión consumada de los profetas? Pues afirmaba la visión, pero no consumada, quien aún pronunciaba lo que había visto en el futuro, diciendo: Todas las naciones que has hecho vendrán y adorarán delante de ti, Señor (Salmo LXXXV, 9). De nuevo promete, diciendo: Todos los reyes de la tierra lo adorarán, todas las naciones le servirán (Salmo LXXI, 15). Por lo tanto, la promesa de los profetas se llama con razón visión consumada, porque ciertamente, por la voluntad de Dios, según sus oráculos, todas las naciones creyeron en el Redentor del género humano. Se dice que Anna se levanta de mañana con su marido, porque la santa Iglesia pasó a los gentiles con la palabra de la predicación en el amanecer de la luz interior. O se levanta de mañana, porque dejó a Judea en la noche de la incredulidad. También se levanta de mañana, porque encontró un camino próspero en la conversión de los gentiles. Y adoró ante el Señor, porque en el rechazo de la Sinagoga veneró el juicio incomprensible del Dios omnipotente. Adoró y se fue, porque cuando se retiró de la predicación de su pueblo por la sola ordenación del Dios omnipotente, obedeció al juicio divino que no pudo penetrar entendiéndolo. Adorando, sin embargo, regresó, porque propuso cumplir el ministerio de la predicación en la vocación de los gentiles, pero solo buscó el modo de esa misma predicación en la contemplación suprema. Regresar para los predicadores es recurrir a la luz de la contemplación divina. De allí, de hecho, extraen la luz con la que brillan para la veneración de los fieles y que infunden hablando en las mentes de sus oyentes. De ahí que el predicador egregio es llevado primero a los secretos del tercer cielo, y así se dice que dispone las cosas terrenales, y entrando en los secretos del paraíso percibe palabras que no es lícito al hombre hablar (II Corintios XII, 2), para que pueda discernir y hablar útilmente afuera. Anna, por tanto, se recuerda que regresó, porque la santa Iglesia, mientras dispuso las cosas terrenales, en la contemplación de Dios a la que a menudo regresa, se instruye sobre cómo deben disponerse esas mismas cosas terrenales. Y entonces finalmente llegó a su casa, porque pudo colocarse en la devoción de los oyentes, cuando conoció el modo de acercarse a ellos volviendo arriba. La devoción de los gentiles construyó la casa de la santa Iglesia primitiva, que, mientras se la construía en ellos, la habitó con la solicitud de su custodia. Esta casa se describe como situada en la visión consumada, porque no pudo ser construida antes de que llegara el tiempo predicho por los profetas de su vocación. Sigue:

(Vers. 19 y 20.) Y Elcaná conoció a Anna su esposa, y el Señor se acordó de ella. Y sucedió que después de un ciclo de días, Anna concibió y dio a luz un hijo.

38. Elcaná conoció a Anna su esposa cuando nuestro Redentor vio el tiempo prefijado para la vocación de los gentiles, cuando al infundir la gracia del amor supremo en el seno de la nueva esposa, la santa Iglesia, generó de ella una nueva prole de fieles. Pues como si aún no la conociera, cuando los predicadores que querían pasar a Asia fueron prohibidos por el Espíritu Santo (Hechos XVI, 6). De ahí que cuando enviaba a sus discípulos a predicar a Judea, la Verdad misma prohíbe diciendo: No vayáis por el camino de los gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos (Mateo X, 5). Pero cuando Elcaná conoció a Anna su esposa, entonces el Señor se acordó de ella, porque la gentilidad pareció entonces venir a la memoria de Dios, cuando la santa Iglesia, unida al Verbo de Dios por la gracia del amor, es visitada en la salvación. ¿Qué es en este lugar el ciclo de días, sino la manifestación de la voluntad divina mostrada en innumerables rayos del Espíritu Santo? Que ciertamente, mientras exhibe innumerables claridades de la disposición suprema a las mentes de sus predicadores, suspendidas en la contemplación, ciertamente, como si fueran muchos días, el ciclo de los

tiempos los contiene cerrados. El ciclo de días precede a la concepción de Anna, porque el Verbo de Dios no se infunde en la santa Iglesia para enseñar antes de que los rayos de la disposición suprema sean plenamente reconocidos por ella. Que concibiendo dio a luz un hijo, porque aquellos que engendra en la fe del Redentor son robustos en nueva conversación.

(Vers. 20.) Y llamó su nombre Samuel, porque lo había pedido al Señor.

39. Samuel se interpreta como, su nombre es Dios. ¿A quién, entonces, nos insinúa más adecuadamente Samuel, sino al orden de los predicadores que fue llamado a la fe desde la gentilidad? Porque es fuerte en conversación, sublime en poder, y mientras en él se ve una señal especial de la gracia divina, las devotas multitudes de oyentes son conducidas a la veneración de su predicación, su nombre se declara correctamente por su denominación. De ahí que se dice al Señor a Moisés: Te he puesto como dios para Faraón (Éxodo VII, 1). De ahí que también prohibiendo en la ley, dice: No injuriarás a los dioses (Éxodo XXII, 28). Y se debe notar que cuyo nombre se dice dios, fue hijo, no hija, porque ciertamente la dignidad pastoral, cuando se deprime con una conversación débil, no se adorna con el esplendor de un nombre tan alto. Porque el orden de los doctores promovido al ministerio de evangelización desde la gentilidad no fue inferior a la gracia de su dignidad excelsa por el mérito de sus méritos, se dice correctamente ahora: Llamó su nombre Samuel, porque lo había pedido al Señor. Y se debe notar que en este lugar se dice pedir lo que mereció pidiendo. Por lo tanto, se muestra con palabras claras por qué el primogénito de Anna se llama con un nombre tan grande. Lo cual es como si dijera: Por eso le impuso un nombre tan grande, porque aquel que nace por el don supremo fue grande por el mérito de sus méritos. Pero para mostrar con qué cuidado lo cuida la madre providente, sigue:

(Vers. 21 y 22.) Subió entonces su marido Elcaná, y toda su casa, para ofrecer el sacrificio solemne y su voto; pero Ana no subió. Pues dijo a su marido: No iré hasta que el niño sea destetado. 40. ¿Y qué es el sacrificio solemne, sino aquella ofrenda de amor de la santa Iglesia, por la cual se une al Creador en la contemplación eterna? A este sacrificio subió entonces Elcaná, cuando nuestro Redentor, ya triunfante sobre la muerte, ya superando las tinieblas de nuestra debilidad, elevó al cielo la carne que asumió para nuestra salvación. Con él subió toda su casa, porque elevó a los primeros elegidos de la Sinagoga a la altura de la inmortalidad. Entonces ofreció el sacrificio solemne, cuando se presentó al Padre eterno en el cielo a través de la materia de su carne glorificada, y alegró a la naturaleza de los ángeles, así como por nuestra redención, también por su restauración. A este sacrificio solemne es invitada Ana, porque la santa Iglesia es encendida por la exhortación espiritual del esposo celestial hacia la contemplación eterna de la claridad divina a través de los deseos cotidianos de amor. Sin embargo, se abstiene de su ascenso, 24 para amamantar al hijo, porque para beneficiar aquí a los pequeños de Cristo, soporta pacientemente la dilación de su gloria. ¿Acaso no fue invitada a la inmolación de este sacrificio solemne aquella madre que decía: Deseo partir y estar con Cristo (Fil. I, 23)? Pero quien es atraído por los deseos de amor hacia la figura del esposo, si ama amamantar al hijo, diga: Permanecer en la carne es necesario para vosotros (Ibid., 24). Con qué alimento también se insinúa que alimentó a los corintios, diciendo: Os di a beber leche, no alimento sólido (I Cor. III, 2). Amamantar a los pequeños de la santa Iglesia es nutrir los corazones de los oyentes débiles o simples con el alimento de la Escritura más sencilla. A quienes ciertamente el mismo doctor insigne dice: No juzgué saber entre vosotros cosa alguna, sino a Cristo, y a este crucificado (I Cor. II, 2).

41. Los niños son destetados cuando los pequeños de la santa Iglesia reciben tanto el incremento de la erudición espiritual como de la buena conversación, y ya no buscan las

cosas más sencillas del sagrado discurso, sino los altos misterios de este. Y el niño destetado es llevado para aparecer ante la presencia del Señor, cuando por la exhortación de los predicadores, cualquiera que esté sujeto y progrese bien, se adorna con buenas obras. Porque quien es llevado para aparecer, no es llevado solo para ver, sino también para ser visto. Porque en el final muchos oirán del Señor: No os conozco (Mat. XXV, 12), se dice que Samuel aparece ante la presencia del Señor, porque el elegido y humilde súbdito, mientras desprecia perfectamente las cosas presentes, no es rechazado cuando llega el juez final. Pero aquellos a quienes el mundo retiene fijos en su amor, no aparecen ante la presencia del Señor. Porque quienes desean ser vistos más altos en el honor de las cosas pasajeras, ciertamente actúan con soberbia para que nunca sean vistos honorables por aquel por quien solo deben ser vistos. Por eso el rey elegido, y puesto en la cumbre de las cosas, para no ser engañado en la flor del mundo, suplica, diciendo: No me eches, Señor, de tu presencia (Sal. L, 13). Por tanto, Ana promete destetar al hijo y llevarlo para que aparezca ante la presencia del Señor, porque la santa Iglesia enseña a los elegidos súbditos que educa a despreciar perfectamente las cosas presentes, a hacer el bien y a apresurarse hacia los bienes eternos con humildad. Y es de notar que se dice que es llevado desde el lugar del destete, quien se dice que debe aparecer ante la presencia del Señor, porque ciertamente, no es poca la diferencia en el camino espiritual, cuando de lo que aprendemos del magisterio celestial nos dirigimos al uso de la operación perfecta. Porque en verdad nunca se debe cesar del estudio de la misma buena obra, sigue:

(Vers. 22.) Y que aparezca allí continuamente.

42. Continuamente, de hecho, aparecemos allí de donde nunca nos alejamos. Por tanto, aparecer continuamente ante la presencia del Señor es no oscurecer con ninguna oscuridad de la vida la belleza de la buena conversación, porque quien no se desliza hacia lo ilícito, nunca sale del secreto de la mirada divina; y como puesto en la luz, la bondad divina lo contempla porque no atiende a las tinieblas de los pecados que ha condenado con la elección de su examen. Por tanto, mientras el niño no sea destetado, Ana anuncia que no subirá para inmolar el sacrificio solemne, porque la santa Iglesia propone guardar a los hijos hasta que pueda hacerse segura de su perfección, porque ellos no se aparten más de la bondad recibida. Sin embargo, el ascenso del sacrificio solemne puede referirse a la altura de la santa predicación. Pues del ascenso de su marido está escrito por el Profeta: Subió sobre los querubines, y voló sobre las alas de los vientos (Sal. XVII, 11). Porque el Señor sube sobre los querubines, porque sube en las mentes sublimes de sus predicadores, y pone la altura de su ciencia. Y vuela sobre las alas de los vientos, porque ante los ojos espirituales de ellos se eleva en la altura de una maravillosa inteligencia con los soplos del Espíritu Santo. Y pone las tinieblas como su escondite (Ibid., 12), porque esconde la sublimidad de su majestad a los reprobos. Pero alrededor de él está su tabernáculo (Ibid.), porque a quienes eleva con dones sublimes, también les manifiesta la gloria de su Majestad.

43. Bien se dice que cuando se afirma el ascenso de Elcaná, toda su casa subió, porque a aquellos en cuyas mentes sobresale en la altura de su contemplación los tiene como domésticos y familiares. ¿Y cuál es el sacrificio solemne de Elcaná, es decir, de nuestro Redentor, sino el amor inefable de la erudición interna en los corazones de sus santos? Pues cada uno de ellos se complace inefablemente en él, porque la sublimidad del Redentor que se muestra les enseña tan sublimemente. Por tanto, Ana niega subir con su marido, mientras amamanta al hijo, porque la santa Iglesia evitó alcanzar las alturas predicando, mientras conoció que sus oyentes rudos, como pequeños, no podían captar las cosas altas. De ahí que en los mismos comienzos de la santa Iglesia se hizo que, como al hijo aún pequeño de Ana, se le diera leche a través de los escritos de los tres evangelistas, a saber, Mateo, Lucas y Marcos, quienes escribiendo la historia de la humanidad del Señor, trataron poco de su

divinidad; pero cuando el pueblo pequeño de la Iglesia creció, y progresó en la medida de la plenitud de la edad de Cristo (Efes. IV, 13), a quien no le bastaba la bebida de leche, buscaba ser alimentado con alimento sólido. Por tanto, la madre Iglesia fue compelida a ascender, para que ella misma también se convirtiera en querubín, y se acercara al Redentor volando sobre ella, tomara alas, sostuviera al que camina sobre ellas en la altura de los sacramentos, y de su Majestad tomara lo que diera como alimento al único que lo pedía. De ahí que se hizo que el evangelista Juan, solicitado por los hermanos, no solo superara lo humano sino también lo angélico, trascendiera todas las cosas creadas, y predicara al unigénito que mereció ver en el seno del Padre, diciendo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Entonces, por tanto, Ana subió, cuando la santa Iglesia se elevó tan sublimemente a la altura de la divina predicación. Entonces también inmoló el sacrificio solemne, porque de la cognición de la divinidad encendió en los corazones de sus oyentes la llama de una maravillosa devoción. En verdad, fue un sacrificio solemne, una ofrenda singular de devoción de un incomparable discurso. Entonces llevó al hijo ante la presencia del Señor, cuando en los corazones de sus oyentes intimó la perfecta cognición de la suma divinidad. Y esta cognición de Dios, porque no solo debe ser sostenida por la fe, sino también por la confesión, y lo que creemos, y confesamos, no se nos permite ignorar ni callar más, el niño destetado, que es llevado a la casa del Señor, se declara que permanece continuamente ante la presencia del Señor. Sigue:

(Vers. 23.) Y le dijo Elcaná, su marido: Haz lo que te parezca bien; quédate, hasta que lo destetes.

44. ¿Qué es lo que el consejo de Ana se robustece con la autoridad de su marido, sino que el propósito de la santa Iglesia no se presume por juicio humano, sino por el divino? Pues todo lo que la santa Iglesia quiso disponer en las naciones sujetas a ella, solo entonces lo tuvo por válido, cuando por el juicio de la verdad interna conoció qué debía disponerse. Y porque tenemos un abogado ante el Padre (I Juan, II, 1), que intercede por nosotros, añade, y dice:

(Vers. 23.) Y ruego que el Señor cumpla su palabra.

45. ¿Cuál es la palabra que se dice que debe cumplirse, sino la conversión predestinada de la gentilidad? Y porque por su sangre somos reconciliados con Dios, él mismo intercede por el cumplimiento de la palabra, por cuya intercesión se perfecciona nuestra salvación. Rogar para él también es presentarse continuamente al Padre eterno en la humanidad asumida por nuestra salvación; lo cual, mientras así se ofrece sin cesar, hace un camino para nuestra recepción a la vida. Porque en verdad perfeccionó su consejo de disposición buscando, se añade apropiadamente: Por tanto, la mujer se quedó, y amamantó a su hijo hasta que lo destetó. Luego sigue:

(Vers. 24.) Y lo llevó, después de haberlo destetado, con tres becerros, y tres medidas de harina, y un cántaro de vino; y lo llevó a la casa del Señor en Silo.

46. ¿Qué se significa aquí por el becerro, sino el propósito de imitar la vida de los perfectos? Pero es un becerro cuando surge en el corazón del que progresa, y un buey cuando por la fuerza de la virtud se lleva al afecto de una gran conversación. En este lugar es muy necesario preguntar por qué no se dice que se llevó un solo becerro, sino tres al tabernáculo. Pero en los tres becerros se muestra que el niño es llevado, para insinuar la forma de aquellos que son instruidos para el ministerio de la predicación. Pues el doctor perfecto vela tanto por convertir a los pecadores como por guardar a los justos. Como un colono del sumo padre de familia, inserta ambos bueyes en el arado, para no solo vigilar a los que están de pie para que no

caigan, sino también levantar a los caídos para que se mantengan. Pero quien tiene dos bueyes en la solicitud de los sujetos, para poder ser perfecto, junto un tercer buey en la contemplación divina, para que abra los corazones de los prójimos con el yugo íntegro, hablando, como arando, y siempre se extienda a la visión del Creador por la fortaleza singular del amor. Por tanto, Samuel es llevado a la casa del Señor en tres becerros, cuando cualquiera que progresa bien propone que, por el trabajo de la predicación, pueda beneficiar a los prójimos, y por el secreto de la quietud adherirse a la visión íntima del Creador. Y porque el alma inexperta nunca podrá exhibir bien esto, también se ofrece en tres medidas de harina. Pues cuando se hacen panes de harina, se perfecciona la preparación de la refección. Lo que se ofrece no en panes, sino en medidas de harina, se muestra que es proponer la buena devoción de la doctrina, no exhibir el beneficio de la misma doctrina. Por tanto, la medida de harina significa la preparación de la santa predicación. Pero el niño es llevado en tres medidas de harina, porque cuando proponemos predicar, preparamos la palabra de ciencia para los pecadores a la conversión, para los justos al estado de perseverancia, y para nosotros a la contemplación suprema; o ciertamente una medida es, como dijimos, para la conversión del pecador, otra para la disciplina del casado, y la tercera para la excelente pureza del continente. Y se llaman medidas por la medida de la discreción. Por eso el bienaventurado Pablo dice: No pensar más de lo que conviene pensar, sino pensar con sobriedad (Rom. XII, 3).

47. Lo que ciertamente el orden de los predicadores elegidos exigió, no por la ligereza de la vanidad, sino por la virtud de la buena intención, sigue: Y un cántaro de vino. La virtud de la buena intención es la caridad de Dios, que se difunde en los corazones de los elegidos, por el don del Espíritu Santo. Este don de la caridad se figura correctamente con la denominación de vino, 27 porque ocupa la mente, y la aleja de los afectos terrenales, para que no tenga intención hacia el mundo, sino que inflama solo para apetecer las cosas celestiales. Pero, para que también se designe el inicio de esta virtud, se muestra que fue un cántaro de vino, y no una copa. Pues en un cántaro ponemos lo que alguna vez ofrecemos en una copa. De ahí que quien había gustado la perfección de la caridad suprema, confesaba al Dios omnipotente diciendo: Ungiste mi cabeza con aceite, y mi copa rebosante, ¡cuán gloriosa es! (Sal. XXII, 5). Por tanto, Samuel se muestra ofrecido en un cántaro de vino, porque cualquiera que es elegido, cuando se prepara para el ministerio de la predicación evangélica, propone impartir el bien de la misma predicación, no por la vana ambición de este mundo, sino por la sola caridad. Por tanto, se lleva en becerros por el propósito de la fortaleza, en medidas de harina por la doctrina de la palabra, en un cántaro de vino por la intención de la caridad.

48. Estas virtudes iniciales, donde deben ser perfeccionadas, se enseña, cuando se añade: Y lo llevó a la casa del Señor en Silo. La casa del Señor se entiende correctamente como la santa Iglesia, que ciertamente se dice que está situada en Silo. Silo es un lugar donde se dice que permaneció el arca de Dios. ¿Qué significa entonces Silo en este lugar, sino la tradición de la ley antigua? Pues como contiene el arca de Dios, mientras exhibe la letra carnal externamente, en sus secretos mantiene cerrada la ciencia espiritual. ¿Qué es entonces que se dice que la casa del Señor está situada en Silo, sino que se conoce que la santa Iglesia está fundada en el sacramento de las Escrituras como en un lugar? Allí se dice que Samuel es llevado, allí ofrecido, porque fuera de la santa Iglesia no hay lugar donde los méritos de las virtudes crezcan y lleguen a la cumbre de la perfección. Pero cuando se dice que él mismo es llevado, también se menciona la causa de su dilación, cuando se añade:

(Vers. 24.) Pero el niño aún era pequeño.

Pues si no fuera pequeño entonces, cuando pudiera acercarse por sí mismo, no sería necesario que otro lo llevara. Sigue:

(Vers. 25.) Y sacrificaron el becerro, y presentaron al niño a Elí.

49. Antes se decía solo de Ana: Y lo llevó consigo, después de haberlo destetado. Pero ahora se añade de Elcaná y de Ana juntos: Y sacrificaron el becerro, y presentaron al niño a Elí. Entonces se sacrificó el becerro, cuando Samuel fue llevado y ofrecido. Si entonces estaba allí Elcaná, tanto cuando era llevado como cuando era ofrecido, ¿por qué no se dijo, lo llevaron consigo, como se dijo, sacrificaron, y presentaron? Pero porque hemos referido estas cosas a la Iglesia y a Cristo, a ella le corresponde amamantar, a ella llevar, ofrecer y sacrificar a sí misma y a Cristo. Ella ciertamente insistió en la palabra de la predicación, pero a quienes insinúa la doctrina no les suministra la virtud de cumplir la operación. Pues exhibe la letra de la Escritura hablando, pero el mismo bien a los que lo piden no puede darlo sino con el esposo. Por tanto, se sacrifica el becerro cuando la gracia divina se infunde en el corazón del que pide el bien, para que el bien que delibera destinando lo imparta alegremente con el estudio de la buena obra. Pues el becerro se sacrifica entonces, porque la víctima del buen propósito es recibida por Dios omnipotente con la ofrenda devota de la mente, si lo que le ofrece la mente prometiendo, todo se sacrifica a Dios con alegría. De este sacrificio del becerro el Señor dice en el Evangelio: Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más mi Padre celestial dará el buen espíritu a los que le piden! (Mat. VII, 11; Luc. XI, 13). De ahí que Pablo dice: El que siembra en bendiciones, de bendiciones también segará, cada uno según lo que propuso en su corazón, no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 6, 7). ¿Qué es, pues, proponer en el corazón, sino deliberar? Por tanto, cuando dijo propuso, como si dijera que el becerro fue llevado. Pero cuando añadió, no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre, expuso cómo se inmola el becerro llevado. Por tanto, se llevan los becerros cuando nos preparamos bien para proponer hacer cosas fuertes, pero se inmola el becerro cuando la deliberación del buen propósito se ofrece a Dios en la ofrenda de gran devoción. Ambos, es decir, el hombre y la mujer, se dice que sacrificaron el becerro, porque la misma alegría se muestra a los fieles súbditos con la voz del predicador, y se propaga en sus corazones por la gracia divina. Por tanto, sacrifican juntos el becerro cuando en el corazón del súbdito que progresa bien se une lo divino con lo humano en la predicación. Se llevan tres becerros, porque cuando proponemos llevar ayuda a los caídos y a los que están de pie, y a nosotros mismos la ayuda de la custodia, mientras con una buena intención atendemos a estas cosas, son tres en cuanto a la obra, pero uno en el don de la ofrenda. Son tres, porque se exhiben con diverso respeto y en diversos tiempos hacia nosotros y nuestros prójimos, pero es un solo becerro, porque se proponen juntos, y se ofrecen a Dios con igual devoción de la ofrenda, y en ellos hay una sola alegría, y no otra.

50. Sigue: Y presentaron al niño a Elí. En Elí no solo se figuran las personas de los doctores antiguos, sino también la doctrina. ¿Qué es, pues, que se dice que el niño Samuel es presentado a Elí, sino esto, que se conoce abiertamente, que cualquiera que se esfuerza por beneficiar a otros predicando, no solo debe escribir cosas nuevas, sino también antiguas? Por eso el Señor dice en el Evangelio por parábola: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mat. XIII, 52). Por tanto, Samuel es presentado a Elí, cuando la mente del súbdito que progresa bien se instruye en la ciencia de la ley y los profetas, para que en los libros de los antiguos lea la letra que mata, pero también entienda según el espíritu que vivifica; y así reciba lo que suena externamente, para que además del sonido de los elementos, reconozca lo que suena internamente el espíritu; y tenga cosas nuevas para la fe, pero, siempre que sea

necesario, para la confirmación del Nuevo Testamento traiga las Escrituras antiguas. Entonces podrá defender las cosas nuevas, cuando reconozca su razón en las antiguas. Por tanto, se dice abiertamente que Samuel es presentado a Elí, porque solo predica suficientemente cosas nuevas quien no ignora la razón por la cual deben entenderse las antiguas. Y porque no podemos entender las mismas Escrituras antiguas sin un preceptor, y el doctor no logra nada en nosotros enseñando, si lo que él mismo habla externamente no se infunde en nuestros corazones por la gracia divina, la madre no presentó sola al niño, sino con su marido. A aquel a quien entrega al hijo se insinúa Ana con la palabra de la proclamación, diciendo:

(Vers. 26.) Te ruego, mi señor, vive tu alma, yo soy aquella mujer que estuvo delante de ti aquí.

51. Ante Heli, Ana se mantuvo firme, porque la santa Iglesia, sinagoga de doctores, no sucumbió ante ninguna persecución. Esto es como si la Iglesia, gloriándose, dijera a los líderes de la Sinagoga: Por eso pude hacer que el mundo obedeciera a Dios a través del Evangelio, porque soporté invicta las adversidades que me infligisteis. Pues si, vencida por los sufrimientos, me hubiera sometido a la antigüedad, de ninguna manera habría engendrado una nueva descendencia de tantas naciones para el Redentor. Y porque habla humildemente, invocando al Señor, dice: Vive tu alma. Pero quien se ha gloriado de haberse mantenido firme, ha dicho grandes cosas de sí misma. Y porque dijo estas grandes cosas humildemente, no con soberbia, inmediatamente las atribuyó a la alabanza del Dios omnipotente, diciendo:

(Vers. 27.) Oré, y el Señor me concedió la petición que le hice, por eso también yo lo he encomendado al Señor.

52. La gracia divina otorga esto a los hijos de la santa Iglesia, para que los instruya en la doctrina de la verdad, los adorne con buenas costumbres, vele sobre ellos con piadosa custodia, los haga apartarse del mal de manera perfecta, y prepare para ellos una abundancia suficiente de buenas obras para la patria eterna. Estas son ciertamente las tareas del ministerio pastoral, pero el predicador elegido desconfía de poder cumplirlas con sus propias fuerzas. Porque, ya que no puede engendrar a nadie por el Evangelio con su propia virtud, ni custodiar a los que engendra, correctamente se dice ahora a través de Ana en el tipo de la Iglesia: Oré, y el Señor me concedió la petición que le hice. Por eso también yo lo he encomendado al Señor, todos los días que fue encomendado al Señor. Pues ora para poder engendrar; y para que aquellos que obtiene orando permanezcan en santa conversación, también los encomienda al Dios omnipotente con oraciones. Y porque nunca cesa de estas oraciones, dice que encomienda a su hijo a Dios todos los días. En efecto, encomendar al hijo al Señor todos los días es suplicar por la salvación de aquellos que engendra durante todo el tiempo de esta vida. Pues los días en que somos encomendados al Señor significan los tiempos de la vida presente. En los cuales ciertamente necesitamos tanto más de los poderosos auxilios de la protección divina, cuanto más somos atacados por las tentaciones de los espíritus malignos. Pero en muchos códices no se lee encomendado, sino prestado, lo cual no carece de buen entendimiento. Porque los hijos son prestados por la madre Iglesia en esta vida. Y lo que prestamos, esperamos que nos sea devuelto en la fe del que lo recibe. Los días son las claridades de las virtudes espirituales. En los cuales ciertamente el hijo de Ana es prestado al Señor, porque la santa Iglesia ofrece a los elegidos en la claridad de las virtudes, para que después el Dios omnipotente los presente para el aumento de su gozo eterno en los esplendores de las recompensas. Y es de notar que se dice que fue encomendado todos los

días, para que no le falte nada de lo que debe tener de la conversación espiritual, a quien el predicador elegido no podrá recibir en la vida eterna en parte alguna oscurecido. Sigue:

(Vers. 28.) Y adoraron allí al Señor.

Y nosotros, miembros de la santa Iglesia, cuando a través de las escrituras del Antiguo Testamento nos sometemos a la veneración y al precepto del Creador, allí ciertamente adoramos al Señor, porque mantenemos la fe de los antiguos Padres, y ejercemos esa misma fe a través del amor en buenas obras.

CAPÍTULO II.

Hemos expuesto esto al principio de manera típica; ahora busquemos en las palabras de la misma historia nuestra instrucción a través del significado moral.

(I Reg. I, 1.) Hubo un hombre, dice, de Ramataim Zofim.

1. ¿Qué puede designarse más correctamente en este hombre que cada nuevo despreciador del mundo? Pues se le llama hombre porque es fuerte en propósito; y uno, porque es singular en amor; es hombre porque desprecia con gran virtud todas las cosas presentes; pero uno, porque desea disfrutar solo de la visión del Dios omnipotente. Porque quien perfectamente desprecia las cosas terrenales, es hombre por su fortaleza, pero si no desea ardientemente ver a su Creador, no es uno en intención. Por tanto, la perfección del hombre se pone en la alabanza de la unidad, para que quien poderosamente desprecia el mundo no divida su mente, anhele solo las cosas superiores, y suspire solo por los gozos eternos que provienen de la visión del Creador. Tal era ciertamente quien confesando a Dios decía: ¿Qué me queda en el cielo, y qué he deseado de ti sobre la tierra? (Salmo LXXII, 25). De aquí también dice: Tu rostro, Señor, buscaré (Salmo XXVI, 8). Porque quien no quiso nada en la tierra, ciertamente fue hombre; pero quien no quiso nada ni en el cielo ni en la tierra, excepto a Él, quien, despreciando todo, buscó solo su rostro, no solo fue hombre, sino también uno. De esta unidad el Señor habla en el Evangelio a Marta, diciendo: Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; pero una sola cosa es necesaria (Lucas X, 41, 42). De aquí Lucas, hablando del número perfecto de los creyentes, dice: Tenían un solo corazón y una sola alma (Hechos IV, 32). Pues tenían un solo corazón, porque con la intención de la razón solo miraban al Creador; tenían una sola alma, porque con el afecto del amor solo deseaban ver su rostro. De aquí que el diligente Profeta se pregunta a sí mismo, diciendo: Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo, ¿cuándo vendré y me presentaré ante el rostro de Dios? (Salmo XLI, 2). Para obtener esta unidad, la Verdad enseñando dice: Quien no renuncie a todo lo que posee no puede ser mi discípulo (Lucas XIV, 33).

2. Lo que también es nuestro, porque nosotros que, renunciando al mundo, hemos buscado el secreto de una vida más retirada, somos llamados monjes. Monos en griego, en latín significa uno. Este título de apelación nos inscribe, para que la voz de nuestro nombre nos insinúe la altura de la dignidad, y nuestro ánimo se eleve tanto más ardientemente hacia la visión del Creador, cuanto más lleva en la frente, por así decirlo, la sublimidad de la claridad en la que siempre debe permanecer. Pero la sublimidad del amor divino solo se otorga a los verdaderos elegidos en la Iglesia católica. Por tanto, el hombre que se llama uno se dice que era de Ramataim Zofim, del monte de Efraín. Ramataim, como ya dije, es un nombre hebreo, pero en latín se dice Visión consumada. Esta denominación ciertamente conviene a la santa Iglesia, que antiguamente fue prevista por los profetas, pero dispuesta en la fe del Redentor al final de los siglos. Por tanto, la santa Iglesia se llama visión consumada, porque por el

Redentor del género humano se ha erigido en la cumbre de la religión, que antes solo había sido prevista por el espíritu de profecía. Además, se describe que está edificada en Zofim, en el monte de Efraín, porque es altísima en la contemplación de Dios y fecunda en virtudes espirituales. Zofim significa atalayas, Efraín significa fructífero. Estos nombres ciertamente indican la posición de la santa Iglesia, que no solo es alta en la intención de la visión, sino también en la excelencia de la conversación. Con estos nombres también se reprueba la demencia de los herejes y la esterilidad de los demás impíos. Aquellos, al desviarse de la rectitud de la fe, no tienen la especulación de la sublimidad; estos, porque ven lo recto que deben hacer y siempre disimulan hacerlo, tienen la atalaya, pero no obtienen el monte de las virtudes con una vida excelente. Pero la santa Iglesia, porque es sublime en Zofim, es decir, en la especulación, se gloria, diciendo: Nuestra conversación está en los cielos (Filipenses III, 20). Y porque también está constituida en el monte de las virtudes por el fruto de la buena obra, reprobando la fe caída de los reprobos, dice: La fe sin obras está muerta (Santiago II, 20, 26). De aquí también predicando dice: Mientras tengamos tiempo, hagamos el bien a todos, especialmente a los domésticos de la fe (Gálatas VI, 10). Por tanto, el hombre que se llama uno se recuerda que es del monte de Efraín, porque despreciar las cosas terrenales y desear las celestiales solo le aprovecha a quien, por la fe católica, se mantiene dentro de la santa Iglesia. Sigue:

(Vers. 1.) Y su nombre era Elcana, hijo de Jeroham, hijo de Eliú, hijo de Tohu, hijo de Zuf.

3. Este nombre también mostramos anteriormente que, de la lengua hebrea a la nuestra, se traduce como Fervor de Dios. Este nombre del hombre ciertamente se ajusta bien al orden de la exposición espiritual. Porque quien se llama hombre uno, es necesario que sea considerado por el fervor de Dios. ¿Quién puede despreciar las cosas temporales o amar las celestiales sin la gracia divina? Es necesario que la gracia divina lo preceda, para que, encendido por el fuego del Espíritu Santo, cuanto más ardientemente ama las cosas supremas, tanto más fuertemente desprecie las inferiores. A quien también en el orden de la genealogía se le inscriben los nombres de cuatro padres, porque en la fe del Redentor fue engendrado por la predicación de aquellos que creyeron en el mismo Redentor del género humano a través de los escritos de los cuatro evangelistas desde toda parte del mundo. También se le llama efrateo. Es del monte de Efraín y es efrateo quien en tierra fértil no es estéril. Pues muchos dentro de la santa Iglesia son considerados por el nombre de la fe, de la cual no producen frutos de acción. Estos, cuando salen de la Iglesia, parecen ser del monte fructífero; pero porque ellos mismos no tienen fruto de buenas obras, no son efrateos. Por tanto, es del monte de Efraín y no es efrateo quien aprendió la fe católica en la Iglesia, pero no realiza obras dignas de la fe. A estos ciertamente la verdad en el Evangelio les amenaza, diciendo: Se os quitará el reino de Dios y se dará a una nación que produzca sus frutos (Mateo XXI, 34). De aquí que bajo la figura de la higuera, ordenando al colono de la santa Iglesia la repulsión del alma infructuosa, dice: Córdala, ¿por qué ocupa la tierra? (Lucas XIII, 7). De aquí que Juan el Bautista amenazando, dice: Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego (Mateo III, 10; Lucas III, 9). También mostró que eran del monte de Efraín, pero no efrateos, de quienes la Verdad en el Evangelio dice por parábola: A los malos los destruirá miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen los frutos a su tiempo (Mateo XXI, 41). Por tanto, el hombre del monte de Efraín se dice efrateo, porque cualquiera de nosotros que dentro de la santa Iglesia mantenemos la fe católica, mientras por el ardor del afecto despreciamos las cosas terrenales, amamos las celestiales, es necesario que también nos separemos de las terrenales que despreciamos por el trabajo de la buena obra, y nos preparemos para las celestiales que amamos. Estar, por tanto, en la Iglesia y no hacer buenas obras, porque no aprovecha para el

bien de adquirir la salvación eterna, el hombre que se dice del monte de Efraín también se recuerda que era efrateo.

4. Por lo cual se describe que tenía dos esposas, porque se le une la vida activa por la fecundidad de la buena obra y la vida contemplativa por el amor de la delectación interna. Por lo cual se dice que Fenena tenía hijos, pero Ana no tenía hijos. ¿Qué son los hijos de la vida activa, sino los frutos de las buenas obras? ¿Y qué es que Ana no tenga hijos, sino que la contemplación rudimentaria no obtiene rápidamente los gozos de la contemplación interna que ya ha comenzado a amar? Los hijos son ciertamente los gozos de la vida contemplativa de la visión interna. Pero la mente que se eleva recientemente en la contemplación de los bienes eternos, llega a sus gozos para recibirlos tanto más difícilmente cuanto menos atiende a su belleza. ¿Quién, pues, puede prevalecer en gozar de la gloria de su belleza que no ve? La mente, sin embargo, que se eleva en la contemplación de los bienes eternos, se eleva a ellos tanto más lentamente cuanto no puede rápidamente desechar las sombras familiares de su humanidad, porque mientras no puede desechar de sí las preocupaciones mundanas, lleva polvo en los ojos, con el cual no puede ver lo que desea. Primero, por tanto, debe desecharse el polvo del ojo, luego debe refrescarse el ojo. El polvo se desecha cuando de la intención de la mente se remueven todas las fantasías de las cosas corporales, y el ojo se refresca cuando por el uso de la meditación continua la misma intención de la mente se eleva a las cosas eternas. Esta, ciertamente, cuando ha aprendido a morar en las cosas superiores por la costumbre prolongada, obtiene por la misma prolongación de la costumbre la pureza, con la cual, al mirar más claramente las cosas eternas, puede exultar más plenamente en su gloria. Por tanto, se dice que Ana no tenía hijos, para que no solo se designe la imperfección del que comienza, sino también la altura de la vida contemplativa. Está situada en un gran culmen de méritos, que no puede obtenerse fácilmente en el gozo de su fecundidad. De aquí que Jacob desea tener a Raquel como esposa (Génesis XXIX, 18 y ss.), pero sin embargo primero se le da a Lia, para que por obtener la belleza de aquella se duplique el número de siete años en el servicio del suegro, porque el amante de la vida contemplativa desea obtener rápidamente esta en la abundancia del gozo eterno, pero sin embargo el dador de todos los dones, el Espíritu, no se la concede rápidamente, para que no la desprecie como vil si la facilidad se la presenta según su deseo; sino que la disfrute más dulcemente y la custodie más solícitamente cuanto más difícilmente la merece. Por lo cual sigue:

(Vers. 3.) Y aquel hombre subía en los días señalados para adorar y ofrecer sacrificios al Señor de los ejércitos en Silo.

5. Subía en los días señalados, porque progresa poco a poco en los esplendores de la visión eterna. ¿Qué son aquellas manifestaciones de la luz interna, sino días de la mente elegida? Y son días señalados, porque en el progreso de la vida espiritual se disponen por la ordenación divina; también son días señalados, porque en su claridad no podemos ser admitidos cuando queremos, sino cuando somos elevados por la dignación divina. A veces, ciertamente, nos recibe en la contemplación de la luz interna, a veces nos deja caer hasta preferir las sombras de la humanidad. Como si nos elevara en días señalados, en los cuales no nos abre continuamente la amenidad de la luz interna, sino que la muestra por tiempos de su disposición. Por tanto, son nuestros días, porque somos recibidos en grandes esplendores cuando se nos revela la belleza de la gloria interna. Pero se llaman días señalados, porque disfrutar de la luz íntima no es de nuestro esfuerzo, sino de la dignación divina. A menudo, ciertamente, con prolongado silencio, con insistentes súplicas, con frecuentes gemidos, pedimos que se nos abra aquella gloria de la luz interna, y no merecemos ser recibidos en su amenidad. A menudo no hacemos nada por su deseo, pero de repente la gracia divina nos previene, nos levanta desde lo bajo de nuestra debilidad, nos arrebató a lo alto, y nos muestra

la gloria de su luz inesperadamente. Por tanto, subimos en los días señalados, porque no podemos ser elevados a la contemplación de las cosas celestiales por nuestro esfuerzo, sino por la disposición divina. También son días de ascenso, porque cuando no disfrutamos de aquella luz sublime, estamos en lo bajo; y cuando somos asumidos en aquella alta visión, conocemos cuán bajo habíamos estado antes de la hora de nuestra ascensión. Nos desagrada entonces lo que éramos, nos agrada lo que somos, porque la mente ya absorbida por el amor de las cosas celestiales, mientras se alegra con la luz que disfruta, desprecia con gran horror todas las cosas terrenales. De aquí que el bienaventurado Pedro, cuando es asumido al monte, cuando es cubierto por la nube luminosa, cuando se le muestra la gloria del Salvador transfigurado, dice: Señor, bueno es que estemos aquí (Mateo XVII, 4). Pues porque ya merece por el don del Dios omnipotente estar presente en las cosas sublimes, ama inefablemente el incomparable bien allí, de cuya belleza reprende como feas todas las cosas que pasan.

6. Pero ¿qué es que se dice que el mismo hombre subía de su ciudad? ¿Qué es, pues, la ciudad, sino la fortaleza de los que habitan juntos? ¿Y cuál es esta ciudad, sino la perfecta custodia de la circunspección del corazón? Esta ciertamente protege como altos muros a los ciudadanos que habitan juntos, porque mientras vigila solícitamente para custodiar las virtudes, el astuto enemigo no perturba su paz interna. En esta ciudad ciertamente nos ordenó permanecer aquel sabio que dijo: Con toda custodia guarda tu corazón, porque de él mana la vida (Proverbios IV, 23). De aquí también el Señor ordena a los discípulos, diciendo: Pero vosotros permaneced en la ciudad, hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto (Lucas XXIV, 49). En la ciudad ciertamente permanecemos cuando por la solicitud diaria descansamos en la defensa de la custodia interna. En la cual permaneciendo somos revestidos de poder desde lo alto, porque ya preparados como morada del Espíritu Santo, por su gracia somos elevados a la contemplación de la gloria suprema. Por tanto, en esto que se dice que el hombre efrateo subía de su ciudad, ¿qué otra cosa se indica sino la culpa de nuestra negligencia? Pues queremos escudriñar las cosas celestiales por la contemplación, quienes no solo no tenemos la custodia del corazón, sino tampoco del cuerpo. Y ciertamente a menudo miramos indecentemente, escuchamos cosas ociosas, hablamos cosas superfluas, no tenemos el sueño, la comida para la reconstitución del cuerpo, sino para el uso de la delectación. Por tanto, cuando queremos discutir cosas ambiguas, contemplar las cosas superiores, abandonar nuestras tinieblas, gustar el sabor de la dulzura interna, somos tanto más dignamente repelidos de su secreto, cuanto más negligentemente hemos disipado las fortalezas de nuestra custodia; y ya nos es tanto más difícil ascender, cuanto más hemos descuidado erigirnos a nosotros mismos en la altura de la custodia de las fortalezas del corazón. Por tanto, que el hombre suba de su ciudad, para que quien desea progresar por la contemplación interna, ordene los sentidos exteriores, gobierne la mente, y como recibido en altas fortificaciones espere donde la ilustración suprema lo visite. Pues ya quien está preparado vigila en el ascenso de los días señalados, se hace digno de la custodia de la pureza, para que sea visitado más frecuentemente por la dignación divina. Pero mientras se dice que sube, también se menciona la causa de la ascensión, cuando se añade: Para adorar y ofrecer sacrificios al Señor de los ejércitos en Silo.

7. Quienquiera que se eleva a la cima de la contemplación divina, en ella contempla todo, iluminado por la luz, y lo que le aterra admirablemente, y lo que le deleita inefablemente. Pues aquella visión suprema, al revelarse a la mente elegida, muestra misericordiosamente el abismo inescrutable de los juicios de Dios y la abundancia de su bondad, de modo que al que ve lo derriba con gran temor y lo eleva con inmenso gozo; y ciertamente se derriba por el terror para que abandone el estado de afecto mundano, y se deleita con el gozo para que lo

que comienza a saborear de la bondad del Creador lo desee con más ardor. Entonces, en efecto, adora, cuando, considerando aquella inmensidad de la omnipotencia, se somete al Creador de tal manera que no se eleva contra la conversación espiritual por los impulsos de la concupiscencia carnal. Pero adorando inmola, porque cuanto más humildemente se postra en veneración divina, más suavemente se reconforta con el encanto de aquella suprema claridad. Adorar, por tanto, para el que asciende, es someterse con gran veneración de amor casto a la omnipotencia divina; inmolar, en cambio, es deleitarse inefablemente con la suavidad de la luz divina. La mente elegida se consagra a Dios como si fuera una inmolación espiritual, mientras en aquella inefable alegría de su elevación la inflama más ardientemente el fuego de la caridad divina. Por tanto, el empeño de cada elegido se muestra bajo el hombre de Efrata, y se dice que adora e inmola, porque así la mente elegida desea contemplar lo supremo, que, progresando en la visión espiritual, destruye todo estado de vida carnal y alcanza la plenitud de la alegría eterna. Pues aunque a esta altura de la contemplación suprema no se eleva alguien carnal, sin embargo, en cuanto a aquella conversación espiritual, en la que progresa con aquel ascenso de la contemplación, antes de que progrese, de algún modo es carnal. Pues esto mismo es casi carnal, no poder separarse de la intención de las cosas corporales por la altura de la visión.

8. Pero, para que se reprima la temeridad de la audacia humana, primero se dice que adora, después que inmola. Pues el ascenso ordenado del contemplativo es, si comienza con el temor. Pero el mismo temor, ¿qué es sino la purificación preordenada de la mente elegida que pasa a contemplar la gloria divina? Pues merecía contemplar más puramente los rayos de la luz divina, cuanto más, derribada por un temor más fuerte, se presenta más purificada a la visión de la Majestad íntima. Así, pues, se nos muestra la conversación de este hombre de Efrata exteriormente, para que se demuestre razonablemente a los que tienden a la perfección lo que debe hacerse interiormente. Por tanto, mientras deseamos ser rociados por la claridad de la gloria suprema, fijemos el atrevimiento de nuestra presunción en este tránsito del temor, para que cuanto más venerablemente temamos al Señor omnipotente, tanto más claramente veamos la gloria de su benignidad. La magnitud de este temor también se infunde a veces en la mente elegida después de la manifestación de la visión alegre. Lo cual, en efecto, cuando sucede, no es para purificar la mente para la visión de la gloria, sino para guardarla de la exaltación. Por lo cual también Pedro, Santiago y Juan primero vieron la gloria del Señor transformado, luego, infundido el temor en ellos, cayeron, para que, exaltados, no perdieran lo que humildemente asumidos merecieron ver (Mat. XVII, 2, ss.). A veces, por tanto, la adoración precede a la inmolación, a veces la inmolación a la adoración, pero ciertamente por disposición divina, no por nuestro esfuerzo. Pues se describe que el hombre de Efrata ascendió para que primero adorara y después inmolará, porque ciertamente el orden es tan perfecto, que desde la veneración, que nace del temor de la severidad divina, somos elevados a la especulación de la majestad alegre. Sin embargo, la divina clemencia a veces alegra a las mentes elegidas con la infusión de su dulzura, de modo que no las introduce en la magnitud del temor. Por lo cual también se añade:

(Vers. 4.) Vino, pues, el día, y Helcana inmoló.

9. ¿Qué significa que dice: Vino el día, e inmoló; y no dijo: Adoró, e inmoló, sino porque, como dije antes, a menudo por la dignación divina somos elevados a ver la gloria de la claridad divina, de modo que entonces no nos turbamos con ninguna consideración mezclada de juicios? Y aunque sin gran veneración la alma elegida nunca asiste al Dios omnipotente, sin embargo, como si inmolará y no adorara, mientras disfruta de la felicidad de aquel sumo gozo, no se estremece con la deyección del temor. A este afecto, en efecto, había llegado, quien decía: Bésememe con el beso de su boca (Cant. I, 1). ¿Qué afecto de temor muestra quien

desea ser besado? De aquí también está escrito de Moisés: Que hablaba con Dios, como suele hablar un hombre con su amigo (Éxodo XXXIII, 11). Pues, como si viniera el día, la Sagrada Escritura lo muestra inmoldando de tal manera, que ninguna adoración de temor lo había postrado. En este lugar veo que se debe notar que se dice que ascendió para adorar e inmolar, pero no que adoró e inmoló, viniendo el día, sino que solo inmoló. Son, pues, otros días en los que ascendemos para adorar e inmolar; otro es aquel día que, cuando viene, inmoldamos. Pues cuando por nuestro esfuerzo nos suspendemos en la meditación de las cosas divinas, son como días de nuestro ascenso establecido, porque contemplamos algunos rayos de la luz espiritual, algunos nos los ordenamos a nosotros mismos, nos elevamos desde el fondo de nuestra humanidad a cierta altura. Pero porque en estas meditaciones sin la gracia divina nada se hace, y porque no podemos prevalecer en infundirnos temor, ni exhibir la suavidad de la dulzura divina, son días de ascenso, en los que decidimos adorar e inmolar, pero sin embargo en ellos ni adoramos ni inmoldamos. Pero viene otro día, e inmoldamos, porque somos rociados por la luz repentina de la gracia divina, y percibimos de la gloria de su Majestad la abundancia inefable de amor. Este día, por tanto, no es alguno de aquellos, sino que los sigue, porque ciertamente si por nuestra disposición no podemos recibir esta largueza de la gracia divina, sin embargo, nunca la merecemos, a menos que cuidemos por completo de meditar, leer diariamente, orar y permanecer en las claridades espirituales que podemos. Pero se dice que vino el día, para que se designe la dignación suprema, porque cuando visita las almas elegidas, no es de nuestra facultad, sino de su bondad. Sigue:

(Vers. 4 y 5.) Y dio a Fenena, y a sus hijos e hijas partes. Pero a Ana le dio una parte triste, porque amaba a Ana.

10. Pues los hijos de Fenena son los consejos de la mente sagrada, que crecen a través del estudio de la piedad de la vida activa. Estos hijos, ciertamente, reciben partes con la madre, cuando los consejos de piedad se enriquecen en la devoción de las buenas obras al esplendor de la gracia suprema. Pues la mente piadosa, cuanto más se eleva en la contemplación divina, tanto más se extiende devotamente en la santa operación. Las partes de esta madre y de los hijos son las preparaciones de las obras santas. Pero una parte triste se le da a Ana, porque por la contemplación, que desea lo supremo, mientras, impedida en esta aflicción del tiempo, no obtiene lo supremo que ama, tiene su alimento de reconstitución solo en lágrimas. Se mantiene, en efecto, en ayuno, cada vez que, recordando que está excluida de los gozos eternos, no puede dejar de llorar. Por tanto, recibe una parte triste, porque nunca se reconstituye a su gusto, a menos que se sacie llorando. Esta parte ciertamente se la dio el hombre de Efrata, quien, al dar parte a Fenena, no estaba triste, porque se alegra en la preparación de las buenas obras, porque mientras se difiere de los gozos supremos que ama, no se alegra. Esta parte ciertamente se la había dado a Ana, quien, contemplando que estaba excluido de los bienes eternos, decía: Mis lágrimas fueron mi pan de día y de noche, mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios? (Salmo XLI, 4). Pero aún se designa la imperfección del que comienza, mientras se dice que la otra esposa del hombre de Efrata aflige y angustia vehementemente a la otra. Pues a ningún perfecto se le da la lucha de las esposas, porque ya con firme experiencia sabe disponer discretamente la necesidad de la obra y la intención de la contemplación. Pues como si en paz poseyera a ambas esposas, quien ni dedica los tiempos de la obra a la contemplación, ni inquieta los ocios de la contemplación por la intención de la obra.

(Vers. 6.) También la afligía su rival, y la angustiaba vehementemente; tanto que le reprochaba que el Señor había cerrado su vientre.

11. Ana es afligida por su rival, cuando la intención desmedida de la buena obra turba la quietud de la visión interna. Se aflige, cuando se le antepone aquella que se comprueba ser más noble, y se angustia vehementemente, porque la contemplación de la mente elegida se angustia, cuando el que desea ser sublime en la contemplación se dilata desmedidamente en las obras de la vida activa. Angustiar es, en efecto, apretar. La visión de la mente se aprieta, cuando, impedida por las ocupaciones de las obras, no se dilata en aquella inmensidad de la luz interna. Y porque se dice que la angustia vehementemente, se debe notar que incluso la solicitud desmedida de la buena obra no poco daña a la contemplación. Fenena, en efecto, angustia vehementemente a Ana, porque la mente, mientras se dedica desmedidamente a la vida activa, es muy difícil que, cuando se ocupa en disponer las cosas terrenas, se eleve poderosamente en la visión de las celestiales. A quien también, como estéril, Fenena reprocha, porque mientras de la vida activa rápidamente producimos frutos de buenas obras, y no podemos fácilmente alcanzar los gozos de la contemplación interna, esta se considera estéril, mientras, rudos, desesperamos de su fecundidad. Por tanto, mientras amamos a Fenena por su fecundidad, Ana es afligida, angustiada y marcada con el oprobio de la esterilidad, porque mientras no restringimos con la debida discreción la solicitud de las buenas acciones, hacemos tanto más difícil para nosotros la pureza de la contemplación, cuanto menos retenemos con excelente estudio la vida noble. Pero porque ha comenzado a ascender a lo más alto, si es fuerte en su propósito, soportando tales tentaciones, no desespera. Pues se apoya en lo que ha comenzado de la alta contemplación, y desprecia consolarse con el alimento de la acción, quien ha deseado deleitarse solo en la visión del Creador. Por tanto, se añade apropiadamente:

(Vers. 7.) Pero Ana lloraba, y no tomaba alimento.

12. En el llanto, en efecto, se muestra el ardiente deseo de la contemplación divina, en el desdén del alimento el desprecio de la alegría pasajera. La mente que desea internamente con deseos fervientes, mientras rechaza el halago del alimento terrenal de la alegría, mientras con gemidos insistentes pide que se le infunda la amenidad de la luz suprema, ciertamente llora, y no toma alimento. Este alimento, en efecto, lo despreciaba quien decía: Mi alma rehusó ser consolada (Salmo LXXVI, 3). Pero quien se negó a tomar el alimento del consuelo del deleite de las cosas creadas, porque lo encontró en las delicias de su Creador, dice: Me acordé de Dios, y me deleité (Ibid., 4). A estas ciertamente delicias exhortaba al cónyuge lloroso, cuando decía: ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas? Espera en Dios, porque aún le alabaré, salvación de mi rostro y mi Dios (Salmo XLII, 5). Esta exhortación también se reconoce aquí, porque se le pregunta a su esposo por qué llora, y por qué no come, y tiene el corazón afligido. Como si dijera: ¿Por qué te entristeces por no haber alcanzado la perfección de la contemplación, que si no la obtienes siendo rudo, la obtendrás progresando? Por lo cual también la que, afligida por su rival, no quiso comer, exhortada por su esposo comió; porque quien con consejo más sano desprecia lo bajo, tiene la perfección de la contemplación en esperanza, que aún no tiene en virtud de experiencia. Pues casi para la contemplación que decae y colapsa, el gozo de la esperanza renovada es alimento. Por tanto, Ana se reconstituye a la voz de su esposo, cuando la intención de la contemplación, sacudida por la tentación, es excitada por él que comenzó a amarla a la esperanza de su progreso. Por lo cual, habiendo tomado alimento, se levantó, derramó oraciones al Dios omnipotente, y le prometió un hijo varón, si merecía recibirlo de él.

13. Promete al Dios omnipotente el hijo nacido, quien busca el gozo de la contemplación para el fruto de la mente, no para el favor de la vanidad. Pero a los que piden bien en el deseo de la contemplación, los superiores carnales suelen oponerse vehementemente; pues cuanto más ineptamente piensan actuar los que desean una vida más secreta, cuanto más ignoran la fuerza

de la dulzura interna. Quienes si alguna vez se enfurecen con voz de invectiva áspera contra los súbditos espirituales, deben ser calmados por ellos con la razón más humilde. Pues si se erigen irracionalmente contra los que actúan rectamente, la reverencia del orden superior exige que entonces sean honrados, cuando exceden el modo de la razón. A quienes ciertamente tanto los superiores carnales, como los súbditos espirituales, bien los insinúan Helí y Ana; pues cuando él estaba sentado ante los postes del templo del Señor, y Ana oraba, Helí observó su boca, y la llamó ebria. Pero esta, que soportó las injurias pacientemente, exhibió la humildad de la respuesta con la verdad de la razón. Se declaró su sierva, hablando desde mucho dolor y tristeza, y no solo calmó el ánimo furioso contra ella, sino que también lo convirtió a la oración para conseguir el fruto de su deseo.

14. Pero porque estas últimas cosas las dijimos en cuanto a la historia, no actuamos fuera de lugar si en estas palabras de la historia sagrada buscamos nuestra instrucción un poco más sutilmente. Si, por tanto, se requiere el orden de las cosas, primero comió y bebió, luego tuvo el ánimo amargo, oró al Señor llorando abundantemente, después hizo un voto, y multiplicó las oraciones. ¿Qué significa la multiplicación de las oraciones de Ana, sino aquella perfección de los elegidos, a la que nos exhorta el Doctor egregio, diciendo: Orad sin cesar (I Tes. V, 17)? Pues orar sin cesar solo puede hacerlo el hombre perfecto; orar sin cesar es asistir siempre al Creador con el afecto de la súplica. Pero quien aún es oprimido por la debilidad de la imperfección, no ora sin cesar al Señor, porque incluso en el tiempo de la oración se escapa de su presencia por la vagación de la mente. Pero bien se dice que la santa mujer hizo un voto antes de la multiplicación de las oraciones, porque a menos que alguien se exhiba completamente celestial por el rigor del propósito, es sacado más a menudo del afecto de la súplica, cuanto por la movilidad de la mente se gira en la intención mundana, y no se mantiene en la presencia del Señor por una fuerte custodia. Pero la mente elegida podrá prometerse a los gozos celestiales, si ya sabe llorar abundantemente, si por la abundancia de los llantos ya ha aprendido a gustar el sabor de la dulzura suprema, y, ocupada en el gozo de su interna reconstitución, desprecia mirar lo terrenal. Por tanto, se describe claramente que Ana lloró abundantemente antes de su voto, porque nadie podrá exhibirse completamente celestial, olvidando lo terrenal, a menos que, encendido por grandes llantos, ya sepa recibir la suavidad de la delectación interna en el consuelo de la mente ya muerta al mundo. Y porque en el gozo del alma no se recibe este consuelo de las lágrimas, si primero no se afecta por la amargura de la compunción, y traspasa con el puñal de la tristeza saludable todo lo que en sí vive de la alegría pasajera. Ana es relatada que tuvo el ánimo amargo antes de llorar abundantemente, y así pudo llorar abundantemente. Lo cual bien insinúa Salomón, diciendo: El corazón que conoce la amargura de su alma, en su gozo no se mezcla el extraño (Prov. XIV, 10). Pues el extraño es quien aún tiene la intención de la delectación en los bienes exteriores. Quien ciertamente no es recibido en el gozo del corazón amargado, porque no puede experimentar cuál es la alegría interna, sino quien cuida perfectamente de despreciar lo exterior. Pero aún se debe notar que antes de todas estas cosas se relata que se levantó y antes de que se levantara, comió y bebió. ¿Cuál es el alimento del alma elegida, sino según la voz de la verdad: Toda palabra que sale de la boca de Dios (Mat. IV, 4)? y ¿qué es para ella levantarse, sino erigirse al estado de la intención suprema? Por tanto, se dice que se levantó antes de que tuviera el ánimo amargo, y antes de que se levantara comió y bebió, porque el alma elegida no podrá dolerse por la aflicción de la vida presente, si no se extiende a lo que ha perdido en lo celestial; y no se eleva a lo supremo, si ayuna del alimento de la Sagrada Escritura. Para que nos levantemos, por tanto, comemos y bebemos, porque entonces nos erigimos a la altura del amor supremo, cuando nos fortalecemos con los sentidos profundos y más claros de la Sagrada Escritura. Luego, si nos levantamos, adquirimos la amargura del corazón, porque mientras somos llevados por el amor a lo supremo, lo que está en lo bajo no

nos proporciona halagos de alegría, sino aspereza de aflicción. Pero ya ascendemos de la amargura del ánimo a las fuentes de los llantos, porque cuando somos traspasados por la compunción continua y fuerte, podemos llorar más copiosamente los males que incurrimos en este valle de lágrimas, y los futuros que tememos, y los bienes eternos que hemos perdido. De aquí, en verdad, procedemos a los secretos de los votos que hemos de hacer, porque mientras la abundancia de los llantos nos sepulta de todo lo que agrada externamente, como hechos completamente celestiales nos muestra a las miradas supremas, y hacemos votos por los cuales los bienes eternos nos agradan de tal manera, que nuestra mente no se contamina por nada terrenal y carnal. Luego, la multiplicación de nuestras oraciones sigue a nuestros progresos, porque ya más libremente, más a menudo y más insistentemente buscamos orando los bienes eternos, cuanto solo respiramos en el consuelo de los bienes futuros. Por la mañana, sin embargo, adoran, y regresan a su ciudad.

15. Después de la multiplicación de las oraciones con Ana, su esposa, adorar por la mañana es uno de los grandes dones de la virtud de la humildad; y porque en esa sublime visión el alma, que aún está agobiada por el peso de esta corrupción, no puede permanecer por mucho tiempo, se dice apropiadamente que regresaron a su ciudad. El alma elegida, cuando, debido a la debilidad, es apartada de la contemplación de Dios, para poder regresar a esa misma altura de visión, debe tener construidos edificios de fortaleza, de modo que, al volver a sí misma, se mantenga en lo alto, desde donde pueda nuevamente elevarse a esa misma altura de caridad íntima. Esto también se dice bajo el símbolo de Jerusalén al alma elegida por el Profeta: "Ponte en lo alto y mira el gozo que te vendrá de tu Dios" (Baruc 4, 36; 5, 5). Como si dijera, aunque no puedas permanecer continuamente en la contemplación de Dios, no te dejes caer hasta lo más bajo, para que desde las altas torres de tu custodia puedas ascender sin dificultad a contemplar a aquel que deseas. En Ramá, de hecho, regresan a su ciudad, si cuando son apartados de la visión de la Majestad divina, se mantienen en la contemplación de los santos ángeles. Pero cuando no pueden pensar en esa naturaleza más sutil, es decir, la angélica, si recurren meditando a los bienaventurados mártires, o a otros elegidos que ya han sido recibidos en la eternidad, porque piensan en su gloria perfecta, ciertamente entonces son recibidos en su ciudad, quienes se les prohíbe permanecer en las alturas. Bien se dice que esa ciudad es su Ramá, porque la ama tan familiarmente que indudablemente cree que es suya, pues conocía que esta ciudad era suya, quien decía: "Sabemos que si nuestra morada terrenal de este tabernáculo se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha por manos, sino eterna en los cielos" (II Cor. 5, 1). De aquí dice nuevamente: "La Jerusalén de arriba es nuestra madre" (Gál. 4, 26). Pero quien no puede regresar a esa sublime ciudad, regrese sin embargo a su ciudad Ramá; y quien es apartado de aquella altísima, sea sostenido en la visión de esta Iglesia que aún peregrina en lo bajo, pero que resplandece con el fulgor de una vida sublime. Pues de aquí podrá regresar nuevamente para contemplar la luz del alto y verdadero resplandor, porque el sentido que la carga de la carne aparta del secreto de la luz interna no lo deposita hasta lo más bajo de la tierra.

16. ¿Qué significa que después del ciclo de los días Ana concibe y da a luz, sino que la alegría de la devoción perfecta no se recibe cuando la contemplación se eleva una vez a la belleza del Creador? Se dice que concibió y dio a luz después del ciclo de los días, porque cuando la contemplación es arrebatada a las alturas por costumbre, recibe en la visión de la luz suprema el don de la fecundidad deseada. El ciclo de los días es la infusión de la luz divina. Que ciertamente en su ámbito está rodeada por muchos días, mientras irradia la mente con su claridad, pero insinúa los rayos de su esplendor a través de las manifestaciones dispensativas, hasta que comprenda un gozo más perfecto por una manifestación más amplia. O ciertamente Ana concibe después del ciclo de los días, porque mientras la rudeza de la

contemplación sacude el ojo de la mente en el giro de la mutabilidad, la mente misma no se eleva para percibir el pleno gozo de la majestad interna. Pues como en un cierto círculo pasan los días, cuando la mente del que comienza se eleva al culmen de la contemplación, pero apenas la luz del resplandor que contempla la mantiene fija en su luz mientras aún está goteando y corriendo. Por lo tanto, concibe después del ciclo de los días, porque primero el alma es llevada del vértigo de su mutación a la firmeza de estar de pie, y cuando ha aprendido a estar fija en la contemplación por la práctica, alcanza el gozo de la devoción perfecta en el fruto de su fecundidad. Lo que también concibe y da a luz, cuando se da a conocer a los prójimos para la gloria de la majestad suprema.

17. El niño nacido es llevado al tabernáculo con tres becerros, porque debemos dar gracias a la suma Trinidad por la generosidad del don espiritual. De estos becerros, el profeta suplicando al Señor dice: "Quita toda iniquidad, y acepta lo bueno, y te ofreceremos los becerros de nuestros labios" (Oseas 14, 3). Como si dijera: Por la generosidad de los dones ofreceremos sacrificios de alabanza, mediante el servicio de los labios. El niño es llevado a la casa del Señor para ser ofrecido, cuando el progreso de la mente sagrada se revela a los doctores de la santa Iglesia, para que, al ser discutido en la conferencia de los sabios, no sea manchado por el engaño del astuto enemigo. La casa del Señor también puede designar la patria eterna. De esta, el salmista exultante dice: "Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, te alabarán por los siglos de los siglos" (Salmo 83, 5). El niño es llevado a la casa del Señor, cuando la mente elegida es elevada a lo alto, y se esfuerza por dar gracias a Dios omnipotente por todo lo que progresa espiritualmente, reconociendo que los dones de su progreso le son concedidos por Él. Bien se inmola un becerro, aunque se lleven tres, porque aunque en las alabanzas divinas se canta la Trinidad de personas con la confesión de los fieles, se predica la unidad inseparable de esas mismas personas. Pero, ¿qué clase o cuánta alabanza es, si no es devota? Por lo tanto, se unen tres medidas de harina a los tres becerros, para que de lo que decimos con la boca en las alabanzas de Dios nos saciemos con devoción. Pues ofrece un becerro sin harina, quien en las alabanzas de Dios pronuncia palabras, pero con la mente vaga no atiende a lo que dice. Pero si al alabar o al orar a Dios nos alegramos, mientras mezclamos el gozo de la inteligencia, unimos una ánfora de vino a la harina. Esto lo insinúa quien deseando dice: "Bendíganos Dios, nuestro Dios, bendíganos Dios, y teman de Él todos los confines de la tierra" (Salmo 66, 7-8). Como si llevara tres becerros al tabernáculo, quien alabando a Dios, repitiendo el nombre de su divinidad, expuso las propiedades de las personas. Pero cuando dice "teman", no dijo "ellos", sino "Él", ciertamente quien llevó tres becerros inmoló uno. Y porque mezcló harina con los becerros, y vino con la harina, se gloria diciendo: "A Él clamé con mi boca, y lo exulté bajo mi lengua" (Salmo 65, 17). Pues cuando clamó, como si llevara un becerro para el sacrificio, pero no podría exultar bajo su lengua, si no entendiera las altas palabras de su oración. Cuando clamó, por lo tanto, entendió lo que clamó, y cuando exultó en la oblación del Dios omnipotente, no solo tuvo un becerro, sino también medidas de harina y una ánfora de vino. Por lo tanto, el becerro, la harina y el vino son la alabanza de Dios, la inteligencia de la alabanza y la alegría de la mente devota. ¿Por qué se nombran la medida y la ánfora en la oblación a Dios, sino porque son nombres de medidas? Esto también lo expone Pablo espiritualmente, diciendo: "Cada uno tiene su propio don de Dios, uno de una manera, otro de otra" (I Cor. 7, 7). De aquí la Verdad dice: "Medida buena, apretada, remecida y rebosante darán en vuestro regazo" (Lucas 6, 38). Esta medida nos manda guardar la Sagrada Escritura, diciendo: "No levantes sobre ti una carga". Pero el alma elegida debe tener mucho cuidado de ofrecer estas tres cosas al Dios omnipotente con el ardor de la devoción piadosa y el estudio de la verdad manifiesta. Por eso se dice que el hijo de Ana fue ofrecido al sacerdote. Esto ciertamente también lo hacemos nosotros, si cuando progresamos en la santa conversación, cuando con mentes fecundas

producimos el fruto de los gozos espirituales, llevamos al examen de nuestros preladados todo lo que en nosotros se genera por la contemplación suprema. Y porque los hombres elegidos entre los dones sublimes no abandonan el bien de su humildad, sigue:

(Vers. 28.) Y adoraron allí al Señor.

18. En la casa del Señor adoran al Señor, quienes con alta mente se elevan a la contemplación de la patria suprema, pero por humildad se someten al Dios omnipotente, y con todo el corazón se elevan tan sublimemente en la virtud del Espíritu. Esto no lo hemos expuesto en orden, sino sumariamente, al explicar la historia o la inteligencia moral, para que investiguemos un poco más ampliamente las palabras del cántico espiritual que sigue según la explicación moral y típica.

CAPÍTULO III.

(II Reg. 2, 1.) Y oró Ana, y dijo: Mi corazón se regocijó en el Señor.

1. Ya hemos mostrado que en la persona de Ana se oculta el tipo de la santa Iglesia. Que ciertamente, habiendo nacido ya el niño, se dice que se regocija en el Señor, porque no se enorgulleció vanamente de haber atraído al pueblo gentil a la fe del Redentor, sino que mantuvo la intención de su alegría en aquel de quien recibió los dones de su fecundidad. Con estas palabras indica así el lugar de su alegría, que muestra al mismo tiempo la causa de su exultación. La estéril lloró, la que da a luz exultó, para prefigurar las costumbres de la santa Iglesia, que se duele de haber sido arrojada de los gozos del paraíso a este valle de lágrimas, pero soporta pacientemente las penalidades de su exilio para ganar almas. En esto solo se acostumbra a exultar, si en la penalidad del tiempo, que la oprime, por la gloria de su fecundidad, multiplicando a los elegidos, se reparan las pérdidas de la patria celestial. Dice, por lo tanto: "Mi corazón se regocijó en el Señor", porque ha conseguido el fruto de su propósito. En este lugar es notable que lo que dice gloriosa se dice que lo oró. Pues se ha dicho antes: "Y oró Ana, y dijo: Mi corazón se regocijó en el Señor". Pero, ¿por qué se dice que oró, si no se la conoce pidiendo nada a Dios con súplicas? Pero porque la santa mujer sabía por el espíritu de profecía que esto iba a suceder, y lo deseaba vehementemente, lo dice exultando y orando. Exultaba ciertamente con la certeza de lo futuro, deseando vehementemente que sucediera lo que conocía por la revelación del sacramento. La santa Iglesia también recuerda, predica y ora los beneficios divinos amando y venerando, porque ciertamente ejecuta externamente hablando lo que internamente desea fervientemente que suceda, y lo venera con gran devoción cuando se ha hecho. Dice, por lo tanto: "Mi corazón se regocijó en el Señor", porque los dones que recibe para el fruto de la alegría eterna no los convierte en gozo temporal. Sigue:

(Vers. 1.) Y se exaltó mi cuerno en mi Dios.

2. ¿Qué es el cuerno de Ana, sino el poder de la santa Iglesia? Que ciertamente el cuerno se elevó maravillosamente cuando el Hijo de Dios, por la humanidad asumida, se hizo partícipe de nuestra naturaleza. En Él, por lo tanto, se exaltó el cuerno de la santa Iglesia, en quien la naturaleza humana ya resplandece elevada sobre los ángeles. Pero en esto, al afirmar singularmente a este como su Dios y Salvador, la santa Iglesia indica latentemente el rechazo de la Sinagoga. En nuestro Dios Salvador se exaltó nuestro cuerno, porque la sublimidad del poder eclesiástico se erigió en la humanidad de nuestro Redentor. Por eso también se dice de este Redentor por Zacarías: "Levantó un cuerno de salvación para nosotros, en la casa de David su siervo, como habló por boca de sus santos profetas" (Lucas 1, 69-70), porque refiere

que su cuerno fue exaltado, indica latentemente que antes tenía un cuerno que no estaba exaltado. La santa Iglesia ciertamente antes del advenimiento del Redentor tenía un cuerno, porque en los patriarcas y profetas recibió divinamente tanto el orden de vivir rectamente como el poder de corregir a los delincuentes. Pero sin embargo no tenía un cuerno exaltado, porque aunque podía vivir justamente, sin la presencia del Redentor no podía regresar a los gozos del Paraíso. Ahora, sin embargo, el cuerno de la santa Iglesia está exaltado, porque ya hemos recibido al Redentor del mundo que ha venido, por cuya gracia no solo podemos vivir rectamente, sino también pasar a los gozos del paraíso, porque Él ya ha muerto y resucitado por nosotros, en cuya muerte la muerte murió, y el paraíso se ha abierto a sus fieles. Por lo tanto, se ha exaltado nuestro cuerno en nuestro Dios, porque, derramada ya la gracia del Espíritu Santo en la multitud de los elegidos, vemos la imagen del Redentor impresa, mientras que quienes desprecian todas las cosas terrenales huyen de los placeres de la carne, abandonan lo propio, resplandecen con tanto mayor poder cuanto que la santa Iglesia no tenía estos grandes signos de virtud en la multitud de los antiguos. Se ha exaltado nuestro cuerno en nuestro Dios Salvador, porque a todos los que lo recibimos, nos dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan 1, 12). Este cuerno quería exaltar nuestro Salvador, cuando decía: "He aquí que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo" (Lucas 10, 19). De aquí también afirmando dice: "Todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos" (Mateo 16, 19). De aquí nuevamente promete, diciendo: "Os sentaréis sobre tronos juzgando a las doce tribus de Israel" (Ibid., 19, 28). Diga, por lo tanto, Ana: "Se ha exaltado mi cuerno en mi Dios", para que se designe la gloria de la santa Iglesia, que obtiene el singular culmen del poder por la presencia del Redentor. Y porque ya se extiende por todo el mundo, que antes estaba angustiada por las persecuciones dentro de Judea, sigue:

(Vers. 1.) Se ha dilatado mi boca sobre mis enemigos.

3. ¿Quiénes son los enemigos de la Iglesia sino los judíos? Sobre quienes ciertamente tiene la boca dilatada, porque contra su perfidia mueve ya las lenguas de todos los fieles de las naciones. La boca de la santa Iglesia, por lo tanto, está dilatada, porque se difunde por todo el orbe, y mientras instruye a todas las naciones con la predicación de la verdad, reprende la necesidad de los judíos, como con una boca dilatada. Y porque esto pudo hacerlo porque recibió con gozo al Redentor del mundo que vino en la carne, expone la causa de su boca dilatada, diciendo:

(Vers. 1.) Porque me he alegrado en tu salvación.

4. Ya sabemos quién es el Salvador de Dios. De quien también Isaías profetizando dice: "Verá toda carne el Salvador de Dios; verán todos los confines de la tierra el Salvador de Dios" (Isaías 52, 10; Salmo 97, 3). Jesús, en nuestro lenguaje, se dice Salvador. De quien también Habacuc se promete gozo, diciendo: "Me alegraré en Dios mi Jesús" (Habacuc 3, 18). He aquí que en las voces de los antiguos judíos el Señor Jesús es afirmado como Dios. Pero ahora los judíos esperan un Salvador, que no creen que sea Dios. Pero tal vez los judíos en su boca intentan reprobar esto, y mientras interpretan a Jesús como Salvador, no entienden a Dios Salvador como la persona del unigénito, sino del Padre; sin embargo, en el mismo lugar se añade, de donde se muestra más claramente la persona del unigénito: "Señor Dios", dice, "mi fortaleza, establece mis pies en la consumación, y sobre las alturas colócame, para que venza en su claridad" (Ibid. 19). He aquí que habla a Dios diciendo: "Colócame sobre las alturas". Pero porque dice: "Venceré en su claridad", ciertamente es otro de quien dice. ¿Quién es, por lo tanto, de quien dice sino el unigénito Hijo de Dios, a quien no solo cree verdadero hombre, sino también Dios? Por lo tanto, cuando habla a Dios, diciendo: "Me

alegraré en Dios mi Jesús, y venceré en su claridad", no muestra a otro Dios, sino a Dios otra persona. Estas son las razones de la santa Iglesia, estas son las invencibles afirmaciones contra la perfidia de los judíos difundidas por todo el orbe. Por lo tanto, tiene la boca dilatada la santa Iglesia sobre sus enemigos, porque ya, con Dios como autor, es conocida en todas partes, de donde también se convence la perfidia de los judíos. Escuchen, por lo tanto, la causa de la boca dilatada, quienes niegan al Salvador de Dios, y sean heridos por el argumento de su confusión por el gozo de nuestro Salvador. Pero pueden ser heridos, pero no quieren cesar de sus blasfemias. Ya el mundo ha recibido al Salvador de Dios, toda carne lo ha visto, el judío no cree, porque, como dije, espera un Salvador que no sea Dios. Escuchen, por lo tanto, la maldición del profeta que dice: "Maldito el hombre que confía en el hombre, y cuyo corazón se aparta del Señor" (Jeremías 17, 5). En el hombre confían los judíos, que rehúsan creer en el Redentor, mientras esperan al Anticristo al final del mundo. En cuya confusión el salmista predica, diciendo: "Vieron todos los confines de la tierra el Salvador de Dios" (Salmo 97, 3). Como si confundiera la perfidia de los judíos diciendo: ¿Por qué difieren las visiones para el futuro? A quien esperáis ya ha venido, a quien teníais prometido ya ha aparecido a todos los confines de la tierra, cuando cerrasteis los ojos, pasó; más bien, os habéis vuelto tan ciegos, que tanta luz estuvo ante vosotros, y no la visteis. Por lo tanto, "aclamad al Señor toda la tierra, cantad, exultad, y salmodiad; salmodiad a nuestro Dios con cítara, y con voz de salmo, con trompetas de plata, y con voz de trompeta de cuerno. Aclamad en presencia del rey Señor; muévase el mar y su plenitud, el orbe de la tierra, y todos los que habitan en él. Los ríos aplaudirán con las manos, los montes exultarán ante la faz del Señor, porque viene, porque viene a juzgar la tierra" (Ibid. IV, seq.). Como si dijera: Porque están oprimidos por una ceguera tan inmensa, que no merecieron ver, vosotros regocijaos más abundantemente, que habéis visto. Pero cuán maravillosamente, y cuán inefablemente se debe regocijar, acumulando signos de gozo, dice: "Aclamad, cantad, y salmodiad". Deseando insinuar también la celebración de la alegría, enumerando sus instrumentos, dice: "Salmodiad al Señor con cítara, y cítara, y voz de salmo, con trompetas de plata y voz de trompeta de cuerno, aclamad en presencia del rey Señor". ¿Qué en presencia del rey, sino en el conocimiento del Redentor? Pero expone por cuántos debe celebrarse esta solemnidad de gozos, diciendo: "Muévase el mar, y su plenitud, el orbe de la tierra, y todos los que habitan en él". Oh infeliz Judea, los confines de la tierra han visto al Salvador de Dios, toda la tierra se conmueve y aclama, se regocija todo el orbe, los ríos aplauden con las manos, los montes exultan; pero los impíos corazones de los judíos no creen, y son heridos por la pena de su ceguera. Pero a quien no temen blasfemar, la santa Iglesia lo recomienda más atentamente, diciendo:

(Vers. 2.) No hay santo como el Señor.

5. En la descripción del Redentor se designan todas las cosas incomparables. De ahí se muestra al verdadero Redentor, porque en todo lo que se dice para su gloria, nadie se le compara. Él redimió a todos, quien a todos supera. Esto se dice correctamente contra Judea, que con más audacia desprecia al Redentor, recordando que tuvo muchos hombres que brillaron con gran alabanza de santidad. De ahí que, reprochando al ciego iluminado, dicen: Tú eres discípulo de ese, nosotros somos discípulos de Moisés. Sabemos que Dios habló a Moisés, pero de este no sabemos de dónde es (Juan IX, 28, 29). De ahí también se glorían, y dicen: Somos descendencia de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie (Juan VIII, 33). Pero Moisés fue hombre, Abraham fue hombre, Cristo fue hombre. Sin embargo, aquellos fueron asumidos para la comunicación con Dios, este fue asumido en la divinidad. Aquellos fueron asumidos para el ministerio, este como unigénito fue asumido para el reino. Por eso también habla, diciendo: Todo lo que tiene el Padre es mío (Juan XVI, 15). No hay

santo como el Señor. Esto también lo atestigua la Sagrada Escritura, diciendo: En él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col. II, 9). De ahí que Juan dice: De su plenitud todos hemos recibido (Juan I, 16). No hay santo como el Señor. Porque en lo que se afirma del Señor, se encomia la excelencia de su santidad. Pero los judíos afirman que el Cristo que esperan es un mero hombre, y sin embargo creen que será su Señor y singularmente santo. Pero el salmista, reprochándolos, nos exhorta al gozo de la fe, diciendo: Aclamen al Señor toda la tierra, sirvan al Señor con alegría. Entren en su presencia con regocijo, sepan que el Señor es Dios (Salmo IC, 1, 2, 3). Ellos llaman Señor a quien no es Dios. Por tanto, nosotros debemos aclamar, nosotros debemos servir con alegría, porque tenemos tal Señor, que también es verdaderamente creído como Dios, quien la majestad de la divinidad que afirmó en sí mismo, la comprobó con milagros incomparables. Por tanto, quienes niegan su divinidad invisible, crean en sus obras manifiestas. Pero, ¿qué santidad tan maravillosa es aquella que santifica a los pecadores? Por eso también dice de la mujer pecadora: Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho (Lucas VII, 47). Esta excelencia de santidad, aquella mujer en el flujo de sangre la reconoció, diciendo: Si toco aunque sea el borde de su manto, seré salva (Mateo IX, 21). Pero, ¿quién afirmaría su fe, si no se manifestara el efecto de la fe? Pues al tocar su manto, la sangre se detuvo. No hay santo como el Señor, porque cualquiera que pudo existir como santo, lo recibió por su don para poder ser santo. Esto lo insinúa la santa Iglesia con la palabra siguiente, dirigiéndose al mismo Redentor con inmenso amor, diciendo:

(Vers. 2.) Porque no hay otro fuera de ti.

6. Se sobreentiende, santo. Habría algún santo fuera de él, si sin el don del unigénito pudiera tener el espíritu de santificación. Pero, ¿quién se atrevería a afirmar esto de los hombres, lo que de los ángeles no se constata? Está escrito: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el aliento de su boca toda su fuerza (Salmo XXXII, 6). La palabra del Señor es el unigénito de Dios. A quien ciertamente el evangelista Juan insinuando, dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Si, por tanto, también los ángeles se cree que son santificados en el Hijo, mucho más se cree de los hombres que fuera de él no pueden encontrar la gracia de la santificación.

7. Esto también puede entenderse sin ninguna sobreentendida. Cuando dice: No hay otro fuera de ti, ¿qué otra cosa se designa en el Redentor sino la inmutabilidad de la esencia divina? Por eso también dice a los judíos blasfemos: Antes que Abraham fuera, yo soy (Juan VIII, 58). Lo mismo insinuando a Moisés en el Génesis, dice: Yo soy el que soy (Éxodo III, 14). Porque para el unigénito de Dios, ser es de manera diferente nunca ser. Este estado ciertamente está tan lejos de todos los mortales, cuanto más claramente se reconoce que en cada momento se varían por muchas cosas. Esto también puede referirse al estado de justicia, porque ser de los elegidos es permanecer en Dios por la justicia. Y porque el unigénito de Dios es Dios, fuera de él no hay nadie, porque ninguno de los elegidos está sino en él. Lo que si se refiere a su divinidad, para que de ninguna manera evacue el entendimiento de su humanidad, porque no puede ser justo quien no tiene fe en la divina Encarnación; por tanto, los judíos son heridos por cada una de estas palabras, quienes, mientras desprecian al Redentor, esperan al Anticristo, quien claramente se comprueba que no es Dios. Por eso también se dice por el bienaventurado Job: Habiten en su tabernáculo sus compañeros que no es (Job XVIII, 15). El tabernáculo del Anticristo es el amor de la perfidia, con el cual contradice la fe del Redentor. En este tabernáculo ciertamente los judíos ahora permanecen, porque mientras habitan amorosamente el sitio de su perfidia, luchan contra el Redentor. Quienes también se refieren a ser compañeros de aquel que no es, porque en su propósito ayudan al diablo, quien, al caer del amor de aquella suma esencia, inmediatamente perdió el

ser verdadero. A quien ciertamente no ser es no poder volver a aquella suma bienaventurada esencia por la participación del amor. Y porque el pueblo judío, no solo tuvo la ardua conversación de los antiguos padres, sino también la manifestación de los milagros para el aumento de su soberbia, se añade:

(Vers. 2.) Y no hay fuerte como nuestro Dios.

8. Como si reprimiera a la jactanciosa Judea, diciendo: Aquellos que afirmas que hicieron grandes cosas, fueron puros hombres; aquel que predico, no solo fue un hombre santo, sino también un poderoso Dios. Por tanto, cuando se considera la fortaleza, se indica la excelencia, porque ciertamente toda fortaleza humana es completamente débil en comparación con la deidad. Sin embargo, en este lugar la afirmación de la divinidad no prueba la excelencia de la obra, sino que la incomparabilidad de la fortaleza muestra la verdad de la deidad. Como si dijera: En esto se reconoce que dijo la verdad, porque la deidad que afirmó en sí mismo la comprobó con obras incomparables. Por eso dice por sí mismo: Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más hizo, no tendrían pecado (Juan XV, 24). Ahora bien, las mismas obras deben ser discutidas. Moisés dividió el mar (Éxodo XIV, 12), Elías dividió el río (IV Reyes II, 8); nuestro Señor Jesús caminó sobre el mar (Mateo XIV, 24). ¿Qué es, entonces, más elegante, ofrecer un camino en el lecho seco del abismo al pueblo que pasa, o hacer del mismo rostro del mar un camino? Aquellos, porque eran oprimidos por el peso de la humanidad, buscaban un camino por el sólido del abismo por donde avanzar; pero aquel que se reconoce que asumió las debilidades de la naturaleza humana en la altura de la divinidad, se llevaba sobre las aguas por su propia virtud. Moisés obtuvo el resplandor del rostro por la comunicación con el Señor (Éxodo XXXIV, 29), Josué detuvo el sol con sus oraciones (Josué X, 12, 13); pero porque Jesús es Dios, resplandeció ante los discípulos con la virtud del sol. Los hijos de Israel no podían mirar el rostro de aquel, los que merecieron ver la gloria de este cayeron, para que claramente conocieras que era divino lo que superaba lo humano. A este, estando aquellos presentes en el monte, el eterno Padre dice: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, escúchenlo (Mateo XVII, 5, 6). Y por eso también Elías, quien cerró el cielo para que no lloviera, y lo abrió para que lloviera (III Reyes XVII, 1) ¿qué es en comparación con aquel que, abriendo los cielos, mostró al Padre como testigo de su generación divina? No hay fuerte como el Señor, porque cualquier virtud que Moisés pudo mostrar, el Señor, no él, la hizo. Pero Jesús mostró todo lo que hizo maravillosamente por su propia virtud, porque también fue Señor de Moisés. No fue Moisés quien hizo llover maná al pueblo que caminaba por el desierto, sino el Señor (Éxodo XVI, 13, sig.). No fue Moisés, sino el Señor quien precedió al pueblo en una columna de fuego por la noche, y de nube durante el día (Ibid., XIV, 19). No fue Moisés, sino la palabra que le fue dirigida, la que sacó agua de la roca (Ibid. XVII, 6). No fue Moisés, sino el Señor quien proporcionó aves a los que las deseaban (Ibid. XVI, 17). Por eso también el Señor reprime a los judíos que se glorían en la fortaleza de los padres, diciendo: No fue Moisés, sino mi Padre quien les dio el pan del cielo (Juan VI, 32). De ahí que el salmista, no exaltando vanamente a Moisés, sino alabando laudablemente al Señor, dice: Hizo maravillas en la tierra de Egipto, en el campo de Tanis, interrumpió el mar, y los condujo, y estableció las aguas como en un odre. Los sacó en nube de día, y toda la noche en iluminación de fuego. Sacó agua de la roca, y condujo las aguas como ríos. Y mandó a las nubes desde arriba, y abrió las puertas del cielo, e hizo llover maná para que comieran, e hizo llover sobre ellos carne como polvo, y aves aladas como la arena del mar (Salmo LXXVII, 12, sig.). Pero el Señor Jesús apareció incomparablemente fuerte no en virtud ajena, sino en la suya. Por eso también, siendo poderoso por sí mismo, al paralítico le ordena, diciendo: A ti te digo, levántate (Mateo IX, 6). De ahí también está escrito: Todos los que lo tocaban, eran sanados de cualquier enfermedad

que tuvieran (Marcos VI, 56). Y de nuevo: Salía de él poder, y sanaba a todos (Lucas VI, 19). Este signo de fortaleza, ni Moisés, ni Elías pudieron tener, para que, mientras se manifestaban signos incomparables, se designara clarísimamente la venida del unigénito. Por tanto, la Sinagoga es justamente condenada al silencio perpetuo, cuando se añade:

(Vers. 3.) No multipliquen palabras sublimes. Que se aparten las cosas viejas de su boca.

9. Como si dijera: Mientras ven cosas incomparablemente nuevas, alaban de manera reprehensible los hechos de los antiguos. Como si aquellas cosas hubieran precedido como sombra. Pero ahora los verdaderos fieles veneran reverentemente estas obras de nuestro Redentor, porque lo que allí se sombreaba con la ocultación del sacramento, en la venida del Redentor se manifestó, habiendo esperado el cuerpo de la verdad revelada. Por tanto, si se refieren a las cosas nuevas, no son viejas, porque entendidas en el Espíritu Santo, no reciben ninguna vejez. De aquel espíritu que renueva todas las cosas, el salmista ora, diciendo: Envía tu espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra (Salmo CIII, 30). Por tanto, son viejas si se comparan con las obras del Redentor; pero cuando para confirmar estas cosas las traemos espiritualmente, por el mismo espíritu con el que entendemos estas cosas, aquellas se renuevan. Por tanto, cuando la santa Iglesia reprende a los judíos por la narración de los antiguos, ¿qué otra cosa se designa sino que ellos entienden carnalmente los actos espirituales de los Padres? La Sinagoga, en efecto, se levanta temerariamente contra la santa Iglesia tanto más cuanto se enorgullece soberbiamente de la ciencia de la ley y los profetas, que aprendió divinamente inspirada a sus padres, pero materialmente exhibida a sí misma. Por eso sigue: No multipliquen palabras sublimes, gloriándose. Y para que dejen de enorgullecerse, añade, diciendo: Que se aparten las cosas viejas de su boca. Ya, en efecto, son viejas para él, las cuales, como dije, no se entienden por el espíritu renovador. Es como si dijera: Es digno que guardes silencio sobre la narración de aquellos cuyos nuevos y espléndidos sentidos ignoras. Y si los entiendes sutilmente, no deben proporcionarte arrogancia, porque Dios es el Señor de las ciencias. El Redentor del género humano, porque es la Palabra del Padre supremo, es ciertamente el Señor de todas las ciencias. Altas y grandes cosas habló Isaías, grandes cosas habló Jeremías; pero ciertamente no dirían nada, si esta Palabra, el Señor de las ciencias, no les indicara las ciencias antes de que hablaran. Por eso también frecuentemente se lee en los libros del mismo profeta Isaías: La palabra que fue hecha a Isaías el profeta. Frecuentemente también se escribe en el libro de Jeremías: La palabra que fue hecha a Jeremías el profeta. Esta Palabra, el Señor de las ciencias, Juan, contemplando en el seno altísimo del Padre supremo, dice: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). De ahí que Pablo, insinuando al Redentor nuestro como el Señor de las ciencias, dice: Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Col. II, 9). Por tanto, cuando dice: Que se aparten las cosas viejas de su boca, porque Dios es el Señor de las ciencias, ¿qué es sino mostrar a la Sinagoga con razón manifiesta, para que tanto más solicite guardar silencio, cuanto no solo ignora qué son, sino también de quién son las cosas que dice? Como si dijera: Aquella ciencia que afirmas que fue de tus padres, no debió proporcionarte tanta arrogancia, cuanto no fue de ellos, sino del unigénito Hijo de Dios, y no entiendes esa misma ciencia. Dice, por tanto: Que se aparten las cosas viejas de su boca. Para que los judíos no depravaran lo que no pueden entender correctamente. Dios es el Señor de las ciencias, dice, para que lo que se comprueba verdaderamente que es de Dios, no lo atribuyan falazmente a los hombres. Pero mientras Judea es reprendida por las palabras de jactancia, porque no se compunge con ningún temor, también se le anuncian tormentos por los movimientos ocultos de los corazones de los pérfidos. Pues sigue:

(Vers. 3.) Y se preparan las intenciones.

10. Como si dijera: A quien no temes blasfemar, no solo tendrás como juez de la lengua, sino también del corazón. Por eso también amenaza por Isaías, diciendo: Yo vengo para reunir sus obras y sus pensamientos (Isaías LXVI, 18). De ahí que por Moisés el Señor amenazando, dice: ¿No están estas cosas guardadas conmigo, y selladas en mis tesoros? (Deut. XXXII, 34). Y porque con estas palabras se ordena el silencio de la Sinagoga, veamos ya con qué alabanzas de su fecundidad se gloria la santa Iglesia en la voz de Ana. Añadiendo, dice:

(Vers. 4.) El arco de los fuertes ha sido superado.

11. ¿Qué es el arco de los fuertes, sino la saña fraudulenta de los judíos? Desde lo oculto, como desde un arco, infligieron una herida al Redentor, a quien mataban con manos de gentiles. Pero el arco de los fuertes ha sido superado, porque aquel que murió por su herida, resucitó de entre los muertos, ascendió al cielo, envió el Espíritu Santo prometido a los discípulos. Por eso se añade:

(Vers. 5.) Y los débiles se ciñeron de fortaleza.

12. Con la apelación de fortaleza, se muestra la virtud del Espíritu Santo. Por eso también el mismo Espíritu el Señor prometiendo a los discípulos, dice: Pero quédense en la ciudad, hasta que sean revestidos de poder desde lo alto (Lucas XXIV, 49). La fortaleza, sin embargo, se dice correctamente la gracia del Espíritu Santo, que cuando los elegidos la reciben, se vuelven fuertes contra todas las adversidades de este mundo. ¿Quiénes son los débiles aquí, sino los apóstoles? Pero ciertamente débiles, cuando se tiende el arco de los fuertes, no cuando son revestidos con poder desde lo alto. Pues en la hora de la aprehensión del Señor está escrito de ellos, que, dejando al Señor, todos huyeron (Mateo XXVI, 56). ¿No estaba muy débil entonces Pedro, cuando temió la voz de la sirvienta que lo interrogaba, y negó al Redentor (Ibid., LXIII, 74)? Ya ciertamente había sido superado el arco de los fuertes, aniquilada la saña de los judíos, porque el Redentor, vencida la muerte, había resucitado; y sin embargo, los apóstoles aún débiles temían a los fuertes superados, con las puertas cerradas (Juan XX, 19). Pero donde el poder los reviste, es agradable ver cuán fuertes los hizo. Con un repentino sonido sobre ellos vino el Espíritu Santo, y su debilidad la transformó en la virtud de un amor admirable (Hechos II, 22, sig.). Comenzaron a predicar a Cristo ya revestidos de poder, quienes no se avergonzaban de huir de las amenazas de los perseguidores; y quienes temieron las palabras de las mujeres, rompían la autoridad de los príncipes con libertad. El poder venció el miedo, superó los terrores, las amenazas y las muertes; y a quienes revistió al venir, los ilustró con los insignias de una audacia admirable en la milicia celestial, para que entre azotes, muertes y oprobios no temieran, sino que se regocijaran. Está escrito de ellos ya revestidos con este poder: Los apóstoles se iban gozosos de la presencia del concilio, porque fueron considerados dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Hechos V, 41). De ahí que ya predicando, dicen: Tengan por sumo gozo, hermanos míos, cuando se encuentren en diversas pruebas (Santiago I, 2). Bien se dice, por tanto: El arco de los fuertes ha sido superado, y los débiles se ciñeron de fortaleza. Porque primero resucitó de entre los muertos, y así el Redentor ascendió al cielo, y envió el Espíritu Santo a los discípulos. Primero, en efecto, debía ser superado el arco de los fuertes, y después los débiles debían ser ceñidos de fortaleza. Por eso también está escrito: Aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 39).

13. En este lugar se debe notar que esto se dice contra Judea, que tanto más soberbiamente desprecia los milagros del Redentor, cuanto lo reconoce muerto entre los suplicios. Dice, por tanto: El arco de los fuertes ha sido superado, y los débiles se ciñeron de fortaleza. Como si respondiera a la Sinagoga que calumnia la muerte del Redentor, diciendo: No desprecies lo

que pudo morir, sino admira más bien porque resucitó muerto, y superó la saña de tu gente reviviendo. Y porque esto lo muestra del pasado, no solo le habla denunciando, sino insultando. Como si reprochara al que insulta vanamente, diciendo: ¿De qué les sirvió haber matado a quien el lazo de la muerte no pudo retener? Ustedes lo mataron, para que después de él no fuera todo el mundo; pero por eso todo el mundo va después de él, porque se probó a sí mismo como verdadero Hijo de Dios, al redimir al género humano muriendo, y al mostrar que vivía resucitando, y al ascender al cielo, y al enviar el Espíritu Santo prometido a los discípulos. Y porque por el mérito de su incredulidad la Sinagoga fue rechazada de la participación de la gracia prometida, la misma santa Iglesia reprochándola, añadiendo, dice:

(Vers 5.) Los que antes estaban llenos, se alquilaron por pan, y los hambrientos fueron saciados.

14. ¿Quiénes fueron llenos primero, sino aquellos que tuvieron el conocimiento de Dios antes que los demás pueblos? ¿Quiénes, entonces, deben entenderse como llenos primero, sino los judíos, quienes fueron instruidos en la fe del Creador casi desde el mismo principio del mundo? Ellos ciertamente se colocaron a sí mismos por los panes. ¿Qué significan los panes en este lugar, sino los misterios de la divina Encarnación? El lugar para encontrar los panes es la Sagrada Escritura. Por eso, el pan que descendió del cielo dice a los ignorantes que lo buscan: "Escudriñad las Escrituras, porque ellas son las que dan testimonio de mí" (Juan 5, 39). Por los panes, entonces, se colocaron a sí mismos, porque recibieron todas las Escrituras, para que en ellas debieran encontrar los sacramentos de la divina Encarnación; pero cuando vino el pan, la Sinagoga, que se había colocado por el pan, dejó el lugar donde debía encontrar el pan que buscaba. Tenían las Escrituras, como dije, para conocer al Redentor, pero cuando vino según las Escrituras, lo rechazaron. Los hambrientos, entonces, fueron saciados, porque aquellos que creyeron de entre los gentiles, al recibir con veneración los misterios de la divina Encarnación, tienen alimento celestial para el uso de la delectación interna. Fueron llamados hambrientos, porque antes de la venida del Redentor, arrojados por el hambre de la infidelidad, no tenían alimento de la refección espiritual. O ciertamente se les llama hambrientos, porque reciben con gran avidez la dulzura del alimento espiritual. Los que se colocaron por los panes, escuchen a quien esperaban: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan 6, 33, 41, ss.). Pero como no merecían reconocerlo, respondían: "¿No es este el hijo de José? ¿Cómo dice que descendió del cielo?" (Lucas 4, 22; Juan 6, 42). Pero él, que conocía todas las cosas, profetizaba que los hambrientos vendrían a su banquete de delectación, diciendo: "En verdad os digo que vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, pero los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores" (Mateo 8, 11-12). Los que se colocaron por los panes, pero los hambrientos son saciados, porque los hijos de la Sinagoga tuvieron en las Sagradas Escrituras el alimento de la fe sobre la futura Encarnación del Redentor; pero ahora, rechazados ellos, mientras los gentiles creen verdaderamente en él, reciben los sacramentos de su divinidad y humanidad en la refección de la delectación íntima.

15. Porque, en verdad, se dice por el ilustre Doctor: "Todos comieron el mismo alimento, y todos bebieron la misma bebida espiritual (bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo)" (1 Cor. 10, 3-4), se puede razonablemente concluir que aquellos comieron y no fueron saciados, estos comieron y fueron saciados. Lo cual, sin duda, se dice correctamente contra la Sinagoga por la santa Iglesia, para que aquellos que están bajo la gracia sean designados para sobresalir con maravillosa altura sobre los que están bajo la ley. ¿Qué fue para ellos colocarse por los panes, sino buscar en la Sagrada Escritura los sacramentos del Redentor venidero? Cada uno de ellos ciertamente comió y no fue saciado,

porque creyó en la futura Encarnación del unigénito supremo, pero no vio la presente. Comer para él fue, en verdad, retener dulcemente en el deseo de la mente la divina Encarnación, y no ser saciado fue no ver su presencia deseada. Pero los débiles, que debían ser fortalecidos, escuchaban las alabanzas de su saciedad del pan del que se saciaban: "Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. En verdad os digo que muchos reyes y profetas desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron" (Mateo 13, 16-17). Porque los que deseaban ver, ya comían el pan de la delectación íntima por el deseo; pero porque no podían ver, tenían el gozo del deseo, pero no tenían la saciedad por la fruición. Pues aunque la Escritura dice: "Porque el pan que tiene toda suavidad y toda dulzura, Dios se lo dio" (Sab. 16, 20), se dice que lo recibieron como se conoce, como, conocido por ellos por la fe, podía ser deseado por el deseo de la caridad. Por lo tanto, a la Sinagoga que se gloría en los primeros padres, se le prefieren aquellos fortalecidos con vigor, para que, mientras se contempla la nueva cumbre de los elegidos elevada, no se gloríe en vano más allá. Y porque del banquete de la santa Iglesia nunca se quita el alimento de la vida, insinuando tanto lo futuro como lo pasado, dice:

(Vers. 6.) "Hasta que la estéril dio a luz muchos, y la que tenía muchos hijos se debilitó."

16. ¿Quién es la estéril, sino la santa Iglesia, como ya dijimos más extensamente en el tipo de Ana? ¿Qué es, entonces, que los hambrientos sean saciados hasta que la estéril dé a luz, sino poseer el pan de vida hasta el fin del mundo? Lo cual él mismo promete, diciendo: "He aquí, yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo" (Mateo 28, 20). No son sino hambrientos los que la santa Iglesia da a luz. Por lo tanto, mientras da a luz, los hambrientos son saciados, porque hasta el fin del mundo genera hijos para Dios, quienes, al creer que el Redentor vino en carne, comen el pan de vida que desean, y se llenan de plenitud. Pero mientras la estéril da a luz muchos, la que tenía muchos hijos se debilita. Debilitarse es para la Sinagoga no poder dar a luz por la institución de la ley antigua. Porque perdió la fe del primer esposo, ya da a luz al diablo y no a Dios. Bien se dice: La que tenía muchos hijos, porque mientras en la verdad de las Escrituras instruía antiguamente al pueblo sujeto a ella para desear la venida del Redentor venidero, daba a luz hijos del abrazo del esposo celestial. Ahora, sin embargo, la que tenía hijos se ha debilitado, y no tiene hijos. Ciertamente ofrece las Escrituras a sus oyentes, pero porque niega al Redentor, nunca genera hijos para Dios. Se dice, entonces, que se debilita, a quien se le niega la fecundidad espiritual. Y porque tanto el rechazo de la Sinagoga como la elección de la gentilidad se hicieron por el incomprensible juicio de Dios, sigue:

(Vers. 6-8.) "El Señor da muerte y da vida, lleva al infierno y saca de él; el Señor empobrece y enriquece; humilla y exalta. Levanta del polvo al necesitado, y del estiércol alza al pobre, para que se sienta con los príncipes y tenga un trono de gloria."

17. Como si respondiera a alguien que se asombra de tal rechazo de una nación elegida, diciendo: ¿Por qué buscas razón en estas cosas, que la suma razón hace incomprensiblemente? Lo cual también el ilustre doctor reprende, diciendo: "Hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? ¿Acaso dice el vaso al alfarero: Por qué me hiciste así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?" (Rom. 9, 20-21). Es como si dijera: Porque el Señor de todos es correctamente conocido, su obra, tanto en el rechazo de Judea como en la elección de los gentiles, debemos sentir que es venerable y no discutible. El Señor da muerte, porque por su juicio incomprensible separa al pueblo judío, una vez elegido, del conocimiento de la verdad, y lo condena para siempre. Da vida, porque temporalmente recibe a la gentilidad en el conocimiento de su unigénito por la fe, y la lleva eternamente a contemplar su gloria. Lleva al

infierno, porque por su juicio estricto, el infierno vengador recibe para castigar eternamente a aquellos que por culpa de la perfidia se separan de la veneración del Redentor. Saca del infierno, porque recibe al pueblo gentil que se acerca devotamente a la fe de su Hijo, para quien, como una alta prisión del abismo, existía la inmensa oscuridad del error. Empobrece y enriquece, porque despoja a la Judea rechazada de virtudes espirituales, y adorna a la gentilidad elegida con el precio de la fe y los resplandores de las buenas obras. También se dice que humilla y exalta. En efecto, la Sinagoga, al apartarse del Redentor, ha dejado las alturas de su sublimidad, y la santa Iglesia, al venerar al Redentor, ha surgido desde el abismo de la infidelidad, donde yacía arrojada, a la altura de la fe recta y la celsitud del poder cristiano. Porque Judea despreció al Hijo de Dios, la gentilidad lo mereció, y correctamente aquella es humillada y esta se cree exaltada. Sigue: "Levantando del polvo al necesitado, y del estiércol alzando al pobre, para que se siente con los príncipes y tenga un trono de gloria."

18. El necesitado y el pobre se entienden como el pueblo gentil, que se dice levantado del polvo y alzado del estiércol, porque cuando es recibido en la fe del Redentor, se le perdonan tanto los pecados menores como los más graves. Porque así como el polvo se sacude fácilmente, y lo que mancha el estiércol lo ensucia horriblemente, el polvo significa los pecados menores, y el estiércol los más graves. Bien también se dice que el necesitado es levantado del polvo, y el pobre alzado del estiércol. En aquellos ciertamente dormía, de los cuales podía ser levantado con un leve toque de gracia. En aquellos yacía, porque, caído en los más graves, necesitaba la mano de un gran auxilio. Pero ya el necesitado que es levantado del polvo, y el pobre que es alzado del estiércol, escuchemos a qué cumbre se le prefiere.

19. "Para que se siente con los príncipes y tenga un trono de gloria." ¿Quiénes son los príncipes en este lugar, sino los santos apóstoles? De estos príncipes, ciertamente, se dice a Dios por el salmista: "Los constituirás príncipes sobre toda la tierra, recordarán tu nombre, Señor" (Sal. 44, 17-18). ¿Qué es que el pobre se siente con los príncipes, sino que el orden de los predicadores, elegido de entre los gentiles, obtiene en la santa Iglesia la cumbre de la autoridad apostólica? Con los príncipes se sienta, porque desde el trono de la enseñanza celestial ofrece la doctrina de la salvación. Y tiene un trono de gloria, porque esparce el aroma de la buena fama, con la cual sobresale en dignidad. O ciertamente tiene un trono de gloria, y se sienta con los príncipes, porque resplandece con el honor de la sublimidad y brilla con milagros. Pero quien es elevado a tan sublime dignidad, indica cómo debe usarla, cuando añade:

(Vers. 8.) "Porque del Señor son los pilares de la tierra, y sobre ellos puso el mundo."

20. Los pilares de la tierra son los extremos de la tierra. Con el nombre de pilares quiso designar a los mismos predicadores elegidos de entre los gentiles. Se les llama extremos de la tierra, porque son producidos de una gentilidad de algún modo vil y despreciada. Estos pilares se dicen ser del Señor por la mortificación de su propia voluntad. Son del Señor, porque no buscan lo suyo, sino lo de Jesucristo. Pero mientras se dice que son del Señor, se designa en ellos una cierta santidad singular. Quienes son del Señor, vean que el mundo se pone sobre ellos, no debajo de ellos. ¿Qué se designa con el nombre de mundo, sino la plenitud de los fieles sujetos de la santa Iglesia? Dios puso el mundo sobre los pilares de la tierra, porque los predicadores son puestos al frente de la santa Iglesia para levantar su debilidad, y también para llevar a los débiles a la patria celestial, como una carga puesta sobre ellos. No deben, entonces, siempre considerarse superiores, sino a veces sujetos, para que presidan con disciplina para reprimir los vicios, pero con la estimación y obediencia del ministerio a menudo se sometan a aquellos a quienes presiden con el cuidado de la prelación. Y porque son grandes las cargas que los predicadores sostienen, añade y dice:

(Vers. 9.) "Guardará los pies de sus santos,"

21. Como si dijera: Entre cargas tan inmensas caerían, si el Señor no guardara sus pies. Los pies de sus santos son los afectos de las mentes. Que ciertamente son guardados por el Señor, porque se les infunde una gracia de devoción maravillosa, con la cual llevan tan gran carga con gratitud. Se dice que el Señor guarda los pies de sus santos, porque huirían de tan gran peso, si no se les aligerara con la caridad infundida desde lo alto. También pueden significarse con la expresión de los pies el estado de fortaleza. El Señor guarda los pies de sus santos, cuando los fortalece con una fortaleza maravillosa, para que no caigan bajo cargas tan inmensas. Y porque no se dice que guarda un pie, sino los pies, ¿qué entendemos en cada pie de los santos, sino la fortaleza y la humildad? Para que no caigamos, nos mantenemos en ambos pies. Porque quienes presiden a los fieles rebaños, en el camino hacia la patria celestial, encuentran a veces cosas prósperas, a veces adversas. Porque las mismas cosas prósperas, al excitar la elevación en la mente, la atacan mucho para hacerla caer; sin embargo, para que el monte elegido no caiga, se esfuerza por sostenerse con el pie de la fortaleza, y se mantiene con el pie de la humildad. Mantendría un estado firme entre ambas tentaciones, si se mantuviera con una humildad tan sólida, que ninguna prosperidad lo elevara, ninguna adversidad lo derribara. ¿Qué es, entonces, lo que se dice: "Guardará los pies de sus santos," sino que toda virtud humana es débil sin la ayuda del Creador? Nuestra humildad es débil, cuando es acariciada por el favor de la prosperidad, es derribada por el impulso de una alegría inapropiada. Nuestra fortaleza es débil, cuando es golpeada por la adversidad, es fácilmente superada. Pero somos abatidos por las cosas tristes, debilitados por las alegres, cuando el Dios omnipotente nos abandona, no cuando nos otorga la ayuda de su protección. Dice, entonces: "Guardará los pies de sus santos," porque el Dios omnipotente ayuda nuestra debilidad en llevar las cargas de nuestros súbditos, para que ni las adversidades nos aplasten, ni las alegrías nos seduzcan. Entonces, nuestros pies son guardados por el Señor, cuando, fortalecidos por la ayuda divina, despreciamos las cosas alegres del mundo que se nos oponen, no tememos ninguna adversidad, llevamos con paciencia estable los males con gratitud y refrenamos con una humildad inmovible el ánimo elevado de la vana delectación.

22. También pueden entenderse los pies de los santos como la fe y el amor al Redentor. Con estos pies ciertamente caminan, cuando siguen con amor a aquel que creen por la fe. Estos pies ciertamente pedía que el Señor guardara, quien oraba, diciendo: "Ponme sobre las alturas, para que venza en su claridad" (Habacuc 3, 19). Se pone sobre las alturas, a quien se le revela la divinidad del Redentor. Y vence en su claridad, porque cuando es iluminado por los rayos de su claridad, se destruyen todas las tentaciones del espíritu maligno. Tiene los pies puestos en el monte, quien es elevado en la contemplación de la verdad, y está encendido con amor por aquel a quien cree como el unigénito del Padre supremo. Sobre las alturas estaba puesto Pedro, quien cuando confesaba al Señor, diciendo: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo," inmediatamente escuchó: "Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mateo 16, 16-17). Fundado en la fe, encendido en la caridad, predicaba a aquel a quien amaba. Bien, entonces, se añade sobre los impíos:

(Vers. 9.) "Y los impíos en las tinieblas callarán."

23. ¿Quiénes son los impíos en este lugar, sino los judíos, que son extraños a la piedad de la verdadera fe, y sangrientos por la muerte del Redentor? De quienes se dice correctamente: "En las tinieblas callarán," porque los santos puestos sobre las alturas confiesan eternamente

al Redentor del mundo, a quien contemplan en la claridad de la majestad divina. En las tinieblas, entonces, callan los impíos, porque los judíos no predicaban al Redentor, ya que no los ilumina aquella inefable claridad de la divinidad. Está escrito: "Sea quitado el impío, para que no vea la gloria del Señor" (Isaías 26, 10). Viendo a estos condenados en las tinieblas, Juan dice: "La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no la comprendieron" (Juan 1, 5). De aquí David, no deseando, sino profetizando, dice: "Oscurézcanse sus ojos, para que no vean, y su espalda siempre encorvada" (Salmo 68, 24). En las tinieblas, entonces, callan los impíos, porque aunque los judíos pronuncian las palabras de la divina Escritura en alabanzas a Dios, al negar al Hijo, no consagran ningún servicio de voces a Dios Padre. Porque quien, alabando al Padre, calla la alabanza del Unigénito, calla a Dios. Pero a quien desprecian crucificado, cuando venga como juez, temerán. Por eso también se añade:

(Vers. 9, 10.) "Porque no en su fortaleza se fortalecerá el hombre, temerán al Señor sus adversarios."

24. Ahora, sin embargo, es duro en la infidelidad, fuerte en el error, y a quien desprecia creer como Dios, no teme blasfemar audazmente. Como un hombre, ciertamente, ahora no puede ser vencido, pero entonces no se fortalecerá como un hombre, cuando aquel a quien crucificaron por sus insidias sea visto en su majestad. Entonces temerán sus adversarios, cuando vean que todo se mueve por la virtud del crucificado, cuando todo se someta a su juicio, cuando oigan desde los cielos excelsos los juicios tonantes de su eterna condenación. Por eso también se añade:

(Vers. 10.) "Y sobre ellos en los cielos tronará."

25. ¿Quiénes son designados con el nombre de cielos en este lugar, sino los santos apóstoles? A quienes ciertamente el Señor, prometiéndoles la gloria de su sublimidad, dice: "Os sentaréis sobre tronos juzgando a las doce tribus de Israel" (Mateo 19, 28). De estos cielos, el Señor insinuando a los judíos, dice: "Ellos serán vuestros jueces" (Lucas 11, 19). Sobre los judíos impíos, entonces, tronará en los cielos, porque de los santos apóstoles oirán entonces los terribles juicios de su condenación, para que reciban la sentencia de muerte eterna por su examen, a quienes afligían con persecuciones mientras predicaban humildemente los bienes de la vida eterna. Porque estas cosas deben entenderse sobre el juicio final, sigue:

(Vers. 10.) "El Señor juzgará los confines de la tierra."

26. ¿Quiénes son los confines de la tierra, sino los últimos de este mundo? El Señor juzga los confines de la tierra, para que su sentencia de equidad no deje nada impune o sin recompensa, porque al concluir en el juicio lo último, no deja nada sin examinar.

(Vers. 10.) "Entonces exaltará el cuerno de su Cristo."

27. Cuando reciba a todos los elegidos en la contemplación eterna de su Unigénito, para que les presida con aquella eterna e inefable Majestad, quien mientras vivían en la peregrinación de esta vida presente no estaba con ellos. Entonces exaltará el cuerno de su Cristo, cuando en su celsitud se contemple la sublimidad del Redentor. De esta sublimidad se dice por Juan: "Lo veremos tal como es" (1 Juan 3, 2). Porque el poder o reino de nuestro Señor Jesucristo siempre es igual; pero entonces se dice que es exaltado, cuando seremos tales que podamos contemplar su sublimidad; porque cualquier cosa que ahora la mente humana pueda imaginar de esa sublimidad, es absolutamente nada en comparación con la gloria de ella. Porque está escrito de ella: "Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, lo que

Dios ha preparado para los que le aman" (Isaías 64, 4; 1 Cor. 2, 9). Primero, entonces, se da el imperio a Cristo, luego se exaltará su cuerno, porque entonces se contempla la celsitud de su sublimidad, cuando nuestra naturaleza también es levantada desde el abismo de su corrupción, cuando recibe la integridad de su renovación resucitando, con la cual puede contemplar la luz excelsa del Redentor.

28. Si en el cuerno alguien desea entender el reino, por el reino de Cristo se designa la santa Iglesia. Este cuerno ciertamente será exaltado, porque nuestras cosas bajas serán llevadas a la igualdad con los ángeles. Por eso el Señor dice en el Evangelio sobre los elegidos: "Serán como ángeles de Dios en el cielo" (Mateo XXII, 30). Sobre esta exaltación de su cuerno dice nuevamente: "Los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre" (Mateo XIII, 43). Por lo tanto, el cuerno de Cristo será exaltado, porque la santa Iglesia será elevada en la contemplación eterna de su Redentor; y la que ahora en este valle de miseria es oprimida por la pena de su humillación, una vez absorbida la muerte, renovada en la cumbre del gozo eterno, será levantada. Pero ya hemos expuesto esto en una explicación típica, queda que en el siguiente volumen lo expresemos moralmente.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

53 1. En el libro anterior, mientras discutíamos moralmente el texto de la sagrada historia, colocamos la fecundidad de Ana en la perfección de la contemplación suprema, porque concebir en la mente es gozar inefablemente de la contemplación del Dios omnipotente, pero dar a luz es no poder ocultar los signos de la caridad concebida en la mente. Ahora bien, ¿qué es cantar un cántico al dar a luz, sino proclamar con verdaderos elogios al Creador, a quien ama inefablemente? Por lo tanto, dice:

(I Samuel II, 1.) "Mi corazón se regocija en el Señor."

2. Pero la que comió y bebió, la que tenía un alma amargada, la que lloró abundantemente, la que hizo un voto, porque solo esa mente puede alabar dignamente al Dios omnipotente, que ha llegado a la cima de su caridad a través de dignas luchas, ha aprendido a despreciar todo con prolongado uso; y mientras rechaza de su intención todas las cosas creadas, tanto más se regocija en la visión de la majestad eterna, cuanto ninguna especie de criatura puede retenerla en su amor. Por lo tanto, dice: "Mi corazón se regocija en el Señor," quien, despreciando todo, solo lo ama a Él. A este afecto ciertamente había llegado quien decía: "¿Qué me queda en el cielo, y qué he deseado de ti en la tierra?" (Salmo LXXII, 25). De aquí, regocijándose en Dios, dice: "Tu rostro, tu rostro, Señor, buscaré" (Salmo XXVI, 3). De aquí la esposa en el Cantar de los Cantares pide, diciendo: "Que me bese con el beso de su boca" (Cantar I, 1). Por lo tanto, cuando dice: "Mi corazón se regocija en el Señor," ¿qué otra cosa que gloriarse de haberse adherido a sus besos a quien ama ardientemente? Y por eso solo ella dice esto, quien ha experimentado y sabe qué fuerza tiene el amor en la cámara nupcial del esposo. Iluminada por todas las victorias sobre las pasiones, y elevada a la cumbre de las virtudes, ha llegado a esa sublimidad desde la cual, por el gozo de una devoción y exultación maravillosa, ha puesto su corazón en Dios. Y porque dice su corazón, ¿qué otra cosa que afirmar la libertad de su mente? Los réprobos ciertamente no tienen sus corazones, porque el diablo los posee. Por eso se dice del traidor: "Cuando el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que lo entregara" (Juan XIII, 2). Pues si Judas poseyera su corazón, y no el diablo, él mismo pondría en él el bien más que el diablo el mal. En cambio, el hombre

elegido habla, diciendo: "Llevo mi alma en mis manos" (Job XIII, 14). ¿Qué otra cosa es la mano del elegido sino el poder de la libertad interna? ¿Qué es, entonces, llevar el alma en las manos, sino retener la gloria de la libertad interna en poder? Por lo tanto, cada vez que pecamos gravemente, no tenemos nuestro corazón. Por eso también Jeremías, reprochando gravemente al pueblo judío que peca, dice: "Escucha, pueblo necio, que no tienes corazón" (Jeremías V, 21). De aquí también otro profeta, vuelto a Dios, confiesa, diciendo: "Tu siervo ha encontrado su corazón" (II Samuel VII, 27). Por lo tanto, dice: "Mi corazón se regocija en el Señor," para afirmar la libertad de la mente, sin la cual no podría alabar dignamente a Dios. Sigue:

(Vers. 1.) "Mi cuerno se ha exaltado en mi Dios."

55 3. En el cuerno se designa la intención de la mente elegida, que se eleva maravillosamente cuando llega a Él regocijándose, quien está sobre todas las cosas. Por eso no afirma que su cuerno se ha exaltado en otro, sino en Dios. Porque quien ama los bienes transitorios, ciertamente su intención está deprimida, no exaltada, porque se fija en lo bajo donde se coloca por el deseo. De aquí que en el Evangelio el Señor dice: "Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón" (Mateo VI, 21; Lucas XII, 34). Por lo tanto, el Señor quería exaltar nuestro cuerno cuando decía: "Acumulad tesoros en el cielo" (Mateo VI, 20, 33). Tenían un cuerno exaltado aquellos a quienes Pablo se conformaba, diciendo: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses III, 20). Pero quien solo ama las cosas celestiales, si no sabe gustar esa dulzura íntima, aunque esté muy exaltado, no llega a la sublimidad de esta exaltación. Por lo tanto, es sublime en esta exaltación quien, progresando en el incremento de las virtudes, ha obtenido la sublimidad de la contemplación suprema, no solo para amar perfectamente las cosas celestiales, sino también para descansar en la contemplación del Dios omnipotente con la perfección del amor. Tiene un cuerno exaltado en Dios quien disfruta de la alta visión de la luz interna, en la cual se gloria con una cierta familiaridad singular. Por eso no dice, En nuestro Dios, sino en mi Dios. Dice mío de aquel a quien ama familiar y singularmente. A esta dignidad de familiaridad divina había llegado quien decía: "Tú eres mi Dios, y te confesaré: Tú eres mi Dios, y te exaltaré" (Salmo CXVII, 28). De aquí Isaías increpa a los incrédulos, diciendo: "¿Acaso es poco para vosotros ser molestos a los hombres, que también sois molestos a mi Dios?" (Isaías VII, 13). Por lo tanto, con qué exaltación se eleva el cuerno en Dios, lo confiesa como su Dios singularmente, porque esa infusión suprema de dulzura divina hace a la mente exaltada tanto susceptible de Él como muy familiar. Sigue:

(Vers. 1.) "Mi boca se ha ensanchado sobre mis enemigos."

4. ¿Quiénes son los enemigos de la mente elegida, sino los espíritus malignos? ¿Qué es, entonces, tener la boca ensanchada sobre los enemigos, sino reprobar todas las sugerencias de los espíritus malignos con la amplísima largueza de la gracia infundida? Tiene una boca estrecha quien no puede, por la consideración de la razón, oponerse a todas las artimañas de los espíritus malignos. La boca de su mente es su razón, y hablar es deliberar. La boca se llena cuando la razón de la mente se eleva a la contemplación de la suprema verdad por la gracia infundida en ella. Llenarse es ser imbuido por la iluminación de la suprema verdad. Allí aprende tanto lo que debe desear eternamente como lo que debe despreciar temporalmente. Y porque la suprema verdad es amor, el alma elegida se eleva por la sutileza de la verdad, y se inflama con el amor de aquello que ha aprendido, y tanto más estrictamente guarda la enseñanza cuanto más fervientemente el poder del amor lo interioriza en ella. Aunque los espíritus malignos le sugieran el mal, se confunden con la apertura de la boca ensanchada, porque, instruida por la verdad de la suprema sabiduría y encendida por las

llamas del supremo amor, ya tiene contra la sugestión del error la inmensa luz de la sabiduría, y contra la pompa ofrecida de este mundo, un amor inefable. En la inmensidad de la luz ve lo que debe reprobado, pero por la fuerza del supremo amor ama reprobado lo que conoce como inapropiado. Por lo tanto, ensancha su boca sobre los enemigos, porque de la abundancia de la razón delibera mucho contra los demonios; y cuanto más agudamente destruye sus objeciones, más reconoce en lo alto aquello con lo que reprobado las sugestiones malignas. De inmediato, insinuando la causa, dice:

56 "Porque me he alegrado en tu salvación."

5. Lo cual ciertamente es como si dijera: Porque mi cuerno se ha exaltado en mi Dios. Esto ciertamente es alegrarse en la salvación de Dios, lo que es tener un cuerno exaltado en su Dios. Esto no se toma de cualquier alegría de salvación, sino de aquel gozo perfectísimo con el que el alma elegida y perfecta se regocija como esposa en el esposo. De esta alegría David suplica, diciendo: "Devuélveme la alegría de tu salvación, y con un espíritu principal confirmame" (Salmo L, 14). Por lo tanto, quien se gloria de tener la boca ensanchada sobre sus enemigos, se describe primero como habiéndose alegrado en la salvación de Dios, porque esa mente bienaventurada podrá reprobado poderosamente las sugestiones de los espíritus malignos, que, elevada sublimemente en la contemplación de la divinidad del Redentor, recibe de Él tanto la magnitud de la sabiduría como la plenitud del amor. A quien ciertamente alaba con dignos elogios, diciendo:

(Vers. 2.) "No hay santo como el Señor; porque no hay otro fuera de ti, y no hay fuerte como nuestro Dios."

6. Con estas palabras de Ana, cada alma elegida clama esto al Redentor en alabanza, lo que de Él cree recibir como don. Pero de este orden de piadosa confesión se insinúa el orden por el cual obtenemos los mismos bienes del don que ha expuesto en serie. Por lo tanto, el Señor es declarado santo y fuerte, de quien somos santificados, llevados al descanso y glorificados. Recibimos la santificación del Señor en la virtud de la regeneración; el ser, es decir, el descanso de esta mutabilidad de corrupción, en la terminación del exilio; la fortaleza en el triunfo de la resurrección. El primero de estos dones lo obtenemos en esta vida, cuando el alma de cada elegido está en la carne, pero ambas aún están en la lucha de la obra; el siguiente, solo en el alma sin la carne, después de la vida de la carne, y ya asumida de los trabajos de esta vida; el último, en carne y alma, pero ambas ya renovadas por la gloria de la eternidad. Primero, por lo tanto, se dice santo, porque a los regenerados por el lavacro de la salvación se infunde la caridad de Dios en nuestros corazones, por cuya gracia nos preparamos para los bienes de la patria eterna, para que mientras esta vida se desliza por el tiempo de su curso, nos reciba esa vida cuyo gozo las almas de los elegidos, saliendo de aquí, posean sin temor a la muerte. Luego se le atribuye el ser, porque seguros esperamos el día de nuestra consumación, es decir, la claridad de la última resurrección, mientras en ese don del descanso recibido aprendemos a no temer la discusión del juicio final, sino a esperar la alegría de la gloria prometida. Finalmente, en último lugar, se le declara fuerte, porque en el gozo de la futura resurrección nuestras debilidades se fortalecen, cuando la carne se levanta del polvo; pero ese mismo polvo de nuestra carne, transformado en la gloria de la incorruptibilidad perpetua, no regresa más a la miseria de su fragilidad. Pero también es de notar que en estos tres somos llevados de uno a otro; pero cuando se comienza a tener lo que no se tenía, quien recibe lo que no tenía, no pierde lo que antes tenía. Pues cuando somos llevados de la santificación al descanso, y del descanso del alma somos llevados al poder de la incorruptibilidad eterna, tanto la santificación de la caridad se nos aumenta en ese descanso, como el descanso y el amor crecen mucho en la resurrección. Contemplando cada

alma unida a su Creador por amor en tan grandes dones, diga con las palabras de Ana cuán bien le sabe el don de la regeneración perfecta y la fuerza del amor. Diga: "No hay santo como el Señor." Diga cuán mejor es para ella el don de la promesa del descanso en la hora de su tránsito: "No hay otro fuera de ti." Diga cuán óptimo le parece el premio de su última renovación, en el gozo de su espíritu perfecto y de su carne glorificada. Diga: "Y no hay fuerte como nuestro Dios." Y es de notar que Ana dice esto en el cántico de súplica. Para la mente elegida, pedir esto en cántico es desear con gozo dones tan grandes. Pedirle es desear, y cantar es alegrarse. Pero quien contempla tan gozosamente los dones de su dignidad, cuán fuertemente reprocha a los enemigos ocultos se hace evidente. Pues sigue, y dice:

(Vers. 3.) "No multipliquéis palabras altivas jactándose, que se aparten las cosas viejas de vuestra boca."

7. Porque ciertamente los espíritus malignos hablan cosas altivas y viejas, cuando sugieren a los fieles que deben desear las cosas altas que parecen de este mundo. Por lo tanto, quien ya ha aprendido a exaltar su cuerno en Dios, quien sabe ser retenido en el gozo de la Majestad, desprecia reprochando todo lo que se le ofrece de halago del mundo pasajero, diciendo: "No multipliquéis palabras altivas jactándose, que se aparten las cosas viejas de vuestra boca." Como si hablara abiertamente, y dijera: Tanto me desagradan las cosas que se ofrecen, cuanto por el deseo veo otras que agradan mucho.

8. Lo cual ciertamente decir, porque le compete a quien ya se reconoce idóneo para el ministerio de la predicación, también se siente apropiadamente pronunciado contra los sabios arrogantes y contra los profesores negligentes de la vida santa. Porque quien se gloria de la ciencia que ha recibido, habla cosas altivas. Habla cosas viejas quien, dejando de lado los discursos de la Sagrada Escritura, se ocupa de palabras seculares. Por lo tanto, se dice a los arrogantes: "No multipliquéis palabras altivas jactándose." Con estas palabras ciertamente se muestra que no prohíbe el modo de hablar, sino el afecto de la intención. Como si dijera abiertamente: hablad cosas sublimes, pero evitad gloriaros de lo que se dice alto. Por eso Pablo amonesta piadosamente al discípulo, diciendo: "No seas altivo, sino teme" (Romanos XI, 20). No dijo "No hables alto," sino "No seas altivo;" así como aquí no se dice "No hables cosas sublimes," sino "No hables jactándose," porque los discursos sagrados deben ser investigados más profundamente, pero cuanto más progresa el que investiga, debe contenerse a sí mismo del orgullo de la vana gloria por la custodia de la humildad. También se dice a los que hablan ociosamente: "Que se aparten las cosas viejas de vuestra boca." Las palabras del mundo son cosas viejas, porque mientras la mente del hablante se fija en ellas por la intención, se despoja del decoro de su devoción. Por lo tanto, aquellos que hablan cosas altivas jactándose no deben hacerlo, y por qué deben apartarse de su boca las cosas viejas, esta causa lo demuestra, que se añade:

(Vers. 3.) "Porque el Señor es el Dios de las ciencias."

9. Escuche, por lo tanto, el sabio y arrogante que no es él el señor de las ciencias, sino Dios. Pues hablaría correctamente jactándose, si la ciencia de la que se enorgullece no fuera del Dios omnipotente, sino de él mismo. Escuchemos también nosotros, cuando hablamos palabras del mundo, que el Señor es el Dios de las ciencias. Pues ya las mentes de los elegidos no solo son renovadas por la ciencia del Nuevo, sino también del Antiguo Testamento; porque vino quien dijo: "He aquí que hago nuevas todas las cosas" (Isaías XLIII, 19). Por lo tanto, cuando tenemos tantas cosas nuevas que podemos hablar, no podemos hablar cosas viejas sin culpa. Que se aparten, por lo tanto, de nuestra boca las cosas viejas,

para que, cuando la culpa de la vetustez condenada también se reprime en el discurso, pasemos a la belleza del hombre nuevo. Lo cual ciertamente si lo despreciamos, escuchemos:

(Vers. 3.) "Y a ellos se les preparan los pensamientos."

10. Como si nos aterrara con una comparación implícita, diciendo: De aquí que los que hablan ociosamente piensen cuán culpable debe temerse el discurso, si aquel a quien se delinque hablando también guarda los excesos de los pensamientos para el examen de su juicio. Escuchen también los arrogantes lo que sigue:

(Vers. 4.) "El arco de los fuertes ha sido quebrado, y los débiles se han ceñido de fuerza."

11. Ya hemos dicho en la exposición alegórica que los espíritus inmundos se designan con el nombre de estos fuertes. Quienes, ciertamente, porque cayeron de la gloria celestial por su soberbia, se proponen apropiadamente a los doctores altivos para su terror, para que piensen humildemente de sí mismos tanto como contemplan a los ángeles caídos de la gloria suprema por el apetito de la vana gloria. Lo cual también recordamos que nuestro Redentor hizo con los discípulos altivos, quienes, cuando se jactaban de tener los demonios sujetos, inmediatamente escucharon de Él: "Veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Lucas X, 18). Por lo tanto, el arco de los fuertes es la soberbia de los espíritus malignos. Se les llama fuertes, ya sea porque pensaron en grande de sí mismos, o porque vencen al género humano con el ímpetu de grandes tentaciones. Este arco ciertamente, cuando la intención impía lo tensó, se esforzó por lanzar flechas de malicia sobre sí mismo hacia el Creador. "Pondré," dice su príncipe, "mi trono al norte, seré semejante al Altísimo" (Isaías XIV, 13, 14). Pero el arco de los fuertes ha sido quebrado, porque Dios resistió la soberbia de los espíritus apóstatas, los precipitó del cielo, los despojó de la gloria condicional de la virtud, para que en los ángeles caídos el hombre aprendiera qué temer. Pues ¿qué será del vaso de barro, si Dios no perdona a los ángeles llenos del hedor de la soberbia? Por eso también Pedro habla en su Epístola, diciendo: "Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno, entregados a cadenas de oscuridad, reservados para el juicio" (II Pedro II, 4). Como si, por lo tanto, el predicador elegido y humilde dijera a los soberbios: Para que ceséis de la arrogancia, contemplad en los ángeles caídos, es decir, en los conformes a vosotros, las penas debidas de la condenación.

12. Y proponiendo a quienes deben imitar, dice: Y los débiles se ceñeron de fortaleza. Si por la presunción de la estimación los ángeles malos son llamados fuertes, la denominación de débiles conviene correctamente a los espíritus bienaventurados, quienes, sin presumir de sí mismos, están sujetos con perpetua humildad a la virtud de su Creador. Los débiles se ceñeron de fortaleza, porque, por el mérito de la sujeción voluntaria, los santos ángeles están unidos a su Creador con el vínculo del amor interno. A ellos les conviene adecuadamente el nombre de ceñidos, porque cualquiera que está ceñido, es retenido por todas partes por el cinturón con el que se ciñe, ya que, en efecto, aquellos espíritus bienaventurados están tan solidificados en la eternidad que nunca pueden caer de ella. De ahí que un ángel sea enviado a Daniel, quien predicaba en Babilonia, y se dice que estaba ceñido de oro puro (Dan. X, 5). De ahí que Juan, en el Apocalipsis, vio al ángel con quien tuvo un coloquio, ceñido con una faja de oro en el pecho. Y porque esos mismos espíritus bienaventurados ascendieron de la humildad al mérito de la gloria del amor, pero porque tienen esa misma gloria en el abrazo de la eternidad, y no la tienen en el temor de perderla, ciertamente son gloriosos de manera inefable, pero nunca pueden perder esa gloria inefable. Para que, por tanto, el arrogante deje de gloriarse, escuche: El arco de los fuertes fue quebrado. Y para que, condenada la culpa de

la soberbia, progresen en humildad, se les dice: Los débiles se ceñeron de fortaleza. En efecto, se imparte fortaleza a los débiles cuando, por el mérito de la sujeción, se infunde a los mansos la virtud de la caridad suprema. También nos ceñimos cuando nos preparamos para el ministerio de la palabra. Por tanto, bien ceñidos de fortaleza, los débiles son preferidos a los que se glorían en alta locución, porque aquellos que son enviados al ministerio de los espíritus, por causa de aquellos que heredan la salvación, antes de ser ceñidos para el ministerio, fueron humildes. Pues primero se menciona la debilidad, y después el ceñirse de fortaleza. Pablo ciertamente nos insinúa a estos ceñidos, diciendo: ¿No son todos espíritus administradores, enviados para el ministerio, por causa de aquellos que heredan la salvación? (Hebr. I, 14). De los cuales también habla el profeta, diciendo: Miles de millares le servían (Dan. VII, 40). Como si dijera: Primero reconózcanse a ustedes mismos, y así prepárense para la salvación de los demás, porque la obra de la predicación se cumple bien cuando el predicador, que es sublime en la palabra, se esfuerza por ser humilde en el ministerio. Pero porque reprende a los predicadores soberbios y arrogantes al hablar, añade, diciendo:

(Vers. 5.) Los que estaban llenos antes, se alquilaron por pan, y los hambrientos fueron saciados.

13. Los que estaban llenos antes son aquellos que, mientras reciben los alimentos de la soberbia en la recreación de la mente, no pueden captar las delicias de las santas virtudes, como si ya estuvieran llenos de alimento. Sin embargo, se alquilan por pan, porque en las Escrituras que entienden, según la magnitud de la sabiduría, creen recibir los dones espirituales de las virtudes. Pero no pueden ser saciados, porque a la plenitud de la arrogancia no pueden añadir los dones del Espíritu Santo. Pues el espíritu de disciplina huye del engaño, y no habita en un cuerpo lleno de pecados (Sab. I, 5). De ahí también está escrito: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (I Pedro V, 5). En vano, por tanto, desean recibir las cosas de Dios, quienes, en lo que se enorgullecen, hacen que el dador de los dones se les oponga. No pueden ser saciados, porque no adquieren los dones de las gracias espirituales. ¿Quiénes son los hambrientos, sino aquellos vacíos de los alimentos de los vicios, ayunando de la soberbia? Los hambrientos, por tanto, son saciados, porque los hombres santos, dotados de la fortaleza de la humildad, mientras no tienen altos pensamientos de sí mismos, merecen los altos dones de las virtudes. Pues por el bien de la humildad, se convierten en sede del Espíritu Santo, quien, al recibirlo permaneciendo en ellos, son llenados más plenamente con sus dones. Por eso el Señor dice por medio del Profeta: ¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde, y el tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras? (Isa. LXVI, 2). Por tanto, los hambrientos son muy saciados, porque en la plenitud de los dones el Espíritu Santo reposa sobre los humildes.

14. Lo cual, sin embargo, puede decirse no inconvenientemente contra los ministros negligentes del sagrado altar y los audaces receptores del cuerpo del Señor. Los que estaban llenos antes, y saturados con el alimento de los vicios, se alquilan por pan, porque preparan el cuerpo para la recepción de la Eucaristía. Quienes, sin duda, comen y no pueden ser saciados, porque aunque perciben el sacramento con la boca, no son llenados con la virtud del sacramento. Por tanto, ayunan de esa virtud del sacramento porque antes estaban llenos. Pues no perciben el fruto de la salvación en la comida de la hostia salvadora, quienes llevan en la mente los crímenes con los que se habían llenado. No son saciados, por tanto, sino los hambrientos, porque ayunando perfectamente de los vicios, reciben los divinos sacramentos en la plenitud de la virtud. Y porque los hombres elegidos no pueden estar sin pecado, ¿qué queda, sino que se esfuerzen diariamente por ser evacuados de los pecados con los que la fragilidad humana no deja de mancharlos? Pues quien no agota diariamente lo que delinque, aunque sean mínimos los pecados que acumula, poco a poco el alma se llena, y con razón le

quitan el fruto de la saturación interna. Pablo, insinuándonos que nos evacuemos de esta plenitud, dice: Examínesse cada uno a sí mismo, y así coma del pan y beba del cáliz (I Cor. XI, 28). ¿Qué es probar en este lugar, sino, evacuada la maldad de los pecados, presentarse probado y puro a la mesa del Señor? De los que están llenos también añade: Porque el que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí. Por tanto, quienes pecamos diariamente, corramos diariamente a los lamentos de la penitencia, porque esa es la única virtud que evacua lo que la culpa acumula en el vientre del alma. Y entonces verdaderamente los hambrientos son saciados, porque cuanto más nos purificamos con el lamento de la penitencia, más abundante fruto de la gracia divina recibimos en la recreación espiritual. La saturación de los elegidos, que se extiende hasta el fin del mundo, añade, y dice:

(Vers. 5.) Hasta que la estéril dio a luz muchos, y la que tenía muchos hijos se debilitó.

15. ¿Quién es, pues, designada con el nombre de esta estéril, sino aquella de la que Pablo habla, diciendo: La Jerusalén de arriba es libre, la cual es nuestra madre (Gál. IV, 26, 27)? Por eso, poco después, le aplica la profecía de Isaías, diciendo: Porque está escrito: Alégrate, estéril, que no das a luz; rompe y clama, tú que no tienes dolores de parto, porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido (Isa. LIV, 1). Pero, ¿cómo se entiende que Jerusalén, la santa sociedad de los ángeles bienaventurados, es estéril, cuando, según el significado de su voz, es fecunda en eterno gozo de la visión de la paz? Pero si es madre de los hombres elegidos, ciertamente era estéril cuando el género humano pereció en Adán. Pues como no pudo dar a luz, cuando perdió al que debía extender el seno de su fecundidad por las insinuaciones del espíritu caído. Los débiles se ciñen hasta que la estéril da a luz, porque necesitamos del fuerte ministerio de los ángeles humildes hasta que todos los que están predestinados a la vida del género humano sean reunidos hasta el fin del mundo. Pues el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y recogerán a sus elegidos de los cuatro vientos (Mat. XXIV, 31; Marc. XIII, 27). Pues para recogerlos serán enviados entonces, aquellos en cuya salvación son enviados diariamente, porque no recogerán para el reino sino a aquellos a quienes ahora, por la fortaleza de su ceñimiento, prestan ayuda. Hasta el fin del mundo los hambrientos son saciados. Y bien se dice que esta estéril da a luz muchos, porque no todos los hombres, sino solo los elegidos son llevados a los gozos eternos. Por tanto, también se dice adecuadamente que da a luz, porque por el ministerio de los ángeles somos enseñados a pedir lo supremo, para que podamos llegar a sus bienes. Pero cuando esta estéril da a luz, la que tenía muchos hijos se debilita, porque cuanto más plenas ganancias de los elegidos perciben los reinos supremos por el ministerio de los ángeles, los hijos de esta Babilonia disminuyen. Pues como está débil en su parto, la que en el amor desordenado de las cosas transitorias, como suele, no puede engendrar hijos. Pues ya predicán los reinos celestiales por todas partes, que ciertamente cuando las mentes de los fieles, al escucharlos, los aman, cuando también los buscan con buenas costumbres, como en su parto Babilonia se estrecha, porque nuestra madre Jerusalén da a luz a Dios por todo el mundo, a aquellos que ella solía engendrar para el infierno con el cansado vientre de la perdición. Sin embargo, la fortaleza de estos ceñidos no se atribuye a ellos, sino a aquel de quien son ceñidos. Por tanto, adecuadamente se añade:

(Vers. 6.) El Señor da muerte y da vida.

16. En estas palabras ciertamente también se debe notar el orden. Primero se dice que da muerte, luego que da vida, porque si no dejamos de amar el mundo, no podemos vivir para Dios por amor, como atestigua Juan, quien dice: Quien ama al mundo, no tiene la caridad del Padre en él (I Juan II, 15). Por eso, aquel que se recordaba a sí mismo como muerto y vivificado, que se recordaba a sí mismo como postrado y erguido, decía: Para mí el mundo

está crucificado, y yo al mundo (Gál. VI, 14). Vivía, pero no con la vida del mundo, porque decía: Vivo ya, no yo, sino que Cristo vive en mí (Ibid., II, 20). Por tanto, no es ninguno de los ceñidos, sino el Señor quien da muerte y da vida. Pues estar muerto y vivificado es no desear nada presente, y desear lo eterno. A quién, por tanto, deben darse las gracias por estos dones, expone, diciendo: El Señor da muerte y da vida. Por eso, el predicador de las naciones ya mencionado dice: Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (I Cor. III, 7). Pero en qué orden el Dios omnipotente obra estas cosas en los elegidos, expone, diciendo:

(Vers. 6.) Lleva al infierno y trae de regreso.

17. Pues para dar muerte, lleva al infierno; y para dar vida, trae de regreso del infierno. Para el Dios omnipotente llevar al infierno es aterrorizar los corazones de los pecadores con la consideración de los tormentos eternos. Y traer de regreso del infierno es elevar las mentes aterrorizadas de los penitentes y de los que lamentan sus pecados, con la esperanza de la vida indeficiente. Entonces, en efecto, dejamos de pecar cuando, con los corazones ablandados por la gracia suprema, tememos los tormentos futuros. Y somos traídos de regreso del infierno cuando, visitados por el consuelo interno, respiramos con la esperanza del perdón desde el lamento de la penitencia. Por tanto, adecuadamente se dice que el Señor lleva al infierno y trae de regreso, porque la dureza humana no se conmueve con el terror ni se eleva con el amor solo por la predicación del hombre. Pues si fuera de los doctores dar muerte, todos aquellos a quienes tocara su predicación dejarían de pecar; y si fuera de ellos dar vida, cualquiera que escuchara de ellos las cosas celestiales, el amor de su afecto interno lo encendería inmediatamente para buscarlas con todo esfuerzo. Ahora bien, cuando a menudo amenazan a los pecadores con los castigos eternos, cuando predicán los bienes celestiales que pueden, y ni temen los castigos ni desean los gozos, clamemos con las voces de Ana en las alabanzas de Dios, y también imputándole a él aquello por lo que algunos progresan a través de ellos, digamos: El Señor da muerte y da vida. Por tanto, el Señor lleva al infierno y trae de regreso, porque aquellos pueden temer los tormentos futuros, aquellos pueden amar los gozos supremos, en quienes, a través de esas voces que el hombre habla externamente, la piedad de Dios obra internamente. Hay, sin embargo, en lo que cada uno puede reconocerse, si ya ha sido llevado al infierno y traído de regreso, si ha muerto al mundo, vive para los cielos; pues si es elegido, progresa. Sobre el mismo progreso añade:

(Vers. 7) El Señor empobrece y enriquece.

18. Los ricos del mundo se glorían por la abundancia de sus posesiones, porque por el alto e incomprensible juicio de Dios, los bienes celestiales les están ocultos. Por tanto, el Señor hace pobres, porque mientras insinúa a los elegidos los bienes eternos, se consideran más pobres en cuanto se ven alejados de las verdaderas riquezas. Por eso, aquel rey que era muy amplio en la posesión del mundo, porque el Señor le había mostrado las verdaderas riquezas, clamaba a él, diciendo: Mira en mí, y ten misericordia de mí, porque soy único y pobre (Sal. XXIV, 16). De ahí el profeta Jeremías, expresando en sí mismo la iluminación de cada elegido, dice: Yo soy el hombre que ve mi pobreza (Lam. III, 1). Por tanto, hacer pobre al hombre para el Señor es, en la contemplación de los bienes eternos, excitar las mentes de los elegidos al desprecio de todas las cosas visibles. Pero quien revela lo supremo, también insinúa que esos mismos supremos deben ser buscados por el precio del trabajo durante más tiempo, diga que quien hace pobres, también enriquece, porque ciertamente mientras percibimos del Dios omnipotente el conocimiento de los bienes celestiales, también de él conseguimos la virtud para luchar dignamente por ellos. Bien se añade:

(Vers. 7.) Humilla y exalta.

19. Porque en la contemplación de las cosas celestiales ven cuán abyectos son en la tierra, pero en esa misma abyección de la pobreza temporal, por la gracia de Dios, se elevan con las alas de los méritos hacia los gozos de la vida eterna. Por tanto, perciben la humildad en la estimación del exilio, y la sublimidad en la preparación de la santa operación. Sigue:

(Vers. 8.) Levanta del polvo al necesitado, y del estiércol alza al pobre, para que se sienta con los príncipes.

20. Pues el polvo es la sutil deliberación de la cogitación ilícita, que hace inmunda a la mente en la que se asienta. ¿Qué se designa en el estiércol sino la audacia del pecado cometido y vergonzoso? Por eso el profeta, viendo la vida de los carnales cubierta de lodo de obra vergonzosa, dice: Los animales se pudrieron en su estiércol (Joel I, 17). Por tanto, adecuadamente se enumeran los dones de Dios en la conversión de los pecadores. Pues primero se levanta del polvo al necesitado antes de que se alce al pobre del estiércol; porque antes se corta del corazón la deliberación de la cogitación inmunda, y después se corta la culpa de la acción. Adecuadamente también se dice que se levanta del polvo al necesitado, y se alza al pobre del estiércol, porque el que deliberadamente piensa mal internamente duerme en la contemplación de la justicia, y el que comete ilícitos externamente yace en la iniquidad por el acto. Y porque ya con los fuertes obtiene trofeos de los espíritus malignos, expone lo que merece el necesitado levantado y el pobre alzado, diciendo: Para que se sienta con los príncipes, y tenga el trono de gloria.

21. Pues sentarse es de los triunfantes. Por eso, en el Apocalipsis de Juan, el Señor muestra la dignidad de nuestra victoria, diciendo: Al que venciere, le haré sentarse conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono (Apoc. III, 21). Lo cual también Pablo, viendo, enumerando los dones de nuestra resurrección y sesión en las alabanzas de Dios, dice: Nos resucitó juntamente, y nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús (Efes. II, 6). Por tanto, con él se sientan los príncipes, porque quienes, con su ayuda, reprimen las fuerzas de los espíritus malignos, tienen la dignidad de la sesión en su triunfo, a quienes dominan por la virtud del que preside. Con él también se sientan los príncipes, porque aunque se les ve estar de pie por el cuerpo en esta aflicción de la vida pasajera, sin embargo, tienen la sede de los méritos con el Redentor en las alturas, de cuya conformidad de claridad no se separan ni en este valle de fealdad. También son pobres y necesitados de bienes quienes, por el Evangelio, han dejado todo lo que podían tener en el mundo. Quienes ciertamente, para que puedan sentarse con los príncipes, deben ser levantados del polvo y alzados del estiércol. Pues, ¿qué son los favores de la lengua, qué son las dignidades pasajeras y las riquezas transitorias, sino polvo? Pues ciegan la mente que ensucian con halagos, alejándola de los verdaderos esplendores. Y, ¿qué son las riquezas percederas y las facultades transitorias, sino estiércol para los que aman lo eterno? Pues son estiércol para las almas santas en el desprecio de la humildad, no en el apetito del deseo. Por eso Salomón, viendo al rico del mundo contristado por la pérdida de los bienes temporales, dice: El perezoso será lapidado con el estiércol de los bueyes (Eclo. XXII, 2). Como si dijera: Sufre los golpes del dolor por aquello que el que desea trabajar por la vida eterna desprecia como estiércol. De ahí Pablo dice: Todo lo he considerado pérdida y lo tengo por estiércol, para ganar a Cristo. Por tanto, se levanta del polvo al necesitado, y se alza al pobre del estiércol, cuando la mente, renunciando al mundo, pisa todo lo que solía agradaarle de los favores de la lengua humana, del honor de las dignidades, y de la abundancia de las cosas, mientras mira solo a lo eterno, que solo ama ardientemente. Pues levantarse y alzarse es despreciar con la sublimidad de la mente lo que abandona con el cuerpo. Y sentarse con los

príncipes es participar con los ciudadanos de la patria celestial en el gozo de la eterna quietud. Quien ciertamente entonces tiene el trono de gloria, porque quien preside tan sublimemente nunca calla en las alabanzas de su Creador. Pues el salmista, admirando esta sede de gloria, habla al Señor, diciendo: Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, te alabarán por los siglos de los siglos (Sal. LXXXIII, 5). Isaías también predica esta sede de gloria, diciendo: Se hallará en ella gozo y alegría, acción de gracias y voz de alabanza (Isa. LI, 3). También el santo Tobías, mostrando esto, dice: Y sus calles serán pavimentadas con toda piedra preciosa y pura, y en todas sus calles se cantará Aleluya (Tob. XIII, 22). Pero el pobre levantado debe mirar lo que sigue, porque a la sesión de los príncipes, al trono de gloria, no es llevado inmediatamente después de haber sido alzado:

(Vers. 8) Del Señor, dice, son los pilares de la tierra, y sobre ellos ha puesto el mundo.

22. Porque en el sagrado discurso se designan convenientemente a los pecadores con el nombre de tierra, los pilares de la tierra pueden ser entendidos como aquellos en los que, por los deseos inapropiados, el mundo gira y lleva de uno a otro. Por tanto, cuando vemos a los pecadores convertidos, estallemos en alabanza al Creador con estas palabras de Ana. Pues como si dijéramos con otras palabras: Ya han comenzado a ser del Señor por su gracia, quienes durante mucho tiempo fueron atrapados en la rueda de las cosas transitorias por la concupiscencia del mundo. Y cuando, ya abandonados los halagos de la vida secular, soportan valientemente las fuertes tentaciones, digamos: Ha puesto sobre ellos el mundo. Pues ha puesto el mundo sobre ellos, que, antes de que se les impusiera, estaba bajo ellos. Pues ya tienen el mundo en la carga de las tentaciones, que les servía como sujeto halagándolos, cuando en él se recostaban siguiendo las delicias y los placeres. Y porque tienen grandes tentaciones de él, quienes tuvieron grandes deleites en él, se añade:

(Vers. 9.) Guardará los pies de sus santos.

23. Con estas palabras, en efecto, se muestra la ayuda de la protección y propiciación divina, de tal manera que se designan los graves peligros de las tentaciones. Como si dijera: Sufren tentaciones tan grandes del mundo al que estaban adheridos, que solo Él es suficiente para ayudar, quien no puede faltar a sus fieles en la tribulación. Guardar los pies de sus santos es fortalecer con gracia los sentimientos de los elegidos sacudidos en la tentación, para que no caigan. Por eso, el profeta que había vacilado hacia la caída, pero había sido conservado por el Señor, dijo: "Mis pies casi se movieron, casi resbalaron mis pasos" (Salmo 72, 2). De aquí también: "Me empujaron con violencia para que cayera, pero el Señor me ayudó. El Señor es mi fortaleza y mi canto, y ha sido mi salvación" (Salmo 117, 13-14). Y sobre la debilidad de los enemigos añadió, diciendo:

(Vers. 9.) "Y los impíos en las tinieblas callarán."

24. ¿Qué significa que cuando se dice que el Señor guarda los pies de los santos, se menciona el silencio de los impíos, sino que no somos empujados a la caída del pecado, a menos que se nos sugieran las perversas tentaciones de los espíritus malignos? Por tanto, cuando el Señor guarda nuestros pies, los impíos callan en las tinieblas, porque mientras somos protegidos por la gracia divina, los espíritus inmundos no pueden darnos la voz con la que nos precipitarían. Callan en las tinieblas, porque poseen los corazones oscuros de los reprobos, desde cuya oscuridad no se atreven a avanzar hacia nosotros. Y explica por qué guarda los pies de los santos, diciendo:

(Vers. 9.) "Porque no por su propia fuerza se fortalecerá el hombre."

25. Como si dijera: Por eso los sostiene, porque sin Él no podrían mantenerse. Pues aunque se reconozca a un hombre de virtud, en su propia fuerza tiene el temor de caer, no tiene la fortaleza de mantenerse, y tantas veces cae deseando lo ilícito, cuantas veces sus pasos internos son abandonados por el Señor que los sostiene. ¿Acaso no era un hombre aquel a quien en el coro de las jóvenes se cantaba: "Saúl mató a mil, y David a diez mil" (1 Samuel 18, 7)? Sin embargo, cuando fue dejado a su propia fortaleza, fue impulsado a la culpa de su carne y cayó, y experimentó en sí mismo que el hombre no tiene en sí la fortaleza de mantenerse, sino la caída de la debilidad. Por eso, temiendo recaer, pide a aquel por quien debe ser sostenido para mantenerse, diciendo: "No me abandones del todo" (Salmo 118, 8). Que nadie se engañe, como si encontrara en sí mismo la fortaleza para mantenerse, porque aunque a menudo superamos grandes batallas de enemigos ocultos, si dignamente los rechazamos en sus sugerencias como si los persiguiéramos en fuga, no somos nosotros a quienes los espíritus huyen, sino a aquel a quien ven en nosotros y temen. O ciertamente, si también nos temen, es porque ven que hemos asumido la fortaleza de la gracia divina. Por tanto, se añade apropiadamente:

(Vers. 10.) "Los adversarios del Señor temerán, y sobre ellos tronará en los cielos."

26. Porque somos cielos cuando somos elevados a la altura de la gracia divina que nos preside. Y tenemos truenos contra sus adversarios cuando con las fuertes voces de los deseos santos eliminamos todo lo que nos inspira de sus sugerencias. Porque todo lo que el trueno golpea, mata. Los truenos de los cielos son los deseos perfectos de los elegidos. Pues como si procedieran sonando terriblemente desde la altura de los cielos, golpean a los espíritus malignos desde la cumbre de la mente a la que Dios omnipotente preside, de tal manera que con el amor del que preside fácilmente supera todo lo que la audacia maligna del enemigo podría mover a la lucha. Pero con el Redentor advirtiéndolo, sabemos que "el que perseverare hasta el fin, éste será salvo" (Mateo 10, 22). También con el mismo Señor prometiendo, hemos aprendido que "en cualquier momento que el pecador se convierta, será salvo" (Ezequiel 18, 21). Por tanto, al final de su cántico, Ana añade y dice lo que aterroriza al pecador, dice lo que hace más cauteloso al justo.

(Vers. 10.) "El Señor, dice, juzgará los confines de la tierra."

27. No dice la tierra, sino los confines de la tierra. Porque los confines de la tierra son aquellos que cerraron su vida con la perpetración de la culpa. Pues quien peca y corrige lo que delinque, es tierra por el pecado, y no es fin de la tierra, porque al pecar ha dejado de lado las alturas de su redención, pero desde lo bajo de su caída ha resucitado antes del juicio. Pues lloró lo que hizo, y espera al juez venidero con más alegría, porque en la condenación de su terrenalidad él mismo en sí mismo sostiene los azotes de la venganza por la penitencia. Porque el Señor juzga los confines de la tierra, el pecador convertido al Señor no teme lo anterior ni lo intermedio. Porque también el Señor juzga los confines de la tierra, el justo, en la justicia comenzada, no presume. Pues si la muerte repentina lo intercepta cayendo aún de la equidad en la que puede caer, porque en sus extremos se cierra la culpa, es juzgado por la ley de los confines de la tierra. Sigue:

(Vers. 10.) "Y dará el imperio a su rey, y exaltará el cuerno de su Cristo."

28. Esto ciertamente lo referimos antes al Redentor, y en el orden de esta explicación no lo cambiamos. Porque Él es nuestra paz, quien hizo de ambos uno (Efesios 2, 14). Él también es

la piedra angular (1 Pedro 2, 4-6), en la que mientras se une el muro de los elegidos, se dispone la estructura de la ciudad eterna. Mantenga, pues, nuestra locución su costumbre, para que ya expuesto el sentido moral y alegórico del cántico sagrado, ambos coincidan en aquel a quien creemos por fe, merezcamos por costumbres.

CAPÍTULO II.

Sigue, pues, el discurso divino, y dice:

(Vers. 11.) "Y Elcana se fue a Ramá, a su casa."

1. A este hombre, ciertamente, lo mostramos como el Redentor del género humano; a Ana, su esposa, como su Iglesia; al niño Samuel, como el pueblo creyente de los gentiles; y a la ciudad de Ramá, como la patria celestial. ¿Qué significa, entonces, que después del cántico de su esposa se dice que Elcana se fue a su ciudad Ramá, cuando Ana dijo el cántico después de que nació el niño, y antes de que el Redentor ascendiera a los cielos, la santa Iglesia hubiera engendrado al pueblo gentil en la fe? Esto ciertamente solo lo preguntan aquellos que se conocen a sí mismos como sabedores de la presencia corporal de nuestro Señor. ¿Acaso no lo tenía consigo Pablo, quien había ascendido al Padre, cuando decía: "¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí?" (2 Corintios 13, 3), quien también confiesa diciendo: "Como de Dios, en la presencia de Dios hablamos en Cristo" (2 Corintios 2, 17). ¿Qué significa, entonces, que a veces estuvo presente en la Iglesia santa por la gracia del don, y a veces se le retiró por la dispensación de la prueba? Estuvo presente, para que en la adquisición de los gentiles abundara en palabras de vida; pero a veces se ocultó como ausente, para que, quitado el don de la palabra, conociera cómo era sin su presencia. Por tanto, después del fin del cántico se dice: "Elcana se fue a su casa", porque la santa Iglesia predica cosas sublimes por la presencia de aquel que se retira de los mortales por dispensación, pero se representa continuamente a los ciudadanos eternos. Porque su casa es aquella sociedad eterna de los ciudadanos celestiales, que el Señor habita amando, llenando y asociando. A ella va cuando deja a Ana, porque quien se retira de nosotros mientras aún progresamos, se une y se muestra continuamente a los ciudadanos perfectos y consumados de la patria eterna, donde ya no es necesario que sean probados por su ausencia. Por tanto, después del cántico de Ana se dice: "Elcana se fue a su casa", porque la santa Iglesia, que enseña cosas tan sublimes a los elegidos, así como siempre es dejada por la piadosa dispensación del Señor, así también no siempre tiene las cosas sublimes que enseñar. Pero muchos oyen las palabras, detestan la maldad pasada y proponen obras de vida de corrección; pero cuando dejan de escuchar, como si nunca hubieran oído las mismas palabras de vida, vuelven a la iniquidad. El pueblo gentil devoto fue oyente de la santa Iglesia, y pronto para obrar. Por tanto, se añade apropiadamente:

(Vers. 11.) "Pero el niño Samuel era ministro en la presencia del Señor, ante la faz del sacerdote Elí."

2. Como si se dijera abiertamente: De lo que oyó, se esforzó por agradar a Dios omnipotente. Quien apropiadamente se llama niño, porque aunque había asumido grandes cosas para la defensa de nuestra fe, sin embargo, en la generación de la misma fe aún era nuevo. Y porque ofreció un ministerio agradable a Dios omnipotente, fue ministro en la presencia del Creador. Está en la presencia del Señor, a quien la dignación divina mira con agrado en la ofrenda de sus servicios. De cuya presencia del Señor temiendo ser expulsado, ora, diciendo: "No me echés de tu presencia" (Salmo 50, 13). En cuya presencia también deseando ser recibido vehementemente, considera la demora de su dilación, diciendo: "¿Cuándo vendré y me

presentaré ante la faz de Dios?" (Salmo 41, 3). De aquí Elías se gloria y dice: "Vive el Señor, en cuya presencia estoy" (1 Reyes 17, 1). Por tanto, Samuel era ministro en la presencia del Señor, porque en los servicios de la nueva religión el pueblo gentil fue muy acepto a Dios omnipotente. En cuya palabra también se insinúa latentemente el rechazo de Judea, mientras solo Samuel, en quien se expresa el pueblo fiel de los gentiles, se dice que ministraba ante el Señor. Solo, por tanto, estaba en su presencia, porque ciertamente el pueblo judío había dejado de agradarle. Lo cual el Señor habla por Malaquías. Pues insinuando el rechazo de Judea, dice: "No tengo complacencia en vosotros, y no aceptaré ofrenda de vuestra mano" (Malaquías 1, 10). Pero quien expulsó de su presencia la perfidia judía, añade, diciendo a quién mira con agrado: "Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi nombre una ofrenda pura" (Malaquías 1, 11). Pero es sutilmente de ver lo que se dice: "Ante la faz de Elí Samuel ministró al Señor", porque el ministerio de los predicadores de la santa Iglesia, la conversión del pueblo gentil, el amor y la reverencia hacia el servicio del Redentor, el orden de los antiguos doctores lo conoció de lejos viendo, y lo predicó profetizando. Pues conocía que este era propenso en el ministerio del Señor, quien decía: "Todos los reyes de la tierra lo adorarán, todas las naciones le servirán" (Salmo 71, 11). De aquí habla Ageo, diciendo: "Vendrá el Deseado de todas las naciones, y se llenará de gloria la casa del Señor" (Ageo 2, 8). De aquí dice Isaías: "Habrá una raíz de Jesé, que se levantará para gobernar a las naciones; en él esperarán las naciones" (Isaías 11, 10; Romanos 15, 12). De aquí dice el salmista: "Alabad al Señor, todas las naciones; alabadle, todos los pueblos" (Salmo 116, 1). De aquí dice el patriarca Jacob: "Él será la esperanza de las naciones" (Génesis 49, 10). Por tanto, ante la faz de Elí fue ministro del Señor el niño Samuel, porque lo que el pueblo gentil tuvo digno de Dios, el orden de los antiguos doctores lo previó por el espíritu de profecía. E inmediatamente se añade sobre los rechazados:

(Vers. 12, 13.) "Pero los hijos de Elí, que no conocían al Señor, y el oficio del sacerdote hacia el pueblo."

3. Se sobreentiende eran. Porque ¿quiénes son los hijos de Elí sino los israelitas según la carne, que conocían la Sagrada Escritura editada por los padres, y sin embargo no conocían a quien la Escritura prometía? A quienes ciertamente la Verdad misma increpa en el Evangelio, diciendo: "Abraham se regocijó de ver mi día; lo vio y se alegró" (Juan 8, 56). Y también: "Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él" (Juan 5, 46). No conocieron, por tanto, al Señor, quienes despreciaron al Redentor que venía en nuestra carne. Por eso se queja por Isaías, diciendo: "Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor; pero Israel no me conoció" (Isaías 1, 3). Como si dijera: Y le abrí de lejos los caminos de mi encarnación por los profetas, y sin embargo no aceptó lo que había prometido y mostrado. Por eso tampoco conoció el oficio de los sacerdotes hacia el pueblo. Porque conocería el oficio sacerdotal si predicara que ya había venido el prometido por la ley y los profetas para la redención del género humano. En quien ciertamente, porque no solo no creyó, sino que también persiguió con locura, ni conoció al Señor, ni el oficio de los sacerdotes hacia el pueblo. Cuyo pueblo ciertamente sería menor su malicia, si quien no quiso predicar el advenimiento del Redentor para beneficiar a los menores, temiera hacer daño. Por tanto, sigue y dice:

67 (Vers. 13, 14.) "Pero cualquiera que inmolará una víctima, venía el siervo del sacerdote, mientras se cocían las carnes, y tenía un tenedor de tres dientes en su mano, y lo metía en la olla, o en el caldero, o en la olla, o en el caldero, y todo lo que levantaba el tenedor, lo tomaba para los sacerdotes."

4. Porque ¿qué es inmolar una víctima, sino ofrecer a Dios omnipotente la confesión de la verdadera fe? ¿Y qué son las vasijas en las que se cuece la carne al inmolar, sino las mentes de los fieles? Que mientras creen que el Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, es el verdadero Unigénito del Padre supremo, ciertamente en ellas se cuece la carne que se ha de ofrecer a Dios por el servicio de la devoción íntima. ¿Quién es el siervo del sacerdote sino el pueblo sujeto por obediencia a los pastores infieles de la Sinagoga? Quien apropiadamente se llama siervo, porque mientras prefirió retener las cosas débiles de la ley según la letra, se negó a crecer en hombre perfecto por el Evangelio. ¿Qué es lo que se destina para llevar a cabo los robos de alimentos? ¿Qué es lo que se dice que sostiene un tenedor de tres dientes en la violencia infligida? Pero el alimento del alma elegida es la persona del Redentor. Que ciertamente se cuece en las vasijas sagradas, mientras por el calor del Espíritu Santo se prepara en las mentes elegidas para la suavidad de la refección. Porque se cuece la carne, mientras por la gracia del Espíritu Santo creemos y confesamos eficazmente que la humanidad del Señor ha sido asumida en la naturaleza de la divinidad. Por eso, por Moisés se insinúa que las carnes del Cordero pascual deben comerse, diciendo: "No comeréis de él nada crudo, ni cocido en agua" (Éxodo 12, 9). Porque comer de él crudo es creer que nuestro Redentor es un mero hombre, sin la gracia del Espíritu Santo. Se cuece en agua cuando la esencia del Redentor se ventila por la sabiduría humana. Por tanto, los judíos comen crudo, los herejes cocido en agua, porque aquellos niegan su divinidad, estos por la sabiduría humana evacúan los sacramentos de su divinidad y humanidad. Por tanto, el siervo del sacerdote es enviado a quitar los alimentos de los fieles, porque el pueblo judío, expulsado de la fe del Redentor, se esforzó vehementemente por quitar del corazón de los fieles el amor de su fe. Quien apropiadamente se dice que tenía un tenedor de tres dientes en la mano, con el que podría clavar la parte de la carne que pudiera y prohibir que se cociera. Porque el tenedor en la mano del siervo es la persecución del pueblo judío contra la santa Iglesia. Y porque intentó dañar a los fieles con halagos, penas y terrores, ciertamente el tenedor tenía tres dientes. Bien se dice, además, que lo que levantaba el tenedor lo tomaba el siervo para los sacerdotes, porque era un gran banquete para los inicuos prelados si la turba de los satélites halagadores o furiosos subvertía a aquel que conocían que permanecía en la sublimidad de nuestra fe por la confesión. Sigue:

(Vers. 14, 15.) "Así hacían con todo Israel que venía a Silo, incluso antes de que se quemara la grasa."

5. La grasa, en efecto, es la gordura interna, en la que se expresa aquella devoción de la mente por la cual las mentes de los elegidos se unen a su Creador en una caridad más perfecta. Que rectamente ya cocida la carne inmolan, porque nadie puede ascender a la sublimidad de la caridad, a menos que primero ame los misterios de la divinidad encarnada que cree. Porque creer en la humanidad del Señor Jesús asumida en la divinidad por el Espíritu Santo, es cocer la carne que se ha de inmolar a Dios. Por tanto, antes de que se quemara la grasa, el siervo intentó arrebatar la carne en todo Israel, porque los servidores de la Sinagoga pensaron que podrían derribar a los nuevos confesores de Cristo antes de que la perfecta caridad los uniera a Dios omnipotente. Lo cual indican más claramente las mismas palabras de la historia sagrada, en las que se dice: "Mientras se cocían las carnes." Por las cuales palabras ciertamente no se insinúa la perfección de la cocción, sino la preparación. Pero el orden de esta nefaria exacción se muestra por lo que sigue:

(Vers. 15.) "Venía el siervo del sacerdote y decía al que inmolvaba: Dame carne para que la cueza para el sacerdote; porque no tomaré de ti carne cocida, sino cruda."

6. Daría carne cruda al siervo, quien ante los perseguidores afirmara que la humanidad de Cristo es pura, y el siervo la cocería para el sacerdote, porque por el fuego de la malicia el pueblo judío pensaría que eso era lo que sus prelados recibirían con agrado en la refección de su mente. Por tanto, vino el siervo del sacerdote y pidió carne cruda, cuando el pueblo judío, sirviendo a la letra de la ley, sugirió a los fieles negar la divinidad del Redentor. Viniendo, por tanto, dice: "No tomaré de ti carne cocida, sino cruda." Porque a quien el fiel obligó a confesar como mero hombre, no quiso escuchar que era Dios. Ciertamente se muestra la importunidad de este pueblo, cuando las palabras sacrílegas se repiten en la nefaria exacción. Pues sigue: "No tomaré de ti carne cocida, sino cruda." Porque deseó vehementemente escuchar a Jesús nuestro Señor y Redentor, no como Señor y hombre, sino solo como mero hombre. Pero a quienes tentó como imperfectos en la carne, los encontró perfectos. Pues quienes fueron obligados a negar la divinidad del Redentor, no solo no quisieron negar al Redentor, sino que se esforzaron por llevar a sus opresores a la vida. Por eso sigue:

(Vers. 16.) "Y el que inmolaba le decía: Que se queme primero la grasa según la costumbre de hoy, y toma para ti cuanto desee tu alma."

7. En efecto, intenta apartar al que, con apetito bestial, pide carne cruda, prometiéndole la cocida a su gusto. Como si la santa Iglesia respondiera a los judíos que tienen hambre de manera incorrecta, y en lugar de la simple humanidad que desean devorar con ansia, les prometiera el alimento de la divinidad, diciendo: Dejad primero que se cocine lo que tenéis para la restauración de la vida en el entendimiento del Espíritu Santo. ¿Acaso no fue entonces cuando el hijo del sacerdote pidió carne cruda, cuando al que había nacido ciego, iluminado por el Señor, se le dijo: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que este hombre es pecador (Juan IX, 24)? ¿Qué significa decir, da gloria a Dios, sino que no atribuyas a este las alabanzas de tu curación, porque no es Dios? y al que se afirma pecador, no solo se le niega ser Dios, sino también un hombre justo. A quien ciertamente no quiso ofrecer la carne cruda que pedía, le ofreció la cocida, porque al que afirmó insistentemente como autor de su salvación, por la manifestación de un signo de tanta admiración, mostró no solo ser un hombre santo, sino el verdadero Dios. Pero el pueblo, habiendo perdido la razón, comenzó a seguir a las bestias, pidiendo insistentemente que se le ofreciera carne cruda. Pues sigue:

(Vers. 16.) Ahora la darás, de lo contrario la tomaré por la fuerza.

Sigue:

(Vers. 17.) Porque el pecado de los jóvenes era muy grande ante el Señor.

Y añade la razón por la cual se demostraba que este pecado era grande, diciendo:

(Vers. 17.) Porque apartaban a los hombres del sacrificio del Señor.

69 8. Se reconoce que es un pecado muy grande, que no se borra con las lágrimas de penitencia. Pues el profeta, contemplando este pecado muy grande de la Sinagoga, dice: El pecado de Judá está escrito con un estilo de hierro, con una uña de diamante (Jer. XVII, 1). O ciertamente era un pecado muy grande ante el Señor, porque arrastraba a otros a pecar. Por eso se añade: Porque apartaban a los hombres del sacrificio del Señor. Apartaban a los hombres del sacrificio, porque prohibían a los corazones de los débiles avanzar hacia la confesión de la fe recta. Y es de notar que los que son apartados del sacrificio son llamados hombres, porque si persistieran en la verdadera confesión de nuestra fe, la palabra divina los señalaría con la apelación de hijos de Dios. A quienes ciertamente el Señor dice a través del

salmista: Yo dije, dioses sois, e hijos del Altísimo todos vosotros, pero como hombres moriréis (Sal. LXXXI, 6, 7). Sigue:

(Vers. 18.) Pero Samuel era ministro ante el Señor, un niño ceñido con un efod de lino.

9. Se reconoce que la vestidura de lino es más sutil que la de lana. Apropiadamente se dice que Samuel estaba vestido con un efod de lino, por quien se designa el orden de los sacerdotes elegidos de entre las naciones. Pues en comparación con la vida legal, la nueva conversación del Evangelio es la sutileza del lino. Allí se ordena algo animal, allí se maldice a todo aquel de quien no quedan semillas de descendencia en Sion. Pero en el Nuevo Testamento, porque todo es más sutil, quienquiera que use sus preceptos, se adorna como con una vestidura de lino más delicada: allí se condena la abstinencia del matrimonio, aquí se cultiva con maravillosas alabanzas; allí los sacerdotes engendran carnalmente, aquí traen el fruto de la descendencia espiritual tanto más abundantemente, cuanto que no pueden sentir las pérdidas de la castidad por el bien conyugal. Bien se dice que la vestidura de Samuel era de lino, para mostrar abiertamente la gloria del nuevo sacerdocio, que resplandecería con los brillos de la nueva castidad. Pero mientras se dice que Samuel era ministro ante el Señor, se recuerda que estaba ceñido con un efod de lino, porque los servicios divinos se ofrecen bien cuando la persona que los ofrece no está manchada por las suciedades del placer carnal; y el don del ministerio es acepto a Dios cuando la persona del ministro es agradable a Dios por la pureza de la santa conversación. Y porque progresaba entre los comienzos de su novedad, sigue:

(Vers. 19.) Y su madre le hacía una pequeña túnica, que le traía cuando subía con su marido, para ofrecer al Señor un sacrificio solemne.

10. Ofrecer un sacrificio de la santa Iglesia es encender los corazones de sus oyentes en el amor del Creador a través de las palabras de la predicación. Entonces se dice que se le traía a Samuel una pequeña vestidura, porque mientras aún progresaba a través de los incrementos de su novedad, recibía de la Iglesia monumentos de justicia adecuados a su pequeñez, con cuyo esplendor resplandecería. Sigue:

(Vers. 20.) Y Elí bendijo a Elcana y a su esposa, diciendo: Que el Señor te dé descendencia de esta mujer, por el hijo que has entregado al Señor.

11. Porque en la persona del sacerdote Elí también se designan los buenos doctores del pueblo antiguo, se dice que bendijo a Elcana y a su esposa, porque ciertamente el orden de esos antiguos doctores previó la unión espiritual de Cristo y la santa Iglesia, y predicó con devoción que la descendencia de sus elegidos sería digna del cielo. Aunque esto se hizo mucho antes, sin embargo, se dio a conocer que así los bendijo, cuando, revelada ya la gracia de nuestra redención, cada fiel podía creer que nuestros antiguos padres predecían tantos bienes sobre esta renovación. Y para que se reconozca el orden en que se hacía, se añade:

(Vers. 20.) Y se fueron a su lugar.

12. Irse a su lugar con su marido es, para la santa Iglesia, a veces huir de las molestias de la vida activa y dedicarse a los gozos de la vida celestial a través de la contemplación. Pues aquella madre había dejado al niño por un momento, que decía: Deseo partir y estar con Cristo (Filip. I, 23). ¿Estaba con el niño cuando el amor lo llevó hasta el tercer cielo (II Cor. XII, 2-4)? ¿Estaba entonces con el niño cuando, recibido en el paraíso, escuchaba palabras que no es lícito al hombre hablar, y era arrebatado a su lugar, porque mostró, diciendo: No

tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebr. XIII, 14)? Pero la que se iba a su lugar con su marido, las entrañas maternas la obligaban a volver al hijo. Pues hablaba y decía: Permanecer en la carne es necesario para mí por vosotros (Filip. I, 24). Sigue:

(Vers. 21.) Visitó, pues, el Señor a Ana, y concibió, y dio a luz tres hijos y dos hijas.

13. En los tres hijos se designan los más perfectos de la santa Iglesia, que siempre se han conocido por actuar valientemente por la fe en la Trinidad. Pero si la santa Iglesia solo engendrara a los perfectos, nuestra debilidad no podría alcanzar las recompensas de la vida eterna. Por tanto, la fragilidad de las dos hijas sigue a la fortaleza de los hijos, porque la santa Iglesia, aunque ha producido fuertes contra el enemigo soberbio del género humano, también lleva a los gozos de la patria eterna a sus miembros débiles a través de los dos preceptos de la caridad. Y porque en los inicios de su comienzo no siempre permaneció quien en ese tiempo comenzó a ser instruido para el ministerio sacerdotal, sigue:

(Vers. 21.) Y el niño Samuel fue engrandecido ante el Señor.

14. En este lugar es muy notable que se diga niño Samuel y engrandecido. Pero también cuando se afirma que fue engrandecido, se dice que este elogio de su virtud no lo tiene ante los hombres, sino ante el Señor. ¿Por qué, entonces, niño, si fue elevado a la altura de la perfección? Por tanto, se dice niño y engrandecido ante el Señor Samuel, porque el nuevo orden de predicadores, aunque ha llegado a la altura de una gran conversación, no ha perdido la virtud de su humildad. Pues no serviría de nada ser engrandecido ante Dios, si dejara de ser niño, porque, habiendo perdido la humildad, no podría agradar al Dios omnipotente desde la altura de su conversación. De hecho, ya habían sido engrandecidos los que en el nombre de Jesús expulsaban demonios de los poseídos; pero porque habían perdido el bien de su niñez, la verdad los reprende, diciendo: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X, 18). De nuevo, advirtiendo, dice: Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos (Mat. XVIII, 3). Por tanto, porque la vida de los nuevos predicadores es tanto sublime en mérito como llana por la humildad, Samuel se dice apropiadamente engrandecido y niño. Y porque de ambos son muy aceptos a Dios, se dice que fue engrandecido no simplemente, sino ante el Señor. Sigue:

(Vers. 22.) Pero Elí era muy anciano, y oyó todo lo que hacían sus hijos en todo Israel, y cómo dormían con las mujeres que servían a la puerta del tabernáculo.

15. En la persona de Elí no solo se figura el sacerdocio antiguo, sino también las doctrinas de los padres antiguos, 71 porque por el hecho de que presidía con dignidad espiritual, asumió el oficio de instruir con predicación saludable a aquellos por quienes ofrecía sacrificios agradables al Señor. ¿Qué significa, entonces, que se diga que Elí era anciano, sino que en los corazones de los judíos reprobados se debilita la fuerza de los mandamientos celestiales? De hecho, Elí fue joven mientras la Sagrada Escritura tuvo gran autoridad en los elegidos de la Sinagoga, porque ciertamente había recibido las promesas del Redentor venidero, y lo esperaba con gran deseo. Entonces, Elí envejeció cuando Judea perdió la devoción de observar la promesa, para que viera al Redentor deseado por sus padres, probándose con milagros ante ellos, y completamente ciega en tanta luz suya dudara de la presencia de la verdad. También se dice que era muy anciano, para que se enseñe que toda la fuerza de la fe en la Sinagoga se marchitó. Verdaderamente decimos que si Elí era muy anciano, vivía completamente débil. ¿Qué significaba entonces para la Escritura anciana vivir, sino ministrar una aspiración de fe muy débil a la Sinagoga? Podía ser muy anciano y vivir,

cuando los corazones de los judíos vacilaban para no creer que el Señor Jesús era el verdadero Redentor, ni condenarlo abiertamente como blasfemo. De hecho, el evangelista Juan muestra la debilidad de esta ancianidad, diciendo: Algunos decían que era bueno, otros decían, no, sino que engaña a las multitudes (Juan VII, 12). De aquí los mismos judíos, mostrando la astucia de su malicia, dicen: ¿Hasta cuándo nos mantendrás en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente (Ibid. X, 24). De aquí también dicen: Maestro, queremos ver de ti una señal (Mat. XII, 38).

16. Pero Elí, muy anciano, oyó todo lo que hacían sus hijos en todo Israel. Ciertamente oyó esto, porque lo supo. Lo que conocemos, lo mantenemos encerrado dentro de las aulas de la memoria. Las sagradas escrituras, consultadas, sacan a la luz toda la perfidia de los judíos escrita dentro, y la muestran como si la hubieran guardado en la memoria durante mucho tiempo. De hecho, Amos, atribuyendo este conocimiento de la audición a Elí, dice: No hará el Señor palabra sobre la tierra, que no revele a sus siervos los profetas (Amos III, 7). De aquí Habacuc confiesa al unigénito de Dios, diciendo: Señor, he oído tu fama, y temí; consideré tus obras, y me espanté; en medio de dos animales te darás a conocer (Hab. III, 1, según la interpretación de los LXX). Para los antiguos doctores de la Sinagoga, escuchar los crímenes de los hijos es prever. Pero explica lo que previó, porque dice: Todo lo que hacían sus hijos en todo Israel, y cómo dormían con las mujeres que servían a la puerta del tabernáculo. Dormir con mujeres, de hecho, es ser contaminado por varias herejías. Bien se dice que esas mujeres servían a la puerta del tabernáculo. ¿Qué es la puerta del tabernáculo, sino la letra de la ley espiritual? Pero los judíos, al entender la Sagrada Escritura solo según la letra, establecieron herejías allí donde pudieron entrar al secreto de la verdadera fe. Pues así como se entra al interior del tabernáculo por la puerta, así se entra al conocimiento espiritual del Redentor a través de la letra de la Sagrada Escritura. Porque Judea es engañada por la observancia de la letra, se dice que las mujeres servían a la puerta, no dentro del tabernáculo. Y porque en todas las Escrituras los judíos contradicen a nuestro Redentor, no se dice que era una sola mujer, sino varias. Esto ciertamente lo hacen los hijos de Elí, porque según la voz del profeta: El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 4, 20); pero se dice que lo hacen en todo Israel, porque mientras los prelados perecen en la noche de su error, los menores son envueltos en la ceguera de su oscuridad. Por tanto, los hijos de Elí duermen con mujeres, porque los judíos reprobados se contaminan con la mezcla de sus herejías hasta el fin del mundo. También duermen, porque aunque están cubiertos por la noche de su error, sin embargo, por Elías serán despertados a la fe del Redentor al final del mundo (Mat. XVII, 11). Sigue:

(Vers. 23.) Y les dijo: ¿Por qué hacéis estas cosas, que yo oigo cosas malas de todo el pueblo?

17. He aquí que Elí era anciano, y hablaba con agudeza, porque la virtud de la sagrada palabra, aunque en el corazón de los reprobados falla, sin embargo, ante los que entienden correctamente, investiga sutilmente las culpas de los judíos. Pues investigando estrictamente, dice: ¿Por qué hacéis estas cosas, que yo oigo cosas malas de todo el pueblo? Pero quien investigando pregunta ¿Por qué hacéis?, ciertamente muestra que tropiezan en la noche de la herejía sin la discreción de la razón. Pero dice que ellos hicieron las cosas malas que oía, y afirma que esas cosas malas eran de todo el pueblo. ¿Qué es esto, sino que la totalidad del pueblo judío había caído en los profundos de las herejías? Pero la causa de su ruina eran los sacerdotes reprobados. Por eso Oseas, profetizando, dice: Causa de la ruina del pueblo son los sacerdotes malos (Oseas V, 1). Pues el pueblo sujeto cayó porque se esforzó en imitar a los prelados que caían. Por tanto, cuando dice: que yo oigo cosas malas de todo el pueblo, las mismas cosas deben entenderse como hechas por el pueblo, no referidas. Lo cual es como si

dijera: Las cosas malas que oigo que hace todo el pueblo, ¿por qué las hacéis? Por lo cual, inmediatamente, explicando más claramente lo que dijo, añade:

(Vers. 24.) No, hijos; no es buena la fama que oigo de vosotros, que hacéis transgredir al pueblo del Señor.

18. ¿En qué, pues, transgrediría el pueblo del Señor los mandamientos, si ellos dormían con mujeres? Pero porque esto sucedía en figura para ellos, esto ciertamente, que debía hacerse en el tiempo de la encarnación del Señor, lo prefiguraba. Pues cuando los sacerdotes duermen con mujeres, los súbditos transgreden los mandamientos del Señor, porque mientras los prelados se contaminan con la mezcla de herejías, la multitud reprobada de la Sinagoga sujeta se sumerge en las mismas inmundicias. Dice, pues: ¿Por qué hacéis estas cosas, que yo oigo, cosas malas de todo el pueblo? Lo cual es como si dijera: Tanto más gravemente pecáis, cuanto más feamente mancháis a todo el pueblo con vuestro crimen. Algo similar también se dice por el profeta: Desde Dan, dice, se oyó el estruendo de sus carros y caballos (Jer. VIII, 16). En este lugar, ciertamente, no se debe entender que desde Dan se refiera el sonido oído, sino que él mismo, rugiendo con carros y caballos, hace el mismo sonido que se oye. En este lugar también es de notar que quien refirió haber oído cosas malas de todo el pueblo, añadió palabras de afecto manso, diciendo: No, hijos; no es buena la fama que oigo de vosotros, que hacéis transgredir al pueblo del Señor. Y ciertamente Elí reprende agudamente y amonesta mansamente, porque la Escritura de los padres antiguos, denunciando el error del pueblo judío, reprende, y con afecto benigno, llama desde la noche de su error a la luz del día de la verdadera fe. Los llama hijos, para que reconozcan que deben ser herederos de la promesa paterna; y tanto más devotamente reciban al Salvador del mundo, cuanto no ignoran que la promesa de él fue hecha a los padres. Pero queriendo apartarlos de la audacia del pecado, añade la razón, diciendo:

(Vers. 25.) Si un hombre peca contra otro hombre, Dios puede ser pacificado por él; pero si peca contra Dios, ¿quién intercederá por él?

19. Pecar un hombre contra otro hombre es actuar perversamente un hombre contra otro. ¿Qué significa, entonces, que dice: Dios puede ser pacificado por él, sino que tales pecados eran leves en comparación con aquellos que los judíos pensaban cometer contra el Hijo de Dios? Pecaban contra Dios, porque aquel a quien intentaban matar se había mostrado ser Dios con la luz clarísima de los milagros. Esto, de hecho, el Señor lo muestra por sí mismo, diciendo: Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más ha hecho, no tendrían pecado (Juan XV, 24). Y para mostrar la implacabilidad de Dios Padre, añade diciendo: Ahora, sin embargo, no tienen excusa por su pecado, porque me han visto y han odiado a mí y a mi Padre (Ibid.). Es como si dijera: ¿Por qué intercesión se perdona ese pecado que se comete contra el mismo perdonador? ¿Quién intercede ante el Padre omnipotente por aquel que condena a muerte al Unigénito coeterno? Pues nada diría más claramente, si confesara, diciendo: Este, a quien perseguís como a un mero hombre, también es Dios. La ley de la razón exige, por tanto, que quien persigue al Creador sea privado de perdón. Pero la divina piedad lleva la severidad de la razón; pues mostró la equidad de la ley, pero no mantuvo el vigor de la afirmación pronunciada en la ejecución de la ley promulgada. Por el rigor de la equidad se decretó que no llegara al obtención del perdón por ninguna intercesión; pero a quienes ninguna oración humana fue suficiente, no les faltó la piedad del Redentor. Todo hombre que ore por las transgresiones es quitado; pero a quienes ningún hombre era suficiente, el mismo Dios hecho hombre se convirtió en un intercesor piadoso. Pues, suspendido en la cruz, oró, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXII, 34). Por tanto, Dios fue pacificado con aquellos que pecaron contra Dios, no por

intercesión ajena, sino por la suya propia. Pero Dios fue pacificado no con todos, sino con algunos. Pues algunos de los perseguidores del Señor se convirtieron por la predicación de los apóstoles, pero los demás perecieron. De estos, de hecho, Lucas menciona, diciendo: El número de ellos llegó a ser cinco mil (Hechos IV, 4). De los reprobos, sin embargo, se añade:

(Vers. 25.) Y no escucharon la voz de su padre, porque el Señor quería matarlos.

20. El Señor, anunciando por medio del profeta, dice: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel XVIII, 23; y XXXIII, 11). ¿Cómo, entonces, le corresponde querer matar al pecador y no querer la muerte del pecador? Pero en el testimonio mencionado sigue lo que permite reconocer la verdad; pues dice: Sino que se convierta y viva. Porque quien quiere que el pecador viva para que se convierta, si la divina presciencia sabe que este es inconvertible, lo mata. Por lo tanto, el Señor quiere matar, pero a aquellos que sabe que no quieren convertirse. Se le considera misericordioso y justo cuando el Profeta clama: Señor, dice, libera mi alma, nuestro Dios es misericordioso y justo (Salmo CXIV, 5). Por misericordia espera la conversión de los pecadores; por justicia condena a los no convertidos. Por misericordia quiere que los pecadores se conviertan y vivan, pero por justicia quiere castigar a aquellos que no quisieron convertirse; misericordiosamente no salva sino al que quiere, por justicia condena al que no quiere. Por lo tanto, cuando se dice que quiere matar, se muestra la máxima impiedad e inemendabilidad de los pecadores, que voluntariamente son castigados por la ejecución de la justicia divina. Así también vemos actuar a los jueces más piadosos de los asuntos seculares, quienes desearían que nadie delinquiera, para que ellos no tuvieran que castigar a nadie; pero cuando los inicuos cometen crímenes audazmente, los castigan voluntariamente, a quienes más bien hubieran querido que no hubieran cometido delitos que merecieran castigo. En este contexto se observa lo contrario, porque no dice: Porque no quisieron escuchar la voz del padre que corrige, sino: No escucharon, porque el Señor quiso matarlos. Pero quien considera correctamente la equidad del juicio divino, no cree que haya diferencia alguna entre que alguien sea matado o que sea dejado en el crimen en el que perece por eterna reprobación. Es como si dijera: Tal fue la magnitud de la culpa, que aunque recibieran monumentos de conversión, no podían levantarse de la fosa de su muerte; y quienes bebieron el mar de la ira de Dios, tendrían en el cúmulo de su condenación no solo el castigo del crimen cometido, sino también la venganza añadida de la predicación despreciada. Pero, ¿por qué nos maravillamos de esto del pasado, que hasta ahora vemos que sucede: Elí, evidentemente, advirtiendo a sus hijos que lo despreciaban, el Señor queriendo matarlos? ¿Qué otra cosa insinúa la Sagrada Escritura diariamente a los judíos sino la oscuridad de su error? No es que a través de significados ocultos y espirituales predique al Redentor, sin mostrar claramente su encarnación, nacimiento, pasión, resurrección y ascensión a los cielos. Ni ellos son tan irracionales como para no ver que tan excelentes bienes convienen al Redentor; pero, sin embargo, son ciegos, para escuchar que las señales prometidas a sus padres han brillado en el Redentor, y no creen. Por lo tanto, son ciegos no solo al ver las promesas, sino al no creer en lo que se ha cumplido. ¿Por qué no escuchan la voz de la Escritura que advierte, sino porque el Señor quiere matarlos? Sin embargo, no es de extrañar que perezcan por su juicio, ya que mataron a su Unigénito. Con la estricta equidad interna se trata con el pueblo judío, para que escuchen diariamente las advertencias de vida, hablando las Escrituras, y ellos no crean en las Escrituras que advierten. Pero, rechazando la perfidia de los judíos, expone con qué éxitos el orden de los santos predicadores se beneficia entre las naciones, diciendo:

(Vers. 26.) Pero el joven Samuel crecía y se desarrollaba, y agradaba tanto a Dios como a los hombres.

21. Crecía ciertamente en el lucro de la predicación, se desarrollaba en el número de ministros. Pues de su progreso el Apóstol se gloria, diciendo: Desde Jerusalén hasta Ilírico he llenado el Evangelio de Cristo (Rom. XV, 19). También Lucas menciona el modo de crecimiento, diciendo: Al crecer el número de discípulos, surgió una murmuración de los griegos contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en el servicio (Hechos VI, 1). Y poco después: Eligieron, dice, a Esteban lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Prócoro, y a los demás (Ibid., 5). Los presentaron ante la vista de los apóstoles, y orando les impusieron las manos. También de este progreso de los nuevos predicadores está escrito: Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Salmo XVIII, 5).

22. Pero es sutilmente de observar lo que se dice: Agradaba tanto a Dios como a los hombres. A los hombres agrada el doctor cuando se muestra venerable y adornado con buenas costumbres ante sus súbditos: pero agrada a Dios cuando rehúye gloriarse vanamente de su buena conducta, y desea merecer solo la alabanza de Dios. Dice, por tanto: Agradaba tanto a Dios como a los hombres, porque algunos predicadores presentan un pretexto de santidad que no tienen. Estos, por tanto, aunque agraden a los hombres, desagradan a Dios, y en el tipo del nuevo y elegido predicador de Samuel se dice ahora: Agradaba tanto a Dios como a los hombres. Se muestran venerables ante sus súbditos, y ofrecen a Dios la pureza de su intención. Ciertamente había procurado agradar a los hombres, quien decía: Somos buen olor de Cristo en todo lugar (II Cor. II, 15), Y también: Me he hecho todo para todos, para salvar a todos (I Cor. IX, 22). También enseñaba a sus oyentes a agradar a los hombres, diciendo: Sed sin ofensa para los judíos y los gentiles, como yo agrado a todos en todo, no buscando lo que me es útil, sino lo que es útil para muchos (I Cor. X, 32, 33). Pero quien insinuó que había agradado a los hombres, encomienda la pureza del corazón, diciendo: Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). AGRADABA tanto a Dios como a los hombres. Este nuevo orden de predicadores se mostró venerable a sus oyentes para la imitación exterior, y acepto a Dios por la inocencia de la voluntad. Sigue:

(Vers. 27.) Vino un hombre de Dios a Elí.

23. ¿Qué se expresa por este hombre de Dios, sino aquel venerable grupo de los santos apóstoles? Quien ciertamente se llama hombre de Dios, por la excelencia de la santidad, porque el culmen del orden, que había ascendido en la preeminencia del orbe universal, lo disponía con igual sublimidad de virtud. Quien ciertamente vino a Elí entonces, cuando se acercó a anunciar el rechazo de su Sinagoga a sus pontífices. Sigue:

(Vers. 27, 28.) Y le dijo: ¿No me he revelado claramente a la casa de tu padre, cuando estaba en Egipto en la casa de Faraón, y lo elegí de entre todas las tribus de Israel para ser mi sacerdote, para que subiera a mi altar, y quemara incienso para mí, y llevara el efod delante de mí, y di a la casa de tu padre todo de los sacrificios de los hijos de Israel?

24. Porque por el juicio divino se rechaza a Judea, se demuestra con qué admirable disposición de equidad se ha infligido la severidad de ese juicio. Primero se enumeran los dones otorgados a Elí, para que, al mostrarse Dios omnipotente como un dador tan benigno, se reconozca cuán justamente golpea a su despreciador. Asegura que se reveló a la casa de su padre, para que no pueda tener la excusa de la ignorancia. Y enseña que le mostró el mismo conocimiento de su revelación en Egipto, para que no piense que Elí lo obtuvo por sus propios méritos. Como si dijera abiertamente: Allí me mostré a él para que me conociera, donde podía olvidarse de mí, no sabía recordarme. Y para que esos mismos dones de conocimiento divino no parecieran pequeños al reprobado, se afirma que fue asumido al

culmen del sacerdocio de entre las demás tribus de Israel. Como si dijera: Lo preferí a aquellos a quienes no era superior, sino igual.

25. Es de notar que en el oficio de su sacerdocio se denotan tres cosas. Para que subiera, dice, a mi altar, y quemara incienso para mí, y llevara el efod delante de mí. ¿Qué se muestra en este altar, sino aquella piedra que el patriarca Jacob erigió como título (Gén. XXVIII, 18)? ¿Y qué otra piedra es esta sino aquella que Pablo predica en alabanza de los fieles, diciendo: Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo (Efes. II, 20)? Por lo tanto, el padre de Elí fue elegido por el Señor para el sacerdocio, para que subiera al altar, porque el orden de los antiguos doctores presidió al pueblo sujeto a él, para predicar la futura reparación del género humano en la venida del Redentor. Y quemó incienso, porque a aquel a quien predicaba como futuro Redentor, unió los corazones de los oyentes por el deseo. También llevó el efod, porque ofreció el ornamento de una conversación digna del deseo de tan grande expectativa. Ciertamente quemaría incienso, y no llevaría el efod, si encendiera los corazones de los oyentes en el deseo del Redentor venidero, del cual él mismo diferiría por la desigualdad de una vida deshonesta. Y porque Dios omnipotente buscaba la verdad de la religión, y no el pretexto, delante de él, y no delante del pueblo, se dice que le mandó llevar el efod. Llevar el efod delante del Señor es buscar la retribución de la bondad divina por la inocencia de la vida. Pero estas cosas se dicen abiertamente contra Elí por reproche. No subió al altar, porque aquel sacerdocio que presidió a la Sinagoga en el tiempo de la verdad manifestada, no predicó a las plebes sujetas a aquel que brilló con tan gran magnitud de señales como Redentor del género humano. Y no quemó incienso a Dios, porque incitó al pueblo a la persecución de él, y no al amor. También despreció llevar el efod delante del Señor, porque no resplandeció con ninguna verdad de religión. Pues aunque presentaba algunas insignias de honestidad, ese ornamento de vida era por pretexto de falsedad, no por intención de caridad. Por lo cual el Señor también reprende esto mismo en ellos, diciendo: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres; pero por dentro están llenos de huesos de muertos (Mat. XXIII, 27). Pero a quien le había dado tantas cosas espirituales, parecería haberle dado menos, si no le hubiera otorgado también cosas temporales. Por lo cual se añade: Y di a la casa de tu padre todo de los sacrificios de los hijos de Israel. Como si le reprochara con abierta objeción, diciendo: En nada le falté; le ofrecí las cumbres del honor espiritual y del poder, y le proporcioné abundancia terrenal para sus usos temporales. Pero quien enumera tan razonablemente los dones otorgados, escuchemos ya con qué insistencia de discusión busca la audacia de su transgresión. Pues sigue:

(Vers. 29.) ¿Por qué habéis despreciado mi sacrificio y mis ofrendas, que mandé que se ofrecieran en el templo?

26. ¿Por qué no dice el juez, sino quien discute con insistencia? Y quien es reprendido por haber despreciado con el pie el sacrificio de Dios y las ofrendas, se juzga que le hizo injuria sin consejo de razón. Es de notar que dice en plural: ¿Por qué habéis despreciado mi sacrificio?, para que se vea que lo que se dice no solo se refiere a Elí, sino también a sus hijos. Pues los animales salvajes suelen repeler con el pie lo que se les adhiere. ¿Qué otras víctimas fueron para los fieles, sino insistir en las alabanzas de su Redentor, predicar que Cristo Jesús murió por la salvación del mundo, y que resucitando reparó la vida del género humano? ¿Y qué otras ofrendas eran las suyas, sino ofrecer incesantemente acciones de gracias a Dios omnipotente por tantos beneficios recibidos? Estas ciertamente los hijos de Elí despreciaron con el pie, porque en el rechazo de la nueva predicación, no siguieron el consejo de la razón por las sagradas escrituras, sino el ímpetu de la ferocidad. Pues la Verdad deseaba llamarlos de la irracional ferocidad a la intención del consejo racional, diciendo: Escudriñad

las Escrituras, porque pensáis que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí (Juan V, 39). Por lo cual también aquí se dice: Que mandé que se ofrecieran en el templo. En la ley, los salmos y los profetas estaba escrito sobre la pasión, resurrección del Señor, y el estado de la Iglesia universal. Por lo tanto, los jefes de la Sinagoga despreciaron con el pie el sacrificio y las ofrendas del Señor mandadas a ofrecerse en el templo del Señor, porque ciertamente intentaron reprobar y rechazar la predicación de la santa Iglesia, no por la autoridad de la sagrada escritura, sino solo por el ímpetu de su ferocidad. Pues si consultaran los mandamientos de Dios en la sagrada escritura con mente iluminada, habrían recibido como enviados divinamente a los santos predicadores, a quienes rechazaron ferozmente. Pero quien reprende a los hijos de Elí, es decir, a los antiguos doctores de menor orden, por la irracional ferocidad, también arguye al mismo padre por negligencia, diciendo:

(Vers. 29.) Has honrado a tus hijos más que a mí.

27. Como si reprendiera abiertamente, diciendo: Ellos rechazaron, y tú honraste a los que rechazaron. Honró a sus hijos más que a Dios, porque al despreciar las obras manifiestas de ellos, les proveía de ganancias temporales. Por lo cual se añade:

(Vers. 29.) Para que comierais las primicias de todos mis sacrificios.

28. Con estas palabras parece reprender al mayor orden de doctores, que por eso consintió en la muerte del Redentor, porque temía perder las ganancias de las antiguas ofrendas. Por lo cual, habiendo tomado consejo con los fariseos, decían: ¿Qué hacemos, porque este hombre hace muchas señales? Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y tomarán nuestro lugar y nación (Juan XI, 47, 48). Y de nuevo: Ved que nada aprovechamos; he aquí que todo el mundo va tras él (Ibid. XII, 19). Por lo tanto, honró a sus hijos para que comieran, porque guardó silencio en la intención de la predicación, para que, al afirmar la verdad de la nueva ofrenda, no pudiera tener más las antiguas para la lujuria de su voluptuosidad. Porque, por lo tanto, expuso la magnitud y calidad de la culpa, veamos ya con cuánta equidad del juicio insinúa el modo de la venganza. Pues añadiendo dice:

(Vers. 30.) Por eso dice el Señor Dios de Israel: Hablando he hablado, para que tu casa y la casa de tu padre ministraran en mi presencia, desde ahora y para siempre. Pero ahora, lejos esté esto de mí.

29. Como si golpeará con una sentencia abierta y congruente, dijera: Tú honraste a tus hijos, para que comieran las primicias de todos los sacrificios; pero por eso se os quitan los derechos de las primicias, porque fueron indignamente honrados. ¿Qué significa decir: Lejos esté de mí que tu casa ministre en mi presencia, sino: te destierro de aquel culmen al que se debían los derechos de las primicias? Por lo tanto, fue comprendido con una ejecución de equidad admirable, quien de donde codiciosamente deseó el consumo de las primicias, de allí ayunó de la percepción de las primicias. Pues permitió que el Redentor muriera, para no perder las ganancias sacerdotales, pero él recibió del triunfo de la muerte, de donde destruyó los emolumentos del antiguo sacrificio. Dice, sin embargo: Hablando he hablado, para que tu casa, y la casa de tu padre ministraran en mi presencia; pero ahora lejos esté esto de mí. Como si dijera con palabras más claras: Para que estuvieras en tan alto culmen de dignidad, te amonesté frecuentemente, pero ahora no eres tal como deseaba que fueras. Porque esto se dice en la reprobación del pueblo judío, se añade sobre el orden de los nuevos predicadores:

(Vers. 30.) Pero el que me glorifique, lo glorificaré.

30. Ya ciertamente vemos la gloria del que glorifica, porque los predicadores de la santa Iglesia cantan las alabanzas de Dios omnipotente con gran esplendor de vida, y se regocijan en la preeminencia del orbe universal. He aquí que ya toda la gentilidad se somete a las huellas de los sacerdotes, y se gloria de poseer en los cielos a aquellos a quienes se goza de someterse obedeciendo. Por lo tanto, el Señor glorifica al que lo glorifica, porque a quienes recibe devotas alabanzas diariamente, los eleva al honor del orbe universal. ¿No es gloria de los glorificados, permanecer en la tierra, y cerrar el cielo? ¿Vivir la vida comúnmente con los hombres, y exhibir con autoridad de poder las sedes celestiales a los súbditos? Ciertamente glorificaba al Señor, quien decía: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mat. XVI, 16). Pero el Señor glorificó al que lo glorificaba, porque le respondió, diciendo: Te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que ates en la tierra será atado en los cielos, y lo que desates en la tierra será desatado en los cielos (Ibid., 19). Pero de los judíos reprobados se añade:

(Vers. 30.) Pero los que me desprecian serán innobles.

31. Ciertamente ellos desprecian, quienes no creen que este es el Redentor del mundo: de quienes la misma Verdad se queja en el Evangelio, diciendo: Pero sus ciudadanos lo odiaban, y enviaron una embajada tras él, diciendo: No queremos que este reine sobre nosotros (Luc. XIX, 14). Pero ya vemos su inobleza, porque son proscritos tanto por género como por condición. Son innobles por género, porque escucharon de la misma Verdad: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII, 44). También son innobles por condición, porque, habiendo perdido la libertad y el reino, son oprimidos por la perpetua servidumbre de las naciones. Pero muestra más claramente el orden de los castigos, diciendo:

(Vers. 31.) He aquí que vienen días, y cortaré tu brazo, y el brazo de la casa de tu padre, para que no haya anciano en tu casa.

32. Ya ciertamente está sin brazo, porque quien perdió el templo y el tabernáculo, no extiende la mano para la ofrenda del antiguo sacrificio. Y porque hablaba a Elí, es decir, a los mayores sacerdotes de la Sinagoga, no solo amenaza con cortar su brazo, sino también el de su casa, para insinuar la destrucción universal del antiguo rito, y para que lo que ya vemos hecho en el nuevo tiempo, entendamos que fue dispuesto antiguamente. Por lo tanto, el Señor cortó tanto su brazo como el de su casa, porque removió completamente de la inmolación antigua a los sumos pontífices de Judea y a los sacerdotes menores. Por lo cual convenientemente se añade: Para que no haya anciano en tu casa. Los ancianos deben entenderse como sacerdotes, cuyo oficio, porque se ejerce con la gravedad de una gran honestidad, no se vacía de la carga de la religión por ninguna ligereza pueril. Por lo tanto, su brazo y el de la casa de su padre fueron cortados de tal manera, que no hay anciano en su casa, porque así se desvaneció el rito del antiguo sacerdocio, que ya no queda nadie que pueda inmolar según el antiguo modo. Pues después que el Redentor del género humano se ofreció por nuestros pecados según el nuevo modo de sacrificio, cesó de ser sacerdote según la costumbre antigua. Pero quien soporta las pérdidas del sacerdocio perdido, tiene el tormento de un mayor castigo por el dolor de la envidia. Por lo cual se añade:

(Vers. 32.) Y verás a tu rival en el templo, en todas las cosas prósperas de Israel.

33. Dentro del templo ve a su rival, porque él ya ha sido expulsado. ¿Quién es el rival del antiguo sacerdocio, sino el orden de los nuevos predicadores? Estos, al esforzarse por igualar la dedicación de los antiguos y elegidos padres tanto en vida como en enseñanza, emulan el

bien de Helí en el bien. De ahí que Pablo advierta, diciendo: "Emulad en el bien a todos" (Gál. IV, 18). ¿Qué prosperidad de Israel se entiende, sino las felicidades de este tiempo pasajero, en las que Israel según la carne se regocijaba mucho? En todas las prosperidades de Israel ve a su rival, quien en la santa Iglesia ve a los predicadores de la verdad felices, tanto en la opulencia de bienes como en la altura de dignidad. Esto también se aclara con una inteligencia más perfecta al afirmar que se le verá en el templo. En todas las prosperidades, el rival está en el templo, porque el orden de los predicadores dispone todo lo que le sirve de la felicidad temporal en la contemplación de la eternidad. Sigue:

(Vers. 33.) "Sin embargo, no apartaré completamente de ti al hombre de mi altar."

79 34. No apartaría completamente al hombre de su altar si no admitiera a nadie a la unidad de nuestra fe. Por lo tanto, no lo apartó completamente, porque aunque rechazó a los sacerdotes reprobados de la Sinagoga, a muchos de ellos los condujo misericordiosamente al conocimiento de sí mismo. De estos, Lucas en los Hechos de los Apóstoles menciona, diciendo: "Una gran multitud de sacerdotes obedecía a la fe" (Hech. VI, 7). Fueron encontrados dignos de tan nuevo ministerio, quienes no quisieron permanecer con los perdidos en la antigüedad. Pero porque no solo elige predicadores de entre los gentiles, sino también aquellos que creyeron de Judea, el sacerdocio judío tuvo tormento de envidia, sigue:

(Vers. 33.) "Pero para que tus ojos se debiliten y tu alma se consuma."

35. O por eso no apartó completamente al hombre de su altar, para que los ojos de Helí se debilitaran y su alma se consumiera, porque no quiso asumir a los elegidos de Judea para el ministerio de la nueva predicación, para que, al apartarlos, la culpa retuviera a los reprobados para el castigo. Los ojos de Helí se debilitaron cuando el sumo sacerdocio tuvo la verdad de la fe en la predicación, y no la reconoció. Su alma también se consume, porque por el castigo de su repulsión se marchitó, al perder la gracia del Espíritu Santo. Sigue:

(Vers. 33.) "Y una gran parte de tu casa morirá cuando llegue a la edad adulta."

36. La edad adulta es el tiempo de la Encarnación del Señor, que el Apóstol insinúa, diciendo: "Cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, y para que recibiéramos la adopción de hijos" (Gál. IV, 4, 5). ¿Qué fueron los preceptos de Judea, sino ciertas enseñanzas de la infancia? El mismo Apóstol insinúa el tiempo de esta infancia, diciendo: "Cuando éramos niños, estábamos bajo los elementos de este mundo, sirviendo" (Ibid., 3). En la edad adulta murió, porque en la plenitud del tiempo se ensañó contra el Redentor del mundo, y se atravesó a sí misma con el puñal de la infidelidad. Pero no se predice que toda la casa, sino una gran parte de su casa morirá, porque algunos de ellos creyeron en el Redentor. Y añadiendo la causa de mayor dolor, dice:

(Vers. 34.) "Esto será para ti una señal, que vendrá sobre tus dos hijos, Ofni y Finees. En un solo día morirán ambos."

37. En los dos hijos de Helí mostramos anteriormente que se designa el doble orden del antiguo sacerdocio. Ciertamente murieron en un solo día, porque coincidieron en la muerte del Redentor. Bien se recuerda la muerte de los sacerdotes como señal de la casa que morirá, porque cuando los pastores perecen, es necesario que el rebaño siga al mismo destino. Y porque fueron engañados por una falsa razón, se dice que mueren en el día. De cuya falsedad de luz habla el bienaventurado Job, diciendo: "Así en las tinieblas, como en la luz caminan"

(Job XXIV, 17). Pero quien expulsó lo viejo, preparó un nuevo sacerdocio. Por lo tanto, se añade:

(Vers. 35.) "Y levantaré para mí un sacerdote fiel."

38. Porque con la muerte de los hijos de Helí, el Señor se levantó un sacerdote fiel, ya que, extinguidos en la perfidia los preladados del antiguo pueblo, eligió a los electos para exhibir el ministerio de nuestra redención. Ciertamente se dice que fue asumido fiel, porque el viejo, al que sucedió, fue reprobado por infidelidad. Y porque esa fe de su sacerdote se atribuye a las alabanzas, que obra por amor, las mismas obras de amor se designan por las palabras siguientes. Pues sigue:

80 (Vers. 35.) "Que haga conforme a mi corazón y a mi alma."

39. Esto quiso significar la inefable sustancia divina por partes del hombre, lo que no debe entenderse literalmente en sí. Dijo, pues: "Que haga conforme a mi corazón y a mi alma." No porque la sustancia incorpórea e ilimitada de Dios tenga corazón y alma, sino que así habla al hombre como el hombre suele hablar al hombre, para que por lo que oye del verbo de Dios, el hombre sepa claramente lo que también quiere Dios. Lo que ciertamente podría decirse más simplemente: "Que haga mi voluntad." Y expone las recompensas de la obra, diciendo:

(Vers. 35.) "Y le edificaré una casa fiel."

40. ¿Qué otra casa es esta, sino la patria eterna? Que ciertamente el Señor recomendando, dice: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas" (Juan XIV, 2). Pero esta casa se dice que se edifica ahora, porque se prepara a partir de las acciones de una vida piadosa. Sin embargo, para merecerla, la obra del hombre es indigna, si no lo hace la gracia del misericordioso Dios. Bien, pues, cuando se pone el edificio de la casa, el Señor promete edificarla, porque ciertamente las fuerzas humanas fallan en tan gran obra, si no son ayudadas divinamente. De ahí que Pablo diga: "Dios es quien obra en mí el querer y el hacer" (Filip. II, 13). De ahí que diga de nuevo: "No es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Rom. II, 16). Prometía edificar esta casa cuando decía: "Voy a prepararos un lugar, y de nuevo vendré, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Juan IV, 2, 3). Pero porque iba a seguir devotamente la gracia que lo llamaba desde la libertad del albedrío, se añade:

(Vers. 35.) "Y caminará delante de mi Cristo todos los días."

41. Porque para cada uno de los elegidos caminar delante de Cristo es siempre mirarse a sí mismo en la presencia del Redentor, y hacer lo que sabe que le es acepto. O ciertamente camina delante de Cristo, quien en todo lo que hace siempre mira hacia Él, y dirige la rectitud de su vida en Él, a quien reconoce que vino a componer la forma de los elegidos por la humanidad asumida. Pero en las tinieblas de su ceguera, Judea no siempre debe ser abandonada, porque por el profeta se dice: "Si el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, sin embargo, un remanente será salvo" (Isaías X, 22). De ahí que Pablo diga: "La ceguera en parte ha acontecido a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo" (Rom. XI, 25, 26). Por lo tanto, muestra esta visita a Judea, porque dice:

(Vers. 33.) "Será, sin embargo, que cualquiera que quede en tu casa, vendrá para que se ore por él."

42. Entonces ciertamente Judea pide al Señor que se ore por ella, cuando, reunidos ya los elegidos de entre los gentiles, no ignora las tinieblas de su ceguera, cuando por los sacerdotes del Dios omnipotente desea que se le ofrezca por la confesión de la santa Trinidad, porque en la antigua vetustez no presume merecer las alegrías celestiales, sino que también la fe del Redentor, que convertida recibió, la ofrece predicando incluso a otros que deben convertirse. Bien también se añade:

(Vers. 33.) "Para que ofrezca una moneda de plata."

Por la plata se significan las palabras divinas, porque por el Profeta se dice: "Las palabras del Señor son palabras puras, plata probada en el fuego" (Sal. XI, 7). Esa plata ciertamente la ofrece Judea en las alabanzas de Dios, cuando abiertamente predica nuestra fe, a la que antes, estando en infidelidad, contradijo. Y porque al mismo Redentor, a quien predica amando, también lo imita sufriendo, se añade:

(Vers. 33.) "Y una torta de pan."

81 Por el nombre de pan se expresa aquel que de sí mismo dijo: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan VI, 51). La torta de pan es la carne del Redentor afectada por el suplicio. Este pan torta el profeta lo contempla, diciendo: "Ciertamente llevó nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores" (Isaías LIII, 4). Y porque por un sabio se dice: "Si te sientas a la mesa de un poderoso, observa sabiamente lo que se te pone, porque es necesario que prepares cosas semejantes" (Prov. XXIII, 1, 2, según LXX), Judea ofrece entonces la torta de pan y la moneda de plata, cuando abiertamente predica a nuestro Redentor, y por amor a Él, a quien predica, no rehúsa soportar tormentos de los impíos. En esta imitación de la pasión y en la dulzura de la refección, porque se deleita mucho, sigue:

(Vers. 33.) "Y diga: déjame, te ruego, a una parte sacerdotal."

44. Déjame, dice, como si dijera: No me rechaces, como infame y manchada con la muerte del Redentor. También ruega que se le conceda una parte sacerdotal, porque desea ser asociada con los verdaderos sacerdotes, para poder mezclarse con sus alegrías, de aquellos cuyas ofrendas desea, ofreciéndose a sí misma, imitar. Por lo tanto, exponiendo el deseo de su refección, dice:

(Vers. 33.) "Para que coma un bocado de pan."

En lo cual es de notar que se predice que tendrá la torta de pan en la devoción de la ofrenda, y el bocado en el apetito de la comida. ¿Por qué, entonces, no se desea la torta de pan para comer, sino el bocado? ¿Y por qué no se dice que se debe ofrecer el bocado, sino la torta? Pero porque en la redondez se confecciona el bocado de pan, y esa misma redondez de alguna manera no se distingue ni principio ni fin, correctamente se designa por el bocado de pan la eternidad del Redentor. La torta de pan puede ser ofrecida por nosotros, y no el bocado, porque podemos imitar la pasión del Señor muriendo, o afligiendo la carne, pero no tenemos en nosotros la eternidad que presentemos ante su presencia. Y el bocado debe ser para nosotros en la perfección del deseo, no la torta de pan, porque seguimos temporalmente al Redentor del género humano compadeciéndonos, pero en la patria celestial deseamos poseerlo no ya mortal, ni sufriente, sino eterno y reinante. Por lo tanto, dice que desea ofrecer la torta de pan: "Para que coma un bocado de pan," porque los convertidos de Judea desean poseer a nuestro Redentor en la eternidad de la refección, cuya pasión imitaron aquí para la valentía de la milicia, no para la recompensa de la retribución.

CAPÍTULO III.

1. Hemos recorrido esto de la sagrada historia con una explicación típica, para que en las mismas palabras de la historia sagrada busquemos algo de inteligencia moral. Así, se dice que el joven Samuel ministra en la presencia del Señor; pero ese ministerio no se menciona de manera absoluta, sino que se recuerda que se exhibe ante la faz de Helí al Señor. Por lo tanto, estas palabras no muestran la perfección del ministerio, sino la humildad. La faz de Helí es la razón del juicio de cada instructor. Porque ministra ante la faz de su maestro al Señor, quien en la exhibición de su ministerio no sigue la razón de su propio juicio, quien camina por el camino de la obra que le es previsto por el conocimiento de su maestro. Porque los hombres perfectos, y enseñados por Dios (Juan VI, 45; Isaías LIV, 13), son ministros en la presencia del Señor, pero no son ministros ante la faz del hombre, porque la misma divinidad los instruye interiormente sobre cómo deben disponerse también en vida, costumbres y doctrina; de ahí que al precursor del Redentor se le promete con la alabanza del oráculo paterno: "Tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo; porque irás delante de la faz del Señor para preparar sus caminos" (Luc. I, 76). Se describe que va delante de la faz del Señor, quien en su ministerio no iba a seguir el juicio de un hombre superior, sino la inspiración de la divinidad. Por lo tanto, se dice que Samuel ministra al Señor ante la faz de Helí, para que los sujetos sean enseñados con su ejemplo, de modo que se esfuercen por agradar al Creador en su ministerio, sin atreverse a hacer algo fuera del juicio de sus superiores. Porque quien se dice ministro del Señor ante la faz de su instructor, si desprecia avanzar por el juicio de su superior por soberbia, no es ministro en la presencia del Señor, porque se le demuestra ignorar al Omnipotente, a quien desprecia agradar por el juicio de aquel a cuyo imperio se sometió para agradarle. De ahí que se diga que Helí y sus hijos son hijos de Belial, y no conocen al Señor, y al pueblo el oficio de los sacerdotes. Porque son hijos quienes se someten a los padres espirituales para ser instruidos. Ciertamente, cuando desprecian seguir los consejos de esos mismos padres por soberbia, se les llama correctamente hijos de Belial, porque se convierten en imitadores del espíritu apóstata de aquel que cayó del cielo por soberbia. Ciertamente, tanto más peligrosamente ignoran al Señor, cuanto más arrogantemente se atribuyen a sí mismos su conocimiento. Porque se actúa de tal manera que ignoran más peligrosamente lo que deben saber, cuanto más lo que creen saber no se preocupan por aprenderlo ignorantes. Y porque no pueden amar al Creador invisible, a quien ignoran, en el apetito de lo visible disipan los mismos ministerios de Dios que se usurpan. De ahí que se diga que los sacerdotes que ignoran al Señor, también se dice que no conocen el oficio de los sacerdotes hacia el pueblo.

2. Y para revelar las causas de su reprensión, se recuerda que el joven del sacerdote ignorante venía con un tridente a todo el que inmolaba, y exigía violentamente carne cruda. Con estas palabras ciertamente se notan tres especies de gula en la avidez de su rapacidad. Porque aquel cuyo joven venía a ejercer violencia por las carnes antes de que se cocieran, no podía esperar la hora legítima de la refección; y quien buscaba carnes, no sabía usar de alimentos simples, y porque, rechazando la cocida, exigía carne cruda, despreciaba comer esa misma carne con preparación común. Pero cuando la perversidad de los siervos sirvió a la voluptuosidad de los sacerdotes, ¿qué es lo que no se dice que el pecado de los jóvenes fue grande en extremo, incluso ante el Señor? Pero con las mismas palabras se muestra mayor la culpa de los sacerdotes; porque quien dice que el pecado de los menores fue grande en extremo ante el Señor, conoció que la iniquidad de los mayores creció hasta el cúmulo de la condenación. Esa magnitud de culpa se afirma, no solo por el apetito de la comida ilícita, sino también por la violencia de la rapacidad.

3. Pero el discurso divino regresa a la narración del joven elegido, para que en él consideremos más atentamente no lo que es reprobable, sino lo que es digno de imitación. Así, se dice que está ceñido con un efod de lino, y en la presencia del Señor. ¿Qué se muestra en el efod de lino sino el candor de la continencia? Con el cual ciertamente nos ceñimos con el efod, cuando nos mantenemos en el brillo de la castidad por todas partes, cuando ninguna parte del alma y del cuerpo se libera de la ley de la restricción, por la cual nos disolvamos en la oscuridad de la lujuria. Tal ministro está en la presencia del Señor, porque no se engaña con la visión esperada del Dios omnipotente, a quien sirve con tanto brillo de su ceñimiento. A este joven ciertamente se dice que su madre subiendo con su marido para inmolar una solemne ofrenda le trajo una pequeña túnica. La madre ciertamente sube con su marido cuando la mente del predicador se eleva por la presciencia del esposo interior para contemplar aquellas sublimes alegrías de la eternidad. Entonces ciertamente inmola una solemne ofrenda, porque cuando se une al Creador por la inefable suavidad de ese amor, se presenta una devoción festiva en los altares celestiales. Y entonces ciertamente lleva una pequeña túnica, porque, aunque el alma del pastor se eleva a lo alto por la gran gracia de la visita interior, sin embargo, no debe imponer a los pequeños preceptos de conversación según la medida de su propia sutileza, sino según sus fuerzas. De ahí que Moisés, descendiendo del monte con el inmenso resplandor de su rostro, veló su cara, para que el pueblo pudiera mirar en él (Éxodo XXXIV, 33). Por lo tanto, la madre espiritual lleva una pequeña túnica al hijo, para que a los pequeños aún les prescriba ciertos principios y cosas planas, y no imponga la carga de su fortaleza. Porque a menudo caen en grandes obras quienes pueden vencer al enemigo por cosas menores. De ahí que David, avanzando en la lucha contra el más fuerte de los filisteos, dejó la armadura, el escudo y todos los instrumentos militares; y quien no pudo ejercitarse contra el enemigo en el peso de ellos, lo derribó con una sola piedra de honda (I Reg. XVII, 39, 40, sig.). Para inmolar una solemne ofrenda había subido aquella madre, que decía: "Conozco a tal hombre, que fue arrebatado al paraíso" (II Cor. XII, 4). Pero de tan gran magnitud no trajo una gran vestidura a los pequeños, porque dice: "Oyó palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar" (Ibid.). También: "Os di a beber leche, no alimento" (I Cor. III, 2). Por lo tanto, la madre lleva una pequeña túnica al pequeño hijo, y la medida de la vestidura se extiende según el tamaño del cuerpo, para que, mientras lucha con la virtud de una conversación moderada, el enemigo no lo derribe con una carga desigual de armas.

4. Y porque Dios multiplica las ganancias de los conversos al predicador por el estudio discreto del cuidado pastoral, se dice que Ana fue visitada por el Señor, y por la gracia del don divino mereció la gracia de la fecundidad en hijos e hijas. Ciertamente da a luz hijos, cuando los gana con la palabra por quienes distribuye las semillas de la predicación a otros. Da a luz hijas cuando llama a las mentes al servicio del Dios omnipotente, que aunque no son idóneas para la predicación, nutren diligentemente la semilla de la palabra de Dios recibida de los predicadores, que como parturientas después las hijas engendran por buenas obras en ejemplo de los prójimos. Pero porque primero se dice que Samuel está ceñido con un efod de lino, luego la fecundidad de la madre en la pluralidad de los hijos puede entenderse razonablemente como lo que vemos que sucede diariamente, porque ciertamente de la buena reputación del discípulo elegido crecen para el maestro las ganancias de los conversos. De ahí que después del nacimiento de los hermanos y hermanas, se dice que Samuel fue engrandecido ante el Señor, porque ciertamente ya son grandes ante el Señor quienes por los ejemplos de una piadosa conversación convierten los corazones de los prójimos al servicio del Dios omnipotente.

5. Un gran temor nos invade, porque Helí es condenado por la culpa de sus hijos, de quien no se mencionan pecados propios. Pues para los buenos súbditos, vivir bien es suficiente para la

salvación, pero para los preladados, su propia vida no es suficiente. En verdad, es muy anciano quien siempre se esfuerza por vivir irreprochablemente. Por eso también está escrito: "La vejez venerable no es la de larga duración, ni se mide por el número de años; las canas son el sentido del hombre, y la edad de la vejez es una vida immaculada" (Sab. IV, 8). Pero algunos sobresalen por vivir bien, quienes no tienen la autoridad que exige la prelación. Pues aunque se esfuerzan por incitar a los súbditos a hacer el bien, se avergüenzan de contradecir a los delincuentes por el celo de la rectitud. Y aunque a veces salen a reprenderlos, más dañan hablando que benefician, porque no confunden su obstinación con la severidad digna. Pues Helí escuchó los crímenes de sus hijos, y cómo dormían con mujeres a la entrada del tabernáculo; quien, comenzando como si fuera con una áspera invectiva de autoridad, afirmó haber escuchado las cosas malas de todo el pueblo. Pero quien debía perseguir las culpas que expuso, las suavizó con las palabras subsiguientes, diciendo: "No lo hagáis, hijos". En esta apelación de parentesco, claramente se disiente de la voluntad del Señor, porque llamó hijos a aquellos que la palabra divina había declarado ser hijos de Belial, es decir, espíritu maligno, diciendo: "Por cierto, los hijos de Helí eran hijos de Belial". Dormir con mujeres es pecar con seguridad y sin temor a la venganza futura. Las mujeres son las concupiscencias mundanas. Bien se dice que acechan a la entrada del tabernáculo, porque acechan a los que se dirigen a la entrada del reino celestial. Pero quien sigue las concupiscencias del mundo de tal manera que a menudo se aterra por la consideración del temor divino, se contamina con mujeres, pero no duerme, porque aunque cae al transgredir, no descansa con seguridad en los crímenes cometidos. Por lo tanto, quien duerme con mujeres no debe ser honrado con el nombre de parentesco, porque quienes, habiendo ya desechado el temor de Dios, están obstinados en sus crímenes, no deben ser reprendidos con una leve amonestación, para que no piensen que el peso del pecado en el que caen es leve, mientras no suena grave para ellos lo que se predica con autoridad. Pero los pastores negligentes suelen proferir ciertos argumentos de razón entre las palabras de consuelo. Por eso también se dice con la voz de Helí:

(Vers. 25.) "Si un hombre peca contra otro hombre, Dios puede ser pacificado por él; pero si peca contra Dios, ¿quién intercederá por él?"

6. Pecar un hombre contra otro es dañarse mutuamente los hombres en asuntos transitorios. Pecar contra Dios es quitarle lo que ha creado para la eternidad. Por tanto, cualquiera que lleve a su propia alma o a la de otro fiel a pecar, se demuestra que peca contra Dios, porque intenta quitarle lo que es suyo. Esto se muestra como un pecado tanto más grave cuanto que se encuentra más raramente un intercesor digno para su absolución. Pues bajo la pregunta: "¿Quién orará por él?", no se dice que a tales personas se les nieguen también los remedios de la penitencia, sino que las heridas más profundas de los pecados se curan con mayor dificultad.

7. Sin embargo, esto puede entenderse como dicho porque se acusa a los sacerdotes. Un hombre peca contra otro hombre cuando aquel cuya culpa debe ser corregida recae en el juicio de un superior. Porque los pecados del pueblo súbdito, que recaen en los sacerdotes, son borrados por las oraciones de los mismos sacerdotes; cuando el sacerdote cae en culpa, no hay persona superior cuyas oraciones lo expíen. Lo que la misma Verdad insinúa, diciendo: "Si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?" (Mat. V, 13). Diga, pues: "¿Quién orará por él?" Como si dijera, ¿quién queda como intercesor para él, cuando él mismo se precipita al transgredir, quien ha sido ordenado para interceder por otros? Con lo cual se muestra la magnitud de la culpa, porque muchos de ellos son arrojados por el Señor a la oscuridad de un corazón impenitente, y no se arrepienten con ninguna exhortación humana. Por eso se añade apropiadamente:

(Vers. 25.) "No escucharon la voz de su padre, porque el Señor quiso matarlos."

8. Pero se recuerda que el joven Samuel crecía y progresaba, y agradaba tanto a Dios como a los hombres, para que se designe el esfuerzo del oyente elegido, quien dirige sus esfuerzos hacia la patria celestial por el camino de la vida recta, mientras progresa hacia cosas mayores. Por eso también se dice por el salmista: "Caminarán de virtud en virtud, se verá al Dios de dioses en Sión" (Sal. LXXXIII, 8). El progreso de la conversación es crecer en méritos, agradar a Dios y a los hombres es la perfección consumada. Y porque la conversación pertenece a las obras, y el mérito proviene de la caridad, aquellos oyentes progresan y no crecen, quienes exhiben buenas obras por el afán de la vanidad y no tienen caridad. Progresamos, pues, y crecemos, si con una conversación más sublime nos elevamos por obras mejores, y desde esa misma sublimidad de la obra nos dirigimos solo a los gozos de la eternidad. Agradar tanto a Dios como a los hombres es de gran virtud, porque a menudo ofendemos a nuestros prójimos con nuestra buena obra, si no hacemos esas buenas obras con gran cautela. Por tanto, agrada tanto a Dios como a los hombres quien es cauteloso en la buena obra que dedica al servicio del Dios omnipotente; quien así cuida de agradar a Dios, que no ofende a nadie en el ministerio de Dios.

9. Y porque se dice de Samuel, aún niño y puesto bajo la instrucción ajena, se educa la vida de los que viven en común. Pues algunos que viven en lugares sagrados en común, con fervor novicio bajo el pretexto de una gran obra, desean dedicarse a sí mismos, quienes cuanto menos útiles son a sus hermanos de convivencia, menos agradan. Por tanto, el elegido por Samuel se propone como modelo para los que viven en común, a quien se imprime. Así pues, cada uno de ellos agrada a Dios y a los hombres, cuando es útil a los hermanos, devoto a Dios. Así, pues, cuiden de sí mismos, para que no omitan lo que es del prójimo, de modo que por su bondad agraden a quienes están con ellos en lo bajo, y a los ojos superiores exhiban cautelosamente la fortaleza de su devoción, para que no hieran los corazones de los débiles, mientras con el ímpetu de su fortaleza se apresuran hacia lo alto.

10. Se describe que un hombre de Dios vino a Helí, quien ciertamente, al proclamar la severidad de la sentencia divina, enumeró diligentemente cuántos dones le había conferido. Y porque finalmente anuncia el castigo de la venganza que merecería, ¿qué se da a entender, sino que las culpas de los pastores son juzgadas más sutilmente? y no solo los pecados les agravan la pena de la venganza, sino también los dones concedidos. Además, porque repite los mismos dones uno por uno, designa algo más grave, porque cada uno viene al tormento, que se comprueba que ha sido mal guardado. Pues mal guarda en sí los dones del Dios omnipotente, quien mancha el brillo de la cumbre pastoral con las manchas de una acción perversa. Por eso, apropiadamente se reprende a la casa de Helí por haber despreciado con el talón las ofrendas y sacrificios del Señor. El talón es, en efecto, la parte del cuerpo con la que tocamos la tierra. En esta parte inferior del cuerpo se muestra el afecto del alma por el que se desean las cosas terrenales.

11. Y porque, como algunos han pensado, las víctimas solían ofrecerse por la victoria conseguida o por conseguir, y se daban dones a los amigos, ¿qué se designa en las víctimas y dones sino los votos de los que aún progresan y las devociones de los perfectos en las alabanzas del Dios omnipotente? Pues quienes progresamos por las tentaciones de enemigos ocultos, cuando preparamos la virtud para su conflicto, ciertamente tenemos víctimas en las alabanzas del Dios omnipotente. Pero habiendo ya vencido las batallas que se nos presentan, cuando damos gracias al Dios omnipotente por la victoria conseguida, ciertamente inmолamos víctimas al mismo Señor. Pero quienes le ofrecen el afecto del amor familiar, como a un amigo le imparten dones. Los dones, por tanto, son las afecciones de la caridad,

con las que los corazones de los elegidos arden en deseo de su Creador. Y porque cuando el rector sigue las cosas terrenales, perjudica a muchos que están en conflicto espiritual, y también a muchos que ya comienzan a anhelar, ciertamente desprecia con el talón las víctimas y dones de Dios, porque con el ejemplo de su perversidad expulsa los esfuerzos de ambos. Por tanto, se desechan las víctimas, porque a menudo los rudos soldados de Cristo abandonan el trabajo de la lucha espiritual, cuando ven a los príncipes de la expedición cristiana seguir los ocios del cuerpo en el descanso de los halagos terrenales. Se desechan con el talón los dones, porque las afecciones de la caridad se enfrían en la mente de muchos que ya aman lo alto, cuando ven a sus prelados no buscar la patria celestial por ningún deseo de amor, sino yacer en deleites bajos, constreñidos por el frío del cuerpo. De los cuales ciertamente hay algunos que exhiben los honores espirituales carnalmente, y lo que se debe a los méritos, lo otorgan a la cercanía. Quienes ciertamente temerían el crimen de su presunción, si consideraran atentamente lo que el Señor se queja de Helí sacerdote.

(Vers. 29.) "Has honrado," dice, "a tus hijos más que a mí, para que comierais las primicias de todo sacrificio de mi pueblo Israel."

12. Pues honra a los hijos y parientes más que al Señor, quien elige personas para los órdenes sagrados no por la honestidad de la conversación, sino por amor de parentesco. Por eso se dice que los hijos fueron honrados para que comieran las primicias del sacrificio, porque los prelados carnales otorgan las cumbres del honor espiritual a los parientes carnales para que se enriquezcan con las facultades eclesiásticas y se acumulen en la abundancia de la altura del orden. No les importa cómo son los que vienen al ministerio espiritual, sino solo que sobresalgan en dignidad temporal a quienes abrazan con afecto carnal. Por tanto, se queja de haber honrado a los hijos, pero a los malvados, quienes no deben ser considerados cercanos por parentesco carnal, si no brillan con la conversación de la doctrina eclesiástica. Pero quienes promueven a los reprobos se designan para confundir el mismo orden de promoción, cuando se dice que los hijos fueron honrados para que comieran las primicias del sacrificio. Pues el sacerdote no predica para comer, sino que debe comer para predicar. Lo que también insinúa Pablo, diciendo: "El que anuncia el Evangelio, que viva del Evangelio" (I Cor. IX, 14). De nuevo dice: "No pondrás bozal al buey que trilla" (I Cor. IX, 9; I Tim. V, 18; Deut. XXV, 4), para que el predicador de la santa Iglesia provea alimento al cuerpo para que pueda soportar el trabajo de la predicación. Por tanto, se comprueba que pervierten el orden correcto de la promoción, quienes promueven a los parientes no con la intención del ministerio, sino con el propósito de la dignidad. Lo que ciertamente no harían, si no se amaran carnalmente a sí mismos y a ellos en la cumbre espiritual. Pero si entienden la repulsión de Helí, también temen los juicios de su propia culpa. Pues se dice con la voz divina: "Has honrado a tus hijos más que a mí, para que comierais todas las primicias de mi pueblo Israel."

(Vers. 30.) "Por eso dice el Señor Dios de Israel: Hablando he hablado, que tu casa y la casa de tu padre ministrarán en mi presencia para siempre. Pero ahora, lejos esté esto de mí."

13. He aquí que Helí es depuesto de la celsitud de la dignidad por sentencia divina, quien se demuestra haber honrado a los hijos malvados por el consumo de las primicias, para que los predicadores de la santa Iglesia entiendan que si por amor carnal confían conscientemente los ministerios espirituales a los reprobos, han caído de la cumbre en la que parecen estar fuera por la equidad del juez interno. Y porque añadió subsecuentemente:

(Vers. 30.) "Pero cualquiera que me glorifique, lo glorificaré."

14. También insinúa que fue deshonrado por su audacia. A quienes ciertamente Pablo les reprocha lo mismo, diciendo: "El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros" (Rom. II, 24). Porque al manchar la dignidad recibida con las miserables manchas de la fama, ciertamente deshonran al Señor. Pues dignamente es repelido de la cumbre del honor, quien le hace injuria a aquel por quien se comprueba haber sido honrado. En cambio, afirma con una promesa general, diciendo: "Pero quien me glorifique, lo glorificaré." Pues el pastor glorifica a Dios quien resplandece con el ejemplo de buenas obras para la imitación de los fieles, quien irradia con gran luz de conversación desde la sublimidad del gobierno, quien no acepta personas de ministros reprobos en el espejo de los órdenes sagrados, sino que elige a aquellos para la forma del rebaño sujeto, a quienes todos los que miran la imitación, porque siguen la verdadera luz en ellos, no ofenden. A quienes ciertamente la Verdad les habla por sí misma, diciendo: "Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. V, 16). Pues el Señor glorifica a quienes lo glorifican, porque lo que los pastores elegidos de la santa Iglesia llevan exteriormente de la gloria de la cumbre, lo reciben interiormente de la gracia de la bondad divina, y el honor con el que son sublimes a los ojos de los hombres, lo merecen con digno esfuerzo en el interior por la largueza de la majestad interna. En cambio, se queja de que la gloria de los que lo deshonran no les es otorgada por él, diciendo: "Ellos reinaron, y no por mí; se hicieron príncipes, y yo no los conocí" (Oseas VIII, 4). Pues reinan por sí mismos, y no por la elección de la suma ordenación, porque no son llamados divinamente a la gloria de la cumbre eclesiástica, sino que son llevados por la codicia. A quienes ciertamente el Señor no conoce, porque los reprueba por el juicio de la equidad interna. Es, pues, como si dijera: Y si parece ser mío el honor que tienen, no lo merecieron por el servicio, sino que lo arrebataron por la codicia. Por eso también añade subsecuentemente.

(Vers. 30.) "Pero quienes me desprecian serán innobles."

15. Como si hablara abiertamente, diciendo: Aunque ostentan la nobleza de la dignidad bajo el pretexto de la religión, sin embargo, son innobles, porque no concuerdan con la excelencia de la gloria que tienen por la sublimidad de la vida. Pero porque todo esto se promete con la expresión del tiempo futuro, no puede referirse inconvenientemente al mérito de la retribución venidera. De la cual ciertamente Juan dice: "Cuando se manifieste, seremos semejantes a él" (I Juan III, 2). De esto el evangelista Marcos afirmando dice: "Entonces verán al Hijo del Hombre con gran poder y gloria" (Marcos XIII, 26). Pero cuando afirma que glorificará a quien lo glorifique, ciertamente le promete la gloria de su semejanza. Pues el Señor glorifica a quien lo glorifica, porque los recompensa con la sublimidad eterna, quienes ahora dentro de la santa Iglesia resplandecen en los ojos de los elegidos con ejemplos de buenas obras. Pero los que lo desprecian serán innobles, porque no merecen ser recibidos en la gloria de los elegidos. Pues porque ahora, por la conversación reprobada, visten la imagen de los ángeles caídos, serán innobles con él entonces, cuando se les asocie en el castigo interno. Pues el Profeta, contemplando la glorificación de estos y la ignominia de aquellos, dice: "Exultarán los santos en la gloria, se alegrarán en sus lechos. Las exultaciones de Dios en sus gargantas, y espadas de dos filos en sus manos. Para ejecutar venganza en las naciones, reprensiones en los pueblos. Para atar a sus reyes con cadenas, y a sus nobles con grilletes de hierro." Pues el Señor glorifica a quienes lo glorifican, porque los humildes elegidos exultan con él en la gloria eterna. Quienes ciertamente, porque reciben la claridad de la glorificación desde ahora por su propia conversación, se dice que se alegran en sus lechos por la gloria conseguida. Pero los que lo desprecian son heridos con ignominia perpetua, porque los reyes de las naciones y los príncipes son atados con cadenas de hierro, es decir,

eternas, para el castigo. Pues los reyes de las naciones y los príncipes son los prelados carnales soberbios y gloriosos. Serán innobles entonces, cuando sean atados con cadenas de hierro, porque quienes ahora se levantan temporalmente contra los pequeños, son cohibidos por el castigo eterno del fulgor del honor y el atrevimiento de su tiranía. Por eso también aquí se añade:

(Vers. 31.) "He aquí que vienen días, y cortaré tu brazo, y el brazo de la casa de tu padre."

16. El brazo del despreciador es, en efecto, la fortaleza temporal. Y porque al transgredir salió de la familia del sumo Padre, comenzó a tener como padre al ángel caído de la gloria celestial. La casa de su padre es, por tanto, la sociedad de los súbditos que le favorecen en el mal. De los cuales ciertamente dice más arriba: "Honraste a tus hijos más que a mí". Por lo tanto, el brazo del despreciador y la casa de su padre son cortados cuando, con la intervención de la muerte de la carne, el prelado y los súbditos pierden juntos la violencia de su tiranía. Entonces, en efecto, está sin brazo, cuando ya no puede ejercer violencia en la opresión de los pequeños. Por lo cual, también se decreta con la equidad del juez eterno: "Atad de pies y manos, y echadlo a las tinieblas exteriores" (Mat. XXII, 13). En cuya casa tampoco habrá anciano. La casa del hombre condenado es, en efecto, el infierno. La verdadera ancianidad es la madurez de la sabiduría. En su casa, por tanto, no habrá anciano, porque en el infierno no se podrán encontrar consejos de salvación. Por lo cual, la Sagrada Escritura también nos exhorta a las obras de la verdadera sabiduría, diciendo: "Todo lo que tu mano pueda hacer, hazlo con empeño, porque ni razón, ni sabiduría, ni ciencia hay en el infierno, adonde tú te diriges" (Ecl. IX, 10). De aquí que Pablo diga: "He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación" (II Cor. VI, 2). En la casa del despreciador, por tanto, no habrá anciano, porque quien sabiamente actúa no se ha preparado una morada en el infierno, sino en el cielo. Este despreciador también ve a su rival en el templo en todas las prosperidades de Israel. El templo de Dios es, en efecto, la patria celestial, de la cual también se dice por el Profeta: "El Señor está en su santo templo, el Señor tiene su trono en el cielo" (Sal. X, 4). Israel, que se interpreta como "el que ve a Dios", representa a esa feliz multitud de ángeles, de la cual el Señor dice en el Evangelio: "Sus ángeles ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos" (Mat. XVIII, 10). Las prosperidades de Israel son, por tanto, las eternas alegrías de esos bienaventurados espíritus. En el templo, por tanto, el despreciador verá a su rival, porque el predicador reprobado, ya condenado, reconoce que el orden de los humildes ya se regocija en los cielos. A este rival, ciertamente, se le atribuyen todas las prosperidades de Israel; pues está escrito: "Dios será todo en todos" (I Cor. XV, 28). Todas las prosperidades de Israel, por tanto, se designan a esos bienaventurados ciudadanos como todo lo que es Dios. Pues aunque esa eterna esencia, el sumo y simple bien, está en sí misma, sin embargo, porque con la revelación de su Majestad sacia todos los deseos de esos bienaventurados espíritus, el Doctor ilustre demuestra que esto es así. Por lo cual, también prudentemente no se predica que Dios es todo en sí mismo, sino todo en todos, porque quien en su naturaleza es un bien simple e inefable, es tantos bienes para todos los buenos, como todos ellos se llenan de gozo por la contemplación de la gloria. Todas las prosperidades de Israel, por tanto, se atribuyen al rival, porque el orden de los humildes elegidos es recibido entre los coros de ángeles, para que se sacien con la eterna percepción de los gozos de la contemplación divina. Este rival se dice correctamente que es del despreciador, porque los elegidos de Dios también reciben las exhortaciones de buena admonición de los soberbios y negligentes predicadores. Por lo cual, también el Señor manda, diciendo: "Haced todo lo que os digan, pero no hagáis según sus obras" (Mat. XXIII, 3). De aquí que Pablo diga: "Sed celosos en el bien todos" (Gal. IV, 18). Pero cuando la Escritura dice: "Sea quitado el impío, para que no vea la gloria del Señor" (Is. XXVI, 10), parece contrario que los que están

condenados en el infierno se entiendan que ven a los que se regocijan en el cielo. Pero porque ver también pertenece al conocimiento, ve a su rival en el templo, porque aunque el impío está retenido por las penas del infierno, no duda que los elegidos humildes, a quienes no ve con los ojos, participan de los gozos de los ángeles en el cielo. Y es de notar que se dice dos veces: "No habrá anciano en tu casa", porque ni de la experiencia de las penas que el condenado tiene, ni del conocimiento de la felicidad ajena, ni de la experiencia de las penas que no tiene, se instruye para la salvación. Sin embargo, a veces de pastores reprobados nacen hijos elegidos por la doctrina. A quienes ciertamente la culpa de los pastores no retiene atados, porque siguen las exhortaciones de la buena predicación que oyen, y no las obras perversas que ven. Por lo cual, también se añade:

(Vers. 33.) "Sin embargo, no quitaré del todo de ti al hombre de mi altar."

17. Los hombres son, en efecto, los que resplandecen en la cima de la ardua conversación rígida. Como si dijera, por tanto. Por eso no los quito de mi altar, porque son hombres. Pues por el mérito de la conversación se les guarda la fortaleza y la altura del poder. Por lo cual, también el Señor promulga los edictos de equidad por el profeta, diciendo: "El alma que pecare, esa morirá. El hijo no llevará la iniquidad del padre, ni el padre la del hijo" (Eze. XVIII, 20). Por lo tanto, el Señor justamente quitaría al hombre de su altar si el hijo llevara la iniquidad del padre. Pero por el mismo hecho de que el oyente elegido se ve en la gloria, se acumula el castigo para el doctor reprobado. Por lo cual, también se añade:

(Vers. 33.) "Pero para que se apaguen tus ojos y se consuma tu alma."

18. Sus ojos, en efecto, se apagan, porque se confunden por la vida de aquel que perfeccionó con su exhortación. Su alma también se consume, porque se ve obligado a dolerse más abundantemente, mientras sabe que el bien que enseñó florece en gloria de retribución en los súbditos, y él mismo no se preocupó por hacerlo. En estas palabras también es de notar que quien promete que no quitará del todo al hombre de su altar, se encuentra raramente a quien recibe, porque ciertamente hay más oyentes del doctor reprobado que siguen las malas acciones que realizan, que las rectas que enseñan. Por lo cual, también aquí se dice que gran parte de su casa morirá en la edad viril.

19. La edad viril es, en efecto, el tiempo de administrar el sacerdocio. Por lo tanto, el imitador del doctor reprobado es llevado a la edad viril cuando es promovido a la altura del orden sagrado. A la cual, ciertamente, cuando llega, muere, porque cualquiera que acceda indignamente a tan gran ministerio, o viva indignamente en él, es condenado. Por lo cual, también Pablo, al mencionar el cuerpo y la sangre del Señor, dice: "El que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí" (I Cor. XI, 29). En la edad viril, por tanto, mueren, porque perecen por la presunción y atrevimiento del ministerio más elevado. Por lo tanto, que se recojan ya precipitados, y no ambicionen, sino que teman, asumir las cargas de tan gran ministerio. Pues quien se predice que morirá cuando llegue a la edad viril, vive hasta que llegue a ella, porque ciertamente los débiles y aquellos que son incapaces de tan gran ministerio, si consideran la medida de su pequeñez, tienen un lugar en la santa Iglesia donde, guardándose, viven. Por lo cual, también el Señor advierte por Moisés, diciendo: "Si una bestia toca el monte, será apedreada" (Éx. XIX, 12; Heb. XII, 20). De aquí también que cuando Lot salió de Sodoma, se abstuvo de ascender al monte, y se dirigió a Segor, una pequeña ciudad (Gén. XIX, 20, ss.), para que, mientras aún es pequeño, no aspire a lo alto, y al tropezar en la edad viril, muera. Salimos de Sodoma, en efecto, cuando evitamos los incendios de la ardiente concupiscencia. No ascendemos inmediatamente a lo sublime, porque no tocamos la cima del ministerio superior, mientras consideramos nuestra propia

debilidad midiendo, para que no despreciemos la medida de nuestra débil edad, y quienes vivimos como pequeños, muramos en la edad viril. En señal de la casa que ha de morir, se predice que ambos hijos de Elí morirán en un mismo día. A quienes ciertamente dijimos que representan a aquellos hijos que serían promovidos a las órdenes sagradas por parientes carnales, no con la intención de administrar el orden, sino por la gloria de la dignidad mundana. En un mismo día, por tanto, ambos mueren, porque perecen en el apetito de la felicidad mundana. La gloria secular, la reverencia del honor, el poder del culmen, la claridad de la dignidad, la frecuencia de los servidores, la abundancia de cosas amadas secularmente, es un día, pero que mata.

20. Oigan, por tanto, los hijos de Elí que en un mismo día ambos mueren. Pues quienes aman la felicidad de la vida pasajera desde la cumbre pastoral recibida, tienen la intención de gozo, pero el fruto del lamento, el propósito en la exultación de la vida, y la llegada en el dolor de la muerte. Se apresuran, por tanto, a la muerte, cada vez que se congratulan vanamente de la felicidad temporal. Lo cual también prueba el Apóstol, cuando menciona a la viuda que apostata, diciendo: "Pero la que vive en placeres, viviendo está muerta" (I Tim. V, 6). En este día, en efecto, se dice que mueren, quien mostró que la causa de la muerte de la viuda son los placeres. Pero la muerte de los hijos sería menos mala si no fuera la causa de la muerte ajena. Por lo cual, no se predice simplemente que mueren, sino que mueren en señal de la casa que ha de morir, porque cuando aquellos que imitan al doctor reprobado cercano caen en el mismo precipicio, y los seguidores se acumulan en la ruina de los que siguen. Esto, por tanto, que oigan los que aman la felicidad temporal del oficio del culmen recibido, y teman la magnitud de su culpa. Son, en efecto, dignos de tanto mayor castigo cuanto abiertamente ven que no mueren solos por la vanidad que aman, porque mientras beben la muerte en el pretexto de la alegría mundana, transmiten la peste de su bebida a la multitud de los que les siguen. Sin embargo, con estas palabras se puede indicar a los doctores reprobados la brevedad de la vida presente. En un mismo día, en efecto, mueren, porque cuando llegan al término de esta vida, se ve que lo que vivieron fue completamente breve para ellos. Por lo cual, se dice por un sabio: "El gozo del hipócrita es como un punto" (Job XX, 5). De aquí que nuevamente el bienaventurado Job hable de los amantes de este mundo, diciendo: "Llevan sus días en prosperidad, y en un momento descienden al infierno" (Ibid. XXI, 13). Pero arrebatados a la pena los reprobos, se excitan pastores sabios y elegidos al cuidado del rebaño del Señor. Por lo cual, también añade subsecuentemente:

(Vers. 35.) "Y levantaré para mí un sacerdote fiel."

21. El Señor, en efecto, levanta para sí un sacerdote fiel, porque ciertamente el sumo lugar exige para su cuidado a quien no solo entienda rectamente, sino que ministre fielmente. Pero podrá ministrar rectamente cuando reconozca la medida de su ministerio en la sagrada Escritura. Por lo cual, cuando se promete un sacerdote fiel, se dice que actuará según el corazón y el alma del Dios omnipotente. Pues ¿qué entendemos por el corazón y el alma de Dios, sino su sagrada Escritura? Porque con el corazón deliberamos para la reflexión, y con el alma nos afectamos para el amor. Porque, en efecto, en la sagrada Escritura conocemos los consejos del Dios omnipotente, y allí encontramos el amor con el que amó al género humano, esa Escritura misma designa razonablemente su corazón y su alma. Por lo tanto, el Dios omnipotente elige para su ministerio a aquel sacerdote que actúa según su corazón y su alma, porque ciertamente no otro es digno de tan alto orden, sino quien ha aprendido su voluntad de la sagrada Escritura, y lo que ha aprendido lo dedica a las utilidades de los prójimos por el estudio de la caridad. Pero es aún necesario observar atentamente lo que se dice:

(Vers. 35.) "Según mi corazón y mi alma."

22. Pues se encuentran en la sagrada Escritura ciertos preceptos que son dados por la dispensación de Dios, y no por el amor de Dios. Que ciertamente si el sacerdote que se promete levantar cumpliera, actuaría según el corazón de Dios, y no según su alma, mientras devolviera con obras el consejo de la divina dispensación, y no el precepto del amor. ¿Acaso no eran de la dispensación de Dios aquellos mandamientos suyos de los que habla, diciendo: "Les di mandamientos que no eran buenos" (Eze. XX, 25)? Y cuando los fariseos discutían con la misma verdad sobre dar el libelo de repudio, oyeron: "Por la dureza de vuestro corazón os dio Moisés la ley" (Mat. XIX, 8). Porque, en efecto, aquellos fueron de la dispensación de su consejo, quien usó de esos preceptos actuó según el corazón del Señor, y no según su alma. Pues el precepto del corazón y el alma es aquel del que se dice: "Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros, como yo os he amado" (Juan XV, 12). Porque lo que por consejo manda, lo aprehende por el abrazo de la caridad. De aquí que también diga: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian" (Luc. VI, 27). De aquí que también mande, diciendo: "Lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo vosotros a ellos." Estos, por tanto, y preceptos semejantes son del corazón y el alma de Dios, porque esto se muestra por la revelación del secreto de su consejo, que en su presencia se recibe por la prueba de la caridad. Por lo tanto, el sacerdote fiel se conoce por este indicio. Si, en efecto, actúa según el corazón y el alma de Dios, porque ciertamente entonces es verdaderamente fiel, si no sigue la licencia de su dispensación, sino los preceptos de su amor. Pero porque no se elige en vano, sino para el provecho del pueblo sujeto, añade, y dice:

(Vers. 35.) "Y le edificaré una casa fiel."

23. La casa del sacerdote es, en efecto, la amplitud en la que conversan los pueblos sujetos. Que ciertamente se le edifica fiel por el Señor, porque se erige por la inspiración divina al estudio de la obediencia. Pues la casa infiel es aquella sociedad de súbditos que recibe diariamente la predicación del buen rector, pero no se propone obedecerle por el estudio de la buena obra. Pues se conoce que es una casa infiel, porque la moneda del verbo de Dios que se le confía por el ministerio de su predicador se disipa por la negligencia de la vida pródiga, y lo que se le encomienda para el lucro del negocio no se encuentra en el tiempo de rendir cuentas. Por lo tanto, al buen predicador se le construye una casa fiel por el Señor cuando los corazones del pueblo sujeto se preparan divinamente para obedecer su voz, para que no solo guarde lo que se le confía del talento del verbo, sino que lo lleve a la mesa de la eterna recepción acumulado con un lucro múltiple. Y es de notar que se dice que la casa fiel se edifica por el Señor, para que el predicador no se gloríe vanamente de la buena conversación del pueblo sujeto. También es de notar que el Señor levanta para sí un sacerdote fiel, para que los corazones de los súbditos no presuman atribuir a sus méritos el hecho de ser gobernados por un excelente rector. También es de notar que el sacerdote que el Señor levanta se dice fiel a él, pero la casa que le edifica se dice que será fiel al sacerdote; porque ciertamente el predicador debe obediencia a Dios, y el súbdito al prelado. Pero el prelado camina correctamente delante del súbdito si se ve que la misma verdad dirige todos los caminos de su vida. Por lo tanto, sigue:

(Vers. 35.) "Y caminará delante de mi Cristo todos los días."

24. Cristo del Señor es, en efecto, el Redentor del género humano. Quien ciertamente, porque ya se cree que ha ascendido a los cielos, no es visto ahora por sus fieles con los ojos corporales, sino con la mente. Por lo tanto, camina delante de él todos los días quien no actúa por una súbita cogitación. Pues para poner rectos pasos fuera en la obra, mira dentro a Cristo,

a quien lleva por la consideración en el corazón. Pero porque aún habla al pastor reprobado, añade, diciendo:

(Vers. 36.) "Será, sin embargo, que cualquiera que quede de tu casa vendrá para que se ore por él."

25. Se dice, en efecto, que quedará alguno de su casa, porque se dice que gran parte de ella morirá. Pues queda de la casa del pastor reprobado quien no es extinguido por la conciencia del pecado de la esperanza de obtener el perdón. Queda, por tanto, porque el peso de la conciencia se aligera por el propósito de la penitencia con la esperanza de obtener la vida. Quien ciertamente viene para que se ore por él, y se apresura a Dios arrepintiéndose, de quien se apartó pecando. Por lo tanto, viene para que se ore por él, porque quien se hizo indigno de Dios, exige un intercesor digno, para que sea expiado por las oraciones ajenas, quien se reconoce que no puede ser limpiado por las propias. Por lo cual, también piadosamente advierte Santiago, diciendo: "Confesaos unos a otros vuestros pecados, y orad unos por otros, para que seáis salvos" (Jac. V, 16). De aquí nuevamente: "Mucho vale la oración del justo perseverante." Pero la oración vale por aquel que, mientras se abstiene de la inmundicia del pecado, se devuelve a la semejanza de Dios, de la cual se despojó pecando. Por lo cual, también aquí se añade:

(Vers. 36.) "Para que ofrezca una moneda de plata."

26. En la moneda, por tanto, se esculpe la imagen del Señor, para que se reconozca de quién es, por quien se ordena que sea formada. Así, la moneda de Dios se toma como su semejanza. De ahí que en el Génesis se diga: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gén. I, 26). Y porque reconocemos por la sagrada palabra la imagen y semejanza de Dios a la que debemos ser reducidos, se dice que es una moneda de plata. Por lo tanto, quien viene del camino del pecado para que se ore por él, debe ofrecer una moneda de plata, porque de nada le sirve ser compungido por el arrepentimiento, ni confesar llorando, si, sin enmienda ni corrección, no se le reconoce que irradia interiormente con la belleza de la buena voluntad, con la luz de la imagen de Dios. La imagen y semejanza de Dios es odiar el mal con odio ilustre y amar a Dios con amor perfecto. Por eso, al ver el profeta que la claridad de la semejanza divina ha desaparecido del género humano, se dirige a aquel que vino del cielo con la luz ilustre de nuestra reparación, diciendo: "Amaste la justicia y odiaste la iniquidad" (Sal. XLIV, 8). Considerándose ya renovado en la forma de la perfección por su contemplación, dice: "Odié a los inicuos y amé tu ley" (Sal. CXVIII, 113). Por lo tanto, quien viene de la casa del réprobo por confesión, quien por humildad pide al Señor que se ore por él, debe cuidar de ofrecer una moneda de plata, para que, habiendo tomado el esplendor de la buena voluntad, odie perfectamente el mal que hizo y ame con amor íntegro el bien que descuidó. Por eso, también se promulgan los edictos de propiciación en el juicio del justo juez. En cualquier día u hora, dice, "el pecador se convierte, vivirá y no morirá" (Ezequiel XVIII, 21, 27). Sin embargo, la conversión del pecador no está en la humildad de la confesión, sino en la renovación del hombre interior, cuando al pecador, ya corregido por la inspiración divina, le desagrade el mal que amó y le agrada el bien que odió. Pues hay algunos que se acusan de la maldad del crimen, pero no corrigen la perversidad de la voluntad. Estos ciertamente no se cree que se conviertan al Señor, porque la verdadera conversión no se toma en la boca, sino en el corazón. Convertirse es, en efecto, volverse. La conversión del pecador es verdadera cuando ambos hombres nuestros se reducen al beneplácito de nuestro Creador, cuando nuestra carne se contiene del perpetrar el crimen por el odio a la iniquidad, y la mente se extiende a la intención de la buena obra por el amor a la justicia. Pero como hay algunos

dentro de la Iglesia que solo al final de su vida vienen a la satisfacción de la penitencia, y se dice en el juicio de la Verdad: "En cualquier hora que el pecador se convierta, vivirá", suele preguntarse mucho si encuentran vida inmediatamente después de la muerte de la carne aquellos que durante mucho tiempo de su vida cometieron pecados y solo al final de su vida se acusan de haber actuado mal. A lo cual se debe decir que por la fuerza de la conversión se borra la magnitud del crimen. La fuerza de la conversión es la afección de la caridad infundida en el corazón por la visita del Espíritu Santo. Y está escrito sobre el mismo Espíritu: "Porque él es la remisión de los pecados". Pues cuando visita dignamente los corazones de los elegidos, los purga poderosamente de toda inmundicia de pecados, porque cuando se infunde en la mente, la excita inefablemente al odio de los pecados y vicios y al amor de las virtudes. Hace que odie inmediatamente lo que amaba, y que ame ardientemente lo que odiaba, y en ambos casos gime mucho, porque recuerda que amó condenablemente los males que ahora odia, y odió los bienes que ahora ama. Pues, ¿quién se atrevería a decir, aunque esté abrumado por la carga de todos los pecados, que alguien visitado por la gracia del Espíritu Santo pueda perecer? Porque, por tanto, el pecador no se convierte en ninguna hora, sino en aquella en que es iluminado por el Espíritu Santo, ¿qué queda, sino que así como abandona la muerte del pecado execrándola, así viva en la vida de la justicia a la que se convierte deseosamente? Quien es recibido en la vida inmediatamente después de la muerte, si recibe en la conversión tal fuego de amor que pueda consumir en el alma toda la herrumbre acumulada del pecado. Por eso se dice de la mujer pecadora: "Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho" (Luc. VII, 47). De ahí que la misma Verdad, colgando en la cruz, diga: "En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso" (Ibid., XXIII, 43). En el final de la vida, por tanto, solo se arrepienten saludablemente aquellos que, por la visita interna, aman perfectamente los bienes y odian los males que amaron. Sin embargo, si no pueden dolerse suficientemente por las iniquidades cometidas, no obstante, también estos viven en la hora en que se convierten. Pues quienes tuvieron la perfección de la buena voluntad en la confesión del pecado, después de la muerte pasan a la vida por la pena purgatoria del pecado, si no tuvieron suficiente fuerza de amor para borrar los pecados. Por eso también Pablo dice: "Así serán salvos, como por fuego" (I Cor. III, 15). Pero el pecador, que allí mereció ser salvado por el fuego, aquí cumpla por la aflicción de la carne lo que reconoce que le falta de la fuerza del amor.

(Vers. 36.) Y una torta de pan.

27. El nombre de pan a veces designa el sustento de la delectación terrenal. Por eso el profeta Jeremías, recordando al pueblo de Judá corrompido por el apetito secular, dice: "Todo su pueblo gime" (Lam. I, 11), "y busca pan". Así, el pecador convertido tuerce el pan cuando atormenta la delectación pasada por la aflicción de la penitencia. Torcer el pan es afligir la carne por la delectación perpetrada. Por lo tanto, quien desea pasar a la salvación sin el tormento del fuego, ofrezca una torta de pan con la moneda de plata, para que quien abandona los pecados por la buena voluntad, los extinga completamente con la fuerte aflicción de la carne. Ofrecía una moneda de plata quien, habiendo recuperado ya la semejanza de Dios, execraba confesando lo que había hecho, diciendo: "Se pudrieron mis cicatrices a causa de mi insensatez" (Sal. XXXVII, 6). Y también: "Me encorvé y humillé en gran manera". Pero quien temió que la moneda de plata no le fuera suficiente para la ofrenda, se preocupó de añadir una torta de pan. Pues confiesa y dice: "Rugía a causa del gemido de mi corazón" (Ibid., 9). El rugido insinúa el llanto de gran dolor en la aflicción del penitente. Asociando esta torta de pan con la moneda de plata, el mismo habla, diciendo: "Porque anunciaré mi iniquidad y pensaré en mi pecado" (Ibid., 19). Pensar en el pecado es proponer una aflicción de la carne digna de la delectación pasada. Por lo tanto, torcía el pan que debía

ofrecer, quien, pronunciando los crímenes perpetrados, pensaba cómo podría borrarlos. Y porque de la austeridad de la conversación a los penitentes suele infiltrarse a veces el deseo de alabanza, la intención del pecador verdaderamente convertido se insinúa por lo que se añade:

(Vers. 36.) Y diga: Permíteme, te ruego, una parte sacerdotal.

28. La parte sacerdotal de cada uno es la retribución eterna del elegido. Pues todos los elegidos son sacerdotes de Dios, porque a quien sirven incesantemente por la ofrenda de su ministerio, no dejan de ofrecerle siempre sagrados dones. Por eso también ellos, regocijándose en el reino, dicen: "Nos redimiste para Dios con tu sangre, y nos hiciste para nuestro Dios un reino y sacerdotes" (Apoc. V, 9, 10). Decir, por tanto, al pecador convertido: "Permíteme, te ruego, una parte sacerdotal", es esperar de la austeridad de la vida y la penitencia solo una parte de la bienaventuranza eterna, para que, en efecto, encuentre la seguridad de la delectación que posea con gozo perpetuo, y nunca arrastre tras de sí las torturas de la penitencia. Por eso se añade:

(Vers. 36.) Para que coma un bocado de pan.

29. Pues si el pan en la sagrada palabra se toma por delectación, un bocado de pan es el deleite inagotable de la vida eterna. De este deleite, ciertamente, se dice por el profeta: "Se encontrará en ella gozo y alegría, acción de gracias y voz de alabanza" (Isaías LI, 3). De nuevo, mirando a los invitados a la mesa no de la torta de pan, sino del bocado, dice: "Alegría sempiterna sobre sus cabezas, obtendrán gozo y exultación" (Ibid., XXXV, 10). De ahí que el salmista, pronunciando con la voz del penitente corregido, diga: "Me has hecho conocer los caminos de la vida, me llenarás de alegría con tu rostro, deleites en tu diestra para siempre" (Sal. XV, 10). Los caminos de la vida son las aflicciones de la penitencia, por las cuales, ciertamente, el pecador es conducido desde el abismo de su condenación a la patria celestial, mientras se crucifica voluntariamente por las iniquidades cometidas. Por eso, cuando insinúa que es un pecador corregido, presume, diciendo: "Tú eres, Señor, quien me has restituido mi heredad" (Sal. XV, 5). Y también, confiando, dice: "Porque no dejarás mi alma en el infierno" (Ibid., 10). Los caminos de la vida se hacen conocidos al pecador cuando las aflicciones de la penitencia le son divinamente insinuadas, cuando, en efecto, con la mente iluminada considera cuánta amargura de vida debe aplicar a cada delectación pasada de culpa. Quien, ciertamente, se gloria de ser llenado de alegría con el rostro del Dios omnipotente, porque se alimenta de la manifiesta saciedad de la contemplación divina, y quien en la izquierda de la vida presente se compunge temporalmente por la penitencia, en la derecha de la vida eterna se sacia de deleites hasta el fin. Por lo tanto, quien ofreció una torta de pan, es conducido a comer un bocado, porque quien por amor a la vida celestial atormenta las delectaciones nocivas, se prepara una perpetua retribución en el banquete del gozo eterno. Sigue:

CAPÍTULO IV.

(I Reg. III, 1.) Pero el joven Samuel ministraba al Señor ante Elí.

1. Se muestra que esto se ha repetido aquí, lo que se menciona anteriormente sobre el joven elegido, donde dice: "Pero el joven Samuel era ministro en la presencia del Señor ante Elí". Esto es, ciertamente, ministrar al Señor ante Elí, lo que es ser ministro del Señor ante Elí. Y porque allí expusimos esto más plenamente, con la ayuda del Señor, no nos detenemos en reiterar su exposición. Sin embargo, porque es la palabra divina la que habla en este lugar y

en aquel, no se muestra que lo haya hecho sin utilidad de razón. Por lo tanto, por no cansar al lector, callamos la explicación, pero decimos la causa de la repetición para su utilidad. Pues algunos, sujetos al magisterio de los prelados de la santa Iglesia, obedecen rudamente; pero cuando progresan un poco más en la conversación, no permanecen en la misma humildad de obediencia. A quienes bien designa espiritualmente Agar, la sierva de Sara, que cuando vio que había concebido de Abraham, su marido, despreció a su señora (Gén. XVI, 5). Agar, en efecto, concibe cuando la mente reprobada del súbdito cree que progresa por la erudición de la ciencia o por la conversación de la vida. Quien, ciertamente, se dice que, estando embarazada, despreció a su señora, porque ya no se digna someterse por obediencia a la voluntad de su superior que le preside. Pero quien desprecia a su señora, se dice que es sierva, porque los súbditos soberbios son débiles por la soberbia y no alcanzan el número de los hijos de Dios. Sin embargo, se expone el progreso de Samuel, porque se dijo anteriormente: "Pero el joven Samuel crecía y progresaba y agradaba tanto a Dios como a los hombres" (I Reg. II, 18). Estas tres cosas, ciertamente, con qué sublimidad de conversación las recorrió, se expusieron anteriormente. Por lo tanto, porque ahora se menciona que ministra ante su maestro, ¿qué es, sino que ofrece una forma a los oyentes elegidos, para que, cuanto más progresan en la vida más alta, nunca olviden guardar el bien de la obediencia? Pues verdaderamente progresan si se esfuerzan por alcanzar la altura de los méritos tanto con la fortaleza de la obra como con la virtud de la humildad.

2. En este lugar hay algo más que debe notarse: porque entonces se muestra que Samuel ministra al Señor ante Elí, cuando él mismo es reprendido por el Señor por la negligencia de sus hijos. Pues algunos súbditos, al considerar la medida de su fortaleza, prefieren ser jueces severos de sus prelados que oyentes piadosos. Quienes, ciertamente, porque acostumbran a exagerar y discutir las vidas de ellos, si ven manchas de un delito más leve en su conversación, se niegan a someterse a su precepto obedeciendo. Pero verdaderamente serían fuertes si soportaran humildemente lo que consideran débil en sus mayores. Pues ante Dios se conoce que es grande por mérito quien se somete a él en el buen precepto de quien no parece venerable en alguna parte. He aquí que Elí es reprendido por la sentencia abierta de Dios por la culpa de su negligencia, pero se menciona que el joven del Señor, Samuel, ministra ante él al Señor, para que ciertamente considere en sí mismo qué clase de persona es quien desprecia a su superior por una culpa más leve, si Samuel se sometió a él obedeciendo a quien el Dios omnipotente reprobó con tanta severidad de su juicio. Pero porque se reprende a Elí por no haber honrado mucho a los súbditos pecadores, deben considerarse las mismas dignidades de los órdenes sagrados. Pues el rector debe honrar al súbdito pecador, a menos que esté corregido, pero el súbdito no debe despreciar al prelado, incluso cuando se reconoce justo y a él pecador, porque el juez eterno ha dado el juicio de los súbditos a los rectores de la santa Iglesia, pero ha reservado a su juicio el examen de esos mismos rectores. Sin embargo, esto mismo debe temerse mucho por los rectores, que se guardan para el juicio de Dios, porque deben preparar razones de su vida y doctrina tanto más sutiles cuanto más sabio es el juez que soportan. Y no deben temer solo su juicio futuro en la vida futura, como si estuviera en un lugar lejano, para que no los golpee de cerca quien está presente en todas partes. Pues los pastores negligentes, para evitar la pena de la venganza futura, piensan en largos espacios de la vida presente; pero el juez, que está en todas partes, les impone la penitencia de cerca, porque primero les quita la luz de la contemplación, luego los lleva a los tormentos por la muerte. Por eso, de este mismo Elí, que poco después muere con el cuello roto, se ha añadido:

(Vers. 1.) En aquellos días no había visión manifiesta.

3. Pues cuando el rector desprecia hacer lo que sabe, se actúa con él con juicio estricto, para que no vea lo que debe hacer, porque no quiso cumplir lo que veía. La visión manifiesta no es del pastor negligente, sino del amante. Por eso, la Verdad misma dice: "El que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él" (Juan XIV, 21). Pues la claridad de la visión manifiesta es la revelación de la verdad amada. Esta verdad, ciertamente, si se muestra por el mérito del amor, se oculta dignamente a quienes se adormecen en la buena obra, porque la señal del amor no está en la afección del ánimo, sino en el esfuerzo de la buena obra. Por eso, en el Evangelio, el Señor ha dicho antes: "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama" (Ibid.). Por lo tanto, porque por la negligencia de la obra se incurre en la oscuridad de la visión interna, muy apropiadamente, mientras se reprende al sacerdote por el desprecio de los mandamientos, se menciona la visión oculta. Sigue:

(Vers. 1.) Y la palabra del Señor era preciosa.

4. En cuanto a la verdad de la historia sagrada, precioso se ha puesto por raro. La palabra era preciosa, porque mientras era raro quien contemplando veía lo supremo, no podía ser frecuente quien predicando hablaba bien. Lo que ahora también vemos que sucede en la santa Iglesia, porque mientras muchos, por reverencia a la cumbre, desean la gloria del honor, mientras descuidan los ministerios del orden sagrado, no pueden predicar a los pueblos las cosas supremas que no pueden ver, y en su familia se reconoce que la palabra es preciosa, porque rara vez oyen exhortaciones de buena predicación, cuyos prelados no buscan con deseo las cosas celestiales que deben decir, sino las terrenales que deben hacer. A quienes ciertamente la sagrada Escritura nota, que dice: "Perros mudos que no pueden ladrar" (Isa. LVI, 10). No dijo que no quieren, sino que no pueden, porque ciertamente, mientras con corazón perverso meditan en las cosas terrenales, no comprenden con ninguna revelación las cosas ocultas de la verdad que deben proferir. Pero porque lo que es precioso suele ser guardado con gran diligencia, esto que se dice: "No había visión manifiesta", puede referirse a la negligencia de los prelados carnales.

5. Pero lo que se añade: "Y la palabra del Señor era preciosa", se refiere al ardiente estudio de los buenos súbditos, cuando los fieles súbditos, aunque no tienen quien les predique frecuentemente de los tesoros de la sagrada palabra las cosas supremas, lo poco que alguna vez pudieron saber lo abrazan con maravillosa devoción, y lo guardan como algo inefablemente precioso, mientras lo colocan en el cielo por las buenas obras, donde los ladrones que puedan robarlo no se acercan. Por eso, en el Evangelio, se dice del comprador de la buena perla: "Habiendo encontrado una perla preciosa, vendió todo lo que tenía y la compró" (Mat. XIII, 46). Por lo tanto, cuando en el tiempo de la visión oculta se describe que la palabra es preciosa, se anuncian las alabanzas de los súbditos elegidos, porque deben ser predicados con tanta más sublime gloria cuanto ese bien, que pereció en el lugar más eminente, permaneció en los inferiores con la perfección de la gran caridad. Por cuya buena conversación se logra a menudo que la visión que estaba oculta se manifieste, para que quienes custodian devotamente las cosas mínimas, sepan también las mayores que deben hacer. Por eso se añade:

(Vers. 2-4.) Sucedió, pues, un día, que Elí estaba acostado en su lugar, y sus ojos se habían oscurecido, y no podía ver la lámpara de Dios, antes de que se extinguiera. Pero Samuel dormía en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios. Y el Señor llamó a Samuel.

6. Samuel, siendo un niño, es llamado por el Señor cada vez que a los humildes sometidos se les revelan los secretos del consejo divino, y por el mérito de su humildad adquieren la luz de la contemplación, que los predicadores altivos pierden como retribución de su soberbia. Pero es de notar que esto se muestra que ocurrió en un día determinado, en el cual se dice que Elí estaba acostado en su lugar y no podía ver. En efecto, se llama en el día a quien, por su salvación y la de otros, es elevado para conocer los secretos de la sabiduría suprema. En cambio, Salomón recibió la sabiduría en la noche, para indicar que no la recibiría de manera perseverante (III Reyes III, 5, 12). Esto también puede entenderse de otra manera, ya que se menciona la ceguera de Elí. Así, la posición del día muestra la magnitud de su ceguera, porque ciertamente tenía grandes tinieblas quien no veía en el día. Ahora también, si miramos el estado de la Iglesia, hay una gracia general de luz. Vino aquel que, esparciendo los rayos de la verdadera claridad, diría: Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas (Juan VIII, 12). Y porque la gloria de su esplendor interno es inefable, no se dice de este día o aquel, sino de un día determinado: cuya claridad ciertamente no es; pero la magnitud de su claridad es desconocida. Por tanto, el Pastor soporta grandes tinieblas si aquel que se conoce como el ojo de la Iglesia por oficio no tiene la visión en la gracia de tanta luz. Por eso, la verdad misma muestra las grandes tinieblas de ese ojo, diciendo: ¡Cuán grandes serán esas tinieblas! (Mateo VI, 23). Pero ya insinúa de dónde le viene tanta oscuridad, porque dice: Estaba acostado en su lugar. El lugar del predicador tiene el oficio de estar de pie, no de estar acostado. Por eso, el Señor también ofrece de sí mismo la forma a los predicadores, diciendo: Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve (Lucas XXII, 27). Estar de pie en medio de los hermanos es ofrecerse como ejemplo a los menores a través de una conversación laboriosa. Estar de pie, por tanto, pertenece al trabajo de la obra y a la necesidad de la lucha. Por eso, el árbitro del combate espiritual ordena, diciendo: Estad, pues, ceñidos los lomos con la verdad (Efesios VI, 14). Y porque estar acostado es propio del que descansa, se reprende seguir el calor del descanso en el lugar de la batalla y el trabajo, quien se recuerda estar acostado en su lugar. Estar de pie también es propio del justo. Por eso, Pablo dice: Porque por la fe estáis firmes (II Corintios I, 23). Estar acostado, por tanto, también pertenece a la negligencia de una vida más relajada. Así, Elí está acostado en su lugar cuando, por la caída de la depravación, el predicador reprobado descansa en la sede del justo. Los ojos del que está acostado en su lugar se oscurecen, porque no pueden ver las cosas supremas, quienes en la cima del pastorado no ejecutan obras de virtud, sino que se sumergen en las blandicias de una vida más relajada. Quien ciertamente ya no es llamado lámpara de Dios por la verdad de la alabanza, sino por el reproche de la burla. Pues quien ejerce el título de lámpara de Dios y se dice que no puede ver, es más bien ridiculizado por tan grande nombre con el que se le considera. Pues en la verdadera alabanza del justo se dice: Él era una lámpara ardiente y luminosa (Juan V, 35). Pues el resplandor de la verdadera luz que había absorbido amando, lo derramaba hablando. El predicador también carnal se llama lámpara por oficio, ciega por intención, porque ejerce la dignidad de proporcionar luz, pero fija su mente en las tinieblas de la vanidad.

7. Su perversidad consumada se designa, porque no se dice que no veía, sino que no podía ver. Por eso, al mencionar el árbol malo, el Señor dice: No puede el árbol malo dar frutos buenos (Mateo VII, 18). Así, la lámpara de Dios no puede ser vista cuando quien sobresale en la dignidad pastoral está tan oprimido por la densidad del amor secular que no es elevado por ninguna inspiración de gracia a la visión de la claridad interna; cuando ya, arrojado por la justa indignación de Dios, se le deja en la ceguera de su oscuridad, para que nunca más sea visitado por la infusión de la luz suprema. Bien se dice: Antes de que se extinguiera. No ver es el castigo del pecador en este mundo aún viviente, pero no poder ver es el castigo eterno del impío muerto en el otro mundo ya condenado. Por eso, por el juicio del Creador, se

ordena que sea encerrado en las tinieblas exteriores, para que nunca sea devuelto a la visión de la luz. Así, antes de que se extinga, se dice que no puede ver en este mundo aún viviente el predicador reprobado, se asemeja ya al impío condenado en perpetuidad en la ceguera. La lámpara se extingue cuando el pastor muere. O ciertamente la lámpara se extingue, porque cuando el predicador reprobado perece por la muerte de la carne, pierde toda la gloria del culmen que parecía brillar en él, y queda como la mera cáscara de la lámpara sin luz, cuando la persona es obligada a ser reservada para el juicio eterno, despojada de todo el esplendor del mundo. Así, antes de que se extinga la lámpara de Dios, no puede ver, porque posee el mérito de la futura condenación por la eternidad de su ceguera, y sin embargo aún brilla ante los hombres por el esplendor de la dignidad recibida.

(Vers. 3.) Samuel, sin embargo, dormía en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios.

8. Bien se dice que el prelado reprobado no duerme, sino que yace, mientras que el niño sometido y elegido no yace, sino que duerme, porque dormir a veces se toma en buen sentido, mientras que yacer casi siempre en mal sentido. Por eso, la Esposa en el Cantar de los Cantares dice: Yo duermo, pero mi corazón vela (Cant. V, 2). En el sueño del niño perfecto se designa el descanso de cada elegido sometido de la obra perversa. En el templo y donde está el arca duerme quien, ocupado en el deseo celestial y en la meditación de la Sagrada Escritura, no atiende a lo que pertenece a la perversidad. Algunos duermen en el templo, pero no donde está el arca de Dios, porque algunos simples descansan en la contemplación celestial por amor, pero no saben meditar los secretos de la sagrada palabra. Samuel, sin embargo, que se dice que duerme no solo en el templo, sino ante el arca de Dios, designa a los sometidos eruditos y elegidos, porque mientras absorben las llamas de su amor de la sagrada palabra meditando frecuentemente, son elevados más alto al deseo de la patria celestial, y eligen como lugar de descanso el interior del templo, mientras más se separan del público de la obra terrenal, cuanto más secretamente se esconden por la meditación en el santuario de la visión interna.

(Vers. 4.) Y llamó el Señor a Samuel.

9. Llamar de Dios es, en efecto, despertar por la fuerza de una gracia mayor. El Señor llama al que duerme, porque a los que descansan de la intención terrena los despierta para el aumento del conocimiento supremo. Pues mientras vigilamos con preocupación por las cosas externas, no percibimos las internas y espirituales. El rechazo de la preocupación terrena es nuestra preparación para la percepción de la gracia suprema, porque en los elegidos se produce una infusión más abundante del don divino, cuanto más pura sea la mente por la custodia de la meditación interna. Sigue:

(Vers. 4-9.) Y llamó, dice, el Señor a Samuel. Quien respondiendo, dijo: Aquí estoy, y corrió a Elí, y dijo: Me llamaste, quien dijo: No te llamé, hijo mío, vuelve y duerme. Y fue y durmió. Y añadió el Señor a llamar de nuevo a Samuel. Y levantándose fue a Elí, y dijo: Aquí estoy, porque me llamaste. Quien respondió: No te llamé, hijo, vuelve y duerme. Pero Samuel no conocía al Señor, ni le había sido revelada la palabra del Señor. Y añadió el Señor, y llamó a Samuel por tercera vez. Quien levantándose fue a Elí, y dijo: Aquí estoy, porque me llamaste. Entonces entendió Elí que el Señor llamaba al niño, y dijo a Samuel: Ve y duerme, y si te llama de nuevo, dirás: Habla, Señor, porque tu siervo escucha.

10. ¿Qué es, entonces, que el Dios omnipotente insinúa su llamada con tanto arte, para que la mente del llamado se mantenga, sin que reconozca al que llama; oyendo a Dios, piense que es un maestro humano; emita la llamada, y calle la causa; permita ir al maestro, regresar tantas

veces al descanso del sueño, y sin embargo no permita que el que duerme descanse? ¿Acaso quien llamó a quien quiso para conocer sus secretos, no pudo hacerlo con una voz similar a la de Elí, y no con la voz que quiso; y quien llamó cuando quiso, no pudo indicar inmediatamente la causa de la llamada; y quien quiso despertar para que escuchara, no pudo enseñarle cómo debía escuchar sino a través del maestro? Pero en esto, Dios omnipotente usa una gran dispensación, para que ciertamente los corazones de los elegidos sean enseñados con doble instrucción, de modo que tanto en la superficie de la historia los sometidos vean el bien de la obediencia que deben seguir, como los prelados contemplan los misterios ocultos, que deben llevar a la luz de la inteligencia discutiendo. Pero lo que primero creo que debe decirse, el niño que pensó que el maestro era el que hablaba, oyó una voz corporal. Así, Dios no habló por sí mismo, sino a través del espíritu evangélico al niño, porque quien no está restringido por una forma corporal, no se ve limitado por el instrumento del cuerpo para el sonido de la voz. Lo cual, sin duda, también conviene a la audiencia infantil. Pues aunque grandes son los méritos del súbdito que comienza, porque sin embargo aún no se reconoce en la perfección, sino en el progreso de la conversación, no alcanza a esa locución en la que Dios omnipotente habla por sí mismo. En efecto, Dios omnipotente, el supremo e incircunscrito espíritu, habla espiritualmente a los grandes hombres y espirituales, cuando con locución espiritual indica a sus mentes tanto las cosas que deben hacer, como las que deben saber. Así, movió una voz exterior por el espíritu evangélico, pero el Creador espíritu indicó lo que quiso con la presencia de su gracia. Llamando, por tanto, con voz, mientras se pensaba que era Elí, ocultó el conocimiento, para que el niño corriera al maestro, y mientras escuchaba que no había sido llamado, mostrara engañado en qué cumbre de virtud se encontraba. El niño, por tanto, humildemente sometido al hombre, y elevado a la alta cumbre de la obediencia, mientras llamado se acercó, y ordenado regresó, ¿qué otro ejemplo nos ofrece, sino la forma de la más alta obediencia?

11. La verdadera obediencia no discute la intención de los superiores, ni discierne los preceptos, porque quien ha sometido todo el juicio de su vida al mayor, se alegra solo en esto, si hace lo que se le ordena. No sabe juzgar quien ha aprendido perfectamente a obedecer, porque solo considera bueno si obedece a los preceptos. Pero en tanta gloria de su perfecta conversación nuestra vida se confunde. He aquí que hemos decidido avanzar hacia la patria celestial bajo los líderes del ejército cristiano, pero murmuramos si se nos ordena realizar obras diversas, aunque en tiempos diferentes. ¿Quién se contendría de murmurar, quién se abstendría de la ira, si oyera que ha sido llamado dos y tres veces, y sin embargo, por la respuesta del que llama, percibiera que no ha sido llamado? Qué oscuridad de nuestra desidia sufrimos, porque no vemos el bien de tanta virtud que responda con la claridad de su recompensa. Pues el único bien es para la recuperación de la vida, si la culpa de la desobediencia fue un mal suficiente para perpetrar la muerte. Si, por tanto, en el mal de la desobediencia prevaleció la muerte, tantas veces se nos devuelve a la vida, cuantas veces obedecemos. Así, el niño Samuel no se ofende ni por ser llamado ni por ser rechazado, porque no quiso ver el ánimo del que llama o del que rechaza, quien sabía alegrarse solo en esto, que obedecía. Y porque levantarse para el trabajo, y volver a dormir pertenece al descanso, ¿qué insinúa, sino que ambos nos preparan la vida, si el ánimo del obediente en lo que hace no considera sino el bien de la obediencia? El precepto, en efecto, solo debe considerarse en esto, que es el precepto del mayor; y quien ejecuta el bien de la obediencia, no debe considerar la obra encomendada, sino el fruto, porque para merecer las alegrías de la vida eterna no se requiere la calidad de la obra, sino la mortificación de la propia, y la ejecución de la voluntad ajena. Por eso, Pablo dice: La circuncisión nada aprovecha, y la incircuncisión nada es, sino la observancia de los mandamientos de Dios (I Cor. VII, 19). Así, ante Dios omnipotente, ni las cosas que pertenecen al trabajo, ni las que pertenecen al

descanso son pequeñas, si pueden preparar la vida eterna a los obedientes. Por tanto, quien está sujeto al imperio ajeno, considere solo esto, que lo que se le encomienda según Dios es muy grande y excelso en el lucro de la mente, porque prepara la vida en la recompensa de la retribución. En cambio, los desobedientes vean que el primer padre del género humano cayó de las alegrías del paraíso no por robo, ni por raptó, ni por adulterio, ni por homicidio, sino por la desobediencia del fruto prohibido (Gén. III, 6). Por lo cual se concluye adecuadamente que si los preceptos de los mayores, que parecen pequeños, despreciados, separan de las alegrías internas, también los mínimos que se cumplen preparan la vida.

12. Por tanto, el esforzado operario de la vida social, y piadoso emulador de los que sirven a Dios en común con él, si desea obtener una retribución más amplia de mérito eterno por el bien de la obediencia, reconozca que se distingue en esto solo, si ha sometido su propia voluntad al arbitrio del mayor por encima de los demás. Pues ni las grandes ganancias del ayuno, ni los estudios de vida áspera deben ser muy considerados por los devotos soldados de Cristo en el precepto de los mayores. En efecto, es de mayor mérito la caridad de la refacción impuesta que el ayuno asumido por propia deliberación. Pues quien, mandado, se alimenta de carne, obtiene el premio del ayuno con devoción involuntaria, y adquiere una mayor recompensa de obediencia comiendo. Así, Dios llamó al niño, pero con una voz similar al maestro, para indicar ciertamente el modo de su locución. Calló la causa de la llamada, para que el niño elegido mostrara cuán sublime era en la humildad de la obediencia. Permitió ir al preceptor, para que ofreciera el don de su devoción. Se le permite volver al descanso del sueño, para que ciertamente no despreciemos ni las cosas que son mínimas. Lo excita de nuevo, para que mostrara a aquel a quien quería poner en la forma de los elegidos, que no lo fatigaría la insistencia de los preceptos. Aprendió a escuchar cómo debía hacerlo a través de quien iba a ser reprobado, para que ciertamente sepamos que los preceptos de los mayores deben ser venerados incluso cuando ellos mismos no tienen una vida loable, porque su doctrina, que puede volverse vil por la operación perversa, hace que los oyentes humildes lleguen a la altura de la familiaridad divina.

13. Pero porque sigue: Sin embargo, Samuel aún no conocía al Señor, y anteriormente se dice que ministraba al Señor, parece muy contrario lo que se dice, porque no podía ignorar a quien servía. ¿Quién sirve a quien no conoce? Pero ciertamente por lo que se añade se aclara lo que suena contrario, para que se entienda con la conveniencia de la razón. Ni le había sido revelada la palabra del Señor. Por lo cual se da a entender que a quien conocía por amor y ministerio, no lo conocía por la revelación de su palabra. Pues aún no había oído al que llamaba, a quien se testificaba conocer tanto por la devoción del ministerio como por la virtud del amor. Pero en la conversación de los fieles se toma convenientemente; pues muchos bajo la instrucción ajena progresan bien, quienes en el tiempo de su novedad rinden ministerios al Dios omnipotente, y sin embargo, por la pureza de la contemplación, no alcanzan a la visión de su belleza interna. Quienes, cuando reciben también el don de la contemplación divina por el mérito de su sujeción, y por la experiencia de la visión interna entienden que aún no conocían a quien servían. Lo cual bien designa Jacob, al partir para recibir a su esposa, quien después del trabajo del viaje vio al Señor en el sueño del descanso, pero al despertar del sueño, dijo: Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía (Gén. XXVIII, 16). Pues no podía dudar antes de dormir que el Señor estaba allí, quien sentía que estaba en todas partes; pero porque entonces lo conoció más perfectamente, se declaró ignorante de él cuando no lo reconoció más familiarmente. Pues el camino por el que se va a la esposa es la intención de la obediencia devota, por la cual se desea conseguir la fecundidad de la caridad interna. Así, Jacob duerme en el camino, cuando el fiel sometido, suplantador del espíritu maligno, es recibido por el trabajo de la obediencia al descanso de la visión interna. Quien

ciertamente entonces confesará haber conocido al Señor, porque mientras admira la especie de la luz interna a la que ha sido recientemente asumido, reconoce por la experiencia de la revelada belleza cuánto antes ignoraba. Pues por la fe, como por la fama, conocemos a Dios, pero por el amor de la contemplación, aquel que se hizo conocido por la fama se nos revela como por la manifestación de la presencia. Bien, sin embargo, el sometido que progresa por la obediencia, mientras es conducido a la altura de la contemplación, se dice que aún no conocía al Señor, porque se encuentra como por la verdad de la presencia, quien antes parecía conocido por la fama como desconocido, y no por la presencia como conocido.

14. Pero porque se dice separadamente: Aún no conocía al Señor, ni le había sido revelada la palabra del Señor, puede entenderse más sutilmente. Pues en una misma contemplación interna de Dios se infunde al contemplador tanto un amor admirable por el fruto de tanta gloria, como un gran asombro en la revelación de la palabra secreta. Algunos, por tanto, conocen al Señor, y perciben la revelación de su palabra, porque se llenan de una dulce maravilla por la infusión que obtienen de la costumbre de tanta caridad, y se enriquecen con gran sabiduría por la revelación de la palabra. Pero algunos conocen al Señor, a quienes no se les revela la palabra del Señor; porque algunos simples, pero hombres perfectos en gran conversación, perciben contemplando la gloria divina una dulzura inefable de amor, pero no alcanzan a la altura de su palabra revelada, porque han sido asumidos al orden de los amantes, no a la altura de la predicación. Se le revela, en efecto, la palabra para que sea amado; y para que no sea predicado, se oculta. Bien, sin embargo, se dice de aquel que es elevado al ministerio de la predicación: Aún no conocía al Señor, ni le había sido revelada la palabra del Señor, para que mientras insinúa los bienes que aún no tiene el rudo, muestre claramente con qué bienes debe ser enriquecido el predicador. Pues quien aún no ha percibido aquella virtud del amor íntimo, ciertamente no conoce al omnipotente Señor, a quien conoce por la fe como por la fama, pero no por la presencia de aquel gran amor. Y si ama ardientemente, y aún no sabe discernir los misterios ocultos por el espíritu, ya conoce al Señor, pero no ha llegado a la revelación de su palabra. Del niño obediente se añade inmediatamente:

(Vers. 9.) Samuel fue, pues, y durmió.

15. Ya se envía al niño instruido al conocimiento de la palabra divina, cuando el elegido, sometido al consejo de un superior, se prepara para conocer las cosas espirituales. Y ciertamente, su deseo es descansar en la vida eterna, cuando el alma, ya sedienta solo de lo celestial, desprecia todas las cosas presentes, de modo que cuanto más diligentemente se aparta de su intención todo lo corporal, más abundantemente se llena del amor de lo invisible. Y es de notar que ya se le ordena regresar cuatro veces al descanso del sueño, porque mientras usamos negligentemente este mundo en torno a lo visible, vigilamos en obra, palabra y pensamiento. Por lo tanto, se nos ordena dormir tres veces, para que nos preparemos para el conocimiento de lo celestial mediante el descanso de la obra, el silencio de la boca y el rechazo de pensamientos superfluos. Pero en cuarto lugar, se nos envía al sueño cuando, con el permiso de nuestros superiores, se nos ordena cesar incluso de un ministerio útil, para que, al no ser obstaculizados por ninguna preocupación, la mente se concentre completamente en la contemplación de la visión celestial.

16. Y es de notar que el Señor despierta al niño que descansa, sin que Elí lo sepa, pero sin embargo, al despertarse, no manifiesta la causa de su vocación sin la orden de Elí, porque los elegidos, sometidos, son elevados por inspiración oculta al deseo de la patria celestial, pero no se les permite ser llamados a la patria que aman sin el permiso de sus superiores. Por lo

tanto, cada vez que el niño es llamado, se le permite ir al maestro, ¿qué es esto sino que los deseos inspirados divinamente de los súbditos se someten al juicio de los superiores? Pues la obra del súbdito, inspirada divinamente, se reconoce como grata a Dios si se realiza por mandato o permiso del superior. Por lo tanto, el niño es llamado cuatro veces por el Señor, y cuatro veces se le ordena el descanso del sueño por el maestro, porque somos encendidos por inspiración divina al amor de una vida más secreta, mediante la moderación de la obra, el silencio de la boca, el rechazo de la preocupación interna y la cesación del ministerio, y sin embargo, se nos prohíbe cumplir los deseos de nuestro amor sin el permiso de nuestros superiores. Así que el Señor llama y guarda silencio sobre la causa de la vocación, para que, con el permiso del maestro, se insinúe a sí mismo al súbdito llamado. Pues quien no escuchó cuando fue llamado, guardó silencio, pero cuando el maestro humano ordenó, el Dios que llama indicó la causa de la vocación. Sigue entonces:

(Vers. 9-11.) Samuel fue y se acostó en su lugar. Y vino el Señor, y se detuvo; y llamó, como había llamado la segunda vez, a Samuel. Y Samuel dijo: Habla, Señor, porque tu siervo escucha. Y el Señor le dijo.

17. Con estas palabras, porque de la sustancia divina incorpórea e invisible se dice aquello que se reconoce como perteneciente al cuerpo, es necesario que se entienda razonablemente. Pues, ¿a dónde viene quien está en todas partes? ¿Cómo se dice que está de pie y habla quien no está formado por sustancia corpórea? Pero en esa sustancia que dicta todo, se ponen palabras de nuestra pobreza, por las cuales podemos levantarnos para conocer los misterios de su operación. Pues venir del Señor es tocar los corazones de los elegidos con la presencia de su gracia, estar de pie es retener las mentes que toca con el don de su gracia que permanece. Llamar es excitar la mente elegida al aumento de una gracia mayor. Porque el Señor viene y no se detiene, cuando los corazones de los negligentes son tocados por la gracia, y sin embargo, no perseveran en el afecto y amor de la gracia que los toca. Pues como presente está el que viene, y no está el que se va, cuando por el toque presente de la gracia divina de repente proponen hacer el bien, y de inmediato, abandonados, abandonan la intención de ese mismo buen propósito. Pero si se refiere a la fuerza de la contemplación, el Señor viene y se detiene cuando toca de repente los corazones de los elegidos por la gracia, y no los abandona de inmediato, para que al venir los visite, al estar de pie los confirme, y quien se muestra al gozo de la mente amada no se retire antes de que ella se sacie viviendo. Pero porque se dice que está de pie, se designa que alguna vez se retirará, porque aunque a veces sacia a las almas elegidas en su revelación por un tiempo, retira la dulzura de su presencia, para que la deseen más ardientemente al ser retirada. Por lo tanto, el Señor viene visitando, se detiene mostrándose suavemente, llama excitando al amor de su gloria mostrada por un deseo ardentísimo. De ahí que el niño sea despertado tantas veces con el nombre repetido. Es llamado, porque la vocación por el nombre designa el afecto de gran caridad y familiaridad. Por eso también habla a Moisés, diciendo: Te conozco por tu nombre (Éxodo XXXIII, 12, 17). Por lo tanto, el nombre del llamado se repite, cuando la mente del vidente es recibida en una gran familiaridad de la Majestad interna, y con deseos fervientes se eleva al amor de quien lo llama, para que, además de lo que escucha, nada le agrade, y desee permanecer perpetuamente en la alegría de su audición. Por eso aquí se añade abiertamente: Entonces Samuel dijo: Habla, Señor, porque tu siervo escucha. Quien, por tanto, puso habla, concluyó por necesidad. Como si dijera con palabras más claras: Yo respondí Habla, porque no pude responder de otra manera. Pues ¿qué más puede desear la mente asumida en ese gozo de la Majestad que habla? Decir a la mente a Dios Habla, es desear escuchar siempre esa locución inefablemente dulce. Por lo tanto, dice Habla, quien quisiera que nunca callara. Por eso se añade porque tu siervo escucha. Como si dijera: porque esto que recibo por la

experiencia del afecto interno, deseo disfrutarlo con percepción eterna. Por lo tanto, pide que hable, quien no desea que nunca calle en sus afectos internos, para que quien es elevado con tan sublime exultación al hablar el Señor, no sea abatido al expresar las angustias de la humanidad condenada, al callar él. Pues si somos asumidos de las tinieblas de nuestra corrupción, al hablar él, cuando nos calla por la sustracción de la gracia, somos sometidos a las mismas tinieblas. Con razón, por tanto, elevado a tan alto culmen, dice al Señor Habla, porque se complace en el gozo del oído interno, en el cual nada le agrada en lo exterior; y desearía permanecer con quien le habla tanto más ardientemente, cuanto más nunca quisiera ser abatido a sus debilidades.

18. También, con Dios como autor, cuando decimos al Señor habla, lo decimos por su don, pero sin embargo, con qué afecto lo digan los elegidos más perfectos, no podemos decirlo, porque lo que es de deseo inefable no se expresa con locución racional. Este afecto lo insinúa bien Pedro, quien, estando con el Señor transfigurado en el monte, viendo su rostro resplandeciente como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve, dijo: Bueno es que estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y una para Elías (Mateo XVII, 4; Lucas IX, 33). Pues quien dice: Bueno es que estemos aquí, si pudiera, nunca hubiera querido ser apartado de esa visión de tanta gloria. Porque al decir Pedro, Señor, bueno es que estemos aquí, y Samuel dice: Habla, Señor, porque tu siervo escucha, las voces son diversas, pero los afectos son iguales. Esto significa Pedro en el monte, con el Señor transfigurado, lo que Samuel es llamado por el Señor que viene, que está de pie, y que está de pie por segunda vez. Pero aunque Pedro es reprendido por el evangelista como si no supiera lo que decía, no parece contrario a este sentido. Pues el evangelista no reprende el afecto de Pedro, sino su razón, porque, habiendo sido asumido con el Señor en gloria aparte, deseaba estar siempre así, y no quería que descendiera a la ignominia de la cruz por la redención común. No sabía, por tanto, lo que decía, pero amaba ardientemente lo que veía, porque ciertamente veía un bien tan grande, que de ninguna manera podía no ser amado. Por eso, aunque Pedro es justamente reprendido, sin embargo, se le perdona razonablemente, porque era vencido por el amor de tanta Majestad por la fruición. Sin embargo, cuando Pedro es reprendido por su ignorancia al hablar, se menciona la causa de esa ignorancia. Pues el evangelista añade, diciendo: Porque estaban aterrados de miedo. Esa inefable belleza de la Majestad interna a veces sacude con admirable temor la mente elegida a la que se muestra deleitadamente, para que no salte a la arrogancia por la grandeza de la visión, si el espíritu que la eleva a tan altas cumbres por la contemplación amable no la refrena con el freno del temor. En una misma visión de gloria revelada, se ve la bondad del Redentor inefablemente halagadora, y su equidad inefablemente aterradora, para que cuanto más dulcemente se alimenta el ánimo del vidente con la bondad de la mirada de Dios, aterrado por la consideración de la equidad, se cuide de no saciarse vanamente. Por eso también Samuel, cuando es elevado a la familiaridad de la locución divina, no se le anuncian cosas alegres sobre el progreso de los elegidos, sino terribles sobre el defecto de los grandes. Pues se añade:

(Vers. 11.) Y el Señor dijo a Samuel: He aquí que hago una cosa en Israel, que a quien la oyere le zumbarán ambos oídos.

19. Porque entre los dones sublimes, la mente elegida es contenida con más cautela de la arrogancia, cuando por la justicia del Dios omnipotente ve también rechazados a aquellos que parecían estar sostenidos por dones más sublimes. Por eso, sobre la palabra que el Señor amenaza con hacer, se predice que los oídos de los que la oigan zumban. Pues los oídos del cuerpo zumban cuando son golpeados por un sonido intolerable. Porque cuando se le infunde un clamor más allá de la capacidad del oído, el sonido que la estrechez del oficio rechaza, lo

convierte en zumbido, porque mientras la voz silba por las cavernas de los oídos, lo que se infunde al mismo tiempo, no entra en el interior. Pero a los oídos de la mente es un clamor intolerable la repulsión de un gran predicador. Por lo tanto, la magnitud de la voz derramada no se capta, porque mientras se recuerdan los dones sublimes concedidos al predicador reprobado, se ignora por qué juicio de Dios es rechazado. Por lo tanto, la magnitud de la voz derramada se convierte en zumbido de los oídos, porque aunque no se capta con la intención de la mente por qué juicio de Dios se hace, mientras se considera largamente, los corazones se consternan con temor por la consideración. Pues como los oídos zumban por el sonido de una gran voz cerrada, cuando los corazones de los justos tiemblan por la consideración prolongada de la reprobación de grandes hombres. Pero se dice que zumban ambos oídos, el derecho y el izquierdo. Y porque por el derecho se designa la vida eterna, y por el izquierdo la presente, y por el oído escuchamos lo que se dice, ¿qué se entiende por el oído izquierdo sino la intención de la obra piadosa, y qué por el oído derecho sino la intención de la visión celestial? Por lo tanto, ambos oídos del oyente zumban, porque cuando se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se temple con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba

la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se templea con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí

que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se templea con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se templea con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad

propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truena sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se temple con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen,

ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se templea con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se temple con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truena sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se temple con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba

la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se templea con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí

que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se templea con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se templea con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad

propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truena sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se temple con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen,

ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se templea con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se temple con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truena sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se temple con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba

la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se temple con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí

que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se templea con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se templea con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues ya había anunciado anteriormente a Elí, cuando por un hombre de Dios, su nombre suprimido, le anunció la sentencia de su caída. Pero porque ahora jura que hará lo mismo, ciertamente repite el juicio de condenación. En lo cual también es de notar que quien no corrigió a sus hijos que actuaban indignamente, es reprendido por haber cometido una iniquidad que no será expiada con sacrificios y ofrendas para siempre. ¿Cuál será, pues, la severidad de la iniquidad

propia, si la culpa irremediable es la negligencia del cuidado ajeno? Pues si los pecados de los súbditos no corregidos nos obligan con perpetua culpa, ¿con qué penas nos ata la audacia de nuestra propia iniquidad? Con razón, por tanto, zumban los oídos del oyente, porque ciertamente las mentes de los elegidos, que consideran esto atentamente, tiemblan por tan gran severidad. Con razón zumban los oídos del oyente, porque ciertamente tiene la inmensidad de un clamor, que los corazones elegidos apenas soportan. Y ciertamente zumban los oídos del oyente, porque mientras se muestra la ruina de los hombres más altos, se turba la intención de los elegidos, porque con corazón temeroso se elevan a contemplar lo eterno, y no disponen lo temporal sin gran temor. Pues había experimentado este zumbido de oídos quien hablaba al Señor, diciendo: Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios son un abismo grande (Salmo XXXV, 7). Pues los montes de Dios se entienden como los hombres altos y elegidos. A estos montes de Dios se iguala la justicia cuando cumplen con sus obras los mandamientos arduos de Dios, pero sin embargo, los juicios divinos son un abismo grande, porque aunque ante los ojos de los hombres santos son rectas las cosas que hacen, ante los ojos del Dios omnipotente no pueden saber cómo son. Por eso, hacen incesantemente los bienes que prevalecen, y temen la profundidad de los juicios que truenan sobre ellos, porque de la palabra del Señor que oyen, sus corazones tiemblan con el zumbido de gran terror. Pero adecuadamente no se predice que zumban sino los oídos de los que oyen. Pues también en el Evangelio se advierte esto, diciendo: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8). Pues quienes vigilan con toda intención las cosas externas, no conocen este zumbido de temor, porque no consideran sobre sí la altura de los juicios divinos. Pero he aquí que quien no quiso considerar los juicios sutiles de Dios sobre sí, de él se replican las sentencias de los juicios. Pues añadiendo dice:

(Vers. 13 y 14.) Porque ya le he anunciado que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada la iniquidad de su casa con sacrificios y ofrendas para siempre.

20. Porque a menudo la sentencia de justa severidad se temple con clemencia, este es un juicio de gran severidad, donde se afirma la sentencia de castigo repitiéndola. Pues

25. Quien considera de manera más simple de lo debido esta respuesta de Helí, piensa que respondió tan correctamente como humildemente. Pues, tal como se escucha exteriormente, ¿qué pudo responder con más humildad quien escuchó su reprobación y ofreció a Dios, que le amenazaba, o más bien, que promulgaba la sentencia de su reprobación, hacer de él lo que quisiera? Pero, en verdad, si se examina con sutileza, esta humildad de la respuesta no es verdadera humildad. Se reconoce como verdadera aquella que acompaña al bien de la obediencia en la consecución de los mandatos del superior. Así, verdaderamente sería humilde si se hubiera ofrecido a la enmienda de la culpa por la que era reprendido. Pero quizás sería más verdaderamente humilde si, al ser reprendido, no respondiera en absoluto, sino que aplicara la corrección descuidada a sus hijos malvados, si al menos entonces insistiera con celo pastoral y vengara con justa retribución los crímenes de los sacerdotes escandalosos. Por tanto, cuando dice: "Es el Señor, haga lo que bien le parezca", se reconoce que pronunció más claramente una palabra de elección que una respuesta de humildad, porque, sin duda, prefirió incurrir en las causas de las amenazas de Dios antes que condenar a sus hijos por las iniquidades cometidas. ¡Oh, cuántos son aún los imitadores de Helí, que, aunque sienten al Dios omnipotente amenazándoles diariamente desde el sagrado discurso, temen desagradar a los hombres y no temen incurrir en las amenazas de la divina indignación,

y mientras temen las enemistades de los hombres como si fueran implacables, confían en la misericordia de Dios incluso pecando!

26. Pero la confianza desordenada puede tener lugar para la venganza ante el Dios omnipotente, pero no puede obtener indulgencia. Pues, ¿qué es decirle a Dios, que amenaza al pecador incorregido y persistente en el propósito de su culpa: "Es el Señor, haga lo que bien le parezca", sino confiar desordenadamente en la misericordia ordenadísima de Dios? Pues confía ordenadamente en la misericordia del Dios omnipotente quien corrige con arrepentimiento lo que delinque pecando, lo limpia llorando. Pecar, por tanto, y presumir de la clemencia del Creador Dios, es exponerse al mar de su justicia. Así, sin duda, no limpiar los pecados cometidos con arrepentimiento y presumir de la misericordia de Dios es ofender el juicio de su severidad. Por tanto, mientras la vida de Helí se describe en la forma de los predicadores reprobados, no solo se muestra la culpa de la caída, sino también la seguridad en la precipitación de la culpa. Pues quien pudo aplacar la magnitud de la divina indignación con el temor del arrepentimiento, al descuidar lo que escuchó, incurrió en lo que mereció.

27. Porque el Dios omnipotente, aunque es justo por equidad, se cree más abundante en piedad por su misericordia. Por eso se dice a través del Profeta: "Sus misericordias están sobre todas sus obras" (Sal. 144, 9). De ahí que a través del profeta Jonás se pronunció a los ninivitas las amenazas de subversión, y sin embargo, perdonó la pena de la ciudad que iba a ser destruida a los que se arrepintieron (Jon. 3, 1, 2, ss.). De ahí que al rey Ezequías (2 Rey. 20, 1, ss.) se le prometió la pena de muerte a través del oráculo del profeta (Isa. 38, 1, ss.), pero como el rey, temiendo morir, se afligió ante el Señor con lágrimas de arrepentimiento, no encontró la muerte que debía sufrir ante aquel a quien temía. Y aunque el Señor había afirmado haber hablado antes de que la casa de Helí y su padre ministraran ante él para siempre, quien había hablado bien de quien actuaba bien, cambió la sentencia de la casa ya reprobada, diciendo: "Ahora, pues, lejos esté esto de mí" (1 Sam. 2, 30). Si, por tanto, el Dios omnipotente revoca las buenas promesas porque aquellos a quienes las prometió se transforman mal, ¿cuánto más retrae el efecto de las amenazas cuando ve bien convertidos a aquellos a quienes había indicado la pena de la retribución por las iniquidades cometidas? ¿Qué, pues, decimos a esto, nosotros que pecamos diariamente y estamos seguros en la obligación de nuestra culpa? Por tanto, esto mismo, que no mantenemos la severidad de la justicia divina, debe temerse mucho, porque he aquí que quien es arrojado por la divina indignación por la culpa de la negligencia cometida se dice que no fue solícito con ningún temor. Pero como conocemos la repulsión del predicador reprobado para el temor, escuchemos el progreso del elegido. Pues sigue:

(Vers. 19.) "Y Samuel creció, y el Señor estaba con él."

28. Esto, en verdad, si se lee en la historia, se designa que el niño Samuel creció en edad corporal; pero si, como las demás cosas, buscamos esto con investigación espiritual, se describe que el Señor estaba con él, quien se recuerda que creció. Crece, sin embargo, quien progresa en la edad de la mente hacia el hombre perfecto. Por eso, a través del Profeta se dice de los elegidos que progresan: "Irán de virtud en virtud, se verá al Dios de dioses en Sión" (Sal. 83, 8). De ahí que Pablo dice: "Hasta que lleguemos a ser un hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Efes. 4, 13). Pero hay algunos que, mientras crecen en virtudes, caen por la altivez. Estos, sin duda, parecen crecer, pero sin embargo, el Señor no está con ellos, porque lo expulsan de sí mismos al tener altos pensamientos de sí mismos, a quien, estando en el progreso de las virtudes, pudieron tener consigo por la humildad. O si se entiende que creció por la dignidad exterior, se recuerda que el Señor estaba con él, porque, en verdad, muchos son religiosos en un orden más humilde; pero

cuando de repente llegan a la cumbre de la dignidad, abandonan las primeras obras con humildad. Samuel, por tanto, progresa, y progresando tuvo al Señor consigo, para que, en verdad, mostrara la costumbre de los predicadores elegidos, quienes, cuando alcanzan dones y dignidades con las que benefician a otros, no descuidan agradecer a Dios por sí mismos, y multiplican los dones que han recibido para otros, de modo que muestran en sí mismos el bien que desean propagar en otros hablando. Por eso se añade:

(Vers. 19.) "Y no cayó a tierra ninguna de sus palabras."

29. Porque la palabra del predicador cae en tierra cuando se desprecia por la reprobable conversación del predicador. Por eso se dice con la voz de la Verdad: "No sirve para nada más, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres" (Mat. 5, 13). Y es de notar que se dice que no cayó a tierra ninguna de sus palabras, para que, en verdad, al predicador no le sea lícito hacer lo que es lícito reprobado. Pues lo que prohíbe hacer, si lo hace, ciertamente la palabra cae a tierra, porque, al ser despreciada por el que habla, los oyentes no la veneran. Porque el Señor prohibía que alguna palabra cayera a tierra, cuando exponía la palabra de su negligencia a los predicadores negligentes, diciendo: "Cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos; pero el que los haga y los enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos" (Mat. 5, 19). Pues el predicador no quebranta ni el más pequeño mandamiento, cuya palabra no cae a tierra de entre todas sus palabras. Pero cuando se dice que no cayó a tierra ninguna de las palabras de Samuel, ¿qué costumbres insinúa Samuel, sino las de aquellos que, por el mérito de la predicación y la obra, son grandes en el reino de los cielos? Así, no cae a tierra ninguna de sus palabras, porque todo lo que el perfecto predicador de la santa Iglesia habla en alto, también lo predica con una conversación sublime, cuando, como colocado en una alta atalaya, instruye con la palabra a los sabios y muestra con obras a los simples el camino por el que deben entrar a la patria eterna. Por eso se añade:

(Vers. 20.) "Y todo Israel, desde Dan hasta Berseba, supo que Samuel era fiel profeta del Señor."

30. ¿Qué se designa por Dan sino los simples, y qué por Berseba sino los sabios? Desde Dan hasta Berseba se reconoce a Samuel como fiel profeta del Señor, cuando la vida del predicador elegido se propone como ejemplo de salvación a los simples, y a los sabios se les revelan los arcanos de la sagrada Escritura a través de su doctrina. Pero como Berseba se interpreta como el séptimo pozo, pueden designarse no solo los sabios, sino también los justos. Pues, ¿qué es el séptimo pozo sino la gracia del Espíritu septiforme? Por Dan se muestra la vida de los pecadores, porque a través del antiguo profeta se dice: "Sea Dan serpiente junto al camino, víbora junto a la senda, mordiendo el talón del caballo, para que caiga su jinete hacia atrás" (Gén. 49, 17). Desde Dan hasta Berseba se reconoce a Samuel como profeta del Señor, cuando la vida y doctrina del predicador elegido es venerable para los pecadores y para los justos, de modo que en él, en verdad, los caídos vean el bien en el que se corrijan arrepintiéndose, y los buenos admiren la altura de vida a la que diariamente progresando se fortalezcan. Sigue:

(Vers. 21.) "Y el Señor añadió que se apareciera en Silo."

31. Anteriormente se dice del tiempo del pastor reprobado: "En aquellos días no había visión manifiesta." Por tanto, cuando se muestra al mejor predicador a partir del sagrado discurso, se dice que el Señor se aparece de nuevo, porque, sin duda, el conocimiento del consejo divino, que se oculta a los reprobos, se revela por el mérito de la pureza a los elegidos. Pues si

incluso los consejos de los hombres no se confían sino a los familiares, ¿se debe considerar que el Dios omnipotente revela los secretos de su disposición a sus enemigos? Primero, por tanto, se predica la vida del justo doctor, luego se dice que el Señor añadió que se apareciera, porque, en verdad, la manifestación de la luz divina huye de los reprobos y ficticios, que se abre a los elegidos y a los corazones puros. Por eso, la verdadera luz, hablando, nos ilumina, diciendo: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mat. 5, 8). Por tanto, añadió que se apareciera porque vio el ojo puro de su predicador. Pero cuando añadió "que se apareciera en Silo", se designa que apareció en el mismo lugar en otra ocasión. Pero como dijo dónde apareció, para que no se creyera que apareció a Helí, subsecuentemente también muestra la persona a quien apareció, diciendo:

(Vers. 21.) "Porque el Señor se había revelado a Samuel en Silo, conforme a la palabra del Señor."

32. Pues entonces se le reveló cuando le abrió el secreto de su consejo sobre la repulsión del predicador reprobado. Lo cual, en verdad, se afirma que se hizo conforme a la palabra del Señor, para que lo que no se había dicho muy claramente antes por el hombre de Dios a Helí, también se sienta cumplido según la historia: "Y levantaré para mí un sacerdote fiel que haga conforme a mi corazón y a mi alma, y caminará delante de mi Cristo todos los días" (1 Sam. 2, 35). Y también: "Verás a tu rival en el templo, en todas las cosas prósperas de Israel" (1 Sam. 2, 32). Pero si investigamos según la inteligencia espiritual, ¿cómo añade el Señor para aparecer a los elegidos, sino porque quien maravillosamente aterroriza a sus elegidos con la contemplación de su justicia, también los consuela inefablemente con la manifestación de su gloria? Pues quien aparece aterrador en justicia, sacude los corazones de los santos con terror, añade para aparecer cuando al corazón aterrorizado se le devuelve la dulzura de su piedad. Pues de ahí que a Moisés no siempre se le apareció en el fuego, sino en el fuego a veces, a veces en la nube. En el fuego, sin duda, está el terror del juicio. Por eso, del segundo advenimiento de nuestro Redentor se dice a través del salmista: "Fuego irá delante de él, y a su alrededor habrá una fuerte tempestad" (Sal. 49, 3). Pero en la nube se expresa la protección de la misericordia, porque prometiendo el Señor el consuelo de su misma protección a sus elegidos, dice: "Entonces verán al Hijo del Hombre viniendo en una nube" (Mar. 13, 26; Luc. 21, 27). Por tanto, el Señor aparece en el fuego y en la nube a los que caminan por el desierto, porque las mentes de los que lo contemplan en esta peregrinación del exilio, aunque a veces se aterran por la justicia, se levantan con el consuelo de la protección cuando están abatidas por el miedo. Por tanto, el Señor apareció a Samuel, y añadió para aparecer, porque quien es visto en el fuego del terror por las mentes de los elegidos, también se muestra en la nube de dulzura. Pues había visto la visión del fuego interiormente quien anunciaba exteriormente, diciendo: "Santo y terrible es su nombre" (Sal. 110, 10). También deseando mostrarlo visto en el fuego, dice: "Venid y ved las obras del Señor, terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres" (Sal. 65, 5). Pero quien le apareció en el fuego, añadió para aparecer, porque también le ofreció la suavidad de su gloria y dulzura desde la nube. Por eso, el que había sido aterrorizado, al ser consolado, dijo: "¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has reservado para los que te temen!" (Sal. 31, 20). De ahí que, admirando la aparición añadida, dice: "¡Cuán bueno es Dios para Israel, para los que son rectos de corazón!" (Sal. 72, 1).

33. Pero debe considerarse atentamente lo que se añade: "Conforme a la palabra del Señor." Por tanto, la palabra del Señor debe conocerse antes de que merezcamos alcanzar la aparición del Señor, no sea que la visión injusta e indiscreta del fuego y la nube no solo no nos muestre la perfección del camino celestial, sino que nos empuje a la sumersión del error. Pues Orígenes, al querer ver al Señor apareciendo sin la palabra del Señor, vio desordenadamente

la visión de la nube, porque temió la aparición del fuego. Pues al negar o disminuir la justicia de Dios, predicó su clemencia en exceso, afirmando que no solo perdonaría a todos los hombres condenados, sino que también liberaría algún día a los ángeles reprobos de la eterna pena. Pero Novato amó más ver la visión del fuego, quien al decir que la justicia del Dios omnipotente era implacable, quitó toda esperanza de obtener el perdón y el remedio del arrepentimiento a los pecadores. Por tanto, ni a Novato ni al otro les apareció el Señor, porque ninguno de ellos, según lo que se discierne por la verdad del sagrado discurso, contempló al Señor omnipotente. Por tanto, el Señor aparece conforme a la palabra cuando se revela a la mente con aquella manifestación que la fe de la sagrada Escritura no reprueba. Por eso se añade apropiadamente:

(Vers. 21.) "Y vino la palabra de Samuel a todo Israel."

34. Pues la palabra de los herejes no viene. Porque la palabra de Novato fue que Dios justo no perdona de ninguna manera a los fieles que han caído una vez. La palabra de Orígenes fue que el Dios misericordioso no permite que ninguna criatura racional perezca por la eterna condenación. Pero porque los pecadores convertidos al Señor no perecen de ninguna manera, y los ángeles que han caído una vez y los pecadores que han muerto en su pecado nunca se salvan, ciertamente la palabra de los herejes no viene. Por tanto, la palabra de Samuel viene a todo Israel, porque la predicación del hombre católico se completa, la cual se reconoce correctamente en la verdad del sagrado discurso. Y es de notar que se dice que su palabra vino, a quien se dice que el Señor añadió su visión, porque, sin duda, su predicación es verdadera, a quien se muestra la visión de la justicia divina de tal manera que no se oculta la abundante gracia de su benignidad; de modo que la mente del que ve es aterrorizada por la verdad contemplada, pero también la benignidad mostrada no permite que la mente aterrorizada caiga en la desesperación; de modo que presume de la benignidad, pero no se precipita en el atrevimiento de la transgresión.

Estas cosas, por tanto, discutidas en el segundo libro de la presente obra, sean suficientes, para que, mientras disponemos comenzar lo que sigue con un nuevo principio, también se renueve el estudio de hablar por la devoción.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cuando buscábamos diligentemente cómo el sentido de la historia sagrada convenía a las costumbres de los elegidos, pospusimos exponer el orden de la alegoría. Para que, por tanto, suplamos lo que vemos que hemos omitido, se pregunta: ¿Qué es lo que, mientras se recuerda que Samuel ministraba al Señor ante Helí, se describe que la palabra del Señor era preciosa? Pero, como se dijo anteriormente, por Samuel se designan los predicadores de la santa Iglesia, y por Helí también se designan los padres elegidos del antiguo testamento. Por tanto, el niño Samuel ministraba al Señor ante Helí, cuando el nuevo orden de doctores predicaba la fe del Redentor. De cuyo ministerio, sin duda, habla Pablo, diciendo: "Mientras soy apóstol de los gentiles, honraré mi ministerio" (Rom. 11, 13). De ahí que dice de nuevo: "Son hebreos, y yo también; son israelitas, y yo también; son ministros de Cristo, y yo también" (2 Cor. 11, 22). Ministran, por tanto, al Señor es ir al trabajo de la predicación. Lo cual, ciertamente, se dice que Samuel lo ofreció al Señor ante Helí, porque todo lo que el nuevo orden de predicadores afirmó sobre la religión de la nueva fe, lo corroboró con la autoridad de los padres antiguos. Pues Samuel ministraba al Señor cuando el nuevo predicador afirmaba, diciendo: "Digo que Cristo Jesús fue ministro de la circuncisión por la verdad de

Dios, y las naciones, sin embargo, honran a Dios por su misericordia" (Rom. 15, 8). Quien, ciertamente, para que el ministerio que ofrecía al Señor también lo ofreciera ante Helí, añadió, diciendo: "Como está escrito: Alabad al Señor, todas las naciones, y alabadle, todos los pueblos" (Sal. 116, 1). Y para que se contuviera más estrechamente ante Helí en el ministerio del Señor, añadió: "Isaías también dice: Habrá una raíz de Jesé, que se levantará para gobernar a las naciones, en él esperarán las naciones" (Rom. 15, 12; de Isa. 11, 10). El niño Samuel ministraba al Señor, cuando Pedro afirmaba la gloria de la Resurrección del Señor, diciendo: "A Jesús de Nazaret, hombre aprobado por Dios entre vosotros con señales y prodigios, entregado por manos de impíos, lo matasteis; a este Dios lo resucitó de entre los muertos según el consejo predeterminado al tercer día, como era imposible que fuera retenido por los dolores del infierno" (Hech. 2, 22, ss.).

2. Pero este ministerio, que ofreció al Señor, también lo ofreció ante Helí, porque añadió, diciendo: "David dice: Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción" (Hech. 2, 27; Sal. 15, 10). Por tanto, se dice apropiadamente que Samuel ministraba al Señor ante Helí, porque los predicadores elegidos de la santa Iglesia, mientras levantaban el estado de la nueva fe predicando, lo que intentaron afirmar con razón, lo confirmaron con la autoridad de los padres antiguos.

3. Y entonces se dice que la palabra del Señor era preciosa. Ciertamente, una cosa preciosa no puede comprarse a bajo precio. El precio con el que se compra la palabra de Dios es el trabajo de la santa operación. Así como compramos con un precio lo que deseamos tener, cuando a través de la palabra de la predicación que recibimos mostramos el trabajo de la obra. Entonces la palabra era preciosa, cuando no se daba por cualquier trabajo de obra, cuando todo aquel que mataba al comprador de la palabra pensaba que prestaba un servicio a Dios. Por lo tanto, en ese tiempo el comprador de la palabra necesitaba un gran precio, porque no podía guardar la palabra de fe sin gran trabajo, quien por lo que creía llegaba a los tormentos. Era un tiempo en el que la palabra que se compraba no se exhortaba con un tipo figurado de moralidad, sino con el precepto de una locución abierta, diciendo: "El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz cada día y sígame" (Mat. XVI, 24). De aquí también dice: "El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí" (Ibid., X, 37). Y: "El que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo" (Luc. XIV, 33). Así, cuando se afirma el ministerio de Samuel, se dice que la palabra del Señor era preciosa, porque ciertamente al inicio de la fe, aquellos que creyeron a los doctores de la vida eterna que predicaban, se cree que gastaron grandes obras de trabajo por la palabra de fe recibida. Y porque el pueblo judío ya había perdido la luz del conocimiento divino, sigue:

(I Reg. 3, 1.) En aquellos días no había visión manifiesta.

4. Porque sería una visión manifiesta si hubiera creído en el Redentor, a quien había oído que venía a su visita. De cuya ceguera se añade:

(Vers. 2.) Sucedió que Helí yacía en su lugar, y no podía ver la lámpara de Dios, antes de que se extinguiera.

La visión de Helí no es manifiesta, porque el sacerdocio de los judíos está sepultado en la ceguera de su perfidia. Helí, por tanto, yace en su lugar, porque tiene la letra de la ley, y en la ley y los profetas no tiene estado de luz, sino caída de ceguera. El lugar de Helí, a saber, el predicador judío, es la ley sagrada. Porque el sacerdocio judío aún tiene la Sagrada Escritura, está en su lugar. Y porque, ignorando la virtud de la Sagrada Escritura, no se eleva al estado

de fe, ciertamente se dice que no está de pie en su lugar, sino que yace. Porque también hasta el fin del mundo se dice que no puede ver la lámpara de Dios. Por lo tanto, aunque diariamente reciban tantas exhortaciones de predicación de la santa Iglesia, aunque vencidos por tantas afirmaciones de la fe sagrada los judíos no crean, ¿qué otra cosa, sino lo que leemos en la Sagrada Escritura sobre ellos, y también sostenemos por experiencia, que ciertamente están proyectados, no solo para no ver, sino también para no poder ver? Por lo que los apóstoles, considerando superfluo el trabajo de aquellos que no podían ver, dicen en sus Actos: "Porque os habéis hecho indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles" (Act. XIII, 46). Pero el que se dice que no puede ver, se llama lámpara de Dios. Porque el ministerio de la sinagoga fue lámpara de Dios, cuando en los padres elegidos y por la luz de la verdadera predicación, y por la promesa del Redentor venidero, brilló. Esta lámpara, ciertamente, no pudo ser vista mientras Samuel ministraba, porque en el tiempo de la nueva predicación, el magisterio de la sinagoga incurrió en la pena de repulsión perpetua.

5. Y es de notar que no se dice que no podía brillar, porque ciertamente aún lleva la luz de la Sagrada Escritura para nosotros, pero lo que lleva ignora. Por lo que antes de que se extinguiera, se dice que no puede ver. Pues aún no se extingue, y no puede ver, porque ciertamente, como ya dije, lleva la luz que no atiende, pues antes de que se extinga, es, mientras brilla. Y porque desde entonces hasta el fin del mundo no se quita la Sagrada Escritura, si antes de que se extinga no ve, con el fin del mundo se extiende en ceguera. Pero si su encendido se refiere al celo de la perfidia, por eso no puede ver, porque no se extingue. Pues si extinguiera el fuego de la perfidia de su mente, quitado el celo de la impiedad, abriría los ojos de su mente al placer de la verdadera fe. Pero mientras se dice que no puede ver, se considera una lámpara indigna, y se busca para ver lo que es digno. Pues añade, diciendo:

(Vers. 3.) Pero Samuel dormía en el templo del Señor, donde estaba el arca del Señor, y el Señor llamó a Samuel.

6. Confirmada la ceguera de Helí, el Señor llamó a Samuel, porque, condenado el sacerdocio de los judíos, asumió un nuevo orden de predicadores con mayor gracia. Pero quien expuso a quien llamó, también mostró de dónde lo llamaba; porque se dice que Samuel dormía en el templo del Señor, donde estaba el arca. El templo de Dios es el lugar donde habita Dios. Por lo que también se dice por el salmista: "El Señor en su santo templo, el Señor en el cielo tiene su trono" (Sal. X, 5). Este lugar lo insinúa Pablo, diciendo: "El templo de Dios es santo, el cual sois vosotros" (I Cor. III, 17). Así, el templo de Dios es el alma de cada elegido. El templo donde se guarda el arca de Dios es la mente, en la que se reservan los sacramentos del divino discurso por la inteligencia. ¿Qué es, pues, dormir en el templo, sino persistir en la propia circunspección por la custodia de la intención? Samuel, por tanto, dormía en el templo de Dios, porque cada predicador de la nueva gracia, mientras despreciaba perfectamente todas las cosas del mundo, descansaba en la circunspección íntima de su mente elegida. Y porque fue instruido en los sacramentos de la divina Escritura, dormía en el templo, donde estaba el arca.

7. Y es de notar que no se dice que durmió, sino que dormía, porque ciertamente no se esforzó por guardar esa circunspección de su mente en tránsito, sino en la duración de la perseverancia. Así, el sueño de Samuel designa el perfecto desprecio del mundo en la mente del doctor. Por tanto, el predicador duerme en el templo, mientras, rechazando completamente la preocupación mundana, se esconde en su mente por la consideración de las cosas espirituales. Esta quietud del sueño la había elegido Pedro, cuando decía: "No es bueno dejar la palabra de Dios y servir a las mesas" (Act. VI, 2). De aquí Jetro el madianita justamente reprendió a Moisés su pariente, diciendo: "Te consumirás con un trabajo

insensato; pero escucha mis palabras, y el Señor estará contigo. Sé tú para el pueblo en las cosas que pertenecen a Dios, para que refieras lo que se dice a él" (Éxod. XVIII, 18, 19). De aquí Pablo llama a los corintios al sueño del templo, diciendo: "Ya es una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros. ¿Por qué no sufrís más bien el agravio?" (I Cor. VI, 7). Pues había visto que no podían dormir en el templo de Dios, aquellos que la ocupación de los juicios apartaba de la meditación espiritual. Por tanto, se dice que el predicador dormido en el templo es llamado por el Señor, porque entonces el doctor es asumido para conocer los secretos divinos, quien por la intención del corazón no moraba en lo exterior, sino en lo interior. Sigue:

(Vers. 4, 5.) Quien respondiendo, dijo: Aquí estoy. Y corrió a Helí y dijo: Porque me llamaste. Quien dijo: No te llamé, hijo mío, vuelve y duerme.

8. ¿Por qué el que oyó al Señor llamándolo corrió a Helí, si no porque pensó que Helí lo había llamado? Y porque mantenemos el orden de la explicación típica, ¿cómo se piensa en Helí, cuando Dios habla al niño llamado? Pero todo lo que nuestros antiguos padres hablaron en las santas Escrituras, se refiere a la locución de Helí. Quienes, ciertamente, porque no hablaron de sí mismos, mientras Dios habló a través de ellos lo que quiso, se reconoce que la voz que se oye en las santas Escrituras es la voz de Dios, que se pronuncia por Helí. Pero el niño, porque corrió a Helí cuando Dios hablaba, ciertamente Dios pronunció una voz similar a la de Helí. ¿Qué es, pues, que la voz de la locución divina no difiera de la voz de Helí, sino porque él mismo pronuncia la locución a través de los antiguos padres? Pues la voz de Helí se reconoce como de Dios, porque los padres elegidos, lo que sea que hablen a través de las sagradas palabras, no lo recibieron de sí mismos, sino del Señor. Por lo que en los profetas se repite casi en toda locución: "Así dice el Señor", para que lo que resuena en el oráculo del profeta no lo consideremos como la voz del hombre que habla, sino del Dios que ordena.

9. Pero a veces Dios habla a través de la Escritura, a veces a través de una inspiración oculta. Habla por revelación oculta, cuando a la mente elegida se le revelan por el Espíritu las cosas que deben hacerse o enseñarse. Samuel, por tanto, cuando oyó al Señor llamándolo, corrió a Helí, porque el orden elegido de los predicadores de la santa Iglesia buscaba en el sagrado discurso lo que había conocido por revelación de Dios. Pues la regla de la recta inteligencia está expresada en los libros de la Sagrada Escritura, porque allí se han expuesto los consejos divinos por nuestros venerables padres, quienes tuvieron el Espíritu Santo. Por tanto, Samuel, llamado tantas veces por el Señor, corrió a Helí, porque el orden de los predicadores consultó en todo lo que aprendió por revelación espiritual las palabras de los antiguos padres, para que entonces creyera que le había sido revelado por el Señor, cuando conociera que no difería de lo que leía en la Sagrada Escritura. Pues fácilmente se engaña quien no sabe discernir lo que recoge por contemplación oculta en la clara verdad de la Sagrada Escritura. Por lo que también el Apóstol advierte, diciendo: "Satanás se transfigura en ángel de luz" (II Cor. XI, 14). ¿Cómo se disciernen, pues, las falsas en la claridad de la verdadera luz? Por tanto, Samuel corre a Helí cada vez que es llamado por el Señor, porque los santos predicadores, para no ser engañados por la imagen de la falsa luz en la íntima contemplación, discuten el modo de la revelación oculta en la clara verdad de la Sagrada Escritura.

10. Porque en la cosa se debe buscar cómo es apropiado que Helí diga: "No te llamé, hijo mío". Pero nuestros padres, que hablan a los nuevos predicadores a través del sagrado discurso, no los llaman, sino que indican cómo es su revelación interna. Pues llamar es excitar las mentes de los elegidos de Dios por la aspiración de su gracia. Pero los antiguos padres hablan a través de la Sagrada Escritura, pero no pueden excitar los corazones de los oyentes por la aspiración de la gracia divina. Por tanto, consultadas las sagradas palabras,

mientras indican que no pueden dar el don de la gracia espiritual, se excusan con la autoridad de Samuel como con ciertas locuciones de Helí. Pero ciertamente, lo que no pueden dar, pueden insinuar cómo debe adquirirse. Por lo que también se dice con la voz de Helí a Samuel: "Vuelve y duerme".

11. ¿Qué es lo que el niño llamado es mandado por Helí a volver al sueño, sino que muestra a los predicadores que se preparen por la quietud de la mente para recibir el don de la gracia interna? Y es de notar que se dice: "Vuelve". Pues Samuel vuelve cuando el predicador elegido regresa del estudio del sagrado discurso al secreto de la contemplación interna. Por tanto, volvió y durmió, porque descansó en la intención de la contemplación interna. En este lugar también es de notar que Samuel es llamado tres veces por el Señor, y tres veces nuevamente por Helí se le manda dormir:

12. ¿Qué es esto, sino que hemos aprendido de la misma Verdad que hay tres grados de amor? Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza (Mat. XXII, 17). Pero ¿qué entendemos por corazón, sino el consejo? ¿Qué por mente, sino la voluntad? ¿Qué por fuerza, sino que se designa el afecto del amor? Pero también, ¿qué otra cosa investigamos por el consejo sino la certeza de la verdad? ¿Y por la voluntad qué amamos, sino que deseamos mucho los bienes? ¿Por el afecto qué sino que buscamos la fruición del verdadero gozo? Pues por los grados del amor somos elevados a las alturas, cuando se revela la verdad al consejo de nuestro corazón, y se concede la verdadera bondad a la voluntad de la mente, y al afecto de nuestra fuerza se da el gozo espiritual y verdadero por la infusión de la gracia divina.

13. Por tanto, Samuel es llamado tres veces por el Señor, porque mientras el orden de los predicadores, aún rudo de la Iglesia, se extiende a los estudios superiores, buscó la verdad por la razón del consejo, la bondad por la elección de la voluntad, y el verdadero gozo por la intención del afecto. También tres veces se acercó a Helí llamado, porque en todo su deseo consultó la Sagrada Escritura con la prisa de la meditación. También tres veces, porque oyó que no era llamado por él, porque meditando aprendió que nuestros padres nos han transmitido las sagradas palabras escritas para nuestra instrucción; sin embargo, no pueden darnos dones espirituales. ¿Qué es, pues, decir "No te llamé", sino mostrar con clara instrucción que esto que el alma fiel se eleva a los deseos superiores, se genera solo por la infusión de la gracia divina? Porque es llamado tres veces por el Señor, tres veces se le manda volver a dormir por el maestro, insinúa cómo se adquieren esos tres grados de amor. Pues porque hemos adaptado el consejo al corazón, y el consejo desea encontrar la verdad, ciertamente es necesario un gran sueño, para que el amante no despierte antes de que se encuentre la verdad buscada. Por tanto, vuelva el niño y duerma, para que quien desea encontrar la luz de la verdad, por la quietud se cuide de no admitir las tinieblas del error. También duerma por segunda vez, para que rinda el servicio del amor al Dios omnipotente con toda su mente, para que los bienes que ama se presenten con pura simplicidad y sin el velo de los males. Porque ciertamente esto no se conoce sino con gran sutileza de discreción, el niño llamado por el Señor es mandado por Helí a volver para dormir. Pues si descuida dormir para ascender este grado de amor, no adquiere lo que desea de la virtud, porque aunque ya podemos amar los bienes, con la ayuda de Dios, si no juzgamos con gran quietud de mente cuáles son esos bienes que queremos. Por tanto, Samuel es mandado a dormir tres veces, porque ciertamente el nuevo orden de los doctores es advertido para que ame con toda su fuerza. Y porque hemos referido la fuerza al afecto, y el afecto de la mente se perfecciona por el gozo espiritual, Samuel tuvo un gran sueño; y mientras el orden de los predicadores aprendió con certeza las cosas espirituales por la quietud, no recibió el gozo extraño bajo la apariencia del verdadero gozo. Pues así como de las otras virtudes, también de la perfección

de la contemplación la mente del contemplador a veces se alegra vanamente. Por tanto, Samuel durmió nuevamente, porque ciertamente el orden de los doctores, si no se mirara cautamente en la contemplación, a veces, alegrándose vanamente, pensaría que se alegra con el verdadero gozo. Primero, por tanto, durmió, porque mientras dirigía su mente a la verdad que debía conocerse, rechazó con gran sutileza de consejo todas las cosas erróneas. Segundo, durmió, porque cuando aprendió a amar al Creador con toda su mente, dispuso con gran quietud en sí mismo que no se mezclaran con los bienes que deseaba algunas cosas reprobables. Tercero, también durmió, para que mientras percibía el supremo gozo de la contemplación divina, pudiera rechazar con mente consultada la vana alegría. Y porque esto se dice de Samuel aún en progreso, se añade apropiadamente:

(Vers. 7.) Pero Samuel aún no conocía al Señor, ni le había sido revelada la palabra del Señor.

14. En efecto, el orden de los predicadores no conocía al Señor con la perfección con la que después progresó. O tal vez se dice que no conocía al Señor porque no revelaba a los oyentes débiles e inexpertos las cosas altas y profundas que conocía. Por eso, cuando querían reconocer el día de la venida del Señor, aunque lo sabía todo, no quería indicarlo, la Verdad dice: "Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre" (Marcos XIII, 32). ¿Qué significa que el Hijo, que sabe todo, no conoce el día del juicio, sino que, entre todas las cosas que sabía, conociendo el día, no lo sabía para decirlo, pero conocía su tiempo y calidad? De aquí que Juan Bautista, que conocía perfectamente al Señor, enviaba a sus discípulos a Él como si no lo conociera, diciendo: "¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?" (Lucas VII, 20). Pues Samuel predicaba como si no conociera al Señor, cuando el evangelista Mateo, pasando por alto la divinidad del Redentor, comenzó solo desde su humanidad, diciendo: "Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham" (Mateo I, 1, ss.). Pero ciertamente conocía al Señor, y le fue revelada la palabra del Señor, cuando Juan, recibiendo su divinidad al exponer cosas altas, dijo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I, 1). No conocía al Señor, cuando Pablo hablaba, diciendo: "Me he hecho todo para todos, para salvar a todos" (I Cor. IX, 22). Porque quien se hacía débil con los débiles, y pequeño con los pequeños, y todo para todos, ciertamente con los ignorantes también ignoraba. Pues para usar la palabra de esa misma ignorancia, hablando a los corintios, dijo: "No he juzgado saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado" (Ibid., II, 2). Pues con los sabios conocía al Señor, y tenía revelada su palabra. Por eso dice: "Nosotros, con el rostro descubierto, contemplando la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (II Cor. III, 18). De aquí que también habla, diciendo: "Hablamos sabiduría entre los perfectos, no la sabiduría de este mundo, ni de los príncipes de este siglo, sino que hablamos la sabiduría de Dios, que está oculta en misterio" (I Cor. II, 6). De aquí que también predica al Señor que conocía, diciendo: "El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen de su sustancia, y sosteniendo todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo hecho la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto mejor que los ángeles, cuanto más excelente nombre ha heredado que ellos. Porque, ¿a cuál de los ángeles dijo jamás: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy?" (Hebr. I, 3-5). Por lo tanto, se dice que no conoce al Señor, no por ignorancia del conocimiento, sino por pretexto de simplicidad. Sigue:

(Vers. 9.) "Entendió, pues, Elí que el Señor llamaba al niño."

15. Pues si no lo hubiera entendido, no le habría ministrado consejos de salvación a través de las sagradas escrituras. Entendió, pues, porque previó. Porque todo lo que el Dios omnipotente dispuso hacer en la construcción de la futura Iglesia, lo reveló a los antiguos Padres por el santo espíritu de profecía. Pues por el profeta Amós se dice: "No hará nada el Señor Dios, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas" (Amós III, 7). ¿Qué otra cosa había entendido de la vocación de los nuevos predicadores quien decía: "En lugar de tus padres nacerán tus hijos, los cuales pondrás por príncipes en toda la tierra" (Salmo XLIV, 17)? Pero también le proporcionó consejo a aquel que entendió que debía ser llamado, diciendo:

(Vers. 9.) "Ve y acuéstate, y si te llama de nuevo, dirás: Habla, Señor, porque tu siervo escucha."

16. Ya se ha mostrado suficientemente, creo, que el sueño de Samuel designa la quietud de la meditación interna. Este sueño, en efecto, le es ordenado a Samuel por Elí, porque se enseña al doctor a vacar en la contemplación de los misterios internos a través de la sagrada escritura. Pero, ¿qué significa que cada vez que Samuel es llamado, se le envía a dormir, y sin embargo aún no se le ordena que diga a Dios: "Habla, Señor, porque tu siervo escucha"? Allí se le ordena dormir, pero no hablar; aquí, sin embargo, se le impone la obediencia del sueño junto con la licencia de la locución. Allí, al ser enviado a dormir, no se le dice: "Ve", sino "Vuelve"; aquí tampoco se le dice "Vuelve", sino "Ve". ¿Qué significa tanta variedad en las órdenes? Reconocemos más claramente esta variedad si atendemos a lo que significa en este lugar el sueño de Samuel. Y como hemos referido los modos anteriores del sueño a la prueba de los dones del santo amor (Supra, num. 11, 12), ¿qué es en este lugar para Samuel, es decir, para el nuevo predicador, dormir, sino poseer ya probados y conocidos esos mismos dones con la quietud de la seguridad? Con razón, pues, antes no se le decía "Ve", sino "Vuelve"; ahora, sin embargo, no "Vuelve", sino "Ve". Porque quien aún examinaba era ordenado a volver, para que con la tranquilidad de la mente discutiera otro don, quien ya había conocido otro con la misma quietud de la mente. Pero a quien ya había probado todo examinando, se le dice "Ve", porque se le enviaba ya con intención segura a poseer lo conocido. ¿Por qué, entonces, antes se ordena el sueño sin locución, y ahora el sueño con locución, sino porque no se le permitía decir "Habla", sino a quien existiera seguro por verdadero conocimiento de que quien hablaba a los afectos de su mente era Dios? Por lo tanto, no se le dice al que examina, porque a menos que juzgue perfectamente al que habla dentro, no debe desear ni recibir como cierta la locución espiritual que aún le es incierta. Decir a la mente a Dios "Habla" es recibir con seguridad su inspiración interna. Por lo tanto, esto compete al que conoce perfectamente, no al que prueba, porque antes del juicio del examen interno, así como no se prueba la locución divina, tampoco se recibe como cierto y conocido lo que de Dios nos es desconocido. Pues se le dijo a Samuel "Ve y acuéstate", porque cuando el orden de los santos predicadores aprendió los dones espirituales por la prueba de la sagrada escritura, los conoció por la enseñanza de la misma santa escritura, para que en esos mismos dones descansara con más seguridad por amor, cuanto más claramente conociera su virtud por razón manifiesta. También se le ordenó que dijera a Dios que llamaba "Habla, Señor". Porque fue enseñado por el estudio de la locución sagrada, no solo a escuchar devotamente al Señor que habla por la gracia de la visita interna, sino también a implorar con grandes deseos al que calla para que se digne hablar.

(Vers. 9.) "Fue, pues, Samuel, y se acostó en su lugar."

17. El predicador de la santa Iglesia tiene tantos lugares como progresos de vida. Por eso, consagrando los lugares de su progreso con alabanzas divinas, el bienaventurado Job dice:

"Por cada uno de mis pasos lo pronunciaré" (Job XXXI, 37). Porque ya no se detiene en el lugar del examen, sino ciertamente del conocimiento, cuando se eleva a cosas más altas. Pues el lugar del predicador es el conocimiento cierto de las cosas que deben conocerse. Porque de los predicadores reprobos el Señor dice: "Los que tienen mi ley, no me conocieron" (Jeremías II, 8). Por lo tanto, Samuel durmió en su lugar, cuando el orden de los doctores retuvo el conocimiento de las cosas espirituales con certeza de verdad. Pero se muestra a qué grado progresa, porque de repente se añade:

(Vers. 10.) "Vino, pues, el Señor, y se detuvo."

18. Porque no se dice que el Señor regresa, sino que viene, se designa la destitución de Judea y la visita de la santa Iglesia. Por eso no solo se dice que viene, sino que se detiene. Insinúa que vino para la visita de Judea, diciendo: "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mateo XV, 24). Pero viniendo no se detuvo, porque abandonó al que despreciaba el bien de su salvación. Por eso también amenaza a los príncipes de la sinagoga, diciendo: "Vuestra casa os será dejada desierta" (Ibid., XXIII, 38). De aquí que también, denunciando, dice: "En verdad os digo que se os quitará el reino, y se dará a una nación que produzca sus frutos." Por lo tanto, vino y se detuvo con Samuel, porque asumió a los predicadores de la santa Iglesia, de los cuales no se aparta más por la custodia de su gracia. Pues había venido a Samuel, cuando prefiriendo nuevos predicadores al mundo, decía: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura; el que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado" (Marcos XVI, 15, ss.). Pero si debe detenerse el Señor que viene, diga: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mateo XXVIII, 20). Por lo tanto, el Señor había venido, no para retirarse, sino para detenerse, porque eligió nuevos ministros de la fe, a quienes protege hasta el fin del mundo por la sucesión de su patrimonio de santas virtudes. Pero quien viene visitando por gracia, quien se detiene perseverando por la inmutabilidad de su elección, escuchemos qué añade.

(Vers. 10.) "Y llamó, como había llamado la segunda vez, Samuel, Samuel."

19. Llamó, pues, por segunda vez, porque le proporcionó en el ministerio de la predicación un doble oficio, a saber, para rechazar y abatir la soberbia de la sinagoga, y para elevar la humildad de los gentiles llamándolos al fin. O ciertamente se le llama por segunda vez, porque se le excita a la destrucción del hombre viejo y a la edificación del nuevo. Fue llamado, pues, una vez cuando fue instruido por el espíritu sobre cómo podría borrar los pecados y vicios en los corazones de los pecadores; llamado por segunda vez, cuando Dios lo instruyó con el documento de la enseñanza interna, para que, destruida en la mente de los convertidos la edificación de la impiedad, erigiera una nueva fábrica de santas virtudes. Y porque el orden de los santos predicadores aprendió con gusto esta enseñanza, y se ofreció devotamente a obedecer, se añade:

(Vers. 10.) "Dijo, pues, Samuel: Habla, Señor, porque tu siervo escucha."

20. Escuchar a Dios que habla es cumplir sus preceptos con obras. Lo contrario dice la Verdad en el Evangelio a los reprobos: "El que es de Dios, oye las palabras de Dios; por eso no las oís vosotros, porque no sois de Dios" (Juan VIII, 47). Pero al que escucha lo que desea insinuar, añade; pues sigue:

(Vers. 11.) "Y dijo el Señor a Samuel: He aquí que hago una cosa en Israel, que a quien la oyere le zumbarán ambos oídos."

Y abriendo la misma palabra, dice:

(Vers. 13 y 14.) "Porque le he predicho que juzgaría su casa para siempre por la iniquidad, porque sabía que sus hijos actuaban indignamente, y no los corrigió. Por eso he jurado a la casa de Elí que no será expiada su iniquidad con sacrificios ni ofrendas para siempre."

21. ¿Qué otra cosa se designa con estas palabras sino el rechazo ya tantas veces explicado de los judíos? Pues la casa del predicador es la multitud del pueblo sujeto, que como poseyéndola habita, mientras la guarda por el cuidado de su solicitud. Por lo tanto, la casa de Elí, es decir, del sacerdocio antiguo, fue Judea, que mientras la cultivó con una vida reprobable, la hizo inmunda con las manchas de su depravación. Quien ciertamente vio a sus hijos actuar indignamente, porque el sumo sacerdocio vio a los sacerdotes de menor orden ensañarse contra el Redentor, y no los corrigió, ni los apartó con ninguna autoridad de la efusión de tanta sangre. Por eso se le promete con amenaza divina que su casa será juzgada para siempre. Juzgar, en efecto, de Dios es condenar. Por lo tanto, se juzga para siempre, porque se decreta que perezca con pena eterna. Y porque esto se hace con la animadversión eterna de Dios, se dice que lo afirmó con juramento que la iniquidad de la casa de Elí no será expiada para siempre con oraciones ni ofrendas. Lo cual ciertamente vemos cumplirse con verdad manifiesta, porque el pueblo judío persevera en la obstinación de su perfidia. ¿Qué es, en efecto, la presente dureza y ceguera de un pueblo antaño tan elegido, sino el juramento de la animadversión divina? Pues con justo castigo se contuvo bajo la muerte eterna, quien no temió empujar a la muerte temporal la vida eterna. Pero esto que afirma con juramento dice que lo predijo, porque ciertamente a los doctores de la santa Iglesia que siguieron les hizo conocer sobre el rechazo de Judea, lo que antes había manifestado a sus predecesores, porque esto se dice ahora a Elí por medio de Samuel, lo que antes se le decía por un hombre de Dios. Sigue:

(Vers. 15.) "Samuel durmió hasta la mañana."

22. ¿Qué es lo que el sueño de Samuel se describe tan atentamente a través de la sagrada escritura? Y porque ya se dice que durmió cinco veces, es muy insensato quien no cree que esto se dijo espiritualmente por el Espíritu de Dios. Pues aunque se entiende correctamente que durmió tantas veces por la verdad de la historia, se escribe para que en la verdad de la letra se extraigan los significados de la alegoría. ¿Qué, pues, designa este quinto sueño de Samuel? Pero porque referimos el primer sueño a la búsqueda de la verdad, el segundo a la prueba de la obra verdadera, el tercero a la exploración del verdadero gozo, el cuarto a la fruición de la perfección encontrada, probada y conocida, la quinta especie de sueño se refiere al estudio de la disposición de la locución. Samuel, pues, durmió por quinta vez, porque el orden de los predicadores, aunque aprendió la verdad por el consejo del corazón, eligió el bien por la voluntad de la mente, recibió el verdadero gozo por el afecto de la virtud, descansó en la seguridad de la perfección conocida y probada de las virtudes sublimes, sin embargo, no pudo predicar a los súbditos lo que conoció en sí mismo sin la disposición de un gran consejo. Pues muchas veces el doctor tiene en sí mismo lo que debe predicar, pero no puede predicar como debe lo que tiene, porque si ya aprendió lo que debe decir por revelación del Señor, no conoce el modo en que debe ser proferido al pueblo. Por lo tanto, Samuel durmió de nuevo, porque el orden de los predicadores dispuso con gran intención de quietud en sí mismo no esparcir inútilmente la semilla de la palabra de Dios, que había recogido con útil contemplación. Pues cuando el predicador se ve obligado a considerar qué y cuánto, o cuándo, habla, qué dice a todos juntos, cómo aconseja a algunos por separado, porque usa una gran quietud de santa meditación, se dice muy apropiadamente que Samuel,

en el tipo del nuevo predicador, durmió de nuevo. Dormir, en efecto, para él es disponer el modo de hablar con mente tranquila. Y despertar para él es salir de la quietud de la meditación para hablar. Y porque razonablemente no despierta antes de disponer lo que debe decir, sigue: "Hasta la mañana". Pues la perfecta pronunciación de la palabra en la mente del doctor es la mañana. Por eso el Profeta reprende a los doctores precipitados, diciendo: "Es vano para vosotros levantaros antes del amanecer" (Salmo CXXVI, 2). Se levantan antes del amanecer, en efecto, quienes no duermen hasta la mañana, sino que despiertan en vano, porque pronuncian inútilmente la palabra, que no aprendieron con ninguna meditación cómo debe ser proferida. Por eso también les muestra el consejo, diciendo: "Levantaos después de haber descansado", para que recojan la palabra con meditación en la quietud, que no esparzan en vano, sino en el provecho de los oyentes, con el trabajo de la locución. Sigue:

(Vers. 15.) "Y temió indicar la visión a Elí."

23. ¿Qué temía, sino porque había aprendido esto durmiendo? Pues quien medita la palabra, dispone con razón cuándo también debe decir la palabra. Samuel, en efecto, vio la visión, y temió indicarla a Elí, porque el orden de los doctores de la santa Iglesia, aunque vio la repulsión debida de Judea, temió objetársela antes de los tiempos de su repulsión. Por eso también la exhorta más bien al remedio de la penitencia, diciendo: "Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros" (Hechos II, 38). Por lo cual también se añade:

(Vers. 15.) "Abrió las puertas de la casa del Señor."

24. ¿Cuál es otra casa del Señor sino la santa Iglesia? ¿Y cuáles son las puertas de esta casa, sino las virtudes espirituales? Samuel, en efecto, abrió las puertas de la casa del Señor cuando el orden de los predicadores reveló los dones de las virtudes espirituales a los que concurrían a la unidad de la verdadera fe. Pues las puertas de la casa estaban cerradas cuando se desconocían las virtudes de la santa Iglesia. Bien, pues, cuando Samuel temió indicar la visión a Elí, se recuerda que abrió las puertas de la casa del Señor, porque antes de que el orden de los predicadores indicara abiertamente la repulsión de Judea, mientras exhortaba a la penitencia, reveló los secretos de las virtudes espirituales a los que corrían a la fe. Pues quien temió decir lo visto en tiempo de misericordia, indicó la visión de justicia en tiempo de buscar justicia, diciendo: "Porque os habéis hecho indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles" (Hechos XIII, 45). De lo cual ciertamente surge una cuestión, porque se dice que la visión de Samuel fue indicada más por la súplica y la imprecación de Elí. Pues se añade:

(Vers. 16---18.) "Vino, pues, Elí a Samuel, y le dijo: Samuel, hijo mío. Y él respondió: Aquí estoy. Y le preguntó: ¿Cuál es la palabra que el Señor te ha hablado? Te ruego que no me la ocultes. Así te haga Dios, y así te añada, si me ocultas alguna palabra de todas las que te han sido dichas. Samuel, pues, le indicó todas las palabras, y no le ocultó nada."

25. ¿Cómo, pues, aprendió la visión de su repulsión del ejecutor de la sentencia divina, quien lo escuchó no tanto del que amenazaba como del que más bien era obligado por súplicas? Pero quienes preguntan esto primero deben entender que no discutimos estas cosas literalmente, sino en sentido espiritual y típico. Pues en este lugar venir Elí no se refiere ni al movimiento del cuerpo del sacerdocio judío, ni al afecto de la mente, pero venir para él fue esto mismo que la criatura racional de Dios apareciera a los predicadores. Vino, pues, cuando fue visto en la naturaleza humana, y movió los corazones de los doctores a compadecerse. Venir, pues, para Elí no es en el antiguo pueblo un acceso de la mente o del cuerpo, sino una manifestación de la condición humana. O tal vez venir para él fue por el hecho de que de

todos los pueblos fue elegido para el culto de Dios. También lo llamó hijo quien es mirado por aquel que en los Padres elegidos se recuerda como el fundador de la santa Iglesia. Por lo tanto, lo llama hijo no por afecto de apelación, sino por la manifestación de la dignidad perdida. Y porque se le ve en la oscuridad de la ceguera, se dice que pidió que se le indicara la visión. Pues suplicar para él es provocar a los corazones de los predicadores a la misericordia por el respeto de la naturaleza común. Quien también añadió la imprecación a las súplicas, porque el orden de los predicadores, al considerar al sacerdocio de los judíos puesto en tanta miseria, temió que el Señor omnipotente se enojara con él si no le socorría con la palabra. Por eso también se añade apropiadamente: "Samuel le indicó todas las palabras, y no le ocultó nada." Le indicó, en efecto, todas las visiones, para que, al escuchar lo que mereció, la magnitud del temor lo convirtiera a la solicitud de obtener la misericordia divina. Le indicó todos los discursos del Señor, para que, al conocer que fue rechazado en su antigüedad, se apresurara a la renovación de la verdadera fe por las lágrimas de la penitencia. Quien ciertamente respondió, diciendo:

(Vers. 18.) Es el Señor, que haga lo que bien le parezca. 26. ¿Qué otra cosa se reconoce más claramente con estas palabras que la perfidia del pueblo judío? Pues quien llama Señor a Dios Todopoderoso, aún cree que le sirve. Cuando, por tanto, a la gente judía se le insinúa su rechazo por parte de los doctores de la santa Iglesia, dice: Es el Señor, que haga lo que bien le parezca. Porque mientras cree agradar a Dios mediante la antigua institución, de ninguna manera teme las amenazas de la santa Iglesia. Como si la perfidia judía afirmara con voz más clara, y dijera a los predicadores de la santa Iglesia que le amenazan: No nos infundís ningún terror con vuestras amenazas, ya que creemos servirle en la fe de aquel de cuya gracia decís que hemos caído. Cuando, por tanto, añade: Que haga lo que bien le parezca, se burla de los doctores de la santa Iglesia más que ofrecerse al juicio divino. Como si hablara con otra intención, y dijera: No nos hace tal cosa, ya que es nuestro Señor aquel que nos proponéis para venganza. Sigue:

(Vers. 19.) Samuel creció, y el Señor estaba con él.

27. ¿Qué significa que después de que Elí expuso la visión, se dice que Samuel creció, sino que el orden de nuestros doctores, después de haber rechazado a los hijos de la Sinagoga con la palabra, encontró mayor gloria de reverencia entre los gentiles? Creció, pues, porque quien antes se contenía en una sola nación mediante el ministerio de la palabra, después extendió la fama de su santidad y doctrina por todo el mundo. Por eso también se dice por el salmista: Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 5). De ahí que hablando de nuevo a la santa Iglesia, dice: En lugar de tus padres nacieron para ti hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Sal. XLIV, 17). Creció, por tanto, cuando resplandeció en todo el mundo. Con quien también se dice que el Señor estaba, porque todo lo que exhaló de la fama de santidad, todo lo que brilló claro por la palabra, lo recibió de la presencia del Redentor, a quien tenía consigo. Pues aunque Pablo con la palabra penetra no solo lo débil y terrenal, sino también lo sumo y celestial, obtiene esta virtud de decir de aquel que afirma estar con él, diciendo: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habita en mí? (II Cor. XIII, 3). Porque quien hablaba en él estaba con él. Exhala al mundo entero por la vida, pero de aquel de quien muestra el olor de la vida lo extrae, diciendo: Somos buen olor de Cristo en todo lugar (Ibid. II, 15). Juan insinúa que todo es de la presencia del Redentor, porque dice: De su plenitud todos hemos recibido (Juan I, 16). Por tanto, cuando se dice que Samuel creció, se recuerda que el Señor estaba con él, porque el orden de los doctores resplandeció en todo el mundo con la gracia de gran santidad y doctrina, y pudo aparecer tan grande porque no lo dejó en el mundo. Sigue:

124 (Vers. 20.) Y todo Israel desde Dan hasta Beerseba supo que Samuel era fiel profeta del Señor.

28. Con estos nombres de tierras se designa ciertamente toda Judea. ¿Qué se designa, pues, en toda Judea sino toda la Iglesia? Por tanto, todo Israel reconoce que Samuel es profeta del Señor, porque ciertamente todo el que es fiel cree que el orden de los santos predicadores dice la verdad sobre el futuro. Pues el oficio del profeta es tanto predecir el futuro como revelar lo oculto. Los predicadores de la santa Iglesia, mientras descubren los vicios ocultos en la mente, mientras revelan los secretos de las virtudes espirituales, mientras llevan a conocimiento común los entendimientos ocultos de las Sagradas Escrituras, mientras prometen a los fieles elegidos las futuras alegrías de la patria celestial, usan el ministerio del profeta. Por tanto, todo Israel reconoce que Samuel es fiel profeta del Señor, porque no puede ver al Señor Todopoderoso con fe quien no da crédito a los doctores de la santa Iglesia. Y porque la misma gloria del conocimiento divino permaneció en la santa Iglesia, que se reveló a los primeros doctores, se añade:

(Vers. 21.) Y el Señor añadió que se apareciera en Silo.

29. Silo, en efecto, se interpreta como enviado. Y porque hasta el fin del mundo envía en el ministerio de la predicación, el Señor aparece en Silo, porque se muestra más claramente a aquellos por quienes abre a otros la gloria de su luz. Bien se dice que Añadió que se apareciera, porque incesantemente se eligen aquellos a quienes se infunde la claridad de la luz divina. Por eso también añade la razón por la que afirma que se oyó la visión, diciendo:

(Vers. 21.) Porque el Señor se había revelado a Samuel.

30. Por eso, en efecto, añade que se aparezca, porque quien se había revelado al Señor se revela una y otra vez, y no retira el don de su manifestación de la santa Iglesia, a la que no ha cesado de exhibir desde su inicio. Pero quien se dice que se reveló a Samuel, no se refiere cuántas veces añadió que se apareciera, porque ciertamente la santa Iglesia se lleva hasta el fin del mundo, a la que presiden los predicadores, que desde lo más bajo predicán las altas alegrías de la eternidad, porque ven lo sumo que predicán en la alta manifestación de Dios. Esta aparición se dice que se hizo según la palabra del Señor. Pero ¿qué es la palabra del Señor, sino la promesa del Redentor? Añadió, pues, que se apareciera según la palabra del Señor, porque no cesa de mostrar la verdad de su promesa. Pues la palabra del Señor en la adición de la aparición es: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20). Sigue:

(Vers. 21.) Y la palabra de Samuel llegó a todo Israel.

31. Pues se sabe que la palabra llega cuando se cumple la promesa de nuestros predicadores. Pues la promesa de la palabra es el gozo que permanecerá sin fin. Por tanto, la palabra de Samuel llegó a todo Israel, porque toda la multitud de la santa Iglesia llega al gozo de la eterna bienaventuranza, y lo que ahora en la fe de la palabra es prometido por sus santos predicadores, por la verdad de la cosa se exhibe a la misma en los reinos celestiales. Pues la palabra de los doctores en la promesa de los fieles es: Todo el que cree en él no perecerá, sino que tendrá vida eterna (Juan III, 15). O ciertamente la palabra de los doctores en la promesa de los dones es: Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios preparó para los que le aman (Isa. LXIV, 4; I Cor. II, 9). Por tanto, la palabra de Samuel llegó a todo Israel, porque cualquiera que cree a los santos predicadores que aconsejan la

religiosa conversación de la vida presente y prometen los eternos gozos a los justos, al morir en la carne pasa a los gozos eternos que esperó viviendo piadosamente. Por eso también aquel en cuya fe prometió afirma, diciendo: Amén os digo, el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Marc. XIII, 31). O ciertamente la palabra de Samuel ya llegó a todo Israel, porque por el efecto de la advertencia divina se conoce que se cumplió el rechazo general de los judíos. Por eso también exponiendo más ampliamente el orden en que la misma palabra llegó a todo Israel, dice:

CAPÍTULO II.

(I Reg. IV, 1-3.) Pues Israel salió al encuentro de los filisteos en batalla, y acampó junto a la Piedra del Auxilio. Por su parte, los filisteos vinieron a Afec, y formaron la línea de batalla contra Israel. Al comenzar la contienda, Israel dio la espalda, y fueron muertos en esa contienda cuatro mil hombres por los campos. Y regresó Israel al campamento.

1. El bienaventurado Apóstol muestra que hay batallas espirituales, mientras exhorta a los campamentos de la santa Iglesia a la victoria, diciendo: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, y contra las malicias espirituales en los lugares celestiales (Efes. VI, 12). De las cuales batallas, ciertamente, también dando consejo para conseguir la victoria, dice: Y el escudo de la fe, en el que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno, y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ibid., 16, 17). De ahí que Pedro exhortando dice: Sed sobrios, y velad en las oraciones, porque vuestro adversario el diablo ronda, buscando a quien devorar; resistidle firmes en la fe (I Pedro IV, 7; V, 8). Por tanto, cuando se refieren las batallas de los israelitas según la letra, se designan las internas y espirituales. Pues los filisteos se interpretan como los que caen por la copa; con este nombre ciertamente se expresan los ángeles reprobos, porque por el exceso de la bebida de la soberbia perdieron el estado de la vida eterna. Para ellos, ciertamente, caer fue como beber, porque asumieron la bebida de la soberbia sin ninguna demora de retractación. Pues lo que se bebe se toma fácilmente. De cuyo príncipe de los caídos, ciertamente, como de un bebedor, el Señor dice: Porque no permaneció en la verdad (Juan VIII, 44). Pues como si cayera por la bebida, quien, ebrio por la velocidad de su soberbia, no permaneció ni por un momento en la verdad en la que había sido creado.

2. Pero es muy necesario preguntar cómo se entiende que Israel según la carne sale a la batalla contra estos que caen por la copa. Pues nadie lucha con quien se le somete. Por tanto, el pueblo judío, que por la infidelidad está sujeto a los espíritus malignos, ¿cómo se dice que sale a la batalla contra ellos? Sin embargo, se dice que lucha, no por la verdad de la fortaleza, sino por la falacia de la estimación. Pues por la verdad de la fortaleza fue vencido por los espíritus malignos, pero sin embargo, mientras guarda las tradiciones de los antiguos Padres, cree tener un combate con los espíritus malignos. Por eso, bajo las cadenas de su cautiverio se ata tanto más estrechamente, cuanto más la misma confianza de libertad que no tiene le es sugerida por la astucia de ellos. Pues los adversarios astutos le predicán con ocultas sugerencias la fortaleza de una falsa libertad, para que no atienda a la oscuridad con la que es oprimido, y ya lo posean más seguramente engañado, porque no se preocupa de ser liberado de las cadenas de infidelidad con las que está atado creyendo en nuestro Redentor. Y es de notar que se dice del pueblo rechazado: Salió Israel. 126 Salió justamente cuando dejó los monumentos de la fe sagrada. Por eso también de aquellos que se desviaron errando de los misterios de la Sagrada Escritura, Juan dice: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros (I Juan II, 19). Salir, por tanto, para Israel según la carne es pasar errando los límites de la fe recta. Pero porque no dejan de esperar a otro Cristo, acampan junto a la Piedra del Auxilio. Con razón, por tanto, se dice que Israel dio la espalda, porque también se dice que salió. Pues

si permaneciera dentro, no podría ser vencido, porque si se guardara dentro de las fortificaciones de la fe, derrotaría a los espíritus armados del error. Y porque es vencido por el engaño, se dice que los filisteos formaron la línea de batalla en Afec. Pues formar la línea de batalla para los espíritus malignos es ordenar argumentos de engaño en los corazones incautos de los judíos. Pero al comenzar la contienda, Israel dio la espalda, porque mientras teme morir, no resiste a los espíritus malignos. Por eso, los que huyen de la batalla dan la espalda a los enemigos, para no morir resistiendo. Porque si los judíos creyeran en el Redentor, temen morir, por eso no resisten, para vivir, porque no creen en el Redentor, para salvarse en la antigua circuncisión. Pues resistirían a los espíritus malignos, si mantuvieran las armas de su fortaleza en la fe de nuestro Redentor. Pero por eso huyen para no morir, y por eso porque huyen mueren. Pues el enemigo que persigue mata más fácilmente al que huye, porque quien es herido huyendo no resiste con la espada al vencedor que le amenaza. Por eso también se recuerda que en la misma contienda fueron muertos cuatro mil judíos. Pues ¿qué son estos cuatro mil, sino aquellos que no quisieron recibir la verdad de los cuatro Evangelios? Por eso también se dice que mueren en los campos, porque permanecen en la amplitud de sus errores. Y porque aún no abandonan los escondites de su error, se dice que Israel regresó al campamento. Pues, como ya dije, mientras aún cree tener un combate con los espíritus malignos, obedece más bien a su voluntad que les resiste.

3. Pero porque también en buena significación se toma la copa, los predicadores de la santa Iglesia pueden entenderse como los que caen por la copa. De la cual copa ciertamente se gloria el Profeta, diciendo: Ungiste mi cabeza con aceite, y mi copa rebosante, ¡cuán gloriosa es! (Sal. XXII, 5). Pues la copa rebosante es la abundante gracia del Espíritu Santo, que se llama apropiadamente copa, porque en un momento embriaga los corazones de los elegidos con su plenitud. Por eso también se dice de los primeros pastores de la santa Iglesia: De repente vino del cielo un sonido, como de un viento impetuoso que soplabla, y llenó toda la casa donde estaban sentados (Hech. II, 2). Pues ciertamente caen por esta copa los predicadores, porque mientras reciben abundantemente la gracia del Espíritu Santo, abandonan por completo el estado de la vida carnal. Pues diariamente por esta copa caen como si bebieran en exceso, porque aunque a veces los movimientos carnales los levanten para cometer culpas, sin embargo, embriagados por la virtud del espíritu, no se encuentran en el estado de pecado. Con quienes ciertamente el pueblo judío tiene un combate de fe contra estos filisteos, el Israel carnal sale diariamente al campo de batalla.

4. Pero los predicadores de la santa Iglesia pueden entenderse bajo el nombre de los filisteos, porque por la misericordia de Dios fueron llevados del error de los gentiles a la gracia de la fe. Con quienes ciertamente el pueblo judío lucha, porque da la espalda a los que hablan por boca de los predicadores, porque no resiste al espíritu que habla. Pues Israel salió a la batalla contra los filisteos cuando los judíos se opusieron a Esteban predicando, y disputaron sobre la razón de nuestra fe. Pero luchando dio la espalda, porque no pudo resistir disputando. Pues de los que dan la espalda se dice en los Hechos de los Apóstoles: No podían resistir a la sabiduría y al espíritu que hablaba (Hech. VI, 10). Pero ser muertos para los israelitas es ser separados de la vida de infidelidad. Bien se dice también que mueren en los campos; pues los campos son los verdes entendimientos del sagrado discurso. Por tanto, se asignan los miles de combatientes israelitas muertos en los campos, porque los que se convirtieron de Judea por el ministerio de los santos predicadores creyeron en el Redentor del género humano por los documentos de las Sagradas Escrituras. Se recuerda que fueron muertos cuatro mil, porque reconocieron la misma autoridad del sagrado discurso en la ley, los profetas, los salmos y el Evangelio. Pero otros, ciegos, regresan al campamento, porque de Judea algunos fueron llevados al conocimiento del Redentor por el ministerio de los predicadores, pero la plenitud

de la misma gente se opone tanto más audazmente a las afirmaciones de la santa Iglesia, cuanto más profundamente arrojada en las tinieblas de su infidelidad no es llevada a la luz de la verdad. Pues regresar al campamento para ellos es no dejar de oponerse. Y porque acusan a los que creyeron como si fueran tontos y superados sin razón suficiente, sigue:

(Vers. 3.) Y dijeron los ancianos de Israel: ¿Por qué nos ha herido hoy el Señor delante de los filisteos?

5. Pues ¿por qué en este lugar no es una pregunta de investigación, sino una queja de admiración? Por tanto, preguntan admirados sobre la herida, porque no podían alcanzar la razón por la cual veían que los hombres de su religión habían aceptado la fe del Redentor. Y es de notar que quienes preguntan admirados se dice que eran ancianos de Israel, porque ciertamente los soberbios, gloriándose en su sabiduría, no pudieron alcanzar el conocimiento de los misterios divinos. Por eso también en el Evangelio el Señor dice al Padre: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños (Mat. XI, 25). Pues ciertamente se quejan de haber sido heridos, porque mientras veían que por aquellos que creyeron se disolvía la antigua costumbre de la ley, consideraron que ciertas heridas de golpe incomprensible del juicio de Dios les habían sido infligidas, que declararan con dolor común. Pero quienes se quejan de que otros cayeron, exponen con qué consejo se preparan para resistir, añadiendo:

(Vers. 3.) Traigamos a nosotros de Silo el arca del pacto del Señor, y venga en medio de nosotros, y nos salve de la mano de nuestros enemigos.

Y del afecto de este mismo consejo se añade de inmediato:

(Vers. 4.) Entonces el pueblo envió a Silo, y trajeron de allí el arca del pacto del Señor de los ejércitos que habita entre los querubines.

6. Este es ciertamente el consejo, esta es la obra de Israel contra el combate de los que caen por la copa, pero ciertamente un consejo y una obra inaudita, porque no es de Israel según el espíritu, sino de Israel según la carne, es decir, no de quien ve a Dios, sino de quien cree ver a Dios a quien desprecia. Pues ¿qué es enviar a Silo, sino recurrir a la ley de Moisés, a quien el Señor dice: Ven, te enviaré a Faraón (Éxodo III, 10)? ¿Qué es traer el arca del Señor, sino recordar los sacramentos de la antigua ley para reprobarnos la verdad de la nueva fe? Y porque no permiten que nadie de los suyos ignore la misma ciencia de la ley, se ordena que el arca sea traída en medio de ellos. 128 Pues ¿qué es lo que dicen: Y nos salve de la mano de nuestros enemigos, sino que mientras defienden pertinazmente lo antiguo, rechazan lo nuevo, y tienen esto en la confianza de la salvación, si no pueden ser llevados al razonamiento de la verdadera fe por el estudio de los buenos predicadores? Porque, por tanto, se jactan de tener la verdad del conocimiento divino por la antigua ley, confirman que el mismo arca, que ordenan que sea traída para su salvación, es del Señor de los ejércitos. Y porque creen que poseen la incomparable ciencia de la misma ley, mientras se dice que el arca es traída, se dice que es del Señor de los ejércitos que habita entre los querubines.

(Vers. 5.) Y cuando llegó el arca, todo Israel clamó con gran clamor.

7. Porque ciertamente de lo que carnalmente reciben la ciencia de la ley, murmuran en la exprobración de la santa Iglesia, sin mostrar razón. Pues quienes se dice que clamaron y no dijeron nada, expresan ciertamente lo que hacen, porque mientras intentan hablar de cosas espirituales carnalmente, tienen ciertamente clamor en su murmuración, pero no tienen razón

de verdad. Dicen ciertamente con mucha voz, pero, hablando sin razón, no perjudican en nada a los elegidos de la santa Iglesia, y, hablando la Sinagoga en sí misma, se agita con devoción vana, porque sus palabras no mueven a la santa Iglesia. Por eso muy apropiadamente se relata que solo la tierra sonó. Pues ahora se llama tierra a Judea, no porque fructifique para Dios, sino por su carnalidad, porque ciertamente, mientras no quiso recibir la fe del Redentor, perdió por completo la conversación celestial. Pero mientras se agita con su vociferación, se exalta con la estimación de que se considera a sí misma terrible para los predicadores de la santa Iglesia.

(Vers. 6.) Y los filisteos oyeron la voz del clamor, y dijeron: ¿Qué es este clamor en el campamento de los hebreos?

8. En efecto, escuchan el sonido de la tierra y la vociferación de los campamentos de los filisteos, porque aquellos que en la santa Iglesia han sido alimentados con el cáliz del Espíritu Santo reconocen tanto la charlatanería de Judea como la vana devoción de la perfidia. Y porque tienen su estimación en el desprecio de la burla, se añade:

(Vers. 6, 7.) Y supieron que el arca del Señor había llegado al campamento, y temieron los filisteos diciendo: Ha venido Dios al campamento, y gimieron.

Se dice irónicamente que el arca había llegado al campamento de los hebreos, y que los que caían temían el cáliz y gemían, porque para el conflicto de la santa Iglesia, los sacramentos de la ley antigua son expuestos carnalmente por los defensores carnales de la Sinagoga. Pues discuten sobre aquello que, si lo entendieran según el espíritu de Dios, podrían haber sido terribles para sus enemigos, si los tuvieran, en verdad. Por lo tanto, cuando se dice que los que caen temen y gimen por el cáliz, la Escritura no muestra las pasiones de las mentes en los santos predicadores, sino la burla de la disputa judía; que se conoce tanto más despreciable y digna de risa cuanto más el pueblo judío recibió la ley espiritual del Señor para una conversación espiritual, y no atendió en espíritu lo que recibió por el don del espíritu. Por eso, añadiendo las palabras de la misma burla judía, dicen:

(Vers. 8.) ¡Ay de nosotros, no hubo tanta exultación ayer y anteayer!

Y porque deben ser más abundantemente ridiculizados, añaden diciendo:

(Vers. 8.) ¿Quién nos libraré de la mano de estos dioses sublimes?

9. Y es de notar que con la apelación de dioses se ridiculiza a aquellos que, apartándose de la fe de los antiguos Padres, confían en estar en la verdad de la fe y en el número de los hijos de Dios. En sí mismos afirman que se han proclamado aquellas alabanzas divinas que el Señor pronuncia por el Profeta, diciendo: Yo dije, dioses sois, e hijos del Altísimo todos (Salmo 81, 6). Si, por tanto, por una estimación falsa todos los israelitas según la carne son dioses de nombre, los dioses sublimes son los sabios de los judíos por la misma falsa estimación judía. Y porque los expertos de la Sinagoga vienen al conflicto de la santa Iglesia, ellos mismos son ridiculizados por la voz de los santos predicadores, que se glorían de la virtud de una doctrina que no tienen. Y porque se enorgullecen de la antigua conversación de los Padres antiguos, se suponen palabras de burla.

(Vers. 8.) Estos son los dioses que hirieron a Egipto con toda plaga en el desierto.

10. Pues serían ellos, si ilustraran la nobleza que traen del origen de la carne con las virtudes de la fe recta. Ahora bien, porque por la propagación de la carne son hijos de aquellos cuyas virtudes no tienen, son ridiculizados por la sucesión perdida de las mismas virtudes con palabras contrarias: Estos son, dicen, los dioses. Como si el orden de nuestros doctores reprobara con abierta burla a los sabios de los judíos, diciendo: Se glorían de ser hijos de grandes hombres según la carne, pero no alcanzan la nobleza de la fe de aquellos de cuya generación se enorgullecen. Por lo tanto, son dioses por la sucesión de la raza, pero porque no son por la imitación de la virtud, cuando se dice que son aquellos que brillaron por la virtud, son más bien ridiculizados que alabados. Y porque los doctores de la santa Iglesia consideran sus afirmaciones como nada, sigue:

(Vers. 9.) Fortaleceos y sed hombres, filisteos, para que no sirváis a los hebreos, como ellos os sirvieron a vosotros.

11. Contra las vanas afirmaciones de los judíos, los doctores de la santa Iglesia no preparan nada más fuerte, porque consideran como nada todo lo que los judíos afirman falsamente sobre el desprecio del Redentor. Contra su enfrentamiento se fortalecerían y lucharían con fortaleza viril, si temieran que los fundamentos de su afirmación fueran quebrantados por los más sabios y razonables disputantes. Como si dijera: Contra sus objeciones no necesitamos buscar algo robusto y agudo, porque ellos no presentan cosas sutiles y temibles, sino débiles y despreciables. Pero, como dije, los predicadores de la santa Iglesia, aunque no preparan nada nuevo contra las vaniloquias de los judíos, sin embargo, con la razón llana y humilde de nuestra verdadera fe, de cualquier manera derrotan el ímpetu de los defensores de la Sinagoga. Por lo que se añade:

(Vers. 10, 11.) Peleó entonces el filisteo, e Israel se volvió, cada uno a su tienda, y fue hecha una gran plaga, y el arca de Dios fue capturada. También murieron los dos hijos de Elí, Ofni y Finees.

12. Los filisteos, es decir, los que caen por el cáliz, pelean, cuando los doctores de la santa Iglesia se enfrentan a los judíos que atacan con el estandarte de la fe católica. Pero Israel se vuelve, porque en toda disputa la astucia de los judíos es superada. Volverse para él es no poder oponerse con igual virtud. Pero el que se vuelve en la batalla, aunque esté en la batalla, huye, y aunque falte en virtud, no pierde el deseo de hacer daño. Así es todo Israel rechazado. Huye, porque no puede responder a los doctores de la santa Iglesia; pero huyendo quisiera resistir, porque vencido y confundido desearía tener de dónde poder oponerse a la verdad por la que es vencido. Por lo tanto, cuando se dice que Israel se vuelve, se añade cautamente: Cada uno a su tienda. La tienda de cada israelita es el corazón rodeado por la conclusión de la perfidia. Porque, vencidos por los predicadores de la santa Iglesia, repiten los escondites de su error, cada uno huyendo de la batalla regresa a su tienda. Y porque todo esto se dice sobre el cumplimiento de la palabra de Samuel, es decir, sobre la amenaza a la Iglesia primitiva, se dice que fue hecha una gran plaga, la cual, ciertamente, puede ser entendida convenientemente, según el juicio del lector, tanto según la percusión espiritual como según la material.

13. Pues sobre su plaga espiritual, el Señor dice a los discípulos enviados a la predicación: Cualquiera que no os reciba, al salir de aquella casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo: será más tolerable para la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio que para aquella ciudad (Mateo 10, 14). De nuevo dice: El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado (Marcos 16, 16). También insinúa una gran plaga según la percusión material, cuando habla a Jerusalén, diciendo: Vendrán días sobre ti,

y tus enemigos te rodearán con un vallado, y te estrecharán por todas partes y a tus hijos, y te derribarán a tierra, y no dejarán en ti piedra sobre piedra (Lucas 19, 43-44). A las mujeres que lloraban por él, mientras se dirigía a su pasión, les dice: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque he aquí que vendrán días en los que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a las colinas: Cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco? (Lucas 23, 28 y ss.). Con estas palabras se designa la muerte y cautividad que el pueblo judío sufrió a manos de los príncipes romanos Vespasiano y Tito. Entonces ciertamente se hizo una gran plaga, cuando con la destrucción del pueblo judío la ciudad fue capturada y destruida, cuando por la venganza de la sangre divina, el pueblo cayó por la espada enemiga, y quien pudo escapar del hierro sufrió la pena de la cautividad eterna. La inmensidad de estas plagas se atribuye al Israel ya vuelto, porque el pueblo judío fue vencido y reprobado por los doctores de la santa Iglesia antes de ser atacado, asesinado y llevado en cautividad por el ejército romano. Pues pudo ser atacado, muerto y llevado en cautividad temporalmente, porque no recibió la seguridad de la libertad eterna ofrecida por los doctores de la santa Iglesia. Pero también esta misma plaga se decreta sobre el antiguo Israel por la alta disposición de la bondad divina, para que el arca de Dios fuera capturada por los gentiles, y los fieles de la santa Iglesia percibieran tanto más seguramente el entendimiento de los sacramentos divinos bajo la explicación espiritual, cuanto más veían que en Judea no quedaba nada que se exhibiera carnalmente. Pues queriendo Dios, el pueblo antiguo perdió la ciudad, el templo, el arca de la alianza, para que el nuevo pueblo de la santa Iglesia reconociera tanto más plenamente el misterio del verdadero y nuevo sacrificio, cuanto más considerara que, apareciendo lo nuevo, lo antiguo había desaparecido completamente entre los judíos. Por lo tanto, se dice que el arca de Dios fue capturada por los filisteos, porque, destruido el modo de la antigua Escritura, los sacramentos son recibidos fielmente por los gentiles según la verdad del espíritu. Captura el arca de Dios quien comprende los misterios de la divina cognición en el sagrado discurso por la verdad de la inteligencia, con la devoción de la mente. Pero capturada el arca, mueren inmediatamente los dos hijos de Elí, porque ciertamente ni los sacerdotes de mayor orden, ni los de menor, viven en el oficio de la inmolación antigua. Se dice que mueren, porque han dejado de ofrecer sacrificios por completo. Sigue:

(Vers. 12, 13.) Corriendo un hombre de Benjamín desde la batalla, llegó a Silo ese día, con la ropa rasgada y la cabeza cubierta de polvo. Y cuando llegó, Elí estaba sentado en una silla, mirando hacia el camino. Pero aquel hombre, después de entrar, anunció a la ciudad, y toda la ciudad clamó.

14. ¿Qué se expresa por este hombre que huye de la batalla, sino aquella parte del pueblo judío que, viniendo al conocimiento del Redentor, abandonó la perfidia judía? Correr para él fue desistir de la perversidad de su error con la velocidad de la devoción. Porque dispuso hacer cosas fuertes en la profesión del Redentor, fue un hombre. Que ciertamente el día en que fue vencido en la batalla corre, porque con aquella iluminación de la fe con la que abandonó las tinieblas de la perfidia, se acercó a predicar la verdad que conocía. Por lo que se dice que llegó a Silo, porque es enviado a la predicación. Rasgó su ropa, porque se despojó del hombre viejo; cubrió su cabeza de polvo, porque no se enorgulleció del esplendor del hombre nuevo con el que se vistió. Pues la ropa rasgada pertenece al decoro de la santa conversación, la cobertura de polvo a la estimación de la humildad. Porque, por tanto, a los santos predicadores no les basta la pureza de vida sin humildad, ni la humildad sin la santa conversación, el hombre que en el tipo de los doctores vino a anunciar la destrucción de Israel, rasgó su ropa y cubrió su cabeza de polvo. Pues llevaba la cabeza cubierta de polvo

quien, hablando al Señor, dijo: Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Génesis 18, 27). También hablaba con la cabeza cubierta el Profeta, cuando suplicaba, diciendo: Recuerda, Señor, que somos polvo (Salmo 102, 15). También había rasgado su ropa quien confesando, dijo: Rasgaste mi saco, y me ceñiste de alegría (Salmo 29, 12).

15. Pero mientras se recomienda la humildad del predicador eclesiástico, igualmente se expresa la soberbia del doctor judío, porque ciertamente se dice que Elí está sentado en una silla. En este lugar, Elí no insinúa a los pontífices, sino a los expertos en la ley de la Sinagoga. ¿Qué es, pues, que está sentado en una silla, sino que se exalta con soberbia por la doctrina? ¿Y qué es que mira contra el camino, sino que mientras recibe las Escrituras con soberbia, contradice a aquel por quien debía ir a la patria eterna? Pues el camino de la salvación es aquel que se afirma a sí mismo, diciendo: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Juan 14, 6). No mira, por tanto, el camino, sino contra el camino, porque no conoce al Redentor, a quien contradice. Y bien se dice que el padre está sentado en la silla con los hijos muertos, porque la Sinagoga no tiene quien sacrifique al modo antiguo, y sin embargo, aún tiene quien enseñe al modo antiguo. Y porque por los doctores sabios eran instruidos para el ministerio, cuando cesó quien sacrificara, y aún quedara quien enseñara, se refiere adecuadamente que los hijos están muertos, y el padre está sentado en la silla; pero de la anunciación que escuchó sobre el Redentor, la multitud de la Sinagoga no tuvo gozo, sino tristeza. Por lo que después de que el hombre vino de la batalla y anunció la captura del arca, se dice que toda la ciudad clamó. Esta tristeza, que ciertamente llegó hasta los doctores, sigue:

(Vers. 14.) Y Elí oyó el sonido del clamor, y dijo: ¿Qué es este sonido de tumulto?

16. El tumulto es la vociferación del pueblo, pero confusa, cuando ciertamente, sin la disciplina de escuchar, muchos hablando a la vez, se hace una magnitud de murmullo sin la manifestación de la razón. Por lo tanto, cuando Elí oyó el clamor de la ciudad, dijo: ¿Qué es este sonido de tumulto? Porque ciertamente el magisterio de la Sinagoga, a los perfidos sujetos a él, dolientes por la predicación de Jesucristo, cuando quiso escuchar la causa del dolor, no percibió una respuesta razonable, sino la confusión de la queja. Para que no pudiera tener excusa de ignorancia, quien de la circuncisión accedió al ministerio de la predicación eclesiástica, le reveló la verdad de la cosa. Por lo que se añade:

(Vers. 14.) Pero él se apresuró, y vino, y anunció a Elí.

Pero porque el mismo Elí murió inmediatamente al recibir la anunciación del hombre que venía, se da a conocer posteriormente cuál es el mismo oyente:

(Vers. 15.) Pero Elí tenía noventa y ocho años, y sus ojos se habían oscurecido, y no podía ver.

17. Pues sería de perfecta vejez si hubiera completado viviendo el número centenario de años. A este número, ciertamente, porque se ve que le faltan dos años, ¿qué es otra cosa, sino que sería de perfecta madurez si conociera el doble sacramento en la encarnación de nuestro Redentor, a saber, la verdadera divinidad en su humanidad, y la verdadera humanidad en la divinidad? Ahora bien, porque entiende muchas cosas de la ley antigua, muchas de los mandamientos celestiales correctamente, tiene noventa y ocho años. Y mientras cree que Dios pudo nacer de la Virgen por la carne, y niega que la naturaleza de su humanidad sea asumida en la divinidad, no tiene cien años. Por lo que, habiendo escuchado la relación del hombre, muere justamente, porque sin la fe del Redentor, los bienes que conoce y otros no le

aprovechan en nada. Y porque por el alto e incomprensible juicio de Dios se le infunde a su mente la ceguera de la ignorancia, se menciona que se había oscurecido y no podía ver. Sigue:

(Vers. 16.) Y dijo a Elí: Yo soy el que vine de la batalla, yo que huí de la línea de combate hoy.

18. Como si recordara que había estado en la batalla quien decía: Habéis oído de mi conducta alguna vez en el judaísmo; que en extremo perseguía a la Iglesia de Dios, y la combatía, y progresaba en el judaísmo sobre muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo más celoso de las tradiciones de mis padres (Gálatas 1, 13-14). Pero viene de la batalla quien dice: Que antes fui blasfemo y perseguidor; pero alcancé misericordia, porque lo hice por ignorancia (1 Timoteo 1, 13). Huir, pues, de la línea de combate, ¿qué es para el judío sino separarse del error de los perfidos? ¿Y venir de la batalla qué es, sino anunciar a otros el bien de la fe recta? Huir es propio del que teme; venir, del que quiere. En este lugar, porque primero se dice venir de la batalla, que huir de la línea de combate, cuando primero se abandona la perfidia que se predica la verdad, no es extraño. Pues esto, que dice haber huido de la línea de combate después, no se dice según el orden en que fue hecho, sino según la certeza de la palabra que precedió. Lo que también se demuestra según el orden de la historia, porque si no hubiera huido primero de la línea de combate, no podría haber venido de la batalla.

19. Nos, sin embargo, que según el espíritu buscamos lo espiritual incluso en los hechos carnales de los judíos, prestemos atención a aquel hombre que introdujimos hablando un poco más arriba. Pues la Iglesia ha oído que aquel que antes perseguía ahora evangelizaba, como está escrito de él ya evangelizando: "Cuando llegó a Jerusalén, intentaba unirse a los discípulos, y todos le temían, no creyendo que fuera discípulo" (Hechos IX, 26). De aquí también, al discípulo Ananías en Damasco, el Señor apareciéndole, dijo: "Levántate, ve a la calle llamada Recta, y busca en la casa de Judas a un tal Saulo de Tarso, e impónle las manos para que recobre la vista" (Ibid., 11 y 12). A lo que él respondió inmediatamente al Señor, diciendo: "Señor, he oído de muchos cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén, y tiene poder de los príncipes de los sacerdotes para atar a todos los que invocan tu nombre" (Ibid., 13 y 14). Así que cuando predicaba a los judíos, a quien solía atacar con amenazas y asesinatos, ciertamente venía de la batalla. Pero mientras los discípulos temían unirse a él predicando, dudaban de que hubiera huido del campo de batalla. Pues venía de la batalla, cuando el Señor que lo llamaba, postrado en tierra, le había dicho: "Levántate, entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer" (Ibid., 7). Pero Ananías no creyó que hubiera huido del campo de batalla, quien informó al Señor que mandaba, de los males que había hecho a los santos en Jerusalén y del poder que había recibido. Para demostrar verdaderamente que había venido de la batalla y huido del campo de batalla, el Señor ordena a Ananías, diciendo: "Ve, porque este es un vaso de elección para mí, para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel" (Hechos IX, 15). Y es de notar que el día en que anunciaba esto, afirmaba haber venido de la batalla y huido del campo de batalla. Pues huyen de día: porque, atestiguando la Verdad: "El que anda en tinieblas no sabe a dónde va" (Juan XII, 35). De aquí también está escrito: "Los que duermen, de noche duermen; y los que se embriagan, de noche se embriagan" (I Tes. V, 7). Y porque en el ejemplo del bienaventurado apóstol Pablo, comenzamos a ver a un hombre huyendo del campo de batalla, observemos que huye de día. Pues era de noche cuando preparaba el campo de batalla contra la santa Iglesia, cuando, habiendo recibido cartas de los príncipes de los sacerdotes a Damasco, respirando amenazas y muerte contra los discípulos, se apresuraba (Hechos IX, 1, 2). Pero quien preparó la guerra de

noche, huyó de día; porque en el camino una luz del cielo lo rodeó de repente, y lo postró en tierra, aterrorizándolo con un pavor inexplicable, para que reconociera las tinieblas de su inmenso error, y por la noche que atacaba a la Iglesia, luchara en la luz del día. Huyó, pues, de día, a quien, para que abandonara la noche de la perfidia, la claridad del Redentor mostrada desde el cielo lo rodeó. ¿Qué significa, entonces, que el mismo día confiesa venir de la batalla en que huyó del campo de batalla, sino que se designa la intención de la recta predicación? Pues algunos huyen del campo de batalla un día, pero vienen de la batalla otro: porque abandonan los errores pasados por amor a la vida eterna, pero, cuando son asumidos al ministerio de la predicación, buscan recompensas temporales por su elocuencia en la predicación. Vienen, pues, de la batalla otro día que aquel en que huyeron: porque ciertamente son rectos en su conversación, pero perversos en la intención de su predicación. Los santos predicadores, por tanto, que por la gracia de nuestro Redentor creyeron de la circuncisión, no vinieron de la batalla otro día, sino el mismo en que huyeron del campo de batalla: porque ciertamente consiguieron ambos dones en el esplendor del amor supremo, a saber, la verdad de la conversación, con la predicación de la palabra. Y porque el magisterio judío, aunque no con la intención de conocer la verdad, quiso escuchar las afirmaciones de los santos predicadores por la curiosidad de la solicitud, sigue:

(Vers. 16.) A lo que él dijo: ¿Qué ha sucedido, hijo mío?

20. Pues bajo una sola descripción habla a todos, porque vio a los hombres de su nación, a quienes alguna vez instruyó con la doctrina de la Ley. O tal vez lo llamó hijo, no por afecto de amor, sino por adulación de astucia: para que lo capturara más fácilmente por engaño, al demostrar que lo amaba con afecto paternal. Así que lo llama hijo, de quien desea saber qué ha sucedido: para que, en efecto, él, por el honor dispensado de la adulación, pervirtiera la serie de la verdad. El honor, por tanto, de la apelación no se refiere al amor, sino a la astucia. Pero quien rechazó el favor de la alabanza preferida, reveló con constancia la verdad. De donde se añade:

(Vers. 17.) Respondiendo el que anunciaba: Ha huido, dice, Israel ante los filisteos, y se ha hecho una gran ruina en el pueblo. Además, tus dos hijos han muerto, Ofni y Finees. Y el arca de Dios ha sido capturada.

21. Pues esto anunció el hombre que huía, lo que aprendió por experiencia. ¿Qué significa, entonces, que afirma que Israel ha huido, sino que afirma con constancia que, mientras el pueblo judío retiene el sentido de la Ley carnalmente, no puede resistir disputando a los doctores espirituales de la santa Iglesia? ¿Y qué significa que predica que se ha hecho una gran ruina en el pueblo, sino que confirma que todos los que del pueblo judío rechazaron la palabra de fe han perecido en muerte eterna? ¿Y qué significa que se refieren muertos los dos hijos de Elí, sino que se afirma que ambos órdenes del sacerdocio antiguo han fallado? ¿Y qué significa que dice que el arca de Dios ha sido capturada, sino que afirma que el conocimiento de los sacramentos divinos ha sido quitado a los judíos, y fielmente aprehendido por los gentiles? porque por los gentiles ya, con la gracia de Dios llamando, los fieles conocen los misterios divinos. Sigue:

(Vers. 18.) Y cuando él mencionó el arca de Dios, Elí cayó de la silla hacia atrás junto a la puerta, y, con el cuello roto, murió.

22. ¿Qué significa que Elí, al oír la huida de Israel, la ruina del pueblo relatada, la muerte de sus hijos anunciada, no cae de la silla: pero al conocer la captura del arca, cae de la silla y pierde la vida? Pero porque en Elí dijimos que se designan los sabios de los judíos y los

expertos en la ley, al oír la huida de Israel, no cae de la silla: porque considera de poca importancia que los simples hijos de la Sinagoga sean superados en la predicación por los doctores de la santa Iglesia. No cae al relatarse la ruina del pueblo: porque, al oír que perecen los que mueren en el judaísmo, no se espanta. No cae al anunciarse la muerte de sus hijos: porque, incluso con la cesación de ambos sacerdocios objetada, no deja de enorgullecerse. Pero al imponerse la captura del arca, cae: porque, al ver que los predicadores y fieles de la santa Iglesia conocen profunda y espiritualmente los sacramentos de su Escritura, no se atreve a enorgullecerse de la erudición del sagrado discurso que solo entiende carnalmente. Cae, pues, de la silla, porque, al conocerse lo espiritual, no presume enorgullecerse del magisterio carnal. Pero, porque oye que se predica la verdad sublimemente y no cree, mientras se confunde y no se salva, cae y muere. Pues cae de la silla, porque deja de exaltarse por la doctrina. Pero al caer muere, porque si es vencido por la razón, sin embargo, por el juicio de la misma razón, no merece llegar a las alegrías eternas.

23. En lo cual es de notar, porque quien cae y muere, cae junto a la puerta. ¿Qué significa que cae junto a la puerta, sino que, mientras ciego yerra, tropieza con el Redentor? Quien ciertamente de sí mismo afirma, diciendo: "El que caiga sobre esta piedra, será quebrantado; pero sobre quien ella caiga, lo desmenuzará" (Mateo XXI, 44). Él también de sí mismo dice: "Yo soy la puerta; si alguno entra por mí, será salvo, y entrará, y saldrá, y hallará pastos" (Juan X, 9). Junto a la puerta, pues, murió Elí, porque el magisterio de la Sinagoga pereció, porque tropezó en el Redentor. Allí, pues, cayó, donde pecó. Quien también al caer, rompió el cuello. En el cuello se designa el tumor del poder temporal. Con el cuello roto muere, quien por la magnitud de la perfidia, al perder el poder del reino, es condenado.

24. También puede designarse por la puerta la letra de la Sagrada Escritura. Pues como por la puerta somos conducidos a los atrios del templo eterno, así por la letra del sagrado discurso somos elevados a la inteligencia alegórica y espiritual. También dentro se ve al rey: porque el Redentor prometido del género humano se encuentra en la inteligencia espiritual de la Sagrada Escritura. Elí, pues, murió caído junto a la puerta: porque ciertamente el magisterio de la Sinagoga pereció, porque buscó al Redentor prometido al género humano en espíritu, no espiritualmente, sino carnalmente. Junto a la puerta, pues, murió: porque pereció en eso, que la promesa espiritual del Redentor, no según la inteligencia espiritual, sino según la simple locución de la historia, entendió. Y porque por el estudio de su doctrina, por mucho tiempo, presidió a Judea, no por amor al bien obrar, sino por temor a declinar del mal, sigue:

(Vers. 18.) Pues era anciano y de mucha edad: y él juzgó a Israel cuarenta años.

25. Pues era anciano, y de mucha edad por la duración de los tiempos. Y presidió cuarenta años, por el temor de los mandamientos legales. Pues el número cuarenta se refiere a los pecadores. De donde también el tiempo de Cuaresma en la santa Iglesia ha sido consagrado con el mismo número de días, para que, en efecto, nos esforcemos en borrar los pecados que cometemos mediante la penitencia. Pues el número cuarenta se completa con el diez y el cuatro. Y porque, pecando, transgredimos el Decálogo de la Ley divina, y la misma facultad de pecar la contraemos de la compaginación de los cuatro elementos en la que consistimos; bajo el número cuarenta, mientras existimos en pecado, estamos contenidos. Elí, pues, juzgó a Israel cuarenta años, porque el magisterio de la Sinagoga y la austera disciplina de la Ley exhibió al temor del pueblo sujeto: para que la materia de la condición humana, frágil por la concupiscencia, se mantuviera en el estado de justicia por el temor. Pero ya ha muerto Elí, ya yace con el cuello roto junto a la puerta; pero sin embargo, el veneno de su doctrina perversa permanece en la semilla. Pues ya, quien no cree de los sabios de los judíos, ha sido juzgado;

pero porque en su instrucción las semillas de la perversidad conciben las mentes, quienes nacen hijos de su doctrina no abandonan la locura de su perfidia. Por lo cual se añade:

(Vers. 19, 20.) Pero su nuera, la esposa de Finees, estaba embarazada, y cercana al parto: quien, al oír la noticia de que el arca había sido capturada, y su suegro y su marido habían muerto, se inclinó y dio a luz. Pues le sobrevinieron dolores súbitos. En el mismo momento de su muerte, le dijeron las que estaban junto a ella: No temas, porque has dado a luz un hijo. Pero ella no respondió, ni prestó atención.

26. ¿Quién fue, pues, la nuera de Elí, sino el pueblo de los judíos, sujeto a sacerdotes reprobos? Quien porque por su predicación había recibido las semillas de la perfidia en su mente, estaba embarazada. Y porque también pensaba derramar la malicia concebida, no solo se dice que estaba embarazada, sino también cercana al parto. ¿Qué significa, pues, que al oír la captura del arca y la muerte de su suegro y su marido, se dice que dio a luz, sino que el residuo del pueblo judío, al conocer que los sacramentos espirituales de las Escrituras han pasado a la instrucción de los gentiles, al ver ya que los sabios de la Sinagoga han perecido con ambos sacerdotios, no cesa de derramar hablando las semillas de su herejía que ha concebido? Dar a luz para ella, es abrir a otros la maldad concebida hablando. Y porque predica lo reprobable, al dar a luz se menciona inclinada. Pues como no dan a luz inclinándose, quienes hablan cosas celestiales: porque en el estado de la fe levantan los corazones de sus oyentes al estudio de la buena obra. Quien, pues, afirma lo perverso, da a luz inclinada: porque ciertamente se le hace hablando, que cuanto más atentamente habla, más profundamente es depositada en el abismo de su condenación. Rectamente, pues, mientras se inclina al parto, se dice que muere. Pues al dar a luz muere, porque en el mérito de su blasfemia es condenada. Y porque no prevé los tormentos de su muerte, se dice que le sobrevinieron dolores súbitos. Pues dolores súbitos son las aflicciones repentinas de la muerte sin previsión venidera. Pues le sobrevinieron dolores súbitos, cuando las retribuciones de los castigos eternos se presentan al pueblo judío: que ahora, puesto en el desprecio de la verdad, no teme. Pues porque por la observancia de las tradiciones paternas, estima que al morir se transfiere a la vida eterna, entonces cae en dolores súbitos, cuando comienza a soportar tormentos que no esperaba. Y es de notar, porque de la moribunda se dice: "Le sobrevinieron dolores súbitos": porque, en efecto, mientras por las molestias de la carne es llevada al fin de la vida, entonces comienzan a sobrevenirle temporalmente los azotes de los dolores, por los cuales su impiedad es castigada con eterna venganza; y porque en la cercana salida las mentes reprobadas de los judíos se exhortan mutuamente a la perfidia. En el mismo momento de su muerte, le dijeron las que estaban junto a ella: "No temas, porque has dado a luz un hijo". Pues dio a luz un hijo: porque instruyó a un pueblo duro en la maldad e insuperable. ¿Qué mujeres, pues, están junto a ella, sino mentes atadas en igual orden de impiedad? Pues están, no por la verdad y rectitud de la fe, sino por la presunción y jactancia de la religión. Por eso la exhortan, para que no tema, porque ha dado a luz un hijo: para que, en efecto, tanto más seguro no tema morir en la antigua tradición, cuanto también ve a aquellos endurecidos e inconversos en ella, a quienes reconoce instruidos por su magisterio. Pero mientras en sí misma es compelida por el dolor más abundantemente, considera por nada, lo que otros han aprovechado temporalmente por su instrucción, de donde se añade: "Pero ella no respondió, ni prestó atención". Pues mientras comienza a experimentar la amargura del dolor eterno, no le deleita lo que temporalmente presidió a otros. O ciertamente por eso no se alegra del niño nacido: porque aquel, que es engendrado por su instrucción, se ve en cautiverio. De donde se añade:

(Vers. 21, 22.) Y llamó al niño Icabod, diciendo: Ha sido trasladada la gloria del Señor, porque el arca de Dios ha sido capturada.

27. Pues el arca es capturada: porque ya, por el autor Dios, los fieles verdaderos retienen los sacramentos de la santa Escritura con la capacidad de la verdadera inteligencia. Y la gloria de Israel ha sido trasladada: porque, después de que cayó de la verdadera religión, cesó de exhalar por la opinión de buena fama. Bien, pues, no se dice que la gloria de Israel perece, sino que se traslada: porque la fama de la religión, que perdió, pasó a la gentilidad. Pues la gloria ha sido trasladada: porque en la santa Iglesia exhala la fragancia de la verdadera religión, que puesta en la fe del Redentor, por la certeza del esplendor eterno que espera, tiene el don del Espíritu Santo como prenda. Por eso rehúsa alegrarse del hijo nacido: porque ciertamente, al ver que la pasada gloria ha pasado a los gentiles, gime al parir para la cautividad. También por la traslación de la gloria nombra al hijo: porque ciertamente representa perpetuamente la impiedad en la que permanece, como por un nombre preferido. Pero puede entenderse claramente por esto, que se le impone el nombre por la madre, lo que vemos. Pues de ella recibió el nombre, de quien le vino el mérito de la impiedad. Sigue:

CAPÍTULO III.

(I Sam. V, 1-3.) Pero los filisteos tomaron el arca, y la llevaron de la Piedra del Auxilio a Azoto. Los filisteos tomaron el arca de Dios, y la introdujeron en el templo de Dagón, y se levantaron los de Azoto al día siguiente, y encontraron a Dagón caído ante el arca, postrado en tierra.

1. ¿Qué significa que el arca es llevada de la Piedra del Auxilio, sino que los pregoneros de la verdad quitan los misterios de las Escrituras de aquel Cristo, a quien los judíos esperan con falsa opinión? Pues al convertir los testimonios de la santa Escritura al conocimiento del verdadero Redentor, ciertamente quitan el arca de aquel en quien los judíos pusieron la esperanza de su auxilio. Y porque a los gentiles se les confían los misterios de la fe, el arca de Dios es llevada a Azoto. Pues ciertamente el arca es introducida en el templo. ¿Qué fue, pues, el templo de Dagón, sino cada alma infiel, alguna vez contaminada por la superstición de la idolatría? ¿Qué designa, pues, la imagen de Dagón, sino toda la superstición de la idolatría? ¿Qué era, pues, otra cosa, introducir los misterios de la fe en los corazones de los gentiles, que introducir el arca de Dios en el templo de Dagón? Pues como el arca se colocaba junto a Dagón, mientras los predicadores de la santa Iglesia amonestaban a los gentiles, para que, para probar la verdad de la fe, discutieran tanto la predicación que oían, como los errores de la idolatría que sostenían. Bien, pues, al día siguiente encontraron a Dagón caído ante el arca, postrado en tierra, los de Azoto. Pues Azoto tuvo un día, en la predicación oída de la verdad, otro en el conocimiento de la fe. Pues el primer día se coloca el arca de Dios junto a Dagón, porque en la predicación oída del Redentor, descubren las tinieblas del error antiguo. Pero al día siguiente, levantándose, encontraron a Dagón caído postrado en tierra ante el arca: porque también en el conocimiento de la verdad, la idolatría perdió su estado. De donde bien, cuando se afirma que Dagón cayó, se menciona que yace postrado en tierra. Pues cae ante el arca, porque se da a conocer por la ciencia de los misterios divinos. Pero yace postrado en tierra, porque, ya por el autor Dios, a la vista de los fieles no tiene la imagen de la razón simulada. Pues quien yace postrado en tierra, deprime el rostro en tierra. Por el rostro de la imagen, se expresa la simulación de la razón. Yacer, pues, postrado en tierra, es ya no poder engañar con los fraudes de su simulación a los que conocen la verdad. Pero sin embargo, para que los gentiles conocieran más ciertamente la verdad, intentaron discutir más y más la misma razón oída de nuestra fe, y la antigua costumbre de su superstición. Apropiadamente, pues, sigue:

(Vers. 3.) Tomaron a Dagón, y lo restituyeron en su lugar.

2. Es decir, en el templo, donde había sido colocada el arca de Dios. ¿Qué significa, pues, restituir a Dagón en su lugar, sino buscar el estado de la idolatría con sutil consideración, ya junto a la verdad conocida de los sacramentos espirituales? Y porque cuanto más sutilmente se mira el error de la idolatría, más verdaderamente se condena, se añade:

(Vers. 4.) Y de nuevo al amanecer, levantándose, encontraron a Dagón caído sobre su rostro ante el arca del Señor.

138 De nuevo se levantan al amanecer: porque ya se erigen con la certeza de la deliberación al amor de la bondad oída. Pues el primer día es de prueba, el siguiente de conocimiento, pero el tercero de certeza ya deliberada, y de profesión ofrecida. Pues ciertamente el día, porque iluminadas las mentes de los conversos, en el esplendor de la fe perfecta y consumada brilló, sigue:

(Vers. 4.) Pero la cabeza de Dagón, y las dos palmas de sus manos estaban cortadas sobre el umbral. Por lo demás, el tronco de Dagón había quedado en su lugar.

3. ¿Qué es Dagon, es decir, la cabeza de la idolatría, sino el mismo principio de toda iniquidad, el diablo? ¿Y qué son las palmas de sus manos, sino todas las obras de la idolatría? Así que Dagon perdió la cabeza, porque a través del culto a los ídolos, los espíritus malignos dejan de reinar en el corazón de los gentiles. También se cortaron las palmas de sus manos, porque en ninguna parte se ofrecen sacrificios a los ídolos vanos. Y porque su deformidad es vista por todos los fieles en todas partes, se recuerda que el tronco de Dagon permaneció en su lugar. Se recuerda que la cabeza y las manos fueron cortadas y colocadas sobre el umbral: porque ciertamente, quienquiera que ingrese a la verdadera fe, se le ordena rechazar los principios de la persuasión diabólica y renunciar a todas las obras de ese mismo Satanás. Por lo tanto, estas cosas se colocan en el umbral para que sean pisoteadas por los que entran: porque verdaderamente no podrá ser fiel quien no se proponga oponerse a los consejos perversos del espíritu maligno y a las obras iniquas. Pues quien evita aplastar la cabeza de Dagon y sus manos, aunque parezca estar contenido en el número de los fieles, se le demuestra de alguna manera ser idólatra. En el deleite de los demonios no solo se ofrecen sacrificios exteriores, sino también deseos inicuos por parte de sus adoradores. Por lo tanto, quien ha sido recibido en el conocimiento de la verdadera fe y no se ha alejado de los deseos impuros y las obras perversas, porque desprecia aplastar la cabeza y las manos de Dagon, hace una ofrenda al espíritu maligno, al que desprecia en la ofrenda de ceremonias, a través de la concupiscencia interna y la impureza de la vida exterior. Por lo tanto, se añade:

(Vers. 5.) Por esta razón, los sacerdotes de Dagon no pisan el umbral hasta el día de hoy.

4. Los sacerdotes de Dagon se insinúan a sí mismos, quienes no pisan el umbral. En estas palabras, se debe observar cuidadosamente que no dijo "el umbral", sino "sobre el umbral", para enseñar que la cabeza y las manos de Dagon deben ser pisoteadas, las cuales se dice que fueron cortadas sobre el umbral. Por lo tanto, los sacerdotes no pisan sobre el umbral, porque evitan aplastar con el pie sus manos y cabeza cortadas. Los sacerdotes de Dagon permanecen hasta el día de hoy: porque quienes sacrifican al antiguo enemigo a través de deseos impuros, todavía existen. Quienes ciertamente rehúyen pisar sobre el umbral del templo: porque no resisten ni a las sugerencias impuras ni a las malas obras. Por lo tanto, son sacerdotes de Dagon, porque aunque no se humillan ante ídolos hechos por manos humanas, se inclinan ante las imágenes de sus concupiscencias a través de obras nefastas. Sigue:

(Vers. 6.) La mano del Señor se agravó sobre los azoteos.

5. La mano del Señor es el poder de la potestad divina. Y porque en los azoteos se designan los principios de la gentilidad, ¿qué significa que se dice que la mano del Señor se agravó sobre los azoteos? Pero agravó su mano sobre Azoto, cuando movió los corazones de los gentiles a la conversión con el poder de su potencia. Pues mientras, a través de la inspiración interna, les hizo conocer la fuerza de la muerte eterna, golpeó las mentes de los gentiles con un asombroso terror por las iniquidades cometidas. Por lo tanto, cuando se dice que la mano del Señor se agravó, se dice que los azoteos fueron muertos, esta gravedad de la mano se entiende en la multiplicación de los conversos. Pues morir para los gentiles fue separarse de la infidelidad. Ser muerto por la mano del Señor es merecer el mismo conocimiento de la verdadera fe, no por el ministerio de los hombres, sino por la virtud divina. Así que la mano del Señor era ligera sobre Azoto, cuando aún a través de pocos ministros de la fe, pocos abandonaban el error de la gentilidad. Por lo cual, el Señor también advierte a los ministros de la palabra que oren como si fuera por la agravación de la mano, diciendo: La mies es mucha, pero los obreros pocos: rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies (Mat. IX, 38). Como si dijera de otra manera: Quien a través de pocos ministros, como con una mano ligera, separa a pocos de la infidelidad, rogad que multiplique los ministros, para que como en la multitud de conversos, agrave su mano. Pero también se expone el modo de la muerte: porque cualquiera que se dice morir por esta muerte, se dice que al salir para purgar el vientre, era mordido por ratones en la parte más secreta de las nalgas. Literalmente, aquí se muestra un golpe, pero en la exposición típica se duplica. Pues por el significado de la letra, tanto la agravación de la mano del Señor como las mordeduras de los ratones pertenecen al efecto de la misma muerte: porque se dice que la mano del Señor se agrava sobre los azoteos para que sean muertos por las mordeduras de los ratones.

6. Porque verdaderamente hemos reconocido dos muertes por el significado espiritual: una, a saber, por la cual los pecadores mueren a la justicia pecando, y otra por la cual los justos se levantan de los pecados en los que vivieron arrepintiéndose; una que entra en los corazones humanos, persuadiendo el diablo, otra que opera la virtud del Dios omnipotente: es necesario, por lo tanto, que atendamos espiritualmente a ambas muertes en este lugar. La muerte, ciertamente, por la cual los pecadores resucitan de los pecados arrepintiéndose, se designa porque dice: La mano del Señor se agravó sobre los azoteos. Pero aquella muerte por la cual los gentiles se exhibieron como siervos de la impureza y la iniquidad, se designa cuando se dice que son mordidos por ratones y muertos. Pues el ratón es un animal impuro, y por la Ley se prohíbe comerlo (Lev. XI, 29). ¿Qué, entonces, se designa por los ratones, sino los demonios? ¿Y qué es ser mordido por ratones, sino ser lacerado por la pena del pecado? Pero eran mordidos por ratones cuando salían para purgar el vientre. ¿Qué es, entonces, purgar el vientre, sino, con la satisfacción del pecado, emitir el hedor de una fama miserable? Por lo tanto, quien sale para purgar el vientre, es muerto por la mordedura de los ratones: porque quien pecando se extiende al conocimiento de otros por el ejemplo de la depravación, también es retenido para la muerte eterna por una grave obligación de los demonios. Pues se dice que son golpeados en la parte más secreta de las nalgas: porque cada pecador recibe una herida en el alma de la parte que inclina al deleite del pecado. Por lo tanto, cuando la mano del Señor se agrava sobre Azoto, se dice que es golpeado por ratones: porque al predicar los doctores de la vida eterna, cuando los gentiles se convirtieron de la infidelidad, reconocieron con qué muerte de pecados, por la persuasión de los demonios, estaban obligados. Por lo tanto, ser mordido por los azoteos después de la agravación de la mano del Señor, es no ser sometido a los demonios después del conocimiento de la verdadera fe, sino contemplar, por la iluminación de la fe, a aquellos a quienes se habían ofrecido con los hediondos pecados de la

pena de muerte. Pues como si entonces fueran mordidos, cuando reconocieron las mordeduras de sus pecados. Sigue:

(Vers. 7.) Pero viendo los hombres de Azoto tal plaga, dijeron: No permanezca el arca de Dios entre nosotros, porque su mano es dura sobre nosotros y sobre nuestro dios Dagon.

7. Pues cuando veían que los templos eran destruidos, los sacrificios cesaban, las esposas se separaban de los maridos y los maridos de las esposas, los hijos de los padres y los padres de los hijos; ¿qué otra cosa pensaron sino que la mano del Señor era dura sobre ellos y sobre su superstición? Pero lo que sucedió después, sigue:

(Vers. 8.) Y enviando, reunieron a todos los sátrapas de los filisteos, y los de Gat respondieron: Que se lleve el arca de Dios.

8. Porque se dice que reunieron a los sátrapas de los filisteos, pero no se dice por qué los reunieron. Pero porque se dice que los sátrapas respondieron y dieron el consejo de llevar el arca, se entiende claramente que fueron convocados para dar consejo sobre el arca. ¿Quiénes son, entonces, los sátrapas de los filisteos, sino los predicadores elegidos de los gentiles? Los sátrapas, ciertamente, se llaman príncipes. De estos príncipes, ciertamente, se dice a través del salmista: Los príncipes de los pueblos se han reunido con el Dios de Abraham (Sal. XLVI, 10). Pues con el nombre de pueblos se designan las gentes. Quien, por lo tanto, puso el nombre de pueblos y de príncipes, sin duda designó a los sátrapas de los filisteos. Quienes ciertamente, los príncipes de los pueblos, se reunieron con el Dios de Abraham, cuando para la salvación de las gentes que iban a ser convertidas, los predicadores proclamaron con la palabra lo que el Dios omnipotente les inspiraba con deseo interno. Pues como si en los corazones de los oyentes gentiles hubiera una maravillosa concordancia entre Dios y los príncipes, cuando al mismo tiempo recibían de los santos predicadores la razón de la predicación recta, y del Señor el fruto de la buena voluntad. Y porque se sabe que son adversarios, quienes dijeron: no permanezca el arca de Dios entre nosotros: ¿cómo envían los príncipes a reunir? Pero enviar y reunir a los príncipes es provocar las mentes de los santos predicadores a la insistencia de la predicación: porque allí era más necesario predicar, donde los corazones de los gentiles se sumergían más profundamente en el error. De ahí que el ilustre doctor se gloria de haber elegido una victoria más noble sobre los enemigos indomables, diciendo: Desde Jerusalén hasta Ilírico he llenado el Evangelio de Cristo en derredor: así he predicado este Evangelio, no donde ya había sido anunciado, para no edificar sobre fundamento ajeno (Rom. XV, 19, 20). Por lo tanto, los príncipes fueron provocados no por deseo, sino por el error de los infieles, cuando pensaron que harían un mayor lucro para Dios de donde la oscuridad de los errores se elevaba más altivamente por el soplo de la soberbia. Por lo cual, también se designa la insistencia de la santa predicación, cuando se añade: Y los de Gat respondieron: Que se lleve el arca de Dios. Ellos dicen: No permanezca el arca de Dios entre nosotros; y estos dicen: Que se lleve. ¿Qué es llevar el arca de Dios, sino predicar públicamente los misterios de la verdadera fe? Pues el arca permanece entre aquellos que abrazan con amor los sacramentos de la verdadera fe que escuchan. Pero quienes dicen: No permanezca entre nosotros el arca, desean que la predicación de la fe se aparte de ellos. Por lo tanto, los sátrapas dicen al contrario: Que se lleve el arca de Dios; porque predicaban más atentamente las cosas divinas a aquellos a quienes un grave error encendía al odio de la verdad. Y porque a través de los ministerios de los santos predicadores también de tales se han traído grandes ganancias a los reinos celestiales, sigue:

(Vers. 9.) Pero mientras la llevaban, la mano del Señor se hacía en cada ciudad de gran mortandad, y hería a los hombres de cada ciudad desde el menor hasta el mayor, y se pudrían sus prominentes intestinos.

9. Pues el arca se lleva cuando los misterios de la fe se predicaban abiertamente y sin temor. Y porque al principio de la fe innumerables se convertían, se dice que se hizo una gran mortandad en cada ciudad. También porque no solo los simples, sino los sabios se convirtieron: se dice que la misma mortandad se hizo desde el menor hasta el mayor. Pero por esa misma percusión se dice que se pudren los intestinos prominentes. Pudrirse los intestinos, es que los conductos del pecado perecen completamente de la efusión del hedor acostumbrado. Pues bien se golpeó a aquel cuyos intestinos prominentes se pudren: porque ciertamente hay algunos que después de la limpieza de la conversión, se envuelven en la suciedad anterior del vicio. Los intestinos prominentes de estos ciertamente no se pudren: porque se vuelven al flujo acostumbrado de los pecados a través de obras iniquas. A estos, ciertamente, de la imperfecta percusión mal sanos, los reprende aquel que insinúa que han vuelto a los hediondos anteriores, el perro vuelto a su vómito, y la cerda lavada en el lodo del fango (Prov. XXVI, 11; II Ped. II, 22). Pues como si golpeara para pudrir los intestinos, quien introduciendo la espada de la palabra, dice: No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que obedezcáis a sus concupiscencias (Rom. VI, 12).

10. Pero puede ser que por esto, que los azoteos dicen: No permanezca el arca entre nosotros, se designe la perversidad de aquellos que de esas mismas gentes escucharon la palabra de fe y no predestinados a la vida eterna, no quisieron creer. Por lo tanto, llevar el arca de Dios por los sátrapas fue quitar la palabra de verdad de los santos predicadores, y revelar los misterios de la fe a aquellos que eran dignos. Por lo tanto, el arca fue llevada: porque los sacramentos de nuestra fe fueron quitados del conocimiento de algunos y revelados a otros. Por lo cual, cuando se llevaba, se dice que se hacía una gran mortandad en cada ciudad: porque dondequiera que llevaban la palabra de fe, se multiplicaba la gracia de la conversión. Y porque dondequiera que predicaban, entre aquellos que creían había quienes no estaban predestinados a la vida eterna, sigue:

(Vers. 10, 11.) Enviaron el arca de Dios a Ecrón. Y cuando llegó el arca de Dios a Ecrón, los ecrónitas exclamaron, diciendo: Han enviado a nosotros el arca de Dios para matarnos a nosotros y a nuestro pueblo. Enviaron, pues, y reunieron a todos los sátrapas de los filisteos, quienes dijeron: Dejad el arca del Señor en su lugar.

11. Los sátrapas, como hemos dicho, se entienden como los santos predicadores. Los ecrónitas, que se interpretan como estériles, designan a los gentiles inconversos. Quienes ciertamente dieron el consejo de dejar el arca, para que si rechazaban su salvación de la divina predicación, no se opusieran al pueblo fiel que se dirigía a la patria eterna con los sacramentos de la fe. Pues el lugar del arca, es decir, de los sacramentos divinos, se conoce que está allí donde todo lo que ahora se dice de Dios omnipotente a través del misterio de las Escrituras, se nos revelará después con conocimiento abierto. Pues ciertamente conocía el lugar propio del arca quien decía: Ahora vemos por espejo en enigma, pero entonces cara a cara: ahora conozco en parte, entonces conoceré como también soy conocido (I Cor. XIII, 12). Por lo tanto, el consejo de los sátrapas fue permitir que el arca de Dios regresara a su lugar: para que, a saber, quienes no llevaban ningún fruto de fe de la predicación de la palabra, al menos la dejaran a aquellos que de ella preparaban fruto para sí en la eternidad. Por lo tanto, bien se dice que los ecrónitas, quienes se llaman estériles, reciben el consejo de dejar el arca. Pues los ecrónitas se interpretan como estériles. Porque ciertamente no dieron ningún fruto de credulidad o de buena obra de la verdad de la fe escuchada, eran estériles. Por

lo tanto, los príncipes dieron el consejo de llevar el arca, pero de los estériles; para que, a saber, la semilla de la palabra de Dios, que no podía germinar en la tierra mala, se guardara para la tierra buena, que de este trabajo de invierno, en la vida perenne, produjera el fruto centésimo del verano. Y enseguida muestran la causa de dejar el arca, cuando los predicadores añaden:

(Vers. 11.) Para que no nos mate a nosotros con nuestro pueblo.

12. Los ecronitas clamaron: Han enviado el arca de Dios a nosotros para matarnos a nosotros y a nuestro pueblo. Los sátrapas dan el consejo, diciendo: Dejad el arca de Dios de Israel, para que no nos mate a nosotros con nuestro pueblo. ¿Quién es el pueblo, del que los sátrapas, es decir, los príncipes, dicen: para que no nos mate a nosotros con nuestro pueblo? ¿Quién es el pueblo, sino el pueblo cristiano? Por lo tanto, los príncipes dicen: Dejad el arca de Dios de Israel, para que regrese a su lugar. Como si dijera esto: De donde teméis morir, no nos prohibáis ejercitarnos para el mérito de la vida eterna. Pero lo que añaden: Para que no nos mate a nosotros con nuestro pueblo, ciertamente confunde los corazones de los gentiles reprobos en su error, mientras estos afirmaban que escaparían de la muerte de donde aquellos temían morir. También los santos predicadores quitan el arca de Dios: porque mientras se revelan las cosas espirituales a los despreciadores, se actúa para condenación del predicador indiscreto, si esos mismos misterios divinos no se dejan para ser imitados por los impíos, sino para ser ridiculizados y encerrados. Pues como si el Señor de los sátrapas no tanto pusiera el precepto de llevar el arca, diciendo: No deis lo santo a los perros, ni pongáis las perlas ante los cerdos, no sea que se vuelvan y las pisoteen con sus pies (Mat. VII, 6). De ahí que también dice: Si os persiguen en una ciudad, huid a otra (Mat. X, 23). Por lo tanto, quitan el arca para no morir: porque esconden las cosas espirituales a los despreciadores, para que no se castigue la indiscreción de aquellos que las revelan temerariamente, si se dejan para ser despreciadas. Pero porque a los ecronitas se les ordena dejar el arca, esto ciertamente insinúa lo que he mencionado: que en tiempo de persecución se hizo la exhortación de los santos predicadores para que ellos creyeran; pero a veces, para que si ellos no recibían la palabra de vida, no se opusieran a aquellos que la recibían: y si ellos, por temor a los tormentos, no tomaban el camino de la salvación, no fueran un impedimento para aquellos que se apresuraban al reino celestial sin desistir ni por amenazas ni por penas. Sigue:

(Vers. 12.) Pues había temor de muerte en cada ciudad, y la mano del Señor era muy grave.

Esto, en cuanto a la persecución exterior, cómo se debe entender, se ha expuesto arriba. Sigue:

(Vers. 12.) También los hombres que no habían muerto eran golpeados en la parte más secreta de las nalgas: y el clamor de cada ciudad subía al cielo.

13. De la percusión de las nalgas, porque lo dijimos anteriormente, no sería necesario decirlo aquí, si aquí no se dijera otra cosa que allí. ¿Qué es, entonces, lo que dice: También los hombres que no habían muerto eran golpeados? ¿Acaso aquellos que habían muerto debían ser mordidos de nuevo por la pena del arca? Pero también cuando se dice que el clamor de los golpeados subía al cielo, se podría haber mostrado suficientemente que se hablaba de los vivos, y no de los muertos. Pues el clamor de los hombres muertos no podía subir al cielo. Pero porque referimos la percusión de las nalgas anteriormente al conocimiento de los pecados, ciertamente hay hombres que no han muerto. Pues son hombres quienes han decidido actuar con fortaleza por la vida eterna que desean. Pero aún no son hombres muertos quienes deliberan hacer grandes cosas, y sin embargo no consideran con dolor de

compunción los males pasados. Por lo tanto, son mordidos por los ratones para que mueran: porque recuerdan en qué cayeron neciamente, y creen que por sus acciones pasadas merecen la pérdida de la vida eterna. Porque, por lo tanto, son hombres, no desesperan de la misericordia de Dios: y porque son mordidos para que mueran, no se exaltan por el hecho de que comienzan a ser grandes.

14. El clamor de estos ciertamente ascendió al cielo, porque el Dios omnipotente acepta con clemencia los gemidos de los conversos. Y dado que en el tiempo de la conversión de los gentiles había un gran aflujo hacia la fe, se dice que el clamor ascendió no desde una sola ciudad, sino desde varias. Por eso, en la persona de la Iglesia universal, el profeta suplica diciendo: Atiende a mi oración, desde los confines de la tierra clamé a ti (Salmo LX, 2, 3). Y mostrando que el clamor del que clama desde los confines de la tierra ascendió al cielo, dice: Oyó desde su santo templo mi voz, y mi clamor llegó a sus oídos (Salmo XVII, 7). Por lo tanto, cuando se dice que cada ciudad clamó al cielo, se alaba la penitencia universal de la conversión. Si la aflicción se refiere a la conversión, y el clamor a la devoción de la alabanza divina, ciertamente leemos en los misterios de las Escrituras lo que vemos. En las alabanzas al Dios omnipotente, cada ciudad clama: porque el universo no calla las alabanzas del Redentor; no las proclama en secreto, sino que las celebra con júbilo de alegría inefable. ¿Qué otra cosa hacía sino exhortar a todas las ciudades al clamor, quien decía: Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con voz de júbilo, porque el Señor es el Altísimo, terrible, gran rey sobre toda la tierra (Salmo XLVI, 2, 3)? De nuevo, advirtiendo, dice: Aclamad a Dios, toda la tierra, servid al Señor con alegría (Salmo XCIX, 2). Y nuevamente, expresa tanto la plaga de los ratones mordedores como el clamor de las ciudades, diciendo: Tiembla ante él toda la tierra, decid entre las naciones: el Señor reina (Salmo XCV, 9, 10). Había dicho antes: Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra (Ibid. 1). La conmoción de la tierra se refiere al dolor de la penitencia: cantar al Señor, o anunciar entre las naciones que el Señor reina, se refiere al esfuerzo de la predicación y a la devoción de la alabanza divina. El clamor de cada ciudad asciende al cielo: porque en todo el mundo tanto la verdad de la predicación como las alabanzas de las devociones son proclamadas por los fieles de la santa Iglesia, las cuales son asumidas a la altura del oído supremo por la aceptación de la dignación divina.

CAPÍTULO IV.

(I Reg. VI, 1.) Así, el arca del Señor estuvo en la región de los filisteos durante siete meses.

1. ¿Qué representan estos siete meses, sino toda la extensión de la vida presente? Aunque los de Azoto y los de Ecrón clamaban: Que se lleve el arca del Dios de Israel, y que no permanezca el arca de Dios entre nosotros, sin embargo, la verdad de la historia sagrada nos dice que en el tipo de la santa Iglesia reconocemos que el arca de Dios estuvo en la región de los filisteos durante siete meses. No fue, por tanto, la voluntad de los hombres malvados e impíos, sino la disposición de Dios en la salvación de los gentiles la que se cumplió. Ya han sido eliminados los impíos de entre los gentiles, ya han muerto los que perseguían a los confesores de Cristo, y sin embargo, el arca de Dios no se retira de la región de los filisteos: porque los sacramentos divinos se conservan entre los gentiles, embriagados con la copa del Espíritu Santo, por una diligente solicitud. Bien se dice que son siete meses, porque los misterios de las santas Escrituras perdurarán con los fieles de Cristo hasta el fin del mundo. Pero quienquiera que aprehenda los misterios de la misma santa Escritura por la gracia de la caridad íntima, no se preocupa por el lugar donde temporalmente se deja el arca, sino por aquel donde eternamente se establece. Por eso se añade:

(Vers. 2.) Y los filisteos llamaron a los sacerdotes y adivinos, diciendo: ¿Qué haremos con el arca de Dios? Indícanos cómo devolverla a su lugar.

2. ¿Quiénes son los que consultan a los sacerdotes y adivinos, sino los fieles de la santa Iglesia, que desean sin error mantener el camino de la salvación eterna? ¿Y quiénes son los sacerdotes y adivinos, sino los predicadores de la santa Iglesia? Los sacerdotes lo son por la oblación del sacramento: los adivinos, por el ministerio de la predicación. Pues estas dos cosas convienen en la persona del pastor, si tiene tanto la santidad de vida como la erudición de la sabiduría: porque está constituido para purgar los pecados de los súbditos y para disipar la oscuridad de los errores con la luz de la predicación. Por tanto, el pastor de la santa Iglesia que tiene la santidad de vida, pero no la virtud de la predicación divina, es sacerdote, pero no adivino. Asimismo, si retiene la elocuencia de la palabra sin la santidad de vida, aunque se le considere adivino, no se adorna con el honor del sacerdocio: porque lo que predica sublimemente, lo pisotea con acción terrena. Pero quienes preguntan sobre el lugar del arca y sobre devolver el arca de Dios, llaman a sacerdotes y adivinos: porque ciertamente aquellos que aman los gozos de la vida venidera a partir del conocimiento de la predicación divina, no buscan consejeros de salvación entre los sabios carnales ni entre los pastores religiosos demasiado simples. Llaman, pues, a sacerdotes y adivinos: porque se encomiendan a aquellos que demuestran la rectitud del camino supremo con la sublimidad de la ciencia, y son intercesores idóneos ante el Dios omnipotente por la pureza de vida. Preguntan, por tanto, sobre devolver el arca a su lugar: porque de este conocimiento de las Escrituras, que reciben en los misterios de las palabras, desean pasar al conocimiento perfecto de Dios en la eternidad. Pues el arca se devuelve cuando este pequeño conocimiento se completa a través del tránsito de la vida presente. Y vemos la gloria del arca de Dios mostrada en su lugar, cuando contemplamos la majestad divina con el rostro revelado, desde los altos velos de las figuras. De esta devolución del arca a su lugar se dice por el profeta: Y no enseñará más cada uno a su prójimo, diciendo: Conoce al Señor: desde el menor hasta el mayor me conocerán (Jeremías XXXI, 34). De esto Juan promete, diciendo: Cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es (I Juan III, 2). Pero ya veamos qué consejo dan los sacerdotes y adivinos a quienes preguntan sobre devolver el arca. Pues sigue:

(Vers. 3.) Dijeron: Si devolvéis el arca del Dios de Israel, no la devolváis vacía, sino que devolvedle lo que debéis por el pecado, y entonces seréis curados, y sabréis por qué su mano no se aparta de vosotros.

3. ¿Qué es el arca vacía, sino la ciencia divina sin buena obra? Devolver el arca vacía es no llevar fruto de buena obra del conocimiento de los sacramentos espirituales. Por tanto, el arca se devuelve vacía cuando la mente del que viene a la fe desea ya pasar a la contemplación eterna de Dios, y sin embargo, no se preocupa por esforzarse en buenas obras en esta vida. Por tanto, se ordena por la voz de los predicadores que cuando se devuelva el arca, no se deje vacía, para que, si quien es fiel no multiplica las buenas obras, no presuma confiar en que pasará al conocimiento eterno de Dios omnipotente. El arca, sin embargo, no se devuelve vacía si se le devuelve lo que se debe por el pecado. ¿Qué es lo que se debe al arca por el pecado, sino la aflicción de la penitencia devota? En este lugar se debe notar que se habla a aquellos que fueron mordidos por los ratones. ¿Quiénes son mordidos por los ratones, sino aquellos que, puestos en la iluminación de la fe católica, recuerdan haber actuado mal antes del conocimiento de la misma fe, o después? Pues quien antes de la gracia de la regeneración no cometió ningún crimen, y retuvo el don de la regeneración con una conducta digna, ciertamente debe al arca, pero no le debe por el pecado. Por el conocimiento de la palabra divina, se ve obligado a devolver el fruto de la buena obra, pero no se le urge a la satisfacción

de la penitencia por la deuda de los crímenes que ha rechazado. Por tanto, quienes aún son mordidos, devuelvan al arca lo que deben por el pecado; para que, por la memoria de los crímenes, restituyan a Dios omnipotente la humilde ofrenda de la penitencia. Y entonces son curados; porque entonces se cierra la herida de la conciencia, cuando la mente afligida se eleva a la seguridad de esperar el perdón a través de la penitencia. Entonces también saben por qué la mano del Señor no se aparta de ellos: porque entonces entienden la utilidad de la compunción y el bien de la carne afligida, cuando se alegran inefablemente por la confianza en el perdón divino. ¿Qué es el dolor de la penitencia, sino la molestia de la herida por el golpe de los demonios? Pues como en el dolor de la herida aún punzante suspiraba aquel convertido, cuando decía: Me convertí en mi aflicción, mientras se clavaba la espina (Salmo XXXI, 4). ¿Qué significa aflicción, sino insinuar la aflicción de la penitencia? Pero en la misma aflicción se declara convertido, mientras siente la punzada de la espina. Como si dijera: Mientras soy mordido por la memoria del crimen, no dejo de devolver la deuda al arca. Pues la espina se clava, cuando por la disposición del Dios omnipotente, el alma de los conversos se inflama en lágrimas por la memoria de los crímenes. Y se paga la deuda al arca, cuando ya por la calidad del crimen, se extiende la medida del lamento: cuando después de prolongadas lágrimas, la luz del consuelo interior se infunde en la mente afligida durante mucho tiempo, y se alivia del peso de la herida interna por el don divino: cuando ya el Dios omnipotente se acerca a la mente purificada por la gracia de su inspiración, y la alegra con la confianza del perdón obtenido, que le proporciona por la gracia de su presencia. Pues se sana de la herida cuando, por la gracia del perdón otorgado, se elimina de la mente afligida la magnitud del dolor de la penitencia.

4. Por eso, aquel que se convertía en la aflicción, mientras se clavaba la espina, en el mismo salmo se dirige alegremente al Dios omnipotente, autor de su curación, diciendo: Tú eres mi refugio de la opresión que me rodea, mi exultación (Salmo XXXI, 7). Llama opresión a la mano del Señor muy pesada. De esta herida de la mano muy pesada también habla Pablo, diciendo: Pues el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables (Romanos VIII, 26). Quien, por tanto, insinúa haber encontrado refugio en el Señor de la opresión, y exultación, manifiesta que ha sido curado de la herida del dolor interno por el gozo del perdón divino. De nuevo, confesando aún con dolor, dice: Contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante ti (Salmo L, 6). Pero porque presume de la curación, insinuando, dice: Darás a mi oído gozo y alegría, y exultarán los huesos humillados (Ibid., 7). Por tanto, se devuelve la deuda al arca por el pecado, cuando los pecadores se afligen por el conocimiento de la sagrada Escritura, y se esfuerzan por borrar con el tormento las culpas que atrajeron con el deleite de la carne. Son curados, sin embargo, cuando ya, cumplida la medida de la aflicción, son elevados a la confianza del perdón divino por la ayuda del consuelo interior. Por eso también el salmista dice: Nos alimentará con pan de lágrimas, y nos darás a beber en lágrimas en medida (Salmo LXXIX, 6). Pues da el potus de lágrimas en medida: porque ciertamente el pecador, aunque se compunge por la culpa por la inspiración interna de Dios, por la misma aflicción de la compunción es elevado por el mismo consolador. Por eso también el Señor dice por Moisés: Yo mataré, y yo haré vivir: heriré, y yo sanaré (Deuteronomio XXXII, 39). Pues hiere y sana: porque a quienes hiere con la compunción, los cura con la seguridad del perdón. Bien, por tanto, se dice a los ya curados: Y sabréis por qué su mano no se aparta de vosotros. Pues antes de que cure, no pueden saber por qué la mano del Señor no se aparta de ellos: porque entonces entienden el bien de la penitencia, cuando en el corazón ya purificado reconocen la gracia del Espíritu Santo, y desean los dones del perdón divino, de los cuales se alegran con exultación inefable. Pues se ve que ya conocían la causa de la mano del Señor que no se apartaba de ellos, quienes expresan las exultaciones de los heridos, hablando a Dios y diciendo: Nos hemos llenado por la mañana de tu misericordia,

hemos exultado y nos hemos deleitado por los días en que nos humillaste, los años en que vimos el mal (Salmo LXXXIX, 14, 15). Pues como habían recibido luto en la noche de la penitencia, se alegraban de haberse llenado de misericordia por la mañana, es decir, con la claridad de la dignación divina apareciendo, quienes afirman haberse deleitado por los días en que habían sido humillados: por el don de la curación, se demuestra que conocían por qué la mano del Señor no se apartaba de ellos. Pero porque aún se dice por consejo de los príncipes que se devuelva al arca lo que se debe por el pecado; y no se expone qué es lo que se debe, se añade:

(Vers. 4, 5.) Ellos respondieron diciendo: ¿Qué es lo que debemos devolver por la ofensa? Ellos respondieron: Según el número de las provincias de los filisteos haréis cinco tumores de oro, y cinco ratones: porque una plaga fue para vosotros y para vuestros príncipes. Haréis las semejanzas de vuestros tumores, y las semejanzas de los ratones que han destruido la tierra, y daréis gloria al Dios de Israel, si acaso alivia su mano de vosotros, y de vuestros dioses, y de vuestra tierra.

5. ¿Qué significa que se ordene hacer cinco semejanzas de tumores y otras tantas semejanzas de ratones, según el número de las provincias, y así se pague la deuda al arca? Estas cosas, si se consideran según la vileza de la letra al modo judío, no solo deben ser despreciadas, sino que ni siquiera son dignas de ser escuchadas. Pero quien las recibe dignamente, es aquel que, cuanto más viles las oye por el sonido de la letra, tanto más entiende que son útiles por la significación espiritual. Pues el Espíritu Santo, por cuya inspiración se escribe toda esta historia sagrada, nunca propondría cosas tan viles, si en el arcano de esta vileza no señalara ciertos grandes y muy preciosos misterios. Por eso el doctor egregio confiesa, diciendo: Todo esto les sucedía en figura; y está escrito para nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos (I Cor. X, 11). Por tanto, deben buscarse más profundamente por el espíritu, cuanto más vil se ve lo que dicen en la carne expuesta de la letra. ¿Qué son, pues, las semejanzas de los tumores, qué las imágenes de los ratones? Y dado que anteriormente mencionamos tanto a los demonios tentadores como a los miembros expuestos a los fetores de los pecados, ¿con qué significación se doran las semejanzas de los tumores y de los ratones? Pero ciertamente entonces se paga bien la deuda al arca por el pecado, si las semejanzas de los tumores y de los ratones se fabrican de oro. En la semejanza del tumor se ve el miembro que emite fetor: y sin embargo, porque es semejanza, no verdad, ya no se mancha con fetor. Y porque se hace de oro, esto ciertamente insinúa: porque la especie de la deformidad se transforma en el esplendor de la belleza. Por tanto, el pecador convertido hace la semejanza del tumor, cuando trae a la memoria los miembros que había expuesto a los fetores del pecado. Fabricar, pues, la semejanza del tumor es recordar con corazón penitente la turpitud de sus miembros que recientemente pecaban. No hace, por tanto, el tumor, sino la semejanza del tumor, quien tanto lava los miembros de los fetores del pecado, como no omite recordar a qué pecados había sometido esos mismos miembros. Y ciertamente se ve que la semejanza del tumor se hace de oro, porque las turpitudes de los pecados se desgastan para el precio de la salvación eterna. O tal vez, al recordar se hacen las semejanzas de los tumores, al llorar se doran: porque tanto al recordar lo que hicimos, lo formamos: y mientras lloramos atentamente lo cometido, doramos los miembros en el esplendor de la justicia. Por tanto, se ve la semejanza del tumor, no la verdad, porque entonces el pecador mira la ignominia de su deformidad, cuando no solo no ejerce las malas obras cometiéndolas, sino que también se duele intensamente de haberlas cometido en el pasado. Se ordena, sin embargo, hacer cinco tumores, porque se manda la satisfacción universal de todos los gentiles. Por eso también se nota cuidadosamente: Según el número de las provincias de los filisteos. ¿Por qué son cinco las provincias de los filisteos, sino porque se designa la vida carnal de los gentiles? Porque, en efecto, los cinco sentidos del

cuerpo no los dedicó a la alabanza del Creador, sino a la vida carnal, se expresan las provincias de los filisteos por el número cinco. Se ordena hacer cinco tumores de oro, para que se compunjan de todos los sentidos: y porque todos pecaron, por eso lleven a la claridad de la vida suprema todos los miembros que contaminaron con toda clase de suciedad de pecado por los placeres de la carne. En el oro, en efecto, se muestra el resplandor de la conversación suprema, porque por Juan se dice de la ciudad suprema: La ciudad misma es de oro puro, semejante a vidrio puro (Apoc. XXI, 18). Los miembros, por tanto, se doran, cuando el cuerpo deforme por la suciedad terrena y fangosa de las concupiscencias se transforma en el esplendor de la vida eterna: cuando, en efecto, por la belleza de la conversación santa resplandece lo que en el apetito de la delectación mundana se ensuciaba con el feto de los pecados. A esta doradura el bienaventurado Pablo exhortaba a sus oyentes, diciendo: Así como presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad para iniquidad, así presentad ahora vuestros miembros para servir a la justicia para santificación (Rom. VI, 19). Y como si los obligara a mirar las semejanzas de los tumores, añadió, diciendo: ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las que ahora os avergonzáis? Pues el fin de ellas es la muerte. Por tanto, las semejanzas de los tumores se hacen para la vergüenza: porque ciertamente llevamos a la memoria las manchas de nuestra fealdad, para avergonzarnos de esas mismas manchas. Pero se doran para la seguridad: porque ciertamente mientras cubrimos nuestra deformidad con la claridad de la vida suprema, esperamos con cierta seguridad la discusión del juicio divino.

6. También se ordena hacer de oro los ratones que han destruido la tierra: porque también los espíritus inmundos, que sugieren a nuestra carne los placeres de la corrupción, se recuerdan para nuestra justificación. ¿Qué es hacer semejanzas de ratones, sino recordar las victorias que los espíritus malignos tuvieron sobre nosotros? Pero también se doran las semejanzas de los ratones, cuando suspiramos por haber sido vencidos por sus fuerzas. Pues mientras lamentamos haber sido vencidos por sus engaños, ciertamente tenemos semejanzas de ratones de oro, mientras no tenemos en el halago de la obra, sino en el desprecio de la reprobación, los consejos pasados de los demonios. Por tanto, se hacen semejanzas de ratones de oro, porque los engaños pasados de los demonios nos aprovechan para el resplandor de la buena vida. Pues tanto más humildes somos ya, cuanto más resplandecen nuestros miembros por el fulgor de la conversación suprema; y nosotros mismos, que ya hacemos cosas fuertes con la ayuda del Dios omnipotente, nos vemos vencidos por los engaños de los espíritus inmundos. Este consejo, porque lo dan a muchos, también muestran su razón, porque dicen: Porque una plaga fue para vosotros y para vuestros príncipes. Como si dijeran abiertamente: Porque todos fuisteis sometidos al pecado, es necesario que juntos preparéis los corazones para el estudio de una vida mejor. Por eso también Pablo dice: Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia (Rom. III, 23).

7. Y para recomendar con más atención el propósito de mejorar la vida, repiten insistiendo, diciendo: Haréis semejanzas de vuestros tumores, y de los ratones que han devastado la tierra, y daréis gloria al Dios de Israel, por si acaso alivia su mano de vosotros, de vuestros dioses, y de vuestra tierra. Dar gloria a Dios con las semejanzas mencionadas es no gloriarse vanamente en uno mismo por el esfuerzo de las buenas obras y la estimación de la humildad, sino dedicar todo lo que se hace a las alabanzas del Dios omnipotente. Y porque dicen: Si acaso alivia su mano de vosotros (1 Sam. VI, 5): ¿qué otra cosa se entiende en esta palabra de duda, sino que se muestra difícil la reconciliación de los criminales? Por eso también se dice por Jonás: ¿Quién sabe si se convertirá y perdonará Dios? (Jonás III, 2). Porque, por tanto, se dice si acaso alivia su mano, debemos conmovernos con gran fortaleza a las lágrimas de penitencia: porque incluso aquellos que hacen una penitencia rigurosa apenas encuentran

confianza en la salvación, ¿cuándo podrán salvarse los negligentes? Esta dificultad de reconciliación, si se mantiene en la estimación de los penitentes, no se encuentra de ninguna manera en el Dios omnipotente: porque incluso cuando los ninivitas, como por una difícil reconciliación, se humillan con una grave penitencia, fácilmente merecieron la misericordia del Dios omnipotente. Y cuando el pueblo, con la voz aguda del profeta Joel, se postraba ante Dios con lamento, ciertamente actuó para que, quien parecía difícil de aplacar, aliviara su ira. Pues inmediatamente está escrito: El Señor se llenó de celo por su tierra y perdonó a su pueblo (Joel II, 18). Por tanto, la mano se alivia cuando la mente, profundamente compungida en la penitencia, se eleva al don de la misericordia alcanzada, por la inspiración divina. Y porque, como dije, al inicio de la naciente Iglesia, así como la conversión general de los pecadores, también era general la reconciliación de los convertidos: la mano de Dios, que se dice que debe ser aliviada, se dice que debe ser aliviada tanto de los oyentes, como de sus dioses, y de la tierra. Por los dioses se designan los hombres sublimes y sabios. Pues también el Señor dice a Moisés: Te he puesto como dios para Faraón (Éxodo VII, 1). Y en el mandato de la Ley también se ordena: No injuriarás a los dioses (Éxodo XXII, 28). Por la tierra, en cambio, se expresa la vida de los simples: porque mientras reciben la predicación de los superiores, como la lluvia del cielo que cae sobre ellos, producen fruto de buena obra por la irrigación de la palabra. Por tanto, la mano del Señor se alivia de los dioses y de la tierra, cuando tanto los sabios como los simples son llevados a la certeza de la indulgencia divina, ya sea por consuelo oculto y espiritual, o por el juicio de los predicadores. Por eso también aquel que poco antes había aconsejado dorar los miembros, diciendo: Presentad vuestros miembros para servir a la justicia en santificación (Rom. VI, 19), como pronunciando el juicio de la mano del Señor aliviada, dice: Pero ahora, liberados del pecado, hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en santificación, y el fin, la vida eterna (Ibid., 22). De aquí que nuevamente, admirando el resplandor íntegro del oro en los convertidos de la deformidad de una vida más perversa, dice: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8). De aquí que, alabando a los suyos, dice: En medio de una nación perversa y torcida, entre los cuales resplandecéis como luminarias en el mundo (Filip. II, 15). Por tanto, hechas las semejanzas de oro de los tumores y ratones, y dada la gloria a Dios, la mano del Señor se alivia: porque después del llanto de la penitencia, después de la mejora de la vida y la estimación de la humildad, los pecadores son llevados a la plena misericordia del Dios omnipotente. Y porque todo esto aún se ordena por consejo; el consejo de los predicadores algunos lo cumplen devotamente, otros lo desprecian, quienes elevan a los buenos con alabanzas por el esplendor de la buena vida, se encienden contra los soberbios por la invectiva de la reprensión. Pues sigue:

(Vers. 6.) ¿Por qué endurecéis vuestros corazones, como Egipto y Faraón?

8. Porque endurece el corazón, como Egipto y Faraón, quien ya con el conocimiento de la sagrada palabra entiende las heridas de sus pecados, y sin embargo, por la mejora de la vida, por la amargura de la penitencia, no dirige su ánimo a los verdaderos gozos de la vida futura. Bien, pues, se asemeja a los egipcios en la dureza del corazón. Egipto, en efecto, significa tinieblas. ¿Qué se entiende, pues, por el nombre de Egipto, sino la multitud de ángeles caída de las sedes celestiales? ¿Y qué en Faraón, rey de Egipto, sino el mismo autor de las tinieblas, el diablo? Bien, pues, los disimuladores de la penitencia se asemejan a Egipto y Faraón en la dureza del corazón. Porque los ángeles reprobados, una vez caídos de los celestiales, así como no recuperan el amor de la bienaventuranza perdida, tampoco pueden hacer penitencia por la soberbia perpetrada. Por tanto, cuando los santos predicadores se lanzan contra los pecadores impúdicos con aguda reprensión, sacan a la luz la semejanza de Egipto y Faraón; para que sus oyentes tanto más fácilmente se apresuren a la satisfacción, cuanto por lo que no

quieren hacer penitencia, no ignoran que son semejantes a los ángeles condenados. Por eso también los instan con insistencia al estudio de cumplir el consejo, cuando, añadiendo, dicen:

(Vers. 7-9.) Tomad, pues, y haced un carro nuevo, y uncid dos vacas que críen, sobre las cuales no haya sido puesto yugo, y uncidlas al carro, y encerrad los becerros en casa: y tomaréis el arca del Señor, y la pondréis sobre el carro, y los vasos de oro que le habéis pagado por el delito, los pondréis en una caja a su lado, y dejadla ir, para que se vaya. Y observaréis: y si sube por el camino de sus confines hacia Bet-semes, él nos ha hecho este gran mal. Pero si no, sabréis que no nos ha tocado su mano, sino que ha sucedido por casualidad.

9. ¿Qué se designa con el nombre de carro, sino toda la santa Iglesia en conjunto, o el alma de cada fiel en particular? Las ruedas de este carro son ambos Testamentos. Pues mientras la santa Iglesia, o cualquier mente elegida, instruida por el Antiguo y el Nuevo Testamento, se apoya en la vida eterna, como con sublimes ruedas de prelados, se lleva por el alto al lugar propuesto. Pero se ordena hacer un carro nuevo, para que, quien desea llegar a los gozos eternos, se vista con el esplendor del nuevo hombre por el precepto del amor. Este carro, en efecto, el Señor mandaba renovar, diciendo: Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros, como yo os he amado (Juan XV, 12). De aquí que Pablo ordena, diciendo: Renovad el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios (Efes. IV, 23). De aquí que, hablando a los Romanos, dice: No en comilonas y borracheras, no en contiendas y envidias, no en lechos y lujurias, sino vestíos del Señor Jesucristo (Rom. XIII, 13). Por tanto, hace un carro nuevo quien entiende correctamente ambos Testamentos y, vestido con el esplendor de la santa conversación, se extiende hacia los deseos celestiales.

10. También pueden las ruedas, por las que este carro avanza, designar el doble deseo de cada elegido: porque quien ya, con la ayuda de Dios, sostiene la vida presente en la aflicción de la peregrinación, desea llegar a la futura bienaventuranza; para que sea impasible e inmortal: para que, por uno, abandone la miseria que aborrece; por otro, nunca pierda la bienaventuranza que merece. Las vacas, sin embargo, son los santos predicadores. Que, porque son insignes por el doble precepto de la caridad, y en la nueva conversación engendran las almas de los conversos, se designan correctamente tanto por el número binario como por el género femenino. Los becerros, sin embargo, son los deseos terrenales. Pues cuando las vacas tiran del carro, encierran a los becerros en casa: porque mientras proporcionan guía a los fieles elegidos hacia la patria celestial, prohíben que los deseos que les sugieren una vida reprobable salgan a la acción. Encierran, en efecto, a los becerros, cuando ya en el mismo inicio de la sugerencia, aplastan dentro de la conciencia los deseos soberbios, y no permiten que avancen a la acción de la obra. Por eso se dice que se buscan vacas a las que no se les ha impuesto yugo para tirar del carro: porque los predicadores deben ser proporcionados a los fieles elegidos, que no estén sometidos a ningún yugo de crimen bajo el imperio del poder diabólico. De este yugo, en efecto, se dice por el profeta: El yugo se pudrirá a causa del aceite (Isa. X, 27). Bien, sin embargo, el proceso de los sentidos concuerda con el orden de las palabras: porque aunque son libres de la dominación adversa, es necesario que siempre sean sospechosos de la futura conversación. Por tanto, las vacas están sin yugo, y sin embargo, sus becerros están encerrados en casa: porque los santos predicadores dominan a los espíritus adversarios con virtud: pero no apartan su intención de domar los deseos perversos, porque no pueden tener seguridad perpetua en esta vida por la santidad con la que se ven adornados. Y porque a tales se les abre más ampliamente la gracia del conocimiento divino, se ordena adecuadamente que se tome el arca del Señor y se ponga sobre el carro. Lo que se ordena que el arca se ponga sobre el carro de los oyentes, esto ciertamente insinúa que en la santa Iglesia encontramos muchos órdenes de prelados: porque

mientras por prerrogativa unos son más dignos que otros, también obtienen la autoridad de mandar en la cumbre de un orden más alto. Por tanto, cuando se ordena que el arca del Señor sea llevada, se dice que se ponga sobre un carro nuevo: porque ciertamente avanza correctamente hacia la patria eterna con el conocimiento de los sacramentos espirituales, quien no abandona lo que ha aprendido de la santa Escritura por la belleza de la nueva conversación.

11. Sin embargo, se ordena poner a un lado del mismo arca los vasos de oro, que le fueron devueltos por el delito. Llama vasos de oro a los que mencionó anteriormente, diciendo: Haréis semejanzas de vuestros tumores y de los ratones. En estos vasos, en efecto, dijimos que se designa la memoria de los pecados y tentaciones. ¿Qué es, pues, que anteriormente dijo que eran semejanzas de tumores y ratones, y ahora los llama vasos de oro? Pero allí se trataba de lo que debía pagarse al arca por el pecado, aquí, sin embargo, de la remisión del arca. ¿Qué es, pues, que estas mismas cosas se expresan ahora con un nombre más honesto, sino porque los pecados que no se han limpiado con lágrimas de penitencia deben ser vistos y llorados más atentamente en su deformidad: pero aquellos que ya han sido lavados con grandes lágrimas, no deben ser vistos más atentamente, ni en su deformidad, sino pensados alguna vez con estimación de humildad? Pues como en la mente del penitente, y del que duele agudamente, es semejanza de tumores y de ratones: cuando para llorar más atentamente, ve la masa de pecado que antes acumula ante los ojos de su mente. Pero cuando ya, con grandes y prolongadas lágrimas, de algún modo seguro de la remisión de sus pecados, comienza a apresurarse hacia la patria celestial con el curso de una gran conversación, ya ve vasos de oro: porque ve los pecados, no con los que se veía atado, sino que los dedica a las alabanzas del Dios omnipotente. Bien, sin embargo, se colocan estos vasos en una caja a un lado del arca. Pues si el arca insinúa el secreto del conocimiento divino, los vasos se cuelgan a un lado: porque mientras la altura del conocimiento divino eleva la mente, nuestras pasadas debilidades deben ser recordadas para la virtud de la humildad. Por tanto, no deben ser colocados ante el arca; no sea que, mientras miramos desmedidamente nuestras debilidades, no podamos elevarnos a lo alto. Por tanto, es claro que se cuelgan del lado: para que veamos libremente lo alto, y, cuando convenga, llevemos los ojos de la mente a nuestras debilidades.

12. ¿Qué es, sin embargo, lo que se ordena: Y dejadla ir, para que se vaya? Pero el arca se deja ir, cuando las mentes instruidas de los súbditos son permitidas vivir libremente por sus rectores: para que, ciertamente, se apresuren hacia la patria eterna, no ya por el imperio de un superior, sino por el juicio de su propia razón. Por tanto, debe ser sostenida para que se ponga en el carro; y una vez puesta, se deja ir: porque ciertamente no se debe dar a los súbditos elegidos la libertad de disponer de su vida antes de que reciban la instrucción de la doctrina espiritual y la firme costumbre de la buena obra. Pues ni a los súbditos simples y bien vivientes, ni a los instruidos e inestables se les concede correctamente la libertad de vivir. Aquellos, en efecto, podrán ser engañados tanto más fácilmente por el astuto adversario, cuando no han aprendido de ninguna manera a descubrir sus insidias por la instrucción espiritual: estos, sin embargo, tanto más difícilmente guardan el bien de la instrucción, cuanto ven las trampas del tentador, y no pueden evitar sus lazos aunque sean instruidos. Por tanto, el arca se deja ir adecuadamente, cuando antes se fabrica el carro al que debe ser puesta, cuando los vasos de oro que se deben por el pecado cuelgan de su lado: porque ciertamente entonces podrá ser segura la vida del súbdito que vive libremente, cuando ha aprendido a guardar la renovación del hombre interior por largo uso; cuando por la pureza de la vida alcanza la altura del conocimiento divino, y entre los dones sublimes, no descuida recordar lo que alguna vez hizo mal para la humildad. Esta libertad de vivir, que ciertamente se concede a los buenos súbditos solo para el estudio del amor supremo, se añade adecuadamente

también la causa por la que se deja ir el arca: para que se vaya, dice. Como si también dijera con otras palabras: Solo para esto deben ser permitidos vivir más libremente, para que se apresuren más rápidamente hacia la patria celestial. Pero porque no pocos súbditos son perfectos tanto en conversación como en ciencia a juicio humano, no divino; debe ser previsto por el estudio de los buenos rectores, que no pasen por alto su cuidado ni siquiera cuando esos mismos súbditos se consideran a sí mismos liberados de su cuidado, sino que con piadosa astucia exploren cómo viven ya libres, aquellos cuya buena sumisión conocían más plenamente. Por eso también se añade: Y observaréis, y si sube por el camino de sus confines hacia Bet-semes, él nos ha hecho este gran mal. Pero si no, sabremos que no nos ha tocado su mano, sino que ha sucedido por casualidad.

13. Bet-semes, como ya dijimos, se interpreta como casa del sol. Sin embargo, los predicadores observan el arca dejada, si avanza por el camino recto hacia Bet-semes: porque incluso cuando los súbditos son dejados a su propio juicio, los prelados deben explorar si convierten el bien de la libertad al progreso del camino celestial. Pero también debe notarse cautelosamente: porque entonces el arca avanza correctamente hacia Bet-semes, cuando no abandona el camino de los confines. Nuestros confines, en efecto, son los elegidos anteriores: son confines, en efecto, quienes tienen posesiones dispuestas junto a ellos. Por tanto, los confines de los elegidos son los coherederos perpetuos del reino eterno. Pues como habitan con posesiones dispuestas junto a ellos, quienes han sido llamados a la misma sociedad de la patria eterna, han obtenido los derechos de la herencia eterna de la misma majestad del Creador. O se dice confines por esto: porque cuando los elegidos llegan a los gozos de la vida eterna por la buena conversación, quienes viven rectamente en este mundo son vecinos de los ciudadanos celestiales. ¿Cuál es, pues, el camino de los confines, sino la aflicción temporal? Este camino, en efecto, el Señor mismo lo muestra como Bet-semes, diciendo: Estrecho es el camino que lleva a la vida (Mat. VII, 14). Este también lo recomienda, cuando increpando a los discípulos, dice: ¡Oh necios y tardos de corazón para creer! ¿No era necesario que el Cristo padeciera y así entrara en su gloria? (Luc. XXIV, 25). De aquí que Pablo dice: Por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios (Hech. XIV, 21). Por tanto, el arca se dirige correctamente hacia Bet-semes, cuando parece ascender por el camino de los confines: porque en la conversación celestial progresa verdaderamente quien busca llegar a los gozos eternos no por las delicias mundanas, sino por las aflicciones de la carne y las adversidades del mundo. Pero porque no se dice que el arca dejada va, sino que asciende, se indica un camino más alto a los súbditos dejados en libertad: porque no avanzan correctamente por el camino de Bet-semes, si no progresan diariamente de los bienes a los mejores. Ascender, en efecto, en méritos de virtudes, es progresar diariamente a los mejores. Pero cuando el arca se dirige correctamente hacia Bet-semes, atribuyen a las obras del Dios omnipotente el gran mal que habían sufrido. Llaman, en efecto, gran mal a esa percusión, de la que se lee anteriormente: La mano del Señor se hacía sentir sobre cada ciudad con una gran mortandad. Y porque referimos esa misma mortandad tanto a la conversión de los gentiles como a la saludable compunción de los fieles delincuentes, cuando el arca avanza correctamente hacia Bet-semes, se indica que ese gran mal que sucedió es de Dios: porque ciertamente el fin de cada uno de los elegidos indica cómo el ánimo del predicador reconoce sus primeras obras.

14. Pues si al final fallan, se conoce claramente que sus buenos principios no fueron del Señor. Por eso también se añade: Pero si no, sabremos que no nos ha tocado su mano, sino que ha sucedido por casualidad. ¿Qué es la mano del Señor, sino el unigénito del Padre eterno? No son tocados por la mano del Señor, quienes no son separados de su conversación anterior por la inspiración de la palabra divina, sino por una deliberación repentina de su

corazón. Quienes ciertamente tanto más rápidamente fallan de la bondad comenzada, cuanto que lo que habían propuesto entrar por el camino estrecho a la patria eterna, no supieron prever con qué fortaleza debía ser ejecutado. Por eso se dijo adecuadamente: Sucedió por casualidad. Pues lo que sucede por casualidad, acontece repentina y sin consejo y previsión. Por tanto, cuando aquellos que parecían haberse apartado del amor del mundo, o que parecían haberse convertido de la infidelidad, reviven a la maldad de la vida anterior, se conoce claramente que no fueron muertos, como parecía, por la mano del Señor, sino que fueron separados de su conversación anterior por un accidente casual. Sigue:

(Vers. 10, 11.) Hicieron así, y tomando dos vacas, las uncieron al carro, y encerraron a sus becerros en casa, y pusieron el arca de Dios sobre el carro, y la caja que contenía los ratones de oro y las semejanzas de los tumores.

Porque esto se expuso más ampliamente arriba, veamos ahora qué contiene en sí misma la misma marcha del arca en cuanto a la instrucción espiritual. Pues sigue:

(Vers. 12.) Las vacas iban rectamente por el camino que lleva a Bet-semes, y avanzaban por un solo camino, yendo y mugiendo: y no se desviaban ni a la derecha ni a la izquierda.

15. Ir directamente por el camino que lleva a Bethsames es esforzarse por la perfección celestial, manteniendo la aflicción de la carne mediante la virtud de la discreción. Pues las vacas no caminan rectamente si en la aflicción de la carne no se guarda la discreción. En efecto, cuando la carne se aflige en exceso, no puede ayudar al espíritu porque queda completamente debilitada. Y si no se aflige dignamente, cuando se enorgullece, se niega a servir a la mente como si fuera libre e indomable. Por tanto, cuando se dice que las vacas van rectamente por el camino de Bethsames, se añade: No se desviaban ni a la derecha ni a la izquierda. Desviarse a la derecha es insistir desmesuradamente en la virtud de la abstinencia: porque al seguir la virtud necesaria de la abstinencia, nos apartamos del camino al privarnos de otras ayudas de la carne. Desviarse a la izquierda es indulgir en exceso a la carne. Pues nos apartamos del camino de Bethsames por el vicio de la indulgencia abierta, cuando llevamos la carne a los placeres, habiendo conocido que el camino al paraíso está dispuesto en la aflicción.

16. Y porque no hay sinceridad en una vida más austera si la simplicidad de la pureza de las buenas obras no concuerda con la intención, se expresa cautelosamente: Y caminaban por un solo camino. Camina por un solo camino quien mantiene la virtud que pretende en la buena obra con recta intención. En cambio, de cada uno de los reprobos se dice: ¡Ay del pecador que entra en la tierra por dos caminos! (Ecli. II, 14). El pecador entra en la tierra por dos caminos cuando lo que hace parece ser de Dios, pero en todo lo que exhibe religiosamente exteriormente, interiormente mantiene la intención del mundo. Sin embargo, el Señor insinúa que sus elegidos caminan por un solo camino, diciendo: Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo será luminoso (Mat. VI, 22). De aquí Pablo dice: Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). De aquí David: Toda la gloria de la hija del rey es interior (Sal. XLIV, 14). Por tanto, las vacas caminan por un solo camino hacia Bethsames, porque los elegidos, apresurándose hacia la patria eterna, hacen el bien exteriormente, pero no buscan de esas mismas buenas obras las recompensas del mundo.

17. ¿Qué significa que de esas mismas vacas se dice que caminaban avanzando y mugiendo? Se dice que avanzan porque los hombres santos hacen el bien incesantemente: mugen porque no pueden extinguir los deseos carnales en sí mismos sin gran tribulación diaria. Mugir, en

efecto, pertenece al trabajo de domar la carne; avanzar, a la perseverancia de la buena voluntad. Pues cuando la carne es obligada a reprimir los movimientos carnales contra su naturaleza, parece mugir mientras avanza, porque se le prohíbe cumplir sus propios deseos. Bien se describen estos dos aspectos en el progreso de los santos, a saber, avanzar y mugir. Porque aunque tienen gran deseo de apresurarse hacia la patria celestial, no obstante, tienen una paciencia invencible en el trabajo. De estas vacas que avanzan se dice por Ezequiel: No se volvían cuando avanzaban (Eze. I, 12). Pablo también expresa el mugido de las vacas y su causa, diciendo: Veo otra ley que se opone a la ley de mi mente y me lleva cautivo en la ley del pecado. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 23, 24). Mugen, pues, las vacas, pero avanzan: porque los hombres santos, aunque soportan grandes tentaciones, no abandonan el camino hacia la patria celestial. Avanzan, pero mugen: porque aunque se apresuran con grandes deseos hacia lo alto, no obtienen el progreso del camino celestial de la paz tranquila, sino del triunfo sobre la tentación. Sigue:

(Vers. 12.) Pero los príncipes de los filisteos los seguían hasta los límites de Bethsames.

18. ¿Cuáles son los límites hasta los que es necesario que los prelados sigan el arca de Dios que avanza, y cuáles no es apropiado avanzar en compañía del arca de Dios? Si tomamos estos límites en la instrucción de la sagrada palabra y en la buena obra, no parece contrario. Pero estos límites de Bethsames son los límites de los príncipes que siguen, cuando cada uno, según su medida, es perfecto sobre sus súbditos en la doctrina de la sagrada palabra y en la práctica de la buena obra. Pues el pastor ya se vuelve seguro de esto, cuando ya contempla cautelosamente las cosas espirituales y, con la fortaleza de la buena obra, aprehende lo que ha comprendido con razón. Estos límites, en efecto, se dicen ser los límites de Bethsames: porque, al recibir dignamente a los obreros instruidos de Dios, los introducen a la contemplación de la patria celestial. Son límites porque reciben a los dignos para la contemplación y expulsan a los indignos. Pues los indoctos, si presumen elevarse a contemplar las cosas celestiales más sutilmente, se desvían más errando que aprehenden la luz de la verdad. Y si alguien no precede con buenas obras, ciertamente actúa de tal manera que nunca encuentra la claridad de la visión interna que desea. Por eso el Señor en el Evangelio, como enviando a los amantes de la vida contemplativa a los límites de Bethsames, dice: El que tiene mis palabras y las guarda, ese es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él (Juan XIV, 21). Pues quien dice que se manifestará solo a los que lo aman, y que ama a los que guardan sus mandamientos, enseña claramente que no otorga la luz de su visión oculta sino como recompensa de la buena obra. Sigue:

(Vers. 13.) Por su parte, los habitantes de Bethsames estaban cosechando trigo en el valle.

19. ¿Quiénes pueden entenderse más correctamente como los habitantes de Bethsames que aquellos que ya son hombres perfectos en la sublimidad de la contemplación? Pues son como de la casa del sol, quienes, despreciando todas las cosas terrenales, son iluminados por los esplendores de la verdadera luz. Son de la casa del sol, quienes, ya sepultados al mundo entero, arden con la llama de un amor admirable para ver la claridad de su Creador. Quienes ascienden a su ciudad de dos maneras: quienes son llevados a la claridad de la patria celestial, ahora por la contemplación y al final por la verdad de la gloria, ahora vuelan a la casa del sol contemplando; pero lo que ahora ven con la pureza de la mente, entonces aprehenderán la verdad por la alegría presente de la retribución eterna. Por tanto, el arca de Dios es llevada a Bethsames, cuando la mente elegida, ya sea por la altura de la contemplación o por la ascensión de la retribución, es elevada a los gozos eternos. Por tanto, no podemos conocer aquel sitio eterno e inefable del arca, escuchemos lo que se dice de esto que conocemos. ¿Qué

significa, pues, que los habitantes de Bethsames cosechan trigo en el valle, sino que los dedicados a la vida contemplativa recogen las delicias de la interna refacción en la virtud de la humildad? Pues el valle en la sagrada palabra designa la estimación de los humildes, como testifica el salmista, quien hablando del Señor, dice: Tú envías fuentes en los valles (Sal. CIII, 10). Pues infunde la superna gracia en las mentes dispuestas por la humildad. Por tanto, los habitantes de Bethsames cosechan trigo en el valle: porque los que se dedican a la contemplación, mientras por el mérito de la humildad contemplan más claramente las cosas celestiales, atan manojos de gozo para la más dulce refacción de las mentes. Pues el pan de trigo, así como es más blanco a la vista, también es más deleitable al sabor.

20. Pero tal vez en esta vida aún no tomamos el pan, sino que cosechamos las espigas; en aquella vida superna de bienaventuranza, no espigas, sino que comemos el pan. Pues en esta vida, cuando nos elevamos a contemplar las cosas eternas, nos esforzamos por captar las similitudes de las cosas celestiales a partir de estas cosas ínfimas y visibles: para que, según la voz del insigne doctor, conozcamos las cosas invisibles desde la creación del mundo, por medio de las cosas visibles que han sido hechas (Rom. I, 20). Por eso también aquel verdadero habitante de Bethsames, y doméstico del sol de justicia, exultante, dice: Me has deleitado, Señor, con tu obra, y en las obras de tus manos me regocijaré. ¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor, tus pensamientos se han hecho muy profundos! (Sal. XCI, 5, 6). Pero mientras en las cosas visibles recibimos los gozos de las cosas invisibles, es como si aún tuviéramos el trigo entre la paja. Entonces, sin embargo, para nosotros será puro trigo, o pan de trigo. Pues cuando, ya absorbida la muerte, en la vida eterna, con el rostro revelado, veremos más claramente al Redentor, no necesitaremos las envolturas de las similitudes para su conocimiento. Bien se dice, pues, de los habitantes de Bethsames que cosechaban trigo en el valle: porque los hombres perfectos, aunque por el mérito de la humildad reciben la sublimidad de la contemplación celestial, no pueden llegar a contemplar la pura sustancia del Dios omnipotente, donde aún cosechan la refacción de su mente como entre la paja. El bien de esta humildad se designa cuando se añade:

(Vers. 13.) Y alzando los ojos vieron el arca de Dios.

21. Alzan los ojos: porque mientras no sienten cosas altas de sí mismos, están como en un llano por su propia estimación. Alzan los ojos: porque contemplan a aquellos que ven dignos de la gracia divina, colocados en la altura de la cumbre de los méritos. Pero alzando los ojos ven el arca: porque cuanto más humildemente se rebajan por su propia estimación, mejor pueden conocer los bienes de los prójimos. Pues aquella verdad, que por sí misma abandona los corazones de los soberbios, también les oculta los dones que confiere a los humildes; de modo que, como si estuvieran completamente cegados, no ven ya el sol difundido en la tierra, quienes han dejado de ver sus rayos de claridad en el cielo. Pero como hemos referido el regreso del arca de Dios al propósito de la vida contemplativa, la elevación de los ojos también puede referirse no inconvenientemente al estudio del discernimiento de los espíritus. Los habitantes de Bethsames alzan los ojos cuando, en el propósito de la vida más secreta, consideran con inspección sutil los dones de aquellos que acuden a ellos; cuando examinan con mente atenta si el propósito de la vida más alta, que buscan al acercarse, lo persiguen con recta y fuerte intención. Alzar los ojos, por tanto, es para ellos considerar más profundamente el espíritu de los novicios. Pero alzando los ojos ven el arca de Dios: porque mientras examinan más sutilmente sus conversiones, descubren que brillan con la gracia de las virtudes espirituales. Y porque se alegran con afecto de amor por los bienes conocidos de ellos, se añade apropiadamente:

(Vers. 13.) Y se alegraron cuando llegaron.

Sigue:

(Vers. 14.) Y el carro llegó al campo de Josué de Bethsames y se detuvo allí.

22. Si Bethsames se interpreta como casa del sol, la casa del sol es la ciudad celestial. Aquí Josué de Bethsames no significa tanto un tipo, como el mismo nombre y dignidad del Redentor del género humano. Josué, en efecto, se dice salvador en nuestro lenguaje. Y el Señor dice de sí mismo: El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10). De aquí también, a José se le promete en sueños por el ángel: Él salvará a su pueblo de sus pecados (Mat. I, 21). También se manifiesta a sí mismo como de Bethsames, diciendo: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 41). De aquí Juan el Bautista dice: El que viene del cielo está sobre todos (Juan III, 31). ¿Qué es, pues, el campo de Josué de Bethsames, sino la amenidad de la vida contemplativa? Allí se ven tanto los verdes de las hierbas, como los aromas de los perfumes, y la diversa belleza de las flores; porque, en efecto, cuanto más claramente se contempla aquella sociedad celestial, más graciosamente se exhibe a los ojos de los contemplativos lo que florece incorruptible en los ángeles, lo que reverdece inmarcesible en los santos, lo que huele inviolable en las vírgenes. Bien se dice, además, que ese campo es del Salvador; porque los amantes de la vida contemplativa, cuanto más secretamente conversan, más gratos y familiares son a nuestro Redentor. También el carro llega al campo de Josué de Bethsames, cuando la mente elegida, separada ya de la intención del mundo, se dedica solo a las cosas celestiales, cuando ya disfruta de la amenidad de la visión celestial; porque se niega a mirar las cosas terrenales por amor. Y es de notar que este carro se dijo que era nuevo, no mucho antes; porque, en efecto, la mente disuelta por la vetustez de los crímenes no merece ser recibida en tanta gloria.

23. Pero la vida más secreta tiene delicias en la amenidad de la visión, tiene un gran trabajo en la valentía del combate; porque, en efecto, obtenemos las recompensas divinas tanto del triunfo como de luchar valientemente. Bien se añade, pues, sobre el carro que llega al campo de Jesús: Y se detuvo allí. Estar de pie, en efecto, pertenece a la custodia del combate, no a la paz del descanso. El carro se detuvo en el campo; porque aunque la mente ya habita viendo y amando la amenidad de aquella patria celestial, siempre verde y floreciente; sin embargo, lo que posee el amor de la visión deleitablemente, no lo guarda sin la solicitud de un cuidado constante. Pero ciertamente la mente humana, puesta en tan gran lucha, desfallecería si aquel que fortaleció la debilidad humana en su divinidad no le brindara la ayuda de su presencia. Por eso, explicando la causa por la cual el carro pudo detenerse en el campo, añadió, diciendo:

(Vers. 14.) Pues allí había una gran piedra.

24. La gran piedra, en efecto, se entiende como el Redentor del género humano. De esta piedra se dice por el salmista: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser la cabeza del ángulo (Sal. CXVII, 22). De aquí el insigne doctor, alabando, dice: Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra angular Cristo Jesús (Ef. II, 20), en quien también vosotros, como piedras vivas, sois edificados (I Pe. II, 5). Y se dice que es una gran piedra: porque se predica con incomparable fortaleza. Cuando, pues, se dice que el carro llegó y se detuvo en el campo, se añadió: Allí había una gran piedra: para que se designara con misterios ocultos: porque los dedicados a la vida contemplativa pueden guardar dones tan grandes porque están junto a aquel por cuya gracia recibieron esos dones. Sigue:

(Vers. 14.) Y cortaron la madera del carro, y ofrecieron las vacas sobre ella en holocausto al Señor.

25. ¿Qué es la madera del carro del arca de Dios, sino las sentencias de las Sagradas Escrituras y los ejemplos de los justos? Los habitantes de Bethsames, en efecto, cortan la madera cuando los superiores de la vida más secreta abren más sutilmente a las mentes de sus súbditos los sentidos de las Escrituras, cuando presentan ejemplos más excelentes de los Padres para su imitación; para que en sus corazones arda tanto más fervientemente la llama del amor divino cuanto más rápidamente se les suministra el combustible del incendio, como madera cortada. La madera del carro, en efecto, es porque la mente renovada por la gracia de Dios la retiene por la memoria. De esta madera, en efecto, el santo legislador decreta, diciendo: El fuego en mi altar debe estar siempre: que el sacerdote lo alimente, sugiriendo cada mañana la madera cada día (Lev. VI, 12). Pero porque se menciona que la madera se corta, indica más claramente que a los que buscan la pureza de la vida contemplativa no se les deben revelar cosas comunes de la sagrada palabra, sino las más altas y excelentes; para que cuanto más se elevan en la visión de lo alto, más les agraden los bienes más nobles que oyen. Por eso se añade bien: Porque pusieron las vacas sobre ella en holocausto al Señor. El holocausto, en efecto, se dice quemado. Cuando, pues, se corta la madera, se hacen holocaustos con las vacas puestas sobre ella: porque quienes reciben con devota mente las cosas excelsas de las Escrituras, cuanto más se extienden en deseos celestiales, tanto más en ellos no queda nada que no sea quemado por la llama del amor divino. Y entonces, en efecto, es necesario que el doctor cuide que los súbditos religiosos consideren cosas altas, y sin embargo, no mantengan cosas altas de sí mismos por estimación; no sea que, cuanto más progresan viendo cosas elevadas, al caer por la arrogancia, sean más peligrosamente derribados. Por eso también aquí se añade:

(Vers. 15.) Los levitas, sin embargo, bajaron el arca de Dios, y la caja que estaba junto a ella, en la que estaban los vasos de oro, y la pusieron sobre la gran piedra.

26. Los levitas se interpretan como los asumidos. ¿Quiénes son, pues, los levitas, sino aquellos que están tan confirmados por la gracia divina que nunca pueden ser abandonados por el Espíritu Santo? Los levitas, en efecto, bajan el arca cuando los predicadores perfectos amonestan a sus súbditos para que la ciencia espiritual no los infle. También bajan la caja con los vasos de oro cuando los exhortan sobre el esplendor de la vida, para que cada uno de ellos, ya que ha llegado al premio de su exaltación, no sienta cosas altas de sí mismo vanamente. Bien, pues, se menciona que el arca bajada y los vasos de oro se colocan sobre la gran piedra: porque entre los dones sublimes, aquellos que han aprendido a recordar frecuentemente la magnitud y humildad del Redentor pueden pensar humildemente de sí mismos más verdaderamente. Pues bajar el arca de Dios y querer ponerla sobre la gran piedra era lo que decía: Tened en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús. Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y hallado en la condición de hombre; se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte de cruz (Filip. II, 5). Pero quienes inmolan a Dios la ofrenda del amor del corazón de sus súbditos por el ministerio de la predicación, también presentan de sus propias mentes dones de ofrendas mucho más excelentes. Por eso se añade:

(Vers. 15.) Pero los hombres de Bethsames ofrecieron holocaustos y sacrificaron víctimas en aquel día al Señor.

27. ¿En qué día, sino en aquel en que pusieron las vacas sobre la madera del carro en holocausto al Señor? ¿Qué es, pues, ese día, sino la iluminación de la divina predicación? En ese día, en efecto, los habitantes de Bethsames ofrecen holocaustos al Señor, en ese día sacrifican víctimas cuando cortan la madera, cuando ponen las vacas sobre ella en holocausto al Señor; porque los santos predicadores, con la luz de la palabra con la que brillan para los súbditos, también se administran a sí mismos el oficio de la visión para la rectitud del camino celestial, y despreciando las cosas ínfimas, se ofrecen tanto más libremente a Dios omnipotente cuanto también ven a sus oyentes ya unidos a Él con gran familiaridad. Pero porque no solo se relata que ofrecieron holocaustos, sino que sacrificaron víctimas los hombres de Bethsames, se designa la ofrenda espiritual de los hombres perfectos. Pues ofrecen holocaustos cuando, por el ascenso de la contemplación, se unen a Dios omnipotente con inefable afecto. Pero asocian víctimas a los holocaustos: porque, en efecto, no atribuyen el bien de tanta alegría a sus méritos, sino a la bondad divina. Ofrece, en efecto, un holocausto sin víctimas quien ya se une a las cosas celestiales en gran deleite; y no domina los movimientos ocultos de la arrogancia con la virtud de la humildad. En las ofrendas, pues, de los perfectos se describe que se unieron tanto los holocaustos como las víctimas: porque son dignos de disfrutar de la dulzura divina, y en todo lo que ya se hacen celestiales, son ignorantes de la arrogancia.

(Vers. 16.) Y los cinco príncipes de los filisteos vieron, y regresaron a Accaron en aquel día.

28. Los sátrapas de los filisteos, como ya he mencionado anteriormente, son elegidos como predicadores de los gentiles. Estos, sin duda, se cuentan en número de cinco, porque están encargados de refrenar los cinco sentidos del cuerpo, ya sea en los fieles aún inexpertos o en los carnales. Estos ciertamente acompañan el carro con el arca de Dios, porque siguen con cuidado a los discípulos ya instruidos que pasan al estudio de la vida espiritual. Pero cuando el carro llega al campo de Josué y las vacas son sacrificadas, regresan a Ecrón, porque cuando ya han considerado su perfección, no exploran más sus caminos de vida. Regresan a Ecrón porque se vuelven a convertir a otros. Ecrón, en nuestro lenguaje, se dice estéril. También son estériles aquellos que carecen de fe o de buena conducta. Bien se dice que los príncipes regresaron, y se añade: En ese día, porque si no reconocieran en ellos la claridad de tal perfección, no regresarían de su preocupación con la certeza de la seguridad. Sigue:

(Vers. 17, 18.) Estos son los ídolos de oro que los filisteos devolvieron como ofrenda por el delito: uno por Asdod, uno por Gaza, uno por Ascalón, uno por Gat y uno por Ecrón. Y los ratones de oro, según el número de las ciudades de los filisteos, de las cinco provincias, desde la ciudad amurallada hasta la aldea que estaba sin muro, y hasta Abelmagnum, sobre el cual colocaron el arca del Señor, que estaba hasta ese día en el campo de Josué de Bet-semes.

29. Todo esto ha sido explicado extensamente antes. Pero, ¿qué significa que cuando se ordena devolver la deuda por el pecado al arca, se mencionan cinco ídolos de oro y cinco ratones juntos; pero cuando se afirma que ya se ha devuelto lo que se debía, se refiere que cada ciudad devolvió uno por separado? Se mencionan juntos porque se mostraba el ornamento de todos los miembros en la transformación de las buenas obras; pero aquí, cuando se describe la devolución de la deuda al arca, se muestra cuidadosamente que cada ciudad ofreció un ídolo de oro y un ratón: para que al pecador convertido se le insinúe que debe abandonar de una vez los pecados, que por su habitual depravación no debe buscar más. Cada ciudad devuelve un ídolo y un ratón, cuando los pecadores convertidos no repiten los pecados que han limpiado con lágrimas de penitencia. Por eso la Sagrada Escritura advierte, diciendo: No repitas la palabra en la oración (Eclo. VII, 15). Repite la palabra en la oración

quien intenta purgar los pecados con oraciones, pero no deja de cometer otros por los que ora. Quien ciertamente no ofrece a Dios un ídolo y un ratón por el delito: porque aunque se conmueve por la penitencia, multiplica las fealdades que presenta a Dios confesándolas. Por lo tanto, cuando se describe que las ciudades de los filisteos o las provincias devolvieron un ídolo y un ratón, ¿qué otra cosa se designa sino la perfección de la verdadera conversión? Se convierte perfectamente quien, cuando lamenta lo que ha hecho mal, no repite lo que debe lamentar de nuevo. Por lo tanto, ofrece un ídolo y un ratón por el pecado, quien así llora los pecados pasados cometidos, que se cuida perfectamente de los futuros. Y porque esta forma de conversión debe observarse tanto por los sabios como por los ignorantes, tanto por los fuertes como por los débiles en la santa Iglesia, bien se dice que esta solución de la deuda se extiende desde la ciudad amurallada hasta la aldea sin muro. Porque a nadie constituido dentro de la santa Iglesia le es lícito pecar, a nadie le es inocuo cometer lo malo. Por eso el Señor amenaza por el profeta, diciendo: El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 4). Las ciudades amuralladas son las mentes rodeadas por la erudición de las Sagradas Escrituras. Las aldeas sin muro son las mentes simples. Por lo tanto, no solo las ciudades individuales devuelven un ídolo de oro, sino también las aldeas; para que cualquiera que se convierta a la vida religiosa, con la ayuda de Dios, ya purificado de los malos olores, no se ensucie más. Y porque nadie es tan santo que no tenga en sí algo de fealdad que lamentar, la solución de esta deuda se extiende hasta Abelmagnum, sobre el cual habían colocado el arca de Dios. Abel, de hecho, se interpreta como llanto. Con este nombre se llamaba la piedra sobre la cual habían colocado el arca de Dios. Pero este nombre ciertamente conviene a nuestro Redentor: porque, aunque no tenía nada propio que llorar, purgó nuestros pecados con oraciones y lágrimas diarias. También hay en la santa Iglesia hombres perfectos, y aquellos unidos a esa piedra suprema por la consumación de la caridad. A esta piedra estaba unido quien decía: Nadie me separa de la caridad de Cristo (Rom. VIII, 35); quien, si paga la deuda del arca, escuchemos: Primero, dice, fui blasfemo y perseguidor (I Tim. I, 13). De nuevo confesando, dice: No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. XV, 9). También se debe notar que se lee que la deuda del arca se extendió hasta la piedra, que hasta ese día permanecía en el campo de Josué, y en la cual se recuerda que estaba colocado el arca de Dios. ¿Qué otra cosa entendemos en esto, sino lo que vemos en la santa Iglesia: que incluso aquellos que no solo han sido rescatados de los pecados por la gracia de Dios, sino que también han sido asumidos en su tabernáculo por las grandes cumbres de las virtudes santas, satisfacen a Dios por la culpa? Sigue:

(Vers. 19.) Pero el Señor hirió a algunos de los hombres de Bet-semes, porque habían visto el arca del Señor, y golpeó a setenta hombres del pueblo y cincuenta mil de la plebe.

30. ¿Quiénes son los betsemitas golpeados, sino los herejes engañados por la falsa contemplación? Los betsemitas no fueron de verdad, sino por presunción. Así que, cuando se atrevieron a ver el arca sobre la piedra, fueron golpeados: porque cuando los sacramentos de nuestro Señor y Redentor son discutidos indignamente, son oprimidos por los lazos de la condenación eterna, a través del engaño de su propio error. Pero, ¿qué significa que setenta hombres del pueblo y cincuenta mil de la plebe fueron golpeados? Pero porque bajo el nombre de pueblo también se incluyen los nobles de las ciudades, y la plebe es el resto del vulgo sin nobles, se puede deducir esto: que algunos herejes entre ellos fueron como nobles, que perecieron solo por el error, mientras que los demás, siguiendo la rusticidad de la plebe, fueron oscurecidos por el error de la fe con la suciedad de la mala obra. Por eso, unos se expresan con el número cincuenta, y otros con el setenta: porque unos completaron las maldades concebidas a través de los cinco sentidos del cuerpo; y otros, mientras falsamente

se atribuían los dones del espíritu septiforme, fueron sepultados en la oscuridad eterna de la ceguera. Y porque los verdaderos fieles se entristecieron por su golpe, sigue:

(Vers. 20.) Y los betsemitas dijeron: ¿Quién podrá estar en la presencia de este santo Señor Dios?

Como si los verdaderos fieles, pero simples, dijeran: Si tan sabios y filósofos son engañados en el conocimiento de la verdad suprema, ¿cuándo podrán los indoctos y simples llegar a su conocimiento? Pero aunque desconfían de su medida, no dudan que el don del conocimiento divino está presente en la Iglesia. Por eso se añade:

(Vers. 20.) ¿Y a quién ascenderá de nosotros?

31. Porque el Señor asciende de nosotros, cuando lo que de su conocimiento se nos oculta, se predica por la voz de los fieles elegidos. Como si ascender de nosotros fuera lo que ha ocultado a los más simples o débiles sobre la contemplación eterna, revelarlo a los corazones sublimes por la humildad. ¿Qué significa entonces decir: ¿A quién ascenderá de nosotros?, sino buscar un maestro digno que predique lo divino de tal manera que no se desvíe del camino de la verdad? En estas palabras, si buscamos el sentido histórico, reconocemos claramente: que aquellos que murieron porque vieron el arca del Señor, entendemos que no fueron dignos de esa visión. Por lo tanto, quienes ven a los golpeados, dicen: ¿Quién podrá estar en la presencia de este santo Señor Dios? Porque si aquellos que son indignos mueren al ver, ¿cómo viven los que tocan? Los betsemitas son, en la santa Iglesia, sacerdotes muertos y ministros del altar sagrado reprobados; porque son de la casa del sol de justicia por la dignidad del ministerio, no por la virtud y la gracia de la santidad. Son betsemitas: porque por el oficio de la sagrada oblación se mueven en la casa de Dios; pero deben ser golpeados con una condena más severa, porque no solo se atreven a ver los sagrados misterios, sino a tocarlos, porque no solo miran el arca del Antiguo Testamento, sino que, lo que supera todo, indignamente se acercan al cuerpo y la sangre del Redentor: a quienes Pablo insinúa golpeados, diciendo: Quien come y bebe indignamente, come y bebe juicio para sí mismo (I Cor. XI, 29). Los verdaderos fieles dicen: ¿Quién podrá estar en la presencia de este santo Señor Dios? Consideran la altura de tal administración, y temen la dignidad de tal sacramento. Pero mientras temen asumir el oficio de tal cosa, buscan a quienes puedan exhibirlo de manera más digna. Por eso sigue: ¿Y a quién ascenderá de nosotros? Como si, huyendo humildemente de los sagrados misterios, dijeran: Porque nosotros somos golpeados por una conversación débil, deben buscarse ministros de una vida más alta, a quienes, mientras la conversación sublime los eleva a la santificación de las virtudes más altas, puedan asistir a Dios por el oficio de tal oblación. Sigue:

(Vers. 21.) Entonces enviaron mensajeros a los habitantes de Quiriat-jearim, diciendo: Los filisteos han devuelto el arca del Señor, bajad y llevadla a vosotros.

32. Quiriat-jearim se dice, ciudad de ellos. ¿Cuál es la ciudad de los santos, sino aquella Jerusalén que está arriba? ¿Quiénes son entonces sus habitantes, sino hombres perfectos separados del amor del mundo por una alta conversación? Uno de ellos, ciertamente más eficaz que los demás, dice: Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III, 20). A estos deben enviarse mensajeros, para que reciban el arca de Dios: porque los hombres santos no solo deben ser recibidos para la elección de sacerdotes, sino también invitados. Y se debe notar que a los hombres más sublimes se les dice por medio de mensajeros: Bajad y llevadla. Descienden porque obedecen: de ninguna manera descenderían si lo que el amor fraterno les pide, lo rechazaran con una mente orgullosa. Entonces, en verdad, son sublimes cuando no se

apartan de Cristo; cuando no rechazan lo que se les impone por el juicio fraterno. Por eso se añade apropiadamente:

CAPÍTULO V.

(I Reg. VII, 1.) Entonces vinieron los hombres de Quiriat-jearim, y llevaron el arca del Señor, y la introdujeron en la casa de Abinadab en la colina. Y santificaron a Eleazar, su hijo, para que guardara el arca del Señor.

1. Abinadab se interpreta como, mi pueblo espontáneo; Gabaa, sublime. Y ciertamente a tales personas se debe confiar el arca de Dios. Porque el pueblo es espontáneo cuando es atraído a realizar obras de virtud por la sola buena voluntad, cuando no es obligado por la necesidad a cumplir los mandamientos de Dios. A quienes ciertamente bajo una sola descripción el bienaventurado Pablo alaba, diciendo: Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7). ¿Cuál es la casa del pueblo espontáneo, sino la fortaleza del santo amor? Porque en el ministerio de las virtudes no podría ser espontáneo si no construyera para sí la mansión del amor. Esta casa ciertamente se conoce que está situada en Gabaa, es decir, en lo sublime: porque por la altura del amor somos elevados a las cosas celestiales. O ciertamente la casa está en lo sublime, porque el amor se antepone a todas las virtudes. Porque insinuando la altura de esta sublimidad, Pablo dice: Aún os muestro un camino más excelente. Si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo amor, he llegado a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe (I Cor. XII, 31; XIII, 1). Pero, ¿qué significa que santifican a Eleazar para guardar el arca de Dios? Pero esto ciertamente lo sabemos por el uso de la santa Iglesia, porque el ministro elegido primero recibe la bendición de la consagración de los hombres más altos antes de que imparta el ministerio de la oblación. Porque Eleazar se dice ayudante de Dios, ciertamente se muestra que no solo deben ser santificados los ministros de Dios, sino también examinados para ver cómo son promovidos al orden de esa consagración. ¿Quiénes son la ayuda de Dios, sino aquellos que, ministrando, concuerdan con la gracia divina, y a quienes la dignación del Dios omnipotente visita interiormente, lo que ellos confirman exteriormente por el ministerio viviendo y enseñando bien? Por eso, no sin razón, gloriándose con Pablo, dicen: Porque somos colaboradores de Dios (I Cor. III, 9). Estos ciertamente, fuertes en la conversación, instruidos en la ciencia, fervientes en el amor, robustos en la constancia, no solo no necesitan ayuda ajena, sino que dondequiera que se dirijan, pueden ayudar a otros. Bien se dice, por lo tanto: Santificaron a Eleazar para que guardara el arca. Porque aquellos a quienes aún les son necesarias ayudas ajenas, no deben ser promovidos para ayudar a otros. Bien también se dice que Eleazar es hijo de Abinadab: porque ciertamente, quien es elegido para el ministerio de la predicación, puesto en la imitación de los santos, toda la ayuda que exhibe debe ser por amor.

2. Porque nosotros anteriormente dijimos que el carro es la Sagrada Escritura, y el arca es el conocimiento espiritual de ella, y las vacas son las almas elegidas, el temor de los betsemitas, que mostramos que está presente en los elegidos en la oblación del sacramento, también puede referirse a la carga de la prelación. Porque no es menor la santidad necesaria para instruir almas que para ofrecer los sagrados misterios. Y por eso se dice que los betsemitas fueron golpeados: porque muchos viven como súbditos, que mueren como prelados. Porque el arca de Dios también tiene belleza exterior, que si el ministro débil no la mira con veneración espiritual, sino con concupiscencia secular, no vive. Bien se declara, por lo tanto, la causa de su golpe, cuando se dice: Porque vieron el arca de Dios. ¿Qué significa, vieron, sino que desearon su gloria al verla? Ahora, sin embargo, por la gracia de Dios, la gloria de la santa Iglesia es copiosa en todo el mundo. Esta gloria ciertamente, porque es deseada secularmente por los sacerdotes reprobados, los hombres de Bet-semes mueren al ver el arca

de Dios exteriormente. Porque no desean su honor espiritual por la gloria interna de las virtudes, sino para arrebatarse el esplendor del arca de Dios, y llevar el brillo de la prelación eclesiástica, en la flor del mundo, a sus cultos. El arca de Dios también se mira mal exteriormente para la perdición, cuando los prelados corruptos son llevados a la concupiscencia carnal por la apariencia exterior de las personas subordinadas. Los hombres, viendo una gran multitud derribada por el dardo de la concupiscencia, dicen: ¿Quién podrá estar en la presencia de este santo Señor Dios? Porque está en la presencia de Dios quien es fuerte en el orden del ministerio divino. Estar de pie es de fortaleza, ministrar es de servicio. Estar de pie, por lo tanto, en la presencia de Dios se dice de quien dispone el orden del oficio supremo en la altura de una conversación digna; quien en el ministerio que desempeña no es engañado por ningún deseo de honor eclesiástico, ni es superado por ninguna concupiscencia carnal. Porque tales ministros idóneos se encuentran raramente, con razón dicen: ¿Quién podrá estar en la presencia de este santo Señor Dios? Y porque dejan tal carga a los hombres más fuertes de Cristo, añaden: ¿Y a quién ascenderá de nosotros? ¿Cómo enviaron a los habitantes de Quiriat-jearim, cómo introdujeron el arca de Dios en la casa de Abinadab, cómo santificaron a Eleazar, como se explicó anteriormente, no lo cambiamos.

(Vers. 2.) Y sucedió que desde que el arca de Dios permaneció en Quiriat-jearim, se multiplicaron los días.

Si miramos la historia, los días de la permanencia del arca se multiplicaron, porque estuvo allí mucho tiempo. Por eso se añade:

(Vers. 2.) Porque era el año vigésimo.

¿Y para qué introduce esta multiplicación de días, añadiendo, dice:

(Vers. 2.) Y todo Israel descansó tras el Señor.

Este descanso ciertamente en aquel pueblo antiguo no debe entenderse como de buenas obras, sino de buena devoción. Porque sigue:

(Vers. 3.) Pero Samuel dijo a toda la casa de Israel: Si de todo corazón os volvéis a Dios, quitad de en medio de vosotros los dioses ajenos, a Baalim y Astarot; y preparad vuestros corazones para el Señor, y servidle solo a él, y os libraré de la mano de los filisteos.

3. ¿Cómo descansaban tras el Señor si no habían quitado de en medio de ellos los dioses ajenos, sino por buena voluntad? Todo esto, si se busca espiritualmente, los días de la permanencia del arca se multiplican. Pero cuando permanece en Gabaa; cuando permanece bajo la custodia de Eleazar; porque cuando el cuidado de las almas fieles se guarda entre los predicadores religiosos, la perfección de la religión, que se imparte con doctrina sublime, se cumple con el estudio de las buenas obras. Por eso se dice que el año vigésimo está presente. Porque si el número diez designa la perfección de la antigua Ley, ¿qué significa el número veinte, sino una religión más espléndida de la nueva vida? El número veinte es ciertamente el diez duplicado. Este número ciertamente se perfecciona en la conversación de los elegidos, cuando por amor evitan lo prohibido por la Ley, y cumplen los mandamientos sublimes del Evangelio.

4. Porque nosotros referimos anteriormente la partida del arca a la perfección de la vida contemplativa, el arca de Dios permanece en Quiriat-jearim, cuando las mentes instruidas de los contemplativos perfeccionan el don de su instrucción en el deleite de la claridad suprema revelada a ellos. El arca de Dios permanece allí veinte años, porque las almas elegidas,

elevadas al culmen de la exaltación interna, tienen el número diez en la perfección del conocimiento, y el veinte en el deleite supremo. También se puede referir la multiplicación de días al incremento de las virtudes espirituales. Por lo tanto, cuando se expresa más claramente la causa por la cual se multiplican los días, se dice que es el año vigésimo: porque ciertamente las mentes elegidas de los contemplativos, cuanto más abundantemente se alimentan de la contemplación suprema, más plenamente son iluminadas por los resplandores de las virtudes espirituales.

5. ¿Qué significa que en el año vigésimo se dice que todo Israel descansa tras el Señor, sino que la sublimidad de la perfección de los elegidos no consiste en la fortaleza de la buena obra, sino en la virtud de la contemplación? Descansar tras el Señor es retener la imitación de nuestro Redentor con amor invencible. Y quien no ha aprendido a amar fuertemente contemplando esos inefables gozos de la ciudad suprema, porque puede ser arrojado frecuentemente al amor del mundo, no descansa tras el Señor. Por lo tanto, cuando el arca permanece en Quiriat-jearim, y los días se multiplican, todo Israel descansa tras el Señor: porque ciertamente cuando el conocimiento de la mente elegida se eleva a la experiencia del deleite supremo, cuando se acumulan para sí las claridades de las virtudes espirituales, puede retener la imitación del Señor con más perseverancia, porque, iluminada por inmensas claridades, no puede sentir esas tinieblas por las cuales se separa de la verdadera luz. Por eso, bien se dice que quien descansa tras el Señor, se dice que es Israel, es decir, viendo a Dios: porque cuanto más alto es arrebatado el contemplador en lo divino, tanto menos es superado por las cosas humanas que poderosamente cohibe.

6. Pero ya que, con Dios como autor, hemos guiado su arca hasta el lugar de su elevación, veamos con qué dedicación debe el predicador vigilar la corrección de sus súbditos. Pues sigue: Y Samuel dijo a toda la casa de Israel: Si de todo corazón os volvéis al Señor, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños. ¿A qué dioses extraños se refiere la Sagrada Escritura, sino a los demonios que habitan en las imágenes hechas por manos humanas? Hemos dicho que en Samuel se designan los nuevos predicadores de la santa Iglesia. Por tanto, ordenó correctamente a toda la casa de Israel que quitara de en medio de sí los dioses extraños: porque en los gentiles que se acercan a la fe, no solo el orden de los predicadores busca la verdad de la recta profesión, sino también la condenación de la antigua superstición. Pues de nada les serviría profesar la verdad o rendirle culto, si no hubieran antes abandonado lo falso que debe ser detestado. Cualquiera que ahora esté dentro de la santa Iglesia por la fe, pero rebelde a Dios por su mala conducta, debe ser advertido para que quite de en medio de sí los dioses extraños. Pues, aunque deteste las imágenes hechas por manos humanas, se somete a los mandatos de los demonios con malas acciones. Quitad de en medio de sí los dioses extraños quien se convierte a Dios de tal manera que nunca venera a los espíritus inmundos con malas obras.

7. También puede designarse el esfuerzo por una vida más cauta a través de estas palabras de exhortación. Pues, ¿qué es en medio de nosotros sino nuestro corazón? Sin embargo, hay algunos que, aunque son puros en sus acciones, se contaminan por la debilidad del corazón con el uso de pensamientos perversos. Hacen el bien continuamente, pero nunca dejan de pensar en lo reprobable. Porque en sus corazones descansan tantos demonios como deseos impuros, se les insta a quitar de en medio de sí los dioses extraños: para que al Dios omnipotente no solo le ofrezcan la rectitud de sus obras, sino también la gloria de la pureza interna. Por eso se añade adecuadamente: Y preparad vuestros corazones al Señor. Prepara su corazón al Señor quien separa su mente no solo de pensamientos impuros, sino que también la ilumina con el resplandor de pensamientos santos y virtudes: para que, como si hubiera

desechado y destruido los ídolos, se convierta en templo de Dios; mientras erige allí la sede de la gracia divina, donde no permitió que los espíritus reprobos permanecieran por los deseos perversos que les estaban sujetos. Por tanto, primero se les advierte a los israelitas que quiten de en medio de sí los dioses extraños, y luego que preparen sus corazones a Dios, porque el orden correcto de la religión iniciada es que primero cada uno repruebe lo malo, y luego se acerque al Dios omnipotente con el esfuerzo de una buena intención. Finalmente, es necesario que quien ya ha ofrecido a Dios el propósito de buena voluntad y la pureza de un corazón limpio, exponga en la rectitud de una buena obra lo que deliberó bien vivir internamente. Por eso se añade: Y servid solo a Dios.

8. Pues solo sirve al Señor quien no mezcla lo malo con las buenas obras. Porque quien hace el bien de tal manera que no abandona lo malo, no sirve solo a Dios: porque ofrece obediencia al espíritu malo, cuya voluntad no teme cumplir. Por eso sucede que, aunque haga el bien, no sirve a Dios: porque quien se cree que ha creado todo el hombre, no se digna tenerlo en común con el adversario. De ahí que la misma Verdad declara por sí misma, diciendo: Nadie puede servir a dos señores (Mat. VI, 24). De ahí que Pablo pregunta: ¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad, o qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Qué acuerdo tiene Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo, o qué consenso el templo de Dios con los ídolos? (II Cor. VI, 14, 15). Por tanto, se nos ordena servir solo al Señor, para que, ya que con la ayuda de Dios hemos comenzado a hacer el bien para obtener el perdón de nuestros pecados, no mezclemos con esos mismos bienes nada malo. Pues nos liberamos de la obligación de nuestros pecados cuando los bienes que ofrecemos para su absolución no están mezclados con males. Hablando el predicador a los penitentes devotos, dice: Si de todo corazón os volvéis al Señor, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños, y servid solo a Dios. Como si dijera: Entonces podréis ser liberados de los pecados, cuando no mancilléis con otros crímenes los bienes del corazón y de la obra que ofrecéis a Dios para vuestra absolución. Por eso, prometiendo, dice: Y os libraré de la mano de los filisteos.

9. ¿Quiénes son aquí los filisteos sino los espíritus malignos? Que, ciertamente, al ser embriagados en un momento por la copa de su soberbia, cayeron de su estado de gloria por su arrogancia. ¿Qué es, pues, la mano de los filisteos, sino aquel poder de los demonios que lleva a las almas muertas en pecado a tormentos eternos? De esta mano de los filisteos solo fue libre aquel que decía: Viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada (Juan XIV, 30). De ahí que Pablo dice: Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Rom. III, 23). De ahí que nuevamente dice: Éramos por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efes. II, 3). ¡Oh, cuán grande es esta promesa, que dice: Os libraré de la mano de los filisteos! Pues solo aquel que no cometió pecado fue libre de esta mano. De ella, ciertamente, todos somos liberados contra nuestro mérito. Por eso Pablo dice: Justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a causa de la remisión de los pecados pasados, en la paciencia de Dios, para manifestar su justicia en este tiempo, para que él sea justo, y el que justifica al que es de la fe de nuestro Señor Jesucristo (Rom. III, 24-26). De ahí que también dice: Por gracia sois salvos (Efes. II, 8). Es como si dijera: Os libraré del poder de los espíritus malignos, para que, como si los crueles enemigos fueran expulsados del camino, cuando interviene la muerte de la carne, podáis alcanzar más seguramente las alegrías eternas que deseáis. Por tanto, prometió grandes cosas, quien enseñó grandes cosas al mandarlas, para que la magnitud del don incitara a la fortaleza del trabajo. Pues es grande servir solo al Señor, es decir, hacer el bien con diligencia, no mezclar lo reprobable con las buenas acciones. Pero, ¡oh, cuán grande es en el tránsito de esta vida no incurrir en el poder de los espíritus crueles, no ver horrores en el camino, no encontrar objeciones contrarias, evadir los

castigos eternos, sentir la protección de nuestro libertador, perder la luz momentánea del mundo, pero de repente encontrar la inefable claridad de la eternidad! Escuchen, pues, escuchen, quienes desean ser liberados de la mano de los filisteos: Preparad vuestros corazones al Señor, y servidle solo a él: para que aquí cada uno se esfuerce en reunir, de modo que allí no incurran en la mano de tantos enemigos, y pasen seguros a la vida, quienes entre los tesoros de su salvación, que aquí reúnen viviendo bien, no llevan obras de muerte. Se insinúan, pues, las costumbres de los elegidos, por lo que se añade:

(Vers. 4.) Quitaron, pues, los hijos de Israel de en medio de sí a los Baales y a Astarté, y sirvieron solo al Señor.

10. Pues es costumbre de los elegidos que, cuando reciben las exhortaciones de la divina predicación, se encienden en el esfuerzo de la buena obra escuchada. Pues los reprobos a menudo escuchan las palabras de Dios, y sin embargo no proponen ninguna buena obra con esas mismas palabras. Los perezosos permanecen en sus acciones: porque, rechazados de la luz divina, no ven con la contemplación interna la gloria del Dios omnipotente, cuyas palabras escuchan. Por tanto, quienes obedecen son llamados hijos de Israel: porque cuanto más claramente contemplan la majestad, más devotamente se reconocen obedecer sus preceptos. Pero como habla a los convertidos, escuchemos qué ve que aún les falta: Pues sigue:

(Vers. 5, 6.) Dijo Samuel: Congregad a todo Israel en Mizpa, para que ore por vosotros al Señor. Y se congregaron en Mizpa.

11. Mizpa se dice especulación o contemplación. Esta especulación la expone el bienaventurado Pablo diciendo: Ahora vemos por espejo, oscuramente (I Cor. XIII, 12). Pues especular es para nosotros contemplar los bienes eternos desde la altura de las Escrituras. Como si especuláramos lo que ya conocemos por la verdad de la fe, y aún no vemos con el rostro revelado. Pero para los pecadores convertidos reunirse en Mizpa es confiar en la intención de la mente en la misericordia del Dios omnipotente. Pero deben presumir de la misericordia de Dios, de modo que no descuiden borrar por la penitencia lo que recuerdan haber hecho malvadamente. Por eso se añade de inmediato:

(Vers. 6.) Sacaron agua y la derramaron delante del Señor.

12. ¿Qué es sacar agua, sino producir de la profunda confusión del alma penitente los flujos de lágrimas? Pues como sacamos agua, cuando, considerando cuán profundamente hemos caído en la iniquidad, lloramos. Esta agua la derramamos delante del Señor, si cuando nos compungimos en la penitencia, no buscamos el favor del mundo por el llanto de esa misma compunción, sino solo el fruto de la placación divina. Pero también cuando la mente se compunge llorando, es necesario que también la carne que se sometió a las delicias sea afligida. Por eso se añade:

(Vers. 6.) Y ayunaron aquel día.

13. El día del alma pecadora es la esperanza de obtener el perdón en la promesa de la palabra divina. Por eso el Señor promete por el profeta, diciendo: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel XVIII, 32, 33, 11). En ese día, pues, ayunan, quienes por eso afligen la carne en penitencia: porque en la luz de la esperanza creen sin dudar que llegarán al perdón. Pero esta aflicción de la penitencia para borrar los pecados es entonces adecuada, cuando ha sido impuesta por el juicio del sacerdote, cuando, habiendo examinado

los actos de los confesores, se les decreta la carga de la aflicción según la magnitud del crimen. Por eso sigue bien:

(Vers. 6.) Y dijeron: Hemos pecado contra ti, Señor. Y Samuel juzgó a los hijos de Israel en Mizpa.

14. Pues el sacerdote juzga en Mizpa, cuando no sigue el juicio humano, sino el divino; cuando en todo lo que debe disponerse se eleva en alta contemplación, y en el juicio de los súbditos dispone lo que reconoce que es justo en la visión suprema. De ahí que en casi todo asunto Moisés consulta al Señor en el tabernáculo del pacto (Éxodo XXXIII, 8): porque ciertamente el predicador de la santa Iglesia debe contemplar en la íntima contemplación de la verdad, para que pueda ordenar irreprensiblemente la vida de los súbditos externamente. Entonces puede retener los pecados y perdonarlos más verdaderamente, cuando en el secreto de la especulación, escuchando al Señor, oye lo que habla. Por eso el Señor resucitado de entre los muertos primero sopló en el rostro de los discípulos, y luego les dio la autoridad de perdonar y retener los pecados (Juan XX, 21, 23): para mostrar que quien no tiene esa especulación de la mente, no debe ser juez de las almas. Pues soplar en el rostro de los predicadores elegidos es revelarles por el Espíritu Santo los caminos íntimos y secretos del examen espiritual. De ahí que Pablo dice: El espiritual juzga todas las cosas (I Cor. II, 15). De ahí que también, alabando la largueza de la gracia divina, dice: No hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado (Ibid., 12). Pero quien tiene el espíritu de este mundo, no puede juzgar a los súbditos en Mizpa, es decir, en la especulación: porque mientras no penetra lo interior por el espíritu, en las causas del examen que investiga, erra externamente con el espíritu mundano. Por tanto, se dice bien que Samuel juzgó a los hijos de Israel en Mizpa: porque ciertamente los santos predicadores, en los juicios de los súbditos, no definen externamente otra cosa que lo que les es revelado internamente por inspiración divina. Pero mientras los buenos súbditos se someten al juicio de los mayores, encienden más fuertemente las iras de los enemigos espirituales contra sí mismos. Por eso se añade:

(Vers. 7.) Y subieron los príncipes de los filisteos contra Israel.

15. Pues, quitados los dioses extraños, realizado el ayuno, ejercida la censura del examen por el predicador, los príncipes de los filisteos suben contra Israel: porque cuando progresamos en una vida más alta, los espíritus malignos, que siempre envidian a los que hacen el bien, son más hostiles a nosotros. Y porque desean derribarnos de la altura de la vida inocente, se dice que suben. Pues subir para los espíritus malignos es elevarse para atacar los corazones altos por el deseo celestial. Porque también contra los soldados más perfectos de Cristo no se levantan las batallas de cualquier espíritu maligno, sino de los demonios más fuertes; no se dice que suben los filisteos contra Israel, sino los príncipes de los filisteos. Los príncipes también presiden a muchos. Por esto, pues, que se dice que suben los príncipes contra Israel, se puede razonablemente concluir que para probar la paciencia de los elegidos, no se asigna un solo espíritu malo a cada uno de los elegidos, sino innumerables; para que de la victoria conseguida, la gloria de los fieles sea tanto más copiosa, cuanto más graves sean las batallas que se les infligen. Sin embargo, entre esas mismas batallas, los recién convertidos suelen temer mucho: pues de repente se encuentran en el campo del trabajo, sin la experiencia de la costumbre. De un lado ven armados contra sí los deseos que antes les servían pacíficamente: del otro, el amor supremo los invita a no abandonar los bienes comenzados. De un lado el espíritu eleva la mente, del otro la carne la pesa; y mientras no pueden conocer el fin de su medida, temen mucho por la incertidumbre de su elección. Por eso se añade adecuadamente:

(Vers. 7.) Lo cual, al oírlo los hijos de Israel, temieron a causa de los filisteos.

16. Pues temen a causa de los filisteos, para no temer sus posteriores. ¿Cuál es, pues, el rostro de los espíritus malignos, sino la concupiscencia mundana? En esta imagen, cualquiera que se conforme con ella se conforma a su imagen. Pues porque no se dice que temieron el rostro de los filisteos, sino a causa de su rostro, insinúa así las mentes de los elegidos, para que también reprenda con razón oculta la necedad de los reprobos. Pues no temieron el rostro, sino a causa del rostro: porque ciertamente los hombres santos, otra cosa es lo que ven externamente, otra lo que temen internamente. Pues aunque a veces consideran el mundo floreciente con razón humana, de repente levantan los ojos de la mente a los males que siguen a las alegrías del mundo, y temen como a causa del rostro, quienes evitan las presentes delectaciones por los castigos que las siguen. Pero al contrario, los reprobos, que no temen de ninguna manera este rostro de los filisteos, no evitan los impulsos de su ferocidad cuando los siguen. Pues mientras reciben con toda su fuerza las vanas alegrías del mundo, reciben las aflicciones perpetuas por la virtud de los demonios. A quienes ciertamente la Verdad amenaza, diciendo: ¡Ay de vosotros, ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo en esta vida! (Luc. VI, 24). De ahí que también, denunciando, dice: ¡Ay de vosotros que reís, porque lloraréis! (Ibid., 25). Como si dijera de otra manera: Porque no teméis a causa del rostro de los filisteos, cuando los impulsos de su fuerza os asaltan, no podéis encontrar refugio de salvación. Entonces, ciertamente, el temor está presente, pero no está presente quien ayude. Se da el castigo del delito sin esperanza de liberación; y sienten cuán horribles son los posteriores de los filisteos, quienes quisieron en el amor del mundo los halagos de su rostro. Por tanto, se dice bien de los israelitas, en el tipo de los elegidos: Temieron a causa del rostro de los filisteos: porque ciertamente, mientras ordenan solícitamente el modo de su conversión, no disponen temer los males eternos cuando vienen; sino que temen a causa de la concupiscencia temporal, por cuyo mérito se infligen. Y porque no creen poder obtener esto tanto por sus méritos como por la intercesión de los mayores, sigue:

(Vers. 8.) Y dijeron a Samuel: No ceses de clamar por nosotros al Señor Dios de Israel, para que nos salve de la mano de los filisteos.

17. Pero también los buenos pastores no solo ofrecen a los súbditos tentados el auxilio de las oraciones, sino también de los sacrificios. Por eso se añade:

(Vers. 9.) Y Samuel tomó un cordero de leche, y lo ofreció entero en holocausto al Señor, y clamó Samuel.

¿Qué es el clamor de Samuel, sino en la súplica del pontífice la gran fuerza del deseo? Por eso al Moisés que callaba con los labios, aunque deseaba fervientemente la salvación del pueblo súbdito, se le dice por el Señor: ¿Por qué clamas a mí? (Éxodo XIV, 15). ¿Y quién es el cordero de leche, sino aquel a quien su precursor mostró, diciendo: He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Juan I, 29)? Y se dice de leche, porque en su inocencia se predica la verdadera humanidad. Pero se ofrece un cordero, porque, fuera de él, no se encuentra quien quite los pecados del mundo. A quien ciertamente ofreció el cordero entero. Pues la integridad del cordero pertenece a la solidez de la profesión católica. Pues como quien divide el cordero, quien se separa del canon de la fe por la espada del error. Por tanto, se dice cordero por la inocencia, de leche por la asunción de la naturaleza, uno por la singularidad de la potencia, entero por la firmeza de nuestra fe.

18. Pero si alguien quiere referir esto no a él, sino a su imitador, puede hacerlo. Pues ofrecemos un cordero, cuando por el bien de la castidad y la inocencia, nos conformamos a

nuestro Redentor; y cuando nos alimentamos de la doctrina de nuestros Padres inocentes, es como si succionáramos los pechos, con los que nos nutrimos para la vida eterna. También ofrecemos un cordero único, si después de los inicios de la conversación religiosa, no nos contaminamos con ninguna mancha de depravación. Pues ofrece un cordero único, quien no se desvía del propósito de la inocencia a las manchas de una vida contaminada, de las que regresa por la reiteración de la buena obra. También ofrecer un cordero entero es preparar no solo la continencia de la carne, sino también la integridad de la mente para la vida eterna. Tampoco ofrece un cordero entero al Señor, quien consagra la carne a Dios por la continencia, pero no refrena los secretos de su mente de la lascivia de los pensamientos impuros. Pues como quien roba parte del cordero al sacrificio, quien no une la pureza del corazón a la continencia del cuerpo. Por eso el mismo cordero, al mandar ofrecer entero a los discípulos, dice: Habéis oído que fue dicho a los antiguos: No comerás adulterio; pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón (Mat. V, 27, 28). De ahí que también se notan las vírgenes insensatas en el Evangelio, que prepararon las lámparas, pero no prepararon el aceite (Mat. XXV, 3). Pues tienen lámparas preparadas, quienes guardan el bien de la castidad en el cuerpo: también tienen aceite, quienes mantienen el brillo de la pureza en la circunspección de su mente. Por tanto, se dice de Samuel: Ofreció un cordero entero al Señor: porque para que el bien de la castidad sea suficiente para la placación divina, no solo debe guardarse en el candor del cuerpo, sino en el esplendor de la pureza interna. Por eso se añade con mérito:

(Vers. 9.) Y el Señor lo escuchó.

19. Aquel que ora al Señor por otros puede ser escuchado, siempre que no sea odioso al Señor en algún aspecto. Si aún está oprimido por su propia debilidad, no será escuchado para obtener la fortaleza de los demás: y no eleva su deseo a la cima de la divinidad, porque no se esfuerza en ascender desde el abismo en el que yace por su caída, con el fervor de un estudio más intenso. Pero también se explica el modo de ser escuchado, cuando se añade: (Vers. 10. 11.) "Sucedió que, mientras Samuel ofrecía el holocausto, los filisteos comenzaron la batalla contra Israel. Pero el Señor tronó con gran estruendo aquel día sobre los filisteos, y los aterrorizó, y fueron derrotados por los hijos de Israel. Y los hijos de Israel salieron de Masfa, persiguieron a los filisteos y los derrotaron hasta el lugar que estaba debajo de Betcar."

20. Mientras Samuel ofrecía el holocausto, los filisteos comenzaron la batalla contra Israel: porque los espíritus malignos levantan tentaciones más graves contra los fieles súbditos cuando ven que los pastores se les oponen con más insistencia. Pero el Señor tronó sobre los filisteos: porque a los doctores orantes y a los fieles súbditos, la gracia divina les proporciona fortaleza. Los truenos suelen producirse a través de las nubes. Las nubes sublimes se entienden como el deseo celestial del alma. Por eso el profeta, admirando las mentes de los elegidos elevadas en el amor celestial, dijo: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes?" (Isaías 60, 8). ¿Y qué son los truenos de las nubes, sino esos deseos fervientes y celestiales de los elegidos: con los cuales, cuando su mente es encendida por la gracia divina, expulsan completamente todo lo que los espíritus malignos sugieren engañosamente? Por tanto, se dice bien: "El Señor tronó sobre los filisteos y los aterrorizó." Porque cuando infunde deseos celestiales en las mentes de los elegidos por su gracia, también hace que desprecien todas las cosas terrenales, y convierte en fuga a los espíritus malignos que les sugieren desearlas. Pues, como aterrados por el trueno, huyen cuando en las mentes de los elegidos, a quienes habían tentado, temen el gran sonido de la virtud divina. Y porque se dice que el Señor tronó con gran estruendo, ¿qué es esto sino que los deseos imperfectos de los cristianos no son terribles para los demonios? El gran estruendo del trueno es el deseo perfecto de cada uno de los

elegidos. Por tanto, cuando el Señor tronó con gran estruendo sobre los filisteos, entonces son derrotados por los hijos de Israel: porque cuando la devoción perfecta eleva la mente de los elegidos a los gozos celestiales, corta completamente de sí todo lo que milita contra la parte adversa. También se recuerda bien que primero los filisteos fueron aterrorizados y luego derrotados por los hijos de Israel: porque son aterrorizados por la devoción de los elegidos, y derrotados por la obra. Y porque la devoción es anterior a la obra, se dice correctamente que primero son aterrorizados y luego derrotados. Pues primero recibimos el don de la buena voluntad del Señor, para que después podamos refutar los consejos de los espíritus malignos. También se dice bien que el Señor tronó sobre los filisteos y los aterrorizó, pero se dice que los hijos de Israel los derrotaron: porque los buenos deseos nos son ministrados por la gracia divina, pero nosotros promovemos los dones de la gracia hacia las victorias de las virtudes con el esfuerzo del libre albedrío. Por tanto, el orden de la milicia celestial es que primero se escuche a Dios tronando con gran estruendo, y luego el soldado avance para derrotar las filas enemigas: para que primero vea en sí mismo los dones de la gracia, luego irrumpa con más fuerza en el campo de batalla, y espere con seguridad el resultado de la victoria, quien ha sido fortalecido antes del tiempo de la confrontación con las fuerzas con las que será coronado.

21. Bien se dice que los que derrotan a los filisteos salieron de Masfa. En Masfa, que se llama "observación", permanecen aquellos que persisten en la contemplación de las cosas divinas. Pero salen a derrotar a los filisteos cuando, consultados desde el secreto de la meditación interna, reprimen las fuerzas de la dominación adversa. Pues internamente ordenan en secreto cómo irrumpirán en las filas enemigas en la obra manifiesta. Cuanto más graves son las batallas que les presentan al salir, tanto más, mientras piensan internamente, permanecen ocultos en tranquilidad. Y porque los espíritus malignos deben ser siempre reprimidos por los elegidos de Dios, se recuerda que los filisteos fueron derrotados hasta el lugar debajo de Betcar. Betcar, de hecho, se interpreta como "casa del cordero". Este cordero nos lo insinúa Isaías, diciendo: "Como cordero será llevado al matadero, y como oveja ante sus trasquiladores, sin voz" (Isaías 53, 7). ¿Qué fue entonces la casa del cordero, sino aquella conversación sublime y singularmente protegida del Redentor, que, al carecer de culpa, fue inaccesible a todos los espíritus malignos? Nadie puede llegar a Betcar, es decir, a la casa del cordero: porque quienquiera que progresa mucho, es inferior en santidad al Redentor. Por eso el predicador insigne, insistiendo en las alabanzas del mismo Redentor, dice: "Tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote, santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores, y hecho más alto que los cielos, que no tiene necesidad, como los sacerdotes, de ofrecer sacrificios primero por sus propios delitos" (Hebreos 7, 26-27). ¿Cuál es entonces el lugar debajo de Betcar, hasta donde debemos derrotar y perseguir a los filisteos? Pero si Betcar significa la perfección de la conversación del Señor, el lugar debajo de Betcar expresa la suma común de santidad de los Santos. Quienes se humillan obedeciendo al mismo Redentor, y se acercan a su gloria mediante el estudio de una vida inocente. El lugar que se muestra situado debajo de Betcar se reconoce como inferior y vecino al mismo lugar al que está subordinado: porque los hombres santos, cuanto más cercanos están a Dios por la altura de la vida, tanto más sujetos están con pensamiento humilde. Por tanto, mientras el triunfo de los fieles novicios se muestra bajo las gestas de los israelitas, se dice que los extranjeros son derrotados hasta el lugar bajo la casa del cordero: porque ciertamente debemos esforzarnos con un esfuerzo incesante de lucha para alcanzar la cima de la perfección: donde ya seamos tanto más terribles para nuestros enemigos, cuanto más cercanos estemos a nuestro Redentor. Allí ya hay una cierta seguridad, que no puede ser perturbada por el miedo de los enemigos. A tales dones de virtud concedidos, el Señor insinúa, diciendo: "He aquí que os he dado poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo" (Lucas 10, 19). Por eso también aquel que había llegado al lugar cercano a la casa del cordero, dice:

"¿Quién nos separará del amor de Cristo, la tribulación, o la angustia, o el hambre" (Romanos 8, 35), o cosas semejantes? También la casa del cordero puede designar la patria celestial. Por eso Juan dice: "Vi sobre el monte Sion un cordero de pie, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el nombre de su Padre escrito en sus frentes" (Apocalipsis 14, 1). ¿Cuál es entonces el lugar que está debajo de la casa del cordero, sino el término de la vida temporal, desde el cual los elegidos son asumidos a los gozos de la patria celestial? Porque quienes somos llevados hasta el término establecido para nosotros, que no podemos pasar viviendo, llegamos como a un lugar desde el cual seremos trasladados a otro. Pero el término de la vida del hombre elegido se muestra situado debajo de la casa del cordero: porque desde donde se sumerge por las angustias de la mortalidad, desde allí se eleva a los gozos de la vida indeficiente. Pues también el mismo cordero, que habita alegre en su casa de los que tocan cítara y cantan, antes de ser llevado a la alegría de esta casa, estuvo debajo de la casa. De ahí que en el tiempo de su inmolación diga: "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mateo 26, 38; Marcos 14, 34). Por tanto, el fin de cada uno de los elegidos, cuando se muestra en un lugar, se recuerda que está debajo de Betcar, es decir, de la casa del cordero; porque los hombres santos, cuando por la pena de la muerte dejan las cosas temporales, ascienden desde un lugar cercano a la patria celestial que les es preeminente. Pues Pablo, afirmando con confianza, dice: "Sabemos que si nuestra morada terrestre se disuelve, tenemos un edificio de Dios, no hecho con manos, eterno en los cielos" (2 Corintios 5, 1). Por tanto, hasta el lugar que está debajo de la casa del cordero, derrotamos a los filisteos, si mientras estamos en esta vida, triunfamos sobre los espíritus malignos. Sigue:

(Vers. 12.) "Tomó entonces Samuel una piedra, y la puso entre Masfa y Sen; y la llamó Piedra de Ayuda, y dijo: Hasta aquí nos ha ayudado el Señor."

22. La piedra en el sagrado discurso significa al Señor y nuestro Redentor. Una piedra es tomada por Samuel, cuando la fortaleza del Redentor es predicada singularmente por el predicador de la santa Iglesia. Que ciertamente se coloca entre Masfa y Sen: porque en el final de la vida protege a los elegidos, y quebranta a los reprobos. Sen, de hecho, significa "exclusión". Los reprobos son excluidos, es decir, separados de la sociedad de los fieles. Por tanto, cuando se dice que los filisteos son derrotados hasta el lugar debajo de Betcar, se afirma que la piedra está colocada entre Sen y Masfa: porque cuando los elegidos de Dios reciben el título de su victoria al final, son separados del grupo de los malos por el juicio del Redentor. Ahora, como en una era, somos trigo y paja juntos, pero cuando somos llevados al término de la vida, los elegidos son separados de los reprobos por la virtud del Señor, y como si tuvieran una piedra en medio de ellos, mientras aquellos soportan el peso del Redentor en el juicio de su condenación, estos en su fortaleza sostienen las palmas de la gloria eterna. También pueden ser designados por Sen los espíritus malignos. Son excluidos, porque fueron arrojados del secreto celestial por su soberbia. Y porque ahora en esta vida luchan con nosotros, bien cuando se afirma el tiempo de nuestra victoria, se dice que la piedra está colocada entre nosotros y ellos: porque cuando recibimos las recompensas de nuestra milicia, ya no se renuevan para nosotros sus batallas. Samuel, sin embargo, coloca esta piedra en medio: porque el doctor de la santa Iglesia nos muestra la bondad de nuestro Redentor. Y porque todo lo que se lleva a cabo prósperamente por nosotros en toda nuestra vida se atribuye a la gracia divina, adecuadamente por él se llama a esa piedra que se coloca en medio, Piedra de Ayuda. Él es, de hecho, la Piedra de Ayuda, que si no quiere socorrernos, podemos ser vencidos, pero no podemos vencer. De la cual ya se dice, colocada en medio: "Hasta aquí nos ha ayudado el Señor"; porque sus auxilios persiguen a sus elegidos hasta los tiempos de la retribución eterna. Y porque, como hemos dicho, ya entonces, cuando somos recibidos en el descanso eterno, no se levantan batallas de los enemigos oprimidos, sigue:

(Vers. 13). "Y los filisteos fueron humillados, y no volvieron más a entrar en los términos de Israel."

23. Esto ciertamente expresa los hechos de cada uno de los elegidos, para insinuar tanto la preparación para la guerra de la santa Iglesia católica como los gozos de la recompensa. Esta victoria de la Iglesia universal, ya después de la gloria de nuestra resurrección, el bienaventurado Pablo la muestra; quien, como presente a la futura incorrupción, insultaba a la muerte, diciendo: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (1 Corintios 15, 54-55). También vio a los filisteos humillados: porque recordando a los ángeles apóstatas, encendía a los elegidos al amor de la futura dignidad, diciendo: "¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles?" (1 Corintios 6, 3). Entonces, de hecho, los filisteos son humillados, cuando los demonios son enviados al fuego eterno preparado para ellos desde el origen del mundo. Y no vuelven más a entrar en los términos de Israel: porque no salen a tentar los corazones de los elegidos. ¿Cuáles son los términos de Israel, sino los cielos? ¿Cómo vendrán los malos espíritus a los términos de Israel, que están condenados en el profundo del infierno de tal manera que nunca resurgirán de la inmersión de las penas? Porque son arrojados por una opresión eterna, adecuadamente se añade:

(Vers. 13). "La mano del Señor estuvo sobre los filisteos todos los días de Samuel."

24. ¿Cuáles son los días del buen doctor, sino aquellos rayos florecientes de la eternidad resplandeciente? Que adecuadamente se refieren a Samuel: porque aunque son comunes a todos los elegidos, con una gracia especial brillan para el gozo de los predicadores. O ciertamente son de los predicadores, porque brillan más especialmente en las mentes de aquellos, cuya predicación ahora se muestra a la santa Iglesia. Pero se dice que la mano del Señor estuvo sobre los filisteos todos los días de Samuel, porque el poder divino siempre oprime a los espíritus malignos, que en la gloria de la claridad eterna también nunca deja de alegrar a los elegidos. Entonces, de hecho, se reparan las pérdidas de los ángeles, cuando lo que había sido quitado a la bienaventuranza por la soberbia de los espíritus creados, se completa con los hombres elegidos. Por eso sigue:

(Vers. 14.) "Y fueron devueltas las ciudades que los filisteos habían tomado a Israel."

25. Las ciudades arrebatadas son aquellas multitudes de ángeles perdidos. Pero entonces se devuelven, cuando de la naturaleza humana elegida se asume, de donde lo que se perdió de los ángeles se suple. Lo cual también puede entenderse convenientemente en la conversión de los hombres pecadores. Porque los filisteos toman las ciudades, cuando las mentes de los fieles, tentando, las engañan, y se las someten sumergiéndolas en pecados. Pero las ciudades arrebatadas se devuelven a Israel: porque así en esta vida los penitentes satisfacen, que en la gloria perenne se muestran resplandecientes para el gozo de los elegidos. Porque no solo aquellos que descuidan hacer el bien, sino también aquellos que abundantemente hacen iniquidad, se salvan arrepintiéndose, se añade:

(Vers. 14.) "Desde Accaron hasta Geth."

26. Accaron se dice estéril, Geth, lagar. Estériles son, de hecho, aquellos que no hacen buenas obras. En el lagar, sin embargo, se prensa la uva, y se produce el vino. ¿Qué es, sin embargo, la concupiscencia secular, sino la uva de la mente reprobada? ¿Qué es, sin embargo, el fervor de pecar, sino el licor del vino, que hace que la mente del pecador se olvide de los bienes eternos? Porque cuando del deseo del corazón se genera el pecado, es como si en el lagar se produjera el vino de la uva. Por tanto, desde Accaron hasta Geth, las ciudades arrebatadas se

devuelven a Israel: porque las mentes de aquellos que descuidan hacer el bien, y de aquellos que audazmente perpetran el mal, que ahora regresan al Señor arrepintiéndose, entonces se muestran resplandecientes en la gloria común de los elegidos. Porque sus males no vienen en la memoria de Dios, que ellos mismos no han olvidado borrar con la aflicción de la penitencia. Sigue:

(Vers. 14.) "Y había paz entre Israel y el amorreo."

27. ¿Qué es esta paz, sino la que el profeta Miqueas afirma, diciendo: "Y él será la paz en la tierra, cuando venga" (Miqueas 5, 5). De ahí que Pablo diga: "Él es nuestra paz, que hace de ambos uno" (Efesios 2, 14). ¿Qué es, sin embargo, que se muestra paz entre Israel y el amorreo? Pero ¿qué se designa por el amorreo, sino la parte reprobada de los hombres? ¿Y quiénes son figurados por Israel, sino los elegidos? Y porque los elegidos estarán a la derecha de Dios, y los reprobos a la izquierda (Mateo 25, 33), cuando se afirma que hay paz entre ambos, se muestra la beatitud ilustre de los santos; que convienen con tal equidad del justo Creador, que no se conmueven con ninguna compasión por la pena de los reprobos. Por tanto, cuando se muestra que hay paz entre Israel y el amorreo, no se demuestra el bien que los reprobos tienen en común con los santos, sino con el que los elegidos son protegidos. Por eso también bajo la figura de Israel se promete a la santa Iglesia por el profeta: "Él puso paz en tus confines, y te sacia con la grosura del trigo" (Salmo 147, 14). Porque pone paz en los confines de la Iglesia: porque cuando la potencia del Redentor la eleva a la celsitud de la equidad interna, no la aflige con el dolor de la compasión por la miseria de los perdidos. Pero a qué cuidado de los pastores los buenos súbditos son promovidos a tal beatitud, lo expone, diciendo:

(Vers. 15.) "Y Samuel juzgó a Israel todos los días de su vida."

28. ¿Cuáles son los días de la vida de cada doctor, sino las claridades de las virtudes espirituales? Porque juzga a Israel todos los días de su vida, quien representa la luz de la justicia, que afirma hablando, para el ejemplo de los fieles súbditos, con la perfección de una buena conversación. Pero quien no tiene la luz de las virtudes espirituales, porque asume para enseñar la buena conversación de otro, ciertamente juzga con los días de la vida ajena. De los cuales, de hecho, el Señor dice por el profeta: "He aquí que yo estoy contra los profetas, que roban mis palabras, cada uno de su prójimo" (Jeremías 23, 30). Porque roban las palabras, quienes no siguen con obras el bien que predicán enseñando: porque como si tomaran en secreto de lo ajeno, lo que no hacen suyo con el precio del trabajo propio. Por tanto, después de anunciar la futura beatitud, se muestra cómo debe ser el pastor de los fieles mientras tanto: porque se dice que Samuel juzgó a Israel todos los días de su vida. Pues mal insinúa el camino de la perfección, si alguien que quiere abrir el camino de la luz con su voz, se oscurece con su acción. Porque quien había dedicado todos los días de su vida a juzgar a Israel, dice: "No me atrevo a hablar de nada de lo que Cristo no ha hecho por medio de mí, para la obediencia de los gentiles, con palabra y obra" (Romanos 15, 18). Por tanto, que el doctor juzgue, pero quien tiene días ilustres de su vida: para que primero en sí mismo fomente bien viviendo los rayos de las virtudes espirituales, que administran hablando para los caminos de los súbditos: porque también la lámpara se muestra útilmente a los que están en la casa, si primero se llena bien de la luz que va a esparcir. Sigue:

(Vers. 46.) "Y recorría cada año Betel, y Gilgal, y Masfa, y juzgaba a Israel en los lugares mencionados."

29. Betel se dice casa de Dios; Gilgal, rueda; Masfa, como ya se ha repetido anteriormente, se interpreta como observación. ¿Qué significa entonces Betel, sino los hombres dedicados al oficio del altar sagrado; que, mientras se adhieren a los estudios espirituales, son como familiares del Dios omnipotente? ¿Y qué significa Gilgal, que se dice rueda, sino el orden de los casados? Porque como si giraran en una rueda, mientras no pueden carecer completamente de las preocupaciones del mundo voluble. ¿Y qué se expresa por Masfa, que se interpreta como observación, sino aquellos que, dedicados a la contemplación divina, arden solo en los gozos celestiales? ¿Qué significa entonces que se dice que Samuel recorre Betel, y Gilgal, y Masfa, y juzga a Israel en esos lugares, sino que el predicador elegido sigue los ejemplos de todos los órdenes de los elegidos, para que pueda ser un censor docto de los fieles súbditos? Porque no podrá ser de juicio equitativo, si desdeña asumir de los ejemplos de los elegidos precedentes lo que decreta. Pero también recorra cada año estos lugares, para que el doctor providente contemple la perfección de cada uno de los órdenes por separado: para que, cuanto más sutilmente vea los bienes de los precedentes, pueda disponer más adecuadamente los presentes. Por tanto, allí juzgue a Israel, para que corrija a los fieles súbditos, a quienes instruye para la visión de Dios, con la rectitud de aquellos que indudablemente cree que han agradado a Dios. También puede designarse por Betel, que se dice casa de Dios, a toda la Iglesia de los elegidos: por Gilgal, que se interpreta como rueda, la Sagrada Escritura. Porque todo lo que el doctor exhibe en el progreso de los súbditos, lo toma o del ejemplo de los elegidos, o de la enseñanza del sagrado discurso, o de la revelación de la contemplación interna y secreta.

30. Samuel, por lo tanto, recorre Betel, cuando el predicador de la Iglesia busca la autoridad para disponer sus obras a partir de los ejemplos de los mayores. Recorre Galgala, es decir, la rueda, cuando comprende la autoridad de su doctrina a partir de la enseñanza de la Sagrada Escritura. También recorre Masfa, cuando, a través de la meditación de la contemplación secreta, merece recibir la revelación de la verdad. Allí juzga a Israel: porque todo lo que propone a sus súbditos como norma de rectitud, lo toma ya sea de los ejemplos de los elegidos, de la doctrina del sagrado discurso, o de la revelación de la contemplación interna. Con estas palabras se muestra, no solo lo que debe hacer un doctor perfecto, sino también que no es perfecto si no puede hacer estas cosas. Pues si solo conoce los ejemplos de los buenos, o si alguien está instruido en la Sagrada Escritura pero carece de la revelación de la contemplación, no será un hombre perfecto en el orden de la predicación. La contemplación es una virtud por la cual no solo se reconoce la Escritura ya escrita, sino por la cual lo que aún no está escrito podría serlo: y por la cual lo escrito se dispone diariamente según la voluntad de Dios. Por tanto, se dice bien: Y juzgó a Israel en los lugares mencionados. Pues no solo en Betel y Galgala, sino también en Masfa: de modo que quien se esfuerza por alcanzar la perfección de la predicación, mientras sigue los ejemplos de los mayores con humildad, mientras se apoya en la erudición del sagrado discurso, debe cuidar absolutamente de conocer, mediante la pureza de mente, lo que debe disponerse a través de la contemplación. Porque debe ser dócil a Dios quien, habiendo asumido el oficio de la predicación, desea enseñar a los hombres. Sin embargo, debe confiar en aquel que es instruido por la erudición de la contemplación secreta, de modo que no desprecie las Escrituras dadas por el Espíritu Santo, ni se niegue a seguir los ejemplos de los elegidos. Samuel es descrito recorriendo Betel, Galgala y Masfa; para que uno no se separe del otro por discordia: de modo que reciba los ejemplos que aprueba la Sagrada Escritura; y reconozca aquellas Sagradas Escrituras que escribieron los hombres elegidos: y sienta aquellas revelaciones de la contemplación mostradas por Dios, que no discrepan ni de las obras de los

elegidos, ni de la autoridad de la Sagrada Escritura. Y todo lo que hace, lo endereza hacia la rectitud de la intención suprema. Por lo cual se añade:

(Vers. 17.) Regresaba a Ramá: porque allí juzgaba a Israel, y allí estaba su casa.

31. Como ya dijimos mucho más arriba, Ramá se interpreta como visión consumada: y significa aquella sociedad bienaventurada y perfecta de los ciudadanos celestiales: a la cual Samuel regresa, para no ser oprimido por la carga de su trabajo. En Ramá, en efecto, Samuel regresa, cuando la mente del predicador se eleva por el amor de las cosas celestiales. Pues entre las inmensas cargas de su oficio caería, si no regresara al amor de las cosas celestiales por el deseo de su esperanza. Regresar para los predicadores es reducir la intención de su mente a las alegrías de la patria celestial. Y allí juzgan a Israel: porque se esfuerzan por hacer conformes a los fieles súbditos, predicando, a la belleza de la patria celestial, que retienen en su mente. Allí juzgan a Israel: porque de aquella ciudad ya perfecta extraen la forma que imprimen hablando en las mentes de los hijos: y todo lo que ven indigno de aquella belleza, intentan cortar de sus mentes. Y porque descansan con todo su amor en la gloria de aquella patria bienaventurada, allí se dice que está su casa. Se reconoce que su casa está donde habita amando. Por lo cual también aquel insigne predicador se gloría, diciendo: Nuestra conversación está en los cielos. Recorre Betel, Galgala y Masfa, y en ninguna de ellas tiene casa, pero en Ramá tiene casa: porque los doctores de la santa Iglesia todo lo que ahora reciben de los ejemplos de los elegidos, todo lo que de la erudición de los sagrados volúmenes, todo lo que de la altura de la revelación suprema investigan transitoriamente, lo tienen como ayuda del camino, no como amor de la recompensa. Pero aquello que aman en la ciudad suprema, no es para el progreso del camino, sino para la suficiente, más bien abundante, largueza de la recompensa. Y porque allí se congregan todos los bienes, sigue:

(Vers. 17.) También edificó allí un altar al Señor.

32. ¿Qué es el altar del Señor, sino el corazón del justo? Con el juicio de la verdad se dice: Donde está tu tesoro, allí también estará tu corazón (Mat. VI, 21). Pero quien por amor de la patria suprema hace el bien, mientras desea ardientemente llegar a lo que acumula arriba, ciertamente edifica un altar, sobre el cual enciende las ofrendas de su deseo diario. Se dice bien: Edificó allí un altar al Señor: porque del incremento del estudio celestial, así como la llama crece en el corazón del buen deseo, así también, como si se añadieran piedras, se construye el altar hacia arriba, donde se ofrecen a Dios holocaustos de amor. Lo cual también puede referirse convenientemente al lucro de las almas. El doctor en Ramá edifica un altar al Señor, cuando coloca los méritos de los súbditos en el cielo, y mientras por su estudio diario las almas elegidas ascienden a los reinos celestiales, como si se enviaran piedras para la estructura del altar supremo. Dígase, pues, de Samuel, dígase: Edificó allí un altar al Señor: porque ciertamente es muy ocioso el estudio del doctor, si por lo que hace en la tierra no se aumenta el edificio celestial.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los hechos de los hombres santos precedentes son a menudo consuelo para los elegidos que les siguen. Pues por una admirable disposición del consejo divino, y en la cima de la conversación altísima, fueron elevados de tal manera que realizaban obras fuertes para sí mismos, proveían rectamente a sus súbditos; así, a veces, dejados a sí mismos, lo que disponían con recta intención, según la providencia de Dios no era recto; para que la

debilidad de ellos se convirtiera en la firmeza de los elegidos que les siguen: porque aunque como hombres pueden ser engañados en la disposición de los negocios de la santa Iglesia, sin embargo, las mismas disposiciones eclesiásticas no deben ser abandonadas. He aquí que se dice:

(I Reg. VIII, 1-3.) Sucedió que cuando Samuel envejeció, puso a sus hijos como jueces de Israel, y el nombre de su primogénito fue Joel, y el nombre del segundo, Abías, jueces en Beerseba. Y sus hijos no anduvieron en sus caminos.

2. He aquí que quien había estado lleno del espíritu de profecía, no conoció que aquellos a quienes ponía como jueces de Israel, porque después debían inclinarse hacia la avaricia, y aceptar regalos, y pervertir el juicio. ¿Qué, pues, es de extrañar, si pueden ser engañados en la disposición de los órdenes, quienes no reciben la gracia de la profecía: si aquellos que tienen el espíritu de profecía, no tienen el mismo espíritu para disponer todas las cosas? ¿Quién, pues, dudará de un hombre tan grande, que si hubiera conocido de antemano la futura perversidad de sus hijos, ciertamente no los habría preferido a los honores forenses? Quienes, por tanto, promueven a sabiendas a los reprobos, no pueden de ninguna manera halagarse con este ejemplo del profeta: porque solo se actúa inocentemente, cuando en ellos, en el tiempo en que fueron promovidos, no se manifestaron signos de la iniquidad que siguió. Por lo cual, y adecuadamente, aquellos que fueron puestos como jueces de Israel por Samuel, cuando fueron puestos, se llamaban sus hijos: para que no solo se crean engendrados por la carne, sino también adornados con los esplendores de su conversación. Por lo cual, y sus nombres se asignan cuidadosamente: para que por el título del nombre, se conozca la forma de virtud que entonces estaba en ellos. El nombre, dice, de uno era Joel, del otro Abías, jueces en Beerseba. Pero también de aquellos que se dice que después de recibir la dignidad se inclinaron hacia la avaricia, se muestra claramente: porque antes de alcanzar la cumbre de la misma dignidad, no se veían en ellos signos de la futura depravación. Pero he aquí, mientras atendemos a los consuelos de los pastores, observamos no pequeños peligros del rebaño del Señor. Pues los súbditos permanecieron, pero los hijos del profeta, puestos en la cumbre de la preeminencia, cayeron: para que si a nosotros, puestos bajo el cuidado de los mayores, nos sonrío el estudio incesante de la vida santa, o la gran seguridad de la conversación, sin embargo, no tengamos el deseo de presidir sobre otros, sino en la magnitud del temor. Pero los carnales, mientras solo atienden a lo visible, no merecen conocer la conversación espiritual de los santos. Ciertamente contemplan la cumbre de los pastores de la santa Iglesia, pero no saben pensar cuán a disgusto soportan internamente el decoro que externamente tienen en el esplendor de la cumbre, que la sublimidad del honor la sostienen como opresión de una gran carga, que huyen con gran deseo de lo que prosiguen con el ministerio exterior. Pues por el testimonio del insigne doctor aprendemos que el hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios (I Cor. II, 14). Por lo cual, y tanto más erran dementemente siguiendo lo carnal, cuanto por la virtud de la discreción ya no penetran en lo espiritual. Y algunos tales avanzan tanto en el mal de la demencia, que no temen incluso conmover el mismo estado de la cumbre eclesiástica. Por lo cual sigue:

(Vers. 4, 5.) Entonces se congregaron todos los ancianos de Israel y vinieron a Ramá, y le dijeron: He aquí que has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos. Constituye sobre nosotros un rey, que nos juzgue como tienen todas las naciones.

3. Pero para aquellos que vivían bajo el régimen espiritual, pedir un rey, ¿qué otra cosa es sino desear transferir el mismo prelado espiritual a la dominación secular? Pero a los hombres santos, cuando ven que son despreciados por sus súbditos, no les desagrade tanto ser despreciados, como que sus despreciadores no agradan a Dios. Pues en su desprecio, ven que

se les da incremento a su gloria interna, pero gimen por el aumento de sus méritos en los defectos de los súbditos, a quienes quisieran que progresaran en méritos, para que en la retribución eterna de los méritos, pudieran tener con ellos a aquellos sobre quienes presiden. Por lo cual se añade:

(Vers. 6.) Desagradó la palabra a los ojos de Samuel, porque dijeron: Danos un rey, que nos juzgue.

4. Esto, en efecto, le desagradó, porque pensó que desagradaba a Dios, quien hablaba. Pero como no se dice simplemente: desagradó la palabra a Samuel, sino a los ojos de Samuel, y se añade inmediatamente:

(Vers. 6.) Y Samuel oró al Señor por el pueblo.

Nos conviene considerar esto un poco más sutilmente. Los hombres santos, que temen mucho desagradar al Dios omnipotente, no son fáciles en sus juicios, sino que primero ordenan todo racionalmente en su interior, para que lo dispongan irreprochablemente en la obra exterior. Pues no toman ninguna elección de juicio, si no se prueba por la contemplación de la razón. Estos son los ojos del profeta que el Señor quería abrir, cuando decía: Mira con tus ojos, y oye con tus oídos (Ezequiel XL, 4). De aquí que en el Evangelio dijo a los discípulos: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis (Lucas X, 23). Los ojos de los santos son el entendimiento de la razón, abiertos por la gracia del Espíritu Santo. Y por eso se dice que son de Samuel: porque los carnales, aunque por la sabiduría humana parecen racionales, están más ciegos a la luz de esta razón, cuanto más ven solo con los ojos que abrió la serpiente. Pues si vieran el resplandor de las virtudes espirituales, ciertamente desearían tenerlo en el ornato de su mente. Tan grande es el decoro de ellas, que nunca puede no ser deseado por el deseo del que ve. Por tanto, los sabios del siglo, cuando creen tener ojos de razón, pueden conocer por esto cuán dementemente enloquecen: porque no son atraídos por la belleza de las virtudes santas, ciertamente no es solo no ver su gloria, sino ni siquiera soñarla. Por tanto, los hombres santos, que ya están obligados en el amor de las cosas internas por la iluminación del Espíritu Santo, tienen los ojos de su mente tanto más claros para ver la gloria de la claridad interna, cuanto menos tienen en deseo la oscuridad del mundo; y pueden discernir lo carnal tanto más rectamente, cuanto más lejos de lo carnal, asumidos, han progresado más alto en la gracia del Espíritu Santo. Por lo cual el apóstol Pablo, de la experiencia de tal visión, pronunció sentencia, diciendo: El espiritual juzga todas las cosas (I Cor. II, 15). Se dice bien: Desagradó la palabra a los ojos de Samuel. Porque por los hombres espirituales nada se desprecia antes de que, por el intuitivo espiritual de la mente, se juzgue que debe ser despreciado. Y porque cuanto más llenos están de la abundante gracia del Espíritu Santo, no presumen de la altura de su virtud, sigue: Y Samuel oró al Señor. Pues ¿qué oró al Señor, sino que se dignara mostrarle si debía dar su consentimiento a la petición del pueblo tumultuoso?

(Vers. 7, 8.) Pero el Señor dijo a Samuel: Escucha la voz del pueblo en todo lo que te dicen. Porque no te han desechado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos, conforme a todas sus obras, que han hecho desde el día en que los saqué de Egipto hasta este día.

5. Porque al profeta que ora se le dice: Constituye sobre ellos un rey; se muestra claramente que pidió que se le revelara si debía hacerse esto. Y porque añadiendo, dice: No te han desechado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos, se muestra adecuadamente cuánto le desagrada la palabra que se dice que desagradó a los ojos de Samuel. Esta conveniencia del juicio en los santos surge de la virtud de la caridad: porque mientras aman a su Creador con

toda su mente, y se esfuerzan por obedecer devotamente a su voluntad, reciben como recompensa de la retribución suprema, que no discrepen de la equidad de su juicio interno por el error del espíritu mundano. Pues está escrito: Quien se adhiere a Dios, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). Se adhiere al Señor, quien siempre se esfuerza por cumplir los preceptos de su voluntad. Pero se hace un espíritu con él: porque por la devoción prolongada de la obra piadosa es asumido a tal gracia de la divina cognición, que ya no puede discrepar de la equidad de su juicio interno por el error del espíritu mundano. Pero es muy difícil responder, si se pregunta por qué el Dios omnipotente se queja de ser desechado en la petición del rey, y sin embargo decreta que se haga lo que se pedía: nuevamente, si la dignidad real debía ser ordenada, por qué fue permitida como si la majestad de Dios estuviera indignada; y cuando se decreta elegir al rey previsto, por qué se elige uno que será reprobado. ¿Qué otra cosa podemos responder a esto, sino lo que el apóstol Pablo respondía a quienes se atrevían a escrutar el abismo inefable de los juicios de Dios: Hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? (Rom. IX, 20). Pero si no podemos definir esto eficazmente, podemos tocarlo investigando. ¿O acaso se queja de ser desechado en la petición del rey? Por la voluntad reprobable del pueblo que pide mal, se concede el rey como castigo. Si esto se dice razonablemente, mientras pone ambos, tanto la culpa como la venganza, muestra ambas cosas. Pues por la voluntad reprobable se demuestra que pidieron injustamente, quienes se muestra que desecharon al Creador al pedir. Por tanto, la culpa de la mala petición fue seguida por el castigo de la equidad estricta. Pues es un gran castigo, que procede de la distracción del examen interno, cuando la mente reprobable es arrojada de tal manera que se le permite hacer lo que deliberadamente mal. Por tanto, quienes se demuestra que desecharon al Señor al pedir un rey, mientras se les permitía hacer lo que desecharon al Señor, no había castigo más grave con el que debieran ser castigados.

6. En este lugar se debe notar que el Señor hace suya la abyección del profeta. Pues no dice simplemente: Me han desechado, para que no reine sobre ellos; sino no te han desechado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos. Para mostrar, en efecto, que en la persona del prelado elegido él mismo preside sobre sus súbditos; y cuando el rector carnal es asumido a la cumbre espiritual de los elegidos, él mismo parece ser desechado, cuyas preceptos se disipan. Por tanto, cuán reverendos deben ser los mejores pastores de la santa iglesia es evidente. Pues he aquí que mientras sirven fielmente a Dios, se unen a él con un vínculo de amor tan grande, que todo lo que se les imputa, se atribuye a la injuria divina. Por lo cual también en el Evangelio dice a los primeros pastores de la Iglesia: Quien os desprecia, me desprecia (Lucas X, 16). Donde también se ve algo más grave: porque cuando se queja de que el pastor es desechado, se mencionan todos los pecados de los que desechan, y también los males de los padres. Conforme a todas sus obras, que han hecho desde el día en que los saqué de la tierra de Egipto. Pues se reconoce como un crimen supremo, a cuya discusión se reducen en la memoria de Dios todos los pecados pasados. Y por tanto, el Señor se queja de ser desechado, y sin embargo concede ordenar lo que se desecha: porque cuando ejecuta la virtud de su equidad estricta, no se prohíbe que se cumplan los deseos carnales por su misericordia. Pero también la dignidad que pudo ser concedida como castigo, no debía ser concedida con la majestad tranquila de la divinidad, sino como si estuviera indignada. Pero no afirmamos que la majestad de Dios esté indignada en sí misma, que no está sujeta a la pasión: sino porque mientras discute las culpas, dice palabras de indignación a través de las Escrituras. Además, porque en tipo de prelados carnales se asume, se elige un rey reprobado, no elegido. O tal vez por eso se elige un rey reprobado, para que el rey David, su sucesor elegido, conociera en él lo que debía evitar. Así también leemos de aquella corte de ángeles, que del primer ángel apóstata se escribe: Él es el principio de los caminos de Dios (Job XL, 14): pero quien fue creado antes que todo, cayó por la soberbia, y en su ruina los santos ángeles aprendieron con

qué virtud podían permanecer. Lo cual, quien pueda mirar con los ojos abiertos de la fe recta, atiende al mismo tiempo: porque el Dios omnipotente también entonces otorga grandes dones de misericordia, cuando inflige venganza; porque mientras castiga a los reprobos, instruye a los santos: para que de donde aquellos fallan, estos sean ayudados en sus progresos.

7. Permite que se hagan males con juicio estricto, pero misericordiosamente provee de esos males, que a través del juicio inflige, para que disponga hacer el bien. Pues, ¿qué culpa mayor que aquella por la cual todos morimos? ¿Y qué bondad mayor que aquella por la cual somos liberados de la muerte? Y ciertamente, si Adán no hubiera pecado, no habría sido necesario que nuestro Redentor asumiera nuestra carne. No vino a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento (Marcos II, 17). Si, por tanto, vino por los pecadores, si no hubiera pecados, no habría sido necesario que viniera. Si se percibe que los pecados, que se cree que vino a borrar, fueron permitidos por la justicia de Dios: mientras Dios iba a nacer como hombre por los pecadores, de aquel mal, por el cual iban a morir, el Dios omnipotente había previsto hacer un bien que venciera ese mal. ¿Quién de los fieles no ve cuán maravillosamente sobresale la magnitud de este bien? Son grandes los males que sufrimos por el mérito de la primera culpa, pero ¿quién de los elegidos no preferiría sufrir peores cosas que no tener un Redentor tan grande? Que se elija, pues, un rey; pero que sea reprobado: que se elija por indignación, no por la voluntad de Dios: que siga, pues, un rey según el corazón de Dios; para que de la severidad de su juicio proceda el mal de la venganza en los reprobos; y el bien, que iba a hacer del mal, por la largueza de la gracia divina, redunde en los piadosos, mientras a aquellos se les permite caer en el mal que desean. Pero de donde ellos se precipitan, se actúa para que otros no caigan. Pero ya que en estas palabras se afirma el juicio de la severidad divina, veamos ahora con cuánta disposición se actúa para que no hagan mal deliberadamente, por lo cual sean castigados. Pues sigue:

(Vers. 9.) Ahora, pues, escucha su voz; sin embargo, adviérteles y anúnciales el derecho del rey que reinará sobre ellos.

8. Como si dijera con una clara manifestación de clemencia: Escucha sus voces, pero que ellos primero escuchen sobre el derecho del rey que piden, lo que les cause temor; y que abandonen lo que han comenzado mal, cuando se den cuenta de cuán onerosa es la cosa que pedían. Sigue:

(Vers. 10-17.) Entonces Samuel dijo todas las palabras del Señor al pueblo que le había pedido un rey, y dijo: Este será el derecho del rey que reinará sobre vosotros. Tomará a vuestros hijos y los pondrá en sus carros, y hará de ellos sus jinetes y precursores de sus carros: y los constituirá como tribunos, y centuriones, y labradores de sus campos, y segadores de sus mieses, y herreros de sus armas y de sus carros: también hará de vuestras hijas sus perfumistas, cocineras y panaderas. Tomará también vuestros campos, y viñas, y los mejores olivares, y los dará a sus siervos. Y diezmará vuestras cosechas y los ingresos de vuestras viñas, para darlos a sus eunucos y siervos. También tomará a vuestros siervos y siervas, a vuestros mejores jóvenes y asnos, y los pondrá a trabajar para él. Diezmará también vuestros rebaños, y vosotros seréis sus siervos.

9. Cuando se busca la sumisión de los carnales, ciertamente todo lo que se les ordena es grave, aunque no sea difícil: porque, teniendo el orgullo de seguir el arbitrio de su propia voluntad, consideran gravísimo todo lo que se opone a su deliberación. Ahora bien, cuando se les ordenan cosas duras y contrarias, ¿qué carga de peso es esa? ¿qué hinchazón del corazón? Cuando apenas pueden soportar incluso las cosas suaves y ligeras a regañadientes, que si

quisieran, soportarían fácilmente. Veamos, pues, cuán dignamente responde la piadosa disposición del Creador a la audacia insensata del hombre. Se proponen las leyes de los hombres a quienes desprecian las leyes de Dios; y a aquellos que habían despreciado los consejos suaves y saludables de la divinidad, se les predicen las cargas duras e insoportables de la servidumbre humana: para que de estas cosas razonaran consigo mismos cuán intolerables serían los mandatos del hombre para ellos, que no quisieron obedecer los consejos de Dios, que no tanto mandaba como aconsejaba que no pidieran eso. Pero los corazones de los carnales tienen temeridad por el incremento de la audacia, tienen dureza por la razón de la simulación. Por temeridad deliberan fácilmente lo que hay que hacer; pero como no entienden lo que proponen mal, no pueden ser ayudados por los consejos de los mejores. Por eso también aquí se añade:

(Vers. 19.) El pueblo no quiso escuchar la voz de Samuel. Y dijeron: No, sino que habrá un rey sobre nosotros, y seremos también nosotros como todas las naciones, y nuestro rey nos juzgará, y saldrá delante de nosotros, y peleará nuestras batallas por nosotros.

10. Fue de gran temeridad pedir un rey contra la voluntad de Dios; de gran dureza, no poder ser vencidos por los consejos del profeta. Fue de gran temeridad proponer razones a aquel que sabían que conocía de antemano todo lo que iba a hacer, revelado por el Señor. De gran dureza, no aquiescer a aquel que conocían que solo mandaba lo que había aprendido por revelación del Señor. Pues, ¿qué es lo que dicen respondiendo: No, sino que habrá un rey sobre nosotros? Pero los que dicen No, ciertamente niegan lo que oyen. Por tanto, en esta palabra se muestra claramente que el profeta expuso el grave derecho del rey para que no se pidiera. Escuchan el derecho del rey, y detestan aquello por lo que se expone; para que se exprese el progreso de los corazones de los reprobos, en los cuales está la consumación del mal propósito y la inconvertibilidad de la voluntad. Pero nosotros reprendemos los tiempos antiguos, que no nos preocupamos por ver los nuestros. Estos tiempos, a medida que el mundo envejece, son más antiguos, y en muchos, por el vicio del tiempo y la negligencia, más relajados. Tanto más audazmente proponemos ahora los males, cuanto ya con la robusta juventud del siglo, se ha marchitado la fortaleza de la condición humana: tanto más difícilmente revocamos lo que está mal propuesto, cuanto más, por el vigor relajado del espíritu, nuestra mente se hace carnal. Así son las caídas humanas, que lo que falta en virtud espiritual, se fortalece en la vida carnal. Todo esto, según la voz del insigne doctor: En figura les acontecía a ellos: pero están escritas para nosotros (I Cor. X, 11). Ya conocemos claramente la audacia de estos israelitas, que siguieron los juicios de la indignación divina: y sin embargo, no tememos proponer cosas que hacer contra la voluntad de Dios, contra el consejo de los prelados de la santa Iglesia. En el mal propósito también, reprendidos, resistimos, y nos esforzamos por vencer los saludables consejos de los mayores con el insuperable mal de la obstinación. Vemos cuán grande es el incremento del mal, ver a los que perecen, y no temer seguir sus huellas hacia la perdición: ver a los que incurren en los lazos penales de la muerte, y no temer enredarse en los mismos lazos. Y ellos ciertamente pidieron un rey contra la voluntad del Señor; pero después de la dignidad real, se actuó para que el pueblo que había rechazado a Dios, adorara ídolos, adorara imágenes. Por tanto, vemos cuán reverendos son los consejos de los mayores, si consideramos esto cuidadosamente: porque aquellos que se atrevieron a despreciarlos, no previeron que estaban actuando de tal manera que podrían ser sumergidos en un mar tan profundo de error. Con razón, pues, el Señor se queja de ser rechazado en la petición del rey, con razón concede la dignidad real indignado. Tan grande era la iniquidad de los que pedían, que cuando pedían aquello por lo cual se apartarían de Dios, por el juicio de Dios podía permitirse, no podía prohibirse. Pero ya que

hemos dicho esto según la letra, veamos también qué significan espiritualmente las cosas contenidas en el derecho real.

CAPÍTULO II.

1. En efecto, se pide un rey, rechazado Samuel: cuando la multitud reprobada del pueblo desprecia al pastor espiritual y busca tener un líder carnal. Con quienes a menudo se actúa por la severidad de la equidad divina, para que, por el mismo hecho de que desprecian al predicador elegido, se les permita estar bajo un reprobado: de cuya imitación perecen tanto peor, cuanto con mayor soberbia desprecian audazmente aquello por lo que podrían vivir eternamente. Por tanto, cuando se predica el derecho del rey, ciertamente en la conducta de un solo líder carnal se muestra lo que los demás carnales harán por tiranía, no lo que los elegidos deben imitar. Pues en la misma historia de los Reyes se lee: que cuando el rey Acab quitó la viña de Nabot, incurrió en la ira del Dios omnipotente (III Reyes XXI, 2 ss.). Aquí, sin embargo, cuando se predica el derecho del rey, se menciona que se tomarán campos, viñas y los mejores olivares. Por tanto, cuando aquí se predica lo que allí se castigó, muestra que no se ordena por el juicio divino. Por eso también el rey elegido David, cuando pidió el terreno de Ornán el jebuseo para construir un altar al Señor, no quiso usar ese derecho tiránico de los reyes (I Par. XXI, 24): cuando no accedió a tomarlo de ninguna manera, a menos que antes diera un precio digno por él.

2. Porque, por tanto, las cosas contenidas en el derecho real se predicán más para ser evitadas que para ser imitadas, deben considerarse tanto más sutilmente cuanto no pueden evitarse si se desconocen. Dice, pues: Tomará a vuestros hijos y los pondrá en sus carros. Los hijos de los elegidos son aquellos que imitan sus virtudes. Los carros también son la soberbia de la exaltación mundana de los líderes carnales. Pues mientras se glorían de ser superiores a los demás, como llevados en carros, caminan por las alturas. Por tanto, los hijos de los fieles se ponen en los carros, cuando los pastores reprobos son seguidos por el deseo de la gloria mundana: cuando, dejando los estudios espirituales, buscan las comodidades de la vida carnal: y, dejando aquella sublime intención de las cosas celestiales, intentan alcanzar las alturas del mundo. Por tanto, se dice bien que los hijos de los israelitas serán puestos no en un carro, sino en carros: porque de todo lo que sobresale en la cumbre de los líderes carnales, progresan en la soberbia: y se elevan en tantas alturas de carros cuantas alturas contemplan, en las que se creen superiores a los demás. Por tanto, el rey pone a los hijos de los buenos en los carros, cuando el líder carnal arrastra a los imitadores de los elegidos al vicio de la soberbia por el ejemplo de su depravación; para que pospongan las cosas celestiales, busquen las terrenales, y se alegren solo en esto, si por lo que se mueve temporalmente alto, se prefieren a los demás.

3. Y porque contra los menores no solo son altivos, sino también fuertes, sigue: Y hará de ellos jinetes. Pues como en los caballos se ensañan, que son tanto sublimes en dignidad como feroces en poder. También son jinetes, porque mientras dirigen los feroces movimientos de su corazón contra los impotentes, son veloces para todo lo que desean ejercer por tiranía. Pues anhelan con ímpetu, espuman de rabia, y a quienes atacan con el curso de la tiranía, los aplastan. Pero mientras en los pastores reprobos otros emulan la soberbia de la exaltación mundana, otros, por su ejemplo, oprimen a quienes pueden: también hay algunos que, para ejercer los males que no pueden infligir por sí mismos a los buenos, introducen a otros más malvados. Por lo cual sigue: Y precursores de sus carros.

4. Pues, ¿qué son los carros del rey, sino las mentes perversas de los súbditos malvados, en cuyos consejos descansa el líder reprobado? Pues los carros son los que llevan a los reyes:

mientras los actos de los líderes son ayudados por los consejos inicuos de los malvados. En ellos, ciertamente, como por lo alto, el rey es llevado, mientras por aquellos que les favorecen para los honores temporales, los líderes carnales ejecutan lo que desean de la altura del mundo. Que con razón se designan con el nombre de carros. Pues el carro se detiene donde gira: porque la mente reprobada tiene el fin de su intención en la volubilidad del mundo. Allí ciertamente descansa, donde por innumerables cuidados de la mente que gira, no cesa de ventilar los negocios del mundo. Por tanto, son los carros de los reyes, mientras por todo lo que piensan alto girando, llevan en sí las órdenes de los líderes carnales. Pero quienes tienen lugar de familiaridad junto a los líderes carnales, tienen menores a quienes mandar. Por tanto, ellos son como los carros del rey, aquellos precursores de los carros; porque de la manera en que introducen al líder carnal para oprimir a los humildes, ellos también son llevados por el ministerio de otros para dañar a quienes pueden. Pues es como precursor del carro quien con la astucia de su mente iniqua piensa en el arte por el cual introducirlo para infligir males a los mansos. Si, sin embargo, como tienen muchos códigos, no leemos precursores, sino perseguidores de los carros, ciertamente son aquellos que imitan a los reprobos corriendo hacia el mal. También el carro se lleva por honor a los reyes. Pues es como si el rey se colocara en el carro, cuando el líder carnal se gloria de las adulaciones de los grandes que parecen junto a él. Y quien precede o sigue a estos en sus alabanzas, es precursor o perseguidor de los carros, porque estas adulaciones las pronuncian antes o después, que aquellos esparcieron en los oídos del pueblo precediendo o siguiendo.

5. Sigue: Y constituirá para sí tribunos y centuriones. Se hacen tribunos y centuriones, cuando llegan a tal progreso del mal, que para ejecutar los mandatos del tirano, gobiernan a los impíos satélites, cuando ordenan las tropas de fuerzas mundanas, que sacan a las guerras de los inocentes. Son tribunos, en efecto, quienes con muchos partidarios acechan a los que viven rectamente. Son centuriones, en cambio, quienes no omiten ningún género de daño. Pues obtienen la perfección de la iniquidad en cuanto se esfuerzan siempre por infligir muchos y grandes males que pueden. Pues el centurión se llama así por el número centenario. Y porque el número centenario significa perfección, se perfecciona en el mal cuando se llega a la suma de la maldad por los impíos. Que ciertamente son suaves por astucia, violentos por terror. Suavemente, en efecto, adulan a otros, para que con su ayuda puedan aterrorizar ferozmente a otros. Por tanto, se añade bien; Y labradores de sus campos, y segadores de sus mieses.

6. Los campos del líder carnal son las mentes de los súbditos: los labradores de estos campos son quienes con el arte del ingenio secular les persuaden a los actos depravados. Pues como abren la solidez de los campos hablando, quienes corrompen los corazones simples con consejos reprobos. Y siegan las mieses, cuando los corazones de los menores, engañados por la semilla del consejo depravado, rinden fruto de mala operación. Que ciertamente estas obras se designan con el nombre de mieses: porque la perversidad del súbdito reprobado, mientras es recibida con alegría por los líderes carnales, es como el alimento elegido de su mente. En la cual ciertamente perversidad, porque progresan poco a poco, sigue: Y herreros de sus armas y de sus carros. ¿Qué son las armas y los carros de los tiranos, sino todos aquellos instrumentos de daño que se preparan para destruir los corazones de los menores? Pero porque se llega en carro a donde se hiere con armas, se hacen herreros de armas y carros del rey, cuando con la más malvada maquinación de sus corazones encuentran tanto los males que hacen como la manera de infligir esos males. Fabricar armas, en efecto, es reunir con mente reprobada los géneros de daño. Y fabricar carros es encontrar el arte por el cual puedan acercarse para infligir esos males.

7. Sigue: También hará de vuestras hijas sus perfumistas, cocineras y panaderas. Con el nombre de hijas se designan las mentes de los débiles dentro de la santa Iglesia. Que se hacen perfumistas del rey: porque mientras contemplan a los líderes carnales en la cumbre de la gloria pasajera, intentan halagarlos con adulaciones. El uso de estos perfumes, ciertamente, el salmista reprobando, dice: El aceite del pecador no unja mi cabeza (Salmo CXIII, 5). Por tanto, las hijas se hacen perfumistas: porque mientras los débiles temen desagradar a los líderes carnales, suavizan con halagos su ferocidad, a la que temiendo están sujetos. Y es de notar que primero se dice que los hijos son tomados por el rey, y así se hacen jinetes, y centuriones, o herreros de armas: las hijas, en cambio, no se dice que sean tomadas, sino simplemente que se hacen perfumistas y panaderas. Pues tomar es de la violencia. Por tanto, los hijos son tomados, porque los robustos difícilmente son derribados. Por tanto, cuando se dice que las hijas no son tomadas, sino que se hacen perfumistas, ¿qué es sino que quienes son débiles en el bien, fácilmente se disipan por los ejemplos de los depravados? Que también se hacen cocineras y panaderas del rey: porque quienes sirven a los tiranos adulando, mientras complacen favoreciendo, como si ofrecieran alimentos. Pues son cocineras quienes cocinan en los fuegos lo que los reyes comen. Por tanto, son cocineras quienes con los servicios del favor encienden el orgullo del corazón del líder carnal: para que tanto más audazmente reciban los favores, cuanto como si prepararan para sí mismos alimentos más delicados con el fuego de la devoción encendida. Que también se hacen panaderas: porque mientras alaban la vida depravada, fortalecen la mente carnal del tirano para ejercer la depravación.

8. Sequitur: También tomará vuestros campos, viñas y olivares, y los dará a sus siervos. ¿Qué son los campos de los buenos, sino las mentes devotas de los súbditos? Mientras escuchan con agrado sus palabras, producen abundante fruto de buenas obras. ¿Y qué son sus viñas, sino las mentes de aquellos que progresan en la imitación, de modo que también ofrecen la palabra de vida a otros, y a quienes, al hablar, encienden en el amor del Creador, haciéndolos como ebrios al beber? ¿Y qué son los olivares, sino los corazones de los oyentes, que, por el ejemplo y exhortación de los buenos, progresan en la obra de misericordia? Pero cuando se establece un rey, se toman los campos: porque cuando los carnales llegan a la cumbre del gobierno, algunos oyentes de los buenos adoptan ejemplos de depravación. Por lo tanto, se toman los campos cuando los corazones devotos son seducidos, cuando del germen de la maldad producen fruto en una conversación maligna. Se toman los olivares y viñas cuando, por el ejemplo de un mal superior, se abandonan las obras de misericordia y las palabras de santa predicación que deben ser exhibidas y habladas. Bien se menciona que los campos, viñas y olivares tomados se dan a los siervos del rey. Los siervos son aquellos que, siempre sujetos al derecho de sus amos, no pueden escapar del yugo de la dominación. Así, son siervos del rey, quienes, por la abundante iniquidad, se atan tanto a las voluntades de los tiranos que no se apartan de ellos. Por lo tanto, los siervos reciben los campos, viñas y olivares tomados: porque los seguidores reprobados de los prelados carnales, al transferir los corazones engañados al propósito de una obra perversa, imponen el título de poder tiránico a los campos, viñas y olivares de los elegidos. Sigue: También diezmará vuestras cosechas y los ingresos de las viñas, para darlos a sus eunucos y siervos. Cuando los malos están al mando, es muy difícil que quien está sujeto a ellos no sufra ningún daño en su religión. Las mentes de otros perecen por completo: pero aquellos a quienes no pueden pervertir del todo, mientras contemplan incesantemente sus palabras y obras perversas, se manchan con alguna suciedad. Por lo tanto, se dice bien: Diezmará vuestras cosechas y los ingresos de las viñas. Como si dijera: Bajo un pastor reprobado, incluso los bienes de los elegidos no son íntegros. Pero lo que se quita a los buenos se da a los eunucos y siervos del rey. Los eunucos y siervos

de los prelados carnales son sus oyentes hipócritas. Son eunucos porque muestran haber rechazado el placer secular: pero son siervos del rey porque, con todo lo que simulan tener de virtudes, llevan sobre sí el yugo de los superiores reprobados. Bien se refiere que la décima parte de las cosechas y viñas es de los eunucos: porque el veneno de los hipócritas no se reconoce fácilmente. En lo cual, incluso los hombres santos pueden ser engañados, y lo que pierden se atribuye a aquellos por cuya astucia son capturados. Sigue: También tomará a vuestros siervos y siervas, y a los jóvenes más valiosos, y a los asnos, y los pondrá en su obra. Los siervos y siervas de los santos son aquellos que les suministran lo necesario temporal. Son siervos y siervas porque, mientras les otorgan lo necesario para el cuerpo, en la misma obra de misericordia, unos son más fuertes que otros. Y los jóvenes más valiosos: porque tanto los que pueden mucho como los que pueden poco, mientras gastan todo lo que pueden en la obra de misericordia, como jóvenes elegidos, operan valientemente en los servicios divinos. También los asnos de los elegidos son aquellos a quienes se les imponen las cargas de la obediencia, para que ayuden a su fragilidad, mientras llevan con ellos lo que sin ellos no podrían llevar. ¿Qué significa, entonces, que se predice que serán puestos en la obra del rey? Pero aquellos que son puestos en la obra del rey, en los días establecidos, pagan la deuda de la angaria, al derecho del poder público. ¿Qué significa, entonces, que se predice que los siervos y siervas, y los jóvenes más valiosos serán puestos en la obra del rey; sino que, con los carnales preeminentes, los ministros de los elegidos y los corazones de los obedientes devotos, a menudo se manchan? Porque mientras contemplan incesantemente su vida reprobada, poco a poco caen de tal manera que imitan algo de sus hechos. Sirven a los elegidos por largo tiempo; pero mientras a menudo ven su excelencia de cumbre, a veces desean ser servidos por otros por impulso de la elevación. También otorgan misericordiosamente lo suyo, pero a menudo, por el ejemplo de los tiranos, toman lo ajeno. Pero porque son siervos de los santos, no pueden salir de su derecho. Pueden ser abandonados por un momento, pero por el error en el que caen, son fácilmente levantados por la misericordia divina. Porque, por los ejemplos de los perversos, caen, quienes pronto recapacitan, como si fueran puestos en la obra del rey por angaria: en la cual no permanecen mucho tiempo por la servidumbre continua.

9. Sigue: También diezmará vuestros rebaños, y seréis sus siervos. Como si dijera: Cuando se os pone un pastor carnal, no solo se os infligen daños a vuestras virtudes, sino también a vosotros mismos. Porque los rebaños de los elegidos son multitudes de virtudes espirituales. Y cuando incluso las virtudes espirituales se disipan por el ejemplo de los perversos, el rey toma las décimas del rebaño, cuando aquel que preeminente carnalmente, en los corazones de los santos, destruye algunas virtudes. Toma las décimas: porque mientras disipa la integridad de la mente, deja el número de virtudes imperfecto. El número diez designa la perfección. Por eso, cuando el Señor mostró con una comparación clara las pérdidas de nuestra humanidad caída, presenta a la mujer que había perdido una de las diez dracmas (Luc. XV, 4 ss.); para que, por esto, que se muestra que el número diez ha perecido, se enseñe que aquella sociedad celestial, que permaneció en los ángeles con el número nueve, es imperfecta sin la reparación de nuestra condición. Y porque las décimas se exigen cada año, adecuadamente se dice que quienes no dejan de ofrecer las décimas, son siervos del rey. Porque sirven a aquellos cada año, por cuyo ejemplo a menudo se vuelven peores. También se puede mostrar el progreso del mal por esto, que después de dadas las décimas, se afirma esta servidumbre. Porque quienes poco a poco decaen, diariamente actúan, de modo que son llevados a las profundidades de la iniquidad. Dice, por tanto: Diezmará vuestros rebaños, y seréis sus siervos. Como si dijera: Por el ejemplo de los malos, poco a poco caeréis, pero al caer, actuáis de tal manera que nunca os apartáis de su imitación. Está escrito: A quien uno es vencido, de ese se hace siervo (II Pedro II, 19). Porque al caer en la servidumbre del pecado

por la imitación de un pastor reprobado, tampoco pueden liberarse de su yugo cuando quieren. Por eso se añade:

(Vers. 18.) Y clamaréis en aquel día a causa de vuestro rey, que habéis elegido para vosotros, y el Señor no os escuchará en aquel día: porque pedisteis para vosotros un rey.

10. Como si dijera, poco a poco os deslizáis en el conocimiento de su imitación perversa: pero no podéis dejar voluntariamente los ejemplos de su depravación, a los que os sometéis voluntariamente. Porque todo el que comete pecado, es siervo del pecado (Juan VIII, 34). Por lo tanto, aquellos a quienes dominan los pecados, no pueden liberarse por sí mismos de su yugo. Porque a menudo vienen al Señor con oraciones, piden ser liberados, pero no pueden ser escuchados. Porque se trata con ellos por el juicio divino, de modo que quienes no quisieron evitar el mal cuando podían, no puedan evitarlo cuando quieren: y quienes voluntariamente incurrían en males conocidos de antemano, no puedan huir de los experimentados. Por eso, insinuando la causa por la que se les prohíbe ser escuchados, dice: Porque pedisteis para vosotros un rey. Como si dijera abiertamente: Porque pedisteis que se os diera aquello en lo que, con mi predicación, conocisteis que todas estas cosas sucederían. Estas cosas, como dije antes, se predicen en el tipo de los prelados carnales sobre la futura conducta del rey: para que cesaran de pedirlo, en lo que conocieron tantos males. Pero los corazones de los reprobos tienen que proponer rápidamente el mal, y no recapacitar rápidamente del mal propuesto. Por eso se añade:

(Vers. 19, 20.) Pero el pueblo no quiso escuchar la voz de Samuel, sino que dijeron: No, sino que habrá un rey sobre nosotros, y seremos también nosotros como todas las naciones, y nuestro rey nos juzgará, y saldrá delante de nosotros, y peleará nuestras batallas por nosotros.

11. Con estas palabras, ciertamente se describen abiertamente las costumbres de los súbditos carnales: porque mientras desean lo exterior, no atienden a los daños interiores, incluso expuestos. Pero quienes preeminentes carnalmente, con la misma manifestación de poder temporal, dan gran esperanza de protección a sus menores súbditos. Por lo tanto, cuando dicen: Habrá un rey sobre nosotros, y peleará nuestras batallas por nosotros, ¿qué otra cosa insinúan, sino las costumbres de los súbditos reprobos, que desprecian a los humildes y espirituales predicadores, para ser ayudados temporalmente por los carnales? Lo cual ciertamente no harían de ninguna manera, si no hubieran perdido primero la luz del corazón. Porque si desprecian la humildad de los hombres espirituales externamente, pero no merecen ver con qué sublimidad de poder resplandecen internamente; también ven en ellos la tiranía externa del poder, pero no ven con qué debilidad se deprimen internamente. Estos, porque se adhieren a Dios, cuando quieren, también son poderosos en lo exterior: aquellos, que se apartan del Señor, no pueden exhibir con la fortaleza de la operación la esperanza que prometen de poder secular. Porque, para tomar ejemplos de lo cercano, Saúl es elegido fuerte y poderoso para pelear las batallas de los que pedían un rey: de tal manera que, según atestigua esta sagrada historia (1 Sam. IX, 2), sobresalía de todo el pueblo desde el hombro hacia arriba. Elegido por Dios para el gobierno del reino, cuando era bueno, y no había entre los hijos de Israel nadie mejor que él, sin embargo, cuando un hombre tan grande y tal es dejado a la fortaleza carnal, perdió las batallas que había recibido para pelear, y perdió igualmente la vida (1 Sam. III, 1). Pero Samuel, que no fue sublime en el poder del mundo, que humildemente sirvió no solo a Dios, sino también a los hombres, también exhibió poderosamente trofeos de las batallas exteriores. Porque no hace mucho se dijo de él: Samuel tomó un cordero lactante, y lo ofreció como holocausto completo al Señor, y Samuel clamó al Señor por Israel, y el Señor lo escuchó. Y sucedió que, mientras Samuel ofrecía el holocausto al Señor, los filisteos iniciaron la batalla contra Israel. Pero el Señor tronó con gran fragor

aquel día sobre los filisteos, y los aterrorizó, y los filisteos fueron derrotados por los hijos de Israel (1 Sam. VII, 9, 10). Por lo tanto, diga: El pueblo no quiso escuchar la voz de Samuel, para que en su desobediencia se designen los corazones de los soberbios, así arrojados por el juicio de la equidad divina, que grandes males se avecinan que van a incurrir: pero sin embargo, no pueden verlos. Sigue:

(Vers. 21.) Y Samuel escuchó todas las palabras del pueblo.

12. Ciertamente Samuel escuchó lo que el pueblo dijo, pero el pueblo no lo escuchó a él. Porque hablar y no escuchar al pueblo reprobado fue pronunciar palabras contra la voluntad de Dios, pero no prever la pena de la locución perversa. Pero Samuel escuchó las palabras del pueblo: porque los hombres espirituales, cuando escuchan las voces de la locución soberbia, reconocen el futuro mérito de la divina venganza en ellos. Por lo tanto, diga: Samuel escuchó todas las palabras del pueblo, porque los hombres santos y espirituales, todo lo que los carnales pronuncian soberbiamente afuera, lo consideran internamente en el juicio divino. Pero porque, cuando encuentran la vida condenable de los súbditos carnales, interceden por borrar sus crímenes: Sigue:

(Vers. 21.) Y las habló en los oídos del Señor.

Hablamos en los oídos de aquellos con quienes tenemos gran gracia de familiaridad. Pero los hombres santos, porque están unidos al Dios omnipotente en un gran vínculo de amor, le hablan en los oídos: porque solicitan con tanta más confianza el oído de su propiciación divina, cuanto más sublimemente han recibido el lugar de impetrar ante su misericordia. Hablan los pecados del pueblo por humildad de confesión, pero los hablan en los oídos del Señor: porque con gran afecto golpean la puerta de la propiciación del Señor. Pero tal vez se dice que hablan en los oídos del Señor: porque cuando los hombres santos interceden por los pecadores, las oraciones que ofrecen a Dios por ellos, no las revelan a los hombres. Por eso, en el Evangelio, el Señor prohíbe a los discípulos, diciendo: Cuando oréis, no seáis como los hipócritas tristes, que aman orar en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres (Mat. VI, 5). Por lo tanto, hablan las palabras o las obras del pueblo, cuando exponen a Dios los delitos de la locución y la obra para ser borrados con oraciones. Pero las hablan en los oídos del Señor, para que, mientras los orantes evitan los testimonios de los hombres, sean escuchados más rápidamente por aquel que ve lo oculto. Por lo tanto, cuando se dice que Samuel habló en los oídos del Señor, insinúa ciertamente el modo en que uno merece el oído de la dignación divina. Porque la oración no puede llegar a Dios, que se pronuncia con la intención de ser reconocida por los hombres. Por eso, quien se dice que habló en los oídos del Señor, también se afirma que recibió sus respuestas. Porque sigue:

(Vers. 22.) Y el Señor dijo a Samuel: Escucha la voz del pueblo, y pon sobre él un rey.

13. En lo cual es de notar, porque Samuel habló en los oídos del Señor las palabras del pueblo, por las que pedía un rey: y el Señor afirma que fue rechazado en eso, que el pueblo pide un rey. Por lo tanto, cuando responde al que ora, y le ordena al que ora que haga un rey, ¿qué otra cosa insinúa, sino que la devota oración del hombre elegido nunca es infructuosa? Porque si no obtuvo la corrección del pueblo, obtuvo el bien de su instrucción, cuando conoció que el pueblo fue rechazado por la mala petición, pero también supo, sin embargo, qué debía hacer él mismo con los rechazados. Por lo tanto, el profeta pudo ser escuchado, y no escuchado: porque orando supo cómo debía ser, pero no quitó al pueblo reprobado la dureza de corazón al pedir. Pero eso pudo obtener aquel que habló en los oídos del Señor: porque los hombres santos, al suplicar devotamente al Señor por los pecadores, son

fortalecidos por la ayuda de la propiciación divina, para que no se contaminen con los crímenes de aquellos cuyas manchas no pueden borrar con sus oraciones. Pero ¿qué es lo que el Señor dice: Escucha sus voces, cuando anteriormente se dijo: Samuel escuchó todas las palabras del pueblo? Pero había escuchado las palabras del pueblo, para saber lo que se decía, no para conceder lo que se pedía. Por lo tanto, cuando se le dice por el Señor: Escucha la voz del pueblo, y pon sobre él un rey, ordenó al profeta que favoreciera la voluntad del pueblo. Y he aquí, como se ve claramente, el profeta orando no es escuchado: el pueblo rechazando a Dios, y pidiendo un rey, es escuchado. ¿Qué diremos que es esto, sino que por el juicio divino incomprensible y temible, los hombres santos orando por los reprobos no pueden ser escuchados: pero en el cumplimiento de sus depravaciones, los mismos reprobos pecando pueden ser escuchados: para que a aquellos la iniquidad libre aumente el mérito de la venganza eterna, y a estos, por el afecto de compasión, se les aumente la recompensa de la retribución perpetua? Y de inmediato, comenzando a mostrar el orden por el cual se llegó a la constitución de ese mismo rey, dice:

(Vers. 22.) Y Samuel dijo a todos los hijos de Israel: Vaya cada uno a su ciudad.

14. Cuando queremos discutir las cosas espirituales, es necesario que removamos de nuestra intención las cosas carnales: porque la mente interna no penetra, la cual es cegada por el polvo de los actos exteriores. Por lo tanto, cuando el profeta del Señor ordena a todo el pueblo que se retire a sus propios lugares, ciertamente aleja de sí el tumulto de los carnales: para que vea más claramente las cosas espirituales que deben ser dispuestas, cuanto más la intención de los actos terrenales no oscurece la agudeza de su mente. Pero insinuando cómo es aquel que se prevé por el juicio divino, dice:

CAPÍTULO III.

(1 Sam. IX, 1, 2.) Había un hombre de Benjamín, llamado Cis, hijo de Abiel, hijo de Seor, hijo de Bechorat, hijo de un hombre de Jemini, fuerte en poder. Y tenía un hijo llamado Saúl, elegido y bueno, y no había hombre entre los hijos de Israel mejor que él: desde el hombro hacia arriba sobresalía sobre todo el pueblo.

1. Cuando se expone la persona del rey que ha de ser ordenado, ¿por qué se describen los nombres de sus padres, sino para que no se sienta que su reino es duradero? Porque sobre el reino que Moisés previó que vendría, dice: No faltará cetro de Judá, ni legislador de entre sus pies, hasta que venga aquel que ha de ser enviado: y él será la esperanza de las naciones (Gén. XLIX, 10). Porque, por lo tanto, la tribu de Judá fue prevista para la duración del reino, se menciona la generación de Cis; para que la dignidad real, que se establecía en el hijo, se supiera claramente que era dispensatoria, no duradera. Pero quien engendra al rey carnal, Cis, es decir, duro en nuestro lenguaje, y se le proclama fuerte en poder. Ahora también hay muchos carnales dentro de la santa Iglesia, que parecen hacer grandes cosas: pero son carnales, porque no tienen la gracia del Espíritu Santo. Por lo tanto, son fuertes en poder, porque todo lo que parecen hacer grande, es corporal. Porque también el padre de Saúl, Cis, se dice fuerte en poder, para que se sienta que tenía grandes fuerzas corporales. Fuerte en poder, por lo tanto, es duro: porque quien exhibe grandes cosas carnalmente, no tiene un corazón blando por la compasión, en la caridad fraterna. Hace valientemente cosas que los hombres no pueden imitar externamente, pero no sabe unirse internamente a las mentes fraternas por el afecto del amor. Hace cosas fuertes que Dios reprueba; y no se preocupa por exhibir el afecto de la caridad, que aprueba. Por lo tanto, es duro, porque mientras actúa corporalmente con un corazón soberbio, la gracia del Espíritu Santo no ablanda su mente. En cambio, el hombre santo se gloría, diciendo: Dios ha ablandado mi corazón, y el Omnipotente

me ha turbado (Job XXIII, 16). Y a menudo, quienes imitan las costumbres de tales, se convierten en rectores por el juicio de Dios. Por eso, adecuadamente se menciona que Saúl fue hijo de Cis.

2. Pero se debe preguntar, ¿por qué se dice que el mismo Saúl es elegido y bueno, si se afirma que es hijo de un hombre duro? Se dice que es elegido no según la gracia, sino según el juicio. También se le llama bueno para que se encomiende la disposición de la equidad divina. Pues incluso los males que a menudo sufrimos por nuestros pecados, porque nos son infligidos por la justicia divina, son buenos. Ciertamente, es bueno todo lo que es justo. Por la justicia de Dios, se permite que pastores reprobos asciendan al gobierno de la santa Iglesia; pero quienes son malos por iniquidad, son buenos por disposición divina; y ahora son elegidos por la oculta ordenación de Dios, quienes al final serán reprobados en el juicio universal. Por lo tanto, el pastor reprobado, porque es decretado por la indignación de Dios, se dice elegido: y porque es justamente permitido, se dice bueno. Asimismo, porque se le considera más útil que los demás para ejecutar los juicios divinos, se dice que no hay nadie mejor que él entre los hijos de Israel. También se recuerda que sobresale desde los hombros hacia arriba sobre todo el pueblo: porque quien sigue los hábitos carnales en su vida, se esfuerza mucho por hacer lo que otro no puede hacer. En efecto, el rector carnal sobresale desde los hombros hacia arriba sobre todo el pueblo; cuando es fuerte en lo exterior sin comparación.

3. Todas estas palabras de alabanza también pueden entenderse de manera que, mientras se proclama la persona del rey a ser ordenado, se confunda la intención de quienes piden un rey. Pues dicen: "Habrá un rey sobre nosotros, y nos juzgará, y peleará nuestras batallas por nosotros" (1 Sam. VIII). Se dice elegido y bueno, y que no hay nadie mejor que él entre los hijos de Israel, para que todas las cosas buenas sobresalgan en la persona del rey pedido: pero mientras no es suficiente para lo que el pueblo había propuesto, se confunda la presunción humana, para que, vencida, se desvanezca. Y ciertamente, como dije antes, el rey, que es elegido para guiar al pueblo y pelear sus batallas, cuando es abandonado por la ayuda divina, muere abatido en la batalla, y para el pueblo, al que guió a esas mismas batallas, no fue entonces causa de salvación, sino de muerte. Lo que finalmente el pueblo atribuiría a Dios, si aquel que había sido elegido rey por el juicio de Dios, no hubiera sido tan idóneo para hacer lo que el pueblo quería. También puede entenderse que es elegido y bueno, cuando se afirma, no como se preveía en el futuro. Por lo tanto, se dice elegido y bueno, para que se sienta elegido por el Señor, quien más tarde fue reprobado por desobediencia. Por lo tanto, la misma razón exige que lo que se dice del elegido y bueno hasta los tiempos de la reprobación, lo sintamos en buena parte.

CAPÍTULO IV.

1. Resumiendo, pues, todo, veamos qué contienen de edificante, según otro significado. Porque dijimos que en Samuel se designa un nuevo sacerdocio, ¿qué significa que envejeció, sino que, mientras la santa Iglesia es conducida a través de los espacios de los tiempos que transcurren, en algunos sacerdotes la belleza de la conversación se envejece? Sin embargo, Samuel envejeció porque el vigor de la autoridad se marchitó. Pues Samuel era como un joven cuando el orden de los sacerdotes, anhelando solo los deseos celestiales, mientras no buscaba nada terrenal, podía predicar más eficazmente las cosas superiores, y con palabras y ejemplos encendía las almas de los súbditos hacia ellas. Pues tenía fuerza y resplandecía con la belleza juvenil, mientras mostraba el poder de la palabra celestial en el esplendor de la santa conversación: porque todo lo que podía predicar hablando con fuerza, se esforzaba

también por mostrarlo viviendo sublimemente. Pues vivificaba las almas muertas con la palabra; pero brillando con el maravilloso florecimiento de la juventud, resucitaba los cuerpos muertos con su mandato. Daba vista a los ciegos, paso a los cojos, y curación a todas las enfermedades, y resplandecía con la belleza de la conversación santísima; de modo que era de mayor virtud poder vivir de esta manera, que ayudar a otros de aquella. Así pues, Samuel florecía en la juventud, cuando en el orden de los sacerdotes resplandecía igualmente la maravillosa virtud de la obra y la inmensa belleza de la santa conversación. Pero ya hace mucho tiempo que Samuel envejeció. Han pasado muchos tiempos desde que muchos de ellos siguen el amor del mundo, cuya virtud debería haber disipado las alegrías del mundo de los corazones de otros. Sin embargo, no decimos esto para que la santa Iglesia no tenga hombres religiosos: sino que son pocos los que en la cumbre de la predicación conocen perfectamente cómo despreciar el mundo y adherirse a los deseos supremos. Por lo tanto, Samuel se dice apropiadamente anciano y profetizar. Es anciano porque ha perdido el rigor de la conversación áspera en muchos: sin embargo, no deja de profetizar, porque mientras tiene algunas fuerzas espirituales, muestra valientemente la virtud del espíritu previsor. Lo cual puede entenderse convenientemente en un mismo predicador. Son ancianos y profetizan, quienes se relajan por negligencia, de modo que enseñan bien, pero viven mal. Ponen a sus hijos como jueces, cuando los establecen en la dignidad del sacerdocio, quienes contemplan los tiempos de su vida más relajada. Sin embargo, los jóvenes son ordenados por los ancianos: porque quienes vienen a ser promovidos, prometen cosas fuertes. Prometen la profesión más fuerte de la vida sacerdotal, cuya virtud no tienen en su futura conversación. Por lo tanto, los jóvenes son promovidos: porque quienes los ordenan, antes de recibir de ellos la profesión de virtud, no los asumen a la altura de tan gran orden. Primero les insinúan cómo deben vivir sublimemente y enseñar sutilmente: que deben vivir sublimemente para que puedan predicar útilmente, que siempre dirijan el propósito de la vida hacia lo superior, que no busquen recompensas temporales por el trabajo de la predicación, que no acepten personas en el juicio, sino que dispongan todo con la justa balanza de la equidad: para que escuchen las dificultades de los caminos de Dios, y digan si quieren asumir sus trabajos.

2. Estas ciertamente difíciles vías muchos, mientras ambicionan los órdenes sagrados, profesan caminar: pero cuando llegan a lo que ambicionan, omiten mantener la fortaleza de su promesa. Por lo cual, se relata apropiadamente que los hijos de Samuel no caminaron en sus caminos, sino que aceptaron regalos y pervirtieron el juicio. Pues los caminos de Samuel son, porque se exponen en el oficio del predicador. Por lo tanto, los hijos no caminan en los caminos de su padre, cuando aquellos que llegan a los órdenes sagrados ambiciosamente, abandonan los arduos caminos de la religión mostrados por sus mayores, y con intención perversa se sumergen más profundamente en el apetito de las cosas terrenales. Por lo cual, se dice abiertamente que se desviaron tras la avaricia, aceptaron regalos, y pervirtieron el juicio. Pues quienes descuidan trabajar por las cosas celestiales, necesariamente se insertan más estrechamente en el apetito de las cosas terrenales. Desviarse tras la avaricia es fluir con toda intención en la ambición de las cosas terrenales. Pues hay algunos que buscan ganancias terrenales por avaricia, pero no se desvían tras la avaricia: porque también desean cosas temporales, pero evitan incurrir en crimen en su apetito. Se desvían tras la avaricia, quienes no temen incurrir en crimen por las cosas terrenales que ambicionan ardientemente. Consideran su alma inferior a cualquier cosa que puedan desear. De ahí proviene el robo violento, de ahí los hurtos ocultos: porque oprimen violentamente a aquellos sobre quienes los avaros prevalecen, y a quienes no pueden infligir violencia, intentan hurtar. A menudo, a quienes no pueden prevalecer con el hurto de las manos, acechan con la falsedad de las palabras. Por lo cual, los hijos de Samuel, en un proceso ordenado, son denotados en la confusión inordenada de la avaricia, cuando se dice:

(1 Sam. VIII, 3.) Se desviaron tras la avaricia, aceptaron regalos, pervirtieron el juicio.

3. Pues quienes para aceptar regalos pervirtieron el juicio, no buscaron la oscuridad de la noche para infligir el hurto de la cosa deseada, sino las tinieblas de la razón. Y es de notar que el ardor de la avaricia es causa de aceptar regalos, y la aceptación de regalos es causa de pervertir el juicio: para que por la narración del profeta se muestre la depravación de este vicio, no solo cómo progresa en los corazones de los reprobos, sino cómo puede ser extirpado completamente de las mentes de los santos. Pues si esta perversidad del juicio nace de la aceptación de regalos, quien no acepta regalos, no pervierte el juicio, y quien rechaza fácilmente los regalos ofrecidos, ha extirpado completamente la raíz de la avaricia de su corazón. Pero esta culpa de los hijos de Samuel, la comprendemos más viendo que hablando. Pues si miramos a los lugares desolados de las Iglesias, donde el padre envejece, los hijos incurren en la mancha de la avaricia, del regalo recibido, y del juicio pervertido: porque donde la persona del rector se disuelve por ganancias deshonestas, los corazones del rebaño sujeto se disipan fácilmente, para que vivan malvadamente en sí mismos y ofrezcan a otros ejemplos de depravación. Pero es muy admirable en estos casos los juicios del Dios omnipotente. Pues los hijos de Samuel, mientras se desvían tras la avaricia, mientras aceptan regalos como causa de pervertir el juicio, ofrecen al pueblo al que presiden ejemplos de depravación. Sin embargo, el mismo pueblo, mientras pide un rey, derriba a los hijos del profeta del culmen del poder. Dios omnipotente, sin embargo, acepta las súplicas de quienes piden un rey, y se enoja porque se pide. Ciertamente podemos turbarnos por estas cosas, si no vemos su razón con sutileza. Pues, ¿qué es más justo que caiga por el juicio del pueblo, quien con el reprobado juicio de su mente se esforzó de tal manera que el pueblo que lo seguía pereciera? Pero, sin embargo, cuando los sacerdotes viven mal, no deben ser juzgados por los laicos. Por lo tanto, reciben dignamente uno más indigno, quienes indignamente presumieron echar al indigno. Pues se dice de los hijos de Samuel: "Aceptaron regalos, y pervirtieron los juicios". Pero del rey que los hijos de Israel piden, se pronuncian amenazas muy terribles, porque se dice: "Tomará vuestros campos y olivares, y los dará a sus siervos" (1 Sam. VIII, 14). Y ¿quién sabio no atiende que es más inicuo tomar campos y viñas por violencia pública, que cambiar el juicio bajo el pretexto de la verdad para aceptar regalos? Esta culpa se cubre con cierta vergüenza, se oculta con pudor. Pero aquella culpa se considera tanto más inicua cuanto más manifiesta y atrocemente se perpetra. Pero aún no hemos llegado a aquellos tiempos del reino para discutir, en los cuales se describen estos males incluso literalmente: mientras, pues, hablamos según nuestro propósito del elegido y bueno, parece útil que también veamos con sutileza cómo puede entenderse en buena parte la ley del rey que se predice. Pues si no mostrara algo bueno espiritualmente, de ninguna manera se diría en esta sagrada historia:

(1 Sam. X, 15.) Samuel habló al pueblo la ley del reino, y la escribió en un libro y la depositó ante el Señor.

4. ¿Qué significa que se dice que los hijos de los israelitas serán puestos en los carros del rey? Pero los carros de los prelados de la santa Iglesia son sus devotos deseos. Pues mientras desean fervientemente las alegrías celestiales, se elevan como en carros por las alturas. De ahí que se dice que Elías fue elevado al cielo en un carro de fuego (2 Reyes II, 1): porque ciertamente no podrá ser elevado a las alegrías celestiales quien no las busca por deseos altos y fervientes. Cuando, pues, los buenos oyentes comienzan a despreciar las cosas terrenales y amar las eternas por los ejemplos de los predicadores, ciertamente se ponen los hijos de Israel en los carros de los reyes. Y es de notar que se dice que son tomados y puestos en los carros: porque primero deben ser apartados de los deseos carnales para que puedan ser inflamados

bien por los fuegos del amor superior. Estos deseos terrenales, porque no se abandonan fácilmente, se dice que los hijos son tomados. Pues debe hacerse con gran violencia que el oyente elegido abandone completamente los deseos terrenales y se eleve sublimemente en las cosas celestiales. De esta violencia, en efecto, el Señor dice: "El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan" (Mateo XI, 12). De esto Pablo dice: "Nadie será coronado si no lucha legítimamente" (2 Tim. II, 5). Lo cual también se muestra latentemente con estas palabras, porque se dice que los hijos que son tomados no se ponen en asientos, sino en carros. En efecto, los antiguos solían luchar en carros. Pero también quien es llevado en carro, se lleva sublime y terrible contra el enemigo. Los hombres elegidos, en efecto, son tanto más sublimes y terribles para los enemigos ocultos, cuanto más han progresado en la altura del amor interno. Son ciertamente sublimes, porque la sugestión de los espíritus malignos no alcanza hasta su intención. También son terribles, porque pueden reprobos sus consejos tanto más fácilmente cuanto, por el vigor del afecto íntimo, consisten en la contemplación del gozo superior. Esto ciertamente, cuando se dice a quienes aún son carnales, se les exhibe la bondad de las amenazas piadosas. Lo cual es como si dijera: Porque pedís la persona de la virtud, bajo su disciplina no podéis vacar en el ocio de la vida. Por lo cual, se dice que se harán jinetes del rey y perseguidores de los carros reales, tribunos y centuriones. Todas estas cosas son ciertamente de la milicia terrena. Mientras, pues, se predice que se harán jinetes, y perseguidores de los carros, tribunos y centuriones, se les aparta de todo ejercicio de guerra. Son jinetes, en efecto, cuando en la virtud del espíritu se restringen los flujos de la voluptuosidad de su carne, y dominan con gran poder todos los movimientos seductores. Pues como se lleva sublime en un caballo, quien, puesto sobre su carne por el bien de la castidad, puede, libre y veloz, tanto huir del enemigo cuando lo desprecia, como invadir cuando lo desea. Por esto ciertamente, porque ha aprendido a presidir bien, ha recibido tales incrementos de virtud, que como el ímpetu de un jinete que irrumpe, el enemigo no puede sostener. Y porque en el vigor de su virtud siguen los ejemplos de los Padres elegidos, son perseguidores de los carros reales. 193 Los carros, en efecto, del rey son los buenos ejemplos del predicador elegido. En ellos ciertamente se muestra tanto luchando como triunfando: porque mientras miramos las obras santas del predicador, ciertamente lo vemos sublime tanto en el combate del certamen como en la virtud del triunfo. Pero los oprimidos por los deseos carnales pueden ver esto en sus carros, no pueden perseguir sus carros. Como los que están a pie en el llano son perezosos para correr, débiles para el conflicto. Para que, pues, puedan perseguir los carros reales, primero deben hacerse jinetes, aplastar los deseos terrenales, presidir su carne, resplandecer con la armadura de la castidad. Entonces ciertamente podemos correr más dignamente tras los Padres elegidos en el conflicto espiritual, cuanto más poderosamente, por lo que presidimos laudablemente, golpeamos las huestes de los enemigos ocultos. Pero si, como tienen muchos códigos, no leemos perseguidores, sino precursores, no carece de buen entendimiento. En efecto, es precursor de los carros reales quien alaba con la palabra los ejemplos de los justos. Quien ciertamente debe ser jinete: porque es un laudador reprobado quien predica la alta vida y doctrina de los santos, que no se preocupa de imitar con un propósito sublime. Pero quien sabe proponer a otros la vida y doctrina de otros para imitación, ya ciertamente comienza a ser maestro de la milicia espiritual. Por lo cual, se ha añadido bien:

(1 Sam. VIII, 12.) Y constituirá para sí tribunos y centuriones.

5. Son tribunos cuando comienzan: centuriones, cuando se perfeccionan en el magisterio espiritual. Pues, como dijimos antes, se dice centurión por el número centenario. También pueden entenderse como tribunos los hombres espirituales, simples en ciencia, pero inflamados por el amor de Dios y del prójimo. Quienes, aunque no sepan hablar cosas altas y

espirituales, sin embargo, por los ejemplos de los elegidos, que conocen, se esfuerzan por encender a quienes pueden hacia el amor del Creador. Tribu, en efecto, se dice linaje o curia. Si, pues, se llaman tribunos a quienes proponen los ejemplos de los santos para el progreso del prójimo, se les llama tribunos. Vienen ciertamente como una curia para destruir nuestra rusticidad, cuando nos proponen aquellas cosas por las cuales los hombres santos agradaron al Dios omnipotente. Y cuando exponen las virtudes propias de muchos santos, nos abren como la nobleza de las parentelas espirituales. Por lo tanto, los centuriones pueden entenderse como hombres más perfectos, quienes, mientras progresan bien en el magisterio de los predicadores, se hacen sus oyentes y cooperadores. De los cuales ciertamente en el Evangelio el Señor dice: "Todo escriba docto en el reino de los cielos, es semejante a un hombre padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas" (Mateo XIII, 52). Tales ciertamente no solo son preeminentes en la operación, sino también instruidos en la ciencia de la palabra de Dios. Por lo cual, pueden exhortar al prójimo al conflicto de la milicia espiritual tanto más útilmente, cuanto que también muestran en la obra de la virtud las cosas altas que saben predicar. Tienen en la instrucción palabras, tienen para los ejemplos de los simples obras: para que los sabios entiendan las cosas altas que hablan; y quienes no ven los secretos de las palabras en lo íntimo, imiten las obras que ven fuera. Por lo tanto, se constituyen centuriones, cuando obtienen la cumbre de la dignidad por la perfección de la virtud: para que vivan sublimemente, y cuanto más alto vivan, más útilmente enseñen.

6. Pero quienes son centuriones, cuando ordenan los tiempos de guerra, deben progresar: para que también se les conozca por llevar los frutos de la paz. Después de los tribunos, pues, y los centuriones, se hacen aradores de campos y segadores de mieses; para que abran con el arado de la exhortación los corazones de los vencedores, de los cuales cosechen más abundantemente el trigo de las buenas obras. Como en paz ya ciertamente aran, quienes excitan a los corazones que habían vencido los asaltos espirituales a ejercitar obras de piedad. Y cosechan las mieses, cuando se alegran de que las obras elegidas hayan brotado del semilla de la palabra divina que habían sembrado en los corazones de los oyentes. Pues como cosechan el trigo del campo con hoces, cuando con el abrazo de la caridad reciben de la conversación superior aquello con lo que se sacian con devoción interna.

7. Pero mientras vivamos en esta vida, no poseemos ninguna paz. Pues el antiguo enemigo, que siempre se opone a los que obran bien, es necesario que siempre defendamos lo que hacemos bien. Por eso, después de los labradores de los campos y los segadores de las cosechas, se dice que se convierten en fabricantes de armas y carros del rey. Fabrican armas y carros para defender los mismos campos que cultivan y las cosechas que siegan. Fabrican el carro para ser veloces al encuentro de los adversarios: las armas, para ser poderosos. Se suben al carro para destruir con gran ímpetu los campamentos de los demonios; y, para extinguir a los que atacan, llevan armas. En esta altura del carro estaba quien decía: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses 3, 20). Por eso, ya seguro, quien aparecía superior a todos sus enemigos, afirmaba, diciendo: "Ninguna criatura podrá separarnos del amor de Cristo" (Romanos 8, 39). Pero quien había subido al carro, llevaba armas; por eso también explica, diciendo: "Yo, pues, corro así, no como a la incertidumbre; así peleo, no como quien golpea el aire, sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre" (1 Corintios 9, 26-27). ¿Qué se expresa más correctamente en este carro, que la sublimidad de la recta intención? Fabricar un carro, entonces, es erigir en las mentes de los oyentes la altura de la recta intención. Porque quienes, por los ejemplos de los mejores, obtienen el ministerio de la predicación, fabrican carros después del estudio del arado y la siega, cuando enseñan a los súbditos que obran bien, para que de todas las buenas obras que hacen, solo esperen las recompensas eternas de la retribución. Despreciar lo terrenal, no desear nada transitorio, amar lo eterno, y

apresurarse hacia ello con grandes deseos, ya es presidir un carro sublime. De estos carros, ciertamente, dice el salmista: "Los carros de Dios son diez mil veces múltiples, millares de los que se alegran; el Señor está en ellos" (Salmo 67, 18). Las armas de ellos son consejos agudos, con los que hieren a los enemigos tanto más poderosamente cuanto más rápidamente descubren sus astucias. Por eso, como armado, aquel poderoso hablaba: "No ignoramos sus astucias" (2 Corintios 2, 11). También fabricaba armas cuando decía: "Y el escudo de la fe, con el que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno, y tomad el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" (Efesios 6, 16-17). En esos carros y armas, los elegidos son veloces y poderosos. Veloces, porque mientras desean lo espiritual, detectan en un instante las maldades espirituales. Poderosos, porque mientras desean ardientemente lo supremo, consideran como nada lo que se les sugiere desde el amor del mundo inferior: y como carros llevados por el peso, tienen un gran ímpetu contra los enemigos, quienes, llenos de virtudes santas y consejos agudos, destruyen en un instante todas las tentaciones que se les presentan. No está fuera de este sentido que el carro, mientras rueda por la tierra, levanta la parte inferior hacia arriba y baja la superior hacia abajo. Así, ciertamente, la recta intención de los hombres santos, mientras de las cosas terrenales que hace, espera las celestiales, dirige como la parte que arrastra por la tierra hacia lo alto. Y porque se humilla tanto por la buena obra como por la expectativa de la retribución eterna ante la vista del Creador, como que sumerge en la tierra la parte que levanta hacia arriba. En sus ruedas, nuestro carro se mueve incesantemente, si siempre dirigimos hacia lo eterno la buena obra, y cuidamos de ser humildes en toda la altura de nuestro progreso. Estas armas y carros son del rey cuando no se ven en modo alguno diferentes de la forma y doctrina de los predicadores de la santa Iglesia. Los predicadores elegidos fabrican carros y armas cuando enseñan a sus oyentes a apresurarse hacia la patria celestial, con la rectitud de la intención y la fortaleza de la virtud. Pero todo esto que mostramos en el progreso de uno, no impide que lo entendamos distribuido por sí mismo en muchos. Mostramos a los elegidos progresando por grados de virtudes, primero colocados en carros; luego ordenados como jinetes y precursores de cuadrigas reales; constituidos tribunos, centuriones, labradores y segadores; y finalmente hechos fabricantes de armas. Pero como la santa Iglesia utiliza diversos ministerios de los elegidos, quien quiera puede atribuir los dones de las gracias a cada orden, para que cada uno de ellos sea propio de aquellos que se insertan más estrechamente en sus afectos.

8. ¿Qué es, entonces, lo que añade: que las hijas de los israelitas serán perfumistas, cocineras y panaderas? Pero bajo el nombre de hijas a veces se designa la debilidad, a veces la fecundidad. ¿Qué son, entonces, las hijas de los israelitas, sino las mentes elegidas, preparadas para la concepción de la palabra divina? Se convierten en perfumistas del rey: porque mientras progresan bajo la instrucción de su predicador, reciben en sí la abundante gracia del Espíritu Santo, por la cual pueden sanar saludablemente los corazones contritos. También se convierten en cocineras: porque mientras están llenas del fervor del Espíritu Santo, con su ejemplo encienden los corazones de los prójimos en el amor del Creador. Se convierten en panaderas cuando alimentan las mentes elegidas con el alimento de la palabra de Dios. Las hijas, entonces, se convierten en perfumistas cuando curan las heridas de los pecados. Cocineras, cuando purifican los corazones de las inmundicias de los pecados y los inflaman al estudio de la buena obra con el ejemplo de su virtud. Son panaderas cuando, a los que progresan por los ejemplos, ya no proponen ejemplos, sino que pronuncian palabras de alta ciencia; para que, como alimentados con alimento sólido, actúen tanto más fuerte cuanto, ya instruidos espiritualmente, desean con más fervor lo eterno. Sigue:

(Vers. 14.) También tomará vuestros campos, viñas y olivares mejores, y los dará a sus siervos.

9. ¿Cuáles son los campos, las viñas, los olivares que con derecho nos son quitados por los prelados? Pero los santos predicadores, cuando hablan para corregir los pecados, reprenden las deleites de la carne, las concupiscencias de la mente, las simulaciones de las buenas obras. Pues si los deleites de la carne no fueran campos de posesión inicua, el Apóstol no diría: "El que siembra en la carne, de la carne segará corrupción" (Gálatas 6, 8). Sembrar en la carne es enterrar el propósito de la mente en los deleites del cuerpo. Quienes ciertamente cosechan corrupción de la carne: porque en la resurrección de los elegidos no reciben la renovación de la incorruptibilidad eterna. Bajo el nombre de viñas se figuran correctamente las concupiscencias de la mente: porque embriagan los corazones de los réprobos y los alejan del conocimiento de la verdad. Moisés, vituperando el fruto de esta viña, dice: "De la viña de Sodoma es su viña, y de los suburbios de Gomorra: su uva es uva de hiel, y racimo amarguísimo" (Deuteronomio 32, 32). Pues de la viña de los sodomitas toma la vid, de Gomorra saca el vástago, quien llena su mente de concupiscencias nefandísimas. Como si hiciera una viña, quien olvida lo eterno, de donde también se embriaga por las concupiscencias; y quien se refresca como bajo la sombra de la viña y la amenidad de la deleite perversa, se prepara la retribución del fuego eterno. Por eso, muy apropiadamente, exponiendo el fruto de esa viña, dijo uva de hiel y racimo de amargura. La uva es en la vista, la hiel en el sabor: deleitando la vista, amargando el gusto; porque ciertamente a la mente réproba le agrada mucho lo que concupiscita, pero en el castigo eterno, lo que ahora le es dulce, se amarga. El rey, entonces, nos quita los campos cuando el predicador elegido, hablando, nos sustrae los movimientos alegres en el deleite de nuestra carne. Nos quita las viñas cuando corta completamente de nuestro corazón las concupiscencias embriagantes. También nos quita los olivares cuando reprende las obras de falsa misericordia, cuando exhortando correctamente sugiere que no hay mérito en la obra, a menos que provenga del propósito de la buena intención.

10. Pero es muy necesario preguntar por qué se dice que se dan a los siervos del rey. Pues si nos son quitados con derecho, ¿quiénes serán aquellos a quienes no se les otorguen indignamente? Sin embargo, si lo investigamos sutilmente, encontramos a nuestros grandes santos predicadores en sus imperios. ¿Quiénes son, entonces, esos siervos, sino aquellos de cuyo jefe el Señor dice al bienaventurado Job: "¿Lo tomarás como siervo perpetuo?" (Job 40, 23). Pues los espíritus malignos son siervos de los hombres santos; pero en esta vida siervos perpetuos, en la otra siervos eternos. Pues cada día sugieren aquello por lo que los hombres santos son coronados. Pues cuando de la batalla de esta vida se nos ofrece la victoria de la gloria eterna, quienes renuevan contra nosotros esas guerras por las que somos conducidos al descanso eterno, ciertamente nos prestan grandes servicios. También son siervos de los vencedores, según testifica la verdad: "De quien uno es vencido, de ese es hecho siervo" (2 Pedro 2, 19). Pues mientras excitan batallas contra aquellos que van a vencer, sirven a aquellos que son coronados por ello, de donde por un tiempo reciben poderosamente sus batallas. Pero porque lo que contribuye a la gloria de los santos, a los espíritus malignos les crece en aumento de condenación, los campos, viñas y olivares quitados se les dan a los siervos. Pues de toda su maldad los demonios serán castigados en el castigo eterno. En la confrontación del combate oculto, cuando los elegidos vencen, los males que rechazan se los atribuyen a sus enemigos: porque estos, como oro en el horno (Sabiduría 3, 6), son probados, aquellos son castigados por la sugestión réproba. Los siervos, entonces, reciben los campos, viñas y olivares: porque cuando los pecadores regresan a la vida, por la predicación de los doctores, esto también contribuye al cúmulo de condenación de los demonios, que los

penitentes fueron retenidos tanto tiempo en la culpa pasada por su fraude. También se dan estas cosas a los siervos cuando, por el oficio del predicador, los pecadores convertidos al Señor reconocen que en el amor de los crímenes pasados fueron retenidos por el fraude de los demonios.

11. ¿Qué es, entonces, que se dice que las cosechas y los ingresos de las viñas se diezmarán y se darán a los eunucos siervos del rey? Pero las cosechas de los elegidos se diezman cuando recogemos sus obras más excelentes para presentarlas como ejemplo a los fieles. Solo hubo uno que tuvo en sí la plenitud de todas las virtudes, en quien se infundió corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Colosenses 1, 19). Pero nosotros, porque de su plenitud todos hemos recibido, poseemos los dones de las gracias divididos en partes. De ahí que Pablo dice: "A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de lenguas, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro operación de milagros, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus" (1 Corintios 12, 8). Con el número diez, porque es perfecto, diezman las virtudes, cuando recogemos los dones de los elegidos para que los menores los imiten. Pues de Moisés está escrito: "Porque era el hombre más manso sobre la faz de la tierra" (Números 12, 3). También se dice de Abraham: "Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia" (Génesis 15, 6). Cuando, entonces, queremos imitar la mansedumbre con la fe, es necesario que de los ejemplos de Moisés y Abraham se diezmen alimentos para la restauración de nuestra mente, como de cosechas elegidas. Así, ciertamente, los predicadores presentan la castidad de José (Génesis 39, 8), la paciencia de Job (Job 1, 21), el celo de Finees (Números 25, 7) como ejemplo nuestro: porque mientras muestran las virtudes de los perfectos, recogen como diezmos de cosechas elegidas, que bien ofrecen a los que progresan. Por eso, bien se predice que se dan esos diezmos de frutos a los eunucos y siervos. Los eunucos son aquellos que, por la virtud del alma, han destruido en sí todos los estímulos de la lujuria. De los cuales, ciertamente, en el Evangelio el Señor dice: "Hay eunucos que se castraron a sí mismos por el reino de los cielos" (Mateo 19, 12). Son siervos aquellos que aún sirven bajo la cura ajena en los estudios de la vida activa, y no pueden aún salir libres a la altura de la caridad. Que también se encuentran en Moisés que deben servir a sus amos seis años (Éxodo 21, 2), para que en el séptimo salgan libres: porque ciertamente deben ser primero perfectos en la obra, para que puedan salir ordenadamente a la suma contemplación. El doctor, entonces, da los diezmos de las cosechas a los eunucos siervos, cuando aquellos que obedecen en el candor de la castidad, siguen las obras elegidas de los mayores. También da los diezmos de las viñas, cuando les muestra con cuánta maravillosa caridad nuestros Padres amaron a Dios y al prójimo; para que ellos también se esfuercen en llenarse de la abundancia de esa caridad, y como ebrios, olvidados de lo pasado, solo amen lo futuro, y no dejen de correr fervientemente hacia ello.

12. Después de todo esto, se predice que los siervos y siervas de los israelitas, los jóvenes más óptimos, serán tomados y puestos en la obra del rey. ¿Quiénes son los siervos carnales, sino aquellos que, por el ejemplo de los malos, han sido tan depravados por la costumbre prolongada que parecen haber sometido el cuello de la mente bajo el yugo de la imitación más inicua perpetuamente? Los siervos de ellos, entonces, son tomados cuando, por el estudio de los predicadores elegidos, incluso aquellos que parecían estar fuertemente sometidos a la imitación réproba de los carnales, abandonan los pecados. Que también se llaman jóvenes óptimos. Son jóvenes, ciertamente, porque son fuertes en el mal; también se llaman óptimos, porque son más inicuos que los demás pecadores. A quienes ciertamente se les dice por el profeta: "¡Ay de los que son poderosos para beber vino, y hombres fuertes para mezclar embriaguez!" (Isaías 5, 22). Pues beben vino, quienes con deliberación de la mente, reciben precipitadamente el fervor de la concupiscencia, y mezclan embriaguez; porque

mientras se inflaman con los ardores de las concupiscencias, no saben regresar a los caminos de la rectitud, habiendo perdido la razón. Son poderosos y fuertes tanto para beber como para mezclar embriaguez, para que se les enseñe a ser como óptimos siervos por su ferviente propósito de mal. Estos jóvenes óptimos también son mostrados por el divino discurso cuando expone la avidez del diablo, diciendo: "Su comida es escogida" (Habacuc 1, 16). Pues el antiguo enemigo se refocila mucho en la iniquidad de aquellos que son más inicuos que los más inicuos.

13. Bajo el nombre de siervas se designa aquella condición iniquísima de los pecados, que por la iniquidad son muy malos y ofrecen a otros ejemplos de depravación. Pues como las siervas dan a luz siervos, mientras no solo son operarias de gran iniquidad, sino también madres. Pero porque por la predicación de los santos incluso tales se convierten, que después prestan grandes servicios al Dios omnipotente, apropiadamente se dice que los siervos y siervas son tomados y puestos en la obra del rey. ¿Acaso no tomó el rey de reyes a una sierva cuando dijo de aquella gran pecadora: "Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho" (Lucas 7, 47)? Y la puso en su obra cuando entró en el castillo y ella lo recibió en su casa (Lucas 10, 38). También la puso en su obra; porque resucitando de entre los muertos, le encargó la predicación de su resurrección (Marcos 16, 7). También tomó a un siervo cuando llamó a Mateo del lucro del telonio para que lo siguiera. También lo puso en su obra, porque le ofreció un banquete en su casa, y lo hizo predicador de Etiopía, evangelista del mundo convertido (Mateo 9, 9; Marcos 1, 14; Lucas 5, 27). Porque por el ministerio de los predicadores incluso aquellos regresan al Señor, de cuya salvación la mente humana podía desesperar, bien se describe que los siervos y siervas y los jóvenes óptimos son puestos en la obra del rey.

14. Bajo el nombre de siervos y siervas pueden entenderse los movimientos del corazón y las afecciones. Pues cuando nos sugieren cosas reprobables, son siervos: cuando las afecciones de la mente desean someterse a las sugerencias de los movimientos perversos, son siervas. Entonces, ciertamente, es necesario que dominemos a ambos por el rigor del propósito. Los predicadores toman a nuestros siervos y siervas cuando instruyen los movimientos de nuestros corazones y las afecciones, para que se dirijan al servicio de Dios. Los ponen en la obra del rey cuando ya ejercemos el mismo servicio del Dios omnipotente que aprendimos de su magisterio. Por eso, ¿qué se figura más apropiadamente en los asnos que los movimientos lascivos del alma? Se ponen en la obra del rey cuando la mente que solía moverse a la lascivia por pensamientos perversos progresa por la predicación del doctor y pone sus afectos en el deseo de imitar la castidad. Bajo el nombre de siervos, siervas y asnos pueden designarse aquellos que prestan servicios corporales con fortaleza a los hombres seculares. Pero se ponen en la obra del rey; porque convertidos al servicio del Dios omnipotente, soportan con tanto más devoción lo espiritual por la retribución eterna cuanto más claramente reconocen que soportaban grandes cosas sin fruto. También se dice que el rey diezma los rebaños: porque quien desea agradar al Dios omnipotente, debe ser puro por la inocencia y estar atento al estudio de la buena obra. Por aquello, ciertamente, es un árbol bueno, por esto también produce fruto. Pero porque usamos muchas cosas para poder guardar la inocencia y exhibir buenas obras, esas mismas multitudes de pensamientos inocentes son nuestros rebaños. ¿Qué es, entonces, que se diezman, sino porque la sutileza de los pensamientos no se ve fácilmente? Pues a menudo creemos que pensamos bien, lo cual, discutido sutilmente, no es bueno. Por eso, los rebaños deben diezmarse, para que solo sea del derecho real lo que se contiene en el número diez. Lo que en nosotros se hace bien, cuando aprendemos por el magisterio de nuestros predicadores a ser perfectos no solo en la exhibición de la obra, sino también en la investigación del pensamiento. Finalmente, se dice:

(Vers. 17.) Y vosotros seréis sus siervos.

15. Para que sepan que están tan sometidos a su derecho, que no se atrevan a pasar por alto sus mandatos. Esta dominación real quería establecer el Señor cuando decía: "Todo lo que atares en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo" (Mateo 16, 19). También exigía esta potestad de los súbditos, quien decía: "Si alguno os predica otro evangelio diferente del que os he predicado, sea anatema" (Gálatas 1, 8). De ahí que el Señor, enviando a los discípulos a la predicación, dice: "El que os oye, a mí me oye; y el que os desprecia, a mí me desprecia" (Lucas 10, 16). De los predicadores de Judea, el mismo Señor dice a los discípulos: "Haced todo lo que os digan" (Mateo 23, 3). Somos, entonces, siervos de nuestros reyes cuando nos sometemos al imperio de nuestros preladados de tal manera que no presumimos actuar sin su autoridad. Porque, entonces, ellos presiden sobre aquellos que fortalecen sus virtudes en la virtud de la obediencia, al final del derecho real se dice: "Y vosotros seréis sus siervos": para que los fieles súbditos reconozcan que deben estar sometidos al precepto de los predicadores, cuando por el progreso de las virtudes son llevados a las cumbres de la perfección. Lo que también la misma Verdad enseñando a los discípulos, dice: "Cuando hayáis hecho todo esto, decid: Somos siervos inútiles" (Lucas 17, 10). Sin embargo, porque hablaba estas cosas a los carnales, añadió, diciendo:

(Vers. 18.) Y clamaréis en aquel día a causa del rey, y el Señor no os escuchará en aquel día, porque pedisteis para vosotros un rey.

16. Los que habían pedido un rey, claman ante la presencia del rey, cuando aquellos que habían prometido llevar una vida espiritual bajo un buen guía, intentan abandonar los esfuerzos de esa vida. Todos son reconocidos por su rostro. Por lo tanto, el rostro del rey es la conocida conducta y enseñanza del buen predicador. Sin duda, porque actúan con dureza y aspereza por la vida eterna, y ordenan cosas duras, los súbditos carnales intentan no imitar, sino huir de su vida y doctrina. Ven el rostro del rey aquellos que habían pedido un rey, cuyo aspecto ignoraban; porque consideran cuán laboriosa es la disciplina del camino celestial en su superior, que antes de conocerla, deseaban como algo fácil. Entonces claman ante la presencia del rey, quienes habían pedido un rey; porque mientras no quieren abandonar el hábito de la vida carnal, intentan huir de la laudable imitación de su buen pastor, a quien habían deseado tener como superior. Y porque con un corazón ciego no pueden ver la luz, claman al Señor, es decir, suplican al Señor para poder evadir el yugo espiritual de Dios. Pero el Señor no los escucha en ese día. ¿Qué es ese día en que los súbditos reprobados suplican al Señor, sino la intención de una vana prosperidad? No son escuchados; porque ciertamente por la gracia divina nunca sucede que la sujeción prometida una vez a los buenos rectores pueda salir libremente hacia las delicias del mundo. Por eso también añadió la causa, diciendo:

(Vers. 18.) Porque pedisteis para vosotros un rey.

17. Como si dijera: La sujeción prometida a los pastores espirituales es insoluble. Ciertamente pedís un rey fácilmente: pero porque la dignidad real es pesada, no podéis fácilmente escapar de su poder. Esto lo decimos en relación con la historia, y consideramos que debe notarse que el Dios omnipotente, al predecir el derecho del rey, impone una forma de institución a los superiores religiosos. ¿Por qué? Para que quienes imponen el camino más estrecho de la vida, no ofrezcan fácilmente acceso a los que se acercan de nuevo. Por eso también el mejor maestro de esa vida más estrecha, discípulo instruido de la suma verdad, ordena, diciendo: Probad los espíritus, si son de Dios (I Juan IV, 1). Y también: Que se le

anuncien las cosas duras y ásperas por las que se va a Dios, para que sepa a qué entra. Por lo tanto, el Señor predica el derecho del rey, dice, sabe todo, cómo serán carnales en su observancia: y para que los débiles no accedan fácilmente a la vida de virtud, los fuertes superiores no deben aceptar fácilmente a los débiles. La rapidez de la conversión a menudo surge de la precipitación del consejo, no del incremento de la devoción. Pues cuando los débiles prometen cosas fuertes, no es la fuerza probada del ánimo, sino la confusión de la discreción. A todos estos el sabio advierte bajo una sola denotación, quien dice: No levantes sobre ti una carga. Por lo tanto, quienes presiden con firme propósito de vida regular sobre otros, deben recibir con tanto más discernimiento a los convertidos a esa misma vida, cuanto más útil es prever si la petición de los que se acercan es por virtud del ánimo o por precipitación de la voluntad. Pues quienes son fáciles en sus acciones, suelen desear con insistencia la aspereza de la vida espiritual, para que parezca que desean con gran virtud del ánimo lo que buscan.

(Vers. 19, 20.) Pero el pueblo no quiso escuchar la voz de Samuel, y dijeron: De ninguna manera, sino que habrá un rey sobre nosotros, y seremos también nosotros como todas las naciones, y nuestro rey nos juzgará, y saldrá delante de nosotros, y peleará nuestras batallas por nosotros.

Esto, porque fue expuesto ampliamente antes, nos detenemos ociosamente en su búsqueda. Sigue:

(Vers. 21.) Y Samuel escuchó todas las palabras del pueblo, y las habló en los oídos del Señor.

18. Escuchar la voz del pueblo es reconocer lo que exteriormente dicen los que piden el hábito de la santa conversación. Pues como si solo escucháramos la voz de los que se acercan, cuando sabemos lo que afirman exteriormente: pero no vemos cómo serán en las afirmaciones de la promesa. Por lo tanto, debemos hablar de ello en los oídos del Señor, para que Él mismo reciba las palabras de la promesa: quien mientras escucha las palabras, examina los corazones, y del texto de la partida, busca los intereses de la obra robusta. Esto deben escuchar y temer las mentes de nuestros novicios: porque ciertamente lo que nos dicen, lo hablamos en los oídos del Señor. Pues lo que prometen ante nosotros, lo ofrecemos a Dios, para que Él ya de nuestras manos sostenga lo que busca. Esta libertad del rector es la obligación del súbdito: porque está sujeto a una sentencia tanto más estricta, cuanto más claramente puede saber: porque debe rendir cuentas a Dios omnipotente de lo que responde. Por lo tanto, cuando ofrecemos a Dios lo que prometen los novicios, es como si le diéramos el documento que nos hacen. Y porque esto se hace en secreto, se dice que Samuel habló en los oídos del Señor lo que el pueblo había dicho. Pues hablamos en los oídos de los amigos, cuando ocultamos a los extraños lo que decimos. Sigue:

(Vers. 21.) Pero el Señor dijo a Samuel: Escucha su voz, y pon sobre ellos un rey.

19. Antes, el profeta previendo el futuro, dijo: Clamaréis al Señor, y no os escuchará, porque pedisteis para vosotros un rey. Ahora el Señor dice: Escucha su voz, y pon sobre ellos un rey (I Sam. VIII, 18). ¿Qué se nos muestra con esto, sino que a menudo se inspira divinamente a los buenos rectores de la santa Iglesia, para que sometan a los estudios de la vida celestial a aquellos que después no son devotos bajo la disciplina de esa misma profesión? Quienes ciertamente después clamarán ante la presencia del rey, y sin embargo reciben al rey por mandato divino: porque son inspirados divinamente para acercarse devotamente al servicio de Dios, a quienes la solicitud de los pastores, con gran labor, debe contener bajo el vínculo

de ese mismo servicio en el aumento de la recompensa eterna. Se dice que claman al Señor, ante la presencia de su rey: pero ¿qué responde el profeta enviado por el Señor, que los mismos reyes escuchen, para que sepan qué deben hacer entre esos clamores? No, dice, os escuchará. Por lo tanto, tampoco ellos deben escuchar. Pues quienes son tibios en los santos monasterios, deben ser tratados como enfermos, no deben ser expulsados como muertos. Porque si son enviados por el Señor, entre los fomentos de los ungüentos espirituales recobrarán el sentido. Diga, por lo tanto, el Señor: Pon sobre ellos un rey: porque ciertamente algunos vienen devotos al servicio de Dios, quienes también se les permite enfriarse, pero por el estudio de los pastores, a cuyo precepto se habían sometido por inspiración divina, vuelven a encenderse en el amor de la patria celestial. Pero ya expone qué tipo de pastor es idóneo para esto, diciendo:

(I Sam. IX, 1, 2.) Había un hombre de Benjamín, llamado Cis, hijo de Abiel, hijo de Seror, hijo de Bechorat, hijo de Afía, hijo de un hombre de Jemini, fuerte en poder. Y tenía un hijo llamado Saúl, elegido y bueno, y no había hombre de Israel mejor que él, desde los hombros hacia arriba sobresalía sobre todo el pueblo.

20. ¿Qué significa que cuando se muestra que se va a constituir un rey, se proclaman los nombres de los padres, sino que se asume indignamente al principado de la santa Iglesia quien no mantiene la nobleza de los santos Padres en las costumbres? Se asignan seis nombres de padres, para que se designe la perfección de su santa conversación en buena acción. Pues el mundo fue creado en seis días, se consume en seis edades. Por lo tanto, son seis los padres que en el orden genealógico de los pastores elegidos de la santa Iglesia son nombrados: porque ciertamente son hijos de ellos por imitación, quienes en la forma de los que siguen obtienen la cumbre de la perfección. El padre del rey, Cis, se dice duro: porque ciertamente aquellos a quienes los santos predicadores imitan, no son remisos en vida y celo. Son duros porque no hablan cosas suaves a los pecadores: también son duros porque para corregir bien a otros, demuestran en su propia conversación las cosas duras que les ordenan. Parecía duro quien reprendía a los judíos, diciendo: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced frutos dignos de arrepentimiento (Mat. III, 7). Pero quien era duro con otros, no era remiso consigo mismo. Pues para mostrar que él mismo mantenía la dureza del arrepentimiento que predicaba, el Evangelista dice: Tenía un vestido de pelos de camello, y un cinturón de cuero ceñido a sus lomos: y su comida eran langostas y miel silvestre (Marc. I, 6). También se dice a Ezequiel: He aquí que he hecho tu rostro más duro que los rostros de ellos, como diamante y pedernal he hecho tu rostro (Ezeq. III, 8). Pero quien venía tan duro contra los duros en el mal, para mostrar las cosas duras que iban a venir, lloraba durante siete días en medio de ellos antes de hablar. Así dice: Y me senté donde ellos se sentaban, y permanecí siete días lamentándome en medio de ellos. Porque los santos predicadores no son suaves y mansos con los pecadores obstinados, y practican lo que predicán ásperamente, se dice correctamente que Saúl es hijo de un hombre duro. El predicador elegido debe imitar a aquellos que predicán cosas agudas y observan lo que dicen. Por eso se añade sobre el padre del rey: Fuerte en poder. Hay algunos dentro de la santa Iglesia que son fuertes en arrogancia y orgullo. Pues hacen grandes cosas; pero cuando los hombres dejan de alabar lo que hacen, ellos mismos dejan de hacer esas grandes cosas. Es fuerte en poder quien tiene la virtud que muestra en buena obra del Espíritu Santo. De este poder Ana profetizó en su cántico, diciendo: Los débiles se ciñeron de poder (I Sam. II, 4). El Señor promete esto a sus discípulos, diciendo: Permaneced en la ciudad hasta que seáis investidos de poder desde lo alto (Luc. XXIV, 49). En este poder caminaba con fortaleza aquel de quien está escrito: Jesús regresó en el poder del Espíritu a Galilea (Luc. IV, 14). Por lo tanto, quien se dice duro, se dice fuerte en poder: porque los hombres elegidos, mientras predicán cosas sublimes,

demuestran cosas grandes: y todo lo que ordenan alto, y todo lo que hacen grande, lo operan en el poder del Espíritu Santo. Dignamente se añade: Y tenía un hijo llamado Saúl, elegido y bueno. Pues quien es imitador de tales, no solo es útil para el trabajo del ministerio, sino apto para el fruto de la herencia. Judas también fue elegido para el ministerio: pero porque no fue bueno, perdió el derecho de sucesión. ¿Quiénes son significados en Saúl aún elegido y bueno, sino los imitadores elegidos de los santos Padres, que son útiles a otros por la doctrina y a sí mismos por la conversación: que pueden gobernar a otros de tal manera que no dejan de proveer para sí mismos? Son elegidos y buenos, porque buscan las ganancias de otros de tal manera que no sufren ninguna pérdida propia. Están llenos en sí mismos, fluyendo hacia otros, y de la abundancia de sí mismos dan a otros, de modo que no pierden nada de su propia plenitud. Tienen lo que pueden ofrecer a otros, pero teniendo lo que les puede bastar a sí mismos, no ofrecen a nadie. Se esfuerzan por ofrecer aceite a otros de tal manera que no se les quiten los fomentos de luz: para que mientras iluminan a otros, no se extingan a sí mismos. Bien se dice elegido y bueno: porque ciertamente, quien asume el gobierno de la santa Iglesia, debe ser rico y adornado con dones espirituales y plenitud de méritos. Y porque deben ser elegidos de entre el orden común quienes sobresalgan, sigue: Y no había de los hijos de Israel mejor que él. Su excelencia ciertamente se encomia, cuando se añade: Desde los hombros hacia arriba sobresalía sobre todo el pueblo. En esta figura corporal se presagian los actos de virtud en la persona del obispo que va a ser ordenado. ¿Qué se designa en el hombro sino la fortaleza? Pero quien sobresalía desde los hombros hacia arriba sobre todo el pueblo, era de tal estatura que quien fuera más alto en el pueblo, llegaba con su cabeza hasta el hombro del rey: pero el futuro rey superaba a todos con su cuello y cabeza. ¿Qué son las cabezas sino las mentes del pueblo sujeto? Que cuando se esfuerzan mucho, llegan hasta el hombro del rey que va a ser ordenado: porque quien se busca para el gobierno de la santa Iglesia debe ser de tal perfección que cualquier cosa que el pueblo quiera proponerse de buena obra, debe demostrarlo en su conversación. Es como si las cabezas del pueblo tocaran el hombro del rey, cuando sus corazones encuentran en su pastor lo que buscan de virtud. Pero el rey sobresale con el cuello, sobresale también con la cabeza. ¿Qué se designa en el cuello sino la locución: qué en la cabeza sino la contemplación de la mente? Sobresale, por lo tanto, con la cabeza y el cuello sobre las cabezas de todos los súbditos, si es admirable en la altura de la contemplación y en la sublimidad de la doctrina. Es como si fuera sublime con la cabeza cuando contempla aquellas cosas de los secretos celestiales que otros no pueden contemplar. También tiene el cuello sobre otros, quien es admirable en la altura de su locución, no igualable por otros. Es como si hubiera levantado su cabeza en lo alto, quien decía: Vendré a visiones y revelaciones del Señor. Conozco a un hombre así, si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe (II Cor. XII, 1, 2). Pero como un rey elegido y bueno, para mostrar que también mantenía su cuello sobre todas las cabezas, dice: Oyó palabras inefables que no es lícito a un hombre hablar (Ibid., 4). ¿Qué admiramos de su cuello eminente en lo que calló? Comparemoslo, si podemos, en lo que dijo. De su cuello apostólico procedieron sus epístolas, y aunque desde entonces los hombres sabios comenzaron a exponerlas, todavía intentan conocer mejor lo que dijo. Y aunque diariamente progresan en su erudición, como apoyándose en la cima del cuello, no pueden alcanzar. Que el rey sobresalga, por lo tanto, con el cuello, sobresalga con la cabeza, sea sublime con el hombro; para que sea perfecto en la conversación, admirable en el discurso, más alto que todos en la cima de la contemplación. Pero quien es grande en la conversación, excelente en el discurso, elevado sobre todos en la contemplación, antes de llegar a la cumbre del gobierno, debe tener exteriormente signos de caridad fraterna: para que ciertamente tenga tal solicitud por los prójimos, que busque las ganancias de las almas para la vida eterna. Bien se añade en su tipo:

(Vers. 3, 4.) Pero se perdieron las asnas de Cis, padre de Saúl: y Cis dijo a Saúl su hijo: Toma contigo a uno de los siervos, y levántate, ve y busca las asnas. Y cuando pasaron por el monte de Efraín, y por la tierra de Salisa, y no las hallaron, pasaron también por la tierra de Salim, y no estaban, y por la tierra de Jemini, y no las encontraron.

21. Cis, que se dice duro, no solo significa a sus elegidos, sino también al mismo Redentor. Nadie fue más duro consigo mismo que él. De esta dureza suya el profeta insinuando, dice: Ciertamente él llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores (Isa. LIII, 4). Pues morir para los mortales no es sufrir, es propio de la naturaleza condenada. Él, por lo tanto, fue muy duro consigo mismo, quien en sí mismo no tenía de qué sufrir, pero para liberarnos sufriendo, asumió dignamente lo que le hiciera duro consigo mismo y pudiera sufrir. Las asnas de Cis son las almas pecadoras. Porque incluso regeneradas en la fe del Redentor, se dicen duras: pero asnas perdidas, porque por la inmundicia han sido separadas de su servicio. De ahí que, yendo hacia la pasión, montó en una asna y un pollino desatados, para mostrar claramente que había venido a sufrir para socorrer a los pecadores. Pues se confesaba buscar las asnas perdidas, cuando decía: El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10). Estas asnas las buscó tanto por sí mismo como aún envía a los predicadores a buscarlas. Dice, por lo tanto, Cis a su hijo que busque las asnas, cuando el Redentor ordena con inspiración espiritual a los corazones de los elegidos que vayan al ministerio de la predicación. Pero al ir en el oficio de la predicación, porque deben llevar consigo solo el sentido espiritual, se les ordena tomar a uno de los siervos. Toma a uno de los siervos quien, mientras va a ofrecer a otros la forma de vivir, es espiritual en todo lo que hace. Toma a uno de los siervos, de quien se predijo: Él irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías (Luc. I, 17). Toma a uno de los siervos quien dice: No hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que es de Dios (I Cor. II, 12). De nuevo dice: Nosotros tenemos la mente de Cristo (Ibid., 16). De los santos animales se dice por Ezequiel: Donde estaba el impulso del espíritu, allí iban (Ezeq. I, 12). Por lo tanto, buscando las asnas, toma a uno de los siervos: cuando quien comienza a buscar las ganancias de las almas, dispone hacer todo espiritualmente lo que piensa hacer. Encontrar las asnas es ver a los pecadores convertidos en la luz de la santidad. Pues como asnas perdidas no se encuentran, cuando en las tinieblas del pecado, los corazones reprobados se ocultan.

22. Y porque a través de los cinco sentidos del cuerpo caen en las mismas tinieblas del pecado, se buscan en cinco regiones donde no se pueden encontrar, a saber, el monte de Efraín, la tierra de Salisa, y Salim, y los hombres de Gemini, y Zuph. Pues cada uno, donde es arrojado por el pecado, allí se oculta; y como perdido, no se sabe dónde está, cuando abandona la luz de la justicia, en la cual Dios lo puso. De ahí que en el paraíso, después del pecado, busque al primer hombre, diciendo: Adán, ¿dónde estás? (Gén. III, 9). Como diciendo: Porque no te encuentro en la luz en la que te puse, muéstrate dónde te has puesto. De ahí que pregunte por el muerto Lázaro, diciendo: ¿Dónde lo pusisteis? (Juan XI, 34). Pero a quien buscaba como perdido, le ordenaba salir para encontrarlo, diciendo: Lázaro, ven fuera. Por lo tanto, el hombre se pierde cuando peca: se encuentra cuando, ya arrepintiéndose, pronuncia el pecado contra sí mismo. Porque a través de las sagradas escrituras se le ordena al pecador: Declara primero tus iniquidades, para que seas justificado (Isa. XLIII, 26, según LXX): cuando aquel que pecó comienza a justificarse confesando, ya se le ve en la luz, donde ya se le encuentra puesto. Pero Saúl, que buscando las asnas no las encontró, designa la persona de un predicador instruido, pero que recién comienza. A quien ciertamente el Dios omnipotente no permite traer el fruto de la predicación, para que no estime vil la conversión de los pecadores, mientras puede convertirlos fácilmente al Señor. Por lo tanto, se difiere la conversión, para que los convertidos sean amados: y el predicador los ame tanto más cuanto

más claramente ve que no puede ganarlos rápidamente. Pero mientras los hombres santos no pueden convertir a otros con su predicación, comienzan a temer intensamente por sí mismos: no sea que desagraden al Dios omnipotente por aquello en lo que pensaban agradarle intensamente: y a menudo sucede que los corazones de los nuevos predicadores se aterran tanto, que ya proponen abandonar el oficio de la misma predicación, y dedicarse a Dios en el silencio. Por lo cual se añade:

(Vers. 5.) Cuando llegó a la tierra de Zuph, y no encontró, Saúl dijo a su siervo: Ven, regresemos, no sea que mi padre haya dejado las asnas y esté preocupado por nosotros.

23. Delibera regresar al padre, quien, posponiendo la intención de la predicación, desea dedicarse a Dios en el secreto del silencio. Se dice que regresa, quien antes se dice que fue enviado. Pues los hijos están como ante el padre, cuando los hombres elegidos permanecen en la secreta contemplación del Redentor. Regresan, por lo tanto, cuando vienen del público de la santa predicación a buscar los gozos de la claridad eterna. Pero porque los hombres santos no hacen nada sin consejo, Saúl consultó al siervo sobre el regreso al padre. Entonces consultamos al siervo, cuando con mente atenta proveemos que lo que intentamos disponer no debe diferir del sentido espiritual. Pues había dispuesto regresar al padre, quien decía: Dije, guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua: Puse guarda a mi boca, mientras el pecador estaba contra mí (Sal. XXXVIII, 1, 2). El pecador está contra los predicadores, cuando no abandona el estado de su iniquidad ante su predicación. Y porque entonces el predicador propone callar y dedicarse a Dios, para regresar al padre, enmudece. Pero porque por el silencio aprendió mejor la voluntad de Dios, su corazón se calentó, y con el fuego de la meditación interna ardiendo, habló. Lo cual también se muestra en este lugar, porque el siervo consultado, dio consejo al que le consultaba, diciendo:

(Vers. 6.) He aquí, hay un hombre de Dios en esta ciudad, un hombre noble, todo lo que dice sin ambigüedad sucede: ahora pues, vayamos allí, si acaso nos indique sobre nuestro camino por el cual vinimos.

24. Llama hombre de Dios a Samuel, en quien ya dijimos que se designan los predicadores de la santa Iglesia. Quien es llamado hombre, por la reverencia de la santa conversación, y se dice que todo lo que habla sucede sin ambigüedad: porque todo lo que amenaza sobre los eternos castigos, todo lo que promete de la eterna alegría a los justos, así como lo anuncia, y los impíos irán al castigo, y los elegidos a la gloria. También se dice que está en la ciudad: porque el pastor elegido en la común custodia del pueblo sujeto, siempre se le conoce vigilante. El pastor está en la ciudad, porque cuando custodia a otros, está protegido en sí mismo. Por lo cual también por el profeta en las alabanzas de todos los hombres de Dios, bajo la descripción de uno se dice: Habita en las alturas, la fortaleza de las rocas es su altura (Isa. XXXIII, 16). Pues cuanto más se suspende en la visión de los ciudadanos eternos, tanto más fuerte se encuentra para sí mismo, y más útil para los prójimos.

25. También se le llama noble: porque es conspicuo por la conversación celestial, y no tiene nada de la rusticidad de la vida mundana. De ahí que se le ve noble, de donde es ciudadano. Pues de los hombres seculares, porque no hay composición de costumbres, como criados en lugares exteriores, son rústicos. Por la habitual deshonestidad del ánimo, producen movimientos torpes del cuerpo; y como muy degenerados, no conocen el gesto de la costumbre urbana, mientras por todo lo que hacen, cubren la apariencia de su vida con la vileza de la oscuridad terrena. Por el contrario, los hombres de Dios son nobles, que mientras actúan valientemente lo que es divino, en toda su obra, resplandecen con la luz celestial: y no tienen nada de degeneración, quienes en gran luz emiten los rayos de toda su conversación de

origen celestial. Por lo tanto, Saúl es llevado por el siervo a esto, para ser instruido: porque se aconseja que quienes han de ser puestos en la cima de la preeminencia, se sometan al magisterio del sentido espiritual de los predicadores perfectos. Nos aconseja ser llevados por este siervo, quien dice: Si sois guiados por el espíritu, no estáis bajo la ley (Gál. V, 18). Sin embargo, se debe preguntar por qué se dice dubitativamente: Si acaso nos indique sobre nuestro camino, por el cual vinimos. Pero porque desea aprender cosas espirituales, porque anhela recibir grandes dones: no puede saber si es digno de esos mismos dones. Por lo tanto, comienza a dudar, quien no presume que puede merecer tan grandes cosas por sus méritos. Esta duda ciertamente surge en los elegidos por la virtud de la humildad. Por lo cual también por la voz del siervo acompañante se dice a Saúl: Si acaso nos indique sobre nuestro camino. Porque ciertamente el sentido espiritual no nos sugiere pensar en cosas altas, no presumir audazmente del Dios omnipotente, sino pedir sus dones con la máxima reverencia del santo temor. Por lo tanto, con razón se dice que es un siervo, quien siempre se predica que enseña cosas humildes. Por lo tanto, cuando dice: Vayamos allí, y de repente añade: Si acaso nos indique sobre nuestro camino, indica claramente que el espíritu obra en el sentido de los elegidos de Dios, mientras los hace acercarse devotamente a pedir los dones espirituales, y temer con gran reverencia la omnipotencia del dador. Por lo cual también quien es guiado por el espíritu, se dice que mira la falta de sus méritos, cuando se añade:

(Vers. 7.) Y Saúl dijo a su siervo: He aquí que iremos, ¿qué llevaremos al hombre? El pan se ha acabado en nuestras alforjas, y no tenemos presente para dar al hombre de Dios, ni nada más.

26. Las mentes de los humildes tienen como propio que tienen dones espirituales, pero no se fijan en lo que tienen. Porque reciben los dones de las virtudes del Espíritu Santo, por eso el espíritu santo, que da los dones, se los quita de la estimación, para que los tengan en la virtud de la conversación, pero no los tengan en el orgullo de la arrogancia. Bien se dice de Saúl: Desde los hombros hacia arriba sobresalía sobre todo el pueblo. Y dijo a su siervo: El pan se ha acabado en nuestras alforjas, y no tenemos presente: porque los hombres elegidos, y aptos para disponer la cima de la santa Iglesia, se ven pequeños por la humildad, en lo que son grandes por la virtud. Y tienen pan para la alimentación de las almas fieles en la sabiduría de la palabra, y presente en la memoria de la meditación interna. Pues cuando guardan en la memoria lo que recogen en la meditación secreta, para la instrucción de los fieles, es como si pusieran el pan en el presente. De estos presentes se dice en el Evangelio: Llenaron siete cestas de los fragmentos (Mat. XV, 37; Marc. VIII, 8). Cuando en la mesa del Señor abundan los panes, se ordena llenar las cestas: porque cuando el alma elegida se alimenta en la contemplación del Redentor supremo, en la misma contemplación de la verdad se instruye, para que el alimento de la palabra, que se ve crecer en ella, se guarde en la memoria para la instrucción de los fieles. También tienen abundantemente algo más además del pan y el presente, quienes con la virtud de la contemplación, y la doctrina de la palabra, abundan en la copia de la santa operación. Para que la humildad de los santos resuene en la locución de ordenar al rey, dice: El pan se ha acabado en nuestras alforjas, y no tenemos presente para dar al hombre de Dios, ni nada más: porque el espíritu santo hace grandes en la virtud del don interno a aquellos que se preparan para el gobierno de la cima eclesiástica, pero completamente pequeños en el respeto de la propia estimación. Diga, por lo tanto, el siervo: Vayamos allí, si acaso nos indique sobre nuestro camino. Pero Saúl se ve vacío: porque el Espíritu Santo, mientras instruye los sentidos de los que viven honestamente, a veces los hace audaces, a veces temerosos. Audaces, para que presuman: temerosos, para que no se enorgullezcan. Impulsa a pedir lo necesario: retrae, para que no incurran en el vicio de la temeridad por presumir demasiado. Y porque a quienes hace temerosos, los levanta a

presumir por la fuerza de la confianza, de repente se añade: Entonces el siervo respondió de nuevo a Saúl, y dijo:

(Vers. 8.) He aquí que se ha encontrado en mi mano la cuarta parte de un siclo de plata, demos al hombre de Dios, y nos indique sobre nuestro camino.

27. Como si el siervo hablara bien, el sentido del hombre elegido, cuando es impulsado a hablar, por el impulso del Espíritu Santo. ¿Qué es, entonces, lo que dice: Se ha encontrado en mi mano la cuarta parte de un siclo de plata? ¿Cuál es esta parte del siclo de plata? Pero porque con el nombre de plata se designan las palabras divinas, la plata en la mano del siervo, es el discurso divino en la virtud de saber. Decir el discurso es una cosa, sentirlo es otra. Pues las palabras divinas también las pronuncian los réprobos, pero sentirlos no pueden sino los elegidos. Se siente, en efecto, la cosa cuya virtud se reconoce. Pues también los enfermos comen peces, pero la fuerza de la enfermedad les quita la experiencia del sabor: de modo que lo que parecen comer, se les prohíbe también sentir. Así, así ciertamente los carnales, mientras hablan de cosas celestiales, que no aman, como enfermos usan cosas que se les prohíbe sentir. En la mano del siervo, por lo tanto, se encuentra la plata, cuando por el mérito de la humildad los hombres santos, las cosas celestiales que hablan, las reciben en gran afecto de caridad: para que sea muy dulce para ellos hablar de las cosas celestiales, porque dulcemente, y mucho más dulcemente por amor se sacian. Por lo cual también está escrito: Comerán los pobres, y se saciarán (Sal. XXI, 27). Porque el alimento del alma es la palabra de Dios: los pobres comen y se sacian, los ricos no pueden saciarse: porque ciertamente los hombres elegidos, que aman las cosas celestiales, cada vez que las oyen, se encienden más fervientemente hacia ellas; los réprobos hablan y oyen las cosas celestiales, que no reciben en ninguna dulzura para la satisfacción de su mente. Se dice la cuarta parte de un siclo de plata, por la calidad del tiempo. Pues para ver las otras partes de este siclo, deben observarse los profetas, los apóstoles, los mártires. Porque por la calidad del tiempo, a cada orden se le distribuyó la sonoridad de la predicación, como si cada uno tuviera la cuarta parte del siclo. La cuarta parte del siclo la exhibieron, cuando prometieron a la Sinagoga la venida del Redentor. Los apóstoles dieron su parte, cuando predicaron a los judíos que el que había sido prometido ya había venido. Los mártires también dieron su parte, cuando llevaron a los infieles a la fe del Redentor. Por lo tanto, se reconoce que ha quedado la cuarta parte del siclo: porque a través de los obispos y doctores de la santa Iglesia, la palabra de fe se exhibe a los fieles elegidos hasta el fin del mundo. Pero la palabra de fe se predica bien por aquellos a quienes se les suministra por la mano del siervo, porque ciertamente deben predicar las cosas celestiales aquellos que han merecido conocer su dulzura en la dulzura de su mente. Esta parte del siclo se da, para que alguien merezca conocer más plenamente el camino de la recta predicación: porque los sumos doctores de la santa Iglesia no confían la autoridad de la predicación a otros, sino a aquellos que saben que aman las cosas celestiales que hablan. Con estas palabras se debe amonestar a los más simples, para que no se atrevan a sospechar depravación de avaricia en el hombre de Dios, por lo que se dice: Para que demos al hombre de Dios, y nos indique sobre nuestro camino. Pues si el profeta tuviera un discurso venal, no sería hombre de Dios, y de ninguna manera podría tener el espíritu de la profecía. Por lo tanto, cuando se dice esto, no se exponen las costumbres del hombre de Dios, sino la devoción del que se acerca: porque Saúl lo tenía en gran veneración, ante cuya presencia se avergonzaba de aparecer vacío. Y porque la fama célebre los invitaba a la veneración de ese mismo hombre de Dios, añade:

(Vers. 9.) Pues se le llamaba Vidente.

28. Llamar es decir por relación pública. Vidente es quien también mira las cosas internas, que la mente de los carnales no atiende. Por lo cual también se dice de los santos animales: Alrededor y por dentro estaban llenos de ojos. Que en las cosas exteriores son circunspectos, y por dentro son previsores. Por el contrario, el Señor, reprendiendo la presunción de los doctores carnales en el Evangelio, dice: Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo (Mat. XV, 14). También se dice vidente, a quien las cosas remotas y ausentes son presentes. Lo cual conviene bien a los santos predicadores, que por el conocimiento son tanto más presentes a las cosas espirituales, cuanto en las cosas exteriores se dignan menos fijar la intención. Pues tienen como ocultas patentes, y remotas presentes, quienes siempre entienden las cosas que los carnales no pueden saber. Tal debe ser el pastor de la santa Iglesia: porque está constituido en el camino de la patria celestial para proporcionar luz a los súbditos. Siempre, por lo tanto, esparza los rayos de la luz, para que los fieles sujetos, por la experiencia de su iluminación, atraigan a otros a la iluminación. Sigue, y dice:

(Vers. 9.) Antiguamente así hablaba en Israel cualquiera que iba a consultar a Dios: Venid, vayamos al Vidente.

29. Vamos a consultar al Señor, cuando vamos a los predicadores instruidos, para encontrar el consejo de nuestra salvación. Pero porque ahora es tan rara la cantidad de hombres perfectos, mientras atendemos al florecimiento de la religión de los tiempos antiguos, lamentemos su defecto en el tiempo presente. De la miseria del tiempo presente y de la calamidad compungidos, suspiremos que el florecimiento del tiempo pasado con la belleza de la santidad se ha marchitado. Mientras, por lo tanto, vemos a los pastores de las Iglesias adherirse a las cosas terrenas, buscar las que pasan, no mostrar ninguna insignia de vida espiritual, mientras ninguna luz de nuestros prelados se nos infunde, recordando aquellas cosas que pasaron, digamos con el trabajo de la compunción: Antiguamente así hablaba en Israel cualquiera que iba a consultar al Señor: Venid, vayamos al Vidente. Israel se dice que ve a Dios, o en quien está Dios. Lo cual ciertamente se adapta convenientemente al nombre de la santa Iglesia, cuyo pueblo se dice. Pues también en el Evangelio se dice: He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20). La cual, porque en el tiempo anterior tuvo pastores florecientes en la conversación espiritual, instruidos con gran ciencia, que con gran desprecio despreciaban las cosas terrenas, pensaban en las celestiales: a la luz que veía en ellos el pueblo, podían exhortarse mutuamente, diciendo: Vayamos al Vidente. Si, por lo tanto, se debe ir a los videntes, igualmente se debe apartar de los ciegos: porque no debemos imitar, sino huir de los ejemplos de los prelados reprobos: pero de aquellos que conocen las cosas espirituales por el mérito de la conversación, siempre debemos pedir la instrucción de nuestra edificación. Y porque esto no lo hacen sino los hombres espirituales, sigue:

(Vers. 10.) Y Saúl dijo a su siervo: Tu palabra es buena; ven, vayamos.

30. Buena es la palabra, que no puede ser mejor. Cuantas veces, por lo tanto, se nos sugieren espiritualmente los consejos de nuestra salvación, se nos hace una palabra interior, que no puede encontrarse mejor. Alabamos, por lo tanto, la palabra del siervo, cuantas veces nos complacemos en el propósito de nuestro sentido espiritual. Y prometemos ir con él, cuando consentimos en los pensamientos espirituales. Pero porque entonces es fructífero el buen pensamiento, cuando se perfecciona en la operación, sigue:

(Vers. 10, 11.) Y llegaron a la ciudad, en la cual estaba el hombre de Dios: Y cuando subían la cuesta de la ciudad, encontraron a unas jóvenes que salían a sacar agua, y les dijeron: ¿Está aquí el Vidente?

31. Quienes buscan al hombre de Dios, llegan a la ciudad: porque a menudo sucede que la vida y doctrina del prelado se busca en la conversación de los súbditos. Así ciertamente también se buscan los árboles, cuya especie no se encuentra en las hojas, sino en el fruto. A menudo, sin embargo, los arbustos que han surgido se mezclan con los grandes árboles, y sus frutos pretenden ser de aquellos árboles con los que están mezclados. Quien, por lo tanto, quiere discernir el fruto, primero discierna también las ramas: para que reconozca de qué árbol procede el fruto. Así, así ciertamente es en la conversación de los fieles: porque en el pueblo elegido de un buen predicador, mientras muchos malos están mezclados, como entre buenos árboles surgen espinas. Por lo tanto, la conversación de un predicador elegido no debe explorarse en todos los súbditos, sino solo en los elegidos. Entonces, ciertamente, como ramas de un buen árbol con discreción separamos, cuando en el pueblo imitamos a aquellos rectores como frutos elegidos, que progresan con el ejemplo de su maestro: y huimos de aquellos como espinas, que son reprobados por el engaño del antiguo enemigo. Bien se dice, por lo tanto, de Saúl y su siervo: porque llegaron a la ciudad, y subieron la cuesta de la misma ciudad; porque ciertamente cuando se busca la perfección de los hombres santos en los súbditos, no se deben buscar los miembros imperfectos, sino los elegidos y perfectos. Pues también los artesanos primero comienzan sus obras, luego las adornan. También el pintor, cuando desea aplicar colores hermosos o dorado, primero aplica un color más vil. Quien, por lo tanto, quiere juzgar sobre la pericia de los artesanos, no mire sus obras comenzadas, sino las perfectas. Suba, por lo tanto, la cuesta de la ciudad, para que quien desea encontrar al Vidente, lo encuentre. La cuesta es un lugar bajo y hundido. En la cual parte de la ciudad se señalan aquellos que aún no han progresado a una conversación más alta. Subimos, por lo tanto, la cuesta, cuando evitamos proponernos como ejemplo la vida de los oyentes débiles.

32. Y entonces encontramos a las jóvenes que salían a sacar agua: porque observamos la belleza de las mentes santas en una conversación más perfecta. Las jóvenes son las mentes de los elegidos, íntegras por su inocencia, hermosas por la claridad de sus virtudes. Y porque en una vida más secreta conservan su belleza, no pueden ser vistas, a menos que salgan a sacar agua. Las jóvenes sacan agua cuando las almas elegidas, desde el profundo dolor del exilio presente, derraman corrientes de lágrimas. Se dice que sacan agua: porque mientras recuerdan que están arrojadas en este valle de lágrimas, como si lanzaran una cuerda de pensamiento al fondo, con esfuerzo extraen las aguas de las lágrimas. Entonces también parecen haber salido: porque lo que son en su interior permanece oculto, pero aparece en sus ojos; y muestran cuánto aman al Creador, quienes soportan la vida en tanto dolor del siglo presente. Por lo tanto, a ellas se les debe preguntar: ¿Dónde está el Vidente? Porque el lugar de los perfectos se conoce bien cuando nos lo muestran aquellos que, por el progreso de su vida, están cercanos a su conversación. Pero los predicadores tienen lugares diversos. Tienen un lugar para sí mismos, otro para sus súbditos: porque ciertamente en sí mismos habitan en la más alta contemplación, y por sus súbditos descienden al monte de la doctrina. Por la contemplación están como en el cielo; y porque son altas las cosas que enseñan, descienden cuando enseñan, y hablando de cosas sublimes se mantienen en lo alto. Los oyentes más perfectos, por tanto, están cercanos a su rector, no cuando está en la suma contemplación, sino en el monte inferior de la doctrina. Por eso las jóvenes respondiendo dicen:

(Vers. 12.) Aquí está, he aquí delante de ti: porque hoy ha venido a la ciudad.

33. Como si dijeran: Por eso podemos indicar su lugar, porque ha venido allí donde solíamos verlo. Pues si residiera en la cima de su sublimidad, nadie te lo mostraría. En la ciudad, en efecto, está el doctor, cuando por el ministerio de la predicación permanece en la instrucción

del pueblo sujeto. En la ciudad está el doctor, cuando deja lo propio para disponer lo común. Porque las gentes de un buen predicador, fortalecidas y protegidas por su exhortación, cuando permanece en su ministerio, se le conoce que está en la ciudad. Asimismo, porque en la multitud del pueblo sujeto hay algunos simples, otros sabios, las jóvenes añaden:

(Vers. 12, 13.) Apresúrate ahora, hoy ha venido a la ciudad: porque el sacrificio del pueblo es en lo alto. Entrando, lo encontraréis enseguida, antes de que suba a lo alto, para comer. Pues el pueblo no comerá hasta que él venga: porque él bendecirá la ofrenda, y luego comerán los que han sido llamados.

34. Cuando Samuel viene a la ciudad, sube a lo alto: porque el predicador elegido, en la instrucción de los súbditos, a veces pronuncia palabras sencillas, a veces sublimes. Cuando, por tanto, ordena cosas sencillas e inteligibles, está en la ciudad; cuando pronuncia cosas sublimes y que apenas se entienden, está en lo alto. Está en la ciudad cuando propone ejemplos a los simples; pero está en lo alto cuando pronuncia cosas altas de palabras espirituales a los perfectos. Como si estuviera en la ciudad quien decía: No he juzgado saber entre vosotros cosa alguna, sino a Cristo, y a este crucificado (I Cor. II, 2). También estaba en la ciudad cuando mostraba remedios a los débiles, diciendo: Por causa de la fornicación, tenga cada uno su propia esposa, y cada mujer tenga su propio marido (Ibid., 7). Pero sube a lo alto, porque no mucho después añade: Acerca de las vírgenes no tengo mandamiento, pero doy consejo. Quisiera que todos los hombres fuesen como yo (Ibid., 8). También confiesa que a menudo sube a lo alto de las palabras, porque dice: Hablamos sabiduría entre los perfectos (Ibid., 6).

35. ¿Qué es, pues, lo que dicen las jóvenes: Apresúrate ahora, hoy ha venido a la ciudad, sino que rara vez se le veía en la ciudad, es decir, viniendo tarde, partiendo pronto? Con esta enseñanza, el doctor de la santa Iglesia es instruido, para que rara vez esté en público, frecuentemente en secreto: para que cuanto menos se le vea, más devotamente se le venera. Entonces, en efecto, es recibido como celestial: porque cuanto más ha permanecido oculto en el secreto de la contemplación, más ricos tesoros de la palabra de Dios trae a aquellos que lo esperan. Pues aquel que puede decir muchas cosas buenas en lo bajo, a quien se le concede ver lo sumo por la visión secreta de la mente. Y porque las cosas que se dicen parecen más dulces, las jóvenes dicen: Apresúrate. Como si dijeran: si cumple aquello por lo que ha venido a la ciudad, no podréis verlo en su secreto.

36. Esta palabra, ciertamente, ya no es letra por letra, sino ejemplo de los religiosos. Pues el hombre santo era de tal rigor, que tenía días y horas establecidas en las que quien quisiera podría verlo. Dicen, por tanto: Apresúrate. Como si dijeran: Si pasa el tiempo establecido, en las horas de su descanso, no atiende a palabras ni acciones. Por lo tanto, quienes hemos asumido el orden de vida retirada, debemos observar esto con más atención. Deben establecerse para nosotros horas de ministerio, para que brevemente persistamos en la obra, y podamos apresurarnos a regresar a la cima de la contemplación. Pero las demoras de nuestro silencio secreto deben ser custodiadas con tal rigor, que incluso aquellos que suelen acercarse, sepan que no tienen acceso a nosotros contra nuestro propósito.

37. Y porque hemos comenzado a explicar esto espiritualmente, puede entenderse convenientemente que se dice contra los simples. En la ciudad, en efecto, se cree que quien parece extraño puede hablar con Samuel, pero no en lo alto: porque a quienes creemos simples, pensamos que necesitan instrucción sencilla, no alta. Por tanto, deben escuchar a los santos predicadores cuando hablan cosas sencillas a los simples, que entienden: no cuando dicen cosas altas, que no pueden entender. Dicen, por tanto: Apresúrate ahora, hoy ha venido

a la ciudad: porque el sacrificio del pueblo es en lo alto. Lo cual es como si dijera: Porque hay muchos que desean escuchar cosas sublimes, ahora debes apresurarte, cuando él parece instruir a los simples como tú. El sacrificio del pueblo es la devoción del pueblo elegido. Y esta devoción, porque se excita en los corazones de los elegidos por la palabra de la predicación, es como si fuera perfeccionada por Samuel. El sacrificio del pueblo está en lo alto, cuando los corazones de los fieles súbditos desean devotamente escuchar las palabras altas de la santa predicación. Por lo cual se dice adecuadamente: Porque el pueblo no comerá, hasta que Samuel bendiga la ofrenda: porque los oyentes más perfectos, mientras desean llegar a la suma perfección de las virtudes, esperan con gran deseo la palabra de ciencia, por la cual puedan llegar a lo deseado. En este lugar se debe notar que el sacrificio ofrecido aún no estaba, y sin embargo se dice: El sacrificio del pueblo es en lo alto. Pues si el sacrificio antes de comenzar a ofrecerse no es, ¿cómo era sacrificio lo que no era? Pero porque seguimos las cosas espirituales, aún no era sacrificio, y era: porque cuando los fieles elegidos desean ser instruidos más profundamente, ya tienen un gran deseo de escuchar, que, después de escuchar la predicación, tienen mucho mayor. Por tanto, aún no se ha ofrecido el sacrificio: porque esa magnitud de devoción, que nace en el corazón del elegido de la palabra de la predicación, no está en el corazón antes de la palabra del predicador. Y es ciertamente sacrificio en lo alto: porque de la expectativa de la palabra, ya hay en el corazón del que desea escuchar una gran fuerza de devoción. Por lo cual se dice bien: Porque el pueblo no comerá, hasta que él bendiga la ofrenda. Porque, en efecto, aman intensamente lo sumo, hasta que perciben lo mismo sumo, no descansan. Pues si la ofrenda de la mente es su devoción: se bendice la ofrenda, cuando se santifica a la voz de la predicación, para que cuanto más pura se hace, más aceptable sea a la recepción divina. Pues lo que se bendice en el sacrificio de Dios, es limpio cuando se ofrece, y material: pero ofrecido es tanto más limpio, cuanto no solo es material, sino espiritual: cuanto no solo es limpio, sino también limpiador. ¿Quién duda que las ofrendas de sacrificios limpian los pecados? Así es, así es la devoción de la mente: pues cuando desea escuchar lo bueno, es limpia; pero cuando ha sido recibida y bendecida por las manos de la santa predicación, se vuelve tanto más ardiente y sagrada, cuanto más claramente ha aprendido a quién puede amar más dulcemente conocido. Limpia ciertamente antes, como preparación del sacrificio era, que deseaba conocer el bien, y sin embargo era un aparato material: porque aún no sabía lo que deseaba aprender, pero muy limpia y espiritual, cuando ya santificada por las voces de la doctrina, no desea ya escuchar lo que sabe, sino que se deleita en experimentar lo que ama. Entonces también no solo es limpia la ofrenda, sino limpiadora: porque cuanto más se enciende con el amor ferviente de las cosas celestiales, más poderosamente se disipan de ella las tinieblas de la negligencia carnal. Pues está escrito: Porque la caridad cubre multitud de pecados (I Pedro IV, 8): porque ciertamente destruimos nuestras cosas carnales, cuando con ardiente devoción nos elevamos a las celestiales.

38. Y porque se añade: Y entonces comerán los que han sido llamados. ¿Qué otra cosa designa, sino que el afecto de devoción de la mente es alimento? Entonces, en efecto, comeremos, cuando se bendice la ofrenda: porque cuando a la voz de los predicadores nuestra devoción se eleva en amor al Creador, el alma, que ha llegado a la dulzura del Creador, ya tiene su alimento. Entonces, por tanto, comen los que antes de la bendición de la ofrenda no querían comer. Pues quienes se preparan con la máxima expectativa de intención para la percepción de la dulzura divina, mientras no reciben deseos malos por apetito alguno, como si ayunaran, se llenan más ávidamente de la repleción de la devoción. Pues como esperan la bendición de la ofrenda para la repleción, quienes huyen de todos los deseos ilícitos, para que se sacien de la visión de la gloria interna por la devoción. Pues está escrito: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8). Pues quien

no recibe cosas inapropiadas en el corazón, mientras desea las superiores, es limpio de corazón: y mientras es conducido por la buena predicación a la dulzura de la contemplación divina, como si tuviera la bendición de la ofrenda en la saciedad del alma. Dice, por tanto: Luego comerán los que han sido llamados. Pues los llamados en ayuno son llamados a la comida, mientras el predicador habla afuera, quienes guardan la mente de deseos perversos, y por la gracia del Espíritu Santo son llevados a la experiencia de la dulzura interna. Pues llamados entonces eran invitados, quienes habían venido. Por tanto, los llamados en ayuno entonces comen, cuando aquellos son alimentados con la devoción de la gracia espiritual, quienes se han preparado con gran custodia de su mente para recibirla. ¿Qué es, pues, lo que dicen:

(Vers. 13.) Subid, porque hoy lo encontraréis?

39. Pero mientras los elegidos alaban las buenas obras de los predicadores, iluminan con gran luz los corazones de los oyentes. Pues aquella conversación celestial del buen doctor, que predicar, es día. Digan, por tanto: Hoy lo encontraréis. Pues en ese día se encuentra al predicador, cuando no es menor la vida que la fama: cuando por la voz de los elegidos es alabado, pero quienes escuchan las alabanzas, todo lo que escuchan, lo encuentran y conocen en su conversación laudable. Por lo cual el Señor, increpando a los fariseos, dice: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos (Mateo XXIII, 27). De nuevo, compara a los vanagloriosos con los infieles, diciendo: ¿Cómo podéis creer, recibiendo gloria de los hombres (Juan V, 44)? En el día, en efecto, son alabados quienes son de este tipo, pero en ese día no se encuentran: porque quienes escuchan sus alabanzas, como si vieran el brillo del sepulcro desde fuera; pero cuando buscan las virtudes alabadas, encuentran dentro la noche de los pecados, como tristes y malolientes huesos de muertos. Digan, por tanto, para significar la verdadera gloria del justo: Hoy lo encontraréis: porque cuando los justos son alabados, en la verdad de su conversación tienen todo lo que resplandece de ellos en la voz de la alabanza. Y porque tales hombres deben ser buscados con devoción apresurada, sigue:

(Vers. 14.) Y subieron a la ciudad. Y mientras caminaban por el medio de la ciudad, apareció Samuel, saliendo a su encuentro, para subir a lo alto.

40. Cuando escuchamos las alabanzas de los hombres santos, subimos a la ciudad: porque allí los buscamos, donde descienden, no donde están. Pero, como dije antes, el lugar de los predicadores, que tienen para sí, es la contemplación secreta de la divinidad: el lugar para los súbditos, la predicación. A veces, en verdad, hablan cosas sencillas, a veces altas. Tienen, por tanto, un lugar común para todos, tienen un lugar sublime y especial para algunos, tienen un lugar secreto para sí mismos. Estos tres lugares espirituales se significan: porque se dice que Samuel sale, aparece en medio de la ciudad, y sube a lo alto. Pues quien, para aparecer, salió, estaba donde, antes de aparecer, había permanecido oculto. Por tanto, los sacerdotes salen, cuando vienen del secreto de la meditación a predicar. Aparecen en la ciudad, cuando dicen cosas más sencillas, es decir, para hacer o entender. Suben a lo alto, cuando a los sabios o les mandan cosas fuertes de obra, o les revelan altos misterios. Por tanto, se muestra nuestro ascenso ordenado, por esto, que se dice que Saúl sube primero en la ciudad, y después se dice que es llevado a lo alto por Samuel. Pero salir al encuentro, es encontrarse en el mismo camino con quien viene. Por tanto, cuando queremos aprender el camino de la salvación de los santos predicadores, ciertamente nos salen al encuentro, cuando con la palabra de salvación, que buscamos, nos encuentran. Pues como si vinieran por el mismo camino, cuando se apresuran a enseñarnos lo que nos proponemos aprender. Esto, ciertamente, es

moral para todos: pues si investigamos las cosas que espiritualmente competen a algunos, sale al encuentro; porque sabe de antemano que el rey ordenado viene a él. De dónde lo sabe, se añade:

(Vers. 15, 16.) Pero el Señor había revelado al oído de Samuel un día antes de que viniera Saúl, diciendo: A esta misma hora, que es ahora, mañana enviaré a ti un hombre de la tierra de Benjamín, y lo ungirás como líder sobre mi pueblo Israel, y salvará a mi pueblo de la mano de los filisteos.

41. Salió, pues, a su encuentro para llevarlo a lo alto: porque aquel que es buscado para el gobierno de la santa Iglesia debe ser mostrado por el don divino y llamado a una vida elevada. La oreja de Samuel, al ser un diminutivo, ¿qué representa sino la humilde inteligencia del doctor espiritual? La oreja, entonces, es revelada por el Señor cuando la humilde inteligencia del predicador es instruida por el Espíritu Santo; para que escuche lo que debe hacer y disponga lo que ha escuchado. Pero es sutilmente digno de observarse lo que se dice: Antes de un día. El día es la vida del justo, como atestigua Pablo, quien dice: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, ahora sois luz en el Señor (Efesios V, 8). Cuando se muestra la vida del elegido, el día oculto es revelado. Pues el hombre ve el pretexto de la buena obra, pero Dios ve la luz del corazón. Porque los elegidos y los reprobados están ocultos por la intención del corazón, el Señor insinúa al rey que viene antes de un día; cuando por su gracia los santos predicadores reconocen en ellos, que han de ser promovidos, el testimonio de la buena obra precediendo a la pureza de intención. No hay luz de obra que no sea precedida por la rectitud de intención. Por tanto, correctamente antes de un día se reconoce al rey que ha de ser ordenado. Pero no ven el día siguiente, a menos que nazca del precedente: para que consideren el día antes del día, la intención antes de la operación, y vean en la luz de la santa operación a aquel que la gracia divina demuestra que brilla por el propósito del corazón. Y porque en la misma hora en que se promete, se exhibe: ¿qué se da a entender, sino que debe ser perfecto quien es elegido, no solo en cuerpo, sino en mente? Pues cuando Dios habla a los hombres santos, es plena luz del día. El día tiene origen, y también tiene fin. Cerca del fin de los pecadores, reprende, diciendo: Adán, ¿dónde estás? (Génesis III, 2). Y porque ni los que comienzan bien, ni los que se adormecen en la buena obra deben ser promovidos, el predicador es enviado en la hora de la perfecta locución, cuando se exhibe tal que brille con plena luz de buena obra y resplandezca con pleno fulgor de verdad. También se describe que un hombre viene de la tierra de Benjamín. Hombre, ciertamente, se dice por la fortaleza de la obra; de la tierra de Benjamín, por la recta confesión de fe. Benjamín, en efecto, se dice hijo de la derecha. ¿Quién, pues, es llamado aquí hijo de la derecha, sino aquel de quien está escrito: Subió al cielo, está sentado a la derecha del Padre (Marcos XVI, 19)? La tierra de Benjamín es, por tanto, la santa Iglesia. Porque los herejes han sido expulsados de esta tierra, el rey viene de la tierra de Benjamín, cuando no está manchado por alguna herejía, sino que, siendo católico en la fe, asume el primado de la santa Iglesia. Quien disfruta del pregón del hombre, si es firme en la fe, es fuerte en la obra. Este, sin duda, es ungido como líder sobre el pueblo del Señor: porque los sacramentos exteriores benefician a aquellos sacerdotes que no son indignos de los dones de esos mismos sacramentos. O los sacerdotes son ungidos cuando, por el ministerio de quienes los ordenan, reciben incrementos de gracias espirituales. De donde sigue: Salvará a mi pueblo de la mano de los filisteos. Como ungidos pueden salvar a otros; porque han recibido más abundantemente las gracias espirituales. Pues quienes salvan al pueblo, son ungidos sobre el pueblo: porque quienes son ordenados por el Señor para gobernar a otros, reciben los dones espirituales de los carismas, con los cuales pueden serles útiles; y son superiores en méritos a aquellos a quienes preceden en orden. Y porque a menudo un buen pastor es elegido por el mérito de un buen pueblo, bien se añade:

(Vers. 16.) Porque he mirado a mi pueblo.

Asimismo, porque un buen pastor debe ser buscado del Señor con grandes plegarias, se añade:

(Vers. 16.) Ha llegado a mí su clamor.

42. Pero tal vez algunos se conmuevan, porque parece contrario lo que aquí se dice y lo que se decía anteriormente. Pues allí dice: No te han rechazado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos, según todas las obras que han hecho desde el día en que los saqué de la tierra de Egipto hasta el día de hoy (I Reyes VIII, 7). Ahora dice: Ungirás a él como líder sobre mi pueblo Israel, y salvará a mi pueblo de la mano de los filisteos: porque he mirado a mi pueblo: ha llegado a mí su clamor. Anteriormente, parece que el rey es ordenado como por un iracundo, ahora es ordenado como por uno piadoso y benigno. ¿Quién no ve cuánto disienten las palabras de esta benignidad de aquella sentencia que le fue impuesta por Samuel? Porque, dice, has rechazado la palabra del Señor, el Señor te ha rechazado para que no seas rey (I Reyes XV, 26). Esto ciertamente lo resolvemos rápidamente, si observamos sutilmente la fuerza de las palabras mismas. Pues todas estas palabras de la benignidad divina se atribuyen a los méritos del pueblo: Salvará a mi pueblo; y, he mirado a mi pueblo; y, su clamor ha llegado a mí. Por ellos, pues, se decreta que el rey sea ordenado, cuyo clamor es escuchado. Pues aunque por su futura maldad Saúl debía ser rechazado del reino, sin embargo, tenía en sí, mientras reinara, de qué manera podría ser útil al pueblo sometido a él. Ciertamente sería valiente en la guerra, elevado en mente. Tendría de qué caer él mismo y de qué sostener a otros. Por tanto, el Señor, previendo aquello de lo que podría ser útil a sus súbditos, dice: Salvará a mi pueblo de la mano de los filisteos; y, su clamor ha llegado a mí. Sin embargo, todavía parece muy contrario que se crea que escucha el clamor de su pueblo, que es reprendido por haberlo rechazado. A lo cual se debe responder: porque había en ese pueblo tanto reprobos como elegidos. Allí, pues, los reprobos son acusados de haber rechazado al Señor, aquí los deseos de los elegidos llegan a los oídos del Dios omnipotente. ¿Qué se debe concluir de esto, sino que a menudo es bueno para los elegidos que se ordenen malos gobernantes? No es, pues, de extrañar que Dios, como si se enojara por su rechazo, ordene un rey: porque esa misma dignidad del futuro rey era mala y buena. Mala, ciertamente, porque era soberbia: buena, porque era valiente en la defensa de los súbditos. Todo esto, también lo vemos suceder ahora en la santa Iglesia: porque a menudo asume su primado aquel que es útil a otros con la palabra, pero altivo en mente consigo mismo. Predicando virtudes, como si de pie destruyera vicios, pero al tener altos pensamientos de sí mismo, cae. Así, predicando salva al pueblo de Dios, pero al enorgullecerse se precipita. Como un rey poderoso con la palabra, aplasta a los adversarios ocultos del pueblo de Dios, pero por su altivez cae de la sublimidad del reino. No es, pues, por él mismo, sino solo por el pueblo que se constituye rey; cuando se permite que en la santa Iglesia presida aquel que, al predicar lo bueno, lo pisotea al enorgullecerse o vivir malvadamente.

43. En este lugar se debe notar que cuando en la santa Iglesia se elige un pastor, a veces se ordena por él mismo y por el pueblo; a veces ni por el pueblo ni por él mismo; a veces por él mismo, no por el pueblo; a veces, en verdad, por el pueblo, no por él mismo. Por él mismo y por el pueblo, cuando el predicador elegido es dado a los súbditos elegidos: porque de donde la multitud de los súbditos es conducida a la patria eterna, al buen pastor se le acumulan los dones de los méritos. Ni por él mismo, ni por el pueblo se da el pastor; cuando se permite que un pueblo reprobado tenga un pastor reprobado, cuando así él preside, así ellos obedecen, que ni él que enseña, ni ellos que son enseñados, merecen llegar a los bienes eternos. De los

cuales el Señor dice por Oseas: Les daré reyes en mi furor (Oseas XIII, 11). En el furor de Dios se da un rey, cuando se decreta que un peor presida sobre los malos. Tal pastor se da entonces, cuando se recibe un pueblo que debe ser gobernado de tal manera que juntos sean condenados a la pena eterna. Por él mismo, no por el pueblo se da el pastor, cuando un bueno es puesto sobre los malos; como el Señor dice a Ezequiel: Te envió a los hijos de Israel, a una nación apóstata, que se apartó de mí (Ezequiel III, 3). Por él mismo, en verdad, no por el pueblo se da el pastor, cuando aunque el predicador elegido no pueda convertir a sus oyentes a Dios, él mismo no pierde las ganancias eternas de su trabajo. Por el pueblo, no por él mismo; cuando a los buenos súbditos se les da un pastor que tiene dones con los cuales puede serles útil, pero no a sí mismo. Tales eran, de quienes el Señor manda a los discípulos, diciendo: Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen (Mateo XXIII, 3). Como si dijera: Lo que han recibido útil para vosotros, tomadlo de ellos como vuestro; y dejad en ellos como suyo lo que no tienen para vuestra ganancia, sino para su destrucción. Saúl, pues, es elegido, habiendo rechazado al Señor, y sin embargo se dice que liberará al pueblo del Señor de la mano de los filisteos, porque el Dios omnipotente a menudo beneficia a sus fieles buenos a través de aquellos prelados que no le agradan en el oficio de esa misma prelación. Sigue:

(Vers. 17.) Y cuando Samuel vio a Saúl, el Señor dijo: He aquí el hombre de quien te hablé, este dominará a mi pueblo.

44. Esto, pues, se hizo en el día siguiente, lo que el Señor prometió el día anterior, diciendo: Mañana a esta misma hora enviaré a ti un hombre de la tierra de Benjamín, y lo ungarás sobre mi pueblo Israel. Se ve, pues, en el segundo día, quien se promete en el primero: porque los predicadores de la santa Iglesia buscan las virtudes de los elegidos en su vida secreta. Aquellos que han de ser promovidos, mientras manifiestan buenas obras, prometen algo grande de sí mismos. Por tanto, en el primer día se promete el rey; porque los predicadores ven las grandes obras de los elegidos, y, como si el Señor hablara, reconocen interiormente a quienes quieren ordenar como rectores de la santa Iglesia. Samuel, pues, ve en el día siguiente, cuando el predicador ve al que ha de ser promovido en la gran luz de la conversación. Y entonces, como si el Señor lo indicara, reconoce al rey que ha de ser ordenado: porque ve digno de ser preferido a otros a aquel que sobresale en la alta cima de la santidad. Y porque los que son grandes en méritos, son pequeños por la humildad, sigue:

(Vers. 18.) Saúl se acercó a Samuel en medio de la puerta. Indica, te ruego, dónde está la casa del Vidente.

45. Si el predicador está entonces en la ciudad, cuando habla cosas claras y comunes que se entienden, ¿qué es la puerta de esta ciudad, sino la humildad? Pues el conocimiento de la palabra divina está oculto a los soberbios, revelado a los humildes. De donde también en el Evangelio habla al Padre, diciendo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños (Mateo XI, 25). Ciertamente llamó sabios a los soberbios y a los que tienen altos pensamientos de sí mismos, y pequeños a los humildes. De los cuales otra Escritura recuerda, diciendo: Dios resiste a los soberbios, da gracia a los humildes (I Pedro V, 5). Resiste, pues, a los soberbios, para que no entiendan los bienes eternos, pero da gracia a los pequeños, para que, revelando él mismo, conozcan esos mismos bienes eternos. Los elegidos, pues, porque llegan a la sentencia espiritual por la humildad, van a escuchar a los predicadores, como por la puerta. También el predicador elegido, porque dice las cosas espirituales humildemente, Samuel se encuentra con Saúl en la misma puerta. Pues ambos están como en la puerta, cuando lo que el predicador elegido dice es escuchado humildemente por otro elegido.

46. Pero quien había venido recientemente, había encontrado a quien buscaba, y no lo sabía. Por eso el mismo Saúl dice a Samuel: Indícame, te ruego, dónde está la casa del Vidente. Esto es propio de los grandes hombres, que son difíciles de reconocer por los pequeños. Son despreciados en la carne, pero sublimes en la mente. Desean aparecer despreciables externamente, pero no dejan de hacer cosas venerables. Porque desean mucho progresar por sus ejemplos, no solo los admiran en lo exterior, sino también en lo interior. Ven, pues, en ellos exteriormente lo que puede ser despreciado por los carnales, pero también atienden a lo que los hombres espirituales deben venerar con gran admiración. Mientras escuchan de ellos cosas sublimes por la fama, desean conocerlos en la altura de su conversación. Según la historia, pues, Saúl veía a Samuel, y no lo conocía; para que lo que en figura les sucedía a ellos, nos designara cosas espirituales a nosotros. Pues cuando somos pequeños, es como si viéramos a los hombres perfectos, mientras escuchamos sus virtudes de los que las refieren; pero a quienes vemos, no los conocemos, porque no podemos saber por experiencia lo que percibimos por el oído, lo que tenemos en los ojos del corazón. Cuando, pues, buscamos de ellos los secretos de su conversación para imitar, ciertamente los interrogamos como de su propia casa. La casa de ellos es su conversación. Esta casa deseaba conocer el discípulo de Juan, cuando preguntó al Señor, diciendo: Maestro, ¿dónde habitas? (Juan I, 38). Quien, ciertamente, porque había de ser llevado a su familiaridad, como doméstico, escuchó: Ven y ve. Esta casa vista Felipe no la conocía, a quien dice: Tanto tiempo he estado con vosotros y no me has conocido, Felipe, quien me ha visto, ha visto también a mi Padre (Juan XIV, 9). También está escrito del Señor que hablaba a Moisés como con su amigo; pero el mismo Moisés viendo y no conociendo, preguntaba, diciendo: Si he hallado gracia ante tus ojos, muéstrame tu rostro (Éxodo XXXIII, 13). Pero la conversación espiritual de los santos, porque no se revela sino a los devotos y suplicantes, Saúl de manera similar ruega que se le indique la casa de Samuel. También los santos predicadores, cuando escuchan grandes cosas de sí mismos, se rebajan por humildad, no se inflan. Saben mostrar a los que piden grandes cosas que imitar; saben no aparecer grandes entre las grandes cosas que muestran. Por lo cual se añade:

(Vers. 19.) Y Samuel respondió a Saúl, diciendo: Yo soy el Vidente. Pero sube delante de mí al lugar alto hoy, para que comas conmigo, y te dejaré ir por la mañana.

47. ¿Qué es decir: Yo soy el Vidente, sino mostrarse humilde como se veía a los ojos? Como si dijera: Tú tienes en tu estimación grande a quien buscas, pero es pequeño aquel a quien ves. Esto, pues, en la palabra Vidente, no se predica, sino yo. Como si dijera: Aquel Vidente es, yo: no lo que estimas, sino lo que ves. Pero quien sabe humillarse, sabe dar dones no de humilde, sino de sublime. Por lo cual también le manda subir delante de él al lugar alto, para que coma con él. Al lugar alto sube quien eleva su mente para conocer cosas más altas. Subir al lugar alto, en efecto, es preparar el corazón para entender cosas más altas. De donde también Pedro es llevado al monte, para que merezca ver la gloria del Redentor transformado (Mateo XVII, 1). En esa subida del monte, se expresa la preparación sublime de la mente: porque no podrá ver cosas altas quien no pone su ánimo en las cosas sublimes por intención. Porque, pues, entendemos mejor las cosas sublimes estando preparados, Saúl es mandado subir delante de Samuel al lugar alto. Como si subimos delante del predicador al lugar alto, cuando primero nosotros mismos dirigimos el ánimo a conocer cosas altas, y ellos después nos hablan de aquellas cosas a las que dirigimos nuestra intención. ¿Qué es, pues, lo que dice: Para que comas conmigo hoy? Pero cuando los santos predicadores hablan cosas celestiales, refuerzan los corazones de sus oyentes elegidos: pues testifica la verdad que el alimento del alma es la palabra de Dios, No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mateo IV, 4). El pan, en efecto, es alimento del cuerpo, la palabra de la mente.

Quienes, pues, alimentan el cuerpo sin la mente, están muertos en mente, vivos en carne. Por lo cual también Pablo dice de la viuda delicada: Viviendo está muerta (I Timoteo V, 6). Pues la viuda no moriría por las delicias de los alimentos, si saciara su alma con el alimento de la palabra de Dios, cuando el mismo Pablo dice: Nada es inmundo que se reciba con acción de gracias (I Timoteo IV, 4). Pero la viuda viviendo muere, cuando nutre el cuerpo con alimento, mata el alma con hambre (Mateo IV). No vive, pues, el hombre solo de pan: porque como el hombre consta de alma y cuerpo, así como vive de una manera por el cuerpo, también es necesario que cada uno sea nutrido con diferentes alimentos. Para que comamos, pues, subimos con el profeta, cuando elevamos la mente a las cosas altas de la palabra divina, para que nos saciemos con su sabor celestial por devoción.

48. Y porque esos predicadores aman profundamente las cosas celestiales de las que hablan, es como si comiéramos juntos cuando ellos, al hablar devotamente, expresan lo que nosotros, al escuchar devotamente, colocamos en el vientre del alma. Comemos juntos porque escuchamos la palabra de Dios al mismo tiempo. A los predicadores, la Verdad les dice: "No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mateo 10, 20). Esto también lo prueba Pablo cuando interroga a sus oyentes, diciendo: "¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí?" (2 Corintios 13, 3). Porque en los santos predicadores Cristo y su Espíritu hablan, esos predicadores escuchan con mayor claridad cuanto más cerca están de aquel cuya sede merecen ser. Por lo tanto, podrán ser más plenamente alimentados por la palabra cuanto más tengan ya dentro de sí la celda de la reconstitución. Son amigos del esposo, y están de pie, y se alegran por la voz del esposo. Cuando los santos predicadores hablan de cosas divinas, escuchan; pero porque saben con certeza cuándo el Espíritu habla en ellos, se escuchan a sí mismos, pero no en sí mismos, porque aunque ellos hablan, veneran a otro que habla en ellos. En lo que escuchan y hablan, alimentan y son alimentados. Alimentan a los oyentes cuando pronuncian la palabra con su voz; son alimentados ellos mismos cuando la palabra que pronuncian les es revelada divinamente. Sin embargo, se sacian más devotamente aquellos que, en la locución del Espíritu, han experimentado las delicias de la mente. ¿No es acaso experiencia del Espíritu hablante verse a sí mismos sin consejo y sin premeditación, y de repente estar aconsejados y preparados? ¿Saber lo que no sabían, tener lo que no tenían, perder la torpeza de la mente, de repente arder con una devoción maravillosa, llenarse de inmediato y en un momento con la plenitud del conocimiento, expresar con una elocuencia maravillosa lo que han comprendido? Por lo tanto, los predicadores elegidos tienen la experiencia del Espíritu que habla en ellos, en la repentina revelación de la verdad; tienen de repente el ardor de la caridad, tienen en la plenitud del conocimiento, tienen en la predicación elocuentísima de la palabra. Porque son instruidos de repente, y de repente arden, y en un momento se llenan, y son enriquecidos con el poder maravilloso de la elocuencia. De esa experiencia repentina, el Señor dice: "Se os dará en aquella hora lo que habéis de hablar" (Mateo 10, 19). De ese fervor repentino de la caridad, Cleofás dice: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros mientras nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras?" (Lucas 24, 32). De la experiencia de la plenitud y la elocuencia, Lucas recuerda, diciendo: "De repente vino del cielo un ruido como de un viento impetuoso que llenó toda la casa donde estaban sentados" (Hechos 2, 2). En el mismo Espíritu fueron llenos y hablaron, para que lo que afirmamos se manifestara: que al hablar, alimentan a otros, quienes al escuchar lo que dicen, son alimentados. Y porque conocen el sonido del Espíritu impetuoso, el ardor, o la locución, o la plenitud, tanto más dulcemente se deleitan en los dones espirituales cuanto más dignamente han sido llevados a su banquete. Dice, por tanto: "Sube para que comas conmigo hoy"; porque un buen maestro, al recibir dulcemente lo que dice en la devoción de la mente, se alimenta a sí mismo y a los que escuchan al mismo tiempo.

49. En cambio, los doctores reprobos, porque no aman lo que dicen, cuando alimentan a otros con la palabra, ayunan. Pues cuando el Señor dijo que la palabra de Dios es el alimento del alma, y la palabra de Dios en la mente es plena instrucción, plena devoción; no se alimentan de la palabra de Dios quienes no escuchan devotamente lo que hablan. El Apóstol, como ya lleno de esa dulzura de la palabra, dice: "De su plenitud todos hemos recibido" (Juan 1, 16). Una es la plenitud de la palabra, otra la del libro. De la plenitud de la palabra solo los elegidos pueden recibir, pero de la plenitud de la Escritura pueden recibir también los reprobos. El libro del bienaventurado apóstol Juan y el libro del bienaventurado apóstol Pablo son plenitudes que se tienen de ellos. Sus palabras, Pablo o Juan las escribieron, pero lo que cada uno escribió, la palabra hablante lo inspiró en ellos. Quien recibe la palabra de la Escritura, no en amor, sino en conocimiento, recibe de la plenitud, no de la palabra, sino del libro. Y porque recibe una cosa muerta, no vive en su recepción. Pero, ¿qué digo de la Escritura muerta? No solo está muerta, sino que mata. Pues está escrito: "La letra mata, pero el Espíritu vivifica" (2 Corintios 3, 6). Esto lo hace toda letra divina. Pues la letra es el cuerpo, y la vida de este cuerpo es el Espíritu. Recibe, pues, un cuerpo vivificado y vivificante quien lee la letra y refresca su mente en el amor de la inteligencia. Los reprobos, por tanto, que escudriñan las Escrituras que no aman, que audazmente hablan exteriormente de lo que no comprenden interiormente; mientras otros perciben con mente devota la reconstitución de las Escrituras que exponen, es como si de lo que ellos dan, otros se sacian, no ellos. Que Samuel diga, por tanto: "Sube para que comas conmigo hoy"; porque de lo que los doctores elegidos dan a sus súbditos de la palabra, escuchan juntos y se sacian juntos. He aquí que en la misma palabra que decimos, se demuestra. Pues, ¿quién duda de que esta Escritura que exponemos la escribió Samuel? Y sin embargo, él mismo, que escribió, dice: "Respondió Samuel"; para mostrar ciertamente que lo que él escribía, otro lo impartía. Porque el Espíritu Santo, que habla por él, dice de él: "Respondió Samuel a Saúl: Sube delante de mí al lugar alto para que comas conmigo hoy". Esto dice, lo que escucha; y al mismo tiempo escucha y dice. Por tanto, cuando el predicador elegido escucha y habla con gran veneración de amor, los buenos oyentes reciben con gran devoción lo que se dice; Saúl y Samuel se dice que comen juntos en el lugar alto. Además, porque los predicadores son más dignos y fervorosos que los oyentes en la reconstitución de la misma palabra; no se afirma que Samuel coma con Saúl, sino que Saúl coma con Samuel. Y porque una instrucción tan espléndida de la mente está en la gran luz de la vida espiritual, no dice: "Para que comas conmigo esta noche", sino "hoy". A quien también despide por la mañana. La mañana dice el inicio del día siguiente. El día siguiente es la luz serena de la santa conversación. Dice, por tanto:

(Vers. 19.) "Te dejaré ir por la mañana".

50. Por la mañana se deja ir del lugar alto, quien, al avanzar hacia la luz de un conocimiento más elevado, se propone permanecer en la gran luz de la buena obra. O se deja ir por la mañana, quien se propone predicar a otros la palabra de gran conocimiento que aprendió de la boca del predicador. Pues cuando proponemos cosas buenas, es como si estuviéramos en la mañana al inicio del día; porque ya comenzamos a ver la claridad del bien que seguimos. Pero esta mañana crece hasta el pleno día, cuando quien se propuso hacer grandes cosas buenas o predicar las altas alegrías de la eternidad, lo que propuso, lo exhibe en la gran luz de la virtud. Por la mañana, por tanto, Saúl se deja ir del lugar alto; porque los oyentes de los buenos predicadores no tardan en practicar sublimemente lo que escuchan de ellos de manera sublime. Pero los hombres elegidos saben tanto ocultar como manifestar los bienes que tienen. Los ocultan para que no perezcan por la soberbia, pero para que no permanezcan

infructuosos, los manifiestan. Cuando los ocultan, entonces los guardan; pero cuando los manifiestan, producen fruto. Pues sigue:

(Vers. 19, 20.) "Y te revelaré todo lo que hay en tu corazón; y de las asnas que perdiste hace tres días, no te preocupes, porque han sido halladas".

51. Cómo los predicadores deben esforzarse por ocultarse, se muestra arriba en la palabra de Samuel, donde se dice: "Yo soy el vidente". Pero ahora que dice: "Te revelaré todo lo que hay en tu corazón", ¿qué otra cosa entendemos sino que a menudo los hombres santos ocultan y manifiestan las virtudes que tienen? Pero, como dije, las ocultan para que no parezcan grandes en grandes virtudes; las manifiestan para que los elegidos las imiten. Por lo tanto, afirman poseer la palabra de sabiduría o el espíritu de profecía, no para ser venerados, sino para ser escuchados. Por eso el salmista, insinuando que tiene la gracia de la palabra, dice: "He entendido más que todos mis maestros" (Salmo 118, 99). Ciertamente confiado en la pericia del espíritu, nos invita confiadamente, diciendo: "Venid, hijos, escuchadme, os enseñaré el temor del Señor" (Salmo 34, 11). El profeta Miqueas afirmaba de sí mismo, diciendo: "Ojalá no fuera un hombre que tiene espíritu, y más bien hablara mentira" (Miqueas 2, 11). De ahí que Eliseo diga de Naamán el sirio: "Que venga a mí, y sabrá que hay profeta en Israel" (2 Reyes 5, 8). De ahí que Pablo diga: "Son hebreos, y yo también; son descendencia de Abraham, y yo también; son ministros de Cristo, y yo, como insensato digo, más yo" (2 Corintios 11, 22-23). En cambio, Amós dice: "No soy profeta, sino un pastor que recoge sicómoros" (Amós 7, 14). De ahí que también Pablo, cuando quiere ocultarse para su custodia, dice: "No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios" (1 Corintios 15, 9). De ahí que Juan el Bautista, interrogado, diga: "No soy profeta" (Juan 1, 21). No era, pues, para la soberbia, pero era profeta y más que profeta para el ministerio. Samuel, por tanto, para guardarse, dice: "Yo soy el vidente"; y para exhibirse para el lucro, dice: "Te revelaré todo". Si alguien quiere, puede entenderlo de la misma manera; porque cuando dice: "Yo soy el vidente", si se afirma vidente, lo dice para compartir el bien que tiene con los elegidos. Para probar, por tanto, lo que afirma, añade subsecuentemente: "Te revelaré todo". Lo que hacen los doctores de la santa Iglesia; porque al contemplar las virtudes de las mentes, y los vicios; saben claramente cómo curar los vicios y promover las virtudes. Por lo tanto, revela todo lo que hay en el corazón, cuando digna de exponer con la enseñanza manifiesta el camino de la virtud que el buen oyente desea seguir. Si es grande, y ha dispuesto no solo hacer el bien, sino también predicarlo. Los predicadores revelan todo lo que hay en su corazón cuando abren a sus mentes todo lo que desean de la doctrina. Porque al que le habla, le significa a aquel que se esfuerza por los beneficios de la predicación, añade y dice: "Y de las asnas que perdiste hace tres días, no te preocupes, porque han sido halladas".

52. Esto se ha expuesto anteriormente en la persona de Saúl, cómo conviene a los predicadores inexpertos. Pues pierde las asnas quien no logra llevar a penitencia a los pecadores a quienes ofreció la palabra de vida. Las encontraría, ciertamente, si aquellos que se ocultaron en la noche de la depravación regresaran a la luz de la justicia, en la que los hombres podrían ser encontrados. ¿Por qué, entonces, dice: "Han sido halladas", sino porque a menudo los hombres eminentes consideran que el bien de la salvación puede encontrarse fácilmente en aquellos de cuya vida los inexpertos desesperan? Pues también los médicos expertos en cuerpos a menudo presumen curar a aquellos de cuya salud los inexpertos no pueden presumir. Así, ciertamente, también los pecadores son llevados a la penitencia y satisfacción por los doctores eruditos, quienes no pudieron ser llevados por el ministerio de los inexpertos. Porque, por tanto, tanto por la predicación como por el ejemplo de los perfectos, aquellos regresan al Señor en penitencia, quienes no pudieron ser convertidos por el ministerio de otros; bien dice Samuel que las asnas han sido halladas, que Saúl no pudo

encontrar. Esto también puede entenderse en cuanto al progreso del rector ordenado. Como si dijera: Mientras progresas en erudición y vida, también podrás ganar para el Señor a aquellos que aún no has podido. Tan cierta es la virtud del progreso, que sus frutos, que aún no son constantes en la realidad, son constantes en la certeza de la esperanza. Y porque con estas palabras se invita a soportar los trabajos de la santa predicación, expone qué ganancias de recompensa debe esperar, diciendo:

(Vers. 20.) "¿Y para quién serán las mejores cosas de Israel, sino para ti y para toda la casa de tu padre?"

53. Israel, que se dice, viendo a Dios, ¿a quién más correctamente significa en este lugar que a esa bienaventurada sociedad de ciudadanos eternos, que han llegado a la visión eterna del Dios omnipotente desde el trabajo de esta vida? ¿Cuáles son, por tanto, las mejores cosas de Israel, sino los dones de la retribución eterna? Pablo ciertamente dice: "Cada uno recibirá su recompensa según su trabajo" (1 Corintios 3, 8). De ahí que también diga: "Una es la gloria del sol, otra la de la luna, y otra la de las estrellas. Porque una estrella difiere de otra en gloria" (1 Corintios 15, 41). Por lo tanto, las retribuciones y premios de todos los fieles son los bienes de Israel. Pero porque la recompensa de los predicadores elegidos es la más alta, las mejores cosas de Israel son de ellos. De estas mejores cosas de Israel, el Señor promete a su siervo fiel, diciendo: "En verdad os digo que lo pondrá sobre todos sus bienes" (Mateo 24, 47). Porque quien no es puesto sobre todos, sino sobre todo, se declara que no solo tiene los bienes de Israel, sino también los mejores. Que Samuel diga, por tanto: "¿Y para quién serán las mejores cosas de Israel, sino para ti y para toda la casa de tu padre?" Como si dijera: Y si el trabajo de la predicación es grande, tanto más devotamente debe ser llevado cuanto mayores son las ganancias de la recompensa. Por lo tanto, el doctor de la santa Iglesia debe considerar con mente solícita: porque no solo los bienes de Israel, sino también sus mejores cosas son de él, para que siempre actúe de manera más grande y excelente, quien espera cosas tan altas y óptimas. Estas cosas tan altas, no se deben al orden más alto, sino al trabajo más alto. Pues el doctor ilustre no dijo: "Cada uno recibirá su recompensa según su dignidad", sino "según su trabajo". Por lo tanto, cuando se refieren las mejores cosas de la vida eterna a los predicadores, se les impone un gran trabajo en esta vida: porque ciertamente no puede tener cosas mejores que los demás quien no se esfuerza por ser mejor. Y porque esto es común a todos los predicadores de la santa Iglesia, no solo a Saúl, sino a toda la casa de su padre se refieren las mejores cosas de Israel. Pues como los hijos nacen del padre, cuando en el orden de los predicadores se subrogan otros nuevos, resplandecientes con la misma nobleza de santidad. La casa del predicador es también su conversación espiritual. Por lo tanto, toda la casa de su padre tiene las mejores cosas de Israel: porque dondequiera que esté la conversación sacerdotal, ciertamente está allí, y es tan alta que por la altura del mérito, en la vida eterna sus retribuciones son las mejores. Por lo tanto, en esto se deben mirar sutilmente los predicadores: porque no solo para ellos, sino para toda su casa son las mejores cosas de Israel: porque si salen de la casa, no tendrán las mejores cosas. Pues si solo mantienen la sublimidad de la predicación, no tendrán las mejores cosas: porque no mantienen la altura de la vida. Pero cada elegido, mientras escucha grandes cosas de sí mismo, trae a la memoria sus debilidades, para guardarse de la soberbia, para no perder los bienes que tiene. Por lo que se añade:

(Vers. 21.) "Respondiendo Saúl, dijo: ¿No soy yo hijo de Jemini, de la más pequeña tribu de Israel, y mi familia la más insignificante entre todas las familias de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, entonces, me has hablado de esta manera?"

54. Como si dijera: ¿Por qué me atribuyes cosas tan grandes, siendo yo nada? Pues es hijo de Jemini quien imita a los negligentes en el cuidado de sí mismo y en el ejemplo del prójimo. Jemini es, porque mientras descuida el cuidado de sí mismo, no ofrece ejemplos de buena obra a otros. Por lo tanto, quien imita a tales, se dice hijo de Jemini. Quien se dice ser de la más pequeña tribu de Israel: porque el último orden de la santa Iglesia es el de los conversos pecadores. Con razón, por tanto, quien confiesa ser pecador, se dice ser de la más pequeña tribu de Israel. De quien también se dice que su familia es la más insignificante entre las demás: porque según la voz de la Verdad: "Quien quebranta el más pequeño mandamiento, es el más pequeño en el reino de los cielos" (Mateo 5, 19). Benjamín se dice hijo de la diestra. Con esta denominación se designa al pueblo de la santa Iglesia: que mientras nace en la fe del Redentor, se prepara para los bienes de la patria celestial a través de las buenas obras. La diestra de Dios es esa fortaleza de la vida eterna. Las familias de la tribu de Benjamín son las diversas conversaciones de los elegidos. Pues así como de un solo principio de generación vienen diversas familias: cuando de un solo origen de la fe ortodoxa, surgen muchas conversaciones de los fieles. Por lo tanto, los hombres santos, cuando se humillan a sí mismos, porque confiesan ser pecadores, y sin embargo creen rectamente en Dios, se afirman a sí mismos como hijos de Jemini y de la más insignificante familia de Israel. Pero porque cuanto más se humillan, según la voz de la Verdad, más se exaltan (Lucas 14, 10-11), sigue:

(Vers. 22.) "Tomando entonces Samuel a Saúl y a su criado, los introdujo en el comedor, y les dio un lugar en la cabecera de los que habían sido invitados".

55. Samuel asume a Saúl cuando el predicador de la santa Iglesia revela su alta predicación al oyente elegido. Se asume al súbdito cuando, a través de la palabra del maestro, se eleva al conocimiento celestial. Y porque no desea conocer las cosas espirituales con una intención carnal, no solo asume a Saúl, sino también a su siervo. Es como si, sin el siervo, hubiera permanecido en lo bajo, quien decía: "Mi corazón me ha abandonado" (Salmo 37, 11). Nuestro corazón nos abandona cuando somos vencidos por las concupiscencias carnales, poniendo la intención del corazón en lo terrenal, carnal y corporal, y no en lo celestial y espiritual. Encontró a este siervo perdido quien decía: "Tu siervo ha encontrado su corazón" (2 Samuel 7, 27). Encontramos nuestro corazón cuando buscamos lo espiritual con la intención del corazón; cuando lo apartamos de lo terrenal para dirigirlo a lo celestial. Por tanto, el predicador elegido no impone cosas fuertes ni revela lo espiritual a aquellos que aún son carnales. Pues Pablo también dice a los corintios: "No pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo; os di leche para beber, no alimento sólido" (1 Corintios 3, 1). Es como si dijera con estas palabras: No os llevé a lo alto porque no teníais el sentido espiritual con vosotros, como Saúl no tenía a su siervo. Por eso, insinuando la causa, dice: "Porque aún sois carnales". Bien se dice, entonces, que Samuel asumió a Saúl y a su siervo, porque los doctores de la santa Iglesia imponen cosas fuertes y revelan cosas altas a aquellos que consideran espirituales. También son introducidos en el comedor, porque se les muestra la amplitud de la caridad. Pues, como se coloca en el comedor, quien, por lo que ha aprendido en lo alto, permanece en la amplitud de la caridad. O ciertamente, nuestra entrada al comedor es el amor; el comedor es la belleza de la vida espiritual. De donde Juan dice: "Quien no ama, permanece en la muerte" (1 Juan 3, 14). Si quien no ama permanece en la muerte, quien ama permanece en la vida. Por tanto, somos introducidos en el comedor cuando nos elevamos al afecto de la conversación celestial por el afecto de la caridad. En esta amplitud de la mansión, los santos predicadores obtienen un lugar superior, porque el bienaventurado Juan Evangelista dice: "Y alrededor del trono había veinticuatro tronos, y sobre los tronos veinticuatro ancianos" (Apocalipsis 4, 4). Los ancianos son predicadores santos, maduros en sentido, graves en costumbres, que rodean el trono de Dios con tronos

cercanos: porque quienes aman al Creador más que a los demás, descansan más cerca de Él por su altísima conversación. Bien, entonces, Saúl con su siervo obtiene un lugar en la cabeza de aquellos que habían sido invitados; porque en ellos se muestra el tipo de pastores que deben ser elegidos. En la cabeza, ciertamente, se coloca al rector cuando, por la fuerza de un gran amor, recibe el propósito singular de la vida celestial; cuando mantiene la fe católica común con los demás, pero una virtud sublime por encima de los demás. De donde también sigue:

(Vers. 22.) "Porque eran como treinta hombres."

56. Tres veces diez hacen treinta. El número tres insinúa la fe en la santa e indivisa Trinidad. El número diez, a través de los diez mandamientos de la ley, designa la perfección de la buena obra. Por tanto, el número treinta designa a aquellos que mantienen la fe que obra por el amor. Saúl es puesto a la cabeza de estos cuando, por la gracia divina, quien será pastor de la Iglesia se hace más sublime en mérito, a quienes debe ser superior en dignidad. Samuel le otorga este lugar sublime: porque quien merece tal altura de vida, progresa hacia ella por la instrucción de los mayores. A quien, porque ya se le muestran grandes cosas que debe hacer, y no pequeñas, se le añade:

(Vers. 23, 24.) "Samuel dijo al cocinero: Da la porción que te di y te ordené que apartaras. Entonces el cocinero tomó el brazo y lo puso delante de Saúl. Y Samuel dijo: He aquí lo que ha quedado, ponlo delante de ti y come, porque se ha reservado para ti cuando llamé al pueblo: y Saúl comió con Samuel aquel día."

57. ¿Qué se significa en el brazo del pecho sino la fortaleza de la acción? Que es dada por Samuel el cocinero cuando los predicadores supremos la demuestran a los menores. Los sacerdotes son cocineros: porque cuando hablan a los fieles elegidos con el fervor del espíritu, cocinan los alimentos de la mente como por fuego. Pero la porción que se da se dice que está puesta aparte: porque la fortaleza de la buena obra en el predicador debe ser singular. Que la pone delante de Saúl cuando ordena al pastor de la santa Iglesia considerar cuánta fortaleza debe tener. Pero también de lo que el cocinero puso, Samuel dice a Saúl: "He aquí lo que ha quedado, ponlo delante de ti." Ha quedado, porque no todo lo nuestro lo ha cumplido Cristo; por su cruz nos redimió a todos, pero queda que quien se esfuerza por ser redimido y reinar con Él, sea crucificado. Esto ciertamente lo vio quien decía: "Si sufrimos con Él, también reinaremos con Él" (2 Timoteo 2, 12). Como si dijera: Lo que Cristo cumplió no vale, a menos que quien lo que queda lo complete. De aquí que el bienaventurado apóstol Pedro dice: "Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas" (1 Pedro 2, 21). De aquí que Pablo dice: "Completo en mi carne lo que falta a las aflicciones de Cristo" (Colosenses 1, 24).

58. Pero es de notar que el cocinero puso el brazo delante de Saúl, y sin embargo Samuel le ordena a Saúl que lo ponga delante de sí. ¿Qué es esto? Pero el servidor suele poner el plato delante de los comensales en la mesa: lo que, cuando quien está sentado lo acerca a sí, lo pone más cerca de sí, lo que estaba un poco más lejos delante de sí. Por tanto, el cocinero pone el brazo delante de Saúl, Samuel le ordena a Saúl que lo ponga delante de sí: porque lo que se le encomienda al nuevo predicador sobre la fortaleza de la buena obra, debe acercarlo a sí mismo por el estudio de la consideración. Lo que también, después de haberlo acercado a sí, come: porque dispone hacer lo que ha considerado durante mucho tiempo. Comer el brazo es guardar en la mente lo que se ordena exteriormente sobre la acción fuerte. Como si aconsejara a cada elegido poner el brazo delante de sí y comer, quien decía: "Si te sientas a la mesa de un poderoso, observa sabiamente lo que se te pone delante: porque debes preparar

cosas semejantes" (Proverbios 23, 1). En la mesa del poderoso designó la virtud del brazo. Y cuando dijo: "Observa sabiamente lo que se te pone delante," enseñó a poner el brazo delante de sí a quien se lo dijo. Pero insinuó que debía comerlo porque dijo: "Debes preparar cosas semejantes." Preparando cosas semejantes, comemos; porque cuando proponemos hacer las cosas fuertes que escuchamos, como comiendo, guardamos en el vientre del corazón los alimentos de la vida. Pero el vaso de elección ordena a los sumos doctores bajo la instrucción de un solo discípulo, diciendo: "No impongas las manos a nadie con ligereza" (1 Timoteo 5, 22). Porque deben ser elegidos con gran deliberación de consejo quienes han de ser elevados a la cumbre, se añade apropiadamente: "Porque se ha reservado para ti cuando llamé al pueblo." Como si dijera: Pon delante de ti lo que antes de que se te pusiera, yo puse delante de mí; considera lo que yo consideraré. Porque la porción del brazo se reserva con intención; porque la acción más fuerte del predicador se le encomienda bien a quien los hombres supremos, con gran consideración, juzgan digno de tan gran ministerio. Esta porción se reservó con intención cuando se llama al pueblo; porque cuando los fieles súbditos vienen a recibir el ministerio de la predicación, a los buenos predicadores no se les encomiendan cosas débiles a los débiles, sino cosas fuertes a los fuertes. Pero quienes progresan bien, en su conversación sublime, ante todo se esfuerzan por mantener el bien de la obediencia. Bien, por tanto, se añade: "Y Saúl comió con Samuel aquel día." Como ya he dicho, para el doctor que progresa, comer es prepararse para hacer lo que se le ordena sobre la virtud. Bien se dice que comió con Samuel; porque cuando los que vienen recientemente proponen hacer grandes cosas, en la virtud de la buena obra se vuelven más fervorosos los hombres supremos. También puede señalarse en esta comida aquella de la que prometió anteriormente, diciendo: "Sube delante de mí para que comas conmigo hoy." Por tanto, Saúl comió con Samuel; porque cuando el predicador escucha internamente la suavidad celestial de la palabra de Dios, lo que, al hablar él, los súbditos escuchan externamente, ciertamente se sacian de la divina refección. Sigue:

(Vers. 25.) "Y descendieron del lugar alto a la ciudad, y Samuel habló con Saúl en el terrado. Y Saúl se acostó en el terrado y durmió."

59. Cualquiera que es asumido a la altura del cuidado pastoral, en la misma sublimidad de su orden debe tener tanto la altura de su propia vida como la compasión por la debilidad ajena. Por tanto, que Saúl suba con Samuel, que descienda a la ciudad. Que el rector sepa lo que hace en lo alto: que sepa lo que dispone en lo común. Que diga con Pablo: "Nuestra conversación está en los cielos" (Filipenses 3, 20): que diga con nosotros: "¡Desdichado de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Veo otra ley que se opone a la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado" (Romanos 7, 24). El rector está en lo alto cuando habla sabiduría entre los perfectos. Cuando dispone lo carnal, desciende a la ciudad, diciendo: "Por causa de la fornicación, cada uno tenga su propia esposa, y cada mujer tenga su propio marido: el marido pague a la esposa lo que le debe, y la esposa al marido de igual manera" (1 Corintios 7, 2). Está en lo alto cuando dice: "Ninguna criatura podrá separarnos del amor de Cristo" (Romanos 8, 39). Desciende a la ciudad cuando, hablando, dice: "Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles: me he hecho todo para todos, para salvar a todos" (1 Corintios 9, 22). Por tanto, Samuel llevó a Saúl al lugar alto y lo depositó en la ciudad: porque los hombres supremos, cuando ordenan el culmen de la santa Iglesia, enseñan a aquellos que colocan en ese culmen a vivir sublimemente, a predicar lo llano, a ser rígidos consigo mismos, pero templados con los súbditos: a atender a su propia salvación, de modo que puedan debilitarse con los débiles: debilitarse, digo, por el afecto de la mente, no por la enfermedad de la debilidad interna. Pues si el doctor yace por la debilidad de la mente, no puede curar a los enfermos ni levantar a los caídos. Bien, por tanto, se dice que Saúl

descendió con Samuel a la ciudad y que hablaron en el terrado. La ciudad está en lo llano, pero el terrado está en lo alto. También el terrado es llano en lo alto, pero no es llano, sino alto, en la ciudad. Así, ciertamente, los predicadores elegidos, cuando compadecen a los miembros menores, como si abandonaran lo alto: pero descendiendo a la ciudad, están en el terrado; porque vienen de lo alto, pero asumen la debilidad de los súbditos compadeciendo y aconsejando, no actuando y debilitándose. Compadeciendo a los débiles, ordenan tomar esposa, pero no toman esposa debilitándose. Por tanto, descendiendo a la ciudad, están en el terrado; porque aunque ordenan lo llano, no retienen en sí mismos lo débil. Porque no se dice que Samuel esté en el terrado, sino que habla con Saúl, esto ciertamente significa que el futuro doctor debe ser enseñado a compadecer a los súbditos débiles, pero él mismo debe mantener la alta conversación.

60. Y porque el nuevo predicador necesita mucha consideración para hacer estas cosas, se dice que Saúl se acostó y durmió en el terrado. Dormir en el terrado para el nuevo predicador es disponer en su alta consideración cómo debe llevar las cargas de los súbditos. Pues si está despierto a la intención del mundo, ciertamente hace esto, que no busca el bien de tanta discreción en lo íntimo. Por tanto, debe dormir para no pensar en cosas mundanas: porque oprimido por las cosas mundanas, nunca podrá disponer bien las cosas espirituales. Pero tampoco podrá dormir quien no se acuesta: porque ciertamente si no piensa en los ejemplos o palabras de los buenos, es imposible que descansa de las cosas exteriores. Como si nos pudiéramos cosas blandas debajo, cuando pensamos en la doctrina o vida de los elegidos. También dormimos en esos mismos lechos: porque podemos descansar bien en la consideración cuando estamos ocupados en cosas espirituales. Por tanto, que diga: "Porque Saúl se acostó y durmió," para insinuar a la mente elegida: porque si se ocupa negligentemente en las cosas exteriores, no adquiere la gracia de la quietud interior. Pero quien desea disponer bien las cosas espirituales considerando, hasta que las ordene perfectamente en su interior, no debe despertar a las cosas exteriores. Por tanto, se añade apropiadamente:

(Vers. 26.) "Y cuando se levantaron por la mañana, y ya amanecía, Samuel llamó a Saúl en el terrado, diciendo: Levántate, y te dejaré ir."

61. Ciertamente amanece cuando el esplendor de la verdad se abre a la mente tranquila. Pues la mente humana, oscura por la ignorancia y luminosa por la iluminación de la verdad, se hace clara. Por tanto, ignorante, está en la noche; cuando se ilumina, está en el día. Se levanta por la mañana quien duerme de noche: cuando se levanta para hacer lo que ha ordenado por la consideración. Y porque se trataba del asunto de ordenar al rey, se dice que ambos se levantaron. Ciertamente se levanta el sumo predicador para ordenar a su oyente al ministerio de esa misma predicación. Se levanta quien ha de ser ordenado para no esperar que un orden tan sublime deba ser recibido con el afecto del corazón. Ciertamente se levantan juntos, porque se da un oficio sublime, se recibe un oficio sublime. En este lugar hay que notar otra cosa: porque ambos se levantaron primero, luego Samuel llamó a Saúl, diciendo: "Levántate, y te dejaré ir." Pero si ambos se levantaron a la historia, a Saúl, porque se le ordena levantarse, se le advierte que se prepare para la obra. Porque tanto los sumos sacerdotes como aquel que es asumido al orden de la predicación consideran atentamente la carga de tal ministerio, como si durmieran juntos, se levantan juntos. Pero quien ha de ser ordenado recientemente, levantándose del sueño, se le ordena levantarse de nuevo para la obra: porque aunque ha estudiado meditando la altura del orden, debe alcanzar sin embargo por el mérito de la conversación. Por tanto, se le ordena levantarse, para que proponga igualar con méritos el orden sublime que deliberó asumir. De donde también se le llama en el terrado: porque se le ordena esforzarse por lo alto. Quien también dice: "Y te dejaré ir." Ciertamente se levanta

para ser dejado ir: porque quien podrá ser libre en el ministerio de la predicación es quien ha crecido en la altitud de la gran conversación. Ciertamente se levantó quien se había levantado: porque quien aprendió considerando la altitud de la dignidad, en esa misma altitud de la dignidad se cuidó de erigirse por la sublimidad de la vida. De donde también se añade:

(Vers. 26.) "Y Saúl se levantó."

Luego se añade:

(Vers. 26.) "Y salieron ambos; él, a saber, y Samuel."

62. El pastor sale cuando viene del secreto de la meditación al público de la obra. Pues cuando dispone lo que quiere hacer, está dentro: pero cuando hace fuera lo que ha pensado, como si saliera. También salió Saúl, porque en la dignidad exterior, quien es promovido, recibe lo que, si debía ser recibido, lo pensó durante mucho tiempo. Por tanto, se dice que ambos salieron, porque ambos estuvieron dentro: mientras aquel preveía con mente solícita qué o a quién dar; aquel también pensaba atentamente qué clase de persona era quien percibiría cosas tan altas. Porque el ministerio de la santa predicación debe ser dado y recibido con suma discreción, cuando se unge al rey de Israel, tanto el rey como el profeta que lo ungirá, se dice que salieron. Sin embargo, muchos códices tienen: "Y cuando se levantaron por la mañana, antes de que amaneciera:" lo que ciertamente puede entenderse convenientemente. Es de mañana, antes de que amanezca, cuando de algún modo comienza a aspirar el día, y sin embargo no es plena la luz del día. Pero los predicadores de la santa Iglesia, cuando consideran la buena conversación de aquellos que disponen ordenar, como si fuera de mañana. Pero porque no pueden conocer su futuro, es de mañana, pero antes de que amanezca. Lo que bien se dice en su ordenación, quien después se recuerda que desagradó al Dios omnipotente. Como si de mañana, antes de que amaneciera, el profeta viera a aquel que le apareció en la luz de la buena conversación. Pero aún no era la plena claridad del día, porque no podía ver en él las futuras tinieblas a través de la presente luz del conocimiento. Lo que ciertamente se hace tantas veces en la santa Iglesia, cuantas veces son buenos quienes son elegidos en el presente, pero no perseverarán en ese mismo bien. Como si de mañana, y antes de la luz, saliera quien muestra la luz de la buena obra presente, oculta la oscuridad de la vida futura. Pero lo que se hizo al respecto, sigue:

(Vers. 27, seq.) "Y cuando descendieron a la parte extrema de la ciudad, Samuel dijo a Saúl: Di al siervo que nos preceda y pase: pero tú detente un poco, para que te declare la palabra del Señor. Entonces Samuel tomó una ampolla de aceite y la derramó sobre su cabeza, y lo besó."

63. ¿Qué significa que el rey es llevado a la parte extrema de la ciudad y ungido? Pero la parte extrema de la ciudad es la última parte del pueblo sujeto. Por tanto, quienes ocupan el último lugar en la santa Iglesia, como si estuvieran en la parte extrema de la ciudad. Pero en la última parte de la misma Iglesia, los pecadores convertidos parecen estar. Pues los justos están en la parte superior o primera. O tal vez el primer lugar lo ocupa la virginidad, el segundo la continencia, el tercero la vida conyugal, el último la conversión de los pecadores. Por tanto, en la parte extrema de la ciudad se unge al rey: porque se ordena al rector de la santa Iglesia por los pecadores, no por los justos. De aquí que la Verdad dice por sí misma: "No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento" (Mateo 9, 13). De aquí que dice de nuevo: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos" (Ibid., 13).

64. Pero hemos dicho que el niño de Saúl designa el sentido espiritual. ¿Qué significa, entonces, que se le ordene preceder y pasar delante de Samuel? El niño precede cuando se actúa según lo que el sentido espiritual nos sugiere, no según lo que el impulso carnal ordena. Pero a algunos precede y pasa, a otros precede y no pasa. No pasa, en efecto, precediendo al niño arrogantes, pasa a los humildes: pues mientras los arrogantes realizan grandes y espirituales acciones, son grandes a sus propios ojos. Es como si llevaran consigo al niño, a quien siguen, y en las cosas espirituales que realizan, se glorían de ser espirituales. A estos, ciertamente, el profeta reprocha, diciendo: "¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos, y prudentes ante sí mismos!" (Isaías 5, 21). Los elegidos, por tanto, en todo lo que hacen, se preocupan de ser espirituales, pero evitan considerarse espirituales. Son grandes por mérito, humildes en estimación: porque siempre realizan grandes cosas, pero en esas mismas grandes cosas nunca se ven grandes. Así, pues, hacen que el niño, a quien envían adelante, pase, cuando tienen presente el sentido espiritual en la obra, pero lejos de la estimación. ¿Qué significa, además, que se le ordene detenerse un poco para que se le indique la palabra del Señor? Pero se detiene un poco, habiendo enviado al niño, quien por un momento se sustrae a su propio juicio y hace la voluntad ajena. Hace, por tanto, que el niño pase y se detiene un poco, quien, por mandato de un superior, abandona incluso aquellas cosas que considera espirituales: las abandona para poder realizar convenientemente lo que se le encomienda. Esto ciertamente conviene al predicador ordenado: pues mientras considera el peso del cuidado pastoral y su propia debilidad, el espíritu que le precede le dice: porque un peso tan grande, siendo tan débil, lo asume indignamente. Por tanto, no solo debe dejarlo, sino hacer que el niño pase: para que no siga su propio juicio, sino que acepte lo que se le decreta por la previsión de alguien mejor. Y de quien se detiene, se añade inmediatamente.

CAPÍTULO V.

(1 Samuel 10, 1) Samuel tomó entonces una ampolla de aceite y la derramó sobre su cabeza.

1. Esto, ciertamente, se expresa con esta unción, que ahora también se exhibe materialmente en la santa Iglesia: porque quien es puesto en la cumbre, recibe los sacramentos de la unción. Y como la unción misma es un sacramento, quien es promovido, bien es ungido exteriormente, si interiormente se fortalece con la virtud del sacramento. Veamos, pues, con atención las virtudes del aceite. El aceite, en efecto, se eleva sobre otros líquidos, el aceite alimenta el fuego, el aceite suele curar las heridas. Por ello, significa el bien de la misericordia, porque está escrito del Señor: "Sus misericordias están sobre todas sus obras" (Salmo 144, 9). Porque alimenta el fuego, designa la gracia de la predicación, que ilumina las mentes de los elegidos. Y porque las heridas se curan con aceite, esto insinúa que deben limpiarse las heridas de los pecados. Sea ungida, pues, la cabeza del rey, porque la mente del doctor debe llenarse de gracia espiritual. Que tenga en su unción aceite, que tenga abundante misericordia, que se prefiera a otras virtudes. Que tenga aceite, para que, mientras nutre en sí el ardor del Espíritu Santo, pueda iluminar intensamente a otros con la palabra. Que tenga, no obstante, aceite de medicina, para que disponga sabiamente cómo limpiar los olores de los pecados y devolver la salud a las mentes enfermas. Pero la ampolla de Saúl es ungida, no para prefigurar la doctrina, sino para expresar lo futuro. La ampolla es, en efecto, un vaso pequeño: ¿qué significa, entonces, que Saúl sea ungido con una ampolla de aceite, sino que al final es reprobado? Pues porque después no quiso obedecer a Dios, oyó de Samuel: "Porque has rechazado la palabra del Señor, el Señor te ha rechazado para que no seas rey" (1 Samuel 15, 26). Como la ampolla de aceite tenía poco, quien iba a ser rechazado recibió la gracia espiritual. Lo cual también se aplica convenientemente a los rectores de la santa Iglesia. Pues a menudo reciben el culmen de la prelación quienes no son perfectos en el amor de Dios y del prójimo. Tienen, en efecto, algún afecto de caridad, pero no tienen su plenitud. Ese afecto

rudo e imperfecto de la mente, ¿qué es sino una ampolla de aceite? Pues mientras unge la cabeza y no la llena: toda se derrama, pero ofrece poco. En cambio, cuando se ordena unguir al rey elegido, el Señor dice al mismo profeta: "Llena tu cuerno de aceite y ven, te enviaré a Jesé el belenita, porque me he provisto de un rey entre sus hijos" (1 Samuel 16, 1). De ahí que el mismo rey elegido, atribuyendo la plenitud de su unción a las alabanzas de Dios, dice: "Ungiste con aceite mi cabeza, y mi copa rebosante, ¡cuán gloriosa es!" (Salmo 23, 5). Quien, por tanto, recibió la gracia de la unción sin perseverar, por disposición de Dios, es ungido con el licor de aquel vaso, por el cual se señalaría la defeción de los ungidos. Sigue:

(Vers. 1) "Y lo besó, y dijo: He aquí que Dios te ha ungido sobre su heredad como príncipe, y liberarás a su pueblo de la mano de sus enemigos que están a su alrededor."

2. Al culmen de la santa Iglesia se conduce al rector, para que tenga este oficio, que ponga paz entre Dios y los hombres. Pues pecando, incurrimos en enemistades con el Creador. Así, cuando se pone al rector para la corrección de los pecados, quita de en medio aquello que nos hizo enemigos de Dios. Bien, pues, se dice que Samuel besó la cabeza de Saúl. El beso del profeta lleva en la cabeza aquel que lleva en la mente el auxilio de nuestra reconciliación: cuando, en efecto, no lleva en sí ningún incentivo de discordia divina, quien en la mente se esfuerza por devolver a los discordes a la paz. Besado, pues, el príncipe, se dice: "Dios te ha ungido como príncipe sobre su heredad." Como si le advirtiera con las cosas, diciendo: Quien te ha puesto en este lugar, para que debas resolver las enemistades del pecado, lo que destruyes en otros, no debes retenerlo en ti. Algunos, en efecto, son ungidos y no reciben el beso; se esfuerzan por liberar al pueblo del Señor, pero no temen someterse al yugo de los enemigos. Pues quien predica a otros las cosas buenas que no hace, es como si diera un beso que no recibe. Busca, en efecto, hacer amigos de Dios a otros, y él mismo no deja de ser enemigo. Construye en sí las enemistades del pecado que intenta destruir en otros con la palabra. Porque, por tanto, solo aquel preeminente es útil, quien por el afecto de gran caridad es amigo de Dios, se dice que Samuel besó la cabeza del rey. De ahí que la misma Verdad primero besa a quienes ordena: luego los envía a liberar a otros. "Vosotros," dice, "sois mis amigos"; luego añade, diciendo: "Os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca" (Juan 15, 14). De ahí que, resucitando de entre los muertos, dice: "Paz a vosotros"; luego añade: "A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retengáis, les serán retenidos" (Juan 20, 23). Para que, como si fijara el beso de paz en su mente, a quienes les había mandado resolver los odios del pecado. Besado, pues, el rey es constituido sobre la heredad del Señor, porque se elige al doctor elegido para que premine con dignidad sobre los fieles súbditos, pero que no busque su propio lucro, sino el del Señor. Por eso se afirma que ha sido constituido, para que quienes están bajo él sean liberados de las manos de los enemigos. La heredad del Señor es la multitud de los fieles. Toda intención secular, pues, se remueve, cuando se afirma que el rey ha sido ungido sobre la heredad del Señor. El fruto de la unción, por tanto, es el cultivo de la heredad divina. Aquel, pues, que busca solo las ganancias de las almas, ejecuta el oficio de la unción. Se recuerda que ha sido ungido como príncipe sobre la heredad del Señor, quien solo busca de la dignidad terrena lo que Cristo buscó a través de su ministerio. Con esta palabra, pues, se reprueba la intención de los rectores negligentes.

3. Escuchan, en efecto, que han sido ungidos sobre la heredad del Señor: porque el Señor no busca de la tierra sino a los elegidos; saben que no llama heredad suya a la amplitud de la tierra, ni a la abundancia de oro, ni a la afluencia de riquezas, sino a sus fieles, y sin embargo no dejan de buscar lo terrenal y de acumular lo que perece. A lo que el Señor no busca, dedican toda su solicitud; y lo que solo busca, lo descuidan buscar. Se dice, pues, en qué se deben mirar los negligentes; se dice, en qué los buenos deben mejorar: "Te ha ungido," dice,

"Dios como príncipe sobre su heredad." Como si dijera: Ha hecho su heredad tuya, mira que no gobiernes de otra manera en ella. Liberarás, pues, al pueblo de la mano de los enemigos que están a su alrededor. Gran labor se le encomienda al predicador por esto, que se refiere que los enemigos están alrededor. Sería, en efecto, bastante grave la batalla, si en una sola parte soportaran la ferocidad de los espíritus malignos. De ahí que, anunciando por el profeta, dice: "Alrededor andan los impíos" (Salmo 11, 9). De ahí que el bienaventurado Pedro exhortando, dice: "Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; resistidle firmes en la fe" (1 Pedro 5, 8). Nuestros enemigos, pues, están a nuestro alrededor, porque los espíritus inmundos siempre acechan nuestra cogitación, palabra y obra. Pues cuando intentan sugerirnos cosas malas, están de un lado; cuando nos arrastran al mal, somos golpeados por su batalla desde otro lado; cuando nos invitan a malas obras, desde el lado restante excitan la guerra. Tenemos, pues, enemigos alrededor, porque en todo lo que pensamos, hablamos y obramos, sufrimos las batallas de los espíritus malignos. Pero porque no se dice que se libere del combate, sino de las manos de los enemigos, se atribuyen grandes insignias de virtud a los predicadores: porque no solo deben proteger a los libres para que no sean capturados, sino también liberar a los capturados de su servidumbre. Esto, sin embargo, lo pueden hacer solo aquellos predicadores que llegan al culmen del gobierno por ordenación divina. Pues a quienes Dios omnipotente ordena, los envía a soportar las batallas del antiguo enemigo, pero no los abandona en medio de las mismas batallas, porque protege a sus soldados y los hace victoriosos. Pero cuando los hombres santos son elevados al primado de la santa Iglesia, temen grandemente, no sea que el peso de tal orden les haya sido impuesto por juicio de los hombres, no por ordenación del Creador. Para el fortalecimiento de los humildes se dan señales, por las cuales sepan que han sido elegidos por Dios, no por los hombres. Por eso Samuel, continuando, dice:

(Vers. 2) "Y esta será la señal para ti de que Dios te ha ungido como príncipe. Cuando te apartes de mí hoy, encontrarás a dos hombres junto a la tumba de Raquel, en los confines de Benjamín, al mediodía, cavando grandes fosas, y te dirán: Se han encontrado las asnas que fuiste a buscar, y dejando las asnas, tu padre está preocupado por vosotros, y dice: ¿Qué haré con mi hijo?"

4. Como si dijera al humilde pastor, temeroso de tan gran ministerio: Tú temes porque no sabes si esto que se ha hecho de ti es de Dios; pero porque puedes saber esto, no debes temer. Esta, pues, será la señal para ti de que no te ha ungido como príncipe un hombre, sino Dios: esos dos hombres te dirán: "Se han encontrado las asnas que fuiste a buscar." Como si dijera: Si encuentras a esos dos hombres y te dicen esto, sabe que no te he constituido yo como príncipe, sino Dios. ¿Qué significan, entonces, esos dos hombres, sino los perfectos predicadores de la santa Iglesia? Son dos, en efecto, porque son perfectos en ambos preceptos de la caridad; hombres, porque son robustos en santa conversación. Que se dice que se encuentran junto a la tumba de Raquel, porque por el estudio de la vida contemplativa están separados de la intención del mundo; y mientras buscan las ganancias de las almas, no están sepultados. Por Raquel, en efecto, se señala la belleza de la vida contemplativa según la sentencia indudable de los venerables padres. Junto a la tumba, pues, están los hombres, porque así se dedican a la contemplación celestial los doctores perfectos, que llevan la solicitud de la santa Iglesia. Junto a la tumba de Raquel están, porque dirigen el estado de la buena obra por la virtud de la contemplación: y porque no llevan a cabo nada en la obra, sino lo que disponen contemplando. Y porque en la misma altura de la contemplación celestial no buscan su propia presunción, sino la razón de la santa Iglesia, se describe que la tumba de Raquel está en los confines de Benjamín. Como ya he dicho, en Benjamín, que se llama hijo de la diestra, se designa al Redentor del género humano. Los confines de Benjamín son las

reglas de las santas Escrituras: de las cuales, en efecto, está escrito: "No traspases los límites que pusieron tus padres" (Proverbios 22, 28). Porque, pues, los santos predicadores, cuando ven lo supremo contemplando, no discrepan de la regla de la fe; se dice correctamente que la tumba, junto a la cual están, está en los confines de Benjamín. Estos hombres, en efecto, se dice que cavan grandes fosas al mediodía, porque por el fervor de la perfecta caridad, en la que han sido asumidos, desprecian todas las alturas del mundo que se ven. Pues todo lo que se considera alto en este mundo, no es verdadera altura, sino una fosa, que a todos los que recibe en su ambición, los deposita en el infierno. Las alturas del mundo, pues, deben ser evitadas, no buscadas por los hombres espirituales, porque se abren desde lo oculto, y a quienes absorbiendo reciben, los conducen al infierno. Los hombres espirituales, pues, saltan las fosas; porque mientras se elevan por el deseo celestial, desprecian las cosas terrenales. Como si al ver las fosas dieran un salto, cuando para despreciar las cosas terrenales, se elevan a desear los bienes eternos. Al mediodía, pues, saltan las fosas; porque no pueden despreciar el mundo, sino quienes tienen plena luz y ardor de la caridad celestial. Entonces, pues, Saúl se entienda ungido por el Señor como príncipe, cuando estos le digan: "Se han encontrado las asnas que buscabas." Dicen, en efecto, que se han encontrado las asnas a Saúl, cuando lo consideran idóneo para recoger las ganancias de las almas. Como si dijera de otra manera: No creas que has sido elegido por los hombres, sino por Dios, para el ministerio de la predicación, si estos te indican esto, quienes, llenos del espíritu de Dios, lo que dicen, no se siente que sea humano, sino divino. Porque, pues, no debemos creer de nosotros mismos, sino a quienes son mejores que nosotros, Saúl reconoce que ha sido ungido por el Señor como príncipe por los hombres que saltan grandes fosas al mediodía. Pero es otro quien unge, otros quienes atestiguan que la unción es del Señor; porque todo negocio de la santa Iglesia, como más se prueba por la colación de los santos padres, así también es más robusto.

5. Pues como signo de su unción, el bienaventurado Pablo buscó entonces, cuando vino a Jerusalén para ver a Pedro y conferenció con él y con los demás apóstoles sobre el Evangelio. No había recibido su apostolado de hombre ni por hombre, sino del cielo, llamado por el Señor Jesús (Gál. I); y sin embargo, probaba el ministerio de su unción mediante la colaboración de sus coapóstoles. Pues de sí mismo dice: "Conferí con ellos el Evangelio, para no correr o haber corrido en vano" (Gál. II, 2). También el precursor del Redentor ungió a los discípulos, pero para que reconocieran las señales de su unción, los enviaba a grandes fosas, diciendo: "¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?" (Mat. XI, 3). Juan sabía a quién había predicado, a quién había bautizado; pero enviaba a los discípulos para que, al ver las señales, creyeran más firmemente y mantuvieran con seguridad las indicaciones de su elección. Así, quienes son considerados idóneos para el orden de la predicación, reconocen que las almas que buscan, encontradas en el signo de su elección, son pecadoras. Y porque el Dios omnipotente se complace no solo en la predicación, sino también en la conducta del doctor elegido, añade y dice: "Y dejando las asnas, tu padre está preocupado por vosotros, y dice: ¿Qué haré con mi hijo?" Dijimos que el padre de Saúl, Cis, que en nuestro lenguaje se dice duro, designa a aquellos que enseñan con palabra y ejemplo a despreciar lo terrenal y a apresurarse hacia la patria celestial a través de una vida dura y áspera. Reconocemos esta dureza de la vida celestial tanto en la palabra como en la vida de nuestro Redentor. 232 Si, por tanto, miramos a la cima de nuestra instrucción, somos hijos del Redentor. Por tanto, nuestro padre, dejando las asnas, está preocupado por nosotros; porque nuestro Redentor quiere que busquemos la salvación ajena, sin descuidar la nuestra. Quiere que los pecadores sean llamados al arrepentimiento, pero no quiere que perezcan aquellos que llaman a los pecadores. Quiere que el pecador convertido tenga la justicia que no tenía; pero no quiere que el justo pierda la palma de la justicia que tiene. Por tanto, dejando las asnas, está preocupado

por el hijo, porque quiere que sus predicadores descansen por un momento de la preocupación por los demás, para que puedan proveer mejor para sí mismos en el descanso. Y porque esta misma preocupación de la santa Iglesia debe ser retomada por un buen rector, nuestro descanso se interrumpe; porque esta preocupación anterior la precede, y la posterior la acompaña. Por tanto, el predicador elegido debe dedicarse a la utilidad de los súbditos, y a la suya; pero debe cuidar de sí mismo de tal manera que inmediatamente regrese a la preocupación ajena que ha dejado; porque entonces nuestro Creador nos ama como hijos, cuando amamos a nuestros súbditos como hermanos, y a Él como a un padre, mientras nos unimos a ellos por el afecto de la preocupación, y a Él por nuestro descanso, que ama, como a un padre nos apresuramos. Este amor por nuestro descanso se expresa en lo que se dice: "¿Qué haré con mi hijo?" Esto ciertamente lo dice un padre que ama tiernamente a su hijo. Por tanto, esto no se dice del hijo presente, sino del ausente. Pero porque busca las asnas perdidas de su padre, es muy amado por él; porque quien se esfuerza por convertir las almas pecadoras predicando, ya está unido a nuestro Redentor en gran caridad. Quien ciertamente está lejos de él por la preocupación por los demás, está cerca por el descanso de la contemplación y el afecto de la oración. Por tanto, porque desea que estemos cerca de él tanto por la contemplación como por la oración, como un padre amoroso dice: "¿Qué haré con mi hijo?" Como si dijera: ¿Cómo haré presente al ausente? Porque los grandes hombres de la santa Iglesia alaban la preocupación por nuestra predicación, pero critican el exceso de preocupación, aquellos que dicen que las asnas del padre han sido encontradas, afirman que el padre está preocupado por el hijo. Por tanto, los elegidos pueden reconocer el signo de su unción; porque ciertamente son llevados por Dios a la cima de la santa Iglesia, cuando son idóneos para la salvación ajena por palabras y ejemplos, y diligentes para la suya por el descanso; y cuando buscan a los pecadores para el cielo, no se abandonan a sí mismos al mundo. Sigue:

(Vers. 3, 4.) Cuando te hayas ido de allí, y hayas pasado más allá, y llegues al encinar de Tabor, te encontrarán allí tres hombres, subiendo al Señor en Betel, uno llevando tres cabritos, y otro tres tortas de pan, y otro una vasija de vino. Y cuando te saluden, te darán dos panes, y los tomarás de su mano.

6. Cuando deseamos progresar bien en la santa conversación, es necesario para nosotros reunir ejemplos de muchos elegidos; pues las abejas no pueden componer miel si no la recogen de diversas flores. Bien, pues, Saúl llega de unos hombres a otros; porque cuanto más abundantemente vemos los ejemplos de los santos, mejor somos instruidos. Las flores de los frutos eternos son las obras de los santos, que, mientras son rociadas con el rocío del amor celestial, de ellas recogemos, para que nos llenemos de nuestra doctrina y de la utilidad de los demás. De allí, pues, Saúl se va y pasa más allá; cuando el predicador inexperto progresa por los ejemplos de los elegidos, y va de la virtud vista de uno a explorar la conversación de otro. A menudo le deleita admirar en otros el trabajo de la predicación, 233 a menudo en otros la fortaleza de la buena obra; a aquellos que hablan los venera, a estos que obran se esfuerza por imitar. A aquellos los observa, con qué belleza resplandecen exteriormente, el esplendor de estos no lo busca en la conversación exterior, sino en lo íntimo. Por lo cual, bien cuando pasa, se dice que llega al encinar de Tabor. Pues el encinar es un árbol umbroso y fuerte. En este árbol ciertamente se expresa la conversación más secreta de los santos. Porque los hombres de esta conversación, mientras no salen a las obras exteriores de la vida activa, están como en la sombra; porque no pueden sentir los incendios de las tentaciones. Pues descansan en el deseo celestial, cuanto más lejos están del amor del mundo, tanto más tranquilos permanecen en la sombra del refrigerio. Pero esta sombra es de un árbol fuerte, porque la conversación de los santos desprecia tanto más poderosamente lo terrenal, cuanto más puramente se eleva en

el amor de las cosas celestiales. También es fuerte, porque soportan poderosamente las adversidades del mundo, quienes solo aman las cosas celestiales que ven. Y porque están en gran luz del esplendor interior, quienes desprecian mirar las cosas terrenales por amor, el encinar mismo se dice ser Tabor. Pues Tabor se interpreta como luz venidera. La luz viene, cuando la claridad interna del Creador se revela a la mente elegida. Por tanto, el encinar se llama Tabor: porque la conversación secreta, despreciando lo terrenal, actúa para que contemple más claramente la luz íntima del Creador. Somos secretos, pues, cuando guardamos nuestros sentidos en el temor de Dios. Y entonces ciertamente vemos la luz venidera, porque cuando los miembros del cuerpo son bien gobernados, la gracia del Creador se refleja en nuestra mente. Y es de notar que se dice que llega al encinar de Tabor, quien sabía que su padre estaba preocupado por él desde las fosas. Pues los predicadores de la santa Iglesia a menudo alaban las virtudes, a las que ellos mismos no pueden dedicarse. Predican el secreto de la vida contemplativa; pero mientras están preocupados por la custodia de los súbditos, evitan adherirse a los secretos de esa vida. Como si Samuel dijera: Esos hombres te alaban el estudio de la contemplación; pero porque no pueden mantener lo que alaban, debe buscarse en otros. Por tanto, pasamos al encinar de Tabor, cuando conocemos el estudio laudable de la vida contemplativa por los santos predicadores; pero buscamos su perfección en aquellos que se dedican espiritualmente a ella. Por tanto, los tres hombres que encuentran al rey ungido en el encinar de Tabor, designan a aquellos que son perfectos en el estudio de la vida contemplativa. Que bien no se dice que sean encontrados por el rey, sino que el rey los encuentra allí. Pues no son encontrados; porque están escondidos. Pero ellos nos encuentran; porque nos revelan la luz de su conversación secreta, cuando se dignan. No son encontrados; porque apartan su vida de todo testimonio humano. Pero nos encuentran; porque por el afecto de la caridad nos muestran algo de su luz para que lo imitemos. Quienes también no presentan sus virtudes imitables, sino a aquellos que con gran deseo anhelan obtenerlas y ejercitarlas. Por tanto, primero debemos llegar al encinar de Tabor, para que podamos ser encontrados por esos tres hombres. Pues ya estamos en la sombra de la luz venidera, cuando nos inflamamos con grandes deseos de la suma contemplación.

7. Entonces, pues, se nos aparecen tres hombres: porque quienes se dignan mostrarse a nosotros que deseamos, son fuertes en la custodia de la locución, la cogitación y la obra. Pues no pueden ser de vida más secreta, si no han mantenido cerradas las puertas de los ojos, el corazón y la boca. Por tanto, porque guardan el corazón de la cogitación inapropiada, la boca del discurso ocioso, ²³⁴ todo el cuerpo de la operación mala, son tres; pero hombres, porque observan con gran fortaleza esa misma custodia. Por tanto, se nos aparecen tres hombres: porque cuando vemos tales, en ellos contemplamos la fortaleza de la virtud. Que ciertamente están en la sombra de la luz venidera; porque pueden ver tanto más claramente la luz interna del Creador, cuanto más diligentemente guardan el corazón puro de la contaminación del mundo. A tales ciertamente el Señor resucitado se apareció, tales llenó el Espíritu Santo. De ese secreto se dice: "Al atardecer del primer día de la semana, y estando cerradas las puertas donde estaban los discípulos por miedo a los judíos" (Juan XX, 19). Y de nuevo: "Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos, vino Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros". De otro secreto también está escrito: "Cuando se cumplían los días de Pentecostés, estaban todos los discípulos juntos en el mismo lugar, y de repente vino del cielo un sonido como de un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, y se posó sobre cada uno de ellos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo" (Hechos II, 1). Ciertamente tienen las puertas cerradas, quienes mantienen bajo fuerte custodia los deberes del cuerpo contra la negligencia del pecado humano. También están dentro; porque descansan en el amor interno de la vida celestial. A quienes ciertamente el Señor resucitado se aparece,

porque contemplan su gloria tanto más claramente, cuanto más estrictamente siguen el misterio de su pasión por el desprecio del mundo. Estos también pueden ser llenos del Espíritu Santo, como en una casa; porque perciben abundantemente los dones de sus gracias, quienes se han preparado para recibirlos, despreciando las cosas visibles.

8. Que bien se dice que suben al Señor en Betel. Pues Betel se dice casa de Dios. ¿Qué es la casa de Dios, sino aquella casa que habita la luz inaccesible? La luz también es inaccesible, la revelación de su divinidad. Pues es luz; porque puede ser vista de alguna manera por los corazones puros. Plenísima en sí misma llena todo, pero llenando abundantemente el universo, no es capturada. Es capturada, para llenar, pero llenando no es capturada, que llenando todo, no se agota. Por tanto, la revelación del Creador, porque es una inmensidad de luz tan grande, que ilumina todo, y no se angustia en nada; mientras es vista y no comprendida, es luz inaccesible. Por tanto, estos tres hombres suben al Señor; porque quienes se guardan en la vida más secreta, son elevados en la contemplación de la luz divina. Pero porque aún no pueden llegar a la misma apariencia de Dios omnipotente, se dice que suben en Betel. Pues cualquier cosa que la mente humana pueda pensar sobre Dios omnipotente, no es Dios. Pero mientras trasciende todo pensando, mientras cualquier cosa que pueda imaginar de la luz íntima, cualquier cosa de la suavidad y dulzura interna, cualquier cosa de la delectación espiritual, se cree que es menos que aquello que es, a una cierta luz sin embargo llega, que no es Dios, pero que habita Dios. Y porque entonces el alma elegida se inflama maravillosamente, se refresca maravillosamente, disfruta de la delectación inefablemente, se ve obligada a pensar cuán inefable es la luz, la dulzura, y la delectación que es Él mismo, si tan inmensa es la luz que habita, y no es Él mismo. Pues a Betel subió Moisés al Señor, cuando hablaba con él en el monte. Pero quien había llegado a la luz que habita Dios, buscaba la luz que era Dios mismo, diciendo: "Muéstrame tu rostro" (Éxodo XXXIII, 13). De quien también está escrito, que "El Señor hablaba con Moisés cara a cara" (Éxodo XXXIII, 11). ¿Qué es que Moisés hable con el Señor cara a cara, y sin embargo ruegue al Señor que le muestre su rostro? Pero el rostro de Dios es su conocimiento. Dios es conocido por el espejo, es conocido por sí mismo. Por el espejo aquí, por sí mismo en el cielo. El espejo es aquella luz que habita Dios; pero Él mismo es aquella luz que Él es (I Cor. XIII, 12). Moisés, pues, que se dice ver a Dios cara a cara, y pedir ver su rostro (Éxodo XXXIII, 13), ¿qué más rectamente designa, que la perfección de los elegidos, que ya contemplan el espejo de aquella luz suprema, pero sin embargo desean vehementemente llegar a la misma verdad de la luz? Esta cognición de la luz no sabe saciar los deseos de los elegidos, sino excitarlos; aquella sin embargo tanto sacia como excita. Pues es una cosa tan placentera, que es inefablemente deseada; y tan plena, que quienes ya siempre la han visto en gran deseo, siempre son saciados con inefable plenitud. Por tanto, los hombres que suben al Señor, se dice que suben en Betel; porque cuando mucho progresamos en esta vida, podemos ver la misma luz del Creador por el espejo, pero en sí misma no podemos.

9. Y porque a esta visión sublime no se elevan sino los humildes, bien se dice de esos mismos hombres: "Porque uno llevaba tres cabritos, otro tres tortas de pan". Pues lleva tres cabritos, quien considera que ha pecado con la boca, el corazón y la obra. Pues porque por los cabritos se significan los pecadores, aquellos que en el juicio final serán colocados a la izquierda del juez eterno, se expresan con el nombre de cabritos. Por tanto, lleva tres cabritos al Señor, quien no cesa de considerar en penitencia los pecados de la obra, la palabra y la cogitación. Y es hombre, y sin embargo lleva cabritos; porque evita pecar con fortaleza, pero como pecador no cesa de satisfacer. Pues era hombre, y llevaba cabritos, quien decía: "En muchas cosas ofendemos todos" (Santiago III, 2). Y porque se esfuerzan por borrar los pecados que confiesan, satisfaciendo en penitencia: uno lleva tres cabritos, otro lleva tres tortas de pan.

Pues las tortas de pan las referimos arriba a la aflicción de la penitencia; porque si el pan a veces significa la delectación de la vida presente, el pan se tuerce, cuando nos afligimos por la delectación pasada de la carne. Por lo cual, el rey Ezequías, cuando se compunge en penitencia, promete torturar las delectaciones reales, diciendo: "Recordaré todos mis días en la amargura de mi alma" (Isaías XXXVIII, 15). Pues cuando la mente carnal se disuelve en las delectaciones de la culpa, tiene como día; porque lo que hace, lo ve con alegría. Por tanto, los días de la mente reprobada son las malas delectaciones. Por tanto, el pecador recuerda todos sus días; porque cuando por la gracia divina recapacita, no cesa de satisfacer por todos los males. Primero se dice que uno lleva tres cabritos, luego otro lleva tres tortas de pan; para que aparezca la virtud de cada elegido, que es fuerte en la buena obra, humilde por la estimación, afligido por la contrición de la penitencia. Y porque no pueden ser de tanta perfección, sino quienes por amor de los bienes eternos, han olvidado los temporales, se dice que el tercero lleva una vasija de vino. Pues lleva una vasija de vino, quien ha llenado su mente con el calor del Espíritu Santo, por el cual tanto corre con fortaleza hacia las cosas anteriores, como deja las que están detrás, como en gran olvido de ebriedad. Pues llevaba cabritos, quien decía: "Cristo vino a llamar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero" (I Tim. I, 15). Y porque también llevaba una torta de pan, dice: "Castigo mi cuerpo, y lo reduzco a servidumbre" (I Cor. IX, 27). Pero como ebrio de vino de la vasija, dice: "Olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al premio de la vocación celestial de Dios, en Cristo Jesús" (Fil. III, 13). Por tanto, tres hombres suben al Señor, y llevan tres cabritos, y tres tortas de pan, y una vasija de vino: porque dedicados a los estudios de la vida más remota, se elevan a la contemplación de la verdadera luz por el mérito de la humildad. Pero cómo son en sí mismos, cómo son para otros, lo expone, diciendo: "Y cuando te saluden, te darán tres tortas de pan, y las tomarás de su mano". Los hombres santos nos saludan, cuando nos anuncian los bienes eternos de la salvación. Quienes nos saludan por el cuerpo, inclinan la cabeza, para mostrar reverencia a los saludados. Pero inclinar la cabeza para los hombres espirituales, es bajar la mente de la suma contemplación. Pues si no inclinan la cabeza, no pueden saludar: porque no nos instruyen con erudición saludable, si no bajan la mente de la suma contemplación celestial. Entonces ciertamente nos muestran gran reverencia: porque no consideran pequeños a aquellos por quienes se dignan descender de su alto culmen.

10. Pero mientras se saluda al futuro rey, se le entregan dos panes. En efecto, se entregan dos panes al predicador que está siendo ordenado, cuando se le enseña a llorar no solo por sus propios pecados, sino también por los ajenos. Así, tiene un pan torta cuando se aflige por sus propios pecados, y otro cuando intenta llorar por los pecados de sus súbditos. Pero también el salmista insinúa más claramente este pan, diciendo: "Levantaos, después de haber estado sentados, los que coméis el pan de dolor" (Salmo 126, 2). De aquí que confiese al Señor, diciendo: "Nos alimentará con pan de lágrimas, y nos darás a beber lágrimas en abundancia" (Salmo 79, 9). Por lo tanto, el pan torta es pan de dolor y pan de lágrimas. Y tal vez por eso aquel hombre llevaba tres panes torta: porque eran tres los que iban juntos, de modo que al dividirlos entre ellos, cada uno tuviera un pan. Esto también puede entenderse convenientemente de los cabritos. ¿Qué se debe notar en esto, sino que los hombres de vida más retirada, mientras mantienen una conversación singular, no tienen la preocupación de los demás? Así, tienen un cabrito y un pan, quienes se conmueven solo por sus propios pecados y no se ven agobiados por los ajenos a través del oficio pastoral. Y porque aquellos que son de la misma conversación perfecta se emulan en la aflicción de la carne; bien uno lleva tres panes, otro tres cabritos, y el tercero una jarra de vino. Pues así como uno lleva lo que todos van a ofrecer o comer, y todos comen u ofrecen lo que uno lleva, cuando cada uno, encendido

por la piadosa emulación de los demás, tiene en sí buenos ejemplos para los otros, y no descuida imitar los bienes que tienen los demás. Y porque las tortas de pan se dicen en género femenino, esto insinúa ciertamente que quien se conmueve por costumbre, de sus lágrimas le nacen otras muchas. Pues como en el sexo femenino es fecunda la aflicción del penitente; porque cuanto más se conmueve uno, más abundantes corrientes de lágrimas se le proporcionan. Por lo tanto, a Saúl no se le da un solo pan, sino dos, porque no basta que el predicador llore solo por sí mismo. Reciba, pues, de las manos de los hombres dos panes; para que aprenda a llorar con el ejemplo de los perfectos, pero reconozca que el llanto es necesario para él y para sus súbditos. Y porque en la mano a veces se toma el poder, los hombres tienen tres panes en la mano; porque quienes han avanzado a la cima de la contemplación, tienen el llanto en la virtud del poder. Porque, en efecto, no quieren disolverse en vana alegría cuando pueden, pueden con razón llorar cuando quieren. Nosotros, en cambio, débiles y negligentes en la custodia de nuestra mente, incluso cuando queremos conmovernos y llorar por nuestros pecados, no podemos. Porque, en efecto, las lágrimas espirituales se producen por un gran fervor del espíritu, quienes estamos constreñidos por el frío de nuestra negligencia, se nos impide rápidamente calentarnos para las lágrimas. Bien se dice, por lo tanto, que tienen los panes en las manos, quienes se dice que aparecen al futuro rey junto al roble de Tabor; porque quienes son perfectos en la contemplación de la vida privada, tienen el beneficio de los súbditos por la observancia de las virtudes.

11. Y es de notar que Samuel ordena al rey ungido, diciendo: "Y tomarás de su mano". ¿Qué mejor razón de esta palabra se puede recoger que la que se ve claramente: que, en efecto, no emulamos con gusto la aflicción en los santos varones? Pues son innumerables los que ambicionan el honor de la prelación y la dignidad: pero pocos los que desean el trabajo del ministerio y la aflicción de la carne de la misma prelación. Con gusto queremos elevarnos sobre los demás, pero evitamos llorar sus pecados. Entonces vemos los panes que se nos ofrecen, pero no queremos recibirlos de las manos de quienes los ofrecen: porque vemos la aflicción en los varones elegidos, que no imitamos. Por lo tanto, que el profeta ordene, diciendo: "Tomarás de su mano". Para que quien desea ser apto para ser rector de la Iglesia, no evite asumir lo que se ha dicho. También es bueno que Saúl sea conducido primero a los hombres que saltan grandes fosas, y luego a aquellos que llevan panes, cabritos y vino: para que el predicador inexperto aprenda en unos a despreciar las alturas del mundo, y en otros la aflicción de la carne, y ofrecer a Dios omnipotente las ofrendas de lágrimas por sí mismo y por sus súbditos. Pero aún insinuando el profeta la suma de su progreso, añade, diciendo:

(Vers. 5, 6.) "Después de esto, llegarás al monte del Señor, donde está la guarnición de los filisteos, y cuando hayas entrado en la ciudad, encontrarás un grupo de profetas que descienden del lugar alto, y delante de ellos un salterio, un tamboril, una flauta y una cítara; y ellos profetizando. Y el espíritu del Señor vendrá sobre ti, y profetizarás con ellos, y serás transformado en otro hombre."

12. El monte es la altura de la montaña. ¿Qué se puede entender más correctamente en este monte que la santa intención de las Escrituras? En efecto, es la altura de la montaña: porque no yace en el plano de la letra, sino que está muy elevada en la sublimidad de los sentidos espirituales. Por lo tanto, el predicador inexperto se apoya en el camino recto de las virtudes, si después de haber visto a los predicadores públicos y a los anacoretas retirados, ve y reconoce la altura de la Escritura. En esto es de notar que dijimos que Saúl, en cuanto sobresale del hombro hacia arriba sobre todo el pueblo, representa a un hombre instruido y de gran conversación. ¿Por qué, entonces, sube al monte del Señor, para llegar a la altura de las Escrituras, que ya conoce? Pero de manera similar se podría haber preguntado sobre él, que fue a ver a los hombres que saltaban grandes fosas, siendo él de gran conversación. A lo cual

se debe responder: que se mostró que designa a grandes hombres en la conversación, pero inexpertos en el ministerio de la predicación. Por lo tanto, quien puede progresar por los ejemplos de los mejores, y en la pureza de la contemplación y el oficio de la predicación, debe volver a la altura de las Escrituras: porque cuanto más progresa en una vida más alta, más atentamente observa la sublimidad del sagrado discurso. Por lo tanto, que el profeta diga: "Después de esto, llegarás al monte del Señor". Como si dijera: Cuando comprendas la perfección de los santos varones por una perfecta imitación, progresarás en tal inteligencia de la sagrada Escritura; que ya verás como plano lo que pensabas ver sublimemente en ella.

13. Allí está la guarnición de los filisteos: porque quienes cayeron del cielo por el veneno del orgullo, se burlan de los judíos y herejes a través de las Escrituras. Por lo tanto, están en el monte: porque engañan los corazones que poseen en las Escrituras con la falsedad de la inteligencia. Cuantas veces, entonces, los judíos presumen subir al monte del Señor, son capturados por los filisteos que están allí. Pues mientras piensan que entienden sublimemente el sentido de la Escritura, los demonios les salen al encuentro en su ascenso y los engañan y matan. Con razón, entonces, no se ordena a Saúl ir inmediatamente, sino primero, después de ver a los que saltan fosas y a los que llevan panes y vino, al monte del Señor: porque los hombres fieles están protegidos por la gran doctrina y tutela de los mejores ejemplos. Por lo tanto, se le dice a Saúl: "Encontrarás un grupo de profetas que vienen del lugar alto". Como si dijera: Tanto menos temerás la guarnición de los filisteos, cuanto más seguro estarás al tener profetas que te salgan al encuentro. Y porque se dice un grupo de profetas, se señala una gran multitud de nuestros defensores. Por lo tanto, que el judío tema: porque mientras sube solo, perece. ¿Qué nos dicen los mismos profetas que nos salen al encuentro? "¡Ay del solo, porque si cae, no hay quien lo levante!" (Eclesiastés 4, 10). En efecto, está solo quien es abandonado por Dios. Ciertamente, a este que cae, nadie lo levanta, porque a quien Dios abandona, ningún santo lo asume. Por lo tanto, cada elegido sube seguro: porque no está solo. Pues quien habla por nosotros, está con nosotros. Porque también promete, diciendo: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28, 20). En efecto, no estaba solo quien decía: "No estoy solo, sino que el que me envió, está conmigo" (Juan 8, 16). Tampoco estaba solo quien preguntaba, diciendo: "¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí?" (2 Corintios 13, 3). Lo cual no solo se puede entender convenientemente de la presencia espiritual del Señor, sino también de la doctrina material de los elegidos. En efecto, los santos predicadores suben al monte del Señor, donde está la guarnición de los filisteos: pero porque tienen un grupo de profetas que les salen al encuentro, no temen en absoluto a los filisteos. ¿Y quiénes son estos profetas, sino los grandes predicadores de la santa Iglesia? Pues el ministerio de los profetas es revelar lo oculto y predecir lo futuro. Sin embargo, los doctores de la santa Iglesia, mientras traen los sentidos ocultos de las Escrituras al conocimiento común, abren los secretos que se desconocen: y mientras predicán las alegrías eternas, revelan lo futuro. Por lo tanto, los profetas nos salen al encuentro: porque los doctores de la santa Iglesia nos muestran la verdad de la sagrada Escritura. Pues cuando nos dicen lo que queremos saber del sagrado discurso, nos salen al encuentro en el camino que lleva al monte del Señor. Allí, por lo tanto, estamos seguros por el encuentro de los profetas, donde están los filisteos: porque por la autoridad de los santos predicadores reconocemos el entendimiento de la Escritura, en la cual los judíos y herejes son muertos por los demonios con la espada de sus errores. Pues si recurrimos a la Ley de Moisés, ciertamente encontramos el monte del Señor. Allí ciertamente leemos sobre el tabernáculo, sobre el gran sumo sacerdote, sobre los machos cabríos y los becerros juntos, y sobre la sangre del Cordero pascual. Los judíos entienden esto según la letra con su propio espíritu, en lo cual, porque no tienen ningún profeta con ellos, mueren. Si yo quiero subir a este monte, primero veo a los profetas descendiendo, y subo seguro. Y para dejar de lado por ahora a los nuevos, Isaías sale

al encuentro del que asciende, diciendo: "Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila, no abrió su boca" (Isaías 53, 7). De aquí que Pablo diga: "Cristo, asistiendo como sumo sacerdote de los bienes futuros, a través de un tabernáculo más amplio y perfecto, no hecho por manos, es decir, no de esta creación, ni por la sangre de machos cabríos o becerros, sino por su propia sangre, entró una vez en el santuario, habiendo obtenido eterna redención" (Hebreos 9, 11-12). Pero si queremos tener más en este monte, encontramos a todos los profetas al buscarlos: porque lo que los antiguos doctores prometieron, los nuevos predicadores demuestran que se ha cumplido en nuestro Redentor.

14. Por lo tanto, también el Redentor del género humano puede ser convenientemente designado con el nombre de monte. De donde Isaías, profetizando, dice: "En los últimos días, el monte de la casa del Señor será preparado en la cima de los montes" (Isaías 2, 2). En efecto, se le llama monte por la sublimidad de la santidad: del Señor, porque es el hijo del supremo Padre. En este monte, sin duda, se dice que está la guarnición de los filisteos: porque también nació como señal de contradicción. La guarnición de los filisteos es, en efecto, la oposición de los herejes. Pues como quienes están en el monte, acechan a los que ascienden al monte: y mientras pervierten las sagradas Escrituras al exponerlas mal, matan a los que ascienden negligentemente para conocer al Redentor. Por lo tanto, que el elegido no tema, tiene un grupo de profetas que le salen al encuentro al ascender: porque todos los predicadores del Antiguo y Nuevo Testamento le anuncian al mismo Redentor. Quienes, sin duda, vienen del lugar alto: porque lo que predicán en la tierra, lo ven en el cielo. De donde también a Juan, como verdadero del grupo elegido de profetas, se le dice desde el cielo: "Sube aquí, y te mostraré lo que debe suceder después de esto" (Apocalipsis 4, 1). Quien, cuando subió, vio al cordero que Moisés había figurado para ser sacrificado, y que él mismo había visto ofrecido en la cruz, ya reinando y lo reconoció: y aprendió cuántas gracias le daban aquellos por quienes había sido sacrificado. Por lo tanto, los predicadores vienen del lugar alto: porque lo que predicán a los menores, lo aprendieron en la contemplación celestial.

15. También se afirma bien que el grupo de profetas se encuentra con Saúl al entrar en la ciudad; porque podemos ver a los más altos predicadores de la santa Iglesia allí donde descenden, no donde se elevan. Pues escuchamos lo que nos dicen a nosotros, los pequeños: pero no vemos cómo ven en los cielos, ni cómo aman dulcemente. En efecto, el apóstol Pablo fue arrebatado al paraíso, y llevado al tercer cielo, y también escuchó palabras inefables, que no es lícito a un hombre hablar (2 Corintios 12, 4). ¿Quién, entonces, puede encontrar un predicador tan grande arrebatado al paraíso, o llevado al tercer cielo? Pero estas cosas el bienaventurado Pablo las dijo obligado. De donde también, al final de la exposición de su sublimidad, humillándose, dice: "Me he hecho insensato, vosotros me obligasteis" (2 Corintios 12, 11). ¿Cuán grandes, entonces, fueron aquellas cosas que no quiso decir, si fue obligado a manifestar estas? Pues quien escuchó lo que no es lícito a un hombre hablar, vio lo que no es lícito a un hombre saber. Tal vez digas: Si quisiera, ¿cómo podría expresar con lenguaje humano la belleza de aquel tercer cielo, la luz íntima de aquella claridad, el resplandor inenarrable de los ángeles, y la claridad inaccesible, cuán dulcemente de la plenitud de aquel elegido y bienaventurado todos los ciudadanos eternos reciben, cuán deseosamente toman, cuán plenamente se llenan, cuán suavemente prueban la dulzura de la bondad divina, cuán satisfactoriamente se sacian con la plenitud deleitable: qué esplendores son para cada uno de una luz inefable del Creador, qué belleza de gloria de todos de una sola, qué excelencia de dignidad unos sobresalen sobre otros, qué justicia inefable de alegría los buenos están sujetos a los mejores?

16. Por lo tanto, no podemos seguir a Pablo a esta altura, pero entramos en la ciudad, donde como descendiendo de lo alto, nos sale al encuentro. Pues lo que no podemos ver de las alturas que los predicadores ven, debemos escuchar con veneración lo que enseñan. Pero cuando descienden, llevan delante de ellos un salterio, un tamboril, una flauta y una cítara. En efecto, tienen un salterio, porque anuncian el reino celestial: tienen un tamboril, porque predicán la mortificación de la carne: tienen una flauta, porque ordenan a los súbditos llorar por la adquisición de la alegría eterna: también tienen una cítara, porque enseñan a los piadosos a alegrarse por la certeza de los bienes eternos. En efecto, el salterio, que resuena desde la parte superior, también designa la predicación de las alegrías eternas: porque mientras sugiere amar lo celestial, envía el sonido de su dulzura desde la parte superior. El tamboril, sin embargo, porque se tensa con la piel de un animal muerto, en él no se figura inconvenientemente la mortificación de nuestra carne. La flauta, sin embargo, porque suele estar presente en los funerales de los hombres muertos, lo aprendemos del Evangelio: porque cuando el Señor quiso resucitar a la hija del jefe de la sinagoga, expulsó de su casa a los flautistas y a la multitud tumultuosa (Mateo 9, 25). ¿Qué se expresa, entonces, en la flauta, sino el lamento de los santos? Pues mientras se ven a sí mismos alejados de aquella vida eterna que desean, se lamentan a sí mismos como muertos. La cítara, sin embargo, es un instrumento musical muy alegre. Con este instrumento, sin duda, se figura la palabra de consuelo de los elegidos: porque como nos alegramos al sonido de la cítara, cuando los predicadores elegidos nos consuelan entre las tribulaciones del presente exilio. Por lo tanto, primero se pone el salterio en la promesa de los predicadores: porque antes que nada se debe predicar la gloria del reino celestial; para que mientras reconocemos el bien que amamos, deseemos trabajar para obtener ese mismo bien. De aquí que cuando en el Evangelio Mateo afirmaba los principios de la Encarnación del Señor, decía: "Comenzó Juan a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mateo 4, 17). Pero porque cuando conocemos las cosas celestiales, si queremos llegar a ellas, es necesario que mortifiquemos las pasiones de la carne, los predicadores de la santa Iglesia, como después del salterio, hacen sonar el tamboril. Sin embargo, ¿qué es la mortificación del cuerpo sino la preparación para la bienaventuranza eterna? Por lo tanto, amamos preparar las cosas celestiales, y se nos ordena pedir las con lágrimas ardentísimas. Pues como flauta lloramos a los muertos, cuando lamentamos vehementemente porque aún no vivimos en aquella vida eterna. Después del tamboril, por lo tanto, nuestros predicadores tienen la flauta, cuando nos enseñan a mortificar nuestros miembros y a gemir por el amor de la vida eterna. También llevan la cítara después de la flauta: porque nos enseñan a llorar las tribulaciones del presente exilio, para que nos regocijemos por la promesa de la herencia eterna. Pues el gran profeta sonaba el salterio cuando decía: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo les doy vida eterna" (Juan 10, 27). También tocando el salterio, decía: "Es necesario que el Hijo del Hombre sea exaltado, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Juan 3, 14). Sonaba el tamboril quien decía: "Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, impureza, lujuria, concupiscencia" (Colosenses 3, 5). Sonaba la flauta quien decía: "Sed miserables, llorad, vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza" (Santiago 4, 9). Sonaba el tamboril quien decía: "Por tu causa somos muertos todo el día, somos considerados como ovejas para el matadero" (Salmo 44, 22). En efecto, lleva la flauta delante de sí quien también habla a Dios, diciendo: "Nos alimentará con pan de lágrimas, y nos dará a beber con medida" (Salmo 79, 6). Llevaba la flauta delante de sí el Señor cuando decía: "En verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará, y vosotros os entristeceréis" (Juan 16, 20). Pero como añadiendo el sonido de la cítara, decía: "Vuestra tristeza se convertirá en gozo" (Ibid.). Como si nos sonara la cítara quien decía: "Regocijaos en el Señor siempre, otra vez digo, regocijaos: vuestra modestia sea conocida por todos los hombres; el Señor está cerca" (Filipenses 4, 4). Nos suena la cítara quien

anunciando los bienes de nuestra ciudad, dice: "Se hallará en ella gozo y alegría, acción de gracias y voz de alabanza" (Isaías 51, 3). Porque, en efecto, los predicadores de la santa Iglesia anuncian el reino celestial, y para obtener ese mismo reino, nos ordenan mortificar la carne, llorar la cautividad, y regocijarnos en la esperanza de la futura bienaventuranza: se dice que los profetas que descienden del lugar alto llevan delante de sí un salterio, un tamboril, una flauta y una cítara. Y se dice un grupo de profetas, porque son muchos los pastores de la santa Iglesia, y tienen un solo pastor, el Señor Jesucristo.

17. Y es de notar que se dice que los profetas tenían ante sí el salterio, el tamboril, la flauta y la cítara, para que se vea la forma de los predicadores elegidos. Los réprobos, en cambio, tienen detrás de sí lo que predicán: porque dicen y no hacen, descuidan hacer el bien que conocen. Por eso, al rey Saúl, que ya despreciaba los mandatos del Señor, se le dice: "Porque has rechazado la palabra del Señor, el Señor te ha rechazado para que no seas rey" (1 Sam. 15, 23). De ahí que el Señor se queje de los judíos a través del profeta, diciendo: "Me han arrojado detrás de su cuerpo" (1 Re. 14, 9). Por lo tanto, los santos doctores, porque mantienen el camino de la conversación celestial que predicán con el continuo avance de buenas obras, se dice en su tipo que los profetas descendían con el salterio, el tamboril, la flauta y la cítara ante ellos. Estos instrumentos pueden referirse a la predicación del Redentor. Y porque no hace mucho dijimos que el monte del Señor es el mismo Redentor, contemplemos la conveniencia de los instrumentos. Quien lo nombra rey del reino eterno, ciertamente nos suena como un salterio. Y quien afirma la disciplina de nuestra mortificación en él, golpea como un tamboril. Suena la flauta quien anuncia al Redentor muerto por la salvación del mundo. Toca la cítara quien dice que resucitó de entre los muertos y ascendió a los cielos. Pero nos alegramos con la alegría de tan grandes instrumentos si escuchamos al mismo grupo de profetas resonando. David dice: "De un extremo del cielo es su salida, y su curso hasta el otro extremo" (Sal. 18, 7). De ahí que también diga: "Todos los reyes de la tierra lo adorarán, todas las naciones le servirán" (Sal. 71, 11). Pues como si sostuviera un salterio en alabanza al Redentor, quien obtuvo la parte superior de la alabanza y predicó la venida del Redentor desde el extremo del cielo. Isaías tocó el tamboril de su mortificación, diciendo: "Lo vimos, y no había aspecto en él, y lo deseamos, despreciado y el último de los hombres, varón de dolores, y conocedor de la enfermedad: y como escondido su rostro y despreciado; por lo cual no lo estimamos" (Isa. 53, 3). Sonando la flauta de su muerte, dice: "Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero enmudeció" (Ibid., 7). David, increpando la cítara de la resurrección, dice: "Tiembra toda la tierra ante su presencia, decid entre las naciones: el Señor reina desde el madero: porque ha afirmado el orbe de la tierra, que no será conmovido" (Sal. 95, 10). Tocando también la cítara de la ascensión, dijo: "Reinos de la tierra, cantad a Dios, que asciende sobre los cielos de los cielos hacia el oriente" (Sal. 67, 33-34). Por lo tanto, los profetas descienden de lo alto cuando los santos predicadores nos anuncian aquellos misterios que aprendieron en alta contemplación. Y dicen el salterio, la flauta y la cítara: porque afirman que nuestro Redentor es el Señor del reino eterno, y que, humillado por la condición humana, redime al mundo con su muerte, y resucitando restaura las cosas celestiales. Estos instrumentos de alabanza ciertamente los tienen ante sí: porque entienden lo que dicen. En cambio, Caifás se dice que profetiza (Juan 11), y no entiende lo que dice; cuando toca la flauta de la muerte del Señor, que no tenía ante sí como profeta elegido, sino detrás de sí. Por lo tanto, bien se añade sobre los profetas elegidos: "Y ellos profetizando". Porque mientras ven lo que dicen, tienen como ante sí los instrumentos que tocan; y mientras predicán, pronuncian aquello que conocieron previendo. Saúl, por lo tanto, llega al monte del Señor, cuando el predicador elegido y rudo progresa en la ciencia espiritual, y reconoce al Redentor del género humano no en el plano de la

humanidad, sino en la alta majestad de su divinidad. Entonces, ciertamente, escucha los coros de los profetas cantando juntos: porque entiende perfectamente todas las Escrituras que son sobre él. Quien, por lo tanto, vio a los hombres saltando grandes fosas, quien vio a los cabritos, y panes torcidos, y una ánfora de vino, llega al monte del Señor; cuando aquel que se reconoce haber progresado por los ejemplos de los elegidos, se eleva a la cumbre de la ciencia, y conociendo sublimemente al Redentor, lo ama inefablemente, de quien también desea saber más, como un amigo familiar puede.

18. Bien se añade: "Y el espíritu del Señor se lanzará sobre ti, y profetizarás con ellos". Se dice que el espíritu del Señor se lanza, porque los corazones de los elegidos se llenan repentinamente con sus dones. Quienes inmediatamente comienzan a profetizar: porque quienes están llenos del espíritu divino no pueden callar las maravillas de Dios. O se afirma que profetizará, a quien Samuel promete la gracia de la palabra divina. Lo cual es como si dijera: Quien ahora no puede hablar en esa abundancia del espíritu que viene sobre ti, cuando esa plenitud se haya infundido en ti, abundarás en la capacidad de hablar. Este espíritu que se lanza, el Señor lo prometió a los discípulos, diciendo: "Cuando venga el espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad, y os anunciará lo que ha de venir" (Juan 16, 13). En aquellos sobre quienes el espíritu viene, se lanza, iluminando repentinamente sus corazones (Hechos 2, 2). Y, una vez iluminados, profetizaron, porque predicaron al Redentor del género humano en todas las lenguas. Lo cual ciertamente vemos que aún sucede en la santa Iglesia: porque a menudo quienes desean hablar de lo divino, son enseñados repentinamente por el mismo espíritu, y pueden hablar excelentemente incluso de lo que no aprendieron con ninguna premeditación. Por la custodia de los mandamientos de Dios, reciben la gracia de la palabra en la sublime revelación del Redentor. ¿Qué maravilla, pues, si pueden percibir repentinamente la luz de la ciencia, quienes por la pureza de vida son siempre sede del santo Espíritu? Pero, ¿qué sería el don del santo Espíritu si diera ciencia y no diera el afecto de gran caridad? Porque quienes están llenos de ese espíritu, predicán las cosas celestiales, pero aman lo que hablan. Por lo tanto, adecuadamente añade: "Y serás transformado en otro hombre". ¿Qué es el amor de una mente elegida sino la transformación de la antigüedad? Porque nuestra naturaleza, condenada por la caída del primer hombre, está destinada a decaer diariamente, y al decaer, envejece. Pero quienes en nosotros mismos decaemos, cuando ese espíritu se lanza sobre nosotros, somos renovados: porque inmediatamente nos convertimos en lo que no éramos. Alguien era tibio, pero repentinamente visitado por el espíritu, se vuelve ferviente. Comienza a arder por la devoción, a ejercitarse vigorosamente en la buena obra. Por lo tanto, se ha transformado en otro hombre: porque comenzó a ser lo que antes del espíritu que se lanza sobre él, no podía ser. Ya alguien es de buena conversación, ama las cosas celestiales, desprecia las terrenales, pero no puede llorar por lo que ama en lo alto y por lo que odia en lo bajo. A menudo desea llorar y no puede, quien recuerda haber cometido muchas cosas por las que debería llorar: pero cuando repentinamente ese espíritu se lanza, estalla en fuentes de lágrimas. Por lo tanto, se transforma en otro hombre, quien recibe la gracia de la compunción por el espíritu que viene, que antes de la venida de ese mismo espíritu no tenía. Alguien desea obtener la pureza del corazón, pensar en las cosas celestiales, no ser impedido por ninguna interrupción de las preocupaciones seculares; pero no puede elevarse a lo que desea por devoción, por el afecto de la pureza. Sin embargo, repentinamente arrebatado por la virtud del espíritu que viene, deja de ser carnal, rechaza poderosamente las preocupaciones del mundo, y se eleva con maravillosa pureza a la contemplación de las cosas eternas. Se maravilla entonces de ser lo que no era: se maravilla entonces de no haber sido lo que es. Porque cuando se ve a sí mismo en las cosas espirituales, se maravilla de ser tal, que no pudo haber sido tal. Por lo tanto, se transforma en otro hombre, quien ve que es lo que no fue, y que no es lo que fue. Bien, pues, de Saúl: "Serás transformado en otro hombre". Porque

los predicadores de la santa Iglesia, cuando reciben la gracia de la divina predicación, no reciben solo la ciencia de la palabra, sino la virtud del amor: para que puedan ser útiles a otros por la palabra, y por el amor de la palabra se hagan mejores ellos mismos. Porque cuando hablan, se transforman en otro hombre: porque cuando el espíritu habla a través de ellos, se unen con maravillosa caridad a ese mismo espíritu, y ya no disienten de su voluntad ni en palabra ni en obra. Tal hombre, en efecto, la sagrada Escritura lo alaba, diciendo: "El que se une al Señor, es un solo espíritu" (1 Cor. 6, 17). Porque nos unimos a Dios cuando recibimos abundantemente la gracia del Espíritu Santo; y nos hacemos un solo espíritu con él, cuando concordamos con la voluntad divina en mente, palabra y obra. Bien, pues, el profeta Samuel añadió, diciendo:

(Vers. 7.) "Cuando te vengan todas estas señales, haz lo que encuentres a mano: porque el Señor está contigo".

19. Estas son, en efecto, las señales en las que el predicador se reconoce a sí mismo, y entonces se atreve a hacer todo lo que dispone, cuando con cierta experiencia sabe; porque en la gran abundancia de caridad recibe la virtud del Espíritu Santo. Pero el predicador debe enseñar lo que hace, como Lucas dice del Señor: "Porque Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que, dando instrucciones a los apóstoles por el Espíritu Santo, a quienes eligió, fue llevado" (Hechos 1, 1-2). De ahí que Pablo diga: "No me atrevo a hablar de lo que no ha hecho Dios por mí, en la obediencia de los gentiles con palabra y hechos" (Rom. 15, 18). Por lo tanto, Samuel ordena al rey ungido, diciendo: "Haz lo que encuentres a mano". Como si dijera: Cuando te veas lleno de la gracia divina, enseña a otros todo lo que haces, porque con esa misma gracia divina que preside sobre ti, tienes tanto para vivir óptimamente como para predicar útilmente. Pero, sin embargo, lo que debe observar antes de todo esto, lo añade, diciendo:

(Vers. 8.) "Y descenderás delante de mí a Guilgal. Porque yo descenderé a ti, para que ofrezcas oblación, y sacrifiques víctimas pacíficas. Me esperarás siete días, hasta que venga y te muestre lo que debes hacer".

20. ¿Qué significa que primero dice: "Haz lo que encuentres a mano", y luego añade: "Me esperarás siete días, hasta que venga y te muestre lo que debes hacer"? Pero quien había recibido las señales por las cuales sabía que era ungido rey por el Señor, debía ser probado si reconocía esas mismas señales. Lo cual, en efecto, conviene más a la explicación espiritual que a la histórica. Pues dijimos que venir al monte del Señor pertenece al perfecto conocimiento y amor del Redentor: ser llenado con el don de la profecía, a la virtud del Espíritu Santo. Dice, por lo tanto: "Cuando te vengan todas estas señales, haz lo que encuentres a mano". Porque quien está seguro de la íntima inspiración del santo Espíritu, puede presumir tanto del propósito de la buena obra como de la disposición de la predicación. Dijo también: "Me esperarás siete días, hasta que venga; y te mostraré lo que debes hacer". Porque los sumos pastores de la santa Iglesia, mientras dudan del progreso de los menores, están muy solícitos para reconocerlo en ellos con ciertos indicios. ¿Cuáles son, pues, los indicios del espíritu, sino los dones excelsos de la humildad? Porque el santo Espíritu, cuanto más irradia los corazones de los elegidos con la luz de las virtudes, tanto más los enriquece con el don abundante de la humildad. Porque cuanto más altos son en méritos, más llanos son por la virtud de la humildad. Por lo tanto, quien es mandado a descender ante el profeta en Guilgal y esperar, ciertamente se le impone la carga de la obediencia para conocer la humildad. También es el orden recto de la conversación elegida, que no imponga la obediencia a otros, quien no se ha preocupado de ofrecerla a otros. Por lo tanto, se le manda esperar, para que se reconozca si es verdaderamente humilde. Si, por lo tanto, la señal del

predicador perfecto es la plenitud del santo Espíritu, y la virtud de la humildad es la señal de esa plenitud, ¿qué se dice en alabanza de la humildad, sino que sus dones son señales de señales?

21. Pero porque el rey que va a inmolar es mandado a preceder por el profeta, lo que se dice se ve mejor si se considera en orden. Guilgal, en efecto, se interpreta como rueda. ¿Qué significa la rueda en este lugar, sino la vida de los obedientes? La rueda, en efecto, avanza girando, y a veces busca lo alto, a veces lo inferior. Así, ciertamente, la vida de los obedientes, porque actúa en lo inferior lo que eleva hacia lo alto, y ve en lo alto lo que exhibe en lo inferior, como si se elevara a lo alto y se depositara en lo bajo. Porque lo que los obedientes actúan en lo inferior, lo elevan hacia lo alto; porque cuando obedecen a las órdenes de los superiores, son cosas terrenales las que obran; pero de las cosas terrenales que hacen, esperan las recompensas celestiales. También lo que tienen en lo alto, lo inclinan hacia la tierra, porque para obrar bien las cosas terrenales, contemplan las celestiales, y solo obran lo que ven que conviene a esa suma felicidad. El Señor, mandando a Moisés a girar esta rueda, dice: "Haz todo como se te mostró en el monte" (Éx. 25, 40). Porque quien vio en lo alto lo que hizo en lo bajo, ciertamente inclinó la parte superior de la rueda hacia la tierra. También había elevado la parte inferior hacia lo alto, quien decía: "Vive el Señor en cuya presencia estoy" (1 Re. 17, 1). En lo bajo, en efecto, estaba por la humildad de la obediencia, mientras reprochaba al rey pérfido; pero elevó la planicie de la obra en la sublimidad de la contemplación divina, para que, como una rueda en movimiento, girara óptimamente, mientras en la obra terrenal miraba lo que merecía celestialmente. Esta es, en efecto, la forma de la obediencia elegida; para que en todo lo que hacemos exteriormente, miremos en todas partes al poder del Creador siempre presente. Así, ciertamente, en la sumisión de nuestra obediencia podemos tener tanto la rectitud de la obra como el incremento de la devoción. Somos rectos, en efecto, entonces en la obra, porque por aquel a quien vemos, nos ejercitamos en el trabajo de la obediencia. También somos devotos, porque creemos agradar a aquel a quien consideramos inspector de nuestros trabajos y dador de la retribución eterna. Y porque los mandatos de los superiores deben observarse con perfecta humildad, bien se dice a Saúl: "Me esperarás siete días". El número siete, en efecto, es por los dones del Espíritu septiforme. Esperamos a los doctores de la Iglesia siete días, cuando por la virtud del Espíritu septiforme recibimos tanta claridad de devoción íntima, que de ninguna manera descuidamos sus preceptos. En este lugar, es de notar que no dijo: "Estarás en Guilgal siete días", sino: "Me esperarás siete días, después de haber descendido ante mí". Descendemos ante el predicador, cuando hacemos lo que nos es mandado por su juicio. Entonces, ciertamente, se dice que descendemos, porque sometemos nuestras mentes a su mandato. Esperar siete días es llenar con toda la luz del corazón el bien de la obediencia. Lo cual ciertamente hacemos cuando no pasamos por alto los mandatos de los superiores, ni duros ni leves. Porque el Señor no quiso que ningún día estuviera vacío de esta luz, cuando decía: "Quien quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos" (Mat. 5, 19). Y porque la perfecta obediencia que mostramos a los hombres es un don del Creador; quien espera siete días se dice que ofrece oblación y sacrifica víctimas pacíficas. La oblación, en efecto, es del Señor porque se ofrece a los hombres por Dios, pero lo ofrecido a los hombres es recibido por Dios. Las víctimas son los servicios de los obedientes, porque cuando nos sometemos a los hombres por Dios, vencemos a los espíritus soberbios. Con las demás virtudes, en efecto, combatimos a los demonios, pero por la obediencia los vencemos. Son, por lo tanto, victoriosos quienes obedecen, porque mientras someten perfectamente su voluntad a otros, ellos mismos dominan a los ángeles caídos por la obediencia.

22. Pero es de notar que Samuel manda a Saúl descender ante él a Guilgal, pero no quiso que ofreciera oblación y víctimas sin él. Porque dijo: "Yo descenderé a ti para que ofrezcas oblación, y sacrifiques víctimas pacíficas. Me esperarás siete días, hasta que venga a ti, y te muestre lo que debes hacer". ¿Qué es esto sino que nuestros propios bienes debemos a veces ignorar sabiamente, y a veces conocer útilmente? Deben ser ignorados, en efecto, para que no nos proporcionen soberbia en nuestra debilidad: pero deben ser conocidos por los más perfectos, para que crezcan por la devoción. Por eso bien se dice en el Evangelio de Isabel embarazada: "Y se ocultaba cinco meses" (Luc. 1, 24). Porque quienes aún no pueden ser espirituales y fuertes, se designan por el número cinco. Quien, en efecto, concibe recientemente, se oculta cinco meses: porque obra bien por los sentidos del cuerpo: pero porque aún no es espiritual y fuerte en esta buena obra, sabiamente oculta lo que hace. Por lo tanto, ofrece víctimas a Dios, ofrece oblación, quien espera siete días recibiendo al profeta que viene: porque entonces es digno de Dios lo que ofrece, cuando ofreciendo es justo por la virtud de la obediencia, y temeroso por la consideración de la inmensidad divina; cuando no cree ser otra cosa que lo que reconoce por la prueba de los superiores. Porque, en efecto, ofrecemos como en presencia del profeta, cuando creemos que nuestras obras son dignas de la aceptación divina solo cuando son aprobadas por el juicio de los santos predicadores. Y porque se dice que inmola en presencia del profeta, esto ciertamente significa: porque debemos confiar nuestras obras a hombres sabios y espirituales. Porque también Saúl espera siete días, el predicador de la santa Iglesia debe disponer sabiamente la virtud del sujeto, para que no alabe sus bienes en su presencia, sino cuando puede despreciar el favor de su alabanza. Por eso también se dice que la oblación y las víctimas se ofrecen a Dios por Saúl, y no a sí mismo. Porque ofrece víctimas a Dios, quien no se ensalza vanamente por la virtud que tiene, sino que atribuye todo lo que perfecciona a la gracia del Creador. Esto también, porque lo aprendemos por el magisterio de los doctores, bien Samuel concluyendo el discurso, dice: "Y te mostraré lo que debes hacer". Al que espera, en efecto, le indica lo que debe hacer: cuando aquel que se reconoce perfectamente obediente, es enseñado cómo debe mandar a otros. Pero esto aún no se concede a Saúl, sino que se le promete. No se le envía a inmolar, sino a esperar. Y porque progresamos con la conversación de los santos, adecuadamente se añade.

(Vers. 9.) "Por lo tanto, cuando volvió su hombro para apartarse de Samuel, Dios le cambió el corazón por otro".

23. Porque el corazón se transforma cuando se dirige a desear cosas mejores; también se transforma cuando se abandona al mal. En Saúl, quien fue bueno al principio y luego malo, no está muy claro cómo debe entenderse literalmente. Pero si se dice por su progreso, tenía un corazón transformado, porque quien buscaba asnos, ya pensaba en la disposición del reino. Si se reconoce que recibió un corazón malo, fue humilde ante el profeta; pero al comenzar a alejarse, también comenzó a enorgullecerse. En su mente ya no se consideraba pequeño, sino rey. Aún no era sublime en orden, pero sí en estimación. Pero como en esta sagrada historia aún no se dice abiertamente nada sobre su orgullo, también actuamos más correctamente si por ahora callamos lo que puede parecer negativo sobre él. Lo que aún puede apoyar su inocencia se dice en lo siguiente: Porque Saúl tenía un año cuando comenzó a reinar, y reinó dos años sobre Israel (I Sam. XIII, 1). Si durante dos años fue un rey humilde, se afirma que su corazón fue transformado por la firmeza de su propósito, no por la novedad de su soberbia. Por lo tanto, en lo que se dice que Saúl tenía un corazón transformado, se asemeja a los nuevos predicadores de la santa Iglesia, quienes, al recibir el orden de la predicación, se vuelven mejores por la gracia divina. Samuel ungió a Saúl como príncipe, pero Dios le transformó el corazón, porque recibimos los sacramentos de los órdenes sagrados

externamente de los doctores de la Iglesia, pero por la virtud de los sacramentos somos fortalecidos interiormente por el Dios omnipotente. La virtud del sacramento es la gracia del espíritu septiforme. Aquellos que ciertamente reciben esta gracia, se transforman como si recibieran otro corazón, porque el Espíritu Santo, al fortalecerlos con su gracia, los hace ser inmediatamente lo que no eran. Así, sin duda, los discípulos del Redentor antes temían; pero cuando por la venida del Espíritu Santo se les transformó el corazón, predicaban la palabra de Dios con confianza (Hech. IV, 31). Dios les transformó el corazón, otorgándoles el conocimiento de todas las lenguas (Hech. II, 6). Les transformó el corazón al revestirlos de un amor admirable y al iluminarlos con el esplendor de todas las virtudes. Y es de notar que Dios le transformó el corazón cuando se apartó del profeta. Como si al irse, se apartara del hombro, cuando quien recibe el orden de la predicación dispone hacer lo que se le encomienda del oficio pastoral. Lo dispone, pero no prevalece, si Dios no le transforma el corazón, porque el lugar supremo no se gobierna bien, a menos que la mente del rector se llene de la suma gracia del don divino. Esto, porque se le promete en el futuro, se añade:

(Vers. 10.) Y le vinieron todas estas señales en aquel día.

24. La doctrina del predicador elegido, ¿qué es sino el día del discípulo instruido? Porque quien camina de día, ve tanto el camino llano por donde andar, como los precipicios que debe evitar. Así, sin duda, mientras somos iluminados por las doctrinas de los santos predicadores, vemos claramente lo que se debe hacer y lo que se debe evitar. En aquel día en que el profeta predica, el buen oyente percibe las señales de su elección, quien en sí mismo contempla los dones de las virtudes que su predicador le mostró que tendría. Son señales, porque por ellas entienden que son elegidos por Dios quienes son promovidos al orden de la predicación. Por tanto, nadie se considere ungido para el principado de la Iglesia, si no ha visto las señales de aquel día en la virtud de la perfección. Por tanto, observe atentamente la primera señal, a saber, si ya sabe saltar grandes fosas siguiendo el ejemplo de los hombres. También reconozca la siguiente señal, si al llegar al encinar de Tabor encontró tres hombres que llevaban cabritos y panes redondos a Betel, a la casa del Señor, y si tomó dos panes de sus manos. Asimismo, vea la tercera señal, si llegó al collado del Señor, si vio grupos de profetas, si el espíritu del Señor se apoderó de él y ya puede profetizar en medio de ellos. Y vio a los hombres saltando fosas, si ya aprendió a refutar todo lo mundano siguiendo el ejemplo de los perfectos. Llegó al encinar de Tabor, si ya sabe experimentar la fortaleza y la amenidad de la vida contemplativa. En la cual vio a quienes llevaban cabritos, panes redondos y vino al Señor, porque ya aprendió de los amantes de la vida contemplativa a reconocerse continuamente como pecador, a afligir su carne por esos mismos pecados, y a ofrecer con gratitud a Dios omnipotente el dolor de su aflicción. Llegó al collado del Señor, si ascendió progresando a la revelada gloria íntima del Redentor o al sublime entendimiento de las Escrituras. Tuvo el grupo de profetas a su encuentro, si entendió la concorde sabiduría de los predicadores de la santa Iglesia. Sintió en medio de ellos al espíritu del Señor que se apoderó de él, en aquella inefable dulzura de la experiencia interna reconoció en sí mismo el don de la divinidad que sobrevenía, y derramó la abundancia de la gracia conocida hablando. Cada vez que los santos predicadores nos muestran esto a nosotros, imperfectos, a través de la doctrina con la que nos iluminan, es como si produjeran un día clarísimo. Y todos estos ya promovidos predicadores, lo saben por los que los ordenan.

25. Por tanto, como tienen el día de las señales, atiendan saludablemente si ya ven las señales prometidas. Porque quien aún no ha aprendido a despreciar la gloria del mundo, pudo haber oído la primera señal prometida, pero no la ha visto mostrada. Si desconoce la fortaleza y la dulzura de la vida contemplativa, no ha merecido ver el bien de la siguiente señal. Si no ha ascendido al collado del Señor por el conocimiento íntimo de la erudición, aún no ha llegado.

Si aún no tiene la virtud del Espíritu Santo que sobreviene en él, no puede profetizar. Sin ese espíritu, el pastor es carnal, y lo que habla no puede referirse a la dignidad de la predicación, sino a la osadía de la temeridad. ¿Con qué temor, entonces, podemos ser aterrorizados nosotros, miserables? He aquí que hemos asumido la guía de otros, sin tener la virtud del gobierno asumido. Hemos oído las señales de la prelación espiritual que no vemos en nosotros por la luz de la experiencia. Codiciamos lo terrenal, estamos ocupados en preocupaciones exteriores, y cuanto más nos agobiamos con la preocupación de los actos terrenales, más lejos somos repelidos de la contemplación celestial. Aplastados por esta carga de la vida terrenal, ¿cuándo podemos alcanzar aquel esplendor de la gloria íntima del Redentor, cuándo podemos llegar a los altísimos sentidos de las santas Escrituras? Y tampoco podemos hablar de las cosas celestiales que desconocemos como si fueran conocidas. Y quienes no queremos vacar en el amor de la vida interna por la quietud, no sentimos al espíritu del Señor que se apodera de nosotros. Por tanto, las señales conocidas y no poseídas nos aterran: para que, cuando nos compungimos por la inmensidad de nuestra negligencia, busquemos la virtud del orden asumido a través de lágrimas y lamentos. De aquí el salmista deplora con la voz de los enfermos diciendo: No hemos visto vuestras señales, ya no hay profeta (Sal. LXXIII, 9). Porque hay profeta, cuando ya se prevé que estas señales de profecía están presentes en él. Por tanto, si es asumido al culmen de la prelación, no se tenga por lo que es en la altura del orden, sino por lo que es en la virtud de la perfección. Diga, entonces: No hemos visto vuestras señales, ya no hay profeta. Como si dijera: Diría que ahora soy profeta, si viera los dones del espíritu, con los que debe brillar la persona del profeta. Por tanto, quien ha oído la perfección del orden pastoral asumido, que no ha merecido obtener en sí mismo viviendo, no es idóneo para ser doctor de la santa Iglesia. En el primer rey, se muestra el progreso de todos los pastores de la santa Iglesia, cuando se dice: Le vinieron todas estas señales en aquel día. Y porque ese mismo progreso de los predicadores elegidos es admirable, sigue:

(Vers. 11.) Viéndolo, sin embargo, aquellos que lo conocían ayer y anteayer, que estaba con los profetas y profetizaba, se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto que le ha sucedido al hijo de Cis? ¿Está Saúl entre los profetas?

26. ¿Qué es lo que dicen: ¿Qué es esto que le ha sucedido?, sino admirarse mucho de lo que no podían comprender? Conocían al hombre como hijo de hombre, lo veían asociado a los profetas: lo conocían carnal, lo veían espiritual: lo conocían simple, lo veían profeta. Dicen, entonces: ¿Qué le ha sucedido al hijo de Cis? Podían conocer lo que había sido: ignoraban cómo podía ser lo que era. Este, en definitiva, es el progreso del predicador espiritual, para que quien alguna vez fue conocido en la vida común, en el orden superior tenga lo que se desconozca. Se han mostrado tres grados de perfección, porque dice: Ayer y anteayer. En dos días, ciertamente, se reconoce al predicador, en el tercero tiene lo que incluso aquellos que lo conocían no reconocen. El primer día pertenece a los oyentes, el segundo a los compañeros, el tercero es de la predicación. El pastor tuvo el primer día, cuando obedeció a sus prelados como discípulo. Como si se viera en gran luz, quien es devoto en la virtud de la obediencia. Tuvo el segundo día, cuando ya comenzó a ser colaborador de los mejores. Esta claridad de gran conversación, en el ejemplo de los elegidos, hace un gran día. El Señor, al aludir a este día, dice: Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). El tercer día es del espíritu que se apodera y de la profecía. En el tercer día, ciertamente, se ve al pastor, cuando iguala la sublimidad de su dignidad con el esplendor de su conversación, cuando revestido de virtud celestial, brilla con esa vida y esa doctrina ante los súbditos, de modo que pueda ser visto por ellos, pero no discutido ni juzgado. Tal era Moisés, cuando descendió del monte con el rostro

resplandeciente, cuyos súbditos veían el resplandor, pero no podían fijar la vista en la claridad resplandeciente (Éxod. XXXIV, 35; I Cor. III, 7). Tal era quien se gloriaba diciendo: Nosotros, con el rostro descubierto, contemplando la gloria de Dios, somos transformados en la misma imagen, como por el espíritu del Señor (I Cor. III, 18). Tales eran, sin duda, aquellos que el Espíritu Santo había llenado. Por eso, quienes se reunieron en Jerusalén, admirados, dicen: ¿No son galileos todos estos que hablan? (Hech. II, 7). Preguntaban, ciertamente, para saber lo que oían, y no podían saberlo. Quienes conocían a Saúl, admirados, preguntan sobre lo que le ha sucedido; porque a veces vemos en el orden más humilde de la santa Iglesia a aquellos que el Espíritu Santo, al asumirlos al orden de la predicación, los reviste con los esplendores de sus gracias y los muestra admirables en esos mismos esplendores. Pero bien admiramos las virtudes de los santos, cuando las atribuimos a la bondad del Creador. Por eso Moisés, confesando al Señor, dice: ¿Quién como tú entre los dioses, Señor, quién como tú glorioso en santidad, admirable en majestad, haciendo prodigios? (Éxod. XV, 11). De aquí el salmista dice: Admirable es Dios en sus santos, él dará poder y fortaleza a su pueblo (Sal. LXVII, 36). Bien se añade:

(Vers. 12.) Respondió uno a otro, diciendo: ¿Y quién es su padre?

27. ¿Qué es lo que hasta ahora se decía solo de Saúl: ¿Qué le ha sucedido al hijo de Cis?, y ahora se responde como de muchos: ¿Y quién es su padre? Pero si se entiende históricamente, de ningún modo puede sostenerse. Resta, entonces, que el sentido que se quita a la letra se busque en la significación espiritual. Cuando se dice: ¿Quién es su padre?, no solo se atiende a Saúl profetizando, sino a todo ese grupo de profetas. Estos profetas, ciertamente, porque eran muy espirituales, no se consideraban de progenie carnal, sino de origen celestial. El padre de los profetas es aquel que, por medio de Malaquías, pregunta: Si soy Señor, ¿dónde está mi temor? Y si soy padre, ¿dónde está mi amor? (Mal. I, 6). Porque están unidos a Dios omnipotente en gran caridad, son llamados hijos de aquel a quien aman como padre. Lo cual conviene tanto más a los nuevos predicadores de la Iglesia cuanto más alto los ha elevado a la nobleza celestial, quien les reveló la claridad de tan gran linaje en la forma de la oración. Así, dice, oraréis: Padre nuestro que estás en los cielos (Mat. VI, 9). Lo cual es como si dijera: Serían admirables los santos predicadores, si lo que hacen maravillosamente lo realizaran por su propia virtud: ahora no es de extrañar lo que se ve; porque por ellos actúa aquel a quien nada le parece difícil. Diga, entonces, uno a otro: ¿Y quién es su padre? Como si dijera: ¿Qué de extraño hay si enseñan maravillosamente, cuando no son ellos quienes hablan, sino el espíritu de su padre quien habla en ellos? No se dice, entonces: ¿Quién es su padre? (Juan VI, 42). Para que lo que conviene a muchos hijos no se atribuya a uno solo. Solo aquel que es Hijo por naturaleza se atreve a decir: Mi Padre hasta ahora trabaja (Juan V, 17). Y también: El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Sal. II, 7). Para mostrar la diferencia de ambas dignidades, habla a María Magdalena, diciendo: Subo a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y a vuestro Dios (Juan XX, 17). Por tanto, cada vez que se ve a un predicador claro por su vida o predicación admirable, no se le ve solo en la generación celestial, sino con otros innumerables; porque el Dios omnipotente, que se muestra admirable en uno, hace una admiración mucho mayor cuando se ven innumerables que tienen lo que admiran en uno. Sin embargo, esto puede referirse convenientemente a la detracción de los carnales: porque cuando intentan disminuir la fama de los hombres espirituales, exploran sus cosas carnales para proferirlas en detracción. Y a menudo en la santa Iglesia tienen una fama admirable de santidad quienes no tienen ninguna altura secular. Por tanto, cuando algunos carnales reprenden en ellos el origen de la carne o la pobreza, quienes ya son grandes y ricos por la generación divina, casi burlándose, preguntan por el padre de los profetas. Y porque lo

tienen por cosa muy nueva que hombres pequeños del mundo puedan parecer tan grandes, se añade:

250 (Ibidem.) Por eso se convirtió en proverbio: ¿Está Saúl entre los profetas?

28. Lo cual, si lo miraran con los ojos del corazón, no lo tendrían por cosa nueva. Porque el Espíritu Santo actúa según su costumbre, cuando eleva a los pobres, humildes y simples al culmen de las virtudes. Porque de él está escrito: Que pone a los humildes en lo alto, y levanta a los afligidos con salud (Job V, 11). De aquí el Padre omnipotente dice de su Espíritu omnipotente por el profeta: ¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde, y el tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras? (Isa. LXVI, 2). De aquí Pablo dice: No muchos sabios según la carne, no muchos nobles, sino que Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los fuertes; y Dios eligió lo ignoble del mundo para destruir lo que es, para que ninguna carne se gloríe en su presencia (I Cor. I, 26, etc.). Este proverbio ciertamente también puede atribuirse a los elegidos. No fue menor la admiración sobre el apóstol Pablo, cuando se oyó en la Iglesia que él, quien solía atacar a la Iglesia con amenazas y golpes, ahora la defendía predicando. Entonces, ciertamente, quienes oían podían decir: ¿Está Saulo entre los apóstoles? ¿Acaso predica a Jesús quien solía perseguir a Jesús? Pero esto ya se ha convertido en proverbio de los elegidos. Un proverbio es, ciertamente, cuando en lo que se dice se oculta otra cosa. La conversión del apóstol Pablo se convirtió en proverbio del pecador. Por tanto, que cada pecador oiga la conversión del apóstol Pablo, y no desespere por la multitud de sus crímenes. Porque Saulo, respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, afligía a los elegidos por todas partes, guardaba las vestiduras de los que apedreaban al protomártir Esteban, y como si apedreara con las manos de todos, hacía que todos estuvieran listos para apedrear (Hech. IX, 1 ss.). Pero quien fue tal persiguiendo a Cristo, convertido a Cristo, se convirtió en cabeza de las naciones, porque obtuvo el principado de toda la Iglesia. Al ver que un pecador tan grande fue convertido y honrado por el Señor con tan sublime dignidad, presumamos que podemos encontrar el perdón de nuestros pecados. Por tanto, nuestro proverbio es que el perseguidor es asumido para evangelizar, lo cual contiene este misterio; porque el pecador convertido no solo puede esperar el perdón del Señor, sino que, luchando valientemente, puede alcanzar la corona. Pero esto suele diferenciar a los predicadores carnales de los espirituales, porque los carnales, después de las altas palabras de la predicación, descienden a las profundidades de la mala obra, mientras que los espirituales, después de lo sublime que hablan, se elevan mucho en los deseos celestiales de la patria. Por eso se añade:

(Vers. 13.) Sin embargo, cesó de profetizar y llegó al lugar alto.

29. Llega al lugar alto después del ministerio de la profecía, quien eleva su mente a los gozos celestiales que predica: y se eleva amando a lo que muestra hablando. Los doctores, ciertamente, predicán cosas llanas a los menores, y con aquellos a quienes enseñan, están como en lo llano. Y porque después de las palabras de la predicación se preparan con buenas obras para merecer lo que predicán, se dice que llegan al lugar alto. Quienes ciertamente son sublimes en palabra y obra, no lo son en pensamiento de altivez. Siempre hacen cosas grandes, pero nunca desean parecer grandes. Bien se añade:

(Vers. 14, 15 y 16.) Dijo, sin embargo, el tío de Saúl a él y a su siervo: ¿A dónde fuisteis? Quienes respondieron: A buscar las asnas, que cuando no las encontramos, vinimos a Samuel. Y le dijo su tío: Indícame qué te dijo Samuel. Y Saúl dijo a su tío: Nos indicó que las asnas fueron halladas. Pero no le indicó el asunto del reino, que Samuel le había hablado.

30. El sermón del reino es la dignidad honorable del pastorado. Pues habla por su propia representación: porque no es un tío quien es elevado a tan alto orden. Por lo tanto, el rey no indica la palabra del reino: porque el pastor de la Iglesia habla con gran esplendor de divinidad, pero no habla con altivez. Quien no indica la palabra, oculta lo que habla. Pues siempre habla quien tiene la palabra, de lo contrario, no es palabra. Por lo tanto, tiene la palabra del reino quien brilla con esa conducta que ofrece a otros ejemplos del camino celestial, como si hablara. Por lo tanto, no indica la palabra quien no revela la grandeza de la santidad por vana gloria. Tiene ciertamente algo que indicar, pero no quiere indicar lo que se muestra por sí mismo. Pues quien resplandece con gran dignidad y gran santidad, muestra muchas cosas viviendo que no dice hablando. Sin duda, el Señor quiso que el predicador tuviera esta palabra del reino, cuando mandó que se pusieran campanillas en la vestidura del pontífice (Éxodo XXVIII, 34). La vestidura del pontífice es la manifestación de la buena conducta. Esta se inserta como con muchas campanillas, cuando multiplica las buenas obras que claman como ejemplo para los menores. Pero el rey no se atreve a indicar la palabra del reino: porque se ordena a los sacerdotes que lleven la belleza de la vestidura ante el Señor. Ante el Señor, ciertamente, lleva la belleza de la vestidura quien muestra lo bueno, y desea agradar a Dios internamente por amor, no a los hombres externamente por vanidad. Entonces, ciertamente, el sacerdote calla, pero mientras avanza, lo que lleva clama; porque el predicador elegido no se indica jactándose, sino que no cesa de hablar viviendo bien. Por lo tanto, se dice de Saúl que no indicó a su tío la palabra del reino: porque los hombres elegidos, cuando perciben el esplendor de la dignidad o los incrementos de la buena vida, se manifiestan por ejemplos, pero ocultan en silencio. Y porque creen ser menores en méritos que otros elegidos, aquel a quien no indica la palabra se dice que es su tío. Pues el tío se dice hermano del padre. Sin embargo, el Redentor del género humano, a cuantos instruye con los sacramentos de su fe y doctrina, hace tantos hijos para la gloria imperecedera de la herencia eterna. Pues quienes son instruidos en la Iglesia, son como hijos aún pequeños. Pero quien ya con grandes méritos se presenta como hombre perfecto, es hermano del Redentor. Tales, sin duda, el bienaventurado apóstol Pablo alabando, dice: Herederos de Dios, coherederos de Cristo (Romanos VIII, 17). Por lo tanto, porque los predicadores perfectos consideran a otros elegidos perfectos y a sí mismos imperfectos, se dice que el tío de Saúl le preguntó sobre la palabra del reino. Sin embargo, Saúl había sido informado de la palabra del reino por Samuel: porque los hombres elegidos aprenden la conversación espiritual que tienen por la locución de los mayores. Pero el rey que había sido iniciado por la unción, aún no era elegido por el pueblo. Por lo tanto, sigue:

(Vers. 17.) Samuel convocó al pueblo ante el Señor en Masfat.

31. Masfat, como dije, se interpreta como observación. En la ordenación del rey, el pueblo es convocado en Masfat, porque quienes se reúnen para ordenar al pastor de la santa Iglesia, se les enseña a atender a sus aspectos espirituales, no carnales. Observar es conocer al predicador que ha de ser ordenado a través de la forma de la Sagrada Escritura. Pues la Sagrada Escritura es el espejo de los elegidos. Como si a través del espejo se conociera al pastor, cuando se muestra con costumbres tales como se predica en el sagrado discurso. Por lo tanto, Samuel convoca al pueblo en Masfat, para que la elección de un buen obispo no sea por juicio humano, sino divino: cuando no se elige a alguien que pueda ser determinado por el criterio de los hombres, sino como se declara en el sagrado discurso. Porque esto es un don divino, es necesario que el pueblo, que se conoce a sí mismo esperando cosas tan grandes de Dios, se purifique de su culpa mediante la satisfacción de la penitencia. El mismo conocimiento del pecado es preparación para el don divino, porque a menudo, cuando nos creemos indignos del don divino, lo merecemos por humildad. Por lo tanto, Samuel se

esfuerzo por convertir primero a la consideración de sus pecados a aquellos que se habían reunido para recibir al rey, porque se añade:

(Vers. 18, 19.) Y Samuel dijo a los hijos de Israel: Así dice el Señor Dios de Israel: Yo saqué a Israel de Egipto, y os libré de la mano de todos los reyes que os afligían. Pero vosotros hoy habéis rechazado al Señor vuestro Dios, que os ha salvado de todos vuestros males y tribulaciones, y habéis dicho: No, sino que habrá un rey sobre nosotros.

32. Con atención les muestra tanto los bienes que el Señor les ha otorgado como los males que ellos han hecho al Señor, para que reconozcan que han pecado más gravemente cuanto más se han atrevido a ofender pecando a aquel de quien han recibido tantos bienes. Qué significa rechazar al Señor, y cómo debe entenderse según la letra y según el sentido espiritual, se ha expuesto ampliamente antes (Arriba en la exposición del vers. 7, cap. VIII), donde el Señor dice a Samuel: No te han rechazado a ti, sino a mí, según todas sus obras, que han hecho desde el día en que los saqué de la tierra de Egipto. Pero porque los santos predicadores instruyen enseñando a aquellos a quienes hieren con reproches, añadió diciendo:

(Vers. 19.) Ahora pues, estad ante el Señor por tribus y familias.

33. Se nos ordena estar ante el Señor, cuando por mandato de los mayores preparamos nuestros corazones para conocer sus mandamientos. O los elegidos están ante el Señor, cuando son considerados por los hombres más altos en las virtudes espirituales: para que quien se vea mejor entre ellos, sea preferido a los demás por el cuidado pastoral. Y porque hay muchos órdenes de fieles, se les ordena estar ante el Señor por tribus y familias. Lo cual, desarrollando más ampliamente, añade diciendo:

(Vers. 20, 21.) Y Samuel hizo acercarse a todas las tribus de Israel, y cayó la suerte sobre la tribu de Benjamín, y acercó a la tribu de Benjamín y sus familias, y cayó la suerte sobre la familia de Matri, y llegó hasta el hijo de Cis.

34. Hizo que todos estuvieran de pie por tribus y familias; para considerar a todos, y habiendo considerado a todos, elegir al más útil. Pero porque él ya, revelándolo el Señor, conocía al rey, y por mandato de él lo había ungido como príncipe, ¿qué significa que aún se busque al elegido por tribus y familias? pero el rey había sido encontrado solo por el profeta. Por lo tanto, el encontrado es buscado, para que no sea encontrado por el pueblo como no encontrado. También se busca por suerte, para que el pueblo no pueda dudar de que aquel a quien el profeta elige ha sido provisto por disposición divina. ¿Qué se significa entonces en este hecho, sino que los príncipes de la santa Iglesia deben ser elegidos con mucha consideración? Pues los sumos predicadores, por la gracia interna del Espíritu Santo que tienen, están llenos de gran luz de providencia. Y porque son muy humildes, no presumen de la magnitud de su iluminación interna. Por lo tanto, lo que ordenan bien en su interior, lo prueban ante los demás. Pues solo el profeta conoce al futuro rey, cuando el sumo rector de la santa Iglesia contempla la persona y los méritos del rector que ha de ser ordenado. A quien también unge como príncipe cuando lo afirma lleno de dones espirituales. Sin embargo, aún convoca al pueblo, lo divide por tribus y familias, pone suertes, y a quien conoce lo encuentra como por arte. Las tribus y las familias están como divididas, cuando se consideran los diversos órdenes de la santa Iglesia en el estado de las virtudes. Pues cuando miramos las perfecciones de los elegidos, cuando vemos la pureza de las vírgenes, la fortaleza de los continentes, los honestos ministerios de los clérigos, la solitud de los monjes, es como si miráramos tribus de pie. Y porque hay mucha variedad en el servicio de Dios, cuando miramos las variedades que hay en cada orden, es como si viéramos no solo tribus, sino

también familias de pie. Y la suerte cae sobre la tribu: porque a menudo se encuentran hombres mejores en un orden que en otro. Pues es como si la tribu recibiera la suerte, cuando aquellos que son más perfectos parecen convenir a otros en el ministerio de la predicación. Pero aún no cae la suerte sobre la persona, sino sobre la tribu, cuando hay muchos en quienes se oculta la persona digna. Por lo tanto, aún queda a los hombres más altos lo que deben investigar. Bien se dice que la suerte cayó sobre la tribu de Benjamín; pero Samuel hizo acercarse a la tribu misma y sus familias, y llegó hasta el hijo de Cis, porque los hombres elegidos y altos de la santa Iglesia no dejan de considerar las virtudes de cada uno, hasta que llegan a aquel que se encuentra digno de la suerte del ministerio pastoral. Pero quienes son dignos, temen vehementemente asumir la carga de tan alto orden. Por lo tanto, sigue:

(Vers. 21, 22.) Lo buscaron, pero no lo encontraron: y consultaron al Señor por él, si vendría allí. Y el Señor respondió: He aquí que está escondido en casa.

35. Se esconden para no ser encontrados: porque rehúyen asumir la dignidad cuyo peso consideran que no pueden soportar. Pues la prelación espiritual tiene la gloria exterior de la dignidad, y también la magnitud interior de la obra. Pues el rector es honrado por los súbditos, y lleva a aquellos por quienes es honrado. Con el principio del honor, nace la causa del peso, porque de donde se recibe el honor por parte del rector, de allí se recibe aquello por lo que se carga. Aunque el mismo honor de la dignidad por sí mismo es una gran carga para la mente, porque debe ser despreciado, y agrada. Debe ser despreciado para que no eleve la mente por soberbia; y debe ser recibido, para que los sujetos veneren las cosas celestiales que el doctor habla. Por lo tanto, nace una carga más pesada del honor, porque el pastor elegido puede soportar con gran virtud del alma, despreciar en sí mismo lo que recibe en sí mismo por Dios, para que sea tal por Dios, pero no sea tal para sí mismo y se niegue a sí mismo y no se niegue; para que sea lo que es por Dios, y lo que es por sí mismo, no sea. El honor ofrecido por el sujeto se recibe, para que la predicación sea recomendada. El predicador también desprecia el honor ofrecido porque no se exalta lo que se honra, sino que se alegra de que se recomiende el ministerio de la palabra de Dios. Pero esto se comprende mejor pensando que hablando. Pues para las mentes débiles es imposible soportar con fortaleza la carga de los demás y disponer con virtud de la mente la reverencia del honor ofrecido; para que entre las mismas atenciones del honor, sepa alegrarse por el progreso de los súbditos, y no sepa enorgullecerse por su propia reverencia. Por lo tanto, los hombres elegidos no quieren desagradar a Dios, rehúyen asumir el oficio de la prelación cuando son llamados. Pero también tienen esa misma huida del ministerio por virtud de humildad, no por jactancia de dignidad. Pues huyen cuanto pueden; pero si son provistos por el Señor, no pueden ocultarse. Por lo tanto, el mismo Saúl se esconde en casa, pero es mostrado por el Señor revelándolo, porque los hombres elegidos se sustraen a los ministerios exteriores de la santa Iglesia, pero sin embargo, son llevados por disposición del Señor a disponer los ministerios exteriores. Pero ahora en la santa Iglesia son pocos los que se sustraen a tales honores, muchos los que se imponen, deben notar quienes se imponen; porque aquel que se dice escondido en casa por el profeta, no era buscado para la dignidad espiritual de la Iglesia, sino para la gloria secular del reino. Pues no lo buscaban para hacerlo pontífice, sino que querían hacerlo rey. Por lo tanto, que el sacerdote vea con qué mente debe huirse del culmen de la santa Iglesia, si los reyes huyen tan cautamente del culmen del siglo. Pero porque los hombres santos cuanto más insistentemente rehúyen asumir el orden de la prelación, más devotamente son requeridos por los pueblos devotos, sigue:

(Vers. 23.) Corrieron y lo llevaron de allí.

Después de esto también se añade:

(Ibidem.) Y se puso en medio del pueblo.

36. El prelado está en medio del pueblo, cuando su fortaleza es vista por todos sus súbditos. Pues estar es de virtud. Quien, por lo tanto, obra bien, está firmemente. Y porque las buenas obras ofrecen ejemplo a los menores, estar en medio del pueblo no se ve en soledad. Lo cual también se puede entender convenientemente dicho por la rectitud de la intención. Pues quien está con rectitud de cuerpo, levanta la cabeza hacia lo alto. Quien obra bien públicamente no está con fortaleza de obra si no tiene rectitud de intención. Por lo tanto, se dice que el rey está en medio del pueblo, para que se muestre la forma de los prelados de la santa Iglesia; porque deben mostrar buenas obras como ejemplo para los súbditos, pero evitar recibir la gloria mundana de la misma buena obra. Pero también añade cuán alto debe aparecer, y dice:

(Ibidem.) Y era más alto que todo el pueblo desde los hombros hacia arriba.

37. Hemos mostrado ampliamente antes (Libro IV, cap. 4, num. 20), que la gran altura del cuerpo en los santos predicadores designa el aumento de la perfección. Por lo tanto, se ve sublime en medio del pueblo, quien puesto en la cumbre de las virtudes, no es desconocido por los súbditos. El orden recto del predicador elegido es que antes de la sublimidad del culmen eclesiástico, ascienda a la cumbre de la virtud, obtenga el culmen de la gloria por el honor de Dios, pero brille con mayor sublimidad. revelada la perfección de las virtudes. Tal Pastor debe ser muy alabado por los hombres perfectos, deseado y amado por los menores. Bien, por lo tanto, se añade: Y dijo a todo el pueblo: Ciertamente veis a quien ha elegido el Señor, que no hay semejante a él en todo el pueblo.

(Vers. 23.) Y todo el pueblo clamó: ¡Viva el rey!

Sigue:

(Vers. 24.) Samuel habló al pueblo sobre la ley del reino, y la escribió en un libro, y la puso ante el Señor.

38. Sobre el derecho regio, porque hemos hablado ampliamente antes (Libro IV, cap. 4, num. 4, sig.), solo recordamos esto de él, que no se ordena históricamente, sino que se muestra lo que harán los reyes reprobos, lo que evitarán los buenos. Los súbditos deben ser defendidos por los reyes, no despojados de sus bienes. Deben prestar ayuda a los súbditos, no quitarles campos, viñas y olivares. Pero si alguien quiere sostener que estas cosas no deben evitarse, sino hacerse, el derecho de los tiranos se escribe por el rey que, rechazado el Señor, es solicitado. Por lo tanto, la cruel ley del reino es la venganza del pueblo que rechaza al Señor. Pues no era injusto que perdiera campos y viñas, quien perdía voluntariamente al Señor reinante sobre él. Por lo tanto, todo lo que se contiene en este derecho regio contra la equidad, lo vemos justo, si consideramos lo que el pueblo pecó al pedir un rey. Pues qué gran carga de ley es en el examen de la equidad divina, si ponían a sus hijos e hijas en la obra del rey contra su voluntad, a quienes quitaban voluntariamente de la libertad de Dios? Y qué inconveniente se ve, si lo que se pone al final, ellos mismos se hicieran siervos de los hombres que rechazaban a Dios reinante sobre ellos? Por lo tanto, cuando se escribe la ley del reino, se entrega a la memoria perpetua el castigo por el cual se castigan los audaces; que porque había sido dictada por la justicia del Señor, se dice que se pone ante el Señor. Pero tal vez ese derecho fue otro que esta ley que se escribe. Si esto es cierto, Samuel habla esta ley ante el rey al pueblo, para que el rey sepa qué exigir del pueblo, y el pueblo sepa qué debe ofrecer a sus reyes. Esta ley se escribe en un libro para que se conserve para la memoria futura. Se

pone ante el Señor, para que sea tenida como venerable. Pero hemos dicho que los reyes de las Iglesias son los santos predicadores, a quienes claramente todo lo que se contiene en el derecho regio se muestra que les conviene. Por lo tanto, Samuel habla esta ley al pueblo, cuando el doctor elegido instruye a los fieles de la santa Iglesia, con qué humildad deben someterse a sus superiores. También se escribe en un libro cuando se inserta firmemente en su mente. Pues quien habla de tal manera que sus oyentes olvidan lo que han oído, dice la ley al pueblo, pero no la escribe en un libro. Por lo tanto, escribir las palabras que el doctor habla en un libro, es encomendar atentamente a la mente de sus oyentes. Quería el Señor escribir lo que había dicho, cuando decía: Recordad mi palabra, que os he dicho. No es el siervo mayor que su Señor (Juan XV, 20). De aquí Pablo describiendo la ley del reino hablada en un libro, dice: Recordad a vuestros superiores, que os han hablado la palabra de Dios, cuya salida de la conversación, imitad la fe (Hebreos XIII, 7). Pero si aquí alguien quiere aceptar que se prefigura otra ley, que mire aquella que el bienaventurado Pablo muestra, diciendo: Quien anuncia el evangelio, que viva del evangelio: y quien sirve al altar, que viva del altar (I Corintios IX, 14). Pues el Señor hablaba esta ley del reino al pueblo, cuando decía: Quien recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta; y quien recibe a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo (Mateo X, 41). Y para describirla más estrechamente en un libro, fortaleciendo la palabra desde lo menor, dice: Quien dé a uno de estos pequeños un vaso de agua fría solamente en nombre de discípulo, no perderá su recompensa (Marcos IX, 40). Sigue:

(Vers. 25, 26, 27.) Samuel despidió a todo el pueblo, cada uno a su casa. Pero Saúl se fue a su casa en Gabaa, y fue con él parte del ejército, cuyos corazones tocó Dios. Pero los hijos de Belial dijeron: ¿Podrá salvarnos este? Y lo despreciaron.

39. Si se busca una historia simple, ¿qué pudo haberse dicho alguna vez de manera más clara? Pero si atendemos al significado de cada palabra, hay grandes cosas que se encierran en esta simplicidad de palabras. Pues se afirma que el pueblo fue despedido a su casa, pero se dice que el rey no fue despedido a su casa, sino que se fue. También se habla por separado de las casas del pueblo y de la casa del rey: porque se refiere que el pueblo fue despedido a su casa, y el rey se fue a la suya. Sin embargo, primero fue despedido el pueblo antes de que el rey se fuera. También se señala cuidadosamente sobre el pueblo que se va, y no todos juntos, sino que se refiere que cada uno se fue a su casa. De aquellos que siguieron al rey no se dice: Se fue una parte del ejército, cada uno tras el rey, sino: Se fue con él una parte del ejército. Finalmente, se refiere que los corazones de los que siguen al rey fueron tocados por Dios; los que desprecian al rey son llamados hijos de Belial. Este modo de hablar no es simple, sino muy sutil para quien sabe considerar, no lo que simplemente suena afuera, sino lo que sabiamente insinúa adentro. ¿Qué significa, entonces, que se dice que el rey se va a su casa, pero el pueblo es despedido? Pero mostramos que el rey designa al pastor de la Iglesia, y los pueblos, a los súbditos. Ir es propio de los libres; ser despedido es propio de quien puede ser retenido. Por lo tanto, se dice que el rey se va para que se proclame la libertad del alma en la persona del predicador. Los doctores pueden irse cuando quieren y regresar, porque son fuertes en la buena obra, sabios en la disposición interna. Vienen, pues, cuando salen hacia los súbditos ya sea con el ejemplo de la buena obra o con la palabra de la predicación. Pero se van cuando regresan al secreto de la mente y disponen internamente lo que van a hacer afuera. En esta consideración, porque permanecen diariamente, es como si se ocultaran dentro de la casa. Por lo tanto, se dice que el rey se va a su casa, porque el predicador, probado en la operación de la vida eterna, seguro en la doctrina de la sabiduría, puede salir libremente a las obras y entrar en los consejos de la mente.

40. Pero el pueblo es despedido a su casa, porque los fieles súbditos no son libres para disponer lo que quieren, sino para lo que se les ordena. Casi como retenidos, son despedidos, mientras se les manda hacer lo que se les ordena; no se les permite presumir lo que no se les ordena, sino evitarlo. Y porque son enviados a diversas obras, cada uno es despedido a su casa. Pues para que cumplamos bien lo que se nos ordena, antes de aparecer en la obra, nos escondemos internamente en la consideración interna. Por lo tanto, nuestros reyes nos despiden a cada uno a nuestra casa, porque nos ordenan ir a lo que se nos impone a través de la disposición secreta de la mente. Bien es cierto que ellos ordenan, pero si descuidamos prever el modo de nuestra operación, lo que se ha ordenado bien, lo disipamos con una mente imprudente. Por lo tanto, cada uno regresa a su casa cuando cada fiel súbdito previene disponiendo con el consejo de la mente la obra de obediencia que propone. Pero porque se dice que el pueblo fue despedido a su casa antes de que el rey se fuera, puede designarse otra cosa en esto. Pues quienes reciben al rey van a su casa cuando cada súbdito se prepara considerando para ofrecerle la obediencia fiel a quien pidió que le presidiera. En este lugar, por lo tanto, no se trata de considerar lo que se manda, sino de someterse con disposición humilde a lo que se va a mandar. También para el rey ir a su casa es considerar para mandar discretamente a los que están preparados. Por lo tanto, una es la casa del rey, otra la del pueblo súbdito; porque aquellos consideran con alta mente los caminos de los súbditos que deben disponerse, estos se preparan para ejecutar los mandatos de los prelados con la fuerza del propósito íntimo. Por lo tanto, se dice que la casa del rey está situada en Gabaa. Gabaa, en efecto, significa sublime. Por lo tanto, se muestra que la casa del rey está en Gabaa; porque el doctor elegido no habita pensando en cosas bajas y terrenales, sino que se esfuerza en meditar en cosas altas y celestiales. Por lo tanto, se dice bien que una parte del ejército va con él a Gabaa, porque aquellos que son fuertes contra el diablo siguen a su pastor elegido hacia las alturas de las virtudes. Por lo tanto, se dice que una parte del ejército va con el rey, porque en la santa iglesia hay muchos fieles que saben obedecer humildemente a sus prelados, pero no saben pensar en cosas altas. Saben, en efecto, cumplir lo que se les manda, pero no saben prever lo que se debe mandar a otros. Como si Pablo recordara a los soldados de esta parte cuando escribía a los Colosenses, diciendo: Os saluda Aristarco, mi compañero de prisión, y Marcos, el primo de Bernabé, y Juan, llamado Justo, que son de la circuncisión: estos son mis únicos colaboradores en el reino de Dios (Colos. IV, 10). También hablando a los Romanos, dice: Salud a Prisca y Aquila, mis colaboradores (Rom. XVI, 5). Y poco después: Os saluda Timoteo, mi colaborador, y Lucas, y Jasón (Ibid. 21). Llamó a sus discípulos colaboradores, porque eran menores en orden, pero partícipes del trabajo; estaban sujetos al Apóstol con humildad de obediencia, pero mientras predicaban con él la gloria del reino eterno, defendían con él la verdad, resistían a los infieles, soportaban valientemente las persecuciones infligidas, eran como soldados del rey en la guerra de Dios. Se dice que una parte del ejército va con el rey a Gabaa, porque los discípulos perfectos son colaboradores de sus maestros en la alta disposición de la santa Iglesia; ofrecen las ayudas que pueden a través de la altura de la virtud, pero sirven con humildad a aquellos a quienes ayudan.

41. Y porque esto no lo pueden hacer sino aquellos que han sido prevenidos por la gracia del Espíritu Santo, cuando se dice que una parte del ejército va con el rey, se añade: Cuyos corazones tocó Dios. Porque solemos tocar con el dedo, Dios toca los corazones de los Santos cuando les concede la gracia del Espíritu Santo. Y sienten su toque: porque, al recibir el don de la virtud interna, se conmueven de la debilidad de su carnalidad. Quienes inmediatamente se convierten en soldados del ejército celestial, porque por la virtud del Espíritu Santo abandonan lo débil y se preparan para realizar cosas fuertes en la batalla de Cristo. Pero porque dentro de la santa Iglesia algunos no temen despreciar a sus prelados, escuchen que quienes desprecian al rey son llamados hijos de Belial. En efecto, por el vicio de la soberbia

se generan en la imitación de aquel de quien está escrito: Ve todo lo sublime, y él es cabeza sobre todos los hijos de la soberbia (Job XLI, 25). Quienes insinúan adecuadamente las costumbres de los soberbios, porque dicen: ¿Podrá este salvarnos? Pues los hombres santos, porque desprecian las cosas presentes, buscan las eternas, el desprecio del mundo que retienen en la mente lo manifiestan también en la conversación exterior; son venerables por dentro, parecen despreciables por fuera. Por lo tanto, los soberbios, porque solo miran lo que en los Santos puede ser despreciado por fuera; pero no merecen ver lo que es muy venerable, dicen: ¿Podrá este salvarnos? Como si preguntaran con desprecio: ¿De algo tan pequeño se pueden esperar cosas tan grandes? ¿Se debe creer que este tan pequeño, nosotros tan grandes, tan débil, tan fuertes puede salvarnos? Pues ¿qué otra cosa es lo que dicen: Este y nosotros; sino que los soberbios y arrogantes al mirar a otros, siempre creen que son pequeños y débiles; pero a sí mismos grandes, fuertes y sabios? Con razón, por lo tanto, son llamados hijos de Belial, porque mientras se exaltan con soberbia, se conforman a aquel que se dice que cayó del cielo de la misma manera. De los que también se dice que desprecian al rey:

(Ibidem). Y no le trajeron regalos.

42. Si discutimos estas cosas literalmente, insinúan ciertamente que tanto los señores de la tierra como los prelados espirituales de la santa Iglesia deben ser honrados con oficios exteriores. Por lo cual el bienaventurado apóstol Pablo exhorta a los romanos altivos, diciendo: Pagad a todos lo que debéis; al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto (Rom. XIII, 7). De ahí que el príncipe de los apóstoles exhortando, dice: Sed sujetos a toda criatura humana por amor de Dios, ya sea al rey como superior, ya sea a los gobernadores como enviados por él (I Pedro II, 13). Ofrecemos verdaderos dones espirituales a nuestros rectores cuando les ofrecemos la debida reverencia de honor y guardamos con gran devoción lo que nos mandan. Pues grandes dones son la reverencia del honor y la humildad de la sujeción; porque mientras nos sometemos a nuestros rectores interiormente por humildad, y exteriormente les mostramos reverencia de honor por los servicios, les ofrecemos un don del cuerpo, otro del corazón. Por lo tanto, para insinuar el tipo de los soberbios, el profeta no dice: No le trajeron un regalo; sino, no le trajeron regalos; porque mientras desprecian a los predicadores elegidos, ciertamente se niegan a ofrecerles honor del cuerpo y humildad del corazón. Pero cuando los predicadores elegidos reconocen la culpa de los súbditos, a veces desean corregirla inmediatamente reprendiéndola, a veces fingen no conocerla; para buscar un tiempo adecuado para eliminarla. Por lo cual, de ese mismo rey despreciado se añade inmediatamente:

(Ibidem.) Pero él disimulaba oír.

43. En efecto, escucha la maldad de los súbditos quien la conoce; pero escucha y no responde, más bien finge no oír: porque a menudo, cuando la causa lo exige, la soberbia conocida de los súbditos se deja sin corregir, para que en un tiempo más oportuno, como conocida, sea herida. Reconocemos bien esta discreción de la censura eclesiástica en este mismo rey de Israel, si vemos los tiempos del reino y los diversos actos. Pues aún rudo y recién ordenado se dice que finge no oír las palabras de los que lo desprecian, pero cuando el reino se confirma sobre Israel, se dice que lucha a derecha e izquierda, y que vence dondequiera que se vuelve. Por lo tanto, la culpa que no puede ser herida con severidad digna debe ser disimulada, no expuesta, porque se delinque más audazmente por los súbditos si se reconoce la debilidad de los prelados. Estas cosas discutidas en el cuarto libro de esta obra son suficientes, para que a través del principio de hablar renovemos el estudio para exponer lo que resta.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cuando quise afirmar la profundidad de esta sagrada historia en el prefacio de esta obra, afirmé que principalmente podía verse en que fue escrita por profetas. Ellos, en efecto, solían decir cosas místicas, no solo con palabras, sino también con hechos; proferir cosas claras, pero señalar cosas altas. Pues porque el Espíritu Santo hablaba por ellos, era claro lo que ellos, como hombres, decían, pero profundo y místico; porque el sumo e incircunscrito Espíritu sugería la locución a los hombres. Por lo tanto, porque exponemos al profeta Samuel hablando, necesitamos tanto más estudio cuanto él, sublimemente asumido en la gracia del Espíritu Santo, dijo cosas exteriores, pero vio cosas interiores. Afirmó a menudo cosas carnales, pero señaló cosas íntimas y espirituales. Pero porque es imposible llegar a las cosas divinas por el estudio humano, no debemos confiar en nuestras propias fuerzas, sino en la dignación del Espíritu Santo que, enviado por el Redentor, llenó el orbe de la tierra, y lo que contiene todo, ya tiene en todos el conocimiento de la voz (Sab. I, 7). ¿Qué, pues, prosigue el mismo profeta sobre los hechos comenzados de los israelitas, escuchemos.

(I Reg. cap. XI, vers. 1, 2.) Y sucedió (dice) que casi un mes después, subió Naas el amonita y comenzó a luchar contra Jabes Galaad. Y todos los hombres de Jabes dijeron a Naas: Haz un pacto con nosotros, y te serviremos. Y Naas el amonita les respondió: En esto haré un pacto con vosotros, que saque el ojo derecho de todos vosotros, y os ponga como oprobio en todo Israel.

2. Si se busca la historia, nada más claro se puede decir, nada más fácil se puede entender. Pero si queremos seguir el espíritu, primero escuchemos a Pablo hablando, quien mirando lo antiguo dice: Todo esto les sucedía en figura: y fue escrito para nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos (I Cor. X, 11). También insinúa que hay guerras espirituales, diciendo: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales (Efes. VI, 12). Por lo tanto, cuando se dice que Naas sube y lucha contra Jabes Galaad, se designan las batallas internas de los vicios. Con estas palabras se muestra el proceso de la sagrada historia, para que al nuevo rey se le movieran nuevas guerras; que al llevarlas a cabo bien, demostrara la gloria de su valentía. ¿Quién es, pues, este Naas el amonita? ¿Qué es Jabes Galaad? Pero Naas se interpreta como serpiente, Jabes como seca. Sobre la serpiente se dice en el Génesis: Porque era más astuta que todos los animales (Gen. III, 1). Si se busca la semejanza de esta serpiente en los vicios, ¿qué encontramos más similar que el violento movimiento de la glotonería, es decir, del apetito? El movimiento de la lujuria, el crimen del robo, el apetito de la ganancia deshonesto, el ímpetu de la ira, la amargura de la tristeza secular, la desidia de la acedia, el apetito de la vana gloria, el tumor de la soberbia son abiertamente detestables; pero el vicio de la glotonería es tanto más fraudulento cuanto más oculto, porque sugiere al cuerpo el alimento como necesario, pero mientras abundantemente refuerza la carne, sumerge en la mente la espada de la lujuria. Sugiere lo que no es pecado, pero de donde se recibe la comida como no pecado, de allí el alma es subyugada por el pecado de la lujuria. Por lo cual se muestra que en el paraíso la serpiente vino a la mujer para engañarla con el vicio de la glotonería, para que sugiriera una cosa y obtuviera otra; para que mientras mostraba lo que debía comerse, propinara la muerte imprevista. Por lo tanto, esta serpiente designa la avidez de la glotonería, porque respecto a la justa necesidad se arrastra y esparce el veneno de la impía delectación. También se dice bien amonita, que significa pueblo de tristeza, porque parece alegre lo que sugiere, pero será muy luctuoso en la condenación eterna. Se dice pueblo, porque los glotones, por la solicitud del vientre, son oprimidos por la frecuencia de

innumerables preocupaciones. Quien sube a Jabes Galaad, porque en la alta virtud de la abstinencia busca precipitar los cuerpos de los justos hacia la concupiscencia de los alimentos. En efecto, la carne seca se dice correctamente, que no se agrava con el humor de la gordura. Naas sube a aquellos que ve secos: porque el espíritu de la glotonería les inflige guerras más graves a aquellos que reconoce debilitados por los ayunos. Se dice bien que Naas comenzó a luchar: porque los hombres santos no tienen la sugerencia de la glotonería en el pacto de la amistad, sino en la contrariedad de la lucha. En efecto, los abstinentes luchan como con la serpiente, cuando con gran virtud reprimen el apetito de la glotonería, para que no se infecten con el veneno de la lujuria. Luchar, en efecto, es provocar los cuerpos hambrientos de los abstinentes hacia la desordenada repleción del vientre.

3. Pero el apetito de la glotonería puede tentar a los hombres perfectos, no puede vencerlos. Por lo tanto, se dice bien que comenzó a luchar contra la seca, no que la venció, porque los hombres elegidos sienten el ímpetu de los deseos carnales, pero saben resistir a esos deseos con la virtud de la mente, saben proveer con discreción lo necesario. Saben, en efecto, reprimir ferozmente el ímpetu de la glotonería que se levanta, saben proporcionar justamente los alimentos necesarios al cuerpo. De ahí que el Doctor egregio dice: Sé vivir humildemente y sé tener abundancia (Filip. IV, 12). Sabe vivir humildemente y tener abundancia, quien sabe moderadamente alimentar el cuerpo, y no consiente al vicio de la glotonería que sugiere la percepción desmedida de los alimentos. Por lo cual, respondiendo a Naas, dicen: Haz un pacto con nosotros, y te serviremos. En efecto, buscan un pacto con la glotonería quienes quisieran alimentar la carne a su antojo, si en la carne no pudieran sentir ningún incitamiento de lujuria. Como si dijeran: Daremos lo que es justo para ti, para que no nos inflijas lo que no es justo. Es justo, en efecto, que se alimente el cuerpo, pero es muy injusto que la carne alimentada se excite por el ardor de la lujuria para deshonra del espíritu. Por lo tanto, buscamos un pacto, cuando queremos favorecer a la carne para la percepción de los alimentos, de modo que no sintamos ningún mal de lujuria de la carne. Pero esto ciertamente podemos quererlo, no podemos obtenerlo, porque ciertamente ofrecemos a la carne la justa repleción como tributo, pero de la carne no se nos prometen ningún bien de paz. Pues cuando dirigimos bien el oído de la mente a las respuestas de los vicios, reconocemos esto en la voz de la glotonería, porque si engordamos la carne por la concupiscencia creciente, somos golpeados por la ceguera del corazón. Por lo cual, el mismo Naas dice: En esto haré un pacto con vosotros, que saque el ojo derecho de todos vosotros. Nuestro ojo derecho es la visión de la claridad eterna, y el ojo izquierdo es la concupiscencia carnal. Por lo tanto, el ojo derecho es sacado cuando la mente es golpeada por tal ceguera que ya no se abre para ver las cosas celestiales. En efecto, el ojo es sacado cuando de la mente reprobada se arranca la luz de tal manera que no queda ninguna raíz de la cual brote la luz revivida. Naas, por lo tanto, saca los ojos derechos de sus aliados, cuando la glotonería prevalece de tal manera sobre los abstinentes vencidos que solo desean las cosas carnales, y ya no atienden a lo que solían amar. Y porque cualquiera que es arrojado en esta vida, en el futuro es condenado ante los ángeles y los hombres elegidos, se añade: Y os ponga como oprobio en todo Israel. Entonces, en efecto, los reprobos son puestos como oprobio en todo Israel, cuando en el juicio final, ante todos los elegidos, se avergüenzan de las iniquidades perpetradas. O son puestos como oprobio en esta vida: porque, mientras ellos con corazón ciego perpetran audazmente el mal, los hombres santos se avergüenzan por sus culpas. Pero quienes se niegan a parecer viles, con los ojos derechos arrancados, atiendan lo que sigue:

(Vers. 3.) Y los habitantes de Jabes dijeron a él: Concédenos siete días, para que enviemos mensajeros a los confines de Israel; y si no hay quien nos defienda, saldremos a ti.

4. ¿Quiénes son los habitantes de Jabes, es decir, de la ciudad seca, sino aquellos que, por el largo uso de la virtud, han debilitado la carne mediante la disciplina? Muchos comienzan a resistir la gula, pero al fatigarse con el trabajo de la abstinencia, se inclinan hacia el hábito de la glotonería. Es como si quisieran entrar en la ciudad de Jabes y convertirse en sus ciudadanos, pero al no soportar el tormento de la carne seca y hambrienta, no pueden convertirse en sus habitantes. Por lo tanto, habitan en Jabes aquellos que poseen la atenuación del cuerpo a través del vigor de la mente, y están rodeados por los muros de la sequedad, ya que al debilitar el cuerpo se protegen de los dardos ardientes de la lujuria. Cuando se fatigan con los fuertes estímulos de la gula, piden una tregua de siete días, durante los cuales, si no hay ayuda, se entregan a Naas. Pero explicamos mejor esta guerra de los amonitas si consideramos la debilidad de la carne descubierta en ella y la sagacidad de la mente instruida. También vemos esto más claramente si observamos con más detalle lo contrario en los necios débiles. Algunos dentro de la santa Iglesia son devotos por deseo, pero relajados por la debilidad habitual de los vicios. Pueden proponer cosas buenas, pero como no pueden llevar a cabo lo que proponen, son superados por la concupiscencia presente y confían en poder recuperar en el futuro el bien que ahora descuidan. A menudo planean ayunar, pero cuando son vencidos por la gula habitual, deciden comer ese día y ayunar en el futuro. Y como la ferocidad de la gula siempre está presente para ellos, también lo está el deseo de la bondad futura, y esto se hace por el engaño de la serpiente, de modo que el bien que se propone no se encuentra. Porque lo que siempre se promete para mañana nunca se encuentra. Pero como esto lo hacen aquellos cuya mente es débil y la carne fuerte, veamos cómo se burlan de la serpiente aquellos cuya mente es fuerte, pero la carne débil. Pues sobre la misma serpiente el salmista dice al Señor: "Este dragón, que formaste, para burlarse de él" (Salmo 103, 27). Nunca se vence más adecuadamente que cuando su astucia es superada por un piadoso engaño. Por eso, reprochando al bienaventurado Job la astucia de su sabiduría, el Redentor dice: "Lo atraparás en sus ojos, como con un anzuelo" (Job 40, 10). En efecto, atrapó a la serpiente en sus ojos, como con un anzuelo, quien le mostró la carne y ocultó la divinidad; y mientras atrapaba lo que deseaba, fue atrapado y destruido por lo que no vio.

5. Por lo tanto, los hombres santos, para burlarse del enemigo, tienen el rigor de la conversación en la virtud presente; para burlarse de la debilidad de la carne, prometen algún consuelo en el futuro. Pues a menudo son grandes las cosas que hacen, pero debido a la debilidad de la carne no presumen de hacer siempre cosas duras y ásperas. Cuanto más fácilmente soportan estas cosas duras, más no ven que sus cargas están en una promesa perpetua. Pero mientras viven de la mejor manera posible y se esfuerzan por progresar y no decaer cada día, siempre prometen a la carne en una estimación futura ese consuelo lícito de la carne del que no pueden desesperar; pero nunca dejan de infligirle el dolor de la aflicción comenzada. Por lo tanto, al dejar a la carne la esperanza de su deseo, el espíritu promete la presencia de su llegada como un bien futuro de la misma carne. Pero como no abandona el rigor acostumbrado de la continencia, la carne tiene la promesa del placer en el futuro, y la mente elegida el vigor de la virtud en el presente. En este lugar se debe notar que prometen salir a Naas bajo condición, pero están protegidos por los muros de la ciudad sin condición: porque los abstinentes confían en ser fortalecidos por la misericordia divina incluso en lo que son débiles según la carne. Y porque desean engañar al vicio de la gula, dicen: "Concedéndonos siete días". Pues se concede tiempo a la gula, cuando se reprime con la intención de servir a sus deseos en algún momento. Durante este espacio de días, Naas espera la salida de los ciudadanos sitiados, pero los ciudadanos de Jabes esperan ayuda, porque el apetito de la gula desea ser satisfecho por la carne débil, pero la mente elegida fortalecerse en la virtud de la abstinencia. Se buscan ayudas en siete días, cuando nos levantamos con toda la luz del corazón contra las tinieblas de las tentaciones, cuando encontramos con nuestra razón todo lo

que podemos contra los malos consejos; y nos armamos con los rayos de luz que no vemos en nosotros mismos por la instrucción ajena. Pues cuando miramos las conversaciones de los perfectos para fortalecer nuestra virtud, encontramos ayudas de defensa como en siete días. Pedimos treguas; porque luchamos con Naas, es decir, con la serpiente, cuyos venenos son más sutiles cuanto más ocultos están, y por eso necesitamos buscar consejos más sutiles. Por eso prometen enviar mensajeros a todos los confines de Israel: porque los hombres elegidos, para el beneficio de su edificación, son ayudados por los ejemplos de todos los que ven a Dios, pero lo que se dice: "Si no hay quien defienda, saldremos a vosotros", en la voz de los elegidos, no muestra duda de ayuda, sino certeza. Como burlándose del adversario que persuade con palabras astutas, pronuncian palabras que le dan esperanza y no les quitan confianza. Pues quienes dicen: "Si no hay quien defienda, saldremos a vosotros", dan una cierta esperanza de salir. Pero como lo dicen aquellos que están seguros de la ayuda, engañan a sus enemigos prometiéndoles. Pero dónde se encuentran ya esas ayudas, lo expone diciendo:

(Vers. 4 y 5.) "Vinieron, pues, los mensajeros a Gabaa de Saúl, y hablaron estas palabras, oyendo el pueblo, y todo el pueblo alzó su voz y lloró. Y he aquí que Saúl venía del campo, detrás de los bueyes, y vio al pueblo llorando, y dijo: ¿Qué tiene el pueblo, que llora?"

6. Gabaa, como ya dijimos, se interpreta como sublime. Y porque no todos los elegidos tienen igual altura de méritos, se dice que los mensajeros vinieron a Gabaa de Saúl; para que se nos enseñe en sentido espiritual que cuando somos empujados por tentaciones fuertes, recurramos a los consejos de nuestros predicadores. Pero también se nos instruye con la aflicción del pueblo llorando, para que nos unamos con íntima compasión de mente a las necesidades fraternales. Saúl vio al pueblo llorando y preguntó por qué lloraba, porque el doctor elegido hace suya la necesidad de los súbditos compadeciéndose y desea aliviarla. Vino del campo, porque sale del secreto de su fértil corazón. Vino del campo por la mañana, porque en el oriente, con el esplendor de la verdadera luz, investiga las causas de los súbditos. Y sigue a los bueyes, porque lo preceden los fuertes afectos de la caridad. Pues tiene ante sí como dos bueyes, quien se une a los prójimos por amor y se inflama con la caridad divina, y por eso ama ordenadamente al prójimo, porque el amor de Dios lo enciende fuertemente. Por eso el Señor dice por medio de Moisés: "No ararás con buey y asno" (Deut. XXII, 10). El asno es el amor carnal, porque quien lleva a los que ama es como un animal fuerte; y porque no ama por Dios, es lascivo. No se puede arar con buey y asno, porque el alma no se cultiva con el fruto de la recompensa eterna si la pureza del amor, con la que se une a Dios, se contamina con el amor desordenado del prójimo. Saúl, pues, viniendo del campo, sigue a los bueyes porque el doctor elegido retiene íntegro en su corazón fructífero ambos afectos de caridad, de los cuales puede prepararse abundantes frutos de retribución eterna. Y viene por la mañana, porque cuando sale hacia los súbditos, revela el día de su virtud. Pero ya conocidas las necesidades del pueblo, escuchemos qué hizo. Pues sigue:

(Ibid. y vers. 6, 7.) "Y le contaron las palabras de los hombres de Jabes. Y el espíritu del Señor se apoderó de Saúl cuando oyó estas palabras; y se encendió su ira en gran manera. Y tomando un par de bueyes, los cortó en pedazos y los envió por todos los confines de Israel por mano de mensajeros, diciendo: Cualquiera que no salga y siga a Saúl y a Samuel, así se hará con sus bueyes."

7. ¿Qué decimos de estas palabras, sino que las cosas débiles y que parecen carnales de los santos no son débiles y carnales, sino espirituales y robustas? Solemos reprochar la excesiva ira en los hombres religiosos, pero he aquí que para que Saúl pudiera enojarse en gran manera, primero el espíritu del Señor se apoderó de él. Cuán temible es, pues, la ira de los

santos, si consideramos el espíritu del Señor que se apodera de ellos, si mientras los vemos enojarse exteriormente, también atendemos al espíritu que los mueve interiormente. Por tanto, cuando somos corregidos por el celo de los mayores, podemos temer grandemente bajo su indignación, si creemos que su impulso es el movimiento del espíritu santo. Y porque Saúl cortó en pedazos el par de bueyes y los envió por todos los confines de Israel, y pronunció amenazas de que así se haría con los bueyes de todos los que no quisieran seguirlo a él y a Samuel, ¿qué otra cosa insinúa, sino que los más perezosos deben ser no solo invitados, sino también obligados a prestar ayuda a los prójimos? Por eso se añade inmediatamente:

(Vers. 7.) "Invadió, pues, el temor del Señor al pueblo, y salieron como un solo hombre."

8. Porque se nos manda amar a los prójimos como a nosotros mismos, prestamos ayuda en orden correcto cuando no somos obligados por temor, sino provocados por amor. Pero cuando perdemos el efecto de este deber de amor, corresponde al celo de nuestros predicadores que nos levantemos en ayuda de los hermanos por temor. Bien se dice, pues: "Invadió el temor del Señor al pueblo, y salieron como un solo hombre", porque a menudo somos tibios en el amor a los prójimos; pero las amenazas de nuestros preladados nos levantan al estado de devoción, y emprendemos la buena obra por temor, pero desde el inicio del temor, somos llevados al vínculo de gran caridad. Por eso bien se dice que el temor invadió al pueblo, pero se dice que todos salieron como un solo hombre. Pues muchos no pueden salir como un solo hombre, a menos que asciendan a la unidad igual de la dilección. Por eso se dice de los discípulos perfectos del Redentor: "Tenían un solo corazón y una sola alma" (Hechos IV, 32). Sigue:

(Vers. 8.) "Y los contó en Bezec; y fueron los hijos de Israel trescientos mil, y los hombres de Judá treinta mil."

9. Primero se dice que los hijos de Israel salieron, luego que fueron contados por Saúl, porque el predicador elegido, cuando intenta mover la milicia de sus súbditos contra los enemigos ocultos, primero observa su fuerte propósito, luego los pone en el número de los guerreros. Pues estamos como dentro y no podemos ser contados, mientras la virtud de nuestra mente esté oculta a nuestros pastores. Y cuando salimos, somos contados, porque cuando les mostramos la fortaleza de nuestras mentes, confían en tenernos como compañeros en la lucha espiritual. Pero cuando desean levantar las mentes débiles al propósito de la buena obra, no solo intentan instruirnos con las doctrinas de los mayores, sino también encendernos con los ejemplos de los menores elegidos. Bien se dice, pues, que fueron contados trescientos mil hijos de Israel y treinta mil hombres de Judá. El número treinta se refiere a la rectitud de la fe y al esfuerzo de la buena obra: porque no hay preceptos de la ley si no tienden a la contemplación de la suma Trinidad. Por eso se dice que los hombres de Judá son treinta mil, porque tienen la confesión de la fe recta y la fortaleza de la buena obra. Nuestros padres también tuvieron esa misma fe y obra, pero en la contemplación de la divinidad, en la que progresaron mucho más que nosotros, también exhibieron obras de fe mucho más fuertes. Por eso también se cuentan trescientos mil hijos de Israel. Treinta vienen de tres, y diez en treinta, pero en el número treinta tanto el diez como el tres son simples; pero para contar hasta trescientos, multiplicamos diez por treinta y treinta por diez, porque aunque la contemplación es grande, las obras de la plebe sujeta son grandes, sin embargo, aquellas que precedieron en nuestros padres fueron incomparables. Pues como nuestro número diez se multiplica diez veces en la perfección de ellos, así nuestras perfecciones se someten mucho a las de ellos. Por lo tanto, los treinta mil hombres de Judá y los trescientos mil hijos de Israel contados con nosotros, los predicadores los conducen a luchar contra Naas; si cuando quieren ayudar a los súbditos abstinentes tentados, les proponen los hechos eximios de los padres más fuertes y de

los menores. Israel, en efecto, significa "Viendo a Dios" o "en quien está Dios"; nombre que ciertamente no conviene al que aún es débil o inexperto. Cuantos más hombres perfectos presentamos en la aflicción de la carne y la contemplación de la mente, tantos armados aplastamos a la serpiente Naas. Pero ya escuchemos con qué palabras el rey del ejército conforta a los sitiados.

(Vers. 9.) "Y dijeron a los que habían venido: Así diréis a los hombres que están en Jabes de Galaad: Mañana os vendrá la salvación, cuando el sol caliente."

10. Tal vez sea aquello que se nos dice por el consejo de aquel sabio: "Si el espíritu del que tiene poder se levanta contra ti, no dejes tu lugar rápidamente" (Eclesiastés X, 4). El lugar de cada elegido es la posición de la buena conversación. Cuando se permite que el espíritu que ataca tenga poder, porque no podría atacar los corazones de los elegidos de ninguna manera, si la dispensación divina no lo permitiera. Por lo tanto, ordena que no dejemos nuestro lugar, porque si somos fuertes entre las breves tinieblas de las tentaciones, pronto llegará la luz divina, en cuya llegada se desvanece la fuerza de las tinieblas. Bien se dice, pues: "Mañana, cuando el sol caliente, os vendrá la salvación". La exhortación de los santos predicadores es el día, porque cuando toca los corazones tentados de los menores, los levanta a la esperanza de la victoria. Pero a esto sigue la noche, porque aunque se separen las ayudas divinas, aún no se disipan las tinieblas de los deseos carnales que irrumpen. ¿Qué es, pues, el día de mañana sino la llegada de la visita divina? Se dice día de mañana, porque el esplendor del auxilio divino es muy cercano a los elegidos tentados. Por eso el Señor dice por el profeta: "Yo soy Dios de cerca, y no Dios de lejos" (Jeremías XXIII, 23). De ahí que el salmista diga: "Cercano está el Señor a todos los que le invocan en verdad" (Salmo CXLIV, 18). De ahí que el mismo Señor prometa, diciendo: "Antes de que me invoquéis, diré: Aquí estoy" (Isaías LVIII, 9). El primer día, pues, es la luz de la predicación, el de mañana es la gracia divina. Pero se debe notar que dijo: "Cuando el sol caliente"; para que la claridad del día ilumine la oscuridad del sentido, y el calor del sol encienda el amor del corazón; para que la mente vea el bien que desea por la luz, y lo que ve lo desee ardientemente por el calor de la mente. Este es, pues, el doble remedio de la mente contra la doble guerra del diablo. Pues el espíritu maligno, para superar las mentes de los elegidos tentando, primero arroja las tinieblas de los malos pensamientos, luego enciende las llamas de las concupiscencias, porque si no ciega primero la mente, no la impulsa a la concupiscencia depravada. Pero la mente elegida, cuando se permite que sea tentada, su estado se turba en ambos aspectos, porque puede sentir las molestias de las concupiscencias en la medida en que, permitiéndolo Dios, no puede apartar de sí las tinieblas de los pensamientos. Pero como se permite que sea tentada por Dios, en la llegada de su gracia, se alivia de ambos males: mientras recibe luz contra las tinieblas, y por el calor del espíritu que llega, rechaza el frío de la mente. Comienza a ver las cosas celestiales quien no podía levantar la mente de las carnales, y lo que mira con amor lo desea ardientemente. Bien se dice, pues: "Mañana os vendrá la salvación, cuando el sol caliente"; porque si soportamos virilmente las fuertes impugnaciones del antiguo enemigo, somos levantados rápidamente por la celeridad de la gracia divina a la luz del corazón y a la virtud de la gran caridad. Y porque este consejo de los santos predicadores es recibido con gratitud por los corazones elegidos de los súbditos, sigue:

(Vers. 9.) "Vinieron, pues, los mensajeros y anunciaron a los hombres de Jabes. Y se alegraron."

Pero también escuchemos qué responden a los amonitas con la promesa de ayuda. Pues sigue:

(Vers. 10.) "Y dijeron: Mañana saldremos a vosotros, y haréis con nosotros todo lo que os plazca."

11. Esto, ciertamente, porque lo dicen aquellos que ya están seguros de la ayuda cercana, dan una cierta esperanza a los enemigos a quienes engañan prometiéndoles. Simulan debilidad con la voz, pero guardan la fortaleza de la ayuda prometida en su interior. Prometen una cosa, pero creen otra. Pues quienes decían: "Mañana saldremos a vosotros, y haréis con nosotros todo lo que os plazca", daban a los enemigos a entender que se entregarían en sus manos para que pudieran hacer con ellos lo que quisieran. Pero quienes sabían que el rey vendría en su ayuda al día siguiente, pensaban salir con él no a las manos de los enemigos, sino a su destrucción. Según el sentido espiritual, prometemos a la serpiente Naas, es decir, a la concupiscencia de la gula, nuestro salir en su día, pero en nuestro día derrotamos sus filas. Su día es, en efecto, la delectación de la saciedad corporal. Quien propone llenar el vientre a su gusto, como que dedica el primer día a la concupiscencia, y sin embargo aún está dentro, porque ha propuesto una cierta luz de delectación que no ha visto operando. Sale, pues, mañana quien ha exhibido operando y deleitándose lo que prometió alegremente a la carne. Pero los hombres santos, como dije antes, se burlan de la gula; porque cuando no pueden desesperar de su apetito para siempre, lo que prometen y no toman, lo reprometen como en la futura luz de la delectación. Son forzados exteriormente por la gran fragilidad de la carne, y vestidos interiormente con el vigor de la gran caridad. Por lo que, aunque no pueden renunciar a los apetitos, prometen exteriormente con la voz lo que no tienen en intención. Pero porque están seguros de lo divino, proponen hacer otra cosa que lo que dicen con la voz de la debilidad. En su día, pues, salen a Naas, porque avanzan por la luz del auxilio superior para combatir la concupiscencia de la gula, y visitados por la gracia superior, ya son fuertes contra todo el ímpetu de la carne, quienes, dejados por un momento, temieron sus ataques. Este esplendor de la gracia divina, porque a veces se infunde en los miembros menores de la santa Iglesia por boca de los predicadores, sigue:

(Vers. 11.) "Y sucedió que, cuando llegó el día siguiente, Saúl dividió al pueblo en tres partes, y entró en medio del campamento en la vigilia de la mañana, y derrotó a los amonitas hasta que el sol calentó."

12. En verdad, el pueblo se divide en partes para que no golpeemos a la serpiente Naas con un solo ejército. Y ciertamente se divide en tres partes para mostrar el fruto y la dignidad de la sagrada abstinencia: porque a la contemplación de la Santa Trinidad, que perdemos al comer, somos llamados de nuevo al ayuno. De ahí que se recomienden los ayunos de la Ley, los Profetas y el Evangelio. Moisés, para merecer recibir la ley, ayunó dos veces durante cuarenta días (Éxodo 34, 28). Elías, para escapar de las manos de Jezabel, llegó al monte Horeb de Dios en la fortaleza de un solo alimento durante cuarenta días (1 Reyes 19, 8). Nuestro Señor y Redentor Jesucristo, ayunando durante cuarenta días en el desierto, no tomó ningún alimento en absoluto (Mateo 4, 2). Por lo tanto, Saúl divide al pueblo en tres partes: porque se presentan los ayunos de la Ley, los Profetas y el Evangelio como ejemplo de los abstinentes. Y al llegar el día siguiente, el maestro entra en el campamento central: porque con la gracia divina, que ilumina los corazones de los predicadores para enseñar, también ilumina las mentes de los oyentes y las eleva poderosamente a la esperanza de la victoria. Por lo tanto, en el día siguiente, el maestro que va a triunfar entra en el campamento de los enemigos, lo abre y golpea poderosamente las filas de las concupiscencias. Y porque las mentes de los súbditos progresan al escuchar, se dice que el rey entra en el campamento de los amonitas en la vigilia matutina y permanece en sus matanzas hasta que el día se calienta. La vigilia matutina es el fervor del sol en su plenitud en la inspiración de Dios. Pues como la

luz matutina surge para nosotros, cuando, deprimidos por las tinieblas de las tentaciones, comenzamos a ver la luz de la virtud desde la boca de los predicadores, la seguimos. Y el sol se calienta para nosotros cuando, por sus palabras, nuestra mente se enciende y, como si fuera por el calor de un sol ardiente, se inflama con deseos. Entonces, ciertamente, Amón es golpeado vehementemente: porque el pueblo de los vicios es expulsado de nuestros sentidos. Por lo tanto, el rector, que entra en el campamento de los amonitas en la vigilia matutina, no debe guardar la espada de la matanza hasta que el día se caliente, porque debe insistir en la instrucción de sus súbditos mientras los vea inflamarse con los grandes calores de la luz interior. En este lugar, es de notar que se dice que Naas, es decir, la serpiente, es el rey de los amonitas: pero el pueblo de Amón se interpreta como el pueblo de la tristeza. Y porque dijimos que en esta serpiente se designa el vicio de la gula, cuando Naas es golpeado, el pueblo de la tristeza es derrotado: porque de un solo vicio de la gula, se producen innumerables ejércitos de vicios para el conflicto del alma. Y cuando el mismo vicio de la gula es cortado, muchos otros vicios nos sometemos. Un solo vicio de la gula es, pero los aguijones de la lujuria son innumerables, que siguen al anterior como un rey. Sugieren cosas alegres, pero conducen a los lamentos del llanto eterno. Por lo tanto, cuando se lucha contra Naas, el pueblo de la tristeza es golpeado: porque cuando dominamos la gula, se eliminan los incentivos de las lujurias. Por lo tanto, bien se afirma que no es Naas, sino Amón, su súbdito, es decir, el pueblo, el que es asesinado: porque el apetito de la comida debe ser restringido, no extinguido. Pero bien nunca se restringe si el pueblo de la tristeza que le sigue, es decir, los movimientos impuros de las lujurias, no son asesinados. Por lo tanto, contra Naas tenemos la principal lucha: porque cuando este es superado, Amón es asesinado: porque la lujuria es bien golpeada si su principal inicio es sometido. Pero el progreso de la castidad se muestra secretamente hasta dónde llega por lo que sigue. Pues dice:

(Vers. 11.) Los restantes se dispersaron, de modo que no quedaron dos juntos.

13. La prueba de la verdadera abstinencia no está en la atenuación del cuerpo, sino en la perfección de la castidad. Pues bien se aplasta la serpiente si la gula se restringe de tal manera que se disminuye toda la violencia de los movimientos lujuriosos del cuerpo. Pues el movimiento ilícito no puede ser eliminado de la carne mientras la carne misma exista, pero la violencia del movimiento puede ser eliminada. No se puede eliminar de la carne que la ley de la carne no mueva los miembros; pero se puede eliminar de la carne la violencia del movimiento, de modo que se le deje el movimiento, pero se le quite toda la obscenidad del placer, y sea un simple movimiento en el que no haya la restante fealdad de la lujuria. Por lo tanto, bien se dice que otros se volvieron en fuga, porque cuando la gracia divina recompensa perfectamente a los abstinentes, quita de sus movimientos corporales todos los aguijones de las obscenidades; pero les deja los mismos movimientos naturales, para que siempre puedan ser tentados, pero nunca vencidos; mientras les deja lo que les desagrada mucho, pero debilita tanto lo que deja, que no permite que prevalezca sobre los vencedores. Pues había golpeado a los amonitas quien decía: Castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre, no sea que, predicando a otros, yo mismo sea reprobado (1 Cor. 9, 27). Aunque otros fueron asesinados, no podía matar a los fugitivos, porque se lamenta, diciendo: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente (Rom. 7, 23). También porque veía debilitados a los que quedaban, dice: Ninguna criatura podrá separarnos del amor de Cristo (Rom. 8, 39). ¿Qué es, entonces, lo que lamenta que haya una ley en sus miembros que lucha contra la ley de su mente, si, habiendo sido eliminados otros, otros se volvieron en fuga; sino porque los hombres perfectos lamentan intensamente que soporten este mismo simple movimiento de la carne contra su voluntad? Pues desearían permanecer en la carne de tal manera que no soportaran nada de la carne contra la voluntad de la mente. Lo cual, porque es imposible, lo

anticipó diciendo: Querer está en mí, pero no encuentro cómo hacerlo. Pues no hago el bien que quiero, sino el mal que odio, eso hago (Rom. 7, 18, 19). Como si dijera: Desearía estar en la carne, no con esa perfección con la que el perfecto en la carne es perfecto, sino como los ángeles de Dios en el cielo. Pero no encuentro cómo hacerlo, porque mientras la muerte del pecado no sea absorbida en la futura resurrección, lo que habita en mí el pecado me mueve contra mí. Pero aunque el pecado no puede ser extinguido, puede ser ahuyentado. Pues el movimiento de la carne se vuelve como en fuga, mientras se castiga bien con el ayuno. Pues tanto más raramente y con más dificultad se levanta contra el espíritu, cuanto más el espíritu que la preside la somete por la atenuación, cuando así la doma, que tarde se enorgullece, pronto se aquieta.

14. Pero es sutilmente de observar lo que se dice: Para que no quedaran dos juntos. Dos quedan, pero no quedan juntos. Dos son, en efecto, el pensamiento impuro y el movimiento natural de la carne. Para el conflicto de los santos, a veces el pensamiento impuro precede, a veces sienten que la ley de la carne se levanta contra la ley de la mente; pero quienes ya son vencedores no temen a los enemigos que se vuelven en fuga si regresan a la lucha; porque no pueden luchar juntos con ellos. Pues cuando el pensamiento perverso se presenta, lo rechazan antes de que la carne se mueva por su sugerencia. Y cuando la ley de la carne mueve los miembros, la ley de la mente no fomenta el movimiento impuro pensando cosas impuras; y mientras rechaza uno, no siente la lucha del otro. Por lo tanto, bien se dice de la perfecta victoria de los elegidos, que: Se dispersaron otros, para que no quedaran dos juntos de ellos: porque por la maceración del cuerpo progresan tanto en el culmen de la perfección, que lo que se les presenta de la carne, lo que se les presenta de la mente, lo superan fácilmente, mientras no se les permite unirse en la lucha. Y esta victoria la perciben de todos los sentidos del cuerpo los elegidos, que pueden someter a Naas que los asedia por la virtud de la abstinencia. Pues la carne restaurada y engordada es fácil de caer en el desliz de la lengua, los ojos, el oído, el olfato y el tacto. Por lo tanto, mientras los movimientos ilícitos de los sentidos corporales son llevados a la lucha de la mente por el vicio de la gula, es como si el pueblo de Amón acompañara al rey Naas al asedio de los israelitas. Pero mientras Naas es perfectamente vencido, Amón es extinguido en parte, y en parte se vuelve en fuga, de modo que de él no se encuentran dos juntos; porque mientras por la abstinencia maceramos el cuerpo, debilitamos innumerables movimientos ilícitos de nuestros sentidos; y los que no podemos erradicar por completo, los ahuyentamos como débiles. De los cuales no nos quedan dos juntos en la lucha; porque en el deleite de algún sentido corporal, no unimos el sentido de la mente. Pues a menudo vemos con los ojos, a menudo escuchamos con los oídos, a menudo percibimos con el tacto, a menudo con el olfato, cosas que pueden atraer al alma carnal al amor ilícito, pero al macerar perfectamente nuestra carne somos vencedores, porque no vemos dos juntos de los adversarios vencidos. Ciertamente vemos cosas deseables, pero evitamos unir el apetito del alma a los movimientos de los ojos. También a menudo el pensamiento ilícito se presenta al corazón, pero el vencedor de la serpiente encuentra solo su movimiento fugitivo que observa. Pues a lo que accidentalmente piensa en el corazón, no levanta a ninguno de los sentidos del cuerpo por un movimiento ilícito. Tales son, en efecto, los que el profeta admira, diciendo: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas? (Isaías 60, 8). Pues son como palomas a sus ventanas, que reciben cosas deseables, pero no pierden la simplicidad del corazón puro al desear. Porque ven lo que desean, pero evitan desear ilícitamente lo que ven. A esta victoria, en efecto, porque progresamos por la exhortación de nuestros predicadores, bien se recuerda que el pueblo de Amón fue vencido y asesinado por Saúl. Cuyas batallas, en efecto, no son uniformes, sino diversas. Pues a veces oprimen poderosamente a los adversarios ocultos, a veces soportan sabiamente a los falsos hermanos. A estos los dominan con gran virtud interior, a aquellos los

toleran con admirable paciencia exterior. Interiormente son insignes por la gloria de grandes triunfos, pero exteriormente son adornados con los incomparables títulos de tanta mansedumbre. Por lo tanto, habiendo conocido la narración de la victoria interior, escuchemos cómo también vencen exteriormente. Pues sigue:

Y el pueblo dijo a Samuel: ¿Quién es el que dijo: Saúl no reinará sobre nosotros? Dadnos a esos hombres, y los mataremos. Y Saúl dijo: No se matará a nadie en este día, porque el Señor ha hecho salvación en Israel.

15. Al profeta Samuel, en efecto, el Señor le había dicho anteriormente: No te han rechazado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos (1 Samuel 8, 7). De Saúl se había dicho poco antes: Porque lo despreciaron y no le llevaron regalos (1 Samuel 10, 27). Pero aquel rechazado, este despreciado, habiendo ya conseguido la victoria sobre los enemigos, escuchó al pueblo clamando: Dadnos a esos hombres, y los mataremos. Ambos podrían haberse vengado de los enemigos, no matando, sino consintiendo, pero también porque había sido rechazado, el profeta habla, el rey despreciado favorece al que dice: No se matará a nadie, porque nuestros santos predicadores son coronados con mayor victoria cuando soportan las adversidades de los prójimos que cuando combaten a los enemigos externos. Por lo cual, la verdadera sabiduría habla en Salomón, diciendo: Mejor es el paciente que el hombre fuerte (Proverbios 16, 32). Pero es de notar lo que se dice: En este día. En el día de su victoria, desea matar al que, a quienes atrae al amor de Dios con la claridad de sus virtudes, los incita a dañar a otros. O mata en el día de la victoria; porque con esa luz de claridad, con la que es llevado a la veneración del predicador, se excita al odio de los que detractan al mismo maestro. Pues quien odia a su hermano es homicida (1 Juan 3, 15). Porque, en efecto, de la doctrina del buen pastor deben ser ayudados los buenos, para que se toleren los malos; la razón por la que nadie debe ser matado se añade bien: Porque, dice, hoy el Señor ha hecho salvación en Israel. Sigue:

Dijo entonces Samuel al pueblo: Venid, vayamos a Guilgal y renovemos allí el reino. Y todo el pueblo fue a Guilgal, e hicieron allí rey a Saúl delante del Señor.

16. Si, por lo tanto, todo se hace de la misma manera que antes en la ordenación del rey, lo llevamos a la costumbre de la santa Iglesia, los rectores de ella son ordenados con gran sutileza. Primero, en efecto, el rey que debía ser elegido fue mostrado al profeta, luego buscado como desconocido: después también encontrado por sorteo, escondido en casa, revelado por el Señor, llevado por el pueblo y recibido en la dignidad real por todos. ¿Qué es, entonces, que todavía se va a Guilgal para que allí se renueve el reino? Pero con gran discreción se busca y se encuentra al rey, porque los asuntos de las Iglesias son altísimos, que si los débiles e inexpertos los asumen, son oprimidos por la misma magnitud de las cosas. Por lo tanto, se busca con atención y con la más sutil investigación al que debe ser preferido a tan alto culmen. Quien, en efecto, debe ser muy alabado, no se establece con el juicio de los que buscan, sino cuando en la misma disposición del sumo ministerio se encuentra fuerte. Por lo tanto, bien se dice que, ya triunfante el rey establecido, se dice: Fueron a Guilgal e hicieron allí rey a Saúl delante del Señor: porque cuando se conoce la fortaleza del predicador, es honrado en las mentes de sus oyentes. En Guilgal, en efecto, es decir, vamos a la rueda, cuando por la sagrada elocuencia discutimos la operación de nuestro maestro, y allí lo hacemos rey delante del Señor: porque, al que vemos digno, lo juzgamos digno de tan alto culmen. Primero, por lo tanto, se dice que Saúl fue elegido por el pueblo, al final se dice que fue constituido rey en Guilgal delante del Señor: porque aunque con mucha gravedad de consejo se elige al pastor en la santa Iglesia, no se conoce si es por mérito lo que es por orden, sino cuando se declara con la fortaleza de las obras. Por lo tanto, se dice no de otro,

sino de aquel que brilló con gran victoria: Todo el pueblo fue a Guilgal e hicieron allí rey a Saúl delante del Señor, para que la dignidad del sumo pontífice no consista en la ambición del culmen, sino en la suma virtud. Y en Guilgal, en efecto, se va, para que no se atreva a juzgar sobre el sumo lugar quien tiene ocultos los preceptos de la sagrada Escritura. Y delante del Señor se constituye rey: porque entonces el doctor es honrado por la devoción de sus súbditos, cuando ellos reconocen su vida aceptada por el Señor omnipotente. Pero de este conocimiento de la vida y doctrina de su pastor: porque a menudo no se le cree a él, sino a los mejores, bien se dice que el pueblo en Guilgal constituyó rey delante del Señor: pero el mismo pueblo en Guilgal, por la advertencia de Samuel, fue. Vamos, dice, a Guilgal y renovemos allí el reino. Pues el reino se renueva: porque cuando el predicador elegido se ve en gran virtud, los corazones de los oyentes se someten a él con nueva y reciente devoción. Por lo cual, como si se mostrara la victoria del rey, el reino se renueva, cuando conocida la gran conversación del doctor, los mismos corazones de los súbditos reciben el esplendor de la nueva devoción, y por su ejemplo son excitados al propósito de gran virtud. Pero ya que hemos visto los triunfos en una batalla interior, veamos ahora los tiempos de paz ya recorridos con admirable equidad.

CAPÍTULO II.

(1 Samuel 12, 1-3.) Dijo entonces Samuel a todo Israel: He aquí que he escuchado vuestra voz según todo lo que me habéis dicho, y he constituido sobre vosotros un rey: y ahora el rey camina delante de vosotros. Yo, sin embargo, he envejecido y encanecido. Por lo tanto, mis hijos están con vosotros. Así que, habiendo vivido entre vosotros desde mi juventud hasta este día, aquí estoy presente. Hablad de mí delante del Señor y de su Cristo, si he tomado el buey de alguien, o el asno. Si he calumniado a alguien, si he oprimido a alguien, si he recibido un regalo de la mano de alguien, lo despreciaré hoy y os lo restituiré.

1. Cuando los pastores reprobos están al frente, su principal propósito es el saqueo de los súbditos. Porque, en efecto, no saben contemplar la abundancia de los bienes eternos, cuanto más ardientemente desean los presentes, más ávidamente reciben lo ofrecido, no ofrecido lo toman violentamente. Acechan a los inocentes, oprimen a los débiles, aceptan regalos y pervierten la justicia. De estos pastores, el Señor reprocha a Judá a través del profeta, diciendo: Tus pastores son lobos al anochecer, que no dejan nada para la mañana (Sofonías 3, 3). A los calumniadores de los inocentes y opresores de los débiles también los golpea, diciendo: Si alguien no les da algo en su boca, santifican la guerra sobre él. Por lo tanto, la noche será para ellos por visión, y las tinieblas por adivinación (Miqueas 3, 5, 6). Pues mientras conocen la iniquidad que hacen, por la audacia de la obra más perversa, caen en la ceguera del corazón, para que por el amor, ya no vean la luz de la verdad, por la cual se arrepientan de la maldad. También Isaías reprende la aceptación de regalos, diciendo: Todos aman los regalos, siguen las retribuciones (Isaías 1, 23). Por lo tanto, el hombre santo, al mostrar la simplicidad de su inocencia, mostró cuán sublime fue en la altura de sus méritos. Este elogio de virtud se muestra en él solo, para que se muestre la misma conformidad de bondad en todos los doctores elegidos.

2. Tenemos, en efecto, la inocencia de vida para nosotros, pero ascendemos al culmen de la prelación por otros, no por nosotros. Por el bien de la inocencia nos dirigimos a la patria eterna, por la altura de la prelación vigilamos en la custodia de otros. En esa virtud estamos seguros, pero poseemos esta altura con gran temor: porque, aunque tememos intensamente dar cuenta de nuestras obras, debemos dar cuenta a Dios de lo que presidimos sobre otros. Si, por lo tanto, los hombres elegidos, por la voluntad de Dios, también ascienden al culmen de la prelación contra su voluntad, por la voluntad de Dios, abandonan el mismo culmen con

devoción. Por lo tanto, el hombre santo dice: He aquí que he escuchado vuestra voz, y he constituido sobre vosotros un rey; y ahora el rey camina delante de vosotros. Yo, sin embargo, he envejecido y encanecido. Por lo tanto, mis hijos están con vosotros. Como si dijera con otras palabras: Porque no he presidido por mí, sino por vosotros, la dignidad que he tenido, la he dado gustosamente a otro. En esa misma dignidad ya he envejecido, y sin embargo, el largo uso de presidir, que he tenido, no me ha mantenido atado en su ambición. ¿Qué es, entonces, lo que dice: Mis hijos están con vosotros, sino que en los hombres santos hay una gran fuerza de amor espiritual, por la cual a los hijos que nacen para el culmen, les quitan el derecho de sucesión? Pero quien abandona tan tranquilamente la suma del orden, muestra cómo permaneció en el mismo culmen. Porque, en efecto, no ejerció la violencia del saqueo, dice: Hablad de mí delante del Señor y de su Cristo, si he tomado el buey de alguien, o el asno. También porque no buscó ocasión de dañar a nadie, añadió, diciendo: Si he calumniado a alguien. También porque no fue gravoso para los débiles, dice: Si he oprimido a alguien. También porque no buscó cosas terrenales de su prelación, sino celestiales, dice: Si he recibido un regalo de la mano de alguien, lo despreciaré hoy y os lo restituiré. Porque, en efecto, en tal desprecio de las cosas fue conocido por todos, sigue:

(Vers. 4-6.) Y dijeron: No nos has calumniado, ni oprimido, ni has tomado nada de la mano de nadie. Y él les dijo: El Señor es testigo contra vosotros, y su Cristo es testigo en este día, de que no encontraréis nada en mi mano. Y dijeron: Testigo. Él, sin embargo, añadió, diciendo: El Señor, que hizo a Moisés y a Aarón, y sacó a nuestros padres de la tierra de Egipto, él es testigo.

3. En este lugar se debe notar que el hombre santo no mencionó los bienes que hizo, sino que expuso los males que no hizo; para guardar en silencio los bienes para las ganancias eternas, y al hablar no perder el aroma de la buena reputación. Pablo, sin embargo, dice: Somos el buen olor de Cristo en todo lugar (II Cor. II, 15). También reprendiendo a algunos, dice: El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros (Rom. II, 24). De aquí también advierte al discípulo, diciendo: Es necesario que el obispo tenga buen testimonio de los que están fuera (I Tim. III, 7). Así que, al afirmar que evitó los males con tanta cautela, y guardó silencio sobre los grandes bienes que hizo, el hombre bendito mostró abiertamente en qué cumbre de virtudes se mantuvo, al reprobar los males, conservó el aroma de la buena reputación para ejemplo de los elegidos; y al ocultar las obras de las virtudes, guardó las recompensas de la retribución eterna. Pero se debe notar que, al afirmar que el Señor era testigo de su inocencia, dijo que el mismo Señor hizo a Moisés y a Aarón. ¿Qué es esto sino que también mostró la cumbre de su virtud, pero no quiso aparecer solo en tal cumbre? Como si dijera con sentidos ocultos: No soy admirable en tanta virtud del alma, porque en ella no estoy solo. Tengo el desprecio de las cosas en el don de la virtud, pero no lo tengo en la intención de la vana alabanza: en la que veo a otros mucho mejores y más sublimes. Y porque afirmó que el mismo Moisés y Aarón fueron hechos por el Señor, es como si dijera: Que pude evitar los males tan fuertemente, debe atribuirse a la gracia de aquel que hizo a Moisés y a Aarón tales. Pero el santo varón mostró por qué premisas estas cosas, porque añadió, diciendo:

(Vers. 7.) Ahora pues, estad firmes, y contenderé en juicio contra vosotros delante del Señor por todas las misericordias que hizo con vosotros y con vuestros padres.

4. Es el orden de la suma razón que quien no se preocupa por hacer el bien, de ninguna manera reprenda el mal en los demás. Así que el santo varón primero afirmó cautelosamente que evitó los males, luego se lanzó a la reprensión de los demás; para insinuar las costumbres

del predicador elegido, que no puede llevar bien el fruto de la predicación, a menos que lo que predica de la eternidad lo demuestre también con una vida espléndida. Dice pues: Ahora estad firmes, y contendereé en juicio contra vosotros por todas las misericordias del Señor. Estar firmes para los oyentes es elevar la intención de la mente a la palabra del predicador. Por lo tanto, con razón se les manda estar firmes: porque el doctor no logra nada exhortando, si el oyente no presta atención a lo que dice. Enumerando esas mismas misericordias, dice:

(Vers. 8-11.) Cómo Jacob entró en Egipto, y nuestros padres clamaron al Señor, y el Señor envió a Moisés y a Aarón: y sacó a nuestros padres de Egipto, y los colocó en este lugar. Y porque olvidaron al Señor su Dios, los entregó en manos de Sísara, jefe del ejército de Asur, y en manos de los filisteos, y del rey de Moab: y pelearon contra vosotros. Después clamaron al Señor, y dijeron: Hemos pecado, porque hemos abandonado al Señor, y hemos servido a los Baales y a Astarté: ahora pues, líbranos de la mano de los filisteos, y te serviremos. Y el Señor envió a Jerobaal, y a Barac, y a Jefté, y a Samuel; y os libró de la mano de vuestros enemigos alrededor, y habitasteis con confianza.

5. Estas misericordias hechas según la historia se conmemoran para que, en lo que pidió un rey, el pueblo se reconozca culpable ante el Señor. Pues quien tuvo al Señor presente para apartar todos los peligros, no necesitaba un hombre como rey sobre él. Pero mostró la misma presencia del Señor a través de las misericordias otorgadas, al afirmar que fueron liberados de la mano de los egipcios por Moisés y Aarón, y de la mano de Sísara y de los filisteos, y de la mano del rey de Moab por Jerobaal, Barac, y Jefté, y por Samuel. En este lugar es muy necesario preguntar por qué la petición de un rey es tan estrictamente reprendida, y se enseña que las ayudas de la divina misericordia fueron otorgadas al pueblo de Dios a través de hombres preeminentes. ¿Qué se debe responder a esto, sino que es muy diferente la preeminencia de los reyes de la preeminencia de los jueces? Estos, en efecto, presiden como iguales, aquellos exhiben la arrogancia de la dominación en el poder de preeminencia. Estos recomiendan el testimonio de su inocencia ante el Señor y todo el pueblo: porque no oprimen a nadie, ni toman nada ajeno para sus usos: aquellos no solo quitan lo propio a los súbditos, sino que también oprimen a las mismas personas de los súbditos con el peso de la servidumbre. Añadiendo, pues, dice:

(Vers. 12.) Pero viendo que Naás subía y peleaba contra vosotros: Dijisteis: No, sino que habrá un rey sobre nosotros; cuando el Señor reinaba sobre vosotros.

6. Como si dijera: Para esto elegisteis un hombre, para lo que solíais tener a Dios. Si queremos discutir este lugar espiritualmente, se deduce de esto: que quienes desean tener un líder carnal, rechazan la gracia divina. Pues mientras viven según el ejemplo de doctores humildes, son liberados como de Egipto: porque huyen con todo deseo de la oscuridad del amor mundano. Porque también evitan la tiranía de todos los vicios por la doctrina de ellos, son liberados como de la mano de Sísara, de los filisteos, y del rey de Moab, enviados los líderes. En los cuales Dios ya reina solo omnipotente: porque mientras imitan a los humildes pastores externamente, reciben con gratitud el amor de la divinidad reinante entre ellos. Diga pues el profeta: Me dijisteis: No, sino que habrá un rey sobre nosotros; cuando el Señor reinaba sobre vosotros: para mostrar que quienes se someten imitando a los carnales, pierden la dignidad de la gracia divina. También se debe notar que el profeta Samuel se muestra en todo lugar a los elegidos en la norma de la rectitud por la virtud de la humildad. Pues cuando afirmaba la liberación del pueblo israelita, no dijo: El Señor envió a Jefté y a mí; sino: Jefté y Samuel, y os libró de la mano de vuestros enemigos. Se nombró a sí mismo como otro, para que la virtud de la liberación no se atribuyera a la persona del enviado: sino a la gracia del Dios que envía. Dijo: El Señor envió a Samuel, y os libró. Como si dijera: Envió a quien

quiso, e hizo por quien quiso. Y tal vez habla de sí mismo como de otro: porque no es él quien habla por sí mismo: sino el Espíritu Santo. Y porque por permiso de Dios, ya constituido el rey, el hombre de Dios decía estas cosas; ciertamente hablaba para dirigir al rey y al pueblo al culto de Dios, no para evacuar la misma dignidad real. Por lo cual, añadiendo, dice:

(Vers. 13-15.) Ahora está presente vuestro rey, que elegisteis y pedisteis. He aquí que vuestro Dios os ha dado un rey. Si teméis a Dios, y le servís, y escucháis su voz, y no exasperáis la boca del Señor, seréis vosotros y vuestro rey que os gobierna, siguiendo al Señor vuestro Dios. Pero si no escucháis la voz del Señor, sino que exasperáis sus palabras, la mano del Señor estará sobre vosotros y sobre vuestros padres.

7. Estas cosas ciertamente no son místicas, sino históricas en todo. Pues donde los prelados y los súbditos llevan una vida reprobable, sufren juntos el castigo de la divina venganza. Pero porque se mencionan separadamente los bienes, separadamente los males; aquellos, por los cuales se predice que la mano del Señor estará sobre ellos, deben considerarse más sutilmente. ¿Qué, pues, significa lo que dice: Si teméis al Señor, y le servís: sino que muchos temen los juicios de la divina severidad, y sin embargo no dejan de hacer el mal? Con un corazón temeroso piensan en los juicios futuros, pero vencidos por el placer presente, no evitan cometer el mal. Bien, pues, después del temor del Señor se mencionan sus servicios: porque solo aquel temor es aceptable, que mientras sacude la mente, la lleva al estudio de la buena obra. También porque hay algunos que por temor del Señor rechazan ciertos males, hacen algunos bienes; y sin embargo ni abandonan completamente los males, ni realizan suficientemente los bienes, se añade: Y escucháis su voz. Quien escucha la voz del Señor, hace plenamente el bien, y abandona completamente el mal. Pero esas mismas buenas obras deben tenerse en la delectación de la suavidad, no en la estimación de la aspereza. Pues a quienes siempre les parecen duras y ásperas las cosas que el Señor manda, poco a poco caen y desfallecen. De aquí que la Verdad misma dice: Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera (Mat. XI, 30). De aquí que Juan dice: Sus mandamientos no son gravosos (I Juan V, 3). No son gravosos para los elegidos: porque mientras desean con gran anhelo la gloria de la vida eterna, llevan con gratitud los preceptos evangélicos. También la boca del Señor puede entenderse como la predicación de la caridad perfecta. Como si quisiera mostrar las caricias de su boca, cuando decía: Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado (Juan XV, 12). Este precepto del Señor, este es el yugo de la divina suavidad. ¿Qué hay más ligero, o alguna vez más grato, que el amor? ¿Qué además no soporta con ligereza quien ama? Pues lo que se ama, se lleva con gran devoción. Porque, por tanto, el vínculo de la perfección es la caridad de Dios y del prójimo, bien al final el profeta advierte, diciendo: Si no exasperáis la boca del Señor, seréis vosotros y el rey que os gobierna, siguiendo al Señor vuestro Dios. Como si dijera: Entonces cumplís bien la voluntad divina, si consolidáis el desprecio de la maldad y el estudio de la buena obra en la caridad divina. Entonces corréis bien hacia la suma bienaventuranza de la vida eterna después del Redentor, si lleváis hasta el fin de la vida con alegría los preceptos de la caridad que son ásperos para los carnales.

8. Pero porque hablaba a los débiles y carnales, subsecuentemente advirtiendo dice: Si no escucháis la voz del Señor, sino que exasperáis su palabra, la mano del Señor estará sobre vosotros y sobre vuestros padres. La mano del Señor es la severidad divina de la venganza. Esta misma mano se extiende sobre los hijos y los padres, cuando por el mérito del desprecio divino, tanto los prelados reprobos como los súbditos son castigados. La misma mano también se extiende para la venganza, cuando no se escucha la voz del Señor, cuando se exasperan sus palabras: porque aquellos que rechazan los mandamientos divinos como duros e insoportables, son oprimidos en el futuro por el peso de un castigo intolerable. Pues la

audacia insensata del hombre, de donde rehúsa someterse por un poco a lo que le parece áspero; de allí se somete a cosas más ásperas para siempre. Pues si supiera sabiamente, se persuadiría a sí mismo de lo que le desagrade: para que por las cosas duras y ásperas de este brevísimo tiempo, evadiera las duras y ásperas de la futura condenación. Estas cosas ciertamente los corazones duros de los carnales las oyen rápidamente, pero no pueden ser fácilmente ablandados por el consejo saludable. Bien, pues, se añade:

(Vers. 16, 17.) Pero ahora estad firmes, y ved esta gran cosa que el Señor hará ante vuestros ojos. ¿No es hoy la siega del trigo? Invocaré al Señor, y dará truenos y lluvias; y sabréis y veréis que habéis hecho un gran mal ante el Señor, pidiendo un rey sobre vosotros.

9. Porque esta petición de rey se reprende tan atentamente y tantas veces, esto insinúa a los elegidos: que quienes promueven a los carnales al culmen de la santa Iglesia, están retenidos por la gravísima obligación del pecado. Pues los demás pecados obtienen el mérito de una pena singular, pero quien constituye un prelado carnal, incurre en tantos méritos de penas, como ejemplos de maldad ofrece a los fieles súbditos. Pero el grave peso del crimen no puede ser depuesto, sino con la austeridad de una gran compunción. La gracia de la compunción, sin embargo, no se infunde en la mente, a menos que primero se le muestre la magnitud del pecado. El profeta del Señor, para provocar al pueblo pecador al fruto de una adecuada penitencia, le insinúa el gran pecado de la transgresión a través de un movimiento admirable del aire. En la siega del trigo, sin embargo, no ocurren lluvias y truenos en esa región. Bien, pues, subsecuentemente se añade:

(Vers. 18, 19.) Samuel clamó al Señor, y el Señor dio truenos y lluvias en aquel día: y todo el pueblo temió en gran manera al Señor y a Samuel. Y todo el pueblo dijo a Samuel: Ora por tus siervos al Señor tu Dios, para que no muramos. Porque hemos añadido a todos nuestros males, el pedirnos un rey.

10. Lo cual, ciertamente, si lo llevamos a nuestros tiempos, para que el pueblo llegue al conocimiento de sus pecados, los predicadores claman a Dios por ellos: porque desean con grandes deseos la salvación de los fieles. Clamar, en efecto, para los predicadores, es pedir con gran devoción la salvación de los elegidos. Al clamor de ellos, el Señor da voz: porque excita los corazones de los pecadores, para que reconozcan la maldad de su depravación. Da lluvias: porque los corazones excitados los ayuda con la infusión de la gracia suprema; para que no solo cada uno abandone los males que ha hecho, sino que también haga fuertemente los bienes que desea. Pero esto se dice que ocurre en el día de la siega del trigo, para que se designe la virtud del milagro. No es, en efecto, menos milagro la transformación del corazón, que la perturbación del aire. No es menos milagro que los corazones áridos revivan, que las lluvias inunden de manera inusitada en los ardores estivales. Pues es un milagro mayor sacudir con un sonido íntimo una mente insensible, que hacer sonar un trueno al chocar las nubes por el viento. Pero se muestra el orden correcto de la conversión en la ordenada posición de las palabras. Pues dice: El Señor dio truenos y lluvias: y todo el pueblo temió en gran manera al Señor y a Samuel. Con una conversión muy ordenada, cuando se abandona el mal, se propaga el bien en la mente; cuando la mente convertida nutre como por lluvia la buena semilla, y se somete a Dios y a los hombres por la virtud de la obediencia. Bien, pues, se dice: Todo el pueblo temió al Señor y a Samuel, porque quien recibe la venida del Espíritu supremo, abandona los males, y aprehende los bienes, y así se somete a Dios, que también por Dios se somete a los hombres. Y porque no tienen presunción en la misma virtud de la obediencia, dicen: Ora por tus siervos al Señor, para que no muramos. Cuando el espíritu de vida se infunde en la mente, inmediatamente la eleva al temor de la muerte: porque es el magisterio de ese mismo espíritu, que la mente actúe temiendo, para que no encuentre lo que

teme: pero los hombres santos orando por ellos pueden ser escuchados, quienes también revelan los pecados ocultos del corazón por la humildad de la confesión. Por lo cual se añade: Porque hemos añadido a todos nuestros males, el pedirnos un rey. Pero como estas cosas ya han sido suficientemente expuestas, veamos lo siguiente.

(Vers. 20.) Pero Samuel dijo: No temáis. Vosotros habéis hecho todo este mal. Sin embargo, no os apartéis de seguir al Señor.

11. La mente del penitente se dirige bien entonces, si teme los juicios divinos, y confía en la misericordia del Dios omnipotente. El temor sin esperanza precipita en la desesperación, pero cuando se une a la esperanza, opera la salvación de la mente. Por lo cual, el mejor doctor debe vigilar con el mayor estudio, para aterrorizar al pecador, y al aterrorizado devolverlo a la esperanza de perdón: para que por el miedo deje de pecar, y por la esperanza de obtener indulgencia, busque el puerto de la misericordia divina. Samuel, pues, levantando a los súbditos aterrorizados a la virtud de la esperanza, dice: Vosotros habéis hecho todo este mal, sin embargo, no os apartéis de seguir al Señor. Como si dijera: Si dejáis de pecar, podéis llegar más rápidamente a obtener el perdón de lo cometido. No os apartéis, pues, de seguir al Señor. Se promete de la alabanza del justo. Porque irás delante de la faz del Señor para preparar sus caminos (Luc, I, 76). De aquí que Elías dice: Vive el Señor, en cuya presencia estoy (III Reg. XVII, 1). De aquí que el salmista dice: Alégrense los justos en la presencia de Dios (Sal. LXVII, 4). Estar en la presencia del Señor, o ante el Señor, es presumir del amor del Creador con el testimonio de una buena conciencia. Están, en efecto, en su presencia, quienes por el mérito de una gran acción, están seguros de la gracia de su Creador supremo. Pero los pecadores, cuando cometen el mal, huyen de la faz del Señor, pero cuando deliberan volver arrepintiéndose, están como detrás del Señor: porque no quieren alejarse más, y sin embargo no pueden presumir de Dios como amigos. De aquí que la mujer pecadora se dice que estuvo detrás, para merecer besar los pies del Señor (Luc. VII, 38). También aquella estuvo detrás, que tocó el borde de su manto, y mereció ser curada de su flujo de sangre (Mat. IX, 20). Está detrás, en efecto, por la vergüenza del pecado, pero toca por la virtud de la esperanza. Porque, pues, siempre debemos avergonzarnos de las iniquidades cometidas, y evitar en lo que nos confundimos, Samuel manda a los pecadores que no se aparten de seguir al Señor. Pero porque no basta la conversión al pecador, para que no haga pecados, subsecuentemente añadió:

(Vers. 20.) Y servid al Señor con todo vuestro corazón.

12. Entonces, en efecto, podemos merecer el perdón, si dejamos de pecar, y nos adherimos a las buenas obras. Servir al Señor con todo el corazón, es no retener ninguna intención de pecar en el corazón. Todo el corazón se inclina al servicio del Creador, cuando así hacemos el bien, que no retenemos ningún mal por propósito. Lo cual el profeta del Señor Samuel insinúa claramente, cuando añade:

(Vers. 21.) Y no os apartéis tras las vanidades, que no os aprovecharán, ni os librarán: porque son vanidades.

13. A la letra, los llama vanos, ídolos de los demonios. Sin embargo, para nosotros, aquí deben entenderse como vanos aquellos que el predicador muestra, diciendo: Vanidad de vanidades, y todo es vanidad. En comparación con los bienes eternos, todo es vano, incluso los bienes temporales. Porque cualquier cosa que en este mundo se vea alegre, deleitable, sublime o próspera, es ciertamente vana: porque es difícil de obtener y se pierde rápidamente.

De repente, las alturas del mundo se derrumban, lo bello pasa, lo alegre y próspero se desvanece. Pues cuando el mundo se ve floreciente, se turba con la fortuna repentina o rápida, y todo se concluye con la muerte que todo lo derriba. Por lo tanto, son vanas las alegrías del mundo, que engañan a sus amantes al pasar rápidamente, aunque parezcan permanentes. Que diga entonces el profeta Samuel: No os apartéis tras las vanidades, que no os aprovecharán. Como si dijera: Se buscan neciamente los bienes del mundo, que no podrán ser retenidos por sus buscadores por mucho tiempo. Y es de notar que se dice del futuro: No os aprovecharán: porque ahora parecen ser útiles; pero cuando en el futuro comiencen a ser castigados por ellos, de ninguna manera serán útiles. Por lo cual se añade apropiadamente: Ni os librarán, porque son vanos. Como si dijera: Por eso no os ayudarán entonces, porque desaparecen con el mundo y no se encuentran después del siglo. Los bienes del mundo duran mucho, si llegan con el amante hasta el final de la vida. Después del siglo, por lo tanto, no son útiles, aquellos que no pueden pasar el fin de la vida. En esta vida ciertamente atan a sus amantes con pecados; pero entonces no los libran, donde ciertamente están por mérito, pero no por ayuda. En lo cual es de notar cautelosamente: porque los bienes temporales no aprovecharán a aquellos que se dice que se apartan después de ellos. Apartarse después de los bienes temporales es caer en su apetito, preferir su amor al amor divino. Con razón, por lo tanto, no les aprovecharán las vanidades: porque no quisieron tenerlas en el orden en que fueron creadas. Pero se insinúa con qué fruto deben ser despreciadas las vanidades, cuando se añade:

(Vers. 22.) Y no abandonará el Señor a su pueblo por su gran nombre: porque el Señor ha jurado hacerse un pueblo.

14. Un gran mal infligen estas vanidades a quienes se apartan tras ellas: porque mientras apetecen desordenadamente las cosas terrenales, son abandonados por el sumo y omnipotente Dios para soportar tormentos futuros. Por lo tanto, a aquellos que se les prohíbe apartarse tras las vanidades, con razón el profeta les promete, diciendo: No abandonará el Señor a su pueblo por su gran nombre. Porque quienes desprecian las vanidades por amor a Él, son librados de los verdaderos males y reciben, por la fe en la promesa, la recompensa de la herencia eterna. El Señor hace suyo al pueblo, al que eleva a las alegrías de la bienaventuranza eterna. Allí, ciertamente, preside con la gloria revelada de su majestad, a quien en el mundo sostiene, asumido por la gracia oculta, del amor a la vanidad. Jurar al Señor es prometer y hacerse su pueblo, el Señor jura, quien no se aparta tras las vanidades: porque las cosas terrenales deben ser despreciadas, para que merezcamos adquirir los bienes de la herencia eterna. Sin embargo, nadie crea que puede ser llevado a ellas por sus méritos; porque aquí se expresa estrictamente: Por su gran nombre. No es por nuestra bondad, sino por Dios, que el hombre terrenal disfruta de los bienes celestiales. Es un don de Dios, no de nosotros. Sigue:

(Vers. 23.) Pero lejos de mí este pecado contra el Señor, que cese de orar por vosotros.

15. Habla aquel a quien anteriormente el Señor dijo de aquellos a quienes habla: No te han rechazado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos. He aquí que el profeta es rechazado, y habla a quienes lo rechazan, diciendo: Lejos de mí este pecado contra el Señor, que cese de orar por vosotros. En verdad, si esto se discute según el precepto de la Ley, no sería pecado si no orara por quienes lo rechazan. Pues la Ley de Moisés ordena, diciendo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo (Lev. XIX, 18). Pero quienes rechazaban al profeta no eran amigos, sino enemigos. ¿Qué es, entonces, lo que dice: Lejos de mí este pecado, sino que el hombre santo, elevado a la cima de la caridad, no solo amaba a los amigos, sino que también abrazaba a los enemigos? Instruido por el mandato de la ley antigua, pero iluminado por los resplandores de la nueva gracia, reprende la licencia de la antigüedad con la perfección

evangélica. En este hecho, nos vemos obligados a razonar con nosotros mismos. Pues por el Evangelio se ordena: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian (Mat. V, 44). ¿Cuánto más ahora deben ser amados los enemigos, cuando se nos ordena (Prefacio, núm. 6), si entonces pudieron ser amados cuando se ordenaba odiarlos? Y porque no solo oraba por ellos, sino que también intentaba instruirlos, añadiendo, dice:

(Vers. 23.) Y os enseñaré el camino bueno y recto.

16. ¿Por qué llama bueno y recto al camino del servicio divino, cuando no es bueno si no es recto, ni recto si no es bueno? Pero el camino fue bueno porque el pueblo ascendió de Egipto a la tierra de la promesa, y sin embargo, mientras vagaba por el desierto, no fue recto. Por lo tanto, el camino es bueno por el que se tiende a la patria celestial: recto, por el que se llega fácilmente. El camino es bueno y recto cuando nos convertimos a la vida religiosa, ejercemos los servicios divinos con fervor insistente de gran devoción. Por lo cual, Samuel bien expone el mismo camino, diciendo:

(Vers. 24.) Por tanto, temed al Señor y servidle con verdad y con todo vuestro corazón.

17. Este camino es ciertamente bueno y recto: porque tiende a la vida eterna y llega rápidamente. Por el temor del Señor se evitan los males; sirviéndole, se cumplen sus mandamientos. A quien ciertamente servimos en verdad, cuando cumplimos sus preceptos solo por la recompensa celestial. Pues quien espera una recompensa temporal por una buena obra, no sirve a Dios en verdad, a quien no ama con verdadero propósito en su obra. Pero quienes desean servir a Dios en verdad, se les ordena poner todo su corazón en los servicios divinos, para que así hagan las cosas de Dios, sin retener en la mente nada que sea contra Dios. Este camino es ciertamente no solo bueno, sino recto: porque tiende a la salvación y conduce rápidamente a su vencedor a la perfección. Pues así como se muestra bueno el camino de la tierra de la promesa, que conduce; recto, que evita el desvío. Por este camino, cada uno llega mejor a la cumbre de las virtudes cuanto menos se desvía por los rodeos de las negligencias. Este camino recto se expresa en aquel por el que se dice que el Señor quiso llevar a los hijos de Israel a la tierra de la promesa. Quiso ciertamente encomendarles los trabajos del desierto, para que a nosotros, siguiendo las huellas de su unigénito, aligerara el curso de tan gran viaje. Pues aún no podían oír: Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y sígueme; y tendrás un tesoro en el cielo (Mat. XIX, 21). Pues mientras el pueblo antiguo corría por diversos caminos con la licencia de las cosas temporales, no pudo ser llevado rápidamente a la tierra de la promesa como por un rodeo de trabajo. Para que, por tanto, el profeta nos insinúe el camino de la nueva vida, dice que el camino es bueno y recto, y temer a Dios, y servirle en verdad y con todo el corazón: porque llegan rápidamente a la sublimidad de la gracia divina, quienes no cesan de buscar al omnipotente Dios con buena obra y fervientes deseos. Y porque había hecho atento al mismo pueblo para escuchar las palabras de la predicación por un milagro, añade:

(Vers. 24.) Porque habéis visto las cosas magníficas que el Señor ha hecho entre vosotros.

18. Como si dijera: De lo que habéis visto, deducid cuán terriblemente debe temerse al omnipotente Dios, y cuán devotamente debe servirse siempre. Estas palabras, si queremos aplicarlas a nosotros, tanto más debemos temer con veneración y servir devotamente a Dios, cuanto más maravillosas hemos visto en nuestro Redentor. Pero porque lo que los buenos oyen, los malos audazmente desprecian, añadió, diciendo: Pero si perseveráis en la maldad, pereceréis vosotros y vuestro rey.

CAPÍTULO III.

(I Sam. XIII, 1.) Saúl tenía un año cuando comenzó a reinar: y reinó dos años sobre Israel.

1. Anteriormente, cuando se trataba el asunto de ordenar un rey, se dijo del que debía ser preferido por juicio divino a los demás, que era elegido y bueno. También del ya elegido en el reino, y puesto en medio del pueblo, Samuel dijo: Ciertamente veis a quien ha elegido el Señor, porque no hay semejante a él en todo el pueblo (I Sam. IX, 24). Del mismo rey ahora se dice: Saúl tenía un año; para que, al ser atentamente alabado, se sienta que fue elegido bueno por el Señor. ¿Por qué, entonces, se dice que tenía un año cuando comenzó a reinar, sino para que se proclame su inocencia? Pues literalmente, ¿cómo pudo ser hijo de un año, quien sobresalía a todo el pueblo desde el hombro hacia arriba? Lo que, por lo tanto, no puede entenderse literalmente, debe entenderse por la razón de la inteligencia interna. Así, el rey se describe como de un año, para que el don de la infancia en la persona del rey signifique el bien de la inocencia. Por lo cual, también se ordena a los hijos del reino eterno: No os hagáis niños en el entendimiento, sino sed niños en la malicia (I Cor. XIV, 20). Lo que ciertamente la misma Verdad amenaza a los pastores de las Iglesias, diciendo: Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos (Mat. XVIII, 3). Del rey, por lo tanto, que primero fue bueno, después malo, se dice: que tenía un año cuando comenzó a reinar, y reinó dos años. Aunque reinó muchos años, solo se dice que reinó en aquellos en los que se dice que fue inocente y humilde. Pues después, soberbio y desobediente, oyó: Porque has rechazado la palabra del Señor, el Señor te ha rechazado para que no seas rey (I Sam. XV, 26). Ciertamente se dio cuenta de que fue rechazado del reino, y sin embargo, rechazado, no temió reinar. ¿Cuántas cosas valientes hizo después? Pero he aquí que todos esos tiempos no se le atribuyen al reino. Por lo tanto, solo debemos alegrarnos de haber vivido en el tiempo en que vivimos inocente y humildemente. Pues aquellos tiempos que consumimos en la vanidad del mundo y en la vida efímera de la carne, no se mencionan como perdidos. También hay quienes se introducen para arrebatar la cumbre de la santa Iglesia: de quienes el Señor se queja por el profeta, diciendo: Reinaron, y no por mí: príncipes surgieron, y yo no lo supe (Oseas VIII, 4). Quienes, mientras hacen algunas cosas valientemente, piensan que el robo de la cumbre usurpada ha sido olvidado por Dios. Enumeran sus obras consigo mismos, y lo que hacen sin Dios, piensan que será recompensado por Dios. Ciertamente, para que enumeren más correctamente lo que hacen, que enumeren los muchos hechos valientes de Saúl rechazado, que el número divino de ninguna manera retiene. Que diga, por lo tanto, Saúl: Reinó dos años sobre Israel, para que se entienda de todos: porque lo que vivimos para nosotros, queda sin recompensa; y gobernar mal no es la verdad de la preeminencia, sino la temeridad de la presunción que debe ser castigada. Pero ya escuchemos lo que hizo el rey de un año.

(Vers. 2.) Y Saúl eligió tres mil de Israel, y estaban con Saúl dos mil en Micmas y en el monte de Betel; y mil con Jonatán en Gabaa de Benjamín.

2. El número milenario, que se completa con el centenario recogido diez veces, insinúa la suma de la perfección. Que ciertamente cuando se repite tres veces, en él se designan las diversas perfecciones de los elegidos. Saúl, por lo tanto, eligió tres mil hombres de Israel: porque el predicador de la verdad lleva a la defensa de la santa Iglesia no a los débiles y frágiles, sino a los guerreros robustos y valientes. Se dice que son tres mil: porque en la suma de la perfección, se presentan las vírgenes: junto a las cuales también se colocan los continentes y los defensores de la verdad. Pues mientras con el ejemplo de las vírgenes incitan a otros a la suma de la incorruptibilidad, mientras la vida de los continentes aparta a otros de las corrupciones del mundo, mientras protegen a los débiles y a los humildes con la

ayuda de los poderosos, los buenos doctores vienen como con tres mil hombres elegidos. Se les llama hombres por su fortaleza, se dice que son de Israel por la contemplación divina. Pues no puede estar contenido en el número de la suma de la defección, quien carece de la virtud de la gran obra o del conocimiento de la visión interna. ¿Qué significa que algunos están con Saúl, otros con Jonatán de los hombres elegidos? Pero también los mismos nombres de los lugares en los que se dice que están, no deben creerse vacíos de misterios. Jonatán, que se describe como hijo del rey y tiene parte de los guerreros, insinúa ciertamente a aquellos que son ayudantes de los doctores en el ministerio de la predicación. Son hijos de ellos: porque los aman vehementemente, por cuyo ministerio son engendrados para Dios. Pero presiden la parte de los guerreros: porque cuidan de la santa Iglesia, y con su ejemplo elevan a otros al amor de las virtudes. Como si un gran rey hubiera enviado a su hijo al ejército, quien decía a los corintios: Por eso os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor: quien os recordará mis caminos, que son en Cristo Jesús, como enseñé en todas las Iglesias de los santos (I Cor. IV, 17). De aquí también dice: Cuando venga Timoteo, ved que esté sin temor entre vosotros: porque obra la obra del Señor, como yo (I Cor. XVI, 10).

3. Jonatán, sin embargo, se dice que está con mil hombres en Gabaa de Benjamín, y Saúl con dos mil en Micmas y en el monte de Betel. Gabaa, como hemos dicho muchas veces, se interpreta como sublime: Micmas, humildad; Betel, casa de Dios; Saúl, petición; Jonatán, don de la paloma. Los tres mil hombres elegidos de Israel, los referimos a las vírgenes, los continentes y los defensores de la verdad. Por lo tanto, cuando Jonatán se llama don de la paloma, y en Gabaa, es decir, en lo sublime, se dice que están mil con él: ¿qué otra cosa insinúa, sino a aquellos que con el clarísimo ejemplo de la virginidad, ofrecen a otros la norma del mismo pudor? Bien se llama don de la paloma al institutor de las vírgenes: porque se hace por la incomparable gracia del Espíritu Santo, que los que permanecen en la carne, no conozcan la corrupción de la carne. Bien se dice que las vírgenes están en lo sublime: porque lo que supera la naturaleza humana, está situado en la cumbre altísima de las virtudes. Por lo cual, también aquel amado virgen de Jesús, insinuando el lugar de las vírgenes, dice: Vi sobre el monte Sion al cordero de pie, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el nombre de su padre escrito en sus frentes (Apoc. XIV, 1). A quienes también insinúa por la luz de su propia conversación, diciendo: Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes, y siguen al cordero dondequiera que va (Ibid., 4). Se dice que están en el monte con el cordero; porque por el mérito de la incorruptibilidad, por el cual se separan de las delectaciones terrenales y carnales, son sublimados en la gloria suprema del Redentor. Con Saúl, sin embargo, se dice que están dos mil en Micmas y en el monte de Betel. Micmas, que se interpreta como humildad, ¿qué otra cosa significa, sino el rubor de los continentes? Pues mientras recuerdan los placeres de la carne pasados, se sonrojan. Pero porque son hombres fuertes, se dice que están con Saúl; y mientras desprecian las blanduras del mundo experimentadas, con el ejemplo de su virtud atraen a innumerables otros al desprecio del mismo mundo. Sin embargo, habitan en Micmas: porque mientras recuerdan cómo fueron en el mundo, no pueden enorgullecerse de lo que se ven grandes en Dios. Quienes bien se dice que están con Saúl, que se llama petición. Pues el predicador de la verdad debe ser de tal caridad, que con deseo insistente no se sienta peticionario, sino petición. Pues debe apetecer la salvación de los fieles con tal insistencia, que por el uso del gusto interno, lleve todo el movimiento del corazón al afecto de la súplica. Con quien están mil hombres: porque los oyentes más perfectos concuerdan con los doctores elegidos en la caridad, y por la salvación de los fieles, desprecian al omnipotente Señor en común. Por lo tanto, están con el rey en Micmas: porque habitan la humildad por sí mismos; para que merezcan ser escuchados por otros. Pero mientras el doctor elegido preside útilmente a todos

los súbditos, promueve las virtudes de todos a las coronas de la victoria. Pues con los humildes suplica, con los fuertes lucha, con los hombres retirados insiste en oraciones, con los defensores expuestos de la Iglesia, protege a los débiles e indefensos. Bien, por lo tanto, no solo se dice que están en Micmas, sino en el monte de Betel con Saúl en los millares de guerreros: porque el predicador de la Iglesia, así como preside a los diversos órdenes de los elegidos, así debe ser su cooperador. Pues custodian Betel, es decir, la casa de Dios, quienes defienden la santa Iglesia con la autoridad de la palabra. Con quienes se enfrentan a los tiranos con la voz de la autoridad libre, con quienes se levantan contra los poderosos de este mundo, con quienes contradicen a las potestades de este mundo por la defensa de los humildes, custodian la casa de Dios como guerreros del rey. Quienes ciertamente se dice que están con Saúl: porque son coadyuvantes de los grandes doctores en la defensa de la Iglesia. Bien se dice de los demás:

(Vers. 2.) Pero al resto del pueblo lo envió cada uno a sus tiendas.

4. Además, se menciona al pueblo, que no está limitado por un número milenario. Cada uno es enviado de regreso a sus tiendas, porque los débiles e imperfectos no deben ser llevados a obras grandes y fuertes. Ni los continentes, ni las vírgenes, ni los mártires pueden ser débiles. Para aquellos, para que no regresen a los placeres pasados de la carne; para estos, para que desprecien los placeres carnales no experimentados; para aquellos, para que no teman las adversidades del mundo, es necesaria una gran fortaleza. Por lo tanto, el resto del pueblo es enviado de regreso a sus tiendas, para que no sean condenados por la temeridad de una vida más elevada, y como débiles e indefensos perezcan en la batalla, mientras prometen la fe de una alta conversación que no tiene la fuerza de una alta virtud. Es como si el bienaventurado apóstol Pablo enviara a cada uno de regreso a sus tiendas cuando decía: "Por causa de la fornicación, cada uno tenga su propia esposa, y cada una su propio marido" (I Cor. VII, 2). Como un maestro experto en la milicia interna, considerando tanto las coronas de la victoria como la gravedad de la lucha, equilibraba las fuerzas de los soldados en el peso de la guerra, juzgando óptimo para los débiles que vivieran en las ciudades, para que no perecieran en una amarga batalla. Por eso, separándolos de los campamentos de los fuertes, dice: "Volved a lo mismo, para que no os tienta Satanás por vuestra incontinencia" (Ibid., 5). Pero, con los débiles apartados, se expone lo que se hace en la fortísima línea de las vírgenes, cuando se añade:

(Vers. 3.) "Y Jonatán atacó la guarnición de los filisteos que estaba en Gabaa."

5. Así como la línea del esposo sobresale en orden, también recibió primero los títulos de victoria. Jonatán ataca la guarnición de los filisteos, porque la virginidad elegida, elevada en la fortaleza de la continencia, extingue los movimientos impuros. Bien se llama guarnición de los filisteos, porque en el cuerpo virginal, los movimientos carnales no tienen descanso de deleite, sino estado de combate. Permanecen de pie, porque atacan, pero no pueden descansar, porque no deleitan en absoluto la mente santa. La guarnición de los filisteos en Gabaa es atacada cuando las vírgenes elegidas debilitan por completo los deseos de la carne y obtienen la paz del triunfo, al no tener las guerras habituales. A esta victoria, porque a menudo progresan con la exhortación de los mayores, mil hombres están en Gabaa con Jonatán; pero se dice que Jonatán ataca el campamento de los filisteos. Y porque con el ejemplo de otros, a menudo otros son incitados a la emulación de la virtud, sigue:

(Vers. 3, 4.) "Y Jonatán atacó la guarnición de los filisteos que estaba en Gabaa. Cuando los filisteos lo oyeron, Saúl tocó la trompeta en toda la tierra, diciendo: Que lo oigan los hebreos."

Y todo Israel oyó esta noticia. Saúl atacó la guarnición de los filisteos, y se levantó Israel contra los filisteos. Entonces el pueblo clamó tras Saúl en Guilgal."

6. Después de que la guarnición de los filisteos fue atacada, Saúl toca la trompeta, y el pueblo clama tras Saúl, porque los predicadores santos proclaman las virtudes de los elegidos que han sido escuchadas, e inflaman los corazones de los súbditos con el ejemplo de la buena obra. Tocar la trompeta es anunciar la victoria y, con el ejemplo de los vencedores, excitar las mentes de otros al propósito de la guerra espiritual. Que el pueblo clame tras Saúl es asumir el atrevimiento de una gran devoción por la predicación escuchada. En este lugar, es de notar que Jonatán atacó la guarnición de los filisteos, pero Saúl, tocando la trompeta, afirmó haber atacado la misma guarnición. Porque, sin duda, se atribuye a los triunfos de los predicadores elegidos que los adversarios ocultos sean vencidos por los súbditos. Pero cada vez que vencemos a otros enemigos, es necesario que nos preparemos para vencer las batallas de otros. Porque el Dios omnipotente, al recompensar abundantemente a sus elegidos, siempre quiere que permanezcan en combate, para que siempre puedan prepararse para sí mismos los bienes del eterno premio. Por eso, cuando se dice que el pueblo clamó tras Saúl, se añade:

(Vers. 5.) "Y los filisteos se reunieron para pelear contra Israel, treinta mil carros y seis mil jinetes, y el resto del pueblo, como la arena que está en la orilla del mar, en gran número."

7. Anteriormente se describe que el rey Saúl eligió tres mil hombres para sí. Si queremos comparar las partes de cada ejército, contra cada hombre de Saúl, se asignan diez carros de los filisteos y dos jinetes. Porque diez veces tres mil son treinta mil. En el número seis también se duplica el tres. En esta batalla se designa tanto la multitud como la ferocidad de los enemigos ocultos. Vienen contra nosotros en carros y caballos, porque intentan ofrecer pensamientos malos a los corazones de los elegidos y placeres nocivos de cosas visibles a sus sentidos corporales. Los caballos son rápidos para correr, fuertes para el ataque. A ellos se comparan adecuadamente los malos pensamientos, que llegan rápidamente al corazón y lo hieren con fuerza. Los jinetes vienen contra nosotros en la batalla cuando los espíritus malignos nos excitan rápidamente con malos pensamientos y nos atacan con fuerza a través de ellos. Pero contra cada uno de los fieles vienen dos jinetes, porque si reunimos las insidias ocultas de los espíritus reprobados en la suma de la consideración, su propósito especial es herirnos la virtud principal y extinguir por completo la caridad de Dios y del prójimo. Un caballo se ve que ataca solo cuando el espíritu maligno nos sugiere con un pensamiento reprochable que odiamos al prójimo. Pero el caballo que se ve solo no está solo, porque nadie ama a Dios si odia a su hermano (I Juan IV, 20). Porque también la caridad divina no conviene con ningún vicio principal en la mente, cada vez que se nos sugiere un vicio espiritual por el engaño de los demonios, debemos evitar la excesiva velocidad y la violenta ferocidad de los jinetes que atacan. En comparación con el jinete, el golpe del arquero o del infante es completamente débil. El ataque del jinete es violento por la fuerza del caballo, porque la virtud del espíritu maligno no es nada en la lucha de los elegidos si no se le permite residir en el mal pensamiento. Porque nuestros enemigos son muy fuertes en la batalla cuando se les permite residir en los pensamientos internos, en el ejército de los filisteos se cuenta la multitud de jinetes. Se asignan diez carros a cada elegido en la batalla. Tenemos cinco sentidos corporales, por los cuales experimentamos el deleite. Pero los espíritus malignos, cuando desean engañar la mente a través de los placeres de la carne, muestran a los sentidos corporales las apariencias de cosas que la carne desea, y a través de las mismas apariencias de cosas sugieren que la mente desee lo que se le ofrece. Es como si el adversario levantara su carro en sus ruedas, ofreciendo por un lado los placeres de las cosas, y por otro reteniendo los pensamientos; ofreciendo estas, sugiriendo aquellos, y como girando se eleva a sí mismo hacia el alma, cuando el espíritu maligno se levanta contra los elegidos, tanto por

los placeres de las cosas como por el arte de las sugerencias. Son diez carros porque contra cada uno de los sentidos de nuestro cuerpo tienen apariencias de placeres visibles, tienen contra tantos sentidos del alma, y artes engañosas de persuasión.

8. ¿Qué significa que se menciona que el resto del pueblo es como la arena que está en la orilla del mar, en gran número, sino que bajo la dirección de los espíritus malignos, una innumerable multitud de vicios se levanta contra nosotros? Así como el pueblo sujeto sigue a los carros y jinetes, cuando las insidias de los demonios atacan primero la mente, para que sea devastada por los vicios que siguen, como por la multitud de un pueblo irracional. Bien se describe primero los carros y jinetes, luego la multitud del pueblo en la lucha espiritual de los santos, porque no hay multitud ni fortaleza de vicios si no la precede excitando e introduciendo la multitud de espíritus malignos. Con estas palabras también se insinúa cuán cauta y circunspecta debe ser siempre la vida de los santos. Porque si el resto del pueblo se compara con la arena del mar en gran número, la multitud de dardos es innumerable y casi inevitable. Aunque todos los vicios sean conocidos por los fieles expertos, no pueden saber completamente con cuántos movimientos golpean el corazón, de qué maneras o por qué causas siempre llegan al corazón. Rechazan poderosamente las oscuridades abiertas de las tentaciones; pero a menudo no evitan la niebla de la ignorancia en cosas menores, como las partículas de arena. Siempre muestran la fortaleza de la buena obra, pero quienes superan grandes ejércitos de jinetes con gran virtud, no refrenan completamente la lengua de toda locución superflua. Dirigen el cuerpo continuamente en el servicio del Dios omnipotente; pero su mente, que ordena perfectamente los miembros externamente, a veces no evita los pensamientos superfluos. ¿Qué otra cosa sienten entonces, sino la importuna multitud del pueblo, quienes han derribado con gran virtud los carros y jinetes?

9. Pero el doctor egregio dice: "A los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien" (Rom. VIII, 28). Dios permite que sus elegidos sean atacados por grandes tentaciones, para que deban ser coronados magníficamente en el reino celestial; pero permite grandes batallas que vencen; excita las levas en las que caen: para que la victoria de los fuertes sea grande, la caída inofensiva; para que los que caen se levanten fácilmente, y las cosas fuertes en las que permanecieron victoriosos no los ensalcen. Porque si vencemos carros y jinetes, no debemos ensalzarnos por la victoria, porque son innumerables las cosas que cometemos pensando, hablando, viviendo, gustando, oyendo y actuando. De hecho, las flechas de este pueblo innumerable no podía evitarlas incluso aquel que decía: "En muchas cosas todos ofendemos" (Jac. III, 2). De nuevo, el amado de Jesús habla, diciendo: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (I Juan I, 8). ¿Quién, entonces, ya se atreverá a ensalzarse como vencedor, si tantos hombres manifiestan que no pueden evitar por completo las flechas de los pecados? Pero como estas cosas se describen en la batalla espiritual, no debemos ahora considerar qué sufrimos, sino cómo podemos debilitar el ataque de nuestros enemigos. El pueblo de los filisteos se compara con la arena que está en la orilla del mar en gran número, porque toda la fuerza y número de los vicios se aumenta por las perturbaciones del mundo. El mar, de hecho, designa este mundo, porque mientras es impulsado por la gran variedad de cosas y tiempos, se perturba como por vientos furiosos. En la orilla, cuando el agua del mar impulsada retrocede, se acumulan innumerables partículas de arena. ¿Qué es, entonces, la orilla del mar, sino el corazón de cada uno en la conversación espiritual negligente? Por el orden de la religión, se ve como si estuviera en lo sólido; pero mientras no reprime los pensamientos seculares, recibe como olas del mar que rompen en él, y montones de arena: y de ahí puede ser impulsado por las olas y cubierto por la arena, de donde no teme acercarse al mar: porque si reprimiera los pensamientos seculares con la contemplación de las cosas espirituales, no sentiría los vicios

de la mente y del cuerpo que la ocupación del mundo trae como arenas y olas. ¿Por qué, entonces, se dice que el pueblo enemigo es como la arena, sino porque los espíritus malignos atacan a los atletas elegidos de Cristo con los mismos vicios con los que superan a los negligentes? Con el ruido de la multitud secular vienen contra aquellos que han aprendido con toda su mente a despreciar el mundo en sus deleites. Forman las pompas de las cosas visibles, renovan el amor del mundo ya despreciado fingiendo, para atraer los corazones ardientes de amor celestial a deleites nocivos. Pero los hombres santos, porque consideran que esta innumerable multitud de pensamientos malvados surge del mar del mundo, huyendo del mundo con toda su mente, evitan convertirse en orillas del mar, y ya no temen a tal multitud de enemigos: porque mientras se retienen en la contemplación íntima, la multitud de vicios no puede tener acceso a ellos. Sigue:

(Vers. 5.) "Y subiendo, acamparon en Micmas, al oriente de Betaven."

10. Para los espíritus malignos, ascender es intentar cosas altas para engañar los corazones de los santos a través del deseo celestial. Bien se dice: "Acamparon en Micmas", porque residen en aquellos corazones que no ven en el alto amor de las cosas celestiales. Micmas, de hecho, se interpreta como humildad. Humillarse en el sagrado discurso a menudo se toma por defecto de virtud. Por eso, en esta misma historia de los reyes, Tamar, hija del rey David, que se dice que fue violada por su hermano Amnón, se dice que fue humillada. Corrompida, de hecho, fue humillada: porque la virgen se mantenía sublime, y cuando perdió la alta cumbre del honor virginal, vino como de lo sublime a un lugar llano y humilde (II Sam. XIII). También se dice de la futura caída de los soberbios: "Todo el que se exalta será humillado" (Luc. XIV, 11): porque en el juicio del tribunal supremo caen aquellos que se glorían vanamente en la sublimidad de este mundo. Bien, entonces, se dice que los filisteos acampan en Micmas: porque los demonios habitan en aquellos que no se preocupan por mantener las altas cumbres de las virtudes. Porque mientras buscan las cosas terrenales, habitan como en lo llano y humilde, donde los enemigos invisibles pueden fácilmente establecer campamentos. De estos enemigos se dice por el profeta: "Que dicen a tu alma: Inclínate, para que pasemos" (Is. LI, 23). El alma erguida es sublime, inclinada es humilde: porque por la altura de las virtudes, es elevada por el deseo celestial: pero cuando desciende a los vicios o al amor del mundo, cae allí donde el enemigo que irrumpe fácilmente la golpea. Dicen, entonces, a tu alma: inclínate, para que pasemos: porque si no la humillan para hacer o pensar cosas terrenales, ni penetran con sus persuasiones malignas, ni la perturban con la guerra de los vicios.

11. De aquí podemos deducir cuánto debemos alejarnos del mundo en acción, palabra y pensamiento. Nuestras palabras, pensamientos y obras son llanas y humildes cuando son seculares. A través de ellas estamos allí donde los campamentos de los enemigos ocultos se establecen libremente, donde podemos ser capturados tanto más fácilmente cuanto menos nos elevamos con ninguna fortaleza de defensa. ¿Quién de los fieles no sabe ya que las culpas de nuestras palabras, pensamientos y obras son recogidas y guardadas para nuestra acusación en la venida del juicio futuro? Por eso, el Señor insinuando que debemos evitar este lugar humilde y despreciado, dice: "Toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio" (Mat. XII, 36). El lugar de los enemigos se dice humilde; para insinuarnos que debemos ser siempre sublimes en palabra, pensamiento y obra. Y porque mientras los reprobos son capturados en el lugar humilde de su vida relajada, muestran ejemplos de depravación que se proponen para que otros los imiten: se dice que Micmas está al oriente de Betaven. 285 Al oriente, de hecho, vemos que la luz del sol surge. Pero la vida de los reprobos, aunque tiene la verdad de la oscuridad; quienes, sin embargo, siempre desean por el vano deleite del mundo, sin duda son engañados como por el resplandor de una falsa

luz. Por eso se dice por el bienaventurado Job: "La luz de los impíos será quitada" (Job XXXVIII, 15). Ahora, de hecho, el halago del mundo les parece luminoso; pero cuando salen del mundo, sufrirán las tinieblas perpetuas que creyeron que eran luz. Entonces verán que no era luz, cuando la prosperidad se convierta en adversidad, la luz en tinieblas, la risa en llanto, la dulzura en gusano, la belleza en deformidad, el honor en deshonra, los halagos en penas y tormentos eternos. Estas cosas, de hecho, porque ahora los corazones de los impíos no las sienten, rehúsan imitar las costumbres de los buenos; y con el ejemplo de los perdidos, no temen tomar lo que les agrada del mundo: porque imitan a aquellos que, por su vida reprobada, se han convertido en moradas de demonios. Por eso, con razón se les llama casa inútil: porque a menudo reciben la predicación de los santos, pero no permiten que la palabra que oyen de su boca habite en ellos por amor. Son, por tanto, casa inútil: porque no hacen en sí mismos una morada apta para Dios. Esta casa inútil la designa la Verdad misma en el Evangelio, diciendo: "Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza" (Mat. VIII, 20). De nuevo está escrito: "El Espíritu Santo de disciplina huye del engaño, y no habita en un cuerpo sujeto a pecados" (Sab. I, 5). Bien, entonces, se dice que la casa inútil está en la parte del oriente de Micmas: porque quienes desprecian la predicación de los santos, en el ejemplo de los reprobos que buscan las cosas bajas y terrenales, se regocijan como en el surgimiento de una gran luz. Pero mientras, hablando los misterios de la historia sagrada, se demuestra la conversación de los malos, se muestra cuán cauta es la vida de los santos. Porque sigue:

(Vers. 6.) "Cuando los hombres de Israel vieron que estaban en aprietos, el pueblo se afligió, y se escondieron en cuevas, en escondites, en rocas, en cavernas y en cisternas."

12. Estamos ciertamente en aprietos cuando somos tentados internamente por espíritus inmundos y externamente vemos los ejemplos de hombres malvados. Contra la tentación interna de los espíritus malignos se ha dicho bien: "El pueblo fue afligido", y contra los ejemplos externos de los hombres impíos, "Se escondieron". Porque el adversario astuto nos sugiere que busquemos cosas agradables y felices, que nunca se vence mejor que si, tentados, corremos a los lamentos de la oración devota. Y podemos evitar más rápidamente los ejemplos de los perversos si juzgamos que ni siquiera deben ser considerados. Esconderse, por tanto, de los santos es despreciar ver lo reprobable. Y porque los cinco sentidos del cuerpo nos protegen de la imitación de los reprobos, también se describen cinco tipos de escondites: cuevas, lugares ocultos, rocas, cavernas y cisternas. Las cuevas son los lugares ocultos de las montañas: porque los corazones de los santos están en lo alto en el deseo celestial, y están cerrados e inaccesibles a los espíritus malignos. Entramos en las cuevas cuando recurrimos a los secretos de las mentes, para no ver con ojos vagabundos lo que se debe desear afuera. Nos escondemos en lugares ocultos cuando guardamos el silencio oculto de la boca cerrada. Ascendemos a las rocas cuando colocamos la acción del cuerpo en una operación robusta. De estos escondites se dice por el profeta bajo una sola asignación: "El que cierra sus ojos para no ver el mal, y tapa sus oídos para no oír sangre, y sacude sus manos de todo soborno: habitará en las alturas, la sublimidad de las fortalezas de las rocas será su refugio" (Isaías XXXIII, 15). Entramos en cavernas y cisternas cuando también protegemos el olfato de las obscenidades del mundo y los oídos de escuchar vaniloquios. Las cisternas son las palabras de las sagradas Escrituras. Nos escondemos en las cisternas cuando entramos en las aguas del sagrado discurso, para regar con el oficio de los oídos los prados de las mentes. Bien se recuerdan los escondites de Israel en el tipo de los elegidos: porque quien no protege los sentidos del cuerpo de la contaminación de las deleitaciones carnales no escapa a la espada de los enemigos ocultos. Que diga, pues, la victoria de aquel combate oculto, que diga: "El pueblo fue afligido". Que diga abiertamente los triunfos del combate externo: "Se

escondieron". La aflicción de la mente elegida es el filo mortal de toda tentación diabólica. Pues mientras se compunge profundamente, se eleva al amor del gozo supremo; y ya rechaza con más fuerza los placeres del mundo ofrecidos, cuanto más ama fervientemente las cosas celestiales, a las que asciende llorando. El doctor insigne dice: "Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios" (Hechos XIV, 21). La entrada al reino celestial ciertamente se espera así al final de los tiempos, como se siente en la vida diaria de los santos. Nuestra tribulación, por tanto, es la entrada al gozo supremo. Con razón, pues, cada vez que la mente elegida se compunge en el lamento de su aflicción, al tribularse, obtiene esto, que entre en la contemplación de aquel reino supremo, en el cual se regocija inefablemente. Y mientras los hombres santos rehúyen ver a los amantes del mundo en el florecer de la alegría pasajera, mientras esconden sus sentidos corporales de su imitación, no es una huida de lo que se ve, sino una gloriosa victoria. Huyen de los actos terrenales, pero alcanzan los celestiales; parecen esconderse del mundo, pero se revelan en la gloria celestial. Huyendo, pues, de lo nocivo, persiguen más vigorosamente a sus enemigos, y triunfan mucho más noblemente, cuando así se apresuran hacia lo celestial, que no los toca la saña contaminada de los adversarios. Sigue:

(Vers. 7.) "Pero los hebreos cruzaron el Jordán hacia la tierra de Gad y Galaad."

13. Esto, de hecho, si primero queremos saberlo según la letra, se percibe que estos hebreos, aterrados por el miedo, huyeron hacia sus enemigos. Pues no mucho después se escribe en la victoria abierta de Jonatán: "Los hebreos que habían estado con los filisteos ayer y anteayer, y que habían subido con ellos al campamento, regresaron para estar con Israel, que estaba con Saúl y Jonatán" (I Samuel XIV, 21). ¿Qué se significa verdaderamente en este hecho, sino lo que vemos que ocurre diariamente en la santa Iglesia, la vida segura y cautelosa de los buenos, la impaciente precipitación de los negligentes? Los débiles y audaces son curiosos en las acciones del siglo; débiles para soportar la guerra de la tentación. Y si examinamos esto en nosotros, en los monasterios se encuentran muchos de estos. Habitan en puertos tranquilos, pero no consideran las tormentas del mar abierto y los torbellinos de las tempestades. Y mientras afuera se estiman grandes al actuar como fuertes, salen fácilmente a las más graves batallas de tentaciones; impotentes ante fuertes adversarios. Razonablemente imprudentes, débiles en fuerza, así como no entienden las astutas trampas de la tentación, tampoco evitan las abiertas seducciones de los halagos. Cruzan, pues, el Jordán, porque se inclinan a perpetrar los vicios de la carne. Jordán, de hecho, se interpreta como su descenso. Quienes, por tanto, abandonan la justicia, caen desde la alta montaña de las virtudes. Porque los débiles buscan con gusto los halagos del mundo que ven, en su tipo los hebreos no son llevados a través del Jordán, sino que se dice que cruzan el Jordán. Cruzar, de hecho, es propio del que quiere. Cruzan, pues, el Jordán, quienes se inclinan hacia las deleitaciones carnales con deliberación voluntaria y apresurada. También pueden entenderse que cruzan el Jordán, quienes comienzan a pecar recientemente, pero al pecar superan las maldades de otros hombres pecadores. Pues llegarían a su descenso no cruzando, si hicieran males iguales a los de otros, y no los superarán atreviéndose. Y porque en una vida aún más perversa encuentran a sus iguales, bien se recuerda que llegan a la tierra de Gad y Galaad, cruzando el Jordán. Pues como habitan al otro lado del Jordán, quienes por el uso del pecado se vuelven peores en males. A este descenso de culpa vino a levantar a los pecadores aquel de quien está escrito: "Vino a toda la región del Jordán, predicando el bautismo de arrepentimiento para la remisión de los pecados" (Lucas III, 3). Quien vino a predicar el arrepentimiento de todos los pecados, se proclama que vino a todas las regiones de descenso. Sigue:

(Vers. 7-9.) "Y mientras Saúl estaba aún en Gilgal, todo el pueblo que lo seguía estaba aterrorizado. Esperó siete días según el plazo de Samuel, y Samuel no vino a Gilgal, y el

pueblo se dispersó de él. Entonces Saúl dijo: Traedme el holocausto y las ofrendas de paz: y ofreció el holocausto."

14. Hasta aquí, porque de Saúl, como se dijo anteriormente, el discurso divino habló como elegido y bueno; parecía razonable que lo que se decía de él, tanto por la historia como por la moralidad, lo tomáramos en buen sentido. Pero ahora, porque hemos llegado al lugar de su transgresión, es necesario que veamos también en él lo que debe evitarse. Pero ¿qué mal debe ser más cuidadosamente evitado por todos los elegidos que el de la soberbia y la desobediencia? Este ciertamente derribó la sublimidad del primer ángel, este destruyó la gloria de los espíritus perdidos. Este privó al primer hombre de la felicidad; este trajo las perpetuas miserias de la cautividad humana. Y he aquí que al primer ángel, al primer hombre, se une el primer rey del pueblo elegido por la desobediencia, para que mientras los grandes caen, los pequeños se levanten. Bien nos levantamos, si miramos sus caídas y las evitamos. Por tanto, es de considerar atentamente dónde cayó Saúl. Pues anteriormente Samuel le había dicho: "Descenderás delante de mí a Gilgal. Yo ciertamente descenderé a ti, para que ofrezcas holocausto, y ofrenda, y sacrifiques víctimas de paz. Siete días me esperarás, hasta que venga a ti: y te mostraré lo que debes hacer" (I Samuel X, 20). Por eso cayó por desobediencia, porque no esperó los siete días completos, como se le había ordenado. Pues en el mismo lugar se añade de repente:

(Vers. 10.) "Y cuando terminó de ofrecer el holocausto, Samuel venía."

15. En este lugar debe considerarse con corazón tembloroso, cuán breve fue el tiempo de espera que descuidó, y fue rechazado. "Cuando terminó", dice, "de ofrecer el holocausto, he aquí que Samuel venía". Si, por tanto, lo hubiera esperado solo por el brevísimo intervalo de tiempo en que ofreció el holocausto, ya podría haber obtenido con seguridad la fortaleza de su reino. Así que si tan grande es la pena cuando se desprecia al profeta: ¿qué pensamos que se incurre en el vasto mar de la retribución divina, cuando se disipan los mismos mandamientos divinos? Y porque en un momento pasa la delectación de la carne, y toda comisión de pecados, y breve es la hora de la transgresión, no obstante, la pena del delito no es breve; porque mientras por un momento erigimos en nosotros el reino del pecado, perdemos aquellos reinos de todos los siglos. Pues inmediatamente después del pecado viene la palabra profética para reprender: que estaría presente, si no pecáramos, para fortalecer en el bien. La conciencia contaminada tiene ya la palabra divina contra sí; que si evitara contaminarse, ayudada por ella, y levantada, subsistiría con su propio vigor. ¿Qué nos designa espiritualmente, pues, lo que se dice: "Y cuando terminó de ofrecer el holocausto, he aquí que Samuel venía"? Y si no hubiera ofrecido el holocausto, no obstante, Samuel habría venido. Así, ciertamente, también cuando somos tentados, la gracia divina está cerca, que ayuda a los que soportan: cerca también la justicia divina, que condena a los que fallan. Por eso la Sagrada Escritura, exhortándonos a esperar, dice: "Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no dejes tu lugar rápidamente" (Eclesiastés X, 4). De aquí el profeta testificando, dice: "El Señor es mi ayudador, y por eso no me he confundido" (Isaías L, 7). De aquí el salmista mirando las mismas ayudas cercanas, dice: "Veía siempre al Señor delante de mí, porque está a mi derecha, para que no sea conmovido" (Salmo XV, 8). Pero ya escuchemos qué dice el profeta al que no espera; qué responde el que no quiso esperar:

(Vers. 11.) "Y Samuel le habló: ¿Qué has hecho?"

16. El profeta sabía ciertamente lo que había hecho, pero al preguntar, reprobaba el hecho de la desobediencia. Por eso también al pecador Adán en el paraíso se le dice por el Señor: "Adán, ¿dónde estás?" (Génesis III, 9). También puede indicarse por esta pregunta la

magnitud de la culpa. Como si dijera abiertamente: Te parece poco que hayas pecado desobedeciendo, pero al pecar has caído desde la alta cima de tu gloria. Ahora, pues, muchos dentro de la santa Iglesia se hunden en flagicios, y como si no perdieran nada o muy poco, están seguros. Dígase, pues, al caído, dígase: "¿Qué has hecho?" Te parece poco que te hayas contaminado con la suciedad del pecado, porque no consideras cuánta gloria de eternidad has perdido, qué pena de gehenna has merecido. Se pregunta al pecador qué ha hecho, para que sea llevado al corazón por los lamentos, para que sepa que ha incurrido en grandes cosas, y no duela poco. Pero porque de la raíz de la soberbia nace la misma culpa de la desobediencia, los desobedientes suelen escuchar la magnitud de su culpa de los doctores que los reprenden, pero no confiesan humildemente para satisfacer. Pues como desean parecer sublimes, se niegan a mostrar sus caídas; y por eso presentan excusas, pretenden justicia; porque se avergüenzan de aparecer como pecadores. Bien, pues, se añade:

(Vers. 11, 12.) "Saúl respondió: Porque vi que el pueblo se dispersaba de mí, y tú no venías según los días acordados. Además, los filisteos se habían reunido en Micmas. Y dije: Ahora descenderán los filisteos a mí en Gilgal, y no he aplacado el rostro del Señor. Compulsado por la necesidad, ofrecí el holocausto."

17. He aquí que quien es acusado de la temeridad de una gran transgresión, no teme afirmar grandes causas de justicia. "Vi", dice, "que el pueblo se dispersaba de mí". Aquí se afirma que fue abandonado por el pueblo: "Además, no venías según los días acordados". Aquí se muestra defraudado por la promesa del profeta. "Además, los filisteos se habían reunido en Micmas". Aquí igualmente objeta el inminente peligro de la confrontación. Por lo cual, añadiendo una palabra a su acción, dice: "Compulsado por la necesidad, ofrecí el holocausto". Como si dijera: Tú me acusas de una gran culpa, cuando la culpa es tanto más leve cuanto no consta de temeridad, sino de necesidad. Pero el profeta, añadiendo, dice:

(Vers. 13.) "Has actuado neciamente, y no has guardado los mandamientos del Señor tu Dios."

18. Los soberbios, porque por su hinchazón se consideran por encima de los hombres, son adecuadamente reprendidos cuando se les objeta la voluntad divina, que ofenden. Saúl, pues, es reprendido al modo de los soberbios, quien se dice haber despreciado los mandamientos del Señor su Dios. Lo cual es como si se dijera al soberbio y despreciador: Y si desprecias a los hombres, ahora no has disipado el consejo de los hombres, sino los mandamientos del Señor tu Dios. Rectamente, pues, consideras tu culpa, si consideras con corazón tembloroso a aquel a quien desprecias. Y es de notar que no dice: No has guardado los mandamientos de tu Dios, o, los mandamientos de tu Señor, sino: "No has guardado los mandamientos del Señor tu Dios". Como si dijera abiertamente: Sería un atrevimiento de gran transgresión, si aquel cuyos mandamientos desprecias, fuera solo tu Señor, y no también Dios. ¿Cuánto, pues, es lo que se comete, cuando se descuidan los mandamientos de Dios y del Señor? Porque tampoco dice: del Señor mi Dios, o del Señor nuestro Dios, lo reprende por haber ofendido la gracia de la familiaridad divina. Como si dijera: Has despreciado sus preceptos, quien al elevarte desde lo bajo, al ponerte sobre otros, al hacerte rey, por la imposición de tantos dones, fue como especialmente tuyo. Aún se añade, para que se muestre que su audacia de transgresión es mayor:

(Vers. 13.) "Que te mandó."

19. Algunos preceptos de Dios son comunes a todos, no especiales de algunos. Para que, pues, convenza al audaz reo de su temeridad con una patente objeción, no demuestra que ha

despreciado preceptos comunes, sino propios y singulares. "Que", dice, "te mandó". Como si dijera: Has despreciado aquellos mandamientos de Dios y del Señor tuyo, que no como comunes a todos, sino como propios, y confiados singularmente solo a ti, debías observar. Pero expone lo que merece, diciendo:

(Vers. 13, 14.) "Que si no lo hubieras hecho, ya habría preparado el Señor tu reino sobre Israel para siempre, pero no se levantará más."

20. He aquí cuán grandes cosas perdió, quien, como pensaba, no despreciaba nada. He aquí que esperó siete días al profeta; pero al dejar de esperarlo al final del día, perdió la gloria de tan gran dignidad. Por eso se dice por el profeta: "¡Ay de los que perdieron la paciencia!" (Eclesiástico II, 16). Pierden la paciencia, de hecho, quienes no consuman los bienes que comienzan. A quienes ciertamente se dice ¡ay!: porque no solo pierden la recompensa del trabajo comenzado, sino que también son heridos por la pena de su apostasía. Pero la pena del rey soberbio y desobediente se declara, cuando se dice: "Que si no lo hubieras hecho, ya habría preparado el Señor tu reino sobre Israel desde ahora y para siempre; pero no se levantará". Desde ahora y para siempre se prepara el reino elegido: porque quienes ordenan bien las cosas temporales, se preparan para sí la sublimidad de la gloria eterna. Ahora, de hecho, se prepara el reino de los elegidos, cuando por la gracia divina se dispensan rectamente sus ministerios. Lo cual desde ahora y para siempre progresa: porque de la sublime acción de este tiempo, merecen para sí aquella más sublime gloria de la eternidad en los cielos. Al rey reprobado, pues, se le dice al final: "Tu reino no se levantará más". Como si dijera: Mientras falla en la rectitud temporal, no alcanza la altura de la eternidad. O se dice literalmente que no se levantará: porque cayó con él, y después de él no permaneció en sus hijos. Pero, para que sea herido por la pena de la envidia, no solo se le obliga a escuchar su repulsión, sino también la elección ajena. Pues el profeta, añadiendo, dice:

(Vers. 14.) "El Señor se ha buscado un hombre conforme a su corazón, y le ha mandado que sea jefe sobre su pueblo Israel."

21. En todas estas palabras se derriba al soberbio: "El Señor", dice, "se ha buscado un hombre conforme a su corazón". Como si dijera: Por eso lo buscó, porque tú no quisiste ser conforme a su corazón. Como si dijera: Ha constituido como jefe de su pueblo a un hombre tal, que ejecuta el precepto del consejo divino con la virtud de la devoción. Porque solemos deliberar en el corazón lo que queremos hacer: cuando en el sagrado discurso se pone el corazón de Dios, por él se designa su voluntad íntima, que se nos da a conocer externamente cuando se revelan los preceptos de la obediencia. Estamos conforme a ella, cuando la reconocemos por el entendimiento y la guardamos por el amor. Bien, pues, dice el profeta Samuel del Señor: "El Señor se ha buscado un hombre conforme a su corazón, y le ha mandado que sea jefe sobre su pueblo". Porque aquel manda útilmente a otros, quien ya sabe obedecer perfectamente a Dios; quien solo manda lo que procede del consejo de la verdad íntima.

22. Pero ¿qué es lo que se dice como de pasado: "El Señor se ha buscado un hombre, y le ha mandado que sea jefe", cuando no fue buscado, ni se le mandó que presidiera a su pueblo? Pues después de que Saúl golpeó a Amalec, el Señor dijo al mismo profeta: "Llena tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isaí el belenita" (I Samuel XVI, 1). Pero esta cuestión se resuelve fácilmente, si se considera la presciencia y la predestinación del Dios omnipotente. Para él, de hecho, predestinar es hacer, y para él ya están hechas las cosas que han sido preordenadas para ser hechas por él. Por eso está escrito de él: "Hizo las cosas que son futuras" (Isaías XLV, 11, según la LXX). Pero se dice que Dios buscó un hombre, para que se ofrezca a los hombres la forma de los prelados elegidos. Solemos buscar lo que no

conocemos presente, o no vemos ausente. Pero Dios, para quien nada está ausente, nada oculto, no se dice que buscó un hombre como ausente, o escondido: sino que se dice que buscó, para que todo el que es elegido al culmen de la santa Iglesia, se enseñe que debe ser examinado por los hombres. Pero debe buscarse según el corazón de Dios; para que no solo entienda la voluntad divina, sino que la muestre con buenas obras. Porque los hombres elegidos no vienen al honor del primado por ambición, sino que son llevados coaccionados, bien se dice: "Y le mandó que fuera jefe". Como si dijera: No subió al honor de la prelación por ambición, sino que ascendió coaccionado. También puede entenderse hombre por fortaleza; según el corazón de Dios, por caridad interna. Cuando, pues, la necesidad lo exige, búsquese un hombre para el cuidado de la santa Iglesia, que sea fuerte en la conversación; búsquese según el corazón de Dios, para que por el efecto de un gran amor, esté como unido a la voluntad divina: mándesele que sea jefe; para que no ambicione subir al orden de la sublimidad por codicia, sino que lo tema por humildad: y así tema humildemente por sí mismo, para que reconozca más devotamente estar sujeto al precepto de Dios. Pero porque con estas palabras el profeta había reprendido la vida del rey caído, sigue:

(Vers. 15.) Se levantó Samuel y subió de Galgala a Gabaa de Benjamín. 23. Como un doctor de la santa Iglesia que viene de lo alto a lo llano, cuando reprende las culpas de los pecadores, y dobla la sublimidad de su estado, al humillarse por el afecto de la caridad para discutir los crímenes de los malvados. Bien se dice de él, que había reprendido al pecador: Se levantó y subió. Se levanta, en efecto, el predicador elegido, cuando se eleva por la intención a la altura de su conversación espiritual: y sube, cuando llega a la ardua altura de su vida por la obra acostumbrada. Los deseos celestiales, las virtudes espirituales, las buenas obras están en lo alto: los afectos terrenales, las concupiscencias mundanas, los vicios y pecados están en lo bajo. El doctor, para corregir bien a los caídos, primero descubre las culpas discutiéndolas, luego las hiere una vez descubiertas. Para ver claramente y abiertamente lo que debe herir, curva los ojos de su mente para ver las heridas profundas de los pecados. Pero no hiere lo que ha visto, si no desciende a lo bajo para tocarlas. Por tanto, se dice que el profeta se levanta y sube, porque los dolores de los elegidos vienen a menudo a ver y enmendar nuestras bajezas, sin olvidar nunca regresar inmediatamente a la alta conversación de su vida. Con estas palabras también se afirma la libertad del ánimo sacerdotal. Pues muchos reprenden a otros, mientras ellos mismos se perturban en la más fuerte guerra de la ira. Después de increpar las culpas, no pueden levantarse y subir: porque, turbados en sí mismos, no se les permite avanzar a las alturas de la paz interior. Algunos escuchan que deben corregir las torpezas de otros; pero cuando descienden a pensar en lo bajo, se ensucian con el deleite de sus males. Los débiles e incapaces de tan gran ministerio, mientras desean desatar los nudos de otros en lo bajo, no los liberan, sino que se atan a sí mismos. ¿Qué significa, pues, que se diga de Samuel: Se levantó y subió, sino que vemos en los hombres más perfectos, que miran nuestras inmundicias sin ensuciarse con ellas: se enojan con nosotros de tal manera que pueden subir rápidamente a las alturas del secreto de su paz interior? Son fuertes y poderosos, y quienes llevan sus grandes y fuertes cargas con ligereza, no se ven agobiados por nuestras debilidades. Y porque en nuestra corrección presentan testimonios de la Sagrada Escritura, se dice que se levantan y suben de Galgala. Galgala, como he dicho muchas veces, se llama rueda. Los testimonios de las Escrituras, porque se vuelven en nuestra instrucción a través de diversos sentidos, son como ruedas. Y porque cuando los santos predicadores abandonan la preocupación por sus súbditos, se elevan en la contemplación de la vida eterna, se dice que Samuel sube a Gabaa de Benjamín. Gabaa de Benjamín, en efecto, se interpreta como el monte del hijo de la derecha. ¿Quién es, pues, el hijo de la derecha, sino aquel que los santos Evangelios confiesan que sube a los cielos y se sienta a la derecha de Dios Padre? El monte

del hijo de la derecha es, por tanto, la eterna altura del Redentor. Pues cuando los santos predicadores abandonan nuestras bajezas, se levantan por la intención y suben por la visión a aquellas altas cosas divinas del Redentor.

24. También puede entenderse de manera más simple según el sentido histórico lo que se dice: Se levantó y subió: porque evidentemente no reconoció en el rey, a quien había reprendido, la humildad de la penitencia, por la cual se vería obligado a permanecer. Sin embargo, el mismo rey es dejado en el ministerio, para que sea corregido por la misma separación del profeta; porque a menudo aquellos a quienes las palabras del predicador no corrigen, temen ser separados de la familiaridad de los predicadores o de la unidad de la santa Iglesia. Junto a los predicadores son duros, pero separados recapacitan; y quienes pecaron desobedeciendo, ya se preparan humildemente para obedecer a Dios. Por lo cual también se ordena al rey Saúl poco después destruir a los amalecitas: para que, si cumplía el mandato del Señor con la matanza de esa gente, desatara el nudo de su anterior desobediencia (1 Sam. XV). Separado del profeta, se le ve hacer cosas para ser ordenado a hacer otras. Por lo cual se añade:

(Vers. 15.) Y el resto del pueblo subió tras Saúl al encuentro del pueblo que los atacaba: viniendo de Galgala a Gabaa de Benjamín.

25. Algunos caen en el pecado de tal manera que no se mantienen en ninguna buena obra: otros, al recordar que han cometido males, se esfuerzan más intensamente en hacer el bien. 292 Pues al hacer el bien, cubren los males que abandonan: para que no sean juzgados al ser descubiertos por el juez eterno. Si interpretamos este hecho de Saúl en un sentido positivo, encontramos esto; porque quien antes, temiendo, despreció los mandatos del profeta en el sacrificio, después se apresuró a destruir a los adversarios del pueblo de Dios, a quienes temía. En este lugar también debe notarse que aquel a quien el profeta abandonó, sube de Galgala para experimentar las guerras de los enemigos. Pues la justa severidad de los predicadores expulsa a muchos pecadores, a quienes, sin embargo, la memoria divina no abandona. Pierden los consuelos y exhortaciones de los rectores por sus culpas: pero consultan las sagradas Escrituras, retoman su propósito; y quienes yacían como caídos por el mal de la desobediencia, se levantan por el fervor de la obediencia y avanzan a las guerras de los enemigos ocultos. Bien se dice, pues, que vienen de Galgala, es decir, de las ruedas: porque toman de las santas Escrituras lo que les permite reprimir con fuerza la milicia de la parte adversa. Y porque se esfuerzan por recuperar la altura de la conversación perdida venciendo, se dice que suben a Gabaa de Benjamín. Porque, además, algunos se habían encerrado en escondites, otros habían huido a los enemigos, se llaman el resto del pueblo, que no se aterrorizaron con ningún temor, sino que se apresuran con su rey al lugar de la confrontación. Lo que también vemos ahora en la Iglesia: porque evidentemente muchos, como pequeños, proponen avanzar por el estudio de la vida privada, muchos fuertes son audaces incluso en los combates expuestos del maligno enemigo; para que vean abiertamente las seducciones del mundo, que desean, pero al verlas deseadas, las desprecian. Estos, en efecto, no están en escondites, sino en el campo de batalla abierto, expuestos a la lucha, fuertes para el triunfo, que pueden luchar y no pueden ser superados. Por lo cual también se designan por el número perfecto, cuando se añade:

(Vers. 15.) Y Saúl contó al pueblo que se había encontrado con él, unos seiscientos hombres.

26. Pues la semana se completa en siete días, pero uno de ellos está prohibido para trabajar, y seis se conceden para el estudio de la buena obra. El número cien contiene la suma de los números. En seiscientos hombres, pues, ¿quiénes se designan, sino aquellos que son robustos

en obra y deliberación del corazón? Pues algunos proponen cosas fuertes, pero porque no hacen lo que proponen, no alcanzan el número de seiscientos hombres. En seiscientos hombres, pues, se designan los fuertes obreros de la santa Iglesia, porque proponen grandes cosas, y cumplen el rigor del propósito con la fortaleza de la buena operación. Que bien se dice que se encuentran con el rey, porque con los pastores de la santa Iglesia concuerdan en buena voluntad y piadosa acción. Pues están con aquellos de quienes no discrepan en voluntad, ni disienten en operación. Que se dice que concuerdan de tal manera que se siente la dignidad de los predicadores; porque aunque los súbditos hacen el mismo bien que los predicadores quieren, sin embargo, ellos son los principales en el mismo bien, cuya orden es más alta, así como más ardiente es la virtud del ánimo, y más robusto el esfuerzo de la operación. Por lo cual también se dice separadamente del rey y de su hijo:

(Vers. 16.) Y Saúl y Jonatán.

¿Por qué se nombra separadamente al rey y a su hijo, sino porque la acción del buen prelado se muestra singular? Y porque no es uniforme la igualdad de todos los fieles súbditos, sigue:

(Vers. 16.) Y el pueblo que se encontró en Gabaa de Benjamín.

27. Se ha repetido suficientemente que Gabaa se interpreta como colina. 293 La colina, en verdad, no es la cumbre, sino la altura de los montes cercana a la cumbre. ¿Qué se entiende en esta colina, sino la vida alta y perfecta de los fieles súbditos? Esta, aunque no sea igual a la altura de los predicadores, sin embargo, se ve que es muy sublime en comparación con los méritos de otros. Por lo cual también se lee en el Apocalipsis sobre algunos elegidos principales: Nadie podía decir el cántico, sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil (Apoc. XIV, 3). A quienes, demostrando más claramente, dice: Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes, y siguen al cordero dondequiera que va. Por tanto, mientras se describen las batallas espirituales, se menciona especialmente al pueblo encontrado en Gabaa de Benjamín, porque el coro de vírgenes es tanto más violento contra la ferocidad de los espíritus inmundos, cuanto que no está herido por ninguna de sus heridas, ni manchado por ninguna suciedad de su sugestión. Libre e íntegro, está preparado para el encuentro, fuerte para el golpe. ¿No están en la colina del hijo de la derecha aquellos a quienes el amado Jesús mira por el mérito de su integridad, diciendo: Vi al cordero de pie sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil? (Apoc. XIV, 1.) Pero si no fueran muy fuertes, no podrían subir fatigados a tal altura. Además, si no fueran libres de todas las preocupaciones, no podrían correr tras el cordero en todas partes. Por tanto, en el triunfo de la batalla oculta, cada virgen es admirable, mientras se describe el orden de la confrontación, bajo el tipo del pueblo de Gabaa, se menciona la especial dignidad de la virginidad. Sigue:

(Vers. 16-18.) Por otro lado, los filisteos habían subido a Magmas. Y salieron a luchar desde los campamentos de los filisteos tres escuadrones: un escuadrón se dirigía hacia el camino de Efraín, a la tierra de Saúl; otro entraba por el camino de Betorón; y el tercero se dirigía hacia el camino del término en la tierra de Saba, que da al valle de Seboim, frente al desierto.

28. ¿Qué significa que los filisteos formen tres escuadrones, sino que los espíritus malignos intentan insertar lo perverso en nuestro corazón, lengua y obra? Pues todo pecado se comete pensando, hablando o haciendo, hay tres escuadrones de los filisteos: porque los espíritus malignos se esfuerzan por empujar a las almas a pecar, por la negligencia del corazón, la desenfrenada lengua, la audacia de la obra perversa. Por lo cual se dice que el primer escuadrón se dirige contra el camino de Efraín, porque comienzan a atacar la inocencia desde el corazón. El camino de Efraín, es decir, del corazón fructífero, es la buena cogitación. Por

tanto, el primer escuadrón de los filisteos se dirige contra el camino de Efraín: porque los adversarios ocultos, si no quitan primero el uso de la buena cogitación de la mente, no pueden llegar a erradicar los frutos de sus virtudes. Por tanto, vienen contra el camino de Efraín, cuando acechan a la buena cogitación, que se dice que es el camino hacia la tierra de Saúl. ¿Qué es, pues, la mente del discípulo elegido, sino la tierra muy fructífera del doctor? Por lo cual también el Señor, exponiendo la parábola de las semillas en el Evangelio, dice: Lo que cayó en tierra buena son aquellos que en corazón bueno y óptimo reciben la palabra, y dan fruto con paciencia (Luc. VIII, 15). Se dice, pues, del primer escuadrón de los filisteos: Se dirigían contra el camino de Efraín: para que, al percibir el sentido espiritual de la letra, obstruyamos el acceso de los espíritus malignos a la cogitación. Pero mientras protegemos el corazón, nos vemos obligados a refrenar la lengua de las locuciones superfluas. Por lo cual se dice que el segundo escuadrón entra por el camino de Betorón; Betorón, en efecto, se interpreta como casa de la ira. La casa de la ira, es la mente que sirve al uso de la lengua litigiosa. Que ciertamente insinúa esa casa el sabio que dice: La ira reposa en el seno del necio (Ecl. VII, 11). Por esta casa, en verdad, los enemigos entran al corazón del necio, porque los espíritus malignos, al soltar la lengua a palabras desenfrenadas, encienden iras y hieren la mutua caridad de los fieles. Quien, pues, ha aprendido a evitar las cogitaciones nocivas, si no sabe mantener la custodia de la boca, ha vencido el ataque de un escuadrón, pero no ha escapado del otro. Pero el tercer escuadrón se dirige hacia el camino del término. ¿Qué es el término de la cogitación y la palabra, sino la consumación de la buena obra? Pues por eso pensamos y hablamos bien, para llevarlo al fin de la buena obra. Pero cuando el antiguo enemigo no puede dañar con palabras y cogitaciones, tiende lazos al final, y busca evacuar o impedir la buena obra de los fieles. ¿Qué es, pues, el camino del término, sino el estudio de la buena operación? Porque, pues, los espíritus malignos se esfuerzan con muchas insidias para que se abandone el estudio de la buena obra, se dice que el tercer escuadrón se dirige hacia el camino del término. También puede entenderse en este término el fin de nuestra vida. El escuadrón se dirige hacia el camino del término, porque el enemigo se esfuerza por interrumpir la buena obra, para que no se lleve hasta el fin de la vida. Por lo cual también el salmista, expresando el llanto de los caídos, dice: Han extendido cuerdas en lazo a mis pies, han puesto tropiezo junto al camino para mí (Sal. CXXXIX, 6). En verdad, se pone tropiezo junto al camino, para que las buenas obras de los elegidos se abandonen antes de la consumación de esta vida.

29. ¿Qué es, pues, lo que dice: En la tierra de Saba, que da al valle de Seboim frente al desierto? Pero estos nombres de lugares se han puesto para designar la situación del término que había mencionado. Saba, en nuestra lengua, se dice cautiva: Seboim, se llaman cabras. ¿Qué es, pues, esta cautiva, sino la naturaleza humana, que fue puesta en el paraíso, y ahora está ligada a soportar las penalidades de esta mortalidad en este mundo? ¿Qué es, pues, la tierra de esta cautiva, sino la peregrinación de la vida temporal? Bien, pues, mientras se dice que el escuadrón se dirige, se menciona la tierra de la cautiva: porque los espíritus malignos pueden mover batallas contra nosotros en esta tierra de nuestra peregrinación; pero no pueden en aquella vida nuestra. Pero aunque la presente conversación de los elegidos esté puesta en este exilio de cautividad, si guarda perfectamente el camino del término, después de las angustias de este término, llega a la altura de la inmortalidad. Por lo cual también se dice que el término de esta tierra da al valle de Seboim, es decir, de las cabras. El valle de las cabras, en efecto, es la muerte preciosa de los santos: porque de donde se deponen muriendo, de allí se levantan a las alegrías eternas. Pues ¿quién no sabe que las cabras son animales veloces y dan grandes saltos? Rectamente, pues, la dignidad de las almas santas designan las cabras, que en la muerte abandonan los cuerpos, pero como dando grandes saltos, por grandes méritos ascienden a los reinos celestiales. Diga, pues, que el término de la tierra de la cautiva

da al valle de Seboim: porque aunque la condición humana está condenada, sin embargo, está tan exaltada en el Hijo de Dios, que cuando se lleva al término de la vida temporal, se da en la muerte, para que se eleve a la altura de la vida eterna. Diga, pues: Porque el tercer escuadrón se dirige hacia el camino del término en la tierra de la cautiva, que da al valle de las cabras: para que afirme que los espíritus malignos intentan pervertir los últimos bienes de los elegidos, para que no asciendan a las alegrías celestiales. Que también se dice que el valle está situado frente al desierto. ¿Qué se entiende por desierto en este lugar, sino el infierno? En verdad, se entiende desierto donde no se encuentra ninguno de los elegidos. También se dice desierto donde no se sienten consuelos de penalidades. Se dice, pues, que el valle de las cabras está situado frente al desierto: porque la muerte de los santos tiene todo lo diverso de los méritos del infierno, y no tiene nada conveniente ni digno de las penas del infierno. Sigue:

(Vers. 20, 21.) Por otro lado, no se encontraba herrero en toda la tierra de Israel. Pues los filisteos habían prevenido que los hebreos no hicieran espada ni lanza. Descendía, pues, todo Israel a los filisteos, para que cada uno afilara su arado, o azadón, y hacha, y azuela.

30. Todo esto se describe, en efecto, para insinuar el modo de la victoria que sigue. Pues los armados fueron vencidos por los desarmados, para que todo lo que se vence se atribuya a las alabanzas del Dios omnipotente. Pero si, como es nuestro hábito, seguimos estas cosas espiritualmente, no las encontraremos vacías de misterios. ¿Qué significa, pues, que se diga: No se encontraba herrero en Israel: sino que para las batallas espirituales no nos instruimos por las letras seculares, sino por las divinas? Pues no se encuentra herrero en Israel, porque los fieles del Señor, viendo, no luchan contra los espíritus malignos con el arte de la ciencia secular. Pues si ayudados por el arte de los herreros vencieran, prevalecerían contra los enemigos ocultos con los dardos de la elocuencia secular. Pues ciertamente la erudición de los libros seculares, aunque por sí misma no aproveche para el conflicto espiritual de los santos, si se une a la Escritura divina, se instruye más sutilmente en la ciencia de la misma Escritura. Pues las artes liberales deben aprenderse solo para que, por su instrucción, se entiendan más sutilmente las palabras divinas. Los espíritus malignos quitan el deseo de aprender de los corazones de algunos: para que no sepan ni las seculares, ni alcancen la sublimidad de las espirituales. Bien se dice, pues: Los filisteos habían prevenido que los hebreos no hicieran espada ni lanza. Claramente, los demonios saben que mientras nos instruimos en las letras seculares, nos ayudamos en las espirituales. Pues cuando nos disuaden de aprenderlas, ¿qué otra cosa hacen, sino prevenir que hagamos lanza o espada? Diga, pues, la historia, y el profeta insinúe el estudio de los elegidos, y exponga: Descendía Israel a los filisteos, para que cada uno afilara su arado o azadón. Descendemos a los filisteos, cuando inclinamos el ánimo a aprender los libros seculares. Y se dice descenso, porque la simplicidad cristiana está en lo alto. Pero ¿qué es lo que se dice que las letras seculares están en lo llano, pero el modo de enseñar es sublime? Porque aunque no narran cosas celestiales, y explican con admirable orden de dicción lo que proponen, y narrando se elevan, y diciendo cosas carnales se deponen. Pues quien desea conocer este modo de decir o entender, descienda a los filisteos, afíle el arado y el azadón, para que se deposite para escuchar también las cosas carnales de los seculares, quien se esfuerza por instruirse completamente en su elocuencia. Pues esta ciencia secular el Dios omnipotente la ha puesto en lo llano, para que nos hiciera un grado de ascenso, quien nos debía elevar a la altura de la Escritura divina. Por eso quiso que se precediera, para que en ella nos instruyera a pasar a las espirituales. Por lo cual también Moisés, quien nos dio los principios de las palabras divinas, no aprendió primero las divinas, sino que para poder captar o expresar las divinas, formó su rudo ánimo en toda la ciencia de los egipcios. También Isaías fue más elocuente que otros profetas: porque no fue, como Jeremías de Anatot, ni como Amós armentario, sino que fue noblemente

instruido y urbano. También Pablo, vaso de elección, se instruye primero a los pies de Gamaliel, antes de ser arrebatado al paraíso, o elevado a la altura del tercer cielo (Hechos XXII). Y por eso tal vez sobresale en doctrina a los otros apóstoles: porque, futuro en las celestiales, primero estudioso aprendió las terrenales.

31. Pero ya, según creo, es necesario investigar espiritualmente las propiedades de los instrumentos rurales. ¿Qué se insinúa en el arado, que es tirado por los bueyes que van delante, sino el afecto de la doble caridad? ¿Y qué se muestra en la azada, con la que cada uno trabaja solo en el cultivo del campo, sino el estudio de la vida privada? Algunos agricultores, tanto ricos como fuertes, aran con bueyes: porque aman al Señor con fortaleza y, a través del amor fraterno, se dedican diligentemente a la ganancia de las almas. Por lo tanto, afilan el arado en los herreros de los filisteos: porque componen el estudio de la santa predicación a partir de la erudición secular. Sin embargo, algunos, como pobres, usan la azada: porque aquellos que consideran que no pueden ser suficientes para ganar las almas de otros, no dejan de prepararse para sí mismos lo que pueden de la eternidad. Cada uno de ellos usa la azada: porque no dejan de preparar el campo de su mente para el culto divino. Y porque en este estudio de la vida privada también les es muy útil la erudición secular, afilan la azada mientras son enseñados: porque en el estudio de la vida propia, el erudito atiende a las cosas con más sutileza. Sin embargo, no cavamos la tierra con el hacha, sino que cortamos las ramas de los árboles. ¿Qué otra cosa significa el hacha, sino el celo de la buena emulación? Porque cuando nos encendemos para imitar los ejemplos de los mejores, es como si cortáramos ramas para nosotros, con las cuales nutrimos el fuego para disipar los fríos de nuestra negligencia. El apóstol Pablo nos ordena tener este hacha, diciendo: "Emulad lo bueno en lo bueno todos" (Gál. IV, 18). Esta hacha ciertamente se afila: porque los fieles eruditos, así como reconocen mejor los ejemplos de los fieles, también desean fervientemente imitarlos. La azada o tridente cava la tierra con más sutileza; de tal manera que no se conoce tanto por cavar, como por raspar y romper los terrones. ¿Qué expresa este tridente de la azada, sino la virtud de la discreción? Por la cual, ciertamente, mientras discutimos con consideración sutil los actos pasados o futuros, es como si aplanáramos los terrones de la tierra que vamos a sembrar en polvo fino. Este tridente de la azada se afirma, porque la fuerza de la discreción no solo compone lo que se debe hacer, sino también lo que se debe pensar y decir. De la mano, el corazón y la lengua libera todo lo nocivo; para que la semilla que confiamos a la tierra de nuestra mente dé fruto abundante. Por lo tanto, se dice adecuadamente: "Todo Israel descendía a los filisteos, para que cada uno afilara su arado, su azada, su hacha y su tridente": porque leemos en el sagrado discurso el afecto de la doble caridad, el estudio de la vida privada, los ejemplos de la perfección ajena: pero no podemos penetrar en la profundidad de ese mismo sagrado discurso sin la ciencia secular. Por lo cual, razonablemente añade:

(Vers. 21.) "Por lo tanto, estaban embotados los filos de los arados, las azadas, las hachas y los tridentes, hasta corregir el agujón."

32. No se dice que los filos estén doblados o desgastados: sino embotados. Porque si estuvieran doblados o desgastados, no cortarían nada en absoluto. Pero un filo embotado, aunque no corta todo rápidamente, corta algunas cosas con el tiempo del trabajo. Así son ciertamente los corazones de los simples, que si no entienden las cosas espirituales con sutileza, sin embargo, al entender algunas cosas lentamente, no tienen la agudeza del ingenio aguda, sino embotada. A menudo quieren discutir lo oscuro; pero mientras apenas llegan, después de mucho pensar, incluso a lo que es claro, es como si cortaran con un filo embotado al demorarse. Esto ciertamente no solo se muestra en los ocultos sacramentos de las

Escrituras, sino también en las ocultas sugerencias de los demonios. Pues no pueden alejar de sí al enemigo, al que no pueden reconocer rápidamente. Por lo tanto, mientras con gran demora de pensamiento expulsan las insidias de la mala sugestión, es como si cortaran con un filo embotado lo que podrían haber cortado más rápidamente con la agudeza del ingenio. ¿Qué significa lo que se dice: "Hasta corregir el agujijón"? El agujijón se dice que es la reprehensión de los preladados. Por lo cual está escrito: "Las palabras de los sabios son como agujijones" (Ecl. XII, 11). El agujijón ciertamente se dice reprehensión, porque mientras acusa las culpas, pica la mente. Pero el agujijón está embotado cuando el entendimiento del prelado languidece, de modo que no descubre las culpas de los súbditos ni los reprende al encontrarlas. Bien, por lo tanto, se afirma que la reprehensión del rector es un agujijón, porque no puede pinchar los tumores de los vicios, si su mente, instruida por la ciencia, no ve lo que debe pinchar. Por lo cual, en el tipo de los preladados eruditos, se añade bien:

(Vers. 22.) "Y cuando llegó el día de la batalla, no se encontró espada ni lanza en la mano de todo el pueblo que estaba con Saúl y Jonatán, excepto Saúl y Jonatán su hijo."

33. ¿Qué se entiende por la lanza, sino la aguda providencia de los santos predicadores? ¿Y qué se demuestra por la espada, sino la sutileza de su inteligencia? Pues con la lanza perforamos lo que se nos presenta de lejos. Con la espada, sin embargo, se trituran los enemigos cercanos y casi unidos a nosotros. Bien, por lo tanto, en la lanza se muestra la providencia de los elegidos, por la cual golpean a los enemigos ocultos antes de que sufran su ataque cercano. Pues mientras previenen las insidias futuras de los demonios con precaución, es como si golpearan de lejos con la lanza, cuyos golpes cercanos no quieren recibir. Por lo cual, el bienaventurado apóstol Pablo, al ver de lejos los espíritus armados de fornicación, sostuvo la castidad conyugal como una lanza y no permitió que se acercaran más, diciendo: "Por causa de la fornicación, tenga cada uno su propia esposa, y cada uno su propio marido. El marido pague a la esposa el débito, y asimismo la esposa al marido" (I Cor. VII, 2). Y de nuevo: "Vuelvan a estar juntos, para que no los tienta Satanás por causa de su incontinencia" (Ibid. 5). De sí mismo también dice: "Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado" (I Cor. IX, 27). Pues quien, para no ser descalificado, había castigado su cuerpo, ciertamente perforaba a sus enemigos colocados a cierta distancia delante de él con la lanza. Por lo tanto, la providencia de la abstinencia para domar la lujuria de la carne se toma como una lanza, con la cual se golpean los enemigos venideros. Bien también se expresa por la espada el intelecto: porque quien reconoce y rechaza las sugerencias perversas del espíritu maligno en el tiempo presente, golpea al enemigo cercano y junto a él. Quien también, como con una espada de doble filo, corta: porque reprende tanto los falsos bienes como los verdaderos males. ¿Qué significa, sin embargo, que se dice que la espada está en la mano de Saúl y Jonatán? Pero no está en la mano de aquellos que agudamente entienden lo cercano y presente, y prevén lo futuro, y no se ejercitan con fortaleza para extinguirlo. Claramente saben que el antiguo enemigo precipita a la mayor parte del género humano en la fornicación por la fuerza de la carne, pero no se preocupan por castigar la carne mediante la abstinencia. Así también, algunos ven claramente los males presentes, pero no intentan evitarlos. Estos ciertamente tienen la espada y la lanza, pero no las tienen en la mano. Bien, por lo tanto, en el día de la batalla se encuentra la espada y la lanza en la mano de Saúl y Jonatán: porque solo los hombres elegidos son aquellos que entienden tanto los males presentes como los futuros, y desean ardientemente vencerlos con la intención del corazón. Sin embargo, esto se dice aquí para que se enseñe que el pueblo no tenía nada en la mano, que se muestra que tenía arados, azadas, hachas y tridentes. Con estas palabras no se distinguen los elegidos de los reprobos, sino los torpes de los expertos. Pero como ya hemos mostrado a los hombres armados, expliquemos el modo de la lucha. Sigue.

CAPÍTULO IV.

(I Reg. XIV, 1.) "Salió la guarnición de los filisteos para subir a Micmás, y sucedió un día que Jonatán, hijo de Saúl, dijo a su joven escudero: Ven, pasemos a la guarnición de los filisteos, que está al otro lado de aquel lugar."

1. La guarnición de los filisteos sale cuando la multitud de los espíritus malignos se muestra a las mentes elegidas a través de sugerencias nocivas. Esta guarnición, ciertamente, se llama así porque se describen las batallas de los elegidos. Pues estar de pie para los espíritus malignos es ejercer grandes fuerzas en la lucha de los elegidos. Porque estando de pie, cada uno puede esforzarse más vigorosamente para hacer algo que estando sentado. Por lo tanto, se dice que la guarnición de los filisteos salió, para que se recoja abiertamente el esfuerzo de los demonios en nuestra batalla. Y porque piensan oprimir a los fieles como inferiores y menores, se preparan para subir a Micmás. O desean subir a Micmás cuando intentan engañar los corazones de los pequeños. Pero los predicadores elegidos, cuando entienden los corazones tentados de sus súbditos, no tardan en llevar auxilio. A estos los colocan como en un lugar seguro, a aquellos los llevan consigo para sostener los peligros de las guerras. ¿Qué significa que el escudero es llevado a la guerra, sino que los súbditos instruidos por la ciencia deben ser promovidos a la victoria de las luchas internas? Algunos, en efecto, conocen el arte de la física, pero no tienen la experiencia de curar: así, ciertamente, en la santa Iglesia hay algunos que han aprendido el arte de la lucha interior, pero aún no han sido llevados a las estrictas necesidades de las batallas. Escuchan a los grandes hombres luchando, pero las batallas que los grandes soportan magníficamente, las conocen por el oído, no por la virtud. Tales son, en efecto, los que son invitados a imitar las huellas del Redentor. "Quien quiera," dice, "venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mat. XVI, 24). Las armas de Jonatán son las exhortaciones del doctor. El escudero lleva las armas, con las cuales no lucha él mismo, sino otro. Así, ciertamente, son aquellos que en la santa Iglesia son instruidos recientemente. Pues mientras escuchan de los doctores las virtudes con las que los mismos doctores luchan contra la astucia de los espíritus malignos, ciertamente tienen eso en la boca, lo que aún no tienen en la exhibición de la virtud. Por lo tanto, Jonatán dijo a su escudero: "Ven, pasemos a la guarnición de los filisteos": porque los doctores elegidos enseñan a sus súbditos no solo el arte con el que luchan, sino que también los llevan a la guerra para que triunfen.

2. Y porque los pastores negligentes no se preocupan por asumir las batallas que insinúan, no dice: "Ve y pasa a la guarnición de los filisteos", sino: "Ven, pasemos". Ciertamente provocan a otros al combate, pero ellos mismos intentan primero las mismas batallas. ¿Qué significa, sin embargo, lo que dice: "Que está al otro lado de aquel lugar"? Pero hay un lugar en la santa Iglesia que, cerrado a grandes batallas, no está expuesto. Poseer ciertamente los bienes del mundo, tomar esposa, procrear hijos, ofrecer placeres al cuerpo de todas las cosas lícitas, es permanecer en un lugar protegido del enemigo, donde nada impuesto en ese orden es oneroso. Pero si alguien, encendido por el deseo de una vida mejor, se esfuerza por pasar este lugar, es necesario que se prepare para las batallas más graves. Pues aquellos que desprecian las riquezas, abrazan la pobreza de Cristo, desprecian los matrimonios, deben siempre abrazar el amor de la castidad. Estos tienen continuamente las batallas más graves de la carne, aquellos la impugnación del corazón: porque ni la pobreza se lleva fácilmente, ni los cuerpos se someten a la castidad sin grandes agonías. Por lo cual, bien se dice por un sabio: "Hijo, al acercarte al servicio de Dios, permanece en el temor y prepara tu alma para la tentación" (Eclo. II, 1). Como si dijera: Porque quisiste salir del lugar de la protección, es necesario que ya te fortalezcas en el campo abierto de la batalla contra los más fuertes campamentos de los enemigos. Por lo tanto, cuando dice "al otro lado de aquel lugar", no

"este", Jonatán, el doctor, insinúa la virtud, que por el singular propósito de la religión, siempre están en el campo abierto de la lucha. Y porque de todo lo que luchan valientemente, de todo lo que triunfan noblemente, huyen del vicio de la jactancia y la elevación, sigue:

(Vers. 1.) "Pero no se lo indicó a su padre."

3. Ciertamente deben callarse las virtudes de los elegidos, para que no se digan por jactancia, pero a veces manifestarlas para la gloria de Dios no es culpa. Pero como hemos expresado a los grandes predicadores en Saúl, esto ciertamente, que Jonatán oculta a su padre el inicio de la batalla, insinúa aquello: que las grandes cosas que hacemos, a veces por humildad, se ocultan laudablemente. Tales hemos llegado a ser por corrupción, que no podemos ser vistos como buenos incluso por aquellos que nos presiden, sin caer en la elevación. Por lo tanto, cuando de lo manifiesto nace un mal oculto, sabiamente se oculta el bien, para que no se manche con el mal que sobreviene. Pero entre esto, es necesario saber que aquellos que pueden ocultar sus virtudes a sus preladados por esta necesidad, son aquellos que saben bien reconocer el bien que hacen. Pues si son demasiado simples, a menudo no es bueno lo que consideran bueno; y mientras no indican el vicio como si fuera virtud, llevan al enemigo oculto en ellos. Por lo cual, Jonatán, que ocultó a su padre el propósito de la guerra, se afirma tan grande: que bajo su mando se refiere que se produjo una parte del ejército. "Había," dice, "dos mil hombres con Saúl en Micmás y en el monte de Betel, y mil con Jonatán en Gabaa de Benjamín" (I Reg. XIII, 2). Por lo tanto, se diga de Jonatán: "Pero no se lo indicó a su padre": porque los hombres eruditos, mientras temen incurrir en el vicio de la elevación por sus grandes obras, ciertamente las ocultan incluso a aquellos de quienes podrían haber sido ayudados. Estos auxilios del predicador ciertamente los aprendemos mejor si los vemos en el lugar de su perfección. Pues sigue:

(Vers. 2.) "Por su parte, Saúl se encontraba en la parte extrema de Gabaa bajo el granado, que estaba en Migron."

4. Gabaa, como hemos dicho, se interpreta como colina; Migron, se dice de la garganta. Los santos predicadores son muy sublimes, no solo en obra, sino también en contemplación. Esta parte extrema, por lo tanto, es la sublimidad de la obra, pero aquella íntima es la de la contemplación. Por esta parte extrema ciertamente se nos muestran para ser contemplados como ejemplo; por aquella íntima, están unidos en gran amor al Creador. Estos ciertamente se nos muestran para ser admirados en la parte extrema de su sublimidad, cuando el profeta dice: "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas?" (Isa. LX, 8). Vuelan ciertamente como nubes: porque son ligeros de la gravedad de la culpa, y veloces en la buena obra por la gracia del Espíritu Santo. Ciertamente son como palomas a las ventanas, porque se nos ofrecen como ejemplo a través de sus buenas obras, como a través de aberturas, pero no son capturados por el apetito de la alabanza por la pureza de vida mostrada. Pero también el rey reside bajo el granado; porque el predicador encuentra descanso a la sombra del Redentor. Se fatiga con gran trabajo, pero se refresca con la consolación de las palabras del Señor. Por lo cual, también el mismo árbol del granado se dice que mora en ese lugar que se llama de la garganta. ¿Qué significa este lugar de la garganta más apropiadamente que se designa la dulzura del santo Evangelio? Pues ahora podemos morar a la sombra del Redentor, si ciertamente tomamos sus palabras para consolación de la meditación de los Evangelios. Pero en esto pueden residir más tranquilamente los predicadores, que cuanto más alto y más cerca reciben esa palabra de la divina garganta, más dulcemente se alimentan. Esta es también la razón por la cual se dice que el rey Saúl no está de pie, ni sentado, sino que mora bajo el granado en Migron; porque el perfecto doctor es enseñable por Dios: y mientras se esfuerza por alimentar a otros con

alimento, él mismo se sacia con la dulzura de las múltiples delicias espirituales. Pues mientras contempla las cosas amables del Redentor singularmente, se eleva a la maravillosa contemplación de las virtudes: y como de una sola cáscara recoge muchos granos, mientras a través de todo lo que recuerda en el Redentor, lleva gratamente su mente deliciosa. En esta amabilidad del Redentor ciertamente se gloria la esposa de haber descansado, que dice: "Bajo su sombra, a quien deseaba, me senté" (Cant. II, 3). Sentarse bajo su sombra es descansar en su contemplación. Ciertamente su contemplación es sombra, porque en su visión somos protegidos, para que no seamos ennegrecidos por la tentación diabólica como por el ardor del sol. Por lo tanto, aquellos que descansan tan sublimemente, pueden llevar auxilios a los que consultan con utilidad. Sin embargo, algunos súbditos elegidos, mientras temen su propia debilidad; mientras buscan al único Dios como testigo de su lucha, huyen del juicio de tantos hombres, para ser vistos solo por Dios en su buena acción. Bien, por lo tanto, se dice que Saúl mora en la parte extrema de Gabaa bajo el granado, y que Jonatán no le indicó el propósito de la guerra: porque mientras no podemos evitar perfectamente la elevación, el bien del que puede nacer debe ser ocultado a todos. Sigue:

(Vers. 2.) "El pueblo que estaba con él era como de seiscientos hombres."

5. Dijimos anteriormente que en este número se designan los hombres fuertes en la buena obra, que se refieren a estar con el rey: porque por el estudio de la buena obra, están de acuerdo con la vida de su doctor. Pero los predicadores de la Iglesia tienen bajo ellos no solo a aquellos que hacen grandes cosas, sino también a los ministros de la palabra que enseñan las cosas más altas. Tienen líderes que fortalecen a los fervientes para la guerra, tienen quienes corren audazmente, tienen quienes protegen poderosamente. Bien, por lo tanto, se añade:

(Vers. 3.) "Ajías, hijo de Ajitob, hermano de Icabod, hijo de Finees, que había nacido de Elí, sacerdote del Señor en Silo. Él llevaba el efod."

6. Achias, en efecto, se traduce en nuestro idioma como "umbráculo". ¿Y qué se designa por umbráculo en este contexto, sino protección? Aquellos que en la santa Iglesia protegen a los más pequeños de los enemigos ocultos, son correctamente representados por el umbráculo. Quien se sienta bajo un umbráculo no puede sentir el ardor del sol. ¿Por qué se mencionan los umbráculos en la sagrada escritura, sino porque también muestran al sol como algo reprobable, que quema el verdor de la mente? De este sol, la Verdad dice en la parábola de la semilla: "Cuando salió el sol, se secaron" (Mat. XIII, 6). El ardor ferviente de la concupiscencia es el sol, que parece brillar con luz, pero que quema la mente a la que ilumina. Por tanto, cuando rechazamos las seducciones de todas las concupiscencias mediante las exhortaciones de los mayores, ¿dónde más nos refugiamos sino en el umbráculo agradable, donde evitamos los incendios de las tentaciones? Sin embargo, el umbráculo se menciona de manera diminutiva en relación con el ministro de la Iglesia, para que nadie se compare con el Redentor. De su protección se gloria la esposa en el Cantar de los Cantares, diciendo: "Bajo la sombra de aquel a quien deseaba, me senté" (Cant. II, 3). Y el salmista, suplicando, dice: "Protégeme bajo la sombra de tus alas" (Sal. XVI, 9). Pero se explica de dónde procede este gran Achias, ya que se recuerda que es hijo de Achitob. Achitob se traduce como "mi hermano es bueno". ¿Quién es este hermano bueno, sino nuestro Redentor? Hermano, porque es partícipe de nuestra naturaleza; pero bueno, porque liberó nuestra naturaleza, que asumió, de la muerte eterna. O bueno, porque todos nosotros somos malos, como él mismo dice: "Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos" (Mat. VII, 11). Achias, por tanto, se dice hijo de Achitob, para que aquellos que son

poderosos en la Iglesia sientan que su poder les viene solo por la imitación del Redentor. El mismo Achitob se afirma que es hermano de Ichabot, porque se le llama "traslación de la gloria". Pues nuestro Redentor nació según la carne del pueblo judío. De este pueblo, ciertamente, porque todo el ornato del templo, todos los ritos de los sacrificios, todos los misterios de las Escrituras pasaron al pueblo gentil, la traslación de la gloria se recuerda correctamente en el hermano Achitob. También se dice que Achitob fue hijo de Phinees, porque el pueblo judío, en la perfidia de su error en la que se sumergió, tuvo doctores de su misma gente mucho más malvados. Por eso, el mismo Phinees se interpreta como "boca muda" o "que guarda silencio". Se le llama boca, porque a través de este pueblo habló el Señor. Pero ahora se le conoce como boca muda, porque al rechazar al Redentor, perdió también al Espíritu que antes hablaba en él. También se le llama "que guarda silencio", porque cayó una vez en la culpa de tan gran sangre, que no puede convertirse a él mediante la penitencia y la confesión. Se le llama, por tanto, "que guarda silencio", porque se niega a confesar con piedad. En cambio, el bienaventurado Job promete desde la perspectiva de los convertidos, diciendo: "No perdonaré a mi boca, hablaré en la tribulación de mi espíritu" (Job VII, 11). Pero como también tuvo la dignidad de la religión en los patriarcas y profetas, se afirma que el mismo Phinees nació de Heli, sacerdote del Señor. Heli se interpreta como "mi Dios, enviado de Silo". A veces, en la Sagrada Escritura, los predicadores elegidos se entienden como dioses. Por eso, el Señor dice a Moisés: "Te he puesto como Dios para el faraón" (Éxodo VII, 1). Y en la ley ordena diciendo: "No injuriarás a los dioses" (Éxodo XXII, 28). Por tanto, el padre de Phinees se llama "mi Dios", porque el pueblo judío imita según la letra las Escrituras de aquellos que merecieron ver la palabra de Dios con mente revelada, y no ocultarla en el arca de la letra. La Verdad los muestra por sí misma, cuando expone las palabras del salmista, diciendo: "Él los llamó dioses, a quienes fue dirigida la palabra de Dios" (Juan X, 35). Se afirma que nació en Silo, porque el pueblo judío, aunque carnalmente, todavía se instruye en las Escrituras espirituales. Por tanto, porque cada elegido y sabio en la santa Iglesia sigue al Señor nacido del pueblo judío a través de la doctrina, se dice que Achias, que se llama umbráculo, es hijo de Achitob, hermano de Ichabot, hijo de Phinees, hijo de Heli. También se describe que lleva el efod, para mostrar abiertamente que no puede proteger a otros quien no brilla con la belleza de una buena conversación y luz. Sigue:

302 (Vers. 3.) Pero el pueblo no sabía a dónde había ido Jonatán.

7. ¿Qué significa que el pueblo no sepa a dónde va Jonatán, sino que el doctor elegido se esfuerza por ocultar con humildad lo que intenta hacer? Por eso, en el Evangelio, el Señor dice: "Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha" (Mat. VI, 3). Si por la derecha se figura la vida eterna, y por la izquierda la vida presente: tenemos a los hombres a la izquierda, y a los ángeles a la derecha. Cuando, por las buenas obras, tendemos al consorcio de los ciudadanos celestiales, se dice que nuestra mano derecha obra. Nuestra mano izquierda no conoce las obras de la derecha, si tenemos como cooperadores a los fieles de la santa Iglesia, y no queremos tener alabadores para la exaltación. Bien se dice, por tanto: "El pueblo no sabía a dónde había ido Jonatán", porque solo nos esforzamos en hacer bien cuando evitamos mostrar lo que hacemos. Pero porque presentamos esto como ejemplo de los elegidos, debemos investigar atentamente no solo a dónde va, sino también por dónde va. Sigue:

(Vers. 4.) Había entre las subidas por las que Jonatán intentaba pasar a la guarnición de los filisteos, peñascos prominentes a ambos lados, como dientes, escarpados por ambos lados: el nombre de uno era Bores, el nombre del otro Sene.

8. Cuando la vida de los elegidos es alta en méritos, y la condición de los espíritus malignos es baja, ¿qué significa que se diga que hay subidas por las que Jonatán intenta llegar a la guarnición de los filisteos? Pues de estos mismos filisteos, en figura de demonios, se dijo no mucho antes: "Subieron y acamparon en Micmas" (1 Sam. XIII, 5). Pero se dice que están sobre nosotros, porque parecemos menores en fortaleza. También se reconoce que están sobre nosotros, porque no podemos penetrar por la inteligencia. Por tanto, cada vez que proponemos luchar contra los espíritus reprobos, debemos prepararnos para la subida, porque los hombres intentan luchar con los ángeles. Por eso, aquel atleta vigoroso, confortando vehementemente a sus compañeros de armas, dice: "No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra los espíritus de maldad en las regiones celestiales" (Ef. VI, 12). Porque sabía de antemano que iba a luchar contra las maldades espirituales de los principados y potestades, ciertamente preparaba la fortaleza de su mente para la subida a la altura. Los corazones de los pecadores, mientras los espíritus malignos se los someten, ciertamente los dominan a través de múltiples vicios. Si, por tanto, también intentamos combatirlos allí, nos conviene mucho ascender, para poder golpear poderosamente sus ejércitos. De otra manera, los perezosos deben ser salvados de una manera, los vanagloriosos de otra, y los soberbios de otra. Para que el doctor elegido pueda ser suficiente para todo esto, porque eleva su mente con los agudos consejos de la meditación continua, se fortalece como para la subida de los filisteos.

9. Pero bien no se afirma que haya una sola subida, sino que se dice que hay varias: porque a los innumerables enemigos se les debe enfrentar por muchos caminos. Lo cual se hace bien cuando a cada vicio se le aplican curaciones adecuadas y propias. Pues, para mencionar brevemente algunos de ellos, el espíritu de fornicación se expulsa con la virtud de la continencia: pero se supera más fácilmente si la carne disminuye su ímpetu mediante la abstinencia, para que no se someta vencida a la concupiscencia mundana. La gula se vence con la abstinencia: pero no puede tener abstinencia de alimentos corporales quien no llena su mente con alimentos espirituales. Porque quien inflama su corazón con amor a las cosas celestiales, debilita poderosamente su cuerpo: porque mientras ama fuertemente las cosas espirituales, reprime valientemente los deseos de la carne. También el vicio de la avaricia tiene como contrario el bien de la pobreza voluntaria, pero no podrá ser pobre de espíritu quien aún no sabe amar los tesoros eternos. Así, ciertamente, se vence la ira, si por amor a las cosas celestiales se desprecian perfectamente todas las terrenales: porque ya no tiene de qué enojarse quien no teme la pérdida temporal. Así también se expulsa el vicio de la acedia, es decir, el tedio del corazón, si siempre se piensan las cosas buenas celestiales. La mente ciertamente no puede aburrirse, que ve con alegría bienes tan agradables. También el angustioso mal de la tristeza se devora en el campo de la alegría espiritual: pero esa misma alegría espiritual no se infunde en la mente que no sabe contemplar más allá de las angustias de la vida temporal. Bien se vence la tristeza, si se ven las recompensas de los trabajos temporales, porque de donde la mente elegida se considera afligida temporalmente, de allí espera alegrarse eternamente en la patria celestial. Porque, por tanto, el predicador usa gran diversidad de consejo para curar las diversas enfermedades de las almas, y porque ese mismo consejo se comprende con alta consideración de la mente, bien se dice que hay subidas por donde Jonatán intenta pasar a la guarnición de los filisteos. Y porque para expulsar a los espíritus malignos de los corazones de los pecadores se presentan muchas dificultades, se recuerda que hay peñascos entre las subidas. ¿Qué se designa por estas dos peñas, a saber, Bores y Sene, sino la concupiscencia y el pecado? Bores se dice en el primado, Sene sol, o audición. Bien se adapta el nombre de primado a la concupiscencia, porque ella ocupa primero la mente, antes de que la mente se someta al pecado. También el nombre de sol figura correctamente la delectación del pecado: porque cierra los ojos de la mente al vistazo

de la verdad, y los abre a la vanidad. Por eso, en los primeros hombres, el espíritu seductor dice a través de la serpiente: "El día que comáis del árbol que está en medio del paraíso, se abrirán vuestros ojos" (Gén. III). En esa comilona, ciertamente, se abrieron los ojos de los transgresores pecando, para percibir los rayos de la falsa luz en la experiencia del delito, y oscurecerse en la alta contemplación de la claridad suprema. A esta luz, el salmista, rehuyendo abrir los ojos, suplica al Señor, diciendo: "Aparta mis ojos, para que no vean la vanidad" (Sal. CXVIII, 37). Esta luz, el bienaventurado Job, despreciándola con alta mente, deseando insertarse en los méritos de los perfectos, dice: "Ahora dormiría en silencio, y descansaría en mi sueño: o, como un aborto oculto, no existiría: o aquellos que fueron concebidos no vieron la luz" (Job III, 13). ¿Quiénes son estos, sino aquellos que evitaron pecar con fuerza? Por tanto, un peñasco se llama Boreas, el otro Sene, porque si la concupiscencia reclama un lugar en la mente, levanta los ojos de esa misma mente al placentero halago del pecado, como para ver la luz del sol. Bien también se les llama peñas, porque en las mentes de los inicuos estas dos cosas coinciden, de modo que ya no admiten fácilmente a los predicadores que regresen a ellos. Y se les llama escollos: porque de aquí y de allá, es decir, tanto en mente como en cuerpo, retienen el uso abrupto de la depravación. Porque mientras no se solidifican con ninguna integridad de costumbres, ni de obras, son abruptos de aquí y de allá, como un escollo. Y porque se dice que son como dientes, ¿qué se da a entender, sino lo que a menudo vemos, que quienes desprecian las exhortaciones de los predicadores, intentan morder su vida con detracciones? Pero de esos mismos escollos se añade:

(Vers. 5.) Uno prominente hacia el norte, frente a Micmas, y el otro hacia el sur, frente a Gabaa.

10. Un escollo prominente hacia el norte, el otro hacia el sur, porque por la concupiscencia se extingue el fervor de la caridad, y por el pecado se aumenta el ardor de la concupiscencia. La mente reprobada, mientras se somete a la concupiscencia, se despoja de la caridad, y mientras no teme pecar, enciende en sí misma deseos mucho más ardientes de pecar. Como si estuviera en la altura y el calor del día, se disuelve en el flujo del pecado, y se regocija desmesuradamente, y se resuelve ardientemente. Por tanto, mal intenta curar el mal de la concupiscencia quien piensa en satisfacerla pecando para que cese. Ciertamente, después del pecado, la concupiscencia será mayor, cuanto más comienza a serle más grata la delectación del pecado. Pero el primer escollo está situado frente a Micmas, el otro prominente contra Gabaa. Micmas, como ya hemos dicho suficientemente, se interpreta como humildad, Gabaa como colina. La concupiscencia ciertamente tiene frente a sí la humildad, porque no retiene la devoción de la obediencia. Pero también quien se disuelve en el fervor del pecado, como en la claridad meridiana, prominente contra Gabaa, es decir, la colina, porque mientras se opone a las cosas celestiales, se prepara para los castigos del infierno. Pero porque tales también son llevados a la vida eterna por la predicación de los santos, veamos el esfuerzo de esos predicadores en el hecho de Jonatán. Pues sigue:

(Vers. 6.) Ven, pasemos a la guarnición de estos incircuncisos, si acaso el Señor haga algo por nosotros, porque no es difícil para el Señor salvar, ya sea con muchos o con pocos.

11. ¿Qué es la guarnición de los filisteos, sino la fortaleza de los espíritus malignos? Los hombres santos, cuando se preparan para la corrección de los pecadores, saben abiertamente que luchan con ángeles caídos del cielo. Esta lucha, porque es de ángeles y hombres, se lucha de fuertes con débiles, de simples con astutos. Pues de estos fuertes había recibido el asalto quien decía: "Irrumpieron en mí los fuertes, sin que haya iniquidad mía, ni pecado mío, Señor" (Sal. LVIII, 4). Las astucias del ángel caído también las contempla Pablo, diciendo:

"No ignoramos sus astucias" (II Cor. II, 11). Por tanto, contra los astutos se debe buscar el camino de la razón cauta, y contra los fuertes se deben pedir auxilios divinos. Para que se sienta que la predicación debe ser exhibida con gran cautela, se dice que Jonatán invitó a su escudero a pasar con él. Y para que se presuma de la misericordia de Dios en la expulsión de los enemigos, dice: "Porque no es difícil para Dios salvar, ya sea con muchos o con pocos"; y porque la conversión de los malvados no es fácil, dice: "Si acaso el Señor haga algo por nosotros". Dice "si acaso", porque aún no presume plenamente de la salvación de los criminales. Pero muestra la forma del súbdito elegido en la virtud de la humildad, porque añade:

(Vers. 7.) Y su escudero le dijo: Haz todo lo que plazca a tu ánimo. Ve a donde desees, y estaré contigo dondequiera que quieras.

12. Algunos súbditos, mientras descuidan la medida de su orden, confunden esa misma medida, de modo que comunican la disposición de sus preladados, pero se niegan a obedecer sus mandatos. Se atreven fácilmente a enmendar las palabras de los mayores, pero no se esfuerzan fácilmente en cumplir lo que se les manda. ¿Qué se nos muestra, por tanto, en la voz de este escudero, sino que se debe dejar a los superiores la disposición libre, y se debe mantener a los súbditos la virtud de la obediencia no relajada? Para asignar a los predicadores la autoridad libre de disponer, dice: "Haz todo lo que plazca a tu ánimo". Y para mostrar la voluntad pronta de los súbditos para todos los servicios, añade: "Ve a donde desees, y estaré contigo dondequiera que quieras". Ni allí dijo: Haz algunas cosas que están en tu ánimo, otras no las hagas, o hazlas de otra manera; ni aquí, ve allí, y estaré contigo, y allí no estaré contigo. "Haz todo", dice, porque en la disposición de los preladados deben disponerse todas las cosas: "Estaré", dice también, "contigo dondequiera que quieras"; porque el mejor súbdito no debe faltar a ningún precepto de obediencia. Sigue:

(Vers. 8-10.) Y Jonatán dijo: He aquí que pasaremos a estos hombres, y cuando nos aparezcamos a ellos, si nos dicen de esta manera: Esperad hasta que vengamos a vosotros, quedémonos en nuestro lugar, y no subamos a ellos. Pero si dicen: Subid a nosotros, subamos, porque el Señor los ha entregado en nuestras manos.

13. Es cierta e indudable la sentencia de la santa Iglesia, que los predicadores elegidos no solo deben considerar qué, cuánto y cuándo hablar, sino también a quiénes hablar. Por eso, el Señor, ocultando la palabra de algunos, prohíbe a los discípulos, diciendo: "No pongáis las perlas delante de los cerdos" (Mat. VII, 6). De ahí que también la Escritura prohíbe derramar la palabra inútilmente, y dice: "Donde no hay oído, no derrames la palabra" (Eclo. XXXII, 6). ¿Qué significa, por tanto, que Jonatán dice: "Si dicen: Esperad hasta que vengamos a vosotros, quedémonos en nuestro lugar: Si dicen: Subid a nosotros, subamos, porque el Señor los ha entregado en nuestras manos", sino que el predicador elegido debe recoger atentamente a quiénes debe proferir la palabra de vida? Pero porque esto parece mostrarse ahora en el sentido literal, expresemos más sutilmente. Los predicadores pasan a los pecadores, cuando a aquellos a quienes ofrecen palabras, no solo les agradan con la palabra, sino también con la vida. ¿Quiénes son, por tanto, los que dicen: "Subid a nosotros", sino aquellos que muestran signos de devoción, porque escuchan venerablemente la palabra de salvación y desean retenerla con fuerza? A estos, por tanto, se debe ascender, en quienes, aunque hay gran trabajo en la obra del ministerio, hay también grandes ganancias de salvación. Por el contrario, los pecadores desean pasar a los doctores, cuando se sumergen en una ceguera tan profunda, que intentan convertir incluso a los predicadores al ejemplo de su depravación. Son propensos al mal, impenitentes de corazón, y no temen manchar a otros con la lepra del pecado que se ponen. De ellos habla aquel sabio, diciendo: "Se alegran cuando hacen el mal,

y se regocijan en las cosas perversas" (Prov. II, 14). Y también el Profeta, vaticinando sobre ellos, dice: "Proclamaron su pecado como Sodoma" (Isa. III, 9). ¿Qué significa, por tanto, que dice: "Quedémonos en nuestro lugar"? Pero es como si dijera: Si no podemos ganarlos, mantengámonos a nosotros mismos en buena conversación. Nuestro lugar es la buena conversación, de la cual ciertamente se ha escrito en otro lugar: "Si el espíritu del que tiene poder se levanta contra ti, no dejes tu lugar" (Ecl. X, 4). Este lugar debe ser evitado no solo por el espíritu, sino también por el hombre: porque ese mismo espíritu no solo nos enfrenta por sí mismo, sino que también lucha contra nosotros a través del hombre. Pero si nuestro lugar es el Señor, cuando los malos se nos oponen, permanezcamos en nuestro lugar, porque cuando los incorregibles no reciben las advertencias de los predicadores, deben estos mirar con astucia, para que ningún ejemplo de ellos pueda llegar a ellos. Sigue:

(Vers. 11, 12.) Apareció, pues, a la guarnición de los filisteos, y los filisteos dijeron: He aquí que los hebreos salen de las cavernas en las que se habían escondido. Y los hombres de la guarnición de los filisteos hablaron a Jonatán y a su escudero: Subid a nosotros, y os mostraremos algo.

14. ¿Qué significa que Jonatán se presenta a los filisteos con su escudero, sino que el maestro debe primero mostrar el bien que enseña a otros? No puede ser recibido con veneración en la predicación si no muestra primero en sí mismo el honor del ministerio con la luz de una buena conducta. Por eso, el insigne predicador afirma con confianza, diciendo: Mientras sea apóstol de los gentiles, honraré mi ministerio (Rom. XI, 13). Así, el maestro se muestra no tanto cuando habla con palabras, sino cuando se demuestra venerablemente con su vida y costumbres. Por lo tanto, el profeta, al mostrar los modales de los predicadores con los tipos de la historia sagrada, razonablemente añadió, diciendo: Ambos se presentaron a la guarnición de los filisteos. Como diciendo: Porque propuso enseñar, primero mostró su vida a aquellos a quienes se dispuso a hablar. Pero, ¿qué significa que los filisteos desprecian a los que se presentan, y sin embargo les dicen: Subid a nosotros, sino que a menudo aquellos que desprecian la vida óptima de los predicadores son los mismos que correrán a los lamentos de penitencia por su predicación? Y mientras los reprenden por abandonar el estudio de una vida más retirada, afirman que han salido de las cavernas. Como diciendo: Ahora salen al mundo bajo el pretexto de la predicación, quienes parecían haberlo evitado con toda intención. Pero muchos acusan a los justos predicadores, sospechando que los males que les imputan están en ellos. Sin embargo, al condenar el mal, dan esperanza a los predicadores, porque pueden ser más fácilmente llevados a ejecutar el bien que defienden. Así, mientras con buena intención vituperan falsos males de los justos, enloquecen con la voz, pero prometen a los predicadores el fruto de su salvación, incluso enloqueciendo. Y porque se ha dicho anteriormente sobre el ascenso, queda por investigar qué significa cuando dicen: Os mostraremos algo. Pero esto literalmente significa amenazas. Lo cual es como si dijeran: Si subís aquí, sentiréis cuánto podemos soportar. En la conversión de los malos, es fácil recoger cuánto suelen dañar cuando expulsan a los justos. Pero porque, con Dios como autor, hemos llevado la carnalidad de la historia a la inteligencia espiritual, cuando los santos doctores, al considerar la conversión de los pecadores con ciertos signos que emergen, también se les promete algo, porque prometen regresar al verdadero ser. Algo tiene ser, pero el pecado no tiene ser. Por eso Pablo dice a los corintios: Sabemos que un ídolo no es nada en el mundo (I Cor. VIII, 4). Pero el pecador, porque pecando tiende a la nada, cuando abandona esa nada a la que se aferró, es como si regresara al ser. Por lo tanto, puede mostrar algo en sí mismo, es decir, algo que tiene ser, porque ya por la gracia divina sostiene las obras de la virtud. Dicen entonces: Subid a nosotros, y os mostraremos algo. Como si los pecadores prometieran con algún signo, y

dijeran: Si proponéis trabajar así en nosotros con la palabra, no será sin gran ganancia lo que trabajáis. Por eso, también se añadió sobre la certeza de los demás:

(Vers. 12.) Y Jonatán dijo a su escudero: Subamos, sígueme, el Señor los ha entregado en manos de Israel.

307 15. Cualquiera que se esfuerza por hacer grandes cosas, sabe bien considerar esto, si siempre se ha esforzado en atribuirlo a las alabanzas divinas. Por lo tanto, Jonatán, confiando en la victoria que se avecina, no afirmó que los enemigos serían entregados en sus manos, sino en manos de Israel, para mostrar el triunfo y también para designar cómo debe ser el triunfador. Israel, de hecho, se interpreta como viendo a Dios. A quien se le entregan los enemigos en manos, se dice que ve a Dios, para que no se le enseñe a atender a lo que se le ha dado en mano, sino que, sosteniendo lo dado, eleve su corazón al dador de dones. Porque sostiene una cosa con las manos, ve otra con los ojos, para que sostenga firmemente la palma del triunfo, pero viendo a Dios, la palma de la victoria retenida no lo ensalce. Pero como esto se dice confiando, no poseyendo, escuchemos cómo llega a poseerlo. Sigue:

(Vers. 13.) Jonatán subió reptando con las manos, y su escudero tras él.

16. ¿Qué es reptar con las manos, sino curvar todo el cuerpo, no dejar nada sublime en uno mismo, inclinar los miembros superiores para realizar funciones inferiores? ¿Qué se nos insinúa en este hecho, sino que la conversión de los pecadores necesita mucha compasión de los predicadores? ¿Qué otra cosa parecía nuestro Redentor que reptar con las manos, cuando se hacía amigo de los publicanos, recibía a los pecadores y comía con ellos? Reptaba con las manos cuando decía: No necesitan médico los sanos, sino los enfermos (Mat. IX, 12). De nuevo dice: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores. Esta inclinación de reptar también se designa en el sagrado discurso con la apelación del camello. Porque el Salvador quiso humillarse hasta lo más bajo de nosotros, para elevarnos a lo alto de su divinidad. Pablo, insinuando que seguía a este que reptaba con las manos, dice: Me he hecho todo para todos, para salvar a todos (I Cor. IX, 22). Pero también porque en las manos suelen significarse las obras, el pastor reptaba con las manos cuando muestra a los pecadores el camino que deben seguir convertidos, no con la sabiduría de la palabra, sino con el ejemplo de la conducta. El Señor enseñaba a sus predicadores a reptar con las manos cuando decía: Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16). Pero se dice bien que sube reptando a la guarnición de los filisteos, porque el doctor puede llegar a destruir los vicios de los pecadores, quien a los mismos pecadores los acaricia con gran muestra de humildad y gran afecto de caridad. Porque mientras extiende externamente la gracia de la conveniencia, internamente extiende la mano para cortar la enfermedad de la mente. Por eso se añade bien:

(Vers. 13.) Y cuando vieron el rostro de Jonatán, unos caían ante Jonatán, otros los mataba su escudero.

17. Se ve el rostro de Jonatán cuando quienes oyen la palabra del predicador también reconocen la caridad de su mente; cuando, en efecto, lo oyen predicar las cosas celestiales y amar con admirable caridad a aquellos a quienes revela las cosas celestiales. Pero se dice bien que caen ante su rostro, porque al reconocer los bienes que están en la mente del predicador, abandonan el estado de depravación. Y mientras muchos vienen al remedio de la penitencia, unos recurren a los ejemplos de los grandes, otros a los de los menores. Por eso se dijo apropiadamente: Otros los mataba su escudero. Ser privado de una vida reprochable es ser matado: y quien abandona el mal por el ejemplo o las advertencias de otro, cae como muerto

ante sus pies. Jacob, exponiendo las victorias de cada uno con una sentencia general, dice: Quien haga volver a un pecador del error de su camino, salvará su alma de la muerte, 308 y cubrirá multitud de pecados (Jac. V, 20). Sigue:

(Vers. 14.) Y fue la primera plaga, en la que Jonatán y su escudero mataron a unos veinte hombres, en la mitad de un campo que un par de bueyes solía arar en un día.

18. Esta se llama la primera plaga, porque los santos también se describen golpeando a los nocivos después, en el juicio final. Por eso Pablo exhorta a los corintios, diciendo: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (I Cor. VI, 3). El salmista, profetizando, dice: Se alegrarán los santos en la gloria, se regocijarán en sus lechos, las alabanzas de Dios en sus bocas, para ejecutar venganza en las naciones, reprensiones en los pueblos (Sal. CXLIX, 5, 6). Esta primera plaga es de conversión, la segunda de condenación, porque ahora los santos nos ruegan que nos convirtamos al Señor, pero a los no convertidos entonces los condenan más duramente. En la que se refieren veinte hombres muertos, para que se recomiende el misterio del número cinco. Porque cinco veces cuatro repetidos, o cuatro veces cinco, hacen veinte. Y porque con el vigor de los cinco sentidos se completa todo el tiempo del pecado, y en los cuatro libros de los evangelistas encontramos los remedios de nuestra salvación, en el tipo de veinte hombres se expresan todos los pecadores que serán salvados. Que se dice que fueron muertos en la mitad de un campo que un par de bueyes solía arar en un día. Los bueyes son los predicadores de la Iglesia, que mientras predicán, aran, que mientras con palabras celestiales abren los corazones de los oyentes, esparcen la semilla como en buena tierra. Pero los bueyes aran de día, porque el Señor amenaza, diciendo: Vendrá la noche, cuando nadie puede trabajar (Juan IX, 4). También dos bueyes aran, a saber, Jonatán y su escudero. En los cuales ciertamente se pueden entender los sabios y los simples, o los menores y los sacerdotes de orden superior. Pero en general, en los dos bueyes se pueden entender todos los predicadores de la santa Iglesia, porque están llenos de la gracia de la caridad gemela, y no se aman a sí mismos con amor privado. Esta mitad del campo es la vida presente. Esta, de hecho, se ablanda con lluvias templadas para el cultivo en invierno, aquella se quema con los calores del verano para la esterilidad de los perezosos. Esta parte del campo los bueyes pueden arar, pero aquella no pueden, porque en esta vida se deben sembrar las buenas obras, pero en aquella no se deben sembrar obras, sino cosechar la retribución de las obras. Por lo tanto, se dice bien que en la mitad del campo se refieren veinte hombres muertos, porque los pecadores solo aquí pueden convertirse saludablemente, donde se cree que la magnitud del crimen se purga por los lamentos de la conversión. Pero algunos se maravillan de la repentina conversión de los pecadores, porque para ellos, debido al uso del cuidado exterior, tantas cosas maravillosas que hace Dios diariamente se han vuelto comunes. Por eso se añade:

(Vers. 15.) Y se hizo un milagro en el campamento por los campos.

19. Los perfectos no dejan de maravillarse de la virtud y sabiduría del Dios omnipotente en todas las cosas que han sido hechas o se hacen. Por eso el salmista, insistiendo en las alabanzas divinas, dice: Dios es admirable en sus santos, el Dios de Israel dará fuerza y poder a su pueblo, bendito sea Dios (Sal. LXVII, 36). Moisés confiesa al mismo Señor, diciendo: ¿Quién como tú entre los dioses, Señor, quién como tú glorioso en santidad, admirable en majestad, haciendo prodigios? (Éxodo XV, 11). Se dice que es admirable en sus santos, porque cuanto más alto contemplan lo divino, más admirablemente se asombran, porque con la contemplación más alta ven cosas que asombran, no que comprenden con razón. Por lo tanto, siempre que ocurren algunas cosas nuevas fuera del uso diario, que los carnales y simples admiran, se dice que se hace un milagro por los campos. En comparación con los santos, son como hombres rústicos, que no saben maravillarse de tantas obras antiguas del

Creador, de tantas disposiciones de los tiempos, 309 y de tantos órdenes de las criaturas. Por eso, en la misma torpeza de rusticidad, todos se concluyen generalmente, cuando se añade:

(Vers. 15.) Pero también todo el pueblo de su guarnición, que había ido a saquear, se asombró.

20. ¿Qué guarnición nombran, sino la de los filisteos? ¿Qué significa entonces que los filisteos se asombran, sino que a veces otros pecadores observan asombrados la conversión de los pecadores, y mientras entienden la bondad de Dios en la visita a ellos, se encienden en un propósito similar de conversión? Porque el pueblo de la guarnición va a saquear, cuando no teme hacer cosas perversas. Porque lo que alguien se atreve a hacer, prohibiéndolo Dios, con las Escrituras amenazando, y los doctores contradiciendo, es como si intentara usurparlo violentamente para su uso. Si alguien quiere entender por este pueblo a los demonios, puede, porque van a saquear cuando imponen tentaciones violentas y llevan cautivas las almas de los pecadores. Este pueblo ciertamente se dice que se asombra, porque un corazón penitente, que los demonios no pueden tener, no entienden con qué gracia se reciben los pecadores convertidos. Pero mientras los pecadores se arrepienten, se benefician tanto a sí mismos como a otros, porque no pocos se corrigen con su ejemplo. Por eso se añade:

(Vers. 15.) Y la tierra se turbó.

21. Cuando los hombres populares ven cosas nuevas y maravillosas, la tierra se turba, porque a menudo sucede que mientras otros se convierten por milagros exteriores, la dureza de otros se mueve con ciertos incentivos hacia el propósito de una buena obra. Porque la tierra está mal tranquila, cuando la vida de los carnales yace segura en las delicias del mundo, cuando las cosas perecederas que desea ardientemente, lo deleitan dulcemente. Pero la tierra se turba cuando la mente carnal se sacude de su mala solidez, y comienza a pensar fluctuando, entre los males que rechaza y los bienes que ama. Porque turbarse es para la mente entonces, cubrir la serenidad de la mala delectación con el propósito de la religión cristiana. Pero el afecto carnal se sacude, para que se revele la vida espiritual. Por eso se añade:

(Vers. 15.) Y sucedió como un milagro de Dios.

22. Porque cuando la mente del hombre se deprime con la delectación carnal, ciertamente su visión se embota, para que merezca ignorar los bienes espirituales. Pero cuando comienza a debilitarse en sus cosas carnales, poco a poco se fortalece en las espirituales, para que vea lo alto progresando, abandone lo débil olvidando, se muestra el progreso de la mente convertida, porque primero se dice que la tierra se turba, luego se recuerda que sucedió un milagro como de Dios. Pero el milagro de Dios es lo que Dios hace sin el hombre. Porque cuando el Señor hizo llover maná en el desierto para los hijos de Israel (Éxodo XVI), cuando les proporcionó aves a los que deseaban (Éxodo XIV), ciertamente Dios hizo un milagro sin el hombre; pero cuando quiso dividir el mar, ordenó a Moisés tocarlo con la vara, para mostrar el milagro que quería demostrar al pueblo a través del hombre. Así, ciertamente, se golpea la roca con la vara, para que se produzcan corrientes de agua (Núm. XX), porque ciertamente el milagro que quiso mostrar, lo hizo a través del hombre, no por sí mismo, para que al hacer venerable al hombre, el pueblo israelita debiera humildemente someterse y obedecerle devotamente. ¿Qué significa entonces que se afirma que sucedió un milagro como de Dios, después de que la tierra se turba, sino que cuando el Espíritu Santo mueve la mente a la conversión, a la mente movida le insinúa los ejemplos de los elegidos; que vea venerablemente, y desee devotamente imitar? Este milagro 310 según la historia se toma así, porque muchos fueron muertos. Ahora, en la santa Iglesia, los pecadores se convierten a la vida religiosa, a quienes

otros siguen como ejemplos de virtud. El Espíritu Santo ciertamente los atrae, y porque son atraídos, se los muestra a otros, para que atraídos atraiga, e insertados los que ven a los atraídos, para que por la largueza de su gracia abarque a ambos. Porque cuando esto lo obra sin el hombre por sí mismo en los corazones de los fieles, ciertamente el milagro no es como de Dios, sino de Dios. Pero cuando lo hace a través de los doctores de la vida eterna que predicán, es como de Dios el milagro, porque muestra a sus ministros admirables, para que quienes los ven, puedan devotamente imitarlos. Pero porque dijimos anteriormente que los sumos sacerdotes señalan a Saúl, y Jonatán, su hijo, las personas subordinadas de los predicadores, si atendemos a lo que sigue, encontramos la solicitud apostólica en los sumos pontífices, que retienen. De lo cual el bienaventurado Pablo habla, diciendo: ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? Además de las cosas que son externas, mi preocupación diaria, la solicitud de todas las Iglesias (II Cor. XI, 29). Quien llevaba la solicitud de todas las Iglesias, no solo vigilaba los hechos de los pequeños, sino también para examinar los de los mayores. Por eso aquí se añade:

(Vers. 16, 17.) Y los centinelas de Saúl, que estaban en Gabaa de Benjamín, miraron, y he aquí la multitud postrada huyendo de aquí para allá. Y Saúl dijo al pueblo que estaba con él: Buscad y ved quién ha salido de entre nosotros. Y se encontró que no estaban Jonatán y su escudero.

23. Los centinelas de Saúl ven la lucha de Jonatán, porque los sumos pontífices no solo examinan los hechos de los subordinados, sino también la doctrina de los prelados. A estos ciertamente los exploran, si actúan bien; a aquellos, si enseñan correctamente. A menudo oyen la conversación de otros, pero temen que no estén bien instruidos. Porque, ¿qué otra cosa es que se busca quién ha salido, sino que quien es enviado a predicar debe ser tal que se le imponga el peso del ministerio con seguridad; para que la mente del que envía no fluctúe con ninguna duda de que enseña correctamente, y muestre las palabras de la doctrina con obras? Y porque son innumerables los prelados de las Iglesias, Jonatán es visto por los centinelas, porque el sumo culmen de la Iglesia universal ordena a los predicadores por todo el mundo, de manera que tiene a su alrededor ministros por los cuales discute su doctrina y examina diligentemente sus obras. Pero quienes ejercen el ministerio y la legación del sumo culmen, se elevan en la alta sede de la vida y la ciencia. Por eso se recuerda bien que los mismos centinelas están en Gabaa de Benjamín. Gabaa de Benjamín se llama el monte del hijo de la derecha. Están en el monte del hijo de la derecha, quienes ya por la vida sublime y por la alta ciencia, parecen alcanzar la conformación del Redentor. Estos ciertamente contemplan desde lo alto los actos de los vencedores, porque merecen probar la vida de los buenos y examinar a los malos, desde la altura de la vida y la perfecta instrucción de la suma ciencia. Quienes encuentran que Jonatán no está, porque consideran que los frutos de la predicación son óptimos cuando prueban la persona laudable del predicador. Sigue:

(Vers. 18.) Y Saúl dijo a Ahías: Acerca el arca de Dios.

24. ¿Por qué Saúl ordena a Ahías, el sacerdote, acercar el arca, sino porque escuchan de los centinelas el modo de la lucha? Lo cual ciertamente se hace bien espiritualmente por los sumos sacerdotes, cuando no juzgan las cosas que oyen de los relatores antes de buscar su razón en el consejo de la meditación interna. Y, porque a menudo siguen también los consejos de otra mente, se ordena a Ahías acercar el arca. Porque el sacerdote tiene el arca, quien no tiene la mente vacía de ciencia espiritual. Por lo tanto, Saúl ordena a Ahías acercar el arca, cuando el sumo doctor busca consejo de sus menores y eruditos. Porque allí se deben pedir consejos, donde resplandece la gracia de la ciencia espiritual. Por eso se añade:

(Vers. 18.) Porque el arca de Dios estaba en aquel día con los hijos de Israel.

25. Como diciendo: Esto ordenó acercar, porque sabía que estaba allí. Pedir consejo de los irreligiosos sobre religión, o de los necios sobre sabiduría, no es recibir consejo, sino precipitarse. Por eso se dice bien: Porque el arca de Dios estaba allí, porque en asuntos dudosos debemos consultar a aquellos a quienes sabemos claramente que no les faltan los dones espirituales. Pero hay algunas cosas que se mejoran por consejo, y otras por ayuda. Donde hay una necesidad clara e indudable, allí no es adecuada la demora del consejo, sino la celeridad de la ayuda. Las cosas ambiguas y oscuras las llevamos a cabo mejor consultando, pero las claras y conocidas las aliviamos subiendo y apresurándonos. Por eso se añade:

(Vers. 19, 20.) Mientras Saúl hablaba con el sacerdote, se levantó un gran tumulto en el campamento de los filisteos, que iba creciendo poco a poco y resonaba más claramente. Y Saúl dijo al sacerdote: Retira tu mano. Saúl y todo el pueblo que estaba con él clamaron y llegaron hasta el lugar de la batalla. 26. ¿Qué otra cosa significa que primero Saúl pidió traer el arca y luego ordenó al sacerdote retirar su mano, sino que debemos disponer lo oscuro consultando y completar con prontitud lo que se hace más claro? Pero para el predicador, escuchar el tumulto que crece poco a poco es conocer la devoción de los pecadores convertidos. Se dice que crece poco a poco porque, mientras el espíritu dirige nuestra mente hacia las buenas obras, la lleva suavemente hacia lo mejor a través de progresos diarios. ¿Y qué significa que Saúl y todo el pueblo que está con él claman, sino que se unen a los combatientes? Y también llegan hasta el lugar de la batalla. El lugar de la batalla es el corazón del que escucha la palabra de Dios. Se llama lugar de batalla porque la palabra que se recibe lucha con la conversación pasada. Le agradan ya las cosas celestiales que escucha, pero la vieja costumbre se levanta y sugiere que desprecie lo escuchado. La lucha se hace más grave porque lo que el predicador alaba, los espíritus malignos lo vituperan disuadiendo, y se levantan como combatiendo contra los santos, mientras destruyen luchando lo que se predica con la voz de estos. ¿Qué es, entonces, llegar hasta el lugar de la batalla, sino llegar a los secretos del corazón del oyente a través del acceso de la investigación, donde encuentra rápidamente a los enemigos y los derrota poderosamente? Porque quienes no saben discernir lo interno no pueden llegar al lugar de la batalla. O el lugar de la batalla es donde hay una gran fama de religión. Allí, mientras innumerables corren, quienes desean abandonar la vida vieja y vestirse de nueva, se llama con razón lugar de batalla, porque allí diariamente el ejército de virtudes espirituales lucha con la multitud de vicios. Allí, cuanto más graves las luchas, más gloriosas las victorias. Allí, cuanto más frecuente el acceso de los enemigos, más loable el número de triunfos: donde no solo se exalta la alta virtud de los grandes, sino que la valentía común de todos se muestra con una admirable demostración de fortaleza. De donde sigue:

(Vers. 20.) Y he aquí que la espada de cada uno se volvía contra su compañero, y la matanza era de magnánimos.

27. ¿Quién es esta espada, sino la espada del espíritu, que es la palabra de Dios? Porque quienes se han convertido en innumerables lugares al servicio del Dios omnipotente, porque se adhieren inseparablemente a la palabra de Dios, es como si cada uno tuviera una espada junto a sí. La espada de cada uno se vuelve contra su compañero cuando aquellos que se han convertido en los monasterios se perforan mutuamente con la palabra de Dios y matan completamente la carnalidad en sí mismos. Pues como si se mataran con la herida del otro, mientras uno golpea al otro con la palabra de Dios, extingue todo lo que vive carnalmente en sí mismo. Quienes, porque recientemente convertidos, habían caído de la vida secular, están

señalados en el tipo de los filisteos. O la espada del uno se vuelve contra su compañero cuando, por la exhortación de los convertidos, los pecadores aún no convertidos se convierten al Señor; cuando no solo aquellos que presiden la palabra de la predicación ganan a otros, sino que la multitud de los súbditos instruye con palabras y ejemplos a cuantos pueden, y se esfuerzan por apartarlos como muertos de los deseos de la vida presente, y presentarlos vivos a la vida eterna. Estos beneficios de los ya muertos los contemplamos difundidos por toda la Iglesia en todo el mundo, porque quienes ya viven para Dios por la gracia divina, parecen muertos a este mundo por el filo de la caridad mutua. La espada de cada uno se vuelve contra su compañero, porque todos los elegidos se fortalecen mutuamente en la santa Iglesia y se inflaman con el estudio de la predicación mutua hacia la patria celestial. Y porque un pueblo innumerable se adquiere diariamente para Dios, bien se añade allí: Y la matanza es muy grande. Grande, ciertamente, es lo que en magnitud puede de alguna manera ser conocido, pero la excelencia no puede ser comprendida. A esta matanza muy grande había levantado los ojos quien decía: Para mí, en cambio, son muy honorables tus amigos, Dios, muy fortalecido es su principado; los contaré, y se multiplicarán más que la arena (Salmo CXXXVIII, 17). También puede entenderse la matanza muy grande, no solo para que muchos, sino también para que parezcan bien muertos. Lo cual se ve que ocurre en la conversión de los pecadores, cuando abandonan de tal manera lo pasado que nunca reviven a los mismos deleites. Matar a los pecadores, ciertamente, es separarse temporalmente de la vida vergonzosa. Por tanto, ser matado vehementemente, o en gran medida, es abandonar perfectamente las seducciones de la vida temporal y aspirar a los gozos futuros. De los mismos que se convierten, porque hay mucha diversidad, sigue:

(Vers. 21.) Pero también los hebreos que habían estado con los filisteos ayer y anteayer, y habían subido con ellos en el campamento, se volvieron para estar con Israel, y con los que estaban con Saúl y Jonatán.

28. ¿Quiénes son los hebreos que habían estado con los filisteos, sino los pecadores que han caído de la vida religiosa? De los cuales no se dijo mucho más arriba: Los hebreos pasaron el Jordán. Los hebreos son, en efecto, por orden de religión, pero están con los filisteos y suben con ellos mientras son engañados por sugerencias nocivas y progresan en la mala obra. Están con los espíritus malignos por el propósito y la voluntad del pecado, pero suben con ellos porque, impulsados por ellos, se elevan en la audacia de la obra iniqua. O están con ellos cuando realizan sus pecados; pero suben con ellos cuando no temen presentar a otros como ejemplos a imitar las obras de su maldad. ¿Qué significa, entonces, que se dice que se vuelven y están con Israel, sino que tales también a menudo recapacitan? Volver es retomar el amor de la vida religiosa. Y estar con Israel es perseverar dentro de la santa Iglesia en la unidad de la caridad. A este propósito de volver, se propone estar con Israel, porque no hay conversión del pecador si el convertido carece de perseverancia en la buena obra y en la unidad de la caridad. Sigue:

(Vers. 22.) También todos los israelitas que se habían escondido en el monte de Efraín, al oír que los filisteos habían huido, se unieron a los suyos en la batalla.

29. Esto ocurre tantas veces como los dedicados a una vida más retirada se dignan torcer su esfuerzo hacia la búsqueda de las ganancias de las almas. Se unen a los suyos en la batalla cuando predicán las verdaderas alegrías de la vida eterna con los doctores de la santa Iglesia, y juntos ahuyentan a los espíritus malignos de los corazones de los pecadores. Pero es muy necesario preguntar cómo se dice: Al oír que los filisteos habían huido. Ciertamente, no es una victoria brillante perseguir a los que huyen, sino hacer huir a los que resisten. ¿Qué significa, entonces, que se dice: Al oír que los filisteos habían huido, se unieron a los suyos

en la batalla, sino que con estas palabras se señalan las ganancias convenientes de la misma vida retirada? Es costumbre de esos hombres que prefieren ofrecer la palabra a los que los consultan que a los que se les oponen, porque si no reconocen un corazón devoto en el oyente, se niegan a emitir su predicación como si fuera a perderse en vano. Antes de unirse a los suyos en la batalla, oyen que los filisteos han huido: porque no se dedican tanto a convertir a los malvados como a elevar a los convertidos a las alturas de una vida más perfecta. Esa misma sublimidad de la vida más perfecta, porque suele ser persuadida con grandes labores de exhortación, quienes oyen que los filisteos han huido, con razón se dice que combaten. Los enemigos, por tanto, huyen, pero los que antes estaban escondidos combaten, porque los hombres de vida retirada no se dignan hablar sino a oyentes devotos, pero hablando, apenas pueden persuadir con gran lucha de palabras y ejemplos la altura de la vida que ellos mismos sostienen. Y porque las grandes ganancias de la predicación no pueden ser recogidas por los débiles e imperfectos, sigue:

(Vers. 22.) Había con Saúl como diez mil hombres.

No dice diez mil, sino como diez mil. En efecto, la perfecta perfección de este número no se encuentra en la tierra, sino en el cielo. Porque hay nueve órdenes de ángeles, y a la sociedad de ellos se eleva esa multitud de hombres elegidos, diez mil hombres son aquellos que en los santos ángeles y en los hombres elegidos se regocijan en ese lugar de eterna gloria. Por tanto, como diez mil hombres son aquellos que, aún puestos en el exilio de este siglo, han asumido en sus costumbres la forma de esa bienaventurada sociedad. Y porque por el amor de esa vida suprema se abandonan las tinieblas de los pecadores, sigue:

(Vers. 23.) Y salvó el Señor en aquel día a Israel.

La contemplación de la luz interna es un día espléndido y clarísimo, en el cual el Señor salva a Israel, porque a quienes ilumina los corazones con el resplandor de la luz interior, los eleva a la altura de la salvación perpetua. Se dice que el Señor salva en aquel día, porque nadie se enciende en el amor de la vida eterna a quien se le oculta el resplandor de la luz interior. A esta gracia de salvación no solo llegan los elegidos, sino también los que parecen despreciados del mundo. De donde se añade:

(Vers. 23.) Pero la batalla llegó hasta Betaven.

30. Betaven se llama casa inútil. Esta casa inútil el Señor la muestra en parábolas, presentando al rey ordenando al siervo en las bodas, diciendo: Sal pronto a las plazas y a las calles de la ciudad, y trae aquí a los pobres, a los débiles, a los ciegos y a los cojos (Lucas XIV, 21). Los pobres son aquellos que no guardan los tesoros de la palabra de Dios en su corazón. Los débiles son aquellos que no pueden trabajar lo suficiente por la vida eterna. Los ciegos designan a los ignorantes y simples, porque mientras no ven las cosas celestiales, carecen de la luz de la mente. Los cojos son aquellos que han perdido el paso de la buena obra. Pero la batalla llegó hasta Betaven, porque a menudo las personas inútiles, cuando son capturadas por la guerra de la palabra de Dios, se vuelven útiles al ser reducidas a su servicio. Se lucha con los ciegos para que vean, con los cojos para que se mantengan firmes, con los pobres para que reciban los tesoros de las costumbres, con los débiles para que se fortalezcan en la obra buena. Por tanto, la batalla se lleva hasta Betaven cuando aquellos son capturados por la predicación de los santos, quienes parecían no tener ninguna utilidad necesaria. De donde se añade:

(Vers. 24.) Y todo hombre de Israel se unió a él en aquel día.

31. Todo hombre se une al predicador cuando no se deja ninguna condición de hombres de la cual no se conduzcan convertidos a la buena conversación. Pero los que se unen a Saúl son llamados hombres, porque, cualesquiera que seamos en el mundo, se nos exhorta a ser fuertes en el servicio del Dios omnipotente. Porque si no se unen a los predicadores como hombres, no convienen con ellos, a menos que ellos mismos hagan cosas fuertes que aquellos alaban enseñando. Pero ya con los enemigos vencidos, ya con los fuertes unidos a él, es necesario considerar atentamente qué hace el rey. Sigue:

(Vers. 24.) Y Saúl conjuró al pueblo, diciendo: Maldito el hombre que coma hasta la tarde, hasta que me vengue de mis enemigos.

32. Los enemigos de los predicadores son aquellos de quienes el salmista suplica, diciendo: Líbrame de mis enemigos, Dios mío, y de los que se levantan contra mí, líbrame (Salmo LVIII, 1). Los enemigos de los santos se llaman con razón espíritus inmundos, porque los santos detestan con gran esfuerzo los halagos del mundo que aquellos sugieren. Pues a quienes aún les agrada algo de los consejos del espíritu maligno, ciertamente no es enemigo de él, porque aún no sabe odiar lo que no rechaza. También se llaman enemigos de los santos para que sean descubiertos por la sagrada escritura. Pues por todo lo que sugieren, por todo lo que halagan, intentan perder a las almas a las que favorecen con deleite. ¿Qué significa, entonces, que conjura al pueblo para que no coma hasta la tarde, hasta que se vengue de sus enemigos? Pero es de notar que ya hablaba de esto con los enemigos vencidos. ¿Qué significa comer para los vencedores, sino recibir con deleite los alimentos de la vana alabanza por la obra de virtud realizada? Maldito, dice, todo el que coma antes de la tarde, porque quien ahora recibe con agrado las alabanzas vanas, entonces pierde las alabanzas eternas del Creador. Por tanto, el pueblo es conjurado para que no coma, porque se le constriñe con el precepto de los doctores a no gloriarse vanamente nunca de la buena obra. Que actúe con fortaleza viviendo bien, pero mientras viva, evite apetecer alabanzas por su fortaleza, para que no pierda ser alabado eternamente después de la muerte. Porque quien prohibió al pueblo comer antes de la tarde, ciertamente concedió que se comiera en la tarde. Y porque en la tarde es el fin del día, comen en la tarde quienes pueden abstenerse antes de la tarde, porque quien desprecia ser alabado ahora por una gran acción, cuando es llevado al fin de la vida, se encuentra digno de alabanzas eternas. Esto es lo que el Señor promete dar a los elegidos en el Evangelio, diciendo: Bien, siervo bueno y fiel, porque en lo poco has sido fiel, te pondré sobre mucho, entra en el gozo de tu Señor (Mateo XXV, 23). De nuevo, viniendo al juicio, dice: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino que os está preparado desde la fundación del mundo (Ibid., 34). Entonces ciertamente nos vengamos de nuestros enemigos, porque entonces todas las tentaciones diabólicas desaparecen. Porque ya las insidias de los demonios no dañan tentando, cuando morimos en la carne, nos vengamos de nuestros enemigos, a quienes ya no tememos como si estuvieran completamente muertos. O, por tanto, diferimos la comida hasta la tarde si reservamos los elogios de nuestra alabanza al juicio venidero. Entonces ciertamente se debe comer, porque el juez que viene entonces, ahora el líder de nuestro ejército, promete a sus compañeros, diciendo: Los hará sentarse a la mesa, y pasando, les servirá (Lucas XII, 37). Entonces, en efecto, los vencedores se sientan a la mesa, porque recibidos en la alta sede del descanso interno, se deleitan con las alabanzas de la vida eterna, cuando, callando ellos mismos, se cantan las alabanzas de todas las buenas obras, y se presentan juntas para gloria las que aquí se llevaban con gran virtud a la batalla. Sigue:

(Vers. 25, 26.) Y todo el pueblo de la tierra vino al bosque, donde había miel sobre la faz del campo. Entró, pues, el pueblo en el bosque, y apareció miel fluyendo, y nadie llevó su mano a su boca.

33. El bosque es un lugar boscoso y escarpado. Con este nombre se designan adecuadamente los corazones de los seculares, porque mientras sirven con toda su intención a los cuidados exteriores, son como lugares boscosos, no cultivados con el arado de la predicación para el fruto de la buena obra. ¿Quiénes son, entonces, los que se designan con el nombre de pueblo de la tierra, sino los hombres religiosos y simples? Se dice pueblo de la tierra porque son grandes en la buena obra, pero no son grandes en la altísima contemplación. Nobles en acción, pero pueblo en comparación con los hombres más altos. ¿Qué significa, entonces, que el pueblo de la tierra viene al bosque, sino que los hombres religiosos y simples son llevados a menudo al conocimiento de los seculares por los ejemplos de las buenas obras? Donde aparece miel en el campo, porque encuentran en el ejemplo de la buena obra entre los seculares tanto la amplitud de la devoción como el fruto de la veneración. ¿Qué es el campo en el bosque, sino la devoción en el corazón inculto e inexpurgado de los seculares? ¿Y qué es la miel sobre la faz del campo, sino la dulzura del favor? Que con razón se dice que aparece después de la entrada del pueblo, porque ciertamente los corazones ásperos de los seculares, si no ven primero los ejemplos de los religiosos, no pueden extenderse en la amplitud de la devoción ni proclamar la gloria de la santidad ajena. Antes de la entrada, ciertamente, solo es bosque, no tiene campo ni miel fluyendo. Pero después de la entrada, tiene tanto la amplitud del campo como la dulzura de la miel, porque a menudo quienes aman el mundo reciben con ferviente amor los ejemplos de los santos, de modo que el bien que ven no solo les agrada, sino que también desean proclamarlo con más atención. Sin embargo, la vida de los santos debe ser alabada, y esta alabanza no debe ser tomada por ellos, de quienes es, a través de la vana gloria. Debe ser vista solamente, no debe ser recibida, para que cada uno se regocije en glorificar a Dios en su obra, pero desprecie ser exaltado por la gracia de Dios. De donde se expresa cautelosamente que la miel fluyendo apareció sobre la faz del campo, y sin embargo nadie llevó la mano con la miel a su boca. La miel ciertamente fluye, porque la dulce fama de los santos corre dulcemente y rápidamente. Pero nadie lleva la mano a la boca, porque no toma la dulzura de la alabanza de la buena obra. Llevar la mano con la miel a la boca es recibir con agrado la alabanza de su obra. Que la miel, por tanto, fluya, y nadie la lleve a la boca, para que la fama de los santos fluya dulcemente, y no exalte a aquellos de quienes fluye. Que fluya para saciar a otros, pero no se tome, para que no ofrezca muerte. De donde se añade:

(Vers. 26.) Porque el pueblo temía el juramento.

316 El juramento del rey es: Todo el que se exalta será humillado (Lucas XVIII, 14). También el juramento del rey es lo que pronuncia contra los hipócritas, diciendo: En verdad os digo, ya han recibido su recompensa (Mateo VI, 16). Por tanto, el pueblo teme el juramento, porque evita recibir alabanzas temporales para no perder las eternas. Sigue:

(Vers. 27.) Pero Jonatán no había oído cuando su padre conjuró al pueblo, y extendió la punta de la vara que tenía en su mano, y la sumergió en un panal de miel, y llevó su mano a su boca, y sus ojos fueron iluminados.

34. ¿A quiénes representa Jonatán en este pasaje, sino a aquellos que son grandes en palabra y obra, pero no en la prudencia de la humildad? Predican cosas elevadas y realizan acciones valientes, pero no se mantienen firmes en la vigilancia de la humildad. ¿Qué significa sostener una vara en la mano, sino que la disciplina con la que prohíben a otros pecar no la aplican a sí mismos? La vara, que suele usarse para corregir a los pequeños, puede representar adecuadamente el discurso de corrección. La predicación y la buena obra son, por

tanto, la vara y la mano. ¿Qué significa entonces extender la vara y llevar la mano a la boca con miel, sino recibir el sabor del vano favor tanto de la palabra de la predicación como del esfuerzo de la buena obra? Pero, como peca al modo de los elegidos, se dice que levanta miel no con la vara, sino con la punta de la vara. Convierten la vara y la mano llenas de miel hacia la boca, aquellos que, según la voz de la verdad: "Hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres" (Mateo 23, 5). Pues mientras se sacian de sus alabanzas, no tienen la miel en la punta de la vara para un leve gusto, sino en toda la vara o en la mano para una plena satisfacción. Tales eran, sin duda, aquellos a quienes el Señor reprocha en el Evangelio, diciendo: "¿Cómo podéis creer, vosotros que recibís gloria los unos de los otros?" (Juan 5, 44). ¿Qué es entonces esta punta de la vara, sino que a menudo desean glorificar al Señor en su obra, pero no rehúyen aparecer ellos mismos como dignos de alabanza? Con razón, pues, se dice que Jonatán no escuchó la voz del padre con la que conjuró al pueblo, porque no escucha las palabras de Dios o de su predicador quien descuida cumplirlas. ¿Y qué significa que los ojos de Jonatán se iluminaron por el gusto de la miel, sino que quienes reciben el soplo del vano favor se fortalecen para realizar acciones valientes? En este pasaje no se dice que los ojos se abrieron, como si hubieran estado cerrados, sino que, al restaurarse el vigor del cuerpo, se entiende que ven y están preparados para extinguir a los enemigos. Esto, sin duda, conviene a los altivos, que realizan mayores y más fuertes acciones al ver que sus obras dignas de alabanza son exaltadas. Pero a menudo se enciende un menor celo de caridad, que intenta recordar a los grandes hombres que delinquen la memoria de las Escrituras. Por eso sigue:

(Vers. 28.) Y respondiendo uno del pueblo, dijo: Tu padre ha conjurado al pueblo con un juramento, diciendo: Maldito sea el hombre que coma pan hoy.

35. Relató que el padre había conjurado al pueblo y pronunciado una maldición, porque cuando un menor quiere corregir a un superior que yerra, no debe reprender ásperamente, sino dulcemente y con humildad recordar las disposiciones de los mayores. Por eso dice: "Tu padre ha conjurado al pueblo con un juramento". Para amonestar dulcemente a quien ha conjurado al pueblo con un juramento, afirmó que es su padre. Como si dijera con otras palabras: Cuanto más alto parece retener el lugar de los mayores por la dignidad de la sucesión, tanto más amorosamente debes conservar sus disposiciones. También se dice que el pueblo fue constreñido por el juramento del padre, para que no se atienda a la humildad de la persona que habla, sino a la autoridad mostrada: para que, si se desprecia el orden del que sugiere, se tema la grandeza de aquel que se muestra. Sin embargo, lo llama padre, para que los preceptos de los mayores sean tanto para el temor como para el amor. Diga, pues: "Tu padre ha conjurado al pueblo con un juramento, diciendo: Maldito sea el que coma pan hoy". Lo cual es como si dijera: Quiero que recuerdes lo que es tuyo, no mío, porque mientras ocupas la cumbre de los mayores, debes guardar sus leyes como un derecho hereditario. Con el nombre de pan se expresa correctamente el favor de los aduladores, porque sacia y fortalece la mente atenta a la vanidad, haciéndola más capaz de realizar lo que debe ser alabado. Esto ciertamente se ve que conviene mucho a los arrogantes, que se animan a hablar con las alabanzas proferidas. Y como el predicador arrogante tiene súbditos semejantes a él, ávidos de alabanza, sigue:

(Vers. 28.) Pero el pueblo desfalleció.

36. ¿Qué es desfallecer literalmente, sino cansarse? Pues quienes buscan alabanzas transitorias de la predicación de la palabra, desfallecen cuando son alabados, porque no pronuncian con vigor palabras que no ven ser alabadas. Como quienes se cansan, desfallecen cuando, despreciados, enmudecen. Pero también parecen desfallecer cuando no comen,

porque si tuvieran permitido el alimento del favor, como si estuvieran fortalecidos y vigorosos, perseguirían los vicios con la predicación de la palabra. Por eso se muestra la forma del predicador arrogante, por lo que se añade:

(Vers. 29, 30.) Y Jonatán dijo: Mi padre ha turbado la tierra. Vosotros mismos habéis visto que mis ojos se han iluminado porque he probado un poco de esta miel; ¿cuánto más si el pueblo hubiera comido del botín de sus enemigos que encontró, no habría sido mayor la derrota de los filisteos?

37. ¿Qué significa que reprocha a su padre por haber turbado la tierra, sino que acusa a los mayores de haber confundido sus disposiciones por ignorancia? Con el nombre de tierra se designa la humildad de los súbditos, que se ve turbada cuando, por el juicio errante de los pastores, parece abandonar el orden de la verdad tranquila. Y porque, mientras los arrogantes ansían con avidez los favores de los hombres, y tratan de afirmar que esto es lícito, llevan sus progresos como testimonio. "Vosotros mismos habéis visto", dice, "que mis ojos se han iluminado porque he probado un poco de esta miel". Como si dijera: Crecí con la alabanza de los súbditos, mientras no me esforcé por ser menor que las alabanzas. Pues también es costumbre de los predicadores elegidos que, mientras consideran que son alabados, se esfuerzan por ser lo que oyen de sí mismos. Y por eso Jonatán dijo que había probado un poco de miel: porque la lengua arrogante cree que puede recibir los favores libremente para el progreso de la vida, no para la intención de la vanidad. Pero es completamente diferente esforzarse por igualar las alabanzas con las costumbres, que buscar alabanzas para encontrar en ellas el progreso de la vida. Se esfuerzan por igualar sus alabanzas con las costumbres, quienes desprecian esas alabanzas, quienes nunca quieren ser alabados por los hombres. Ciertamente, en cuanto a ellos, rehúyen vehementemente ser alabados, pero como no pueden evitar completamente ser alabados, se esfuerzan por ser lo que oyen. Pero algunos, al mostrar buenas obras, quieren ser alabados para ascender a una obra mayor de virtud. Y con esta estimación de su presunción se engañan, porque quien busca alabanzas en lo mínimo, cuando ha hecho obras mayores, busca con más ardor y avidez las alabanzas. Y tal vez por eso Jonatán no pudo reinar después de su padre, porque representaba a aquellos que, mientras se exaltan vanamente, realmente desfallecen. Añadió también razonando, y dice: "¿Cuánto más si el pueblo hubiera comido del botín de sus enemigos, no habría sido mayor la derrota de los filisteos?" Probar un poco de miel en la punta de la vara es gloriarse de alguna manera en la elocuencia de la doctrina. Comer el botín de los enemigos es recordar las obras de virtud y alegrarse al recordarlas. Pues hace el botín de los enemigos cuando lleva a la memoria aquello en lo que ha prevalecido sobre los enemigos ocultos. También come hasta la saciedad quien, como si lo hubiera hecho por su propia virtud, se exalta vanamente y con gran ardor. Dice, pues: "¿Cuánto más si el pueblo hubiera comido del botín de sus enemigos, no habría sido mayor la derrota de los filisteos?" Como si dijera: Si de un breve gusto del favor hay tanto progreso, ¿qué harían los elegidos combatientes si tuvieran alabanzas plenas de obras lícitas y justas? Sigue:

(Vers. 31.) Entonces derrotaron a los filisteos aquel día desde Micmás hasta Aialón.

38. El día de la mente es el esplendor de la erudición. Pero aquellos a quienes los arrogantes instruyen, porque son encendidos por la ambición de la gloria temporal, reciben la simulación de la luz, no la verdad. Por tanto, cuando se dice aquel día, ¿qué otra cosa se significa, sino que a menudo parecen hacerse cosas valientes con el propósito de la gloria temporal? En aquel día, es decir, por la doctrina o el ejemplo de los soberbios, golpean, porque sirven al ministerio de la predicación para obtener el esplendor de la gloria temporal. Y porque desean ser conocidos por todos, dice: "Desde Micmás hasta Aialón". Micmás, como ya se ha dicho

suficientemente, significa humildad, y Aialón significa "mi hermano que llora". Los humildes, en este contexto, designan a los pequeños y sencillos en la santa Iglesia. ¿A quiénes insinúa el hermano que llora, sino a aquellos a quienes el Señor alaba en el Evangelio, diciendo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados" (Mateo 5, 5)? Pues quien ya sabe despreciar todas las cosas temporales y anhelar con grandes deseos las eternas, mientras teme ser retenido en el cuerpo y gime por no estar aún en aquella alegría de la vida eterna, se llama con razón "mi hermano que llora". Hermano, porque ya ha comenzado a ser coheredero de Cristo, hacia cuya herencia beatísima y felicísima gime con todos sus deseos. Se le llama llorón, para designar el llanto inenarrable de los perfectos. Llorar no es simplemente llorar, sino llorar con gran afecto. Porque están llenos de la gracia del Espíritu Santo, han llegado a esa abundancia de lágrimas que el insigne doctor afirma, diciendo: "El mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables" (Romanos 8, 26). También se le llama hermano que llora, porque los perfectos están unidos al Redentor en gran familiaridad. A quien el Redentor ama singularmente, a quien nutre con singular dignidad para la posesión de la herencia eterna, cuando se le llama hermano, se le declara con un número singular. Por eso dice a Moisés como a un amigo singular: "Te conozco por tu nombre" (Éxodo 33, 12). De ahí que se diga en el Evangelio de Juan: "Este es el discípulo a quien Jesús amaba" (Juan 21, 20). Pues quien amaba mucho a todos los discípulos, al decir que amaba a este, se demuestra como hermano en un número singular. En aquel día, desde Micmás hasta Aialón, golpean a los filisteos arrogantes, porque para recibir la luz de la gloria secular, no solo predicaban cosas pequeñas a los pequeños, sino cosas elevadas que los más perfectos reconocen. Y porque, aunque se perjudican a sí mismos por la perversidad de su intención, benefician a muchos pequeños en Cristo y a muchos más perfectos hablando, se dice que no combaten, sino que golpean desde Micmás hasta Aialón. Golpear a los filisteos es destruir las insidias de los demonios o la tiranía de los vicios del corazón de los elegidos. Pero a menudo los doctores altivos benefician a otros con la palabra, y no reciben las alabanzas de esa misma palabra que desean. Por eso, frecuentemente sucede que, al no ver que son alabados y exaltados, como fatigados por grandes trabajos, enmudecen. Por eso se añade:

(Vers. 31.) Pero el pueblo estaba muy fatigado.

Es también costumbre de los altivos que, cuando la lengua ajena calla sobre sus alabanzas, su propia estimación no calla. Aunque otros callen, ellos claman, porque llevan en su corazón las alabanzas de su propia estimación. Por eso se añade bien sobre el mismo pueblo:

(Vers. 32.) Y el pueblo se lanzó sobre el botín, tomó ovejas, bueyes y terneros, y los degollaron en la tierra, y el pueblo comió con sangre.

39. Toma ovejas quien recuerda múltiples causas de su inocencia para su exaltación. Toma bueyes como botín cuando considera los trabajos de su predicación, y recuerda lo que ha logrado hablando a otros, como cultivando la tierra. Toma terneros cuando se exalta por haber reprimido los impulsos de la lascivia. Pues se han mandado dos cosas en gran alabanza de los justos; a saber, el esplendor de la caridad, con la luz de la buena obra, cuando cada arrogante se exalta por su propia estimación, se dice que toma tanto ovejas como terneros. Ovejas en la inocencia de las buenas obras, terneros en la mortificación de las pasiones corporales. A estos, sin duda, añadió bueyes, porque no se exalta perfectamente quien se contempla a sí mismo débil e impotente en alguna parte. Ya es grande en su propia estimación por la castidad y la buena obra, pero se eleva en el orgullo de una mayor exaltación cuando se recuerda perfecto en el trabajo de la predicación.

Pero ¿a qué fin se llevan todas estas cosas? Se expone a continuación: "Y los degollaron en la tierra". Degollar ovejas, bueyes y terneros en la tierra es regocijarse en la conciencia de las virtudes con una alegría baja y carnal. Por eso se dice bien por Oseas de los altivos y arrogantes: "Sumergían las víctimas en el abismo" (Oseas 5, 2). Sumergen las víctimas en el abismo quienes no elevan al cielo las ofrendas celestiales de las virtudes con acción de gracias, sino que las inclinan a la tierra por el deseo de la vana alabanza. Por eso se añade bien: "Y el pueblo comió con sangre". El alimento de la mente es su alegría interna. ¿Qué es entonces comer con sangre, sino no apartar de la intención el deseo del vano favor del apetito interno de la mente? Pues como la sangre se desecha, cuando la mente aparta de la alegría de la buena obra la intención de la vanidad. Tal mente sabe alegrarse en la buena obra, porque se regocija al acercarse a las cosas celestiales por las buenas obras, que en esas mismas obras rehúye ser vista por un tiempo. Comer con sangre, por tanto, es tomar la alegría de la buena obra mezclada con la intención de la vanidad. Esto, sin duda, cuando se ofrece por otros, es un alimento simple para los altivos; pero cuando, sin que nadie alabe, la conciencia de los soberbios se hincha, como si lo tomaran por la fuerza a través del botín lo que alguien no da espontáneamente. Sigue:

(Vers. 33, 34.) Y avisaron a Saúl, diciendo que el pueblo pecaba contra el Señor, comiendo con sangre. Y él dijo: Habéis prevaricado. Rodad hacia mí ahora una gran piedra. Y Saúl dijo: Dispersaos entre el pueblo, y decidles que traiga cada uno su buey y su carnero, y degolladlos sobre esta piedra, y comed, y no pecaréis contra el Señor comiendo con sangre.

40. Es propio de los predicadores de la santa Iglesia tanto reprender las culpas cometidas como mostrar cómo deben evitarse las reprendidas. Las reprendidas, en efecto, se conocen, pero si no se sabe cómo evitarlas, se repiten las mostradas. ¿Qué se muestra en este comer con sangre, sino el veneno latente de la exaltación? Los vicios latentes no se curan si no se exponen. Por tanto, para insinuar las costumbres de los predicadores, Saúl primero afirma que el pueblo ha prevaricado, luego ordena que se degollen los animales que se van a comer sobre la piedra. Pero sabemos que la piedra o roca es Cristo, como lo muestra Pablo, diciendo: "La roca era Cristo" (1 Corintios 10, 4). La piedra se rueda hacia el predicador cuando se recuerdan ante él los ejemplos del Redentor. También se dice que se rueda para que se vea desde todos los ángulos. Se dice grande porque, según Daniel, se afirma que crece y llena toda la faz de la tierra (Daniel 2). No se debe ver la piedra de cualquier manera, sino que debe rodarse desde ambos lados para que los arrogantes vean a Dios y su arrogancia se deprima. Que el arrogante vea cuán poderoso en virtud, cuán sublime en majestad, cuán humilde en virtud apareció nuestro Redentor. Pues iluminando a los ciegos, sanando a los enfermos (Mateo 9), ordenaba que lo que había hecho poderosamente no se dijera a nadie. Resplandeció en el monte, el Padre dio testimonio de su divinidad, y sin embargo, dijo a los discípulos: "No digáis a nadie esta visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos" (Mateo 17, 9). Y tal vez por eso, cuando el Señor ya resucitado, un ángel apareció en el sepulcro y rodó la piedra de su puerta. Entonces, en efecto, debía rodarse la piedra, porque Cristo, verdadero hombre y poderoso Dios, debía ser reconocido después de la gloria de la resurrección. Si, pues, el altivo ha visto una parte de la piedra, que la rueda y vea la otra. No vea la piedra de cualquier manera, porque Cristo no está muerto, sino que ha sido rodada por el ángel, porque ha resucitado de entre los muertos. Que contemple, pues, la elocuencia de la predicación de un lado, y la rueda, y admire del otro el esplendor de la humildad. Que vea el poder de los signos de un lado, y del otro vea que quien brilló por el poder de la virtud, ocultó esa misma virtud con el precepto del silencio. Pero mientras ve la parte humilde, que vea también la sublime. He aquí que se ve la parte humilde de la piedra, porque dice: "Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte" (Filipenses 2, 8). Pero si se rueda

esta parte, se revela la otra, porque se añade: "Por lo cual Dios lo exaltó y le dio un nombre que es sobre todo nombre". Rodamos, pues, la piedra hacia el predicador cuando recordamos ante él el poder y la humildad de nuestro Redentor; cuando lo contemplamos humilde en las obras y sublime en el cielo por su humildad. En esta piedra, en efecto, se degüella el buey y el carnero, para que en todo género humano el vicio de la exaltación sea abatido por la contemplación de Cristo. Allí, en efecto, se derrama toda la sangre, porque quien es instruido por el ejemplo de Cristo, realiza grandes cosas, pero no se exalta por esas grandes obras. Se alimenta, en efecto, de la alegría de la buena obra, pero su alimento no se mancha con la sangre de la vana alabanza. Pues si esa piedra se rueda en las palabras, dice: "Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más ha hecho, no tendrían pecado" (Juan 15, 24). Pero como no se enorgulleció de las palabras, rodándose, dice: "Yo no busco mi gloria" (Juan 8, 50). Se degüella, pues, el buey y el carnero en la piedra cuando, por el ejemplo del Redentor, toda exaltación cornuda es condenada; cuando cualquier elegido, tanto actúa bien como enseña óptimamente, pero ni su propia vida lo eleva, ni la erudición ajena. En el carnero, en efecto, se expresa la fortaleza de la propia inocencia, en el buey, el trabajo y la fortaleza de la predicación. Que sean degollados en la roca, para que así alimenten la mente elegida con alegría, de modo que no le ofrezcan carne mezclada con sangre. Esto, en efecto, no solo lo dice el predicador elegido, sino que también lo persuade. Por eso se añade:

(Vers. 34.) Entonces el pueblo trajo cada uno su buey en su mano, hasta la noche, y los degollaron allí.

41. Traer el buey en la mano es borrar el pecado de la exaltación con la aflicción de la penitencia. Pues al borrar con la acción lo que pecó con el orgullo, lleva el buey a degollar en la piedra con su mano. ¿Qué significa, pues, que dice: "Hasta la noche", sino que no se permite pecar, pero se permite borrar los pecados hasta la muerte? Hasta la noche, pues, deben degollarse los bueyes, no en la noche, porque mientras vivimos, podemos borrar los pecados con la penitencia, después de la muerte no podemos hacer penitencia fructuosa. Bien se añade en el mismo lugar:

(Vers. 35.) Y Saúl edificó un altar al Señor.

41. Porque cuando los pecadores se convierten, es como si se construyera un edificio celestial a partir de piedras. Y dado que muchos códigos tienen: "Entonces Saúl comenzó a construir", se puede entender que el nombre del altar simboliza la contrición del corazón. Cuando, por la palabra del maestro, se eleva la contrición del corazón, ciertamente se edifica un altar al Señor. Y se dice que fue edificado primero, porque es la contrición del amor. Por eso, en el tabernáculo del pacto, el Señor mandó hacer dos altares: uno para quemar incienso y otro para quemar carne (Éxodo XXVII, XXXVII). El primer altar estaba afuera, el segundo dentro del santo de los santos. Por lo tanto, el primer altar es la contrición del temor, el segundo altar es la contrición del amor. El primero es de los que lloran sus pecados, el segundo es de los que anhelan con todo su deseo las alegrías eternas; las piedras del primero son las reflexiones sobre los pecados, las piedras del segundo son las meditaciones sobre las alegrías eternas. Así, el primer altar lo edifica el maestro cuando expone las culpas que, al verlas en sí mismo, el pecador gime. Con razón también se llama altar a la contrición, porque incensa. Pero cuando uno se contrita por sus pecados durante mucho tiempo, progresa en el uso de la seguridad a través del arrepentimiento. Pues después de los tiempos de aflicción, comienza a arder por la vida eterna, y quien antes lloraba por el temor al castigo, ahora comienza a llorar más abundantemente por la demora de la recompensa. Por lo tanto, como la primera contrición de los elegidos nace del temor, mientras se designan a los predicadores y a los

recién convertidos súbditos bajo el tipo del rey y del pueblo, se dice que Saúl edificó el altar por primera vez. Pero a menudo el maestro se enciende para lograr las ganancias de otros a partir del progreso de los demás. Por eso se añade:

(Vers. 36.) Y Saúl dijo: Ataquemos a los filisteos de noche, y devastémoslos hasta que amanezca, y no dejemos de ellos hombre alguno.

42. Esto ya se ha explicado suficientemente arriba, pero como desea atacar a los filisteos en la noche, hasta que amanezca el día, esto insinúa ciertamente que para que los demonios no puedan dañar en el futuro, deben ser expulsados y eliminados ahora de los corazones de los pecadores. La vida presente se llama noche cuando se compara con la eterna. Pues quien haya podido contemplar dignamente aquella vida, juzga que, en comparación con ella, cualquier cosa que aquí se vea como luminosa es oscuridad de noche. Pero aquel día amanece cuando, al final de esta vida, se revela a las almas elegidas. En su salida del cuerpo, el alma elegida ve la eternidad que amanece para ella, porque no ha considerado la luz de este mundo presente como oscuridad.

43. ¿Qué significa lo que se dice: "Y no dejemos de ellos hombre alguno"? Pero todo filisteo varón debe ser devastado, no puede ser devastado todo niño. Pues nadie está sin pecado, excepto solo Dios. Por lo tanto, los varones son los crímenes capitales y los vicios principales. Pero se designan con el nombre de varones, es decir, fuertes, cuando someten a los corazones de los pecadores. Bien se dice: "No dejemos de ellos hombre alguno", porque los pecadores convertidos, por el consejo de los santos predicadores, abandonan todos los pecados fuertes y los vicios, pero no pueden estar sin ningún pecado o vicio. Pueden evitar los crímenes, pero no pueden evitar todos los pecados. Pueden extinguir los vicios, pero no pueden prevalecer para que no sean de alguna manera tocados por ellos. Por lo tanto, dice: "No dejemos de ellos hombre alguno", porque los predicadores de la santa Iglesia nos mandan erradicar los vicios; pero mientras matan los fuertes y principales en nosotros, no pueden hacer que algunos de ellos no vivan de ninguna manera por un leve movimiento. Y añadiendo sobre la obediencia del pueblo, dice:

(Vers. 36.) El pueblo dijo: Haz todo lo que sea bueno a tus ojos.

44. Los ojos de los predicadores son la mirada de la razón. Por lo tanto, quien se encomienda al juicio del maestro, se le dice correctamente: "Haz todo lo que sea bueno a tus ojos". Como si dijera: Nosotros, que desconfiamos de la iluminación de nuestra razón, nos encomendamos a la luz de tu razón, lo que juzgamos que nos falta. Pero lo que dijo Saúl: "Ataquemos a los filisteos", puede entenderse que no lo dijo deliberadamente, sino que al decir esto, consultó si debía atacar a los filisteos. Pero el hecho de que el pueblo prestara rápidamente su consentimiento, insinúa lo que vemos, que algunos dentro de la santa Iglesia aprueban antes de entender las palabras de los mayores. Pues inmediatamente se añade:

(Vers. 36, 37.) Y el sacerdote dijo: Acerquémonos aquí al Señor. Y Saúl consultó al Señor, diciendo: ¿Perseguiré a los filisteos? Y el Señor no le respondió en ese día.

45. ¿Qué significa que las palabras del rey consultante, que el pueblo alaba, el sacerdote declara que deben ser llevadas al Señor, sino que los asuntos oscuros y grandes, que los simples desconocen, nunca se disponen bien si no buscamos su desenlace en el santuario de la mente con sutil meditación? Acercarse al Señor es conocer su voluntad mediante la contemplación secreta. Y bien se dice acercarse, porque tendemos de lo exterior a lo interior cuando intentamos conocer el desenlace de nuestra obra en la voluntad divina. Pues quien

busca lo oculto e íntimo, y no abandona lo exterior, no encuentra lo que no sabe cómo alcanzar. Por lo tanto, cuando se nos consulta sobre asuntos ocultos, acerquémonos al Señor, para que solo entonces se proponga lo que debe hacerse, cuando se conoce en la voluntad divina. Pues muchas cosas parecen ser buenas y no lo son. Muchas también deben hacerse, pero se hacen más útilmente si se reservan para el tiempo adecuado. Algunas cosas deben ser hechas por unos, pero no por otros. Si alguien elegido descuida ver estas cosas en la meditación secreta, ciertamente no las dispone en el orden correcto. Por el contrario, quien está acostumbrado a discutir las o a actuar meditando, no solo conoce lo que debe hacerse, sino también lo que debe evitarse. Por eso se dice bien:

(Vers. 37.) Saúl consultó al Señor, y el Señor no le respondió en ese día.

46. El día es el pensamiento de la mente, que se considera bueno y no se conoce. Pues mientras se simula ser bueno, es como si llevara luz. En ese día, por lo tanto, el Señor no respondió al consultante, porque la palabra de Dios no puede convenir con una mala deliberación. Solemos revelar el sentido de la voluntad íntima mediante la respuesta de la palabra. En ese día, por lo tanto, el Señor no responde, porque el Dios omnipotente no se ve en la luz simulada del pensamiento, quien siempre se encuentra en la claridad de la verdad. Y es de notar que quien dio el consejo de acercarse al Señor fue un sacerdote. Pues ¿qué hay más santo que el consejo de acercarse a Dios? Por lo tanto, somos sacerdotes tantas veces como ministramos buenos consejos a los hermanos. Pues nada más sagrado se puede dar que aquello por lo cual cada uno debe ir a su Creador. Pero como describimos el orden de la lucha espiritual, debemos continuar lo anterior con lo siguiente.

47. La palabra de Saúl fue que devastara a los filisteos de tal manera que no dejara de ellos hombre alguno. Lo cual también puede entenderse así: que quería exterminar a los filisteos de tal manera que ninguno de ellos pudiera volver a levantar guerras. Este es un gran día de la mente, en el que se buscan las cosas eternas de tal manera que no se deje vivo a ningún enemigo temporal. Pero como a nadie se le concede vencer temporalmente de tal manera que no deba luchar en todo momento, con razón se dice: "El Señor no le respondió en ese día". Responder de Dios no solo es la palabra íntima de Él, sino también de gracia y don. Pues cuando concede benignamente lo que se pide piadosamente, se dice que responde. Por lo tanto, el Señor no responde en ese día, porque permite que los elegidos venzan, pero deja a los enemigos como si estuvieran vivos, para que siempre encuentren con quienes luchar. Sin embargo, si se dice esto porque se oculta la culpa de Jonatán, se infunde gran temor a los prelados. Pues el hijo peca, y al padre se le niega la respuesta. También se reconoce que uno ha delinquido, pero por la culpa de uno, todos temen perseguir a sus enemigos. ¿Qué se significa en este hecho, sino que los pecados de los súbditos no solo dañan a ellos mismos, sino también a los prelados y a los que viven en común con ellos? Pero como esta culpa oculta es discutida por el rey, veamos ya con qué sublimidad se buscan las cosas ocultas. Pues sigue:

(Vers. 38, 39.) Reúnan aquí a todos los jefes del pueblo, y sepan y vean por quién ha ocurrido este pecado hoy. Vive el Señor, salvador de Israel, que si ha sido por Jonatán, sin retractación morirá.

48. Con estas palabras, ciertamente demostró un orden muy ordenado de juicio, porque primero se debe encontrar la culpa, luego imponer la pena. Pues el orden del juicio se confunde si se pronuncia antes de la discusión de la culpa encontrada. Para que no golpee antes de la discusión, dice: "Reúnan aquí a todos los jefes del pueblo, y vean y sepan por quién ha ocurrido este pecado hoy". Y porque la culpa conocida debe ser castigada más

severamente, jura, diciendo: "Vive el Señor, que si ha sido por Jonatán, mi hijo, sin retractación morirá". Ciertamente se debe tratar más tiempo para encontrar la culpa, pero una vez encontrada, no se debe dejar viva en ella a nadie. Se elimina sin retractación, quien se prohíbe vivir en pecado tan pronto como se hace conocido. Pero eliminar sin retractación no es sin retractación, porque el pastor usa mucha consideración para que la culpa, que encuentra retractando, pueda ser eliminada sin retractación y extinguida rápidamente.

49. Si atendemos al peso de este juramento paterno según la historia, y contemplamos tanto el fervor de aquel tiempo como la tibieza de este. Pues los antiguos padres, para agradar a Dios, no perdonaban a sus hijos incluso hasta la muerte. Pero nosotros no nos atrevemos a perseguir con la más leve aspereza de palabras a aquellos a quienes amamos según la carne. He aquí que quien criaba a su hijo para el reino, dice: "Porque si por él se ha cometido el pecado, sin retractación morirá". Nosotros vemos a los pecadores, y no queremos o tememos reprender a los pecadores. ¿Por qué hacemos esto, sino porque no amamos a Dios como ellos? Pues Moisés, para castigar bien el pecado de idolatría, mandó a los levitas matar a veintitrés mil hombres. En el ejercicio de esta matanza, dijo: "Si alguien es del Señor, únase a mí. Ponga cada uno su espada sobre su muslo. Vayan y regresen de puerta en puerta, y mate cada uno a su hermano, a su amigo y a su vecino" (Éxodo XXXII, 26, 27). Como si dijera: En esto mostrará cada uno que es del Señor, si por su amor no perdona al hermano, al vecino o al amigo. Por lo tanto, Saúl dice de su hijo: "Porque sin retractación morirá", porque a nosotros, que ya vivimos bajo la gracia del Redentor, aunque no se decreta la muerte del cuerpo, no debe prolongarse la vida del pecado. Pues el rector mata sin retractación cuando no mira los afectos de la carne, sino que cuando encuentra el crimen, lo golpea rápidamente. Ciertamente retracta quien, para no herir severamente al malvado, considera los servicios que le ha prestado o el afecto de consanguinidad. En lo cual es de notar que no todas las culpas deben ser castigadas severamente. Pues las leves manchas de polvo se quitan mejor sacudiéndolas que lavándolas o aplicando fuego. También las culpas graves no deben ser perseguidas con igual severidad en todos, porque las heridas de los cuerpos exigen el vigor de la medicina según la naturaleza y la fortaleza de los mismos cuerpos. Sin embargo, a menudo los prelados de la Iglesia, cuando escuchan las culpas, se enfurecen más de lo justo; y mientras miden la venganza, no consideran ni la calidad de las heridas ni la fortaleza de las personas delincuentes. Estos ciertamente deben ser tolerados cuando amenazan, pero deben ser calmados del castigo con el consejo de los buenos. Por eso aquí se añade:

(Vers. 39.) A lo cual nadie le contradijo de todo el pueblo.

Porque las amenazas de los mayores deben ser soportadas humildemente, se dice: "Nadie le contradijo". Y porque su exceso debe ser refrenado con el consejo saludable de los piadosos, no mucho más abajo, cuando el rey intenta infligir la misma muerte a su hijo, todo el pueblo clama: "¿Acaso morirá Jonatán, quien ha hecho esta salvación en Israel?" Por lo tanto, el pueblo liberó a Jonatán para que no muriera. Pero como aún no se ha encontrado la culpa para no castigarla, sino para encontrarla oculta, sigue:

(Vers. 40.) Y dijo a todo Israel: Sepárense ustedes en una parte, y yo estaré con Jonatán, mi hijo, en la otra parte.

50. ¿Qué significa que por orden del rey el pueblo se separa del rey y de su hijo, sino que cuando se busca una culpa oculta y sospechosa, deben ser discutidas tanto las personas superiores como las inferiores? A menudo el pueblo peca, a menudo su rector peca: y a veces la misma culpa de los súbditos se atribuye al prelado, quien se dice que ha sido negligente en cumplirla. Cuando, por lo tanto, se reconoce que, con los indicios mostrados anteriormente, la

culpa está oculta en el pueblo y no se sabe en quién está escondida, que el rey se mezcle, para que si también está oculta en él, se encuentre. Pues el rey Saúl no era consciente de la culpa que ni con su consentimiento ni con su obra había cometido, y sin embargo se mezcla para ser discutido, para que si también está oculta en él, se encuentre. Como si buscara su pecado sin saberlo, quien decía: "No soy consciente de nada en mí, pero no por eso estoy justificado: quien me juzga es el Señor" (I Cor. IV, 4). Como si dijera: No dejo de buscarme a mí mismo y de encontrarme, porque si me oculto a mí mismo, no me ocultaré a quien todo está desnudo. Diga, por lo tanto, el rey no consciente del pecado que se discutía: "Yo estaré con Jonatán, mi hijo, en la otra parte"; porque los doctores elegidos, cuando en otros actúan con el celo de la rectitud, no se perdonan a sí mismos ni a sus familiares. Como si separaran al pueblo en una parte y no se separaran a sí mismos, quienes discuten las culpas de los súbditos y no se preocupan por investigarse a sí mismos para encontrarse. Pues es grande el mar de la ignorancia humana. Pues si apenas o nunca podemos buscar y encontrar cómo somos nosotros mismos, ¿cuándo podemos a los demás? ¿Qué es lo que el Profeta lamenta, diciendo: "Mi corazón me ha abandonado" (Salmo XXXIX, 13)? ¿Qué es lo que la Sagrada Escritura declara: "El hombre ignora si es digno de odio o de amor" (Eclesiastés IX, 2)? También el Profeta declara el fruto de su búsqueda, diciendo: "Tu siervo ha encontrado su corazón" (II Samuel VII, 27). Si los santos apenas pueden encontrar su corazón, ¿con qué temeridad dejamos de buscar a nosotros mismos? Pero tal vez ni el Profeta pudo, porque añadió: "Para que te tema". Ciertamente encontraría su corazón si lo hubiera conocido plenamente, si era digno de odio o de amor. Por lo tanto, quien no lo encontró para estar seguro ante Dios, ciertamente lo encontró para temer. Pero nosotros ni siquiera podemos hacer esto fácilmente, porque mientras descuidamos encontrar nuestros pecados y pesar los encontrados, estamos seguros como si hubiéramos perdido el corazón. Por lo tanto, en una parte están ellos, en la otra parte están estos, para que se consideren los secretos de cada uno y la culpa encontrada sea castigada con la pena digna. Porque esto es muy loable y no debe ser disuadido, sigue:

(Vers. 40.) El pueblo respondió a Saúl: Haz lo que sea bueno a tus ojos.

51. Pero ¿qué significa que Saúl ordena al pueblo que se separe en una parte y el pueblo le ruega al rey que haga lo que ordena, sino que los simples no saben buscarse a sí mismos, incluso cuando se les ordena? Por lo tanto, dice: "Haz lo que sea bueno a tus ojos". Como si dijera: Tú podrás actuar mejor en nuestro lugar, quien has recibido la luz del corazón no solo para ti, sino también para prever nuestros caminos. Pero el rector es alabado por la iluminación interna que tiene por gracia, no por estimación. Es alabado, porque puede conocer los secretos de los demás, pero él mismo desconfía de poder conocerse a sí mismo. Por lo tanto, como no se atribuye a sí mismo la luz de tanta gracia, no omite pedir esto a Dios con oraciones. Por eso sigue:

(Vers. 41.) Y dijo al Señor Dios de Israel: Da indicio. ¿Por qué no has respondido hoy a tu siervo? Si esta iniquidad está en mí o en Jonatán, mi hijo, da ostensión: o si esta iniquidad está en tu pueblo, da santidad.

52. Pedimos que se nos dé indicio cuando rogamos que se nos revelen las cosas ocultas. Pero se debe preguntar qué significa tanta diversidad de palabras. Pues para sí mismo y su hijo pide que se dé ostensión, si la iniquidad está en el pueblo, pide santidad. Lo cual, sin embargo, se puede decir brevemente, porque los doctores elegidos conocen su propia fortaleza, conocen la debilidad del pueblo sujeto. Por lo tanto, piden solo la ostensión de la culpa para sí mismos, porque saben que suelen perseguirla con la austeridad de la penitencia. Pero para el pueblo piden santidad, porque solo desean conocer las culpas de los súbditos;

pero a quienes encuentran actuando mal, ruegan que lleguen al perdón mediante el llanto. Pues ¿qué significa decir: "Da santidad", sino: Santifica a quienes muestras? Me revelas sus secretos, pero al revelarlos no se logra nada, si a quienes muestras no les devuelves la gracia operando. Pero como a menudo los súbditos están firmes y los prelados caen, sigue:

(Vers. 41.) Y fue descubierto Jonatán y Saúl.

Y porque incluso la misma culpa no se conoce fácilmente de quién ha sido perpetrada, sigue:

(Vers. 42.) Y Saúl dijo: Echen suertes entre mí y mi hijo. Y fue capturado Jonatán.

53. Aquellos que echan suertes, a menudo descubren lo oculto a través de conjeturas sobre cosas visibles. Así, Jonás es descubierto mientras huye (Jon. I); así, Matías es hallado digno de la dignidad apostólica (Hech. I). Por lo tanto, establecemos suertes espirituales cuando, a través de signos externos de obras, llegamos al conocimiento de lo oculto. Pues la suerte de cada uno es su propia conducta. De ahí que en la Sabiduría los réprobos digan: Coronémonos de rosas antes de que se marchiten; que no haya prado que nuestra lujuria no atraviese; dejemos por doquier señales de alegría, porque esta es nuestra parte y esta es nuestra suerte (Sab. II, 8). En cambio, el salmista ora diciendo: Mi porción, Señor, está en la tierra de los vivientes (Sal. CXLI, 6). Lo que también Pablo declara, diciendo: Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filip. III, 20). El doctor, por tanto, sostiene las suertes de cada uno, mientras observa la conducta de cada uno. Y mientras se conoce la culpa, pero no se conoce a la persona culpable, es como si echara suertes, al comparar el modo del crimen con la persona negligente. Pero también puede descubrir la culpa, cuando a través de algún signo llega a la verdad evidente del crimen. Ciertamente, gobierna negligentemente quien no conoce la fortaleza y la debilidad de los fieles que le han sido confiados. Debe conocer a los súbditos fuertes, a qué virtudes son aptos, a qué vicios son propensos por negligencia cercana. Debe conocer qué devoción de virtudes los excita, qué calidad de vicios perturba su negligencia. Así, pues, sostiene las suertes de cada uno en lo exterior, mientras prevé con qué vicios pueden ser oprimidos, con qué virtudes pueden ser exaltados. Conocida la causa, es como si imprimiera signos en las suertes, al atribuir la marca de la culpa manifiesta a la conducta de aquel que, por negligencia, parecía inclinado y cercano a perpetrar ese crimen. Pero esta conjetura debe considerarse para indagar la verdad, no para la certeza de lo descubierto, porque allí inmediatamente se añade:

(Vers. 43.) Dijo entonces Saúl a Jonatán: Indícame qué has hecho.

54. ¿Qué significa que se interroga al capturado, sino que las culpas que parecen descubiertas por signos o conjeturas aún no deben ser castigadas? Es como si ya se tuviera la herida, pero aún está cubierta. Que se descubra, pues, para que pueda ser tratada y curada. Debe ser obligado o amonestado a confesar la culpa que ya parece evidente. Dice, pues: Indícame qué has hecho, porque el crimen que se conoce por ciertos indicios abiertos no debe ser juzgado hasta que se demuestre clarísimamente. Y porque es propio de los elegidos pecar y arrepentirse, cometer culpas y descubrirlas confesándolas, sigue:

(Vers. 43.) Y Jonatán le indicó, y dijo: Gustando, gusté en la punta de la vara que estaba en mi mano, un poco de miel, y he aquí que muero.

55. ¿Qué significa que dice: Gustando, gusté? ¿Por qué no dijo antes: Gustando, gusté un poco de esta miel; cuando dijo: Visteis que se iluminaron mis ojos, porque gusté un poco de esta miel? Pero algunos, al confesar sus pecados, los minimizan con ciertas palabras,

mostrando que no los cometieron de todo corazón. En cambio, los hombres elegidos, cuando se acusan de las cosas más pequeñas, las pronuncian no como pequeñas, sino como grandes. ¿Qué significa decir: Gustando, gusté, sino que exteriormente ejercí el pecado, lo completé con gran ardor de concupiscencia? Y ¿qué significa decir después de la confesión del pecado, Muero, sino expulsar la muerte de sí mismo arrepintiéndose y confesando, y temer lo expulsado? Esto es propio de los elegidos, que abandonan sus pecados: y sin embargo, los temen como si no los hubieran abandonado. Y ciertamente los borran con confesiones puras y austeros tormentos de penitencia, pero los temen vehementemente como si no estuvieran borrados. Pero ¿qué significa que dice: En la punta de la vara? sino que al perseguirnos confesando, no debemos proferir mentira contra nosotros mismos. El pecado debe ser revelado en la confesión, pero no debe ser aumentado con mentira. Debe ser tal en la confesión como fue en la obra. Para que el ardor de la concupiscencia sea bien revelado, dice: Gustando, gusté; Y para que aparezca su calidad, se añade: En la punta de la vara, como diciendo: Audazmente inflamado lo hice, pero lo hice. Y porque el hijo del rey confiesa, dice: Que estaba en mi mano. La vara de Jonatán significa la doctrina y disciplina del predicador. Se sostiene en la mano cuando no solo enseña, sino que lo que enseña, lo ejerce obrando. ¿Qué significa, pues, que dice: Que estaba, no, Que está en mi mano? sino que insinúa la estimación de los elegidos, que incluso cuando cometen lo incorrecto, se consideran indignos del ministerio de la predicación. Dice, pues: En la punta de la vara, que estaba en mi mano. Como diciendo: Pequé en aquello de lo que, pecando, me hice indigno. Estaba, pues, en mi mano, y no está, porque aunque alguna vez hice lo que enseñé, lo que sostuve obrando lo perdí por soberbia. Ahora, pues, dice aterrorizado por el miedo: He aquí que muero. Y porque ese mismo miedo a veces es inculcado en la mente por inspiración divina, a veces por la amenaza de los doctores, se añade:

(Vers. 44.) Y Saúl dijo: Así me haga Dios, y así añada; porque ciertamente morirás, Jonatán. Sigue:

(Vers. 45.) Y el pueblo dijo a Saúl: ¿Acaso Jonatán morirá, quien ha hecho esta gran salvación en Israel? Esto es un sacrilegio. Vive el Señor, si cae un cabello de su cabeza en tierra; porque con Dios ha obrado hoy. Así el pueblo libró a Jonatán para que no muriera.

56. ¿Qué significa, pues, que dice: ¿Acaso Jonatán morirá, sino que otro moriría por la misma culpa? Con estas palabras del pueblo se nos muestra la virtud de la gran discreción, porque en el examen de los elegidos no solo deben ponderarse las causas de las culpas, sino también los méritos de las personas. Lo que se muestra claramente con estas palabras, porque no se afirma que Jonatán no morirá porque era hijo del rey, sino porque hizo una gran salvación en Israel. Cuando, pues, caen grandes hombres, no deben ser entregados al juicio común, porque las obras anteriores merecen que la gravedad de las posteriores se alivie. Sin embargo, el alivio de la culpa no debe decidirse por aceptación de personas, sino por respeto a la vida anterior, porque para la absolución de aquel deben ponderarse las ganancias de la santa Iglesia, no debe admitirse el afecto carnal. Pero ¿qué maravilla si para la absolución del pecador sus propios méritos interceden, cuando en la autoridad del sagrado elocuente aprendemos que unos han sido liberados por otros? Otros, en efecto, son ayudados por la buena obra de otros, como se dice al rey Salomón pecador por el Señor: Porque no guardaste mis mandamientos, desgarraré tu reino y lo daré a tu siervo. Sin embargo, no lo haré en tus días por amor a David tu padre, sino que lo desgarraré de la mano de tu hijo (III Re. XI, 11). De aquí que no solo las obras de los padres beneficien a los hijos, sino que también hemos conocido que los ciudadanos son liberados por otros ciudadanos. El Señor prometió perdonar a Sodoma, que debía ser destruida, si en ella se encontraban solo diez justos (Gen. XVIII). También se dice que Jerusalén es mirada misericordiosamente, porque se encontraron en ella

algunas buenas obras. De aquí que Helí, justo en su propia vida, pero negligente en su autoridad pastoral, oyó del hombre de Dios: La mayor parte de tu casa morirá cuando llegue a la edad viril; sin embargo, no quitaré completamente de ti a un hombre de mi altar (I Re. II, 33); para que la sagrada Escritura mostrara aquí abiertamente tanto el castigo por la disolución como la consideración por la conversación pasada. Pero tal vez pudo ser golpeado en parte, porque tuvo alguna inmundicia de vida. De Jonatán, pues, se dice bien: ¿Acaso Jonatán morirá, quien ha hecho esta gran salvación en Israel? Esto es un sacrilegio; Vive el Señor, si cae un cabello de su cabeza en tierra, porque con Dios ha obrado hoy. Como diciendo: Quien ha hecho grandes obras, ha merecido dignamente ser absuelto por completo. Porque en la censura eclesiástica, aunque no hay aceptación de personas, hay sin embargo discreción de méritos, concluyó adecuadamente la sentencia, diciendo: Así el pueblo libró a Jonatán para que no muriera.

57. En este lugar se debe notar que el rey pronunció dos veces el juramento de la muerte de Jonatán, a quien, sin embargo, vencido por la insistencia del pueblo, no mató. ¿Qué significa que juró y no cumplió la afirmación del juramento? Pero de este hecho nos provienen dos enseñanzas, para que seamos cautos y discretos. Cautos, ciertamente, para no jurar, discretos, si juramos hacer cosas perversas. Porque quien evita jurar, no puede perjurar en absoluto. Pero cuando se jura mal, es más justo dejar el juramento que cumplir los crímenes que se juran. Sea, pues, cada uno cauto antes de jurar, para que o no jure en absoluto, o no jure que hará cosas malas. El Señor nos insinúa que seamos cautos, diciendo: Sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no. No juréis por el cielo, ni por la tierra (Mat. V, 37). En cambio, los réprobos no son cautos ni discretos. Pues a menudo prometen hacer cosas malas, y no se esfuerzan por revocar las promesas, como si fueran a incurrir en perjurio. De aquí que Herodes juró imprudentemente, y cumplió el nefando juramento que pronunció en la muerte del precursor del Señor (Mar. VI). Debemos, pues, ser cautos en nuestras disposiciones, pero si descuidamos ser cautos, las propuestas deben ser omitidas, no cumplidas. Así, desistir de un propósito no es un vicio de ligereza, sino una virtud de discreción. Sin embargo, jurar cosas que deben ser revocadas y detestadas debe ser evitado por completo y temido vehementemente, porque cuando tal juramento no se cumple, no se evita completamente la culpa, sino que se elige la menor. Sigue:

(Vers. 46.) Y Saúl se retiró, y no persiguió a los filisteos.

58. Cuando se descubre la culpa de Jonatán, cuando se reconoce que el rey no cumplió el juramento, se dice que cesa de perseguir a los filisteos, porque cuando los pastores son abatidos por su propia debilidad, no pueden buscar con fortaleza las ganancias de otros. Cesar de perseguir a los filisteos es dejar de perseguir temporalmente los vicios de otros predicando. Primero consideran que deben atender a su propia purificación, luego, purificados, deben vigilar la salvación ajena, porque mientras callan se preparan a sí mismos para levantarse con fuerza hacia las ganancias de otros a través de su penitencia. Y porque a menudo, mientras el doctor consciente de sí mismo calla, algunos de sus súbditos no son silenciados por los espíritus malignos que sugieren impiedades. Sigue:

(Vers. 46.) Por lo tanto, los filisteos se retiraron a sus lugares.

59. Cuando los doctores callan, los demonios se retiran a sus lugares; porque por el silencio de los pastores no perecen, sino que no están predestinados a la vida eterna. Los lugares son de los demonios, porque no están preordenados por la divina presciencia para ser morada de Dios. De aquí que a los primeros doctores que predicaban se les dice: Creían todos los que estaban predestinados a la vida eterna (Hech. XIII, 48). De aquí que Pablo dice: A los que

conoció de antemano, también los predestinó, y a los que predestinó, los llamó (Rom. VIII, 30). De aquí que los apóstoles, queriendo pasar a Asia, fueron prohibidos por el Espíritu Santo (Hech. XVI). Los que no están predestinados, ya sea que escuchen las palabras de los doctores o no, no pueden ser llamados a la morada de Dios, porque por la iniquidad en la que fueron preconocidos antes de la constitución del mundo, prepararon un lugar en sí mismos para los espíritus malignos. Bien, pues, cuando se dice que cesan de perseguir a los filisteos, se refiere que los demonios se retiraron a sus lugares, porque a veces, por disposición de Dios, los doctores callan, para que, mientras ellos callan, aquellos que no son del Señor sean recibidos por los espíritus malignos. Pero, como dije, cuando los pastores callan después de la culpa, se humillan a sí mismos, para que purificados se levanten poderosamente al ministerio de la predicación. Mientras callan, consideran su propia debilidad, pero al considerarse a sí mismos, se fortalecen más poderosamente contra los enemigos ocultos. Por lo tanto, se añade bien:

(Vers. 47.) Pero Saúl, habiendo confirmado el reino sobre Israel, combatía en derredor contra sus enemigos.

60. El reino se debilita cuando los pastores caen en algunas culpas. Pero se confirma el débil cuando se levantan a la obra de gran virtud a través de la satisfacción de la penitencia. Y se dice que se confirma sobre Israel, porque mientras progresa en la altura de la vida, vence en orden a aquellos sobre los que preside, con su conversación. Es prelado ante los que ven a Dios, pero se eleva sobre los que ven a Dios cuando es asumido en la contemplación divina por encima de los demás. Con razón, pues, se dice: Combatía contra todos sus enemigos, y dondequiera que se volvía, vencía: porque quien contempla más alto las cosas eternas, fácilmente aplasta todo lo que de lo bajo viene a él para la lucha. Porque ninguna cosa terrena le agrada ya, quien reina sobre Israel, es decir, en las cosas celestiales, dondequiera que se vuelve, vence. ¿Qué puede sugerirle el espíritu maligno a quien ya no considera ninguna cosa terrena, a quien ya no ama ninguna cosa alegre del mundo? El doctor lucha mientras predica, pero vence, porque lo que prohíbe que se toque de la delectación del mundo, lo persuade con la virtud de su conversación. Y porque se dice que lucha en derredor contra sus enemigos, se demuestra que su victoria es de gran alabanza. Ser perfecto por todas partes enseña al doctor, que tiene enemigos muy fuertes por todas partes. Por lo tanto, mientras se dice que se vuelve por todas partes y vence, ¿cuánta es la gloria de su victoria? ¿Qué significa, pues, que se dice que tiene enemigos en derredor, sino que los espíritus malignos acechan a todos nuestros sentidos? Pues engañan a unos hablando, a otros viendo. A unos los engañan por el oído, a otros por el gusto o el olfato. A otros también se esfuerzan por atraer a las inmundicias a través de las insidias de la delectación o la cogitación. A otros les ofrecen cosas obscenas desde fuera, que sigan con la deliberación de la mente. Pero para demostrar más correctamente este derredor, a este lo atraen a las cosas alegres, y le ponen insidias como a la derecha. A aquel lo constriñen como desde la izquierda, al derribarlo a través de las adversidades. A nosotros, mientras nos invitan a los placeres pasados, nos precipitan como desde atrás. A aquellos les salen al encuentro como desde la parte delantera, porque a menudo muestran a las mentes de los débiles la longitud de la vida y la estricta conversación como aconsejando. Vienen desde delante, porque no permiten que las almas se dirijan al cielo. Por lo tanto, tenemos enemigos en derredor, porque sufrimos el combate de los espíritus malignos delante, detrás, a la derecha y a la izquierda. De ahí que el bienaventurado apóstol Pedro nos exhorta, diciendo: Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; resistidle firmes en la fe (I Ped. V, 8).

61. Pero ya conocemos el derredor de la guerra, veamos cómo los reyes vencen en derredor. Vencen en derredor, quienes custodian la lengua, la boca, los ojos y todos los miembros del

cuerpo de la acción ilícita. Pues mientras protegen perfectamente la lengua con el silencio, son victoriosos en una parte, y mientras ven con los ojos lo que desprecian codiciar, son victoriosos en otra parte. A menudo también oyen cosas malas y las rechazan, y porque reprueban lo nocivo, triunfan reprobándolo. Son victoriosos, pues, en todos los sentidos, quienes no quieren ser sometidos a los espíritus malignos por alguno de ellos. Pero también cuando se ofrece al corazón una cogitación inapropiada, el enemigo que es reprobado es abatido. Porque quien rechaza cualquier cosa nociva, oprime poderosamente al enemigo. Y porque también desprecia las cosas alegres, y no teme las adversas, no repite las cosas perversas que alguna vez dejó, y corre fervientemente hacia las celestiales, se declara que vence a los enemigos que padece en derredor. En estos adversarios, porque las insidias opuestas se designan a los cinco sentidos corporales, se expresan adecuadamente por el número cinco.

(Vers. 47) Contra Moab, dice, y los hijos de Amón, y Edom, y el rey de Soba, y los filisteos.

62. Porque quien ha puesto los nombres de cinco pueblos, ha designado las fraudes de los demonios opuestas a los cinco sentidos del cuerpo. Pero como el doctor no solo lucha viviendo, sino también enseñando, cuando disputa contra todos los vicios, cuando los mata con la espada de la palabra en las mentes de sus oyentes, ciertamente se le ve luchar en derredor y vencer hacia donde se dirija. Pero se nombran algunas cosas en particular que principalmente se le oponen: Contra Moab, dice, y los hijos de Amón, Edom, y el rey de Soba, y los filisteos. Moab se interpreta como "del padre", Amón como "pueblo de tristeza", Edom como "rojo", Soba como "incendiada" o "convirtiendo", filisteo como "cayendo por la copa". ¿Qué se expresa con estos nombres sino los grados de una vida pésima? En Moab, que se dice "del padre", se designa la concupiscencia. En una mente reprobada, porque es puesta por el diablo, se genera como de un padre. ¿Qué se muestra por Amón, que se interpreta como "pueblo de tristeza", sino la frecuencia de las malas obras? Porque son muchas, se dice pueblo, y porque conducen a cada reprobado a la amargura del llanto eterno, se llama correctamente pueblo de tristeza. Edom, que se dice "rojo", ¿qué insinúa sino el fervor excesivo de pecar? Primero, uno se acostumbra a pecar, luego, por el uso del pecado, progresa en el aumento del fervor, para atreverse a pecar más a menudo, y lo que repite con audacia, siempre desea repetirlo con más ardor. Con este ardor de pecar, se actúa de tal manera que en la mente reprobada se quema cualquier virtud o buena obra que florezca. Por tanto, después de Edom, se describe "incendiada" en la batalla espiritual, porque tal es la caída de la mente perdida, que cuando se esfuerza fervientemente por acumular males, despojada de todos los bienes como por combustión y reducida a la nada. Soba también se dice "convirtiendo", porque el pecado ferviente quita la forma de Dios de la mente reprobada y la reduce a la forma del ángel apóstata. De la cual ya se dice por sentencia divina: Cuando el impío llega al fondo de los males, desprecia (Prov. XVIII, 3). La mente soberbia ya desprecia los mandamientos divinos y se somete a los deseos carnales. ¿Quién es entonces el rey de Soba, sino aquel de quien se dice al bienaventurado Job por el Señor: Él es rey sobre todos los hijos de la soberbia (Job XLI, 2). Los filisteos, que caen por la copa, ¿quiénes son sino aquellos que están ebrios de todos los males mencionados? Que olvidan tanto las cosas celestiales que apenas o nunca parecen despertar a ellas. Por Moab, pues, se expresa la concupiscencia de la carne; por Amón, el uso frecuente de la mala operación; por Edom, el ardiente deseo de pecar; por Soba, la devastación y combustión de las virtudes; por los filisteos, el olvido de las cosas celestiales. Cuando, por tanto, el doctor elegido desea sacar a alguien del medio de tantos lazos, ¿cuán grande es la lucha de la virtud que emprende? Y porque de todo este grado de perdición regresan a la penitencia por el trabajo de los doctores, se dice que vence hacia donde se dirija. Predicando, a veces mata la concupiscencia en el

corazón de alguien, a veces el uso de la mala operación. A veces atrae a aquellos que han pasado al uso del pecado, a veces a aquellos que, con las virtudes quemadas y reducidas a la nada, servían a su rey, el diablo, como incensados. Y porque predicando recuerda las cosas celestiales, excita a los que caen por la copa y olvidan las cosas celestiales al estudio de la vida espiritual y los inflama ardientemente por amor. Bien se dice, por tanto:

(Vers. 47.) Dondequiera que se volvía, vencía.

63. Porque mientras atrae a los pecadores de todo tipo a la vida, se le reconoce triunfar en todas partes. El Señor mandaba a sus soldados, a sus príncipes, realizar estos triunfos, cuando decía: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura (Marcos XVI, 15). Manda predicar el Evangelio a toda criatura, quien quiso que todos los tipos de hombres fueran llevados a la fe, para que, al mostrar los nobles triunfos de sus reyes, los mostrara vencer en todas partes. De donde está escrito: Quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (I Tim. II, 4). Quiere que todos los hombres se salven, porque de todo tipo de hombres elige a quienes lleva al gozo de la salvación eterna. Pero lo que hace con especial fortaleza, lo expone, porque dice:

(Vers. 48.) Y reuniendo el ejército, hirió a Amalec, y libró a Israel de la mano de sus devastadores.

64. Amalec se interpreta como "pueblo que lame". ¿Qué se designa, pues, por Amalec, sino el espíritu de fornicación? Lamer es de ellos, adular la mente para pecar con el halago de la carne. Pues como si ambicionaran lamer con el tacto de la lengua, tocan la mente con leves sugerencias. ¿Qué es lo que se dice que luchó y venció contra Moab y Amón, contra Edom y el rey de Soba, pero no se dice que reunió un ejército, sino que para vencer a Amalec reunió un ejército? ¿Qué es lo que reunió un ejército, sino porque para extinguir el espíritu de fornicación, una sola virtud no es suficiente? La abstinencia de alimentos es ciertamente muy fuerte contra este vicio, pero sola no prevalece; pues como un soldado es, y puede luchar, no puede vencer, porque Amalec no se vence, sino que se reúne un ejército. Quien, pues, desea golpear la fornicación, añade a la abstinencia del cuerpo la virtud de la humildad. Pues si la mente desprecia someterse humildemente a Dios, no oprime ni domina los deseos de su carne. Pero aún es necesario que reúna, porque tiene un ejército pequeño. A la virtud de la humildad y la abstinencia del cuerpo se añade el frecuente número de la oración. Los afectos del corazón atentos a las cosas celestiales son fuertes soldados contra la guerra de la carne. Ya, pues, en la frecuente asiduidad de las oraciones tiene una línea de batalla, pero el ejército no tiene solo una línea, sino varias. Aún, por tanto, no tiene un ejército perfecto, y no puede golpear a Amalec. ¿De qué le sirve ayunar y mortificarse, orar y compungirse por un tiempo, si la mente resbaladiza piensa y lleva en sí misma fantasmas de lascivia? Pero no puede evitar las malas pensamientos quien no tiene honestas en sí mismo. Porque siempre pensamos, debemos buscar lo bueno para no pensar lo malo. ¿Qué son, pues, todas las multitudes de buenos pensamientos, sino innumerables líneas de la mente? Pues mientras rodean y disminuyen la mente, no permiten que se acerquen los enemigos más viles. Y porque pensando nos encendemos en el deseo de gran pureza, nuestros soldados están armados con poderosas armas, con las que rechazan y ponen en fuga el ímpetu de la fornicación, y llevándolo a la nada, lo destruyen. Pues no tienen por dónde puedan entrar los pensamientos en el alma, que está adornada por todas partes como por un fortísimo soldado, con la honestidad de los buenos pensamientos. Ahora, pues, reúna el ejército el alma que quiere destruir a Amalec y liberar al espíritu vidente de la mano de sus devastadores. Resida en medio de ellos, para que rodeada de ejemplos de los elegidos fuertes, doctrinas de las Escrituras, no tenga parte vacía de sí misma por donde el enemigo pueda irrumpir. Porque

son innumerables los ejemplos de los fieles, porque muchos son los documentos de las Escrituras, el ejército es grande y fuerte, pero no es difícil de reunir. Bien se dice, pues, del rey de Israel: Reuniendo el ejército, hirió a Amalec, porque el espíritu de fornicación no se vence antes de que el cuerpo sea mortificado por la abstinencia, y toda la obscenidad de los pensamientos impuros sea expulsada por los buenos que llenan la mente. Entonces, el pueblo que lame, es decir, que adula, no puede deleitar, porque con la carne domada por los ayunos, la mente fortificada por la torre de la humildad, armada con las armas de la oración, atenta a las doctrinas celestiales, protegida por ejemplos, no puede consentir en abrir paso a la impía sugestión. Esta reunión del ejército conviene bien a los reyes, es decir, a los doctores de la Iglesia, porque quien se esfuerza por extinguir la rabia de la fornicación instruyendo a los súbditos elegidos, debe reunir estos numerosos ejércitos de auxilios con la palabra.

65. Bien se dice también que Israel fue librado de la mano de sus devastadores. Librar se dice arrancar. Y lo que se arranca, se siente que ha hundido profundas raíces en lo más profundo. La mano de los devastadores es el poder de los espíritus malignos. De donde también está escrito: De quien uno es vencido, de ese se hace siervo (II Pedro II, 19). ¿Qué se concluye, pues, sino que mientras los fornicadores asienten a los deseos de la carne, se someten al poder de los espíritus malignos? Porque también es profundo el halago de la fornicación, mientras en esto el alma se sumerge por el deseo, se mantiene como en un abismo por las raíces. Librar, pues, de la mano de los devastadores es liberar de la profundidad de la fornicación a quien está en el poder de los demonios. Bien se dice también que los ímpetus de la fornicación son devastadores: porque del vicio de la lujuria se dice por el bienaventurado Job: Es un fuego que germina hasta la perdición; y arranca todos los brotes (Job XXXI, 12). El espíritu de fornicación se dice devastador, porque a quien invade, ciertamente no le deja ningún don de virtudes. Para el trabajo del ministerio, puede tener algunos bienes, pero para el mérito de la salvación no puede tenerlos. Se dice, pues, que es devastado, a quien, perdida la castidad, ningún otro bien le aprovecha para la vida. También se dice que los tiernos brotes del jardín son devastados. ¿Quiénes son los jardines del esposo celestial, sino los corazones de los santos protegidos por la custodia y florecidos por el aroma de la castidad? Pues mientras no reciben movimientos impuros, se decoran con la blanca flor del pudor. De donde también se dice a la esposa en el Cantar de los Cantares en alabanzas del esposo: Tú que habitas en los jardines, hazme oír tu voz (Cant. ult., 13). Y de nuevo: Jardín cerrado, hermana mía, esposa (Cant. IV, 12). Jardín, porque florido por la virtud de la castidad excelsa, cerrado, porque protegido por la continencia. De aquí la esposa expone qué deleita al esposo, diciendo: Mi amado es mío, y yo soy suya, él se apacienta entre los lirios, hasta que sople el día y se inclinen las sombras (Cant. II, 16). Los espíritus impuros son devastadores, porque si engañan a los corazones castos, los engañados pierden las tiernas flores de tan gran virtud. Por tanto, cuando regresan de las impurezas a la castidad, porque huyen de los terribles poderes de los demonios y ascienden del abismo de la perdición, se dice apropiadamente que son librados de la mano de los devastadores. Pero veamos qué ayudantes tiene el rey que se dice que libra al pueblo. Pues sigue:

(Vers. 49.) Fueron, además, los hijos de Saúl Jonatán, Jesui y Melquisúa: los nombres de sus dos hijas, el nombre de la primogénita Merab, y el nombre de la menor Micol.

66. Los hijos de Saúl, que no nacen para cualquier herencia, sino para el reino, insinúan a aquellos de quienes se dice a la santa Iglesia por el salmista: En lugar de tus padres, nacieron para ti hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Sal. XLIV, 17). A quienes reconocemos que son tres, porque defienden predicando la fe de la santa Trinidad. Pero porque después de golpear a Amalec se nombran los hijos del rey, refiramos su número a los méritos de las virtudes. La mortificación del cuerpo, la circunspección de la mente, la

simplicidad de la intención, son tres. Porque, pues, los doctores de la santa Iglesia son fuertes para reprimir la lujuria de la carne, sabios para la custodia del corazón, sublimes elevando la intención del corazón al cielo, se dice que son tres los hijos de Saúl. También son tres, la fortaleza de la obra, la virtud de la caridad, y la gracia abundantísima de la predicación. Los doctores de la santa Iglesia, porque son sublimes en gran conversación, ardientes en gran caridad, elocuentes en gran sabiduría de la palabra, están apropiadamente señalados por el número ternario. A cuyas virtudes ciertamente convienen los nombres, porque Jonatán se dice don de la paloma; Jesui, planicie o mi deseo; Melquisúa, mi rey salvación. Porque los doctores tienen los dones preeminentes del Espíritu Santo, se les llama don de la paloma. Porque entre los dones sublimes son humildes, se les llama planicie. Porque por los fieles sujetos a ellos piden ardientemente las cosas eternas, se les llama mi deseo. Esta voz ciertamente se reconoce como de los pequeños súbditos, pero la virtud de tan gran nombre es de los prelados. Porque nosotros, pequeños y fríos, aún yacemos en nuestras negligencias, no ardemos en deseos ardientes por la patria celestial. Pero lo que no podemos desear ardientemente, lo pide por nosotros quien anhela con grandes deseos la patria que desea que alcancemos. Por la excelencia, pues, de la caridad, no deseantes, sino deseo se llama el hijo del rey, para que en la mente del doctor se demuestre especialmente arder el fuego del amor. De donde también se dice del Señor por el salmista: Que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego (Sal. CIII, 4). De aquí también que Daniel se llama varón de deseos (Dan. IX), porque se dice que pidió con grandes oraciones la prosperidad de su pueblo. Melquisúa, por su parte, se dice, mi rey salvación. El predicador se llama rey, porque tiene la altura del orden y la dignidad de una gran conversación. También se llama rey, porque tiene la suma de la altura y el vigor de la autoridad. También se dice salvación, para que se sienta que por su integridad puede ser alejada la enfermedad del pueblo. Con razón, pues, el hombre debe actuar diariamente con mérito de vida y devota oración, para que cada uno de los sujetos a él pueda alcanzar la salvación.

Pero el doctor debe notar de nuevo que cuando es nombrado por los súbditos, no se dice nuestro rey, sino mi rey. ¿Qué es, pues, que se diga mi rey, sino que debe ser tan familiar a todos, que por amor se sienta ser de cada uno? Pero quien se dice mío, se llama rey, porque el predicador humilde y afable no parece ser suyo singularmente lo que preeminente, sino especial de cada uno, cuando se esfuerza por ser tan común por gracia, que su altura se vea como propia de cada uno. Se dice carga de la palabra, porque ciertamente se dice mi salvación, por lo que se recomienda el diligente estudio y solicitud del predicador, porque debe atender a todos a la vez, buscando y actuando lo propio de cada uno. Pues se dice mi salvación por cada uno, si asume el cuidado de cada enfermo y lo lleva a los bienes de la salvación eterna.

67. ¿Quiénes son las hijas de Saúl, sino las cualidades de los elegidos sometidas al predicador? Algunos sirven en los estudios de la vida activa, mientras que otros se esconden en los retiros de la vida contemplativa. Se les llama hijas por su fecundidad. Aquella engendra una multitud de buenas obras, esta otra la plenitud de los gozos internos. Con razón, pues, se les llama hijas del rey, porque al concebir de la palabra de Dios, dan a luz frutos celestiales. De ahí que Merob se diga de la multitud. La vida activa, porque se perfecciona con muchas buenas obras, se nombra correctamente de la multitud. O se dice de la multitud, porque son muchos los que agradan a Dios a través de la vida activa. Porque son menos en número los que anhelan los gozos celestiales a través de la contemplación, en comparación con ellos, llama muchos a los que sirven a la vida activa. Estos ciertamente son muchos en número, divididos en ministerio, porque aunque buscan una patria celestial con buenas obras, sin embargo, sirven en diversas obras de piedad. Algunos de ellos progresan tanto en el amor

al Creador, que incluso abandonan las buenas obras y desean pasar a la dulzura de la vida contemplativa y dedicarse a Dios en ella. Por eso, Michol se dice bien en nuestra lengua de todos. Se hace de todos, porque nadie es perfecto en la contemplación que no haya llegado a la cima de la misma desde el trabajo de la buena obra. De ahí que en el Evangelio el Señor diga: Venid a mí, todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os haré descansar (Mateo 11, 28). Entonces se llama a quien trabaja, cuando se infunde el deseo de obrar bien por la eternidad. Y se acercan al que los llama, cuando llegan al descanso de la vida contemplativa. En esto, ciertamente, los que trabajan son restaurados, porque toman abundantemente los gozos del amor de la divina contemplación. Él mismo restaura a los que se acercan, quien se muestra a las mentes puras. En cuya revelación, porque encuentran muchos gozos de la contemplación, como en una dulzura de deleite total, no se sacian de otro, sino de él mismo. Michol, por tanto, se dice de todos, porque nadie busca el secreto de la vida contemplativa que no haya estado antes en alguna buena obra. Se dice, pues, hermana menor, no porque sea inferior en dignidad, sino porque es posterior en tiempo. Si alguien quiere tomar la vida contemplativa por la hija primogénita, y la activa por la menor, puede hacerlo. Y entonces Merob se dice de la multitud, porque abandona las multitudes y llega al número más raro en la contemplación de los perfectos. No se dice, pues, multitud, sino de la multitud, para que no se le reconozca por aquellos con quienes está, sino de donde vino. Michol, en cambio, se dice de todos, para que en la vida activa se designe la vida universal de la santa Iglesia. En la vida activa están primero aquellos que luego pasan al secreto de la contemplativa, pero en el retiro de la contemplativa no están gravados por la preocupación de la vida exterior. Aquella, pues, puede decirse de la multitud, y esta de todos, porque la vida activa abarca a todos, la contemplativa declina la vista de todos, para unirse, en la visión de la mente, a las cosas celestiales. ¿Cómo, pues, se dice que son hijas de Saúl, sino porque ambas vidas se muestran en el estudio del buen rector? Porque quienes nos enseñan a obrar bien, a dedicarnos a los estudios de la vida eterna, son engendrados por aquel cuyo magisterio se aprende en nuestro corazón. Lo cual, porque consta de las obras de la vida activa, parece sorprendente de la contemplativa, que se describe a través de María, hermana de Marta, que se sienta a los pies del Señor y escucha su palabra (Lucas 10). Pero se responde fácilmente que mientras María se sienta, señala a los perfectos en la contemplación. Sin embargo, la hija de Saúl, Merob, se dice correctamente, porque aunque sentada a los pies del Señor escucha y aprende lo que quiere de él, primero debe aprender cómo puede sentarse. Esto, ciertamente, se conoce por la erudición de un sabio y erudito maestro, por lo que se recuerda correctamente que Merob es hija de Saúl (1 Samuel 18). A quien prometió dar en matrimonio a David, pero le dio a la menor, porque algunos aman la belleza de la vida contemplativa, pero no se les permite acercarse a sus abrazos. Porque, ya que son necesarios para gobernar los rebaños fieles afuera, el supremo rey ordena que tomen a Michol, la menor, y nunca comprendan a Merob, la mayor. Sin embargo, muchos después de la menor toman a la mayor, porque después de las devotas obras de caridad son recibidos en el amor del secreto íntimo; lo cual insinúa bien Jacob, quien amó a Raquel, pero primero tomó a Lía, y así después tomó a Raquel en matrimonio (Génesis 29). ¿Qué significa esto, que a Jacob se le permitió tener a ambas hermanas, pero David no llegó al tálamo de la mayor, sino porque David era rey, y Jacob no lo era? Quien, pues, asume el gobierno de las almas, la censura eclesiástica no le permite abandonar el rebaño asumido y dedicarse a los ocios de la vida retirada. Pero Merob se promete a David, y nunca se le da; solo se le da Michol, porque algunos, cuando asumen el cuidado de las almas, piensan que pueden llevar la preocupación de los demás de tal manera que puedan dedicarse a sí mismos a través de la preocupación; y sin embargo, nunca encuentran el descanso que buscan en la prelación; y sucede que, al no poder obtener del Señor la gracia de tanta pureza, temen como si hubieran incurrido en la ira del Señor. Así, pues, pierden la primogénita prometida como si el rey enojado, porque no pueden abrazar el

amor de la quietud íntima que pensaban tener en la prelación. Hemos dicho esto brevemente por exceso, ahora volvamos a lo dejado.

68. Ambas, pues, se llaman hijas de Saúl, pero obtienen nombres diferentes, porque difieren y coinciden. Coinciden, porque tienden al amor de la vida eterna que aman. También coinciden, porque las buenas obras, por las cuales esta se extiende incesantemente, aquella las realiza de alguna manera. Porque ambas aman lo que ven eterno, ambas desean llegar a ello a través de la buena operación, de alguna manera coinciden; pero difieren, porque una actúa más, la otra ve más. Pues Lía no se dice que fuera ciega, sino con los ojos débiles. Y Raquel, si no engendró tantos, sin embargo no permaneció completamente estéril. Pues si una vida supera a la otra contemplando o actuando, a ninguno de ellos se le quita la claridad de la visión, a ninguno se le niega la gloria de la fecundidad. Sin embargo, difieren en ver y actuar, porque la vida activa tiene la visión en tránsito, pero la obra en intención; la contemplativa, en cambio, la obra en el camino, la intención en el descanso. De ahí que el evangelista Marcos, al mostrar el amor de la vida contemplativa bajo la figura de aquellas tres mujeres, dice: Compraron aromas, para que viniendo ungieran a Jesús (Marcos 16, 1). Como si dijera: Permanecieron en la obra, para que pudieran correr hacia la contemplación. Comprar aromas es, ciertamente, a través del trabajo de la buena obra, difundir el olor de la buena opinión por todas partes. Y ungir a Jesús en el sepulcro es, a través de la mortificación de la carne, llegar a la unción de la devoción íntima. Pues se unge como en el sepulcro, cuando se llega devotamente al gozo de su claridad íntima por los que están sepultados con él. Tienen, pues, la operación en tránsito, porque aunque a veces operan, lo abandonan como corriendo, quienes son impulsados con gran ímpetu del espíritu al lugar de la amada soledad. Pues porque descansan con todos sus deseos en el amor de las cosas eternas, prefieren ver más que ministrar. Son, pues, raros en la obra pública, asiduos en el secreto de la contemplación; afuera permanecen poco, bastante adentro. Pues suelen juzgar que es fornicación incluso apartarse un momento de la contemplación de Cristo.

69. Por el contrario, la vida activa, que frecuentemente se afana en el ministerio, es rara en el secreto de la contemplación. Pues la que se propuso prepararse las cosas eternas no sentándose y escuchando, sino afanándose y ministrando, no considera pérdida, sino dispendio, si descansando para sí misma, y buscando lo suyo y no lo de los demás, se aparta de la habitual ofrenda de servicios. Por tanto, trabaja más actuando, menos suplica. De ahí que Marta, que se afanaba en el frecuente ministerio, se detuvo y habló (Lucas 10, 40). Pues quien se detuvo, ciertamente no le fue permitido sentarse, porque si se sentara a escuchar, tal vez el ministerio quedaría sin preparar e insuficiente. Y es de notar que al pasar, Marta vio al Señor, pero no al pasar, sino estando de pie, habló. Pues el evangelista lo expresó cautelosamente, diciendo: Que se detuvo y dijo (Ibid.). Con este ejemplo, ciertamente, se nos instruye que quienes ofrecemos ministerios a los hermanos, si no podemos sentarnos a los pies del Redentor por la demora, debemos asistir al Redentor por un pequeño retraso. Pero le asistimos bien si al pasar y servir vemos. ¿Qué es, pues, ver al Señor al pasar, sino dirigir la intención del corazón a él en toda nuestra buena obra? Pasamos, pues, cuando corriendo de aquí para allá servimos al Señor en sus miembros. Pero vemos al Señor al pasar, si en todo lo que hacemos contemplamos presente a aquel a quien deseamos agradar. En este lugar es de notar que Marta habla con confianza, diciendo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? (Lucas 10, 40). Lo cual ciertamente conviene a algunos operarios perfectos de la santa Iglesia, quienes ofrecen oraciones al Dios omnipotente con tanta más confianza cuanto más laboriosamente recuerdan haberle servido en sus miembros. Pero porque incluso en aquellos que sirven a la vida activa debe contenerse el exceso de preocupación, Marta es reprendida, quien se afirma tan preocupada que se turba por muchas

cosas. El fervor de la acción, en efecto, se dispone correctamente cuando insistimos en la obra de tal manera que con corazón tranquilo vemos a aquel a quien nos esforzamos por consagrar nuestras obras. ¿Qué es, pues, el exceso de preocupación, sino la confusión de la intención suprema? porque cuando se divide en muchas cosas, ya dividida no se eleva a la visión de las cosas superiores. Pues el bien eterno y simple de la visión eterna, el alma apenas lo comprende unida, ciertamente no se eleva a él dividida. Dice, pues, el dispositor y receptor de nuestras obras: Una cosa es necesaria, para que la mente no se divida en muchas cosas, sino que, unida por la tranquilidad, se eleve poderosamente a la visión del sumo bien. Así, pues, las dos hijas de Saúl, aunque son igualmente hijas del rey, difieren en nombres, porque la vida activa y la contemplativa son nobles por la religión generosa, pero no son iguales por la diversidad de oficio. Pero como hemos mostrado a su padre, mostremos igualmente a su madre. Sigue:

(Vers. 50.) Y el nombre de la esposa de Saúl era Ahinoam, hija de Ahimaas.

70. ¿Quién es la esposa del predicador, sino la buena voluntad? Porque quien se une por amor a la buena voluntad, ciertamente de una noble esposa le nacen hijos. Pues cuando queremos producir frutos de buenas obras, es necesario que primero los sembremos en la buena voluntad. De ahí que Ahinoam se interprete como el descanso del hermano. Nuestro hermano es aquel que, resucitando de entre los muertos, habló a María Magdalena diciendo: Ve y di a mis hermanos: Subo a mi Padre y a vuestro Padre (Juan 20, 17). De ahí que Pablo, afirmando la nobleza de los elegidos, diga: Herederos de Dios, coherederos de Cristo (Romanos 8, 17). ¿Qué significa que se diga el descanso del hermano, sino que el Redentor del género humano descansa en la buena voluntad de sus coherederos? Y porque de él mismo se nos concede la buena voluntad por quien es habitada, se dice que es hija de Ahimaas. Ahimaas se interpreta como el adorno del hermano, o el hermano adorno. Nuestro Redentor se llama hermano y adorno, porque la naturaleza humana, por el pecado del primer hombre, perdió el vigor de su dignidad, pero en la persona del Redentor, con el esplendor aumentado, resplandeció. Es, pues, nuestro adorno, porque todos los que en la santa Iglesia brillan con la claridad de las virtudes, reciben de la plenitud de su luz. De ahí que Pablo diga: En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Colosenses 2, 9). Cuando, pues, el profeta Samuel contempla la buena voluntad de nuestros predicadores, la expresa en figuras vistas, diciendo: Ahinoam, hija de Ahimaas, porque ciertamente es grande la belleza de la buena voluntad, pero nace de la infusión del Redentor. Debe, pues, ser amada como esposa, pero si se considera al padre, se ama más por su nobleza.

(Vers. 50.) Y el nombre de su príncipe era Abner, hijo de Ner, su primo.

71. Abner se interpreta como mi padre es lámpara, y Ner también se interpreta como lámpara. ¿Qué, pues, se entiende por Ner, sino el discurso de las Escrituras? La letra de la Sagrada Escritura es como la vasija de esta lámpara, el entendimiento espiritual es la claridad de la luz, y el aceite de ella es la devoción del amor. Es, pues, hijo de la lámpara quien escucha con gusto las palabras de las Escrituras, y las entiende sabiamente, y lo que recoge por el entendimiento, lo aprehende por el afecto de la caridad. ¿Por qué, pues, se dice hijo de la lámpara, sino porque lo que nace de la luz es luz? ¿Qué es el pecado, sino tinieblas? ¿Qué es, además, la buena obra, sino luz? Los hombres santos, al dirigir los pasos de sus obras según la guía de las Escrituras, como si tomaran luz de la luz de la erudición espiritual. Este mismo Juan expresa la luz de la luz, diciendo: Todo el que ha nacido de Dios no peca, porque la generación celestial lo guarda (1 Juan 5, 18). ¿Qué significa nacer de Dios, sino amar su voluntad conocida en las santas Escrituras? ¿Y qué significa no pecar, sino permanecer siempre en la luz de la justicia? Como si el bienaventurado apóstol Pedro quisiera hacernos

luz de la luz, cuando decía: Tenéis la palabra profética, a la cual hacéis bien en atender, como a una lámpara que alumbraba en lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones (2 Pedro 1, 19). Con razón, pues, Abner se llama mi padre es lámpara, y su padre también se llama lámpara, porque aquellos que pueden brillar en la santa Iglesia con ejemplos para otros, han recibido la claridad de la luz y el aceite de la perfecta caridad por la erudición de las Escrituras. Pero por Juan se dice que no peca, para insinuar la fortaleza de los predicadores, quienes extienden la mano a los pecadores de tal manera que ellos mismos no se manchan con las tinieblas de los pecados. Pero, ¿qué significa que se diga primo de Saúl? Se llama primo al que nace del hermano del padre. De ahí que aquí también se añada:

(Vers. 51.) Cis fue el padre de Saúl, y Ner, el padre de Abner, hijo de Abiel.

72. Y cuando se pidió que se eligiera un rey, se dijo: Y había un hombre llamado Cis, hijo de Abiel (1 Samuel 9, 1). Porque ya hemos expuesto más plenamente qué significan estos nombres de la estirpe real; expresemos solo cómo se dice que Abner es primo de Saúl. Pero Saúl se conoce como hijo de Cis, es decir, de duro; Abner también se dice hijo de lámpara. ¿Qué significa, pues, que se diga que la lámpara y el duro son hijos del mismo padre, sino porque de Dios es tanto lo que la Sagrada Escritura prescribe como austero, como la virtud exterior de la dura conversación? El hermano de la lámpara es duro, porque tiene la gracia de cumplir la ley de aquel de quien la misma ley tiene su origen. De ahí que el salmista prometa confiadamente, diciendo: Porque dará bendición quien dio la ley (Salmo 84, 7). Dar la ley es, pues, ofrecer los preceptos de vida a los elegidos, dar también la bendición es conceder la gracia de cumplir la ley. Porque, pues, de uno son tanto la luz de las Escrituras como la aspereza de nuestra vida, se dice que Cis y Ner son hijos de un mismo padre. Abner, pues, hijo de Ner, se dice correctamente primo del rey Saúl, porque quien es elegido para el cuidado de las almas, se juzga que debe ser de vida dura y áspera. Pero quienes desean ser ayudantes de los predicadores, nunca logran lo que desean, si no perfeccionan en buena operación y santa predicación la luz de la Sagrada Escritura, en la que fueron concebidos por el conocimiento, como naciendo. Pero como el conocimiento de las santas Escrituras se atribuye más a los sumos doctores que a sus ayudantes subordinados, y parece que seguir los ejemplos de la conversación conviene más a los menores que a los mayores; ¿qué significa que se diga que el hijo del duro es rey, y el hijo de la lámpara es príncipe del rey? Pero estas palabras no significan lo que tienen los sumos doctores y sus ayudantes, sino que, suprimiendo lo que tienen, exponen lo que cada uno debe hacer. El rey, ciertamente, el sumo y elegido predicador, porque ya tiene la luz de la Escritura por la ciencia de la erudición altísima, no confie tanto en la ciencia que no siga los ejemplos de otros. El príncipe, también, es decir, el ayudante del gran doctor, porque está subordinado a los ejemplos de su superior, se apoye en la luz, para que quien sigue los ejemplos, nazca en la erudición de la doctrina más alta, como en la gran luz de la lámpara. Quien, pues, erudito, se reduce a los ejemplos de los mayores por la humildad, instruido por los ejemplos, se eleva aprendiendo al esplendor de las Escrituras, se dice correctamente que el rey es hijo del duro, y el príncipe es hijo de la lámpara. Tales hombres, porque preeminan útilmente a los fieles elegidos, porque promueven valientemente a los sujetos a las victorias de las virtudes; sigue:

(Vers. 52.) Era, pues, guerra poderosa contra los filisteos todos los días de Saúl.

73. Es un combate débil y completamente ineficaz el de aquellos doctores que no tienen la luz del conocimiento divino ni la fortaleza de las buenas obras. Por tanto, se dice que el combate es poderoso cuando los hijos duros dominan a los pueblos elegidos, porque aquel

que está acostumbrado a preceder sus palabras con grandes obras puede decir cosas buenas a los demás de manera útil. Pero también es sutilmente observable lo que se dice de manera más compleja: Todos los días de Saúl. ¿Qué son los días de Saúl, sino las obras de luz? ¿Qué otro combate tiene el doctor que el que se lleva a cabo con la lengua? Por lo tanto, combate todos los días aquel que enseña mucho a los demás, pero no profiere nada enseñando, a menos que primero brille con su propia obra. En efecto, combate en su día aquel que extrae las palabras de la predicación de su propia luz de virtud. Por lo tanto, quiere combatir en el día ajeno aquel que se esfuerza por oponerse a los espíritus reprobos, no hablando de lo que hace, sino predicando lo que sabe. Pero combate todos los días, porque muestra todos los preceptos de Dios en la luz de la obra, que quiere revelar siguiendo con el cuidado de la predicación. Con razón, por tanto, se dice que el combate es poderoso, en el que se lucha con toda la luz de las virtudes o de las obras. También puede designarse por el hecho de que se dice que combate todos los días, la constancia del combate espiritual. Porque quien lleva una vida llena de virtudes, vive en los días. Por lo tanto, se reconoce el combate poderoso de todos los días del doctor elegido, porque siempre se le ve superar a los malos espíritus, quien nunca se separa de la luz de las virtudes. Pero los hombres elegidos tienen la virtud de combatir, y también la humildad del temor. Triunfan por la virtud, pero no cesan de reunir ayudas por el temor. Por lo tanto, combaten con más fuerza cuanto más no dejan de reunir fuerzas para luchar. Bien, por tanto, se añade la causa del combate poderoso:

(Vers. 52.) Porque a cualquier hombre fuerte y apto para el combate que veía Saúl, lo asociaba a sí mismo.

74. Como si dijera: Por eso podía combatir poderosamente, porque no cesaba de reunir un ejército. Pero porque se dice que no solo asociaba a los fuertes, sino también a los aptos para el combate, se demuestra que el doctor es cauteloso al elegir a los soldados de Cristo. Sin embargo, algunos son fuertes para llevar cargas, no para ejercer combates, porque mientras no saben combatir con su fortaleza, de ninguna manera pueden hacerlo. Por lo tanto, los hombres fuertes y aptos para el combate son aquellos que saben y quieren luchar. Porque por la voluntad son fuertes, y por el conocimiento aptos para combatir. Por lo tanto, la temeridad de algunos es rechazada del combate de Cristo, cuando se mencionan a los aptos y fuertes elegidos. Porque algunos saben luchar contra el diablo, y no quieren. Son sabios para hacer el mal, pero no saben hacer el bien (Jerem. IV, 22). Estos quieren servir al antiguo enemigo, no quieren resistir. ¿Qué puede hacer el doctor si asocia a estos aptos para el combate? Más bien, tales personas pueden destruir a otros con su ejemplo más de lo que él puede edificar con la palabra. Porque a menudo tales personas se atreven a enseñar, y no tienen la virtud de enseñar actuando. Cuando hablan con nosotros, irrumpen en los enemigos, pero con sus obras de repente se vuelven contra nuestras entrañas. Como ciertos traidores del ejército, se visten con las armas de la doctrina cristiana, y con su ejemplo de repente hieren a los pequeños de Cristo, a quienes pensábamos proteger hablando. Por lo tanto, los hombres fuertes no aptos deben ser rechazados, no asociados a nosotros, porque por los sabios reprobos se destruye nuestra fortaleza, no se aumenta. ¿Quiénes son, entonces, los fuertes y no aptos, sino aquellos que vemos llevar las cargas del mundo con fortaleza, y no saben transferir su fortaleza al servicio del Creador? Porque llevan con fortaleza el yugo de los hombres y los grandes trabajos del mundo, pero temen como débiles acercarse al servicio de Dios. ¿Qué son, entonces, estos, sino fuertes y no aptos, que hacen grandes cosas del mundo, y no pueden hacer las cosas leves y agradables de Cristo? A menudo también se convierten en monasterios, y aquellos que llevaron con fortaleza las cargas del mundo sudan en las pequeñas cosas que hacen, como si estuvieran entre grandes trabajos. ¿Qué se muestra, entonces, con estas palabras, sino que debemos asociar a los hombres a la milicia de Cristo

con gran discreción, y no ofrecer entrada a los que se acercan antes de saber que son aptos por el conocimiento y fuertes por la buena voluntad? También pueden ser llamados hombres fuertes y aptos para el combate aquellos que siguen a Amalec, es decir, las guerras de las pasiones. Porque no son hombres fuertes aquellos que no pueden extinguir las concupiscencias carnales. Y no parecen aptos para el combate aquellos que no son aptos para luchar por la castidad. Por lo tanto, el doctor debe elegir a los soldados de Cristo, elegir a los fuertes, para que mientras doman la carne con fortaleza, venzan poderosamente a los espíritus impuros. Por lo tanto, elija a los aptos para el combate; para que mientras no se enorgullecen entre los dones de la fortaleza, sean elevados en la gloria del triunfo en los cielos.

LIBRO SEXTO.

339 CAPÍTULO PRIMERO.

(I Reg. XV, 1-3.) Y Samuel dijo a Saúl: El Señor me envió a ungirte como rey sobre su pueblo Israel. Ahora, pues, escucha la voz del Señor. Así dice el Señor de los ejércitos: He recordado todo lo que Amalec hizo a Israel, cómo se le opuso en el camino cuando subía de Egipto. Ahora, pues, ve y ataca a Amalec, y destruye todo lo suyo.

1. Anteriormente dijimos que Amalec designa el vicio de la lujuria, que como que lame, mientras sugiere el placer con halagos. Por lo tanto, se muestra el progreso de la conversión, ya que anteriormente se afirma que fue golpeado por Saúl, y ahora no se ordena simplemente golpearlo, sino destruir todo lo suyo. En primer lugar, el doctor lo golpea cuando por su palabra se logra que la castidad se mantenga en los corazones y cuerpos de los conversos. Porque, en efecto, la libido está golpeada cuando la carne está sometida de alguna manera por las armas de la castidad, y no está perfectamente sometida. Porque quien ya abandona las manchas de la lujuria, pero aún siente movimientos impuros que surgen de sí mismo contra sí mismo, ya no realiza la obra nefaria, pero no puede apartar esto de su pensamiento. A menudo es llevado involuntaria e inadvertidamente a pensamientos impuros, pero lo que descuidadamente piensa dentro, excita la carne afuera, para que se levante a movimientos impuros de placer. ¿Qué significa, entonces, que Amalec, una vez golpeado, se ordena nuevamente golpear y destruir, sino que el predicador debe promover a aquellos a quienes instruye en una vida casta hacia la perfección de la virtud? Por lo tanto, se ordena nuevamente golpear a Amalec, porque aún no está bien muerto. Amalec es golpeado nuevamente cuando por las palabras del doctor también se eliminan los movimientos que golpean la carne, cuando enseña a sus súbditos que deben ser coronados, para que dominen el cuerpo de tal manera que no se levante a movimientos seductores. Pero porque la carne nunca se restringe de tal manera, si la mente cae en lo impuro pensando, después del golpe, se ordena demoler a Amalec. Por lo tanto, es golpeado en el cuerpo, demolido en el corazón, mientras la carne es dignamente desgastada por la abstinencia, y la mente se refrena de todos los pensamientos impuros. En este lugar también deben considerarse las palabras anteriores que Samuel habla en persona del Señor, diciendo: He recordado todo lo que Amalec hizo a Israel, cómo se le opuso en el camino cuando subía de Egipto.

2. ¿Qué significa que se recuerdan las obras de los amalecitas, sino que las manchas de la lujuria son muy odiosas a Dios? De donde el bienaventurado apóstol Pablo dice: Todo pecado es fuera del cuerpo, pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo (I Cor. VI, 17). También dice: Los fornicadores y adúlteros los juzgará Dios (Hebr. XIII, 4). De aquí también, increpando más severamente, y separándolos del reino de Dios, dice: Ni los impuros poseerán el reino de Dios (Ephes. V, 5). ¿Por qué se recuerda la lujuria, sino porque el pecador es arrojado por la justicia de Dios, cuando se inclina a perpetrar sus manchas? Por lo

tanto, quien es recordado para caer, a veces es recordado para perecer, a veces es recordado para levantarse. Y porque después de tanto tiempo se recuerdan las obras de Amalec, se nos insinúa de alguna manera; porque tales personas a veces se arrepienten después de mucho tiempo. Pero sus obras se expresan cuando se dice: Cómo se le opuso en el camino cuando subía de Egipto. Israel se dice que ve a Dios. Y porque se dice que sube de Egipto, insinúa a los recién convertidos, que abandonan las tinieblas y las profundidades de los pecados, y se acercan a la luz de la verdad, y ascienden al monte de las buenas obras.

3. Pero en el camino Amalec se opuso a Israel, porque la libido presenta armas de placer a aquellos que tienden a la cumbre de la perfección, y hiere con la espada de la sugerencia impura los corazones que puede. Y porque la lucha de la fornicación es muy fuerte y violenta, no se dice que simplemente se opuso a Israel, sino que se le resistió. Resistir es, de hecho, instar a una fuerte oposición. A estos amalecitas resistentes los veía aquel israelita que ascendía, cuando decía: Veo otra ley en mis miembros, que se opone a la ley de mi mente (Rom. VII, 23). Por lo que, mirando al auxiliador, dice: ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte? La gracia de nuestro Señor Jesucristo (Rom. VII, 24). Por lo tanto, se dice que Amalec resiste, porque mientras estamos en la carne, soportamos las fuertes guerras de la libido. Pero, ¿qué se dice que resiste a los que suben de Egipto? He aquí que quien se había elevado a los secretos del tercer cielo, tenía movimientos resistentes de la carne. Con razón, por lo tanto, no solo a los novatos, sino también a los dotados de gran virtud, Israel subiendo de Egipto insinúa. Egipto, de hecho, designa las tinieblas de este mundo. Israel sube de Egipto, porque todos los elegidos, mientras progresan viviendo santamente, intentan llegar a la patria celestial. Y porque mientras están en la carne, tienen la ley de la carne contraria a la ley de la mente, ciertamente ven a Amalec resistiéndoles por movimientos poderosos. La violencia de esta pasión se muestra cuando se describen las guerras de Amalec que se recuerdan. Porque cuando Israel luchaba, cuando Moisés levantaba las manos, Amalec era vencido; y vencía aquel, cuando este bajaba las manos (Exod. XVII). ¿Qué significa, entonces, que Moisés luchaba contra otros solo con armas, pero contra Amalec no solo con armas, sino también con la virtud de la oración? ¿Qué virtud e insistencia de súplica era necesaria entonces, donde si bajaba las manos, Amalec obtenía el honor de la victoria? Pero, de hecho, se muestra que el gran combate de la fornicación se supera con tanta virtud, tanta dificultad. Por lo tanto, la oración más intensa es necesaria como arma del ejército. Las armas son necesarias, porque quienes quieren luchar contra la fornicación no pueden vencer si no están protegidos por otras virtudes. El ejército, como mostramos antes, son los ejemplos de los Padres y los preceptos de las Escrituras, que cualquiera debe considerar, y ocupar su mente con ellos, para que no contemple las manchas de la lascivia. Pero instruido por los ejemplos y las doctrinas, no puede confiar en sí mismo. Por lo tanto, levante sus manos, levante su mente, para que resplandezca con buena obra y devoción, quien intenta cortar completamente de sí mismo la guerra de la libido.

4. ¿Qué significa, además, que al bajar las manos se es vencido, sino que a menudo por la audacia de una mala obra, incluso se pierde la belleza de la castidad? A menudo no se pierde por completo, pero cuando se debilita con obras débiles. Entre las obras y los trabajos espirituales, somos fuertes contra los estímulos de la carne, pero si como cansados nos adormecemos o nos ablandamos del rigor de la conversación habitual, mientras poco a poco descuidamos, los agujones de la carne se levantan, que como si las manos de Moisés se bajaran, vencen a Israel (Exod. XVII). Por lo tanto, para que las manos no se cansen, Aarón y Hur deben poner una piedra y no dejar que las pesadas manos de Moisés se bajen. Aarón, de hecho, se llama monte de fortaleza, Hur, fuego. Porque cuando nos cansamos, nos fortalecemos considerando las cosas celestiales. Por lo tanto, ¿qué es el monte de fortaleza,

sino la altura de la contemplación celestial? Que, de hecho, porque no está en el corazón elegido sin gran caridad, se dice correctamente que el monte de fortaleza está al lado de Moisés. Que ciertamente ponen una piedra y sostienen las manos, porque quien mira ardientemente las recompensas supremas de los cielos, toma gran fortaleza, y no deja de obrar bien y de suplicar al Creador. Porque, por lo tanto, las guerras de la carne son fuertes y completamente violentas, se dice apropiadamente que Amalec resistió al Israel que subía. Por lo tanto, el Profeta ordena al rey, diciendo: Escucha la voz del Señor. He recordado todo lo que Amalec hizo a Israel.

5. ¿Qué significa que dice: Escucha la voz del Señor, sino que aquellos que quieren vivir castamente deben vigilar sutilmente contra las trampas de la fornicación? Como si dijera: No dejes de considerar cuántas insidias prepara para someter a los elegidos. Y por eso no dijo: He recordado que se opuso a Israel, sino: Escucha la voz del Señor. He recordado cómo se opuso a Israel. Como si dijera: Si conoces el modo de las insidias, podrás superar al enemigo más fácilmente. Con razón, por lo tanto, añadió, diciendo: Ahora, pues, ve y ataca a Amalec, y destruye todo lo suyo. Como si dijera: Porque sabes cómo debes ir: Ve y destruye todo lo suyo, y así lo borres, para que nada de él viva más. Pero, ¿quién pudo alguna vez someter tanto la carne, quién pudo restringir tanto la mente, quién pudo permanecer así en la carne, que no soportara ningún movimiento impuro de la carne? ¿Quién pudo refrenar tanto el pensamiento, que ninguna oscuridad de impurezas llegara a él por el pensamiento? Pero si no se quita de la carne la torpeza del movimiento, sin embargo, se debilita la fuerza de la torpeza, cuando el movimiento es simple en la carne, pero en el movimiento no hay ningún prurito de libido. Este movimiento, de hecho, no es amalecita, porque no puede halagar a la mente que no podrá deleitar. No se puede quitar a la mente que de alguna manera no vea lo impuro, pero se lleva a un uso admirable de pureza, para que viendo lo impuro, no se manche con ninguna mancha de deleite. Por lo tanto, quien así gobierna la carne, quien así gobierna la mente, gobierna y gobierna porque pudo destruir completamente a Amalec. Pero ya lo que son todas sus cosas se expone subsecuentemente, diciendo:

(Vers. 3.) No le perdones, y no codicies nada de lo suyo; sino mata desde el hombre hasta la mujer, y al niño, y al lactante, y al buey, y al asno, y a la oveja, y al camello.

6. ¿Quién es este que perdona a Amalec, sino quien retiene algo de lascivia ya sea en el pensamiento, en la boca o en la carne? Porque muchos no realizan obras de torpeza, pero no refrenan su lengua de la locución obscena. Muchos evitan la lujuria por obra, pero no la evitan por pensamiento. Algunos no hacen nada torpe, pero lo que rehúyen en acto lo codician en el corazón. Por lo tanto, perdona a Amalec quien retiene los halagos de la lascivia ya sea en la locución, en la intención o en el pensamiento. Dice, por tanto: No le perdones, porque de tan nefasto vicio no debe encenderse nada en la mente, no debe permitirse arder nada en la obra. Dice, por tanto: No codicies nada de lo suyo; para que sea completamente erradicado del pensamiento. ¿Qué es la libido, sino fuego? ¿Y qué son las virtudes nacidas de la carne y la mente, sino flores? ¿Qué son, además, los pensamientos torpes, sino pajas? ¿Quién no sabe también que si el fuego se apaga descuidadamente en las pajas, por una pequeña chispa que queda, todas las pajas se encienden? Por lo tanto, quien no quiere quemar los flores de las virtudes en la mente, debe apagar el fuego de la libido de tal manera que nunca pueda arder por una chispa tenue. También debe quitar las pajas de los pensamientos carnales, para que mientras el calor natural, que no puede ser extinguido, se enciende, las flores de las virtudes, que por sí mismas no pueden ser encendidas, no se quemen como por pajas mezcladas.

7. ¿Qué significa, entonces: No le perdones, y no codicies nada de lo suyo, sino que toda la lujuria debe ser perfectamente domada en la carne y erradicada de raíz en la mente? También puede entenderse: No le perdones, y no codicies nada de lo suyo, porque se ordena matar tanto a los hombres como a las mujeres, a los niños y a los lactantes. Porque las mujeres podían ser codiciadas, los niños y los lactantes provocar a la misericordia. ¿Quiénes son, entonces, los hombres de Amalec que deben ser matados, qué mujeres, qué niños, qué bueyes, qué ovejas, qué camellos, qué asnos, debe considerarse sutilmente. Porque, ¿quiénes son los hombres amalecitas, sino los movimientos que sugieren la torpeza? Son hombres, porque sugieren violentamente, e infunden semillas de depravación en las mentes corruptas. Las mujeres son las concupiscencias de la mente, que se someten a los movimientos mencionados para engendrar hijos impíos. Pero, ¿quiénes son los niños y los lactantes, sino los que nacen de la unión de los hombres y mujeres amalecitas? Porque si el movimiento de la mala sugerencia es recibido como un adúltero en la mente, la concupiscencia como una prostituta queda embarazada. Por lo tanto, si se permite que la concupiscencia derrame su nefario parto, los movimientos de la libido ya no solo se generan en la mente, sino también en la carne. Que cuando nacen son niños, porque aún no infligen violencia a la carne. Son lactantes cuando se nutren con un pensamiento tenue y negligente. Porque quien ya alimenta libremente los movimientos torpes en la carne con el pensamiento, ya no da leche a los niños, sino alimento a los adultos. Por lo tanto, la leche de los niños amalecitas es el pensamiento tenue de impureza, porque si el movimiento torpe no se alimenta con el pensamiento, como si se le negara la leche, los niños son asesinados. Esta leche, de hecho, la ofrece la madre prostituta, porque cuando el ardor de la concupiscencia precede a la mente, como si se agitara por la pésima abundancia del corazón, se actúa para que se nutran peores descendencias de movimientos en la carne. ¿Qué se entiende, entonces, por el buey, sino el consejo fraudulento que sugiere el placer de la carne con el ejemplo de los antiguos que agradaron a Dios entre las obras de la carne? Porque parece arar la tierra con el arado de la discreción; pero si se recibe por deliberación, ata con el yugo de la torpeza el cuello de la mente miserable, que lleva por simulación.

8. El nombre de oveja significa la vida de los inocentes. Por eso, todos los elegidos son llamados ovejas por la voz de nuestro Redentor, cuando dice: Mis ovejas oyen mi voz (Juan 10, 27). ¿Qué es entonces la oveja de Amalec, sino la simulación de la inocencia? Pues algunos, al considerar la forma del cuerpo humano y las propiedades de ambos sexos, y al observar la libido innata en los miembros, piensan que pueden usar esto libremente como un bien natural. Así, la oveja de Amalec es cuando a los continentes se les sugiere como un bien lo que claramente se comprueba que no lo es. ¿Qué se significa también en el camello? Pero el camello rumia y no divide la pezuña. ¿Qué se significa entonces en el camello, sino un pensamiento de lujuria que parece comenzar con la razón, pero no termina con la discreción? Pues mientras piensa, el camello rumia internamente, pero cuando lo que piensa no se dispone según la verdad, su pezuña no se ve dividida. Algunos, profesando continencia, al ser superados por la concupiscencia de la carne, confían en poder salvarse en la vida conyugal. Algunos, al escuchar la licencia del apóstol: Cada uno tenga su propia esposa y cada una su propio marido (1 Cor. 7, 2), afirman sin discreción de personas que todos están incluidos en este precepto y que los hombres de órdenes sagrados pueden usar del vínculo conyugal. Este tipo de pensamiento es el camello de Amalec, porque parece comenzar con la razón, pero lleva a una vida irracional. ¿Qué es entonces el asno, sino la abierta maldad de la fornicación? Pues el diablo lleva a algunos al caos abierto de la fornicación, y a otros los engaña con fraudes. El asno también suele llevar cargas ajenas. El doctor de las naciones, al enseñar que el hombre no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer, y que la mujer no tiene

potestad sobre su propio cuerpo, sino el hombre (1 Cor. 7, 4), ¿qué otra cosa hizo sino ordenarles llevar cargas ajenas? Por lo tanto, el nombre de asno designa la fuerza del vínculo conyugal, porque los cónyuges elegidos llevan mutuamente sus cargas con fortaleza, para no caer más fácilmente en el abismo de la fornicación por la debilidad de la carne. El asno, pues, debe ser muerto, pero el de Amalec, porque el vínculo conyugal debe ser fortalecido en la honestidad del tálamo, pero muerto por la torpeza. Los cónyuges deben, ciertamente, devolver el débito entre sí, pero no deben unirse torpemente. El asno de Amalec es muerto cuando en los buenos cónyuges se mantiene la caridad del vínculo honesto, pero se evita toda obscenidad en la unión torpe. Por lo tanto, se ordena demoler todo de Amalec, porque quienes proponen vivir castamente no deben retener en sí nada del halago de la carne. Deben estar en la carne, para hacer el bien a través de ella, pero deben apartarse del placer de la carne por la sublimidad de la mente, para no tolerar afrentas de la carne. Así quería que fueran aquellos a quienes el Apóstol hablaba, diciendo: Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu (Rom. 8, 9). Pero veamos con qué ayudantes se puede cumplir el mandato de destruir a Amalec. Pues sigue:

(Vers. 4.) Saúl ordenó al pueblo y los contó como corderos.

9. El nombre de corderos suele designar a hombres de gran prudencia. Por eso, se dice por Juan: Vi sobre el monte Sión un Cordero de pie, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes (Apoc. 14, 1). Los que habían asumido el nombre del Cordero eran llamados corderos. Explicándolos, dice: Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes. ¿Qué significa entonces que cuando se ordena destruir a Amalec, se cuentan los soldados del rey como corderos, sino que cuando queremos destruir el espíritu de fornicación predicando, debemos presentar ejemplos de los perfectos? Pues cuantos más mostramos insignes en la gloria de la castidad para convertir a los seculares, tantos más soldados como corderos llevamos a la guerra contra Amalec. También pueden entenderse por el nombre de estos contados los mismos ministros de la divina predicación. Son como corderos, porque por la gloria de la perfecta castidad, ya se asemejan a aquellas vírgenes que gozan con Cristo en el reino. Con estas palabras se muestra que quienes asumen el ministerio de la predicación deben estar adornados con el brillo especial de la castidad, porque si caen por la incontinencia, no pueden hacer continentes a otros, ni pueden provocar al bien de tanta luz, quienes no tienen sus rayos en el brillo de su propia conversación. Bien se dice, pues: Los contó como corderos, porque deben ser muy castos aquellos que deben ahuyentar el espíritu de fornicación por el poder del orden recibido. Por eso, en el Evangelio el Señor les dice: Tened ceñidos vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas en vuestras manos (Luc. 12, 35), para que los súbditos escuchen la palabra de la predicación, pero los ejemplos de una conversación luminosa los atraigan al bien de la castidad que oyen. Por eso, bien se designan con un número perfecto, cuando se añade:

(Vers. 3.) Doscientos mil de infantería y diez mil hombres de Judá.

10. El nombre de infantería figura a los elegidos, no cuando predicán cosas altas, sino cuando demuestran a otros la rectitud del camino celestial a través de buenos ejemplos. Los infantes corren con sus pasos hacia donde quieren llevar sus armas. ¿Qué son los ejemplos de castidad, sino las huellas impresas en la tierra por los soldados celestiales? Pues para golpear los vicios de las lujurias en los resbaladizos, se apresuran hacia las tinieblas de sus corazones con la luz de los buenos ejemplos, y como llegando con sus pasos, matan a los enemigos, que después de ser conocidos por sus obras, atraen los corazones de los pecadores al bien de la castidad. Cuando, pues, destruyen las tinieblas de las inmundicias en los corazones de los

pecadores a través de ejemplos de castidad, se les llama correctamente infantiles. Y porque no solo son espléndidos por la pureza corporal, sino también por la luz del corazón, se dice que son doscientos mil. En el número centenario y milenario se concluye toda la suma del decálogo. Los hombres perfectos están contenidos en doscientos mil, porque por la gracia divina han alcanzado tanto la continencia del cuerpo como la integridad de la mente hasta la cima de la castidad. Tienen perfección de intención tanto en el cuerpo como en la mente. O porque no sirven a Dios con remisión o negligencia a través de la castidad, tienen el centenario de la obra, y porque no dejan de servirle, tienen el milenario de la multiplicación. Son fuertes y constantes en la continencia del cuerpo, perfectos e insistentes en la circunspección del corazón con la perfección de la virtud. Así también el Apóstol, al ordenar cómo debe ser la viuda, dice: Que sea santa en cuerpo y espíritu (1 Cor. 7, 34). Es santa en cuerpo y espíritu si brilla con la perfección de la castidad en el cuerpo y también en la mente. Si las viudas deben ser así, ¿cómo deben ser las vírgenes? De ellas se ha dicho bajo una descripción: La reina está a tu derecha, vestida de oro (Sal. 44, 10). En el mismo salmo se alaba a la misma reina, cuando se dice: Toda la gloria de la hija del rey es interior, vestida de oro y adornada con variedad (vers. 14). ¿Qué es el vestido de oro, sino el decoro y honor del cuerpo virginal? Se dice vestido porque brilla externamente en el cuerpo, y de oro porque sobresale en dignidad. Toda especie de metal es inferior al oro. Así, ninguna otra castidad puede compararse con el decoro virginal. ¿Qué significa entonces que se dice: Toda la gloria de la hija del rey es interior, si se proclama que hay una gran gloria del vestido de oro exteriormente? Si hay alguna gran gloria del vestido de oro exteriormente, no puede verse toda la gloria interior. ¿Qué significa entonces que se dice que toda la gloria es interior, sino que también la gloria que está exteriormente, junto con innumerables otras, se reconoce que está interiormente? La virginidad no es de oro si está exteriormente y no interiormente. Porque está tanto interior como exteriormente, porque brilla en el cuerpo y resplandece en la mente, toda la gloria de la hija del rey puede percibirse convenientemente como interior. Toda la gloria es interior porque exteriormente está sola, interiormente no está sola. Porque hay muchas claridades de virtudes en la mente de la virgen, así se afirma el esplendor virginal, que toda la gloria se proclama interior. Esto es lo que sigue: Vestida de oro y adornada con variedad. Las franjas de oro son claridades que nunca faltan en la mente. Las franjas son las partes finales del vestido. Por eso se alaban en el decoro de la esposa de Cristo, porque no hay gloria de virtudes si deja de brillar antes de la consumación de la vida. La reina, pues, se dice por amor, la virginidad se proclama en el vestido de oro. Pero toda la gloria es interior, y se afirma que está vestida de oro y adornada con variedad, para que la integridad, unida a innumerables virtudes, se sienta llevada hasta el fin. Bien, pues, se cuentan doscientos mil de infantería contra Amalec, porque son idóneos para derrotar a los espíritus inmundos a través de ejemplos de castidad, quienes han aprendido a mantenerla tanto en la luz de la obra como en el esplendor de la circunspección.

11. Porque también son instruidos y perfectos en la palabra de Dios, se demuestra con el número de diez mil hombres de Judá. Son hombres por la fortaleza, y de Judá por la predicación. Judá se interpreta como confesión. Pero se designa con el número diez porque han alcanzado la perfección de la doctrina por la gracia del Espíritu Santo. Por eso a Moisés se le atribuyen los diez mandamientos de la ley, que fueron escritos con el dedo de Dios (Éxodo 31). ¿Qué es el dedo de Dios, sino el Espíritu Santo? Que cuando escribió la ley, ciertamente la dio en diez mandamientos, porque aunque externamente presentó algo carnal, interiormente señaló la perfección de la inteligencia espiritual. Por lo tanto, deben ser llevados diez mil hombres de Judá contra Amalec, para que el espíritu de fornicación sea superado con fuerzas adecuadas. Pues lame con sugestión, porque aconseja cosas leves y blandas, pero muestra las cosas que aconseja lamiendo a través de fantasías de pensamientos.

Por lo tanto, para que la mente obscena no vea lo que los demonios le muestran, deben revelarse los ejemplos de los elegidos. Y para que el espíritu inmundo no pueda deleitarla con sugerencias torpes, la lengua de los predicadores debe tocarla con la alabanza de la castidad. Que el predicador la lama, para que el espíritu maligno no pueda lamerla. Y que la deleite con palabras, para que a quien le faltan las celestiales, el diablo no la desgarré con los placeres de las sugerencias. Contra la doble guerra del corazón, porque es necesario un doble bien de ayuda, bien se dice que se preparan contra Amalec tanto infantes como hombres de Judá. Si alguien quiere entender a unos por los infantes y a otros por los hombres de Judá, el sentido de la verdad se muestra claramente, porque los doctores supremos tienen quienes no saben enseñar con la predicación, pero pueden ser útiles con la obra. Pero ya contados para tales batallas, escuchemos con qué arte luchan a continuación. Sigue:

(Vers. 5.) Y cuando Saúl llegó a la ciudad de Amalec, tendió emboscadas en el torrente.

12. ¿Qué es este torrente, sino aquel del que se dice por el salmista: Bebió del torrente en el camino (Sal. 109, 7)? El torrente designa el curso de nuestra mortalidad. Saúl, pues, tiende emboscadas en el torrente, cuando el predicador de la Iglesia inserta la consideración de nuestra mortalidad con las recompensas eternas. Para capturar las almas resbaladizas como por fraude, comienza a hablar de cosas celestiales, pero de repente se convierte en exponer la amargura de las penas eternas, para que las mentes seguras en el deleite de la carne se aterroricen. Como por fraude saca, por emboscadas golpea, cuando hablando de cosas alegres provoca a escuchar, e inserta las tristes de la muerte, para que los resbaladizos escuchen lo que temen. Saúl, pues, llega a la ciudad de Amalec, cuando el doctor atrae con la dulzura de la eterna alegría a los corazones de los pecadores fortificados por el amor ilícito. Pero le esconde emboscadas en el torrente, porque introduce la consideración de la muerte, para que el pecador vea al soldado que irrumpe contra él como por emboscada, y al considerar que morirá rápidamente, tema prolongar más el retraso del pecado. Sigue:

(Vers. 6.) Saúl dijo al ceneo: Apártate de Amalec, no sea que te envuelva con él. Porque hiciste misericordia con todos los hijos de Israel cuando subían de Egipto.

13. ¿Quién es el ceneo, que se conoce que habita con Amalec, y que se le obliga a apartarse, no sea que se envuelva con él? Pero tal vez este sea aquel de quien dice el Apóstol: El marido pague a la mujer el débito, y de igual manera la mujer al marido (1 Cor. 7, 3). A quien también le conviene el nombre, porque ceneo significa poseedor. Quienes ciertamente están casados, porque están obligados por el matrimonio, no se les obliga a dejarlo todo. ¿Qué significa entonces que se dice al ceneo: Apártate de Amalec, sino que con estas palabras se condena toda torpeza de obscenidad en los cónyuges? Están unidos a Amalec quienes se juntan al modo de las meretrices. A quienes el doctor les ordena apartarse de Amalec, cuando se esfuerza por devolverlos a la honestidad conyugal. Como si dijera: Si no podéis conteneros el uno del otro, que el matrimonio sea honorable para vosotros, y el lecho sin mancha. Apartarse de Amalec, pues, es que los cónyuges se usen a sí mismos, no para la torpeza de la obscenidad meretriz, sino para la templanza de la honestidad y el fruto de la prole. Por eso, el mismo doctor egregio dice de la viuda que no puede permanecer así según su consejo: Pero si no se contiene, que se case solo en el Señor (1 Cor. 7, 9). No en Amalec, sino en el Señor; para que quien no puede abstenerse de las nupcias, evite los gestos obscenos en el pacto matrimonial. A quien también amenaza, diciendo: No sea que te envuelva con él. Envolver a los pecadores es ser condenado a la pena eterna. Por eso, el Señor dice en el Evangelio del siervo malo: Atadlo de pies y manos, y echadlo a las tinieblas exteriores (Mat. 22, 13). Ahora, pues, los predicadores no envuelven a los oyentes reprobos, porque aunque desprecian la palabra, pueden volver a la penitencia mientras vivan, cuando quieran. Instar, pues, a los

cónyuges a la honestidad conyugal es necesario, porque se dice con una fuerte advertencia: Apartaos, retiraos sin daño. Apártate de Amalec, no sea que te envuelva con él. Sin daño ahora, no entonces, porque quienes se asemejan en todo a los torpes, no estarán exentos de su daño. Quien también se dice que hizo misericordia con los hijos de Israel al subir de Egipto, porque los hijos de la santa Iglesia, al no poder guardar el bien de la continencia perpetua, son recibidos con la misericordia del matrimonio. Suben de Egipto, porque abandonan las tinieblas de la lujuria y la fornicación. Y reciben misericordia del ceneo, porque merecen la indulgencia del matrimonio. Por eso, el doctor de las naciones dice: Esto lo digo como concesión, no como mandato (1 Cor. 7, 6). Y porque la santa Iglesia persuade a los súbditos elegidos con los bienes que exhibe hablando, sigue:

(Vers. 6.) Y el ceneo se apartó de en medio de Amalec.

14. Se aparta de en medio de Amalec el cónyuge, no de parte, porque aunque evita los gestos de torpeza, no puede evitar el afecto de la voluptuosidad. Pueden los cónyuges moderar el fuego por la honestidad. Se apartan, pues, de en medio de Amalec, porque aunque no pueden carecer del todo de deseos carnales, sin embargo, moderan el imperio de la carne bajo el precepto del vínculo de la honestidad. Sigue:

(Vers. 7.) Y Saúl hirió a Amalec desde Evilat hasta llegar a Sur, que está frente a Egipto.

15. Evilat se interpreta como parturiente, Sur como angustia, Egipto como tinieblas. La concupiscencia engendra el pecado. Con razón, pues, la concupiscencia se designa con el nombre de parturiente. El profeta, temiendo incurrir en las angustias del corazón impenitente, suplica, diciendo: No me absorba el abismo, ni el pozo cierre su boca sobre mí (Sal. 68, 16). El doctor, pues, hiere a Amalec desde Evilat hasta Sur, cuando en los corazones de sus oyentes reprime los vicios de la delectación concebida y la fe de la deliberación. También hiere a Sur, cuando parece atraer a las mentes al amor de la castidad, que habían propuesto terminar su vida en el hedor de la lujuria. Están en angustia quienes ya están atrapados en el lazo de la mala costumbre. Y es de notar que se muestra que Sur está frente a Egipto, porque quien ha deliberado terminar su vida en la lujuria, ahora está encerrado en las tinieblas interiores de las que será llevado a las exteriores. Pero también este libro se cierra, para que lleguemos a la consideración de lo siguiente a través del silencio.

CAPÍTULO II.

1. El rey Saúl, que tuvo buenos principios, pero no perseveró en los bienes que había comenzado, se muestra a través del texto de la sagrada Historia, para que veamos en él lo que debe ser imitado y evitado. Así también cosechamos los campos mal cultivados, que se levantan mezclados con espinas en la siega. Bien sabe recogerlos quien se preocupa por cosechar las espigas, evitando las espinas. Así, cuando se descuida el cuidado del huerto, junto con la hortaliza que alimenta, crece la veza que pincha. Como si el Señor enseñara a los discípulos a entrar cautelosamente en los campos mal cultivados, cuando decía: En la cátedra de Moisés se sentaron los príncipes y los fariseos. Haced, pues, todo lo que os digan; pero no hagáis conforme a sus obras (Mat. 23, 2). Como si dijera: Porque están mezcladas las obras y las palabras de los reprobos, deben usarse de tal manera que se tome de ellas lo que vivifica y se evite lo que mata. De nuevo, prediciendo, dice: Vendrán a vosotros con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mat. 7, 15). Hasta aquí, pues, hemos observado con atención al rey Saúl llevando diligentemente el cuidado del reino, veamos ahora con sutileza lo que debe ser evitado y rechazado en él como despreciador del mandato del Señor. Pues sigue:

(Vers. 8, 9.) Capturó a Agag, rey de Amalec, vivo, pero mató a todo el pueblo a filo de espada. Y Saúl y el pueblo perdonaron a Agag, y a lo mejor de los rebaños de ovejas y de ganado; y a las vestiduras, y a los carneros, y a todo lo que era hermoso, y no quisieron destruirlo. Pero todo lo que fue vil y despreciable, eso lo destruyeron.

2. La palabra del Señor fue: Ahora ve y hiere a Amalec, y destruye todo lo suyo. No le perdones, y no codicies nada de sus cosas. Claramente, pues, se mostró transgresor por la desobediencia, porque se negó a cumplir el mandato del Señor por soberbia. El Señor había mandado al profeta, diciendo: No le perdones, y no codicies nada de sus cosas. Pero aquí se muestra que perdonó y codició todo lo elegido de él: para que, al mostrarse la medida de la transgresión, se muestre cuán detestable es la culpa de la desobediencia.

3. Si describimos las batallas de la carne, encontramos grandes caídas de los reyes. Por eso el Señor dice en el Evangelio: "Si la sal pierde su sabor, ¿con qué se salará?" (Mateo 5, 13). Los reyes de la Iglesia son sus predicadores, como ya se ha mostrado antes. ¿Quién es entonces Agag, rey de Amalec, sino el sentido carnal? Pues, teniendo en el alma racionalidad y sensualidad, la racionalidad se atribuye a la mente y la sensualidad a la carne; y por aquella nos asemejamos a los ángeles, por esta a los animales brutos. En la primera nos elevamos más alto y nos acercamos a los ciudadanos celestiales. Por la segunda, al caer en los halagos de la carne, nos volvemos más carnales, por así decirlo. Por eso, al ver y desear las hijas de los hombres, y al llenarse de lujuria y placeres, el Señor amenaza en el Génesis a aquellos que por el mérito de la pureza eran llamados hijos de Dios, diciendo: "No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es carne" (Génesis 6, 3). El hombre se convierte en carne cuando la razón se somete al sentido de la carne. Así, el rey de Amalec es el vigor del sentido carnal, que gobierna con movimientos impuros para arrastrar a la razón cautiva hacia las seducciones de la obscenidad. El nombre del rey amalecita se ajusta bien al sentido carnal. Agag significa meditar o hablar. Meditar para él es recoger fantasmas de lujuria mediante la meditación interna. Y hablar para él es excitar la carne con movimientos impuros hacia la lujuria. Es como si tuviera un gran clamor de locución, porque al golpear la carne la conmueve más ardientemente. Pues meditando recoge lo que expondrá hablando: porque cualquiera que esté sometido al sentido carnal, cuanto más libremente contempla las imágenes de la lujuria internamente, más siente los movimientos de la impureza externamente. Medita, pues, a través de la visión interna de la impureza, pero habla a través del movimiento externo de la delectación. Por tanto, el rey de Amalec se llama hablante y meditante, porque puede excitar los halagos deslizantes de la carne en aquellos a quienes engaña con pensamientos impuros, y a quienes instruye mediante la experiencia de un movimiento halagador. Pero es de notar que cuanto más libremente medita, más libremente habla: porque conmueve la carne más fuertemente cuanto más mantiene impresas internamente las causas de su conmoción a través del pensamiento. Pues como el fuego se enciende más cuanto más se sopla, si falta el soplo del pensamiento impuro, no puede haber ardor de conmoción lujuriosa. Así, el rey de Israel lucha contra el rey de Amalec cuando el doctor de la Iglesia disputa contra la fornicación. Lo captura vencido cuando acepta a los pecadores convertidos no solo como penitentes, sino también como confesores. Así, pues, tiene al rey de Amalec ya encadenado, quien ve al sentido carnal, en los pecadores convertidos, ya sometido a la razón por amor a la castidad. Pero, ¿qué significa que el cautivo viva, sino que hay algunos que no se conmueven por sus propias pasiones, pero sí se conmueven al escuchar las obscenidades ajenas? Son fuertes luchadores, pero caen como vencedores. Pues quien ha conservado vivo al rey vencido, está claro que en el triunfo de esa batalla le agradó la persona del rey capturado.

4. ¿Qué hacen, pues, aquellos que reciben la confesión de los pecados de otros? Pues mientras piensan en lo que los confesores han hecho, se encienden por los crímenes que escuchan; pues a menudo, al escuchar con qué halagos otros se han hundido, ellos mismos comienzan a amar lo que aquellos ya moribundos confiesan por su exhortación. Así, pues, en su ciudad Agag ha sido vencido y capturado, pero es conservado por el vencedor, cuando lo que es detestado por los súbditos es amado por los prelados: porque el sentido carnal comienza a florecer en aquellos en quienes ha perdido el vigor de su dominio iniquo. Y porque mientras los pastores corren hacia el precipicio, los súbditos los acompañan; se dice que el rey ha capturado vivo a Agag, pero también se recuerda que el mismo rey y el pueblo han perdonado a los mejores de Amalec. Perdonar, en efecto, es propio de una mente afectada, por amor a aquel a quien perdona. Lo cual ciertamente conviene al vicio de la lujuria: porque cuando comienza a agradar, atrae la mente hacia su amor. Porque también es vehemente su fuerza, no conoce estado: porque ciertamente lo completa rápidamente, si el alma no se despierta rápidamente para expulsarla. Pues mientras invade la mente, se esparce a través de innumerables pensamientos de impureza. Por eso se recuerda bien que tanto Saúl como el pueblo perdonaron a los mejores rebaños y ganados. Los pensamientos de lujuria se llaman rebaños y ganados: porque son innumerables y se alimentan en el corazón reprobado de la contemplación de la impureza. También son los mejores, no por la prueba de la bondad, sino por el apetito del que elige. En el corazón reprobado, porque nada se ama más caro, se llaman los mejores rebaños, a los que no se compara ningún otro. Pero se llaman los mejores por la ceguera del corazón, y ganados por la culpa de la transgresión. Para las mentes reprobadas no es gran cosa pensar en lo impuro; pero ante Dios no es pequeño poner lo impuro en el templo de Dios, es decir, en el espíritu regenerado. Por tanto, no solo perdona a las ovejas, sino también a los ganados: porque quien por amor a la lujuria ve las culpas de impureza como pequeñas, las perdona como pequeñas ahora, pero no encuentra pequeñas las merecidas penas. Sin embargo, bajo el nombre de ovejas pueden entenderse los pensamientos de lujuria más leves, y los ganados los más fuertes y molestos. A los cuales el rey y el pueblo perdonan, cuando el doctor reprobado y los súbditos se someten a las molestias de los pensamientos impuros tanto leves como fuertes. ¿Qué significa perdonar las vestiduras, sino deliberar ya en la mente condenada lo impuro? Pues si el vestido dorado es la gloria de la novia virginal, ¿qué son las vestiduras de Amalec, sino las inmundas manchas de la lujuria? Pero se llaman vestiduras: porque con su velo tanto el alma como el cuerpo se manchan. Pues como la perpetración de la lujuria mancha el alma y el cuerpo, no se llama vestido, sino vestiduras. Pero, como dije, perdonar es deliberar, amar lo impuro por el afecto de la mente. El alma infeliz así capturada, así atrapada, porque es impulsada por maravillosos impulsos a perpetrar la depravación deliberada, bien se recuerda que después de las ovejas, los ganados y las vestiduras, se perdonaron los carneros. Pues como si los cuernos de los carneros le agradaran en los suaves golpes de las lujurias, quien se esfuerza por retener en sí mismo solo aquello por lo que es perforado hasta la muerte de la impureza. Por tanto, perdona a los carneros, quien recibe con agrado los golpes de su precipitación. Pues es punzado para servir a los deseos de su carne; pero lo que lo punza fuertemente, lo deleita levemente. Porque también a través de innumerables modos de obscenidad la lujuria seduce la mente, se recuerda que no solo a estas cosas nombradas, sino a todas las que eran hermosas, se les perdonó. Todo lo que el alma impura se ve formando con agrado de la voluptuosidad de la lujuria, se llama hermoso por Amalec. Pues no podría desear estas cosas de ninguna manera, si no le agradara intensamente su apariencia.

5. Pero porque se afirma la caída de los vencedores, se dice: "Y no quisieron destruirlas". Como si dijera: Podrían haberlas destruido, si hubieran querido. Pues nada más fácil que

vencer la lujuria, si se evita todo pensamiento impuro. Por tanto, puede destruirse más fácilmente cuanto más puede cada uno pensar en otras cosas que en los placeres de la carne. Pues como no podemos imaginar dos cosas a la vez, mientras pensamos en cualquier otra cosa, no podemos pensar en lo impuro. Por tanto, la victoria rápida y fácil sobre la lujuria es la circunspección del pensamiento: si cada vez que se presentan cosas carnales, recurrimos a algo que no sea un halago de la lujuria. Esto es fácil para los que están firmes, no diría fácil para los caídos: porque quien se convierte en esclavo del espíritu impuro por la perpetración del pecado, no puede evitar libremente los pensamientos de la carne, ni recurrir rápidamente a otros. Por tanto, se dice de los vencedores: No quisieron destruirlas, quienes pudieron, porque antes de la caída los pecados se evitan fácilmente por los libres; pero si no quieren evitarlos cuando pueden, después no pueden, si quieren, porque no pueden querer perfectamente. A quienes ciertamente la Verdad dice: "Si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres" (Juan 8, 36). Como si dijera: Porque voluntariamente dejasteis de ser libres, ya no tenéis en vosotros el poder de adquirir la libertad. ¿Qué significa, pues, lo que se dice: "Pero todo lo que fue vil y reprobado, eso destruyeron", sino que algunos, por el uso de mayores deleites, desprecian los menores? Lo reprobado y vil para ellos es lo que desprecian por elección de lo que más les agrada. Pues como buscan pecados más delicados, algunos rechazan; y como aprueban pecados más preciosos, consideran los menores como viles. Por tanto, se dice bien: "Todo lo que fue vil y reprobado, eso destruyeron". Porque eligen pecados más delicados, y lo que menos les agrada, lo rechazan como inepto y lo desprecian como vil.

6. Todas estas cosas entendidas moralmente describen las luchas y victorias de las lujurias; pero en la historia designan la hinchazón de los soberbios y desobedientes. Pues Saúl había sido mandado por el Señor a destruir a Amalec de tal manera que no perdonara a ninguno de ellos, ni codiciara nada. Por tanto, quien se dice que perdonó al rey de Amalec y a todas las mejores cosas, se muestra abiertamente como soberbio y desobediente. Pero tal vez despreció el mandato porque lo escuchó del profeta, no del Señor. Quien ciertamente debió escuchar al profeta de tal manera que atendiera a la autoridad que precedió. Pues el profeta, antes de ordenar que golpeará al rey de Amalec, dijo: "Así dice el Señor"; para que no se atreviera a despreciar el mandato que escuchó a través de un hombre, como si fuera de un hombre. Para que el rey altivo no despreciara nuevamente su ministerio, también precedió diciendo: "El Señor me envió a ungirte como rey". Como si dijera: Por aquel a quien el Señor te elevó a la dignidad real, te manda el ministerio real. Por tanto, debió obedecer con más humildad cuanto más claramente reconoció que este había sido enviado por Dios. Pero al despreciar al profeta enviado, también despreció al Señor que lo envió. Por eso se añade:

(Vers. 10, 11.) "Y vino la palabra del Señor a Samuel, diciendo: Me pesa haber constituido a Saúl como rey; porque me ha dejado, y no ha cumplido mis palabras con obras".

7. Él creyó que no escuchaba las palabras del profeta, pero el Señor se queja de haber sido dejado, al mostrar que sus palabras no fueron cumplidas con obras. Ahora el Señor habla a la Iglesia, diciendo: "El que os oye, me oye; y el que os desprecia, me desprecia" (Lucas 10, 16). Por tanto, quienes se apartan de la palabra de los predicadores por desobediencia, dejan al Señor: porque se apartan de aquellos por cuyo ministerio se hacen presentes a la voluntad divina. Las palabras del Señor no se cumplen con obras: porque los hombres hablan externamente, pero Dios habla internamente en los hombres. Por tanto, no son ellos los que hablan, sino el Espíritu Santo (Mateo 10, 20). Por tanto, en los predicadores no debe despreciarse la vileza externa de la carne, cuyas mentes tan dignamente habita la sublimidad de la deidad. ¿Qué significa, pues, que se diga que el Señor se arrepiente, cuando no se cree que cambie de afectos? Pero porque la suma inmutabilidad habla con los mutables, al decirse que se arrepiente, se designa la temeridad de los soberbios que le desagradan. Pues solemos

arrepentirnos cuando aquellos a quienes recordamos haber otorgado honores o dones nos retribuyen con males. Por tanto, porque el Dios omnipotente se queja de la ingratitud del rey soberbio a nuestro modo, se dice que se arrepiente de haberle conferido la dignidad real. Lo cual ciertamente se dice para la condenación de los soberbios: porque lo que son, ya no es para mérito, sino para pena, porque no están en la voluntad de Dios. Por tanto, el arrepentimiento de Dios es no tener voluntad en los reprobos, cuando recuerda los honores otorgados por él, pero reconoce que aquellos a quienes confirió bienes, los usan mal. Este arrepentimiento suyo Dios lo insinúa a los judíos con otras palabras a través del profeta Malaquías, diciendo: "No tengo voluntad en vosotros, y no aceptaré sacrificio de vuestra mano" (Malaquías 1, 10). Por tanto, vemos cuán grave es la culpa de la desobediencia, si atendemos a cuán estrictamente es golpeada por estas palabras del Señor.

8. Nosotros, en la batalla de Amalec, hemos descrito la lucha de la fornicación, que se nos ordena destruir completamente a través de las sagradas escrituras. Por tanto, puede entenderse justamente de los doctores caídos en la batalla de la carne, lo que el Señor se queja, diciendo: "Me pesa haber constituido a Saúl como rey; porque me ha dejado, y no ha cumplido mis palabras con obras". Pues su palabra es el mandato a los predicadores: "Tened ceñidos vuestros lomos, y las lámparas encendidas en vuestras manos" (Lucas 12, 35). Por tanto, quien tiene la palabra en la predicación, pero no en el ceñimiento de la castidad: hablando, se ve que es de Dios, pero obrando, se prueba que deja a Dios. Externamente ejecuta lo divino, pero ocultamente, mientras se disuelve en el placer de la carne, se declara que no cumple las palabras del Señor con obras. Pues deja al Señor, proponiendo males; no cumple sus palabras, presumiendo lo prohibido. Por tanto, se dice bien: "Me pesa haber constituido a Saúl como rey". Como si dijera: A quien quise que presidiera sobre otros, ahora no quiero: porque a quien preferí humilde, ahora lo veo soberbio y transgresor. Lo cual ciertamente no se dice de cualquier caído; sino de aquellos cuyo pecado se muestra, y no se prevé su arrepentimiento. Pues está escrito sobre la caída de los justos: "Siete veces al día cae el justo, y se levanta" (Proverbios 24, 16). Ciertamente, su caída es de algún modo su estado: porque a veces se les permite caer, para que siempre puedan mantenerse más firmes. Se les permite caer en males, para que no pierdan por soberbia los dones supremos de las virtudes. Estos ciertamente, aunque a veces no cumplen las palabras del Señor, no se apartan del Señor: porque se les deja por un tiempo, para que sean sostenidos eternamente; y en poco se desvían, pero después de poco se corrigen. Por tanto, cuando Saúl no solo es reprendido por no haber cumplido las palabras del Señor con obras, sino por haber dejado al Señor, ¿a quién mejor que a los caídos e impenitentes significa? De quienes ciertamente se dice por el profeta: "Hicieron pacto con la muerte y el infierno" (Isaías 28, 15). Hacer pacto con la muerte, en efecto, es perpetrar males audazmente, y prometer hacerlos siempre. Pues hacen males incesantemente, pero amando lo que hacen, prometen no apartarse nunca de la amistad de la muerte. Estos, en efecto, cuanto más insensibles se vuelven en el pacto de la muerte, tanto más se sacuden las entrañas de la madre Iglesia con compasión. Por eso se añade bien:

(Vers. 11.) "Y Samuel se contristó, y clamó al Señor toda la noche".

9. Samuel ciertamente se contrista, porque el sumo predicador se aflige por la perdición del súbdito. Y clama al Señor toda la noche, porque suplica con devotas oraciones por la restitución del caído. Clamar, en efecto, para el doctor, es pedir con grandes deseos la misericordia del Dios omnipotente por los pecados de los súbditos. Quien clama toda la noche, cuando por afecto asume toda la oscuridad de ese pecado, y por ella, como por un propio crimen, satisface a Dios con penitencia. Por tanto, clamar toda la noche para el predicador, es asumir toda la causa del súbdito, y tratar de destruir toda la oscuridad de su pecado con el afecto de una devota compunción. Pero, ¿qué significa que se dice que clamó,

y el Señor no respondió, sino que la oscuridad del corazón impenitente, en la cual clama, se señala con la culpa de Saúl? El Señor respondería, si escuchara la voz del que clama. Sigue:

(Vers. 12.) "Y cuando Samuel se levantó de noche para ir a Saúl por la mañana, se le informó a Samuel que Saúl había venido a Carmel y había erigido para sí un arco triunfal".

10. ¿Qué es la vida del pecador, sino noche? ¿Y qué es la luz del justo, sino día? Por eso, a los pecadores convertidos se les dice por Pablo: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" (Efesios 5, 8). Levantarse de noche para el predicador, es elevar el afecto de la mente desde la asunción de la culpa ajena. Pues el doctor yace en la noche cuando llora las tinieblas del pecado ajeno, porque es bajado de la alta seguridad de su propia inocencia, para que se destruya la oscuridad de los pecados ajenos en lo más bajo de la consideración. Por tanto, se levanta de noche, cuando se eleva desde la aflicción; y dispone ir al reo por la mañana, porque ocultamente llora por compasión, y abiertamente golpea con celo. El doctor llora de noche, pero viene a reprender por la mañana; porque ama al súbdito pecador internamente, pero no se avergüenza de reprender al errante abiertamente. Pues como si amaneciera, el doctor comienza a revelar el crimen que está oculto. ¿Qué significa, pues, que se dice que vino a Carmel y erigió para sí un arco triunfal, sino que se predica claramente el progreso del mal? Pues erigir un arco o una estructura triunfal después de la culpa de la desobediencia, es hacer males y enorgullecerse de la perpetración de esos mismos males. Pues como si erigieran señales triunfales, cuando con cierta ostentación presentan aquello por lo que se creen superiores a otros. Lo cual ciertamente conviene tanto a los doctores arrogantes como a los licenciosos. Aquellos, en efecto, mientras dicen grandes cosas, se elevan en la estimación; y como se ven internamente, se dan a conocer externamente por jactancia y ostentación. Y cuando también lo que otros logran por sí mismos, lo llevan al favor de su propia alabanza, ¿qué otra cosa parecen hacer, sino mostrar un alto signo de victoria con un título insigne? Algunos, en efecto, aunque viven torpemente, y hablan muy honestamente, consideran la honestidad de las palabras, pero no consideran la torpeza de su propia vida. Por tanto, cuando no desean aparecer por las obras, sino por el esplendor de las palabras; ciertamente fabrican un arco triunfal, en el que se elevan como vencedores. Y porque muchos se arrepienten de las palabras torpes, después de haber vencido a Amalec, venir a Carmel para ellos es erigir un arco triunfal, y gloriarse vanamente ante los simples de la lujuria extinguida en los súbditos. Carmel, en efecto, se interpreta como blando o tierno. ¿Quiénes son entendidos por el nombre de estos tiernos, sino los inexpertos en la santa conversación? ¿Y quiénes son llamados blandos, sino aquellos que aún no están solidificados en la bondad iniciada por el uso de la virtud? Por tanto, erigen un signo de victoria en Carmel; porque se muestran a los inexpertos y débiles, para que no sean descubiertos por los peritos y fuertes como realmente son.

11. Estos no buscan el brillo de la victoria en palabras, sino en obras; porque no juzgan los árboles por la belleza de sus hojas, sino por el sabor de sus frutos. Por eso el Señor, enseñando, dice: Por sus frutos los conoceréis (Mateo 7, 20). Así pues, como desean ser alabados vanamente, huyen del juicio de los hombres más probados, y engañan a los simples y débiles haciéndose pasar por lo que no son, se dice que Saúl vino a Carmel y se erigió un arco triunfal. ¿Y qué significa que pasa a Gilgal, sino que, del mismo modo que se muestra a los simples y religiosos, desea ser conocido entre los religiosos y doctos? Gilgal, como ya he dicho muchas veces, significa rueda. Algunos dentro de la santa Iglesia son eruditos en la Sagrada Escritura pero no son religiosos, porque no tienen la virtud de la Escritura, es decir, la caridad. Cuando escuchan a hombres elocuentes y carnales, admiran las palabras que conocen. Pero no pueden discernir sus secretos, que desconocen. Bien se dice, pues, que Saúl

pasa por Gilgal; porque quienes buscan el favor por su elocuencia, lo que desean no lo encuentran entre los religiosos eruditos, sino entre los simples y rudos, o entre los sabios irreligiosos. Pero los hombres eminentes temen más a los elegidos cuando los reprobos enseñan cosas buenas: no sea que aquellos a quienes edifican con la lengua, los perviertan con la mano, es decir, con la acción. Por tanto, como no se debe dejar a los doctores inestables en el ministerio de la predicación, se añade adecuadamente:

(Vers. 12.) Vino entonces Samuel a Saúl, y Saúl ofrecía holocausto al Señor, las primicias de los despojos que había traído de Amalec.

12. Vino a Saúl para deponer al soberbio, a quien había elevado humilde a la cumbre del reino. Lo encontró tal como era, no como se había mostrado con signos de soberbia. ¿Qué significa, pues, que ofrece holocausto al Señor las primicias de Amalec, sino que algunos viven mal y creen agradar a Dios por el progreso de otros? Y como creen que lo que ofrecen agrada mucho a Dios, no se dice que ofrecen sacrificio o víctima, sino holocausto. Se dice que son las primicias de los despojos, para que se designe el diligente cuidado del sumo y elegido pontífice Samuel, quien rápidamente reprime los principios del mal. Como si dijera: Muy apresuradamente acudió, de modo que en su ausencia no pudo tener libre ni el inicio de los holocaustos. Las primicias de los despojos pueden entenderse como lo mejor de los despojos. Que los de lengua resbaladiza, pero golpeados por ceguera oculta, ofrecen cuando creen agradar a Dios por lo que destruyen en sus oyentes, lo que permiten vivir en ellos mismos. Como si, reprendiéndolo más abiertamente por ofrecer indiscriminadamente, dijera: Ofrecía vivo lo que mejor ofrecería muerto. Pues si, según las palabras del Señor, hubiera exterminado toda la presa en Amalec, habría ofrecido un holocausto completamente aceptable al Dios omnipotente. Así también, el doctor resbaladizo, si reprobara con su voluntad todos los halagos de la carne que reprueba con su palabra, quemaría un holocausto que no podría ser reprobado. ¿Qué significa, pues, que se dice que ofrecía las primicias de los despojos que había traído de Amalec, sino que se condena la oscuridad del corazón ciego, que así lo considera, que beneficia a otros, para que descuide ver lo que le perjudica a sí mismo? Como si dijera: Se alegraba como vencedor en otros de lo que llevaba vivo e invicto en sí mismo. Y porque a menudo enloquecen tan dementemente, que incluso intentan ofrecer a los mismos elegidos y sumos predicadores un pretexto de virtud. Sigue:

(Vers. 13.) Y cuando Samuel llegó a Saúl, Saúl le dijo: Bendito seas tú del Señor, he cumplido la palabra del Señor.

13. La palabra del Señor fue que debía destruir a Amalec. ¿Qué significa, pues, que dice, he cumplido la palabra del Señor, sino que cuanto más se ve la culpa de la fornicación, más diligentemente se oculta por los reprobos? Por tanto, aquellos que están sujetos al mismo vicio de fornicación siempre desean ocultarse, en su tipo también Amalec Saúl despreció destruir, y dijo a Samuel: He cumplido la palabra del Señor. Como si dijera: Y en otros he dominado la lujuria, y en mí mismo he destruido sus halagos. Y como intenta con halagos de adulación inclinar la mente del hombre eminente, añadió, diciendo: Bendito seas tú del Señor. Como si dijera: Esto lo hice yo, pero no pude hacerlo por mis fuerzas, sino por tus méritos e intercesiones. Pero los hombres perfectos pueden escuchar sus alabanzas, pero no pueden ser desviados del rigor de la justicia. Por eso se añade:

(Vers. 14.) Y Samuel dijo: ¿Y qué es este balido de ovejas que resuena en mis oídos, y el mugido de bueyes que oigo?

14. La voz de las ovejas y los bueyes de Amalec es la fama de las torpezas. Cuando alguien es difamado por culpas menores de lujuria, se dice que resuena la voz de las ovejas. Cuando es acusado de crímenes más graves y obscenos, la voz de los bueyes. Como si, bajo la simulación de su falsa virtud, revelara lo oculto, diciendo: Te justificas con tu propia boca; pero las multitudes de tus inmundicias claman por todas partes. Pero ya quien ha comenzado a presentar excusas, veamos con qué defensas evade el crimen de la infamia que se le imputa. Sigue:

(Vers. 15.) Las trajeron de Amalec. El pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de los bueyes, para sacrificarlos al Señor tu Dios; lo demás lo destruimos.

15. ¿Qué significa que dice: Las trajeron de Amalec, y no dijo, Las trajimos? Pero cuando los reprobos son acusados, a veces ocultan sus culpas negándolas, a veces las transfieren a otros. Las ocultan negándolas cuando pueden permanecer ocultos; pero, cuando son descubiertos en lo abierto, lo que no pueden negar, lo atribuyen a otros. Insinuando las costumbres de estos, Saúl dice: Las trajeron de Amalec. El pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de los bueyes. Como si dijera: El mal que se oye debe ser considerado por la fragilidad del pueblo, no por la virtud del pastor. Los pecados de los súbditos deben ser despreciados en comparación con los preladados. Dice, pues: Las trajeron de Amalec. Como si dijera: Esto que se oye de la vida torpe es verdad, pero esa misma torpeza prevaleció en los pequeños, no en los grandes. Aún aliviando la misma culpa, dice: El pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de los bueyes, para que fueran sacrificados al Señor tu Dios. Como si dijera: Verdaderamente el pueblo pecó, pero no hasta la muerte; porque ya, exhortándome, se esfuerza por borrar los pecados de la obra con la humildad de la confesión. Los rebaños de Amalec y los bueyes son sacrificados al Señor cuando los resbaladizos e incontinentes vienen a la confesión, y lo que hicieron malvadamente, se esfuerzan por borrarlo con el arrepentimiento. Dice, pues: El pueblo perdonó; es decir, indulgió al pecado. Pero las trajeron para que fueran sacrificadas; porque en lo que el pueblo recuerda haber caído, ya se confiesa y se compunge con arrepentimiento. Las mejores ovejas y bueyes, como se dijo antes, designan los pecados más selectos de la lujuria. Como si dijera: Y si el pueblo pecó gravemente, no debemos ser reprendidos; porque por la magnitud del crimen tiene lamentos de compunción. ¿Qué significa que dice: Para que fueran sacrificados al Señor tu Dios? Pero se muestra la costumbre de los engañosos, que mientras desean ocultarse a los hombres eminentes, adulan. ¿Qué significa que afirma a Dios como suyo singularmente, sino que muestra que es amigo familiar de Dios? Al Señor, dice, tu Dios. No mío, sino tuyo; porque yo soy pecador, tú eres singularmente santo. Pero los engañosos con un uso admirable de fraude se ocultan de tal manera que se muestran, y se justifican para acusar. También moderan el modo de la acusación de tal manera que, acusando, parecen justos, para que no se les conozca excusándose. Pues al decir su Dios, ciertamente lo exalta, pero se disminuye a sí mismo. Pero, al afirmar que lo traído de Amalec se sacrifica al Señor, tácitamente manifiesta no lo que debe ser reprendido, sino alabado. Y aún añadiendo, dice: Lo demás lo destruimos. Los pecados son destruidos cuando son perdonados. Los pecados están vivos cuando aún reinan en la mente por la concupiscencia, o cuando, despreciados por la conversión, aún no han sido borrados por el arrepentimiento. Aquellos viven aún para el placer, estos viven para el castigo; porque aunque ya hemos dejado de pecar, si no lamentamos lo cometido, permanecemos atados por la obligación de lo cometido. Pero atribuye lo mayor a lo menor, lo más leve a lo más grave. Pues ¿qué significa que dice: Lo demás lo destruimos, sino que son pecados muy pequeños para los grandes, que se lavan solo con la confesión? Los doctores los destruyen cuando los perdonan con autoridad apostólica a los que confiesan humildemente.

Con todas estas palabras, porque los engañosos se esfuerzan por ocultarse, no por revelarse, se añade con qué autoridad de los predicadores elegidos son reprobados:

(Vers. 16.) Porque Samuel dijo a Saúl: Déjame, te indicaré lo que el Señor me ha dicho esta noche.

16. ¿Qué significa que dice: Déjame, y te indicaré; sino que mientras los engañosos insisten en la verbosidad, no dan lugar a los prelados examinadores para hablar? Como si dijera: Mientras no cesas de la verbosidad, no me permites decirte lo que debes escuchar. También puede ser ridiculizada la intención del adulador con esta palabra; que mientras cree agradar con el halago de la alabanza, a aquellos a quienes alaba, cree tenerlos con esas mismas alabanzas. Es, pues, como si el prelado elegido, con honesta gravedad, ridiculizara a su adulador, diciendo: Tú que me alabas, no puedo hablarte cosas duras. Déjame, pues, es decir, permíteme hablar, y entiende lo que voy a decir. Y porque, como he dicho, los aduladores creen agradar alabando, no piensan escuchar cosas duras de aquellos a quienes alaban. Como si, pues, ya fuera a escuchar cosas alegres y prósperas, Saúl sigue, diciendo: Habla. Pero los hombres elegidos, cuando escuchan sus alabanzas, no se ablandan del rigor de la justicia entre los halagos de la alabanza. Pues quienes desprecian los actos de los reprobos, no pueden recibir sus palabras. Por tanto, como no pueden ser desviados por las alabanzas, discuten a los aduladores con sutil razón, y los persiguen con sentencias estrictas. Por eso sigue:

(Vers. 17-19.) Y Samuel dijo: ¿No eras pequeño a tus propios ojos, y fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel? Y el Señor te ungió como rey sobre Israel; y el Señor te envió en una misión, y dijo: Ve, destruye a los pecadores de Amalec, y lucharás contra ellos hasta su exterminio. ¿Por qué, pues, no escuchaste la voz del Señor, sino que te lanzaste sobre el botín, e hiciste lo malo a los ojos del Señor?

17. Con estas palabras se examina sutilmente la desobediencia del rey soberbio: porque primero le recuerda los dones recibidos; luego hiere la audacia de la transgresión por la investigación de la misma culpa. Es un examen sutil cuando se discute a un pecador astuto de tal manera que no se le deja excusa alguna para la culpa, para que la sentencia de Dios lo tenga como atado a la muerte del delito, a quien no le queda refugio del pecado. Para que, pues, se obstruya todo camino de escape a los soberbios engañosos, se le recuerda tanto la sublimidad de la dignidad como el modo del ministerio, cuando dice: ¿No eras pequeño a tus propios ojos, y fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel; y el Señor te dijo: Destruye a los pecadores de Amalec? Y para que, ya rodeado y sitiado por las razones, lo capture, le imputa la culpa, diciendo: ¿Por qué, pues, no escuchaste la voz del Señor, sino que te lanzaste sobre el botín, e hiciste lo malo a los ojos del Señor? Como si dijera: He aquí lo que eras, lo que has sido hecho, lo que debías hacer, he aquí lo que hiciste; he aquí cuánto te has apartado de lo que debías ejercer. Por tanto, cuando añadió, diciendo: ¿Por qué hiciste lo malo a los ojos del Señor? como si rodeara y capturara al engañoso reo.

18. Pero en este lugar se debe notar que, cuando se reprende al rey soberbio, se recuerdan los tiempos de su elección, para que se perciba que la hinchazón del corazón no estuvo presente al elegir, sino que creció con el prelado desde la cumbre. Fue elegido bueno por el Señor, pero mientras creció desde la cumbre, decreció por la altivez. Dice, pues: ¿No eras pequeño a tus propios ojos, y fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel; ahora te lanzaste sobre el botín, e hiciste lo malo a los ojos del Señor. Como si dijera: Por la verdad de la humildad mereciste el reino, pero ahora, bajo el pretexto de humilde, en verdad altivo, pierdes el reino. ¿Qué son los ojos del corazón, sino la vista de la razón? Pues quien tiene íntegros los ojos de la razón, está perfectamente iluminado. Es humilde a sus propios ojos quien se ve perfectamente a sí

mismo, y con perfecta visión se reconoce humilde. Con estas palabras, pues, no solo se encomia la pasada humildad del rey caído, sino también la agudeza de la razón: porque era tal en razón, que se conocía perfectamente a sí mismo; y tal en virtud, que mirándose sutilmente, se veía verdaderamente humilde. Porque, pues, cuando se le reprende, se le recuerdan sus cosas pasadas, ¿qué otra cosa se describe, sino que se le priva de lo que tenía? Pues no pueden enorgullecerse sino aquellos que primero pierden los ojos del corazón. De los lujuriosos, en verdad, está muy claro: porque nunca se hundirían en el abismo de la fornicación si no se oscurecieran antes por la luz de la gloria íntima. Porque desprecian los altos preceptos de la castidad, también se les reprende por la altivez. Por tanto, quien vino a deponer al rey prelado, dice: ¿No eras pequeño a tus propios ojos, y fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel; ahora hiciste lo malo a los ojos del Señor. Como si dijera: Ahora, soberbio y ciego, justamente eres depuesto, quien antes, viendo y humilde, mereciste obtener el reino. Pues también los soberbios fariseos son llamados ciegos por la misma verdad, que dice a los discípulos: Dejadlos; son ciegos, y guías de ciegos (Mateo 15, 14). Esta ceguera se atribuye especialmente a los lujuriosos, porque no hay vicios que introduzcan más densas tinieblas en la mente que la lujuria. Pero ahora puedes ver a muchos que permanecieron como clérigos, sacerdotes que cayeron. A quienes ciertamente se les dice por el mandato de Samuel: ¿No eras pequeño a tus propios ojos, y fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel. Como si dijera: Cuando en un orden menor, con el corazón iluminado, guardaste los preceptos de la castidad: ahora, perdiendo los ojos, caíste en el abismo de la fornicación. Te lanzaste sobre el botín, porque con presunción violenta rompiste los preceptos divinos. Porque, prohibiendo, y como armado de amenazas y oponiéndose Dios, irrumpen para violar el santuario de la castidad: como si por el saqueo del botín, llevaran lo mejor de Amalec a la tierra del Señor. Y porque, en cuanto pueden, los resbaladizos se ocultan a los predicadores, se reprende a Saúl por haber hecho el mal a los ojos del Señor. Como si el predicador, amenazando y aterrando, dijera al caído en el placer de la carne: El crimen de la inmundicia se oculta a los hombres, pero no se oculta al que ve todas las cosas. Estas cosas y otras semejantes, cuando los impenitentes las oyen, no pueden ser aterrados. Por eso, aunque ya están capturados por la razón, se esfuerzan por deslizarse como serpientes por el resbaladizo de las manos que los sostienen. Sacan la cola, esconden la cabeza: porque ya se ven los extremos de las obras, pero se oculta la calidad de las mismas acciones. Por eso sigue:

(Vers. 20.) Y Saúl dijo a Samuel: Más bien, escuché la voz del Señor, y caminé por el camino por el que el Señor me envió, y traje a Agag, rey de Amalec, y destruí a Amalec.

19. Como si, ocultando lo oculto, mostrando lo descubierto de otros, el doctor resbaladizo se elogia a sí mismo por el progreso de la predicación, diciendo: No debo ser reprendido por la culpa de los súbditos, sino alabado, porque en los delincuentes, predicando, los destruí. Destruí a Amalec: porque el espíritu de fornicación en los corazones de mis oyentes cayó por la espada de mi lengua. El rey, aunque vive, ha sido traído: porque aunque el sentido de la carne, mientras estamos en la carne, no puede ser destruido del todo, ha sido capturado, como pudo ser capturado porque no puede prevalecer sobre la razón. Deseando mostrar a los súbditos corregidos y confesando sus pecados, añadió diciendo:

(Vers. 21.) Pero el pueblo tomó del botín ovejas y bueyes, las primicias de lo que fue destruido, para sacrificarlos al Señor su Dios en Gilgal.

20. Cuando por la violencia de los armados se toma algo propio de alguien, se llama botín. Los vicios de la carne y del alma, porque se propagan por sugerencia del diablo, son como su propiedad. Quien, pues, en sí mismo, antes remiso, ahora destruye violentamente los vicios, hace botín; porque arrebató poderosamente lo que es ajeno. Y se debe notar que se dice

destruir y botín, para que se enseñe que unas cosas fueron dejadas muertas, otras llevadas vivas. Se destruyen los placeres de la lujuria, cuando por la virtud de la intención suprema se alejan del corazón, y por la contrición del espíritu se cortan del cuerpo. Pero se llevan vivas para ser sacrificadas; porque aunque por la conversión del pecador se abandone el placer de la carne o de la mente, no se borra del todo la pena del placer pasado. Que se destruyan, pues, los vicios, que no se reserven de ningún modo las primicias vivas para ser sacrificadas: para que quien destruye poderosamente la fuerza del pecado en el desprecio de los placeres, tema que le viva para ser sacrificada la pena del placer. ¿Qué son, pues, las primicias de lo destruido, sino los placeres de los pecados? Se dice que las ofrece quien se confiesa ante Dios a los sacerdotes. Y se sacrifican las ofrecidas, cuando su pena se destruye con el arrepentimiento. Como si en las primicias se ofrecieran destruidas, y por lo posterior vivieran: cuando alguien confiesa sus pecados, y no se esfuerza por sacrificarlos, es decir, matarlos ante Dios, con el arrepentimiento. Por tanto, cuando se dice que se reservan las primicias de lo destruido para ser sacrificadas, se confunde el error de algunos, que abandonan los pecados, pero no los lamentan. Porque, pues, no solo deben confesarse los pecados, sino también borrarse con la austeridad del arrepentimiento, mientras el buen doctor simula el tipo de Saúl, afirma que sus súbditos llevaron las primicias de lo destruido para ser sacrificadas. Porque también por la razón de las Escrituras se debe determinar el modo del arrepentimiento, las primicias para ser sacrificadas se llevan a Gilgal. No solo los bueyes, sino también las ovejas se reservan para ser sacrificadas: para que quienes están solícitos por su salvación, se esfuercen por borrar con el arrepentimiento lo grande, sin omitir llorar lo pequeño. De los soberbios es manifiesto: porque, como siempre desean parecer grandes, se avergüenzan de ser notados como pecadores. Incluso cuando son descubiertos, resisten, y en lo que hacen, desean aparecer justos. ¿Qué significa, pues, que dice: Más bien, escuché la voz del Señor? Pero Samuel dice: Déjame, y te indicaré lo que el Señor me ha dicho esta noche. Y poco después: ¿Por qué te lanzaste sobre el botín, e hiciste lo malo a los ojos del Señor? Por tanto, está claro cuán maravillosamente se hincha quien entonces desea justificarse, cuando reconoce que el Señor lo reprende por el pecado.

21. Si se cree que respondió así porque pensó que las palabras eran del profeta y no del Señor, vemos aún imitadores de Saúl, quienes, confiando en su propia erudición, desprecian las órdenes de sus mayores y creen mejorarlas al modificarlas. ¿Qué significa entonces lo que dice: "He escuchado la voz del Señor y he traído al rey Agag de Amalec"? Es como si dijera: "He tratado de cumplir lo que se ordenó y he completado lo que faltaba. Se debía atacar a Amalec, pero como, con la ayuda de Dios, fue vencido, era necesario guardar lo que se inmolaría en sacrificio". Esto se manifiesta claramente en los soberbios: cuando no pueden ocultar una falta evidente, intentan modificarla o minimizarla. Es como si dijeran: "Y si juzgas las faltas evidentes de la obra, debe considerarse la simplicidad oculta de la intención. Sería una falta traer algo de Amalec, a menos que lo traído deba ser inmolado a Dios". Esto sucede a menudo en los monasterios, cuando un súbdito demasiado religioso presume añadir a los mandatos de sus prelados espirituales; cuando desprecia la vida común reglamentaria y sigue el juicio de su propia voluntad. Pues al esforzarse por mejorar la vida eligiendo en lugar de obedeciendo, ¿qué otra cosa se muestra sino que colorea la desobediencia manifiesta con la intención de virtud? Este lugar deben observarlo sutilmente no solo los súbditos, sino también los prelados. Los súbditos deben notar sutilmente: porque Saúl desagradó a Dios al intentar inmolarse a Dios fuera del mandato del profeta. Los prelados deben notar sutilmente, porque el profeta dio al rey el mandato de destruir a Amalec. Así debe el maestro alabar lo común, sin despreciar lo propio de cada uno. Se alaba la vida común que se une por la caridad y no se oscurece por los vicios. La sentencia del Apóstol es: "Cada uno tiene su

propio don de Dios, uno de una manera, otro de otra" (I Cor. VII, 7). Aquellos cuyos alimentos y mesa son comunes deben considerar no solo el bien común de la refección, sino la propiedad de la pasión: que coman juntos, pero no luchan juntos contra los estímulos de la fornicación por la abstinencia. La carne de aquel a quien el estímulo de la carne es más molesto debe ser más domada. Ya no es vida común donde se atiende a la comunidad de la refección, sino que se dice que se lucha singularmente contra la lucha singular. El maestro no enseña bien si no enseña de dónde se golpea a Amalec, sino de dónde vive. Enseñe, pues, el maestro, pero para que se supere el espíritu de fornicación. Los súbditos no deben rehuir obedecer, sino donde se incurre en el crimen de soberbia, no de donde se evita el abismo de la muerte. Los desobedientes, mientras no cumplen las órdenes de sus mayores con corazón altivo, cuando intentan mejorar lo que se les impone, al desear ofrecer sus obras a Dios, se elevan a sí mismos. Pues a través de otras virtudes le ofrecemos lo nuestro, a través de la obediencia nos ofrecemos a nosotros mismos. Samuel, pues, añadiendo, dice:

(Vers. 22.) "¿Acaso quiere Dios holocaustos y víctimas, y no más bien que se obedezca a la voz del Señor?"

22. ¿Qué son las buenas obras de los hombres elegidos sino víctimas y holocaustos? Cuando el Señor había ordenado que se ofrecieran holocaustos y víctimas por la ley, ¿qué significa que se diga que el Señor no quiere holocaustos y víctimas, sino que promete querer que se le obedezca, sino que lo que se hace fuera de la obediencia no son holocaustos ni víctimas? Es como si dijera: Las buenas obras son buenas cuando no discrepan de la conciencia de los superiores. Si esto se dice para que se recomiende la virtud de la obediencia, está claro cuán sublime es el bien que supera a las víctimas y sacrificios. ¿Qué significa, entonces, que se diga que quiere que se obedezca a la voz del Señor, sino que todas las buenas obras deben ser pospuestas a los bienes que se ordenan? Pues cuando los prelados ordenan bien, los bienes que eligen los súbditos por su arbitrio se posponen a los mandatos de los prelados. Las mismas obras, pospuestas a ellos, se llaman holocaustos y víctimas, para que no solo se sienta que no deben compararse las pequeñas de los menores con los mandatos de los mayores, sino que los mayores holocaustos son de aquellos que desean retirarse por completo de la obra pública, para ofrecerse a Dios totalmente consumidos por amor en el secreto de la contemplación. Las víctimas son de aquellos que no se separan del público común, pero actúan con virtud singular, para superar las virtudes de otros viviendo más estrictamente. Estas y otras semejantes se realizan con el permiso de los rectores buenos, son víctimas y holocaustos que Dios aprueba: pero cuando se hacen de tal manera que se descuidan los mandatos de los mayores, escuchan los que ofrecen, lo que el profeta enviado por el Señor dice al rey desobediente: "¿Acaso quiere Dios holocaustos y víctimas, y no más bien que se obedezca a la voz del Señor?" Como si despreciaran los mandatos de los padres como menores, y presentaran los suyos como mayores, los aterra diciendo: "Esto que creen hacer grande, desprecian lo pequeño y abyecto; pero si lo ven claramente, por esto no agradan al Señor". Bien, mientras se discute la obra de los soberbios, el profeta indaga agudamente, diciendo: "¿Acaso quiere Dios holocaustos y víctimas, y no más bien que se obedezca a la voz del Señor?" Indaga, ciertamente, para que el tumor de la soberbia sea herido con autoridad pastoral. Dice: "¿Acaso quiere Dios holocaustos y víctimas?" Porque quienes eligen seguir su propia voluntad creen agradar a Dios; pero Dios no aprueba sus obras, aunque sean grandes e inmensas. Pero ya ha añadido con qué alabanzas debe ser predicada la obediencia, y dice:

(Vers. 22.) "Porque mejor es la obediencia que los sacrificios, y escuchar más que ofrecer la grasa de los carneros."

23. Porque antes dijo: "¿Acaso quiere Dios holocaustos y víctimas?" Al someter ambas cosas a las alabanzas de la obediencia, al mencionar las víctimas y la grasa de los carneros, entendió el holocausto en la grasa. Lo que es mejor, ciertamente es mejor que lo bueno. Pero aquellos holocaustos y víctimas que Dios no quiere, no son buenos en absoluto. ¿Qué significa, entonces, que se diga en las alabanzas de la obediencia, "mejor es la obediencia que los sacrificios, y escuchar más que ofrecer la grasa de los carneros", sino que la obediencia es mejor cuando el holocausto y la víctima no son malos? Como si, pues, redujera a los soberbios e inobedientes a la consideración de tan gran bien, diciendo: "Y si nada se hiciera por ustedes por presunción, la virtud de la obediencia sería mejor que las obras que eligen". Está claro, entonces, en qué cumbre se sitúa, que el profeta vio más alta que las ofrendas divinas. Si, como antes, seguimos el sentido espiritual, las víctimas deben referirse a la austeridad de la gran conversación, los holocaustos a la compunción de la vida más secreta. Porque mejor es la obediencia que los sacrificios, y escuchar más que ofrecer la grasa de los carneros. Porque es de mucho mayor mérito someter siempre la propia voluntad a la voluntad ajena que mortificar el cuerpo con grandes ayunos, o sacrificarse en secreto por compunción. ¿Qué es, pues, la grasa de los carneros sino la devoción interna y rica del elegido? Ofrece, pues, la grasa de los carneros, quien en el estudio de la conversación secreta tiene el afecto de la oración devota. Sin embargo, mejor es la obediencia que los sacrificios, y que ofrecer la grasa de los carneros. Porque quien ha aprendido a cumplir perfectamente la voluntad de su preceptor, en el reino celestial, supera tanto a los abstinentes como a los que lloran. Esto ciertamente, porque lo dice contra el soberbio y el que abiertamente desprecia los mandatos del Señor, no compara el bien que hizo con el bien que despreció; sino que destruye la simulación del bien, mostrando la verdad del bien mejor. Como si dijera: "Y si buscabas un bien excelente por la gloria de una virtud más excelente, debiste haber elegido el bien de la obediencia, que incluso supera a los excelentes". Así, ciertamente, hablando, destruye la simulación del bien argumentando; pero al añadir, confunde abiertamente el mal de la inobediencia, diciendo:

(Vers. 23.) "Porque como pecado de adivinación es la rebeldía; y como crimen de idolatría, no querer someterse."

24. ¿Qué es lo que los rebeldes y los que no quieren someterse son comparados por el profeta con los adivinos y los idólatras, sino porque los adivinos intentaban conocer lo divino y adivinar lo oculto; pero los idólatras se sometieron venerando a los ídolos? Los que se rebelan contra los mandatos de los prelados, ciertamente se rebelan porque creen conocer mejor la voluntad divina. Como pecado de adivinación es, pues, la rebeldía: porque, como si despreciaran el altar divino, reciben respuestas en los altares de los demonios, mientras creen en las engañosas y soberbias invenciones de su corazón, y se oponen sintiendo lo contrario a los saludables consejos de los prelados. No querer someterse se dice semejante al crimen de idolatría; porque ciertamente nadie persistiría en la obstinación de su inobediencia, si no llevara en su corazón el ídolo de su propósito como un ídolo. Pues al concebir en su corazón lo que debe hacerse, es como si hiciera un ídolo, y al deliberar que llevará a cabo el propósito concebido en su mente, es como si se inclinara a adorar la imagen. Como crimen de idolatría es, pues, no querer someterse: porque quien está obstinado en su propia deliberación, por eso se levanta exteriormente en desprecio de los mayores, porque interiormente se inclina a los ídolos de su propósito que ha fingido. Pero es muy necesario preguntar por qué la rebeldía se compara con el pecado de adivinación, y no querer someterse con el crimen de idolatría. Pues el crimen no se dice sino de un gran pecado, pero el pecado se nombra incluso cuando es leve; pero si los adivinos se llamaban así porque solían recibir respuestas consultando en el altar, el pecado de idolatría era un crimen en comparación con esto, porque era más insensato

adorar piedras que recibir respuestas falsas bajo la apariencia de lo divino. ¿Por qué, entonces, se dice que la rebeldía es pecado por semejanza, pero no querer someterse es crimen? Pero la rebeldía es disentir de la voluntad del que manda. Muchos parecen rebelarse por un momento, mientras no reciben inmediatamente los mandatos de los preladados, pero luego se someten a los mismos mandatos. No querer someterse, ¿qué es sino rebelarse contra la obediencia impuesta, y persistir en la obstinación de la misma rebeldía? No se someten, quienes son invencibles en el propósito de su corazón, y lo que deciden hacer no lo omiten por la autoridad de nadie. Con razón, pues, en comparación con la rebeldía, se dice que no querer someterse es un crimen, lo cual parece ser mucho mayor y más horrible para el pecador. Porque, pues, los que son de esta clase no son vencidos por razones, el profeta añadió con qué castigo deben ser contenidos, diciendo:

(Vers. 23.) "Por cuanto has rechazado la palabra del Señor, Él te ha rechazado para que no seas rey."

25. ¿Qué significa que Saúl sea rechazado, sino que se le juzga incorregible? Como si dijera: "Porque rechazas todos los consejos de salvación, por la culpa de la obstinación no debes ser corregido más con palabras, sino ser condenado con el castigo del rechazo". Cuánto debe temerse, pues, la culpa de la inobediencia se muestra, si se considera atentamente, porque por ella incluso los reyes son depuestos. ¿Qué significa que dice: "Porque has rechazado la palabra del Señor, Él te ha rechazado"? Pero la palabra se rechaza cuando no se guarda venerablemente en su sublimidad; rechazar es dejar caer algo de la mano a la tierra o permitirlo negligentemente, o lanzarlo violentamente. La palabra del Señor, porque habla cosas saludables, es celestial o sublime; se deja caer negligentemente a la tierra cuando no se cumple por desidia. Pero se rechaza por desprecio cuando los soberbios e inobedientes la rechazan con corazón altivo, y se niegan a observarla con la mano de la operación. Porque no se reprende el rechazar, sino el arrojar la palabra, esto significa; porque mientras los soberbios siguen su propio juicio, se alejan mucho del Señor. Arrojar es, pues, repeler algo lejos. Quienes reciben dignamente la guía de otros, no solo están cerca de Dios por la obediencia, sino que también acercan a Él a aquellos que están lejos por vicios y crímenes. Es, pues, como si dijera: "Eres expulsado lejos del orden de la dignidad, porque no quisiste estar presente por el mérito de la misma dignidad". El mérito de la dignidad es, ciertamente, la observancia de la palabra divina. Cuando se arroja, porque se pierde el mérito de la dignidad, también se quita la misma dignidad. Es, pues, agradable observar cuánto pierden los soberbios por la inobediencia, y cuánto ganan los humildes. Aquellos, mientras se alegran de cumplir el juicio de su propia voluntad, ofrecen grandes trabajos de obras a Dios, y no tienen recompensa de sus trabajos; estos, mientras se abandonan a sí mismos, mientras siguen el juicio de la voluntad ajena, merecen la gloria de la eterna sublimidad; de donde también se dice por la bienaventurada María, madre de nuestro Señor Redentor: "Derribó a los poderosos de sus tronos, y exaltó a los humildes" (Luc. I, 52). El Señor derriba a los poderosos de sus tronos, cuando rechaza a los soberbios inobedientes, y exalta a los humildes; porque glorifica con gloria eterna a los obedientes, pero los soberbios no son corregidos por palabras, sino que solo, mientras temen perder honores, simulan la humildad que no tienen, para no perder la cumbre de la gloria; de donde también se añade:

(Vers. 24.) "Y Saúl dijo a Samuel: He pecado, porque he transgredido los mandamientos del Señor y tus palabras."

26. ¿Qué significa que Saúl es reprendido por el profeta por no haber escuchado la voz del Señor y haber hecho el mal a sus ojos, y no confiesa haber pecado; pero cuando ve que es rechazado del reino, confiesa haber pecado y transgredido el mandamiento del Señor y sus

palabras? sino porque los soberbios son audaces para despreciar las palabras de los humildes, pero no pueden despreciar los honores que ambicionan. Son audaces para despreciar los mandatos de los mayores, pero no están dispuestos a dejar lo alto. En cambio, los humildes están dispuestos a los mandatos de los mayores, y seguros para perder lo alto. Porque no desean lo terrenal, sino lo celestial, desprecian las alturas de la sublimidad terrenal, se esfuerzan por trabajar por lo celestial; desean someterse libremente, rehúyen ser preferidos. Saúl, pues, rehusando obedecer a Dios, temiendo perder el reino, ¿qué otra cosa nos insinúa sino las costumbres de los soberbios, que cuando prevalecen, evitan ser vistos como pequeños o pecadores; cuando son forzados, simulan la virtud de la humildad? Pero, cuando se ven obligados a confesar, minimizan el pecado que acusan hablando. Porque aunque dijo que había pecado transgrediendo el mandamiento del Señor, recordó que había incurrido en la misma transgresión más por dispensa que por voluntad, diciendo: "Temiendo al pueblo, y obedeciendo a su voz". Como si dijera: "El pecado por el que se me reprende haber cometido, debe ser castigado con una pena más leve, cuanto más no se cometió por malicia, sino por debilidad". Pecar por estudio y voluntad es ciertamente una gran transgresión; pecar por debilidad es tanto más tolerable, cuanto el que está sujeto al pecado es inferior a las fuerzas del mismo pecado. Y porque con la misma astucia de su corazón creen prevalecer sobre la humildad de los doctores simples, añadió como si ya hubiera persuadido, diciendo:

(Vers. 25.) "Pero ahora, te ruego, lleva mi pecado, y vuelve conmigo, para que adore al Señor."

27. Los pecados corregibles ciertamente se llevan, porque después de que se apartan de la voluntad del delincuente, pueden ser purgados salubrementemente con satisfacción. Pero no se llevan los pecados de aquellos en cuyos corazones están arraigados por la impenitencia. De donde también Juan dice: "Hay pecado de muerte, no pido que se ore por él" (I Juan V, 16). El pecado de muerte es, ciertamente, el que se comete por quien nunca puede arrepentirse. Tal pecado no se lleva por los prelados, porque no se borra con las oraciones u ofrendas de los sacerdotes. Saúl, pues, designando en todo a los soberbios y obstinados, no cesa de hincharse, y ruega que se lleve su pecado; carga un peso insoportable, y como si fuera leve, pide que se lleve. Esto ciertamente se hace tantas veces en la Iglesia, cuantas veces aquellos que cometen grandes crímenes libremente, no consideran su magnitud. Acumulan lo que no se puede llevar, y piensan que es leve y de ningún peso. Ocultan sus pecados a sus prelados, y para que apenas puedan ser encontrados y argüidos, en cuanto pueden, aligeran esos mismos pecados, para que quienes los presiden no atiendan a su grandeza. Algunos incluso vienen espontáneamente a confesar, pero por lo que se acusan, no lloran ellos mismos, sino que ruegan a otros que se arrepientan, piensan que se salvarán solo por la fe, no se preocupan por volver de su rechazo a través de la penitencia. De donde también Saúl añade, diciendo: "Y vuelve conmigo para que adore al Señor". Como si el predicador se alejara, cuando rechaza a los impúdicos; dice, pues: "Vuelve conmigo para que adore al Señor". Piensa que no se separa de la comunión de los elegidos solo porque guarda la fe común; o ciertamente adorar al Señor es someterse a la religión de la fe, y a la custodia de la buena operación. Porque Saúl insinúa a los hipócritas ficticios, sigue:

(Vers. 26.) "Samuel dijo a Saúl: No volveré contigo, porque has rechazado la palabra del Señor, y Él te ha rechazado para que no seas rey."

28. ¿Qué es, entonces, lo que el profeta se niega a llevar el pecado del rey penitente, sino porque no lo vio verdaderamente arrepentido? A quien respondió con palabras de rechazo, porque no lo reconoció como alguien que debía cambiar. Con la constancia del profeta,

algunos sacerdotes de este tiempo, demasiado clementes, son reprendidos, ya que son débiles en su comportamiento, pero fuertes en su temeridad. Apenas se sostienen a sí mismos, y se atreven a asumir las cargas de otros; no soportan sus propias cargas leves, y se someten a las cargas insoportables. He aquí que el fuerte profeta rehúsa asumir la carga del pecado real, para que el sacerdote de la Iglesia tema y tema asumir el peso de los pecados insoportables. Sin embargo, a menudo debe asumir los pecados ajenos, permitiendo que quien los cometió llore por ellos. Por eso Samuel no prometió llevar el pecado del rey, pero lloró por él, a quien había declarado rechazado. Pues poco después está escrito: "Samuel lloraba por Saúl, porque al Señor le pesaba haberlo hecho rey sobre Israel". No le prometió llevar el pecado del rey, para que el rey se esforzara en llorarlo. Pero, sin embargo, lloraba por él, a quien había declarado rechazado, para hacer al Señor propicio hacia él. Literalmente, mientras el profeta repite la sentencia, muestra la irrevocabilidad de la sentencia de la equidad divina, por la cual el pecador es arrojado de tal manera que nunca se le permite volver a la mano de la misericordia divina. También puede entenderse de otra manera, que el profeta es solicitado para que regrese con él a adorar al Señor. Pues los hombres santos, que no abandonan al Señor pecando, no necesitan regresar a Él arrepintiéndose. Porque regresar es propio de quien se aleja. Lo cual conviene a los pecadores que se alejan del Señor por el pecado, pero no a los justos que permanecen. ¿Qué es, entonces, lo que se pide al justo Samuel que regrese con el pecador Saúl, sino que los predicadores elegidos se afligen como penitentes por los súbditos caídos y vienen como si se alejaran, mientras acompañan a los súbditos caídos con aflicción paternal? Regresan, pues, con ellos, cuando tanto los pecados de los súbditos como los mismos súbditos que pecaron, y los prelados que permanecieron, lloran juntos. Es como si dijera: Ya te he reconocido a ti, a quien no dejaste pecar más, adherido a mí con entrañas paternas a través de la reprensión de la predicación. Por lo tanto, ya que, al ser reprendido por ti, he recapacitado, te ruego que regreses conmigo, porque de ninguna manera soy suficiente con mis propias fuerzas para borrar la magnitud de tal depravación. Pero tales súplicas de afecto deberían ser recibidas si procedieran de la verdad del corazón; por lo tanto, se respondió adecuadamente al hipócrita: "No regresaré contigo". Como diciendo: No sé sacrificar a Dios por ti, a quien no veo sometido a Dios con la verdad de la humildad; y repitiendo lo anterior, dice: "Porque rechazaste la palabra del Señor, el Señor te ha rechazado para que no seas rey"; y, porque son astutos y deben ser rechazados y abandonados, sigue:

(Vers. 27.) Y Samuel se volvió para irse.

En cuya partida de los mayores, los hipócritas temen más la pérdida del honor temporal que la de la herencia eterna. Por lo tanto, incluso abandonados, no pueden descansar, sino que buscan obtener por la intervención de otros lo que no se atreven a hacer por sí mismos. Bien, pues, se añade:

(Vers. 27.) Pero él agarró el borde de su manto, que se rasgó.

29. ¿Qué son las vestiduras del maestro, sino las cualidades de los súbditos que se adhieren a él para ser enseñados? De estas vestiduras, ciertamente, se promete al gran pastor por el profeta: "Vive el Señor, porque con todas estas te vistes como con un vestido" (Isaías 49, 18). Y el salmista canta: "El Señor reina, se ha vestido de esplendor, el Señor se ha vestido de fortaleza" (Salmo 92, 1). Se viste de esplendor, quien ha unido a sí mismo las mentes espléndidas de los fieles, como vestiduras. Saúl, pues, agarra el manto de Samuel, cuando cualquier soberbio y rechazado busca que el honor del culmen le sea conferido por hombres eminentes a través de los queridos y familiares que se le adhieren, y porque por el reprobado ningún oyente perfecto intercede, no se dice que agarró el manto, sino el borde del manto, es decir, la extremidad; pero esa extremidad se rasga, porque quien sugiere cosas inútiles es

reprobado. Pues cuando el menor que pide indiscretamente es rechazado, se dice que se rasga como el borde del vestido. Pues como se rasgó una parte del manto del sumo profeta, cuando respondió mal a Pedro, diciendo: "Apártate de mí, Satanás, porque no entiendes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres" (Mateo 16, 23). De ahí que también ordena, diciendo: "Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtalo y échalo de ti; también, si tu ojo te escandaliza, sácalo y échalo de ti" (Mateo 5, 30). Con estas palabras, no solo se designa que se debe cortar el borde del manto, sino también el medio: porque cuando sugieren mal, incluso los oyentes perfectos deben ser despreciados. De ahí que los hijos de Zebedeo, junto con su madre, pidan sentarse uno a la derecha y otro a la izquierda del Redentor; pero, como ignorantes de una buena petición, son rechazados (Mateo 20). Pues como el Señor rasgó una parte de la capa, cuando refutó con reprensión a aquellos miembros que causaban escándalo. Y es de notar que no se rasga todo el manto, sino una parte del manto: porque cuando el bueno sugiere mal, en lo que sugiere mal debe ser rechazado, y en lo que de otro modo es bueno, debe ser retenido por amor.

30. También por la vestidura del rector se designa la conversación, como atestigua el salmista, que dice: "Tus sacerdotes se vistan de justicia" (Salmo 131, 9). Por lo tanto, se agarra el borde del manto, cuando se alaba al maestro por su gran santidad, cuando se dice en su alabanza lo que muestra decoro exterior. Pero como los justos tienen más bienes que están ocultos, solo se puede agarrar el borde del manto: porque es poco lo que se ve de la justicia del maestro elegido, pero mucho lo que se oculta. Ese poco que se sabe, cuando se agarra, se rasga: porque los justos no se aferran a sus alabanzas. Porque, al despreciarlas en un momento, no pueden ser retenidas como el rasgón del manto. Se retiene, ciertamente, la parte rasgada del vestido, pero no se retiene al profeta: porque es verdad lo que se dice de la alabanza del justo, y sin embargo, los justos, al despreciar lo que oyen, dejan el rasgón en las manos del que lo retiene. Por lo tanto, porque algunas cosas de los mayores pueden ser conocidas, se agarra como una parte. Pero cuando se sabe todo lo que se hará por los pequeños, si se alaba, no obstante, debe ser rechazado; porque no se debe retener nada de las buenas obras por vanidad. De ahí que, cuando Juan, aún joven, sigue al Señor ya capturado, y es retenido por el manto, y se describe que, dejando el manto, huyó desnudo (Marcos 14). Pues el joven es capturado por el manto, cuando se le alaba por el inicio de su buena conversación; pero dejando el lienzo, huye desnudo, quien desprecia las alabanzas que oye. Huir desnudo, pues, es tener una vida loable, pero despreciar la alabanza de la vida elegida. Pues huye como desnudo, quien no se atribuye nada del ornato de las virtudes por vana gloria. También puede entenderse que huyó desnudo, porque quien se dice que fue capturado por partes del lienzo, se dice que dejó el lienzo; porque a menudo se actúa en la conciencia de los elegidos, de modo que, por ser alabados en parte, no sospechan haber perdido una parte de los méritos, sino todo el mérito de la buena vida. Por lo tanto, se rasga el manto de Samuel, porque los doctores elegidos desprecian sus alabanzas. Y porque no se dejan llevar por las alabanzas, repite la severidad de la sentencia anterior, diciendo:

(Vers. 28.) "El Señor ha rasgado el reino de Israel de tu mano hoy".

31. Pues los hombres perfectos, porque no se ablandan con ninguna alabanza del rigor de la justicia, son tales antes como después del testimonio de su alabanza, y lo que dijeron antes, lo repiten después confirmándolo. Pero debe preguntarse qué significa esto que se dice: "Hoy". Pues si la vida de los reprobados es noche, ¿qué es que el reino de Saúl se rasga en el día? Pero si la vida del pastor reprobado es noche, cuando su reino se rasga, hace el día. Pues el día no se hace, sino cuando la noche se retira. Dice, pues, "Hoy", porque se dice que la oscuridad del desobediente es condenada. De ahí que, al salir Judas, el Señor dice: "Ahora es glorificado el Hijo del Hombre" (Juan 13, 31); porque vio que la noche de su vida se alejaba,

y la pura luz de la justicia permanecía en los otros discípulos. También se dice: "Hoy", porque al soberbio removido, el reino se entregaba al rey humilde. De ahí que se añade:

(Vers. 28.) "Y lo ha dado a tu prójimo mejor que tú".

Por lo tanto, cuando se dice día, no se ve nada luminoso del rey rechazado, sino que se proclama la gloria del sustituto, quien debía irradiar desde la cumbre del reino con el esplendor de gran virtud. Y afirmando la inmutabilidad de la sentencia divina, añade, diciendo:

(Vers. 29.) "Por lo demás, el triunfador en Israel no perdonará, y no se arrepentirá".

32. Pues ¿quién debe entenderse por el nombre de este triunfador, sino el Creador del género humano? Pues cualquiera que vence a los adversarios ocultos, los vence por la virtud de aquel que le otorga la gracia de superar la tentación. ¿Qué es que se dice que el triunfador no perdona, cuando se ruega a Samuel? Porque cuando los predicadores se enojan con los súbditos pecadores, cuando los soberbios o los licenciosos son heridos por la sentencia divina, no ejecutan su propio furor, sino el juicio de la voluntad divina. Como ciertamente dice: Yo, en verdad, no he pronunciado mi sentencia, sino la de aquel que, al pronunciarla, no puede ser revocada. Por lo tanto, no perdona, y no se arrepiente; sino a aquellos que, ni pueden dejar sus pecados, ni pueden arrepentirse de los pecados que aman, y añadiendo la causa, dice:

(Vers. 29.) "Porque no es hombre, para que se arrepienta".

Como diciendo: Y es ser para él, a quien ninguna mutabilidad le afecta. También puede designarse la perfección del rey sustituto por el nombre de triunfador, quien habría de tener la gloria de muchos triunfos, y no se atrevería a perdonar a nadie contra la voluntad del Creador. De ahí que en este mismo libro se dice de él: "Y David golpeaba toda la tierra, y no dejaba vivo a hombre ni mujer" (1 Samuel 27, 9). También se dice de él: "Porque no es hombre, para que se arrepienta". Pues ¿qué se designa aquí por hombre, sino alguien sujeto a pasiones carnales? Como si aún mordiera al soberbio, diciendo: Ahora te arrepientes de tus pecados, cuando recibes la sentencia de tu audacia; pero él no se arrepentirá, quien, como hombre, no está sujeto ni a la desobediencia ni al orgullo. Y él aún confiesa con su boca, diciendo:

(Vers. 30.) "He pecado".

Sin embargo, muestra la calidad de esa confesión, porque añade, diciendo:

(Vers. 30.) "Pero ahora, hónrame delante de los ancianos de mi pueblo, y delante de Israel".

33. Está claro qué arrepentimiento tiene, quien aún desea ser honrado. Pues si verdaderamente se arrepintiera de su pecado, habría deseado más ser deshonorado que honrado. Admirable, pues, es la dureza del corazón del rechazado. Que el hombre de Dios, ejecutando el mandato del Creador, dice: "El Señor te ha rechazado para que no seas rey"; pero, por el contrario, quien recibe la sentencia de rechazo, busca honores por el apetito de la exaltación. ¿Qué es, entonces, lo que dice: "He pecado"? La confesión del pecado no debe ser seguida por el honor o la gloria, sino por la utilidad y el desprecio. Pues ¿de qué sirve confesar las faltas, si la voz de la confesión no es seguida por la aflicción del arrepentimiento? Tres cosas, ciertamente, deben considerarse en todo verdadero penitente, a saber, la conversión del corazón, la confesión de la boca y la venganza del pecado. Pues, ¿de qué sirve confesar los pecados, si no se convierte el corazón? El pecado que se ama no se

borra confesándolo. Algunos, ciertamente, son los que abren sus pecados confesándolos, pero no los detestan al no convertirse. Estos, ciertamente, no logran nada confesando, porque lo que expulsan hablando, lo introducen amando. De ahí que la Escritura insinúa salubrementemente a los que quieren confesar, diciendo: "Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación" (Romanos 10, 10). ¿Qué es creer con el corazón para justicia, sino dirigir la voluntad a la fe, operando por amor? Cuando, pues, alguien dirige la intención del corazón a la justicia por amor, tiene el fruto de la buena conversión por el inicio de la buena voluntad. Este, ciertamente, ya confiesa para salvación, porque expulsa más hablando de la herida de lo que compungió con la conversión. Por lo tanto, la tercera especie, es decir, la venganza, es como una medicina necesaria; para que el absceso de la culpa, que se compunge con la conversión, se purgue confesándolo y se sane con la medicina de la aflicción. Por lo tanto, quien no cree con el corazón para justicia, no hace confesión para salvación, porque muestra como hojas de un árbol malo, cuyas raíces profundas fija en el corazón. Por lo tanto, el signo de la verdadera confesión no está en la confesión de la boca, sino en la aflicción del arrepentimiento. Pues entonces vemos bien al pecador convertido, cuando se esfuerza por borrar con la austeridad de la aflicción lo que confiesa hablando. De ahí que Juan el Bautista increpa a los judíos mal convertidos que acuden a él, diciendo: "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento" (Mateo 3, 7). Por lo tanto, el arrepentimiento debe conocerse en el fruto, no en las hojas o ramas. Pues el árbol es la buena voluntad. ¿Qué son, entonces, las palabras de confesión, sino hojas? No debemos, pues, buscar las hojas por sí mismas, sino por el fruto; porque toda confesión de pecados se recibe para que siga el fruto del arrepentimiento. De ahí que el Señor maldijo al árbol decorado con hojas, pero estéril de fruto (Marcos 11); porque no recibe el ornato de la confesión sin el fruto de la aflicción. Saúl, pues, que confiesa y desea ser honrado, no afligido y humillado, ¿qué designa, sino a aquellos que tienen una confesión estéril y no tienen fruto; que muestran el ornato de la confesión con palabras humildes, pero no siguen el verdor de las palabras con la humildad del arrepentimiento?

34. Pero, ¿por qué miramos a los antiguos, cuando ahora vemos tal multitud de reyes caídos? Pues ahora caen en tropel en los vicios, no solo los súbditos débiles, sino también los prelados y sacerdotes negligentes. Los que están destinados al ministerio de los sacramentos celestiales actúan con ligereza pecando. Pero muchos de ellos, cuando de algún modo vuelven en sí, confiesan haber errado. Sin embargo, quieren sacar sus pecados contra sí mismos de tal manera que aún quieren ser honrados por el oficio del sagrado orden; se muestran torpes en secreto, pero se avergüenzan de ser vistos humildes fuera del honor de la dignidad del orden. ¿Qué, pues, son estos, sino que se ven rechazados, y sin embargo se atreven a querer ser honrados? A menudo, sin embargo, no vienen por sí mismos, sino que son capturados a la fuerza; reciben los mandatos de su rechazo, y sin embargo ruegan ser honrados. Pues quieren hacer cosas inmundas, pero se atreven a adherirse a los altares sagrados. He aquí cuántos Saúles vemos, cuántos reyes caídos del culmen de la santa Iglesia contemplamos. A cada uno de los cuales, ciertamente, se debe decir: "Porque rechazaste la palabra del Señor, el Señor te ha rechazado para que no seas rey"; para que no realicen el ministerio celestial, aquellos que no cesan de mancharse con vicios terrenales. Pero esto ciertamente podemos decir, sin embargo, no podemos persuadir a los ministros licenciosos. Pues Saúl oyó que era rechazado y reinó; porque los sacerdotes inmundos se reconocen de su dignidad sacerdotal de ser rechazados por las manchas de la lujuria; y sin embargo, contra la voluntad de Dios, no dejan de tratar los sagrados misterios. Pero el rey que reina contra la voluntad del Señor, no es rey, sino que fue un tirano; porque el sacerdote indigno, que es rechazado por el mérito de su contaminación, cuando presume ministrar, asciende al culmen

de tanta gloria para ser condenado. De ahí que, queriendo aterrorizar a los tiranos, aquel gran senador del cielo dice: "Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, come y bebe juicio para sí" (1 Corintios 11, 27). A menudo, sin embargo, se actúa con confesión inmediata, para que se crea en la conversión del corazón de los que confiesan. A veces, los predicadores elegidos aceptan la falsa humildad de los reprobados, para que otros sean llevados a la salvación por su ejemplo. Pues reconocen dos cosas en los hipócritas, una interior, otra exterior. Interiormente, ciertamente, puro mal, exteriormente, bien simulado. Detestan ambos, pero a menudo simulan el pretexto del bien en ellos; para que quienes ven el bien exterior, ignoren el mal interior, sigan el ejemplo del bien que ven. Bien, pues, se añade:

(Vers. 31.) "Entonces Samuel regresó y siguió a Saúl, y Saúl adoró al Señor".

35. Pues por el mal que estaba oculto interiormente, mereció oír: "El Señor te ha rechazado para que no seas rey". Pero para atraer a otros a la verdad de ese mismo bien por el pretexto del bien, Samuel quiso seguir a Saúl, y lo vio adorar al Señor. A veces también se deben tolerar los males de los reyes y de los grandes de la tierra, para que no se deslicen a peores cosas al ser exasperados. Pues los hijos de Israel a menudo adoraron a los dioses de las naciones. De ahí que se dijo anteriormente de los convertidos por Samuel: "Los hijos de Israel quitaron de en medio de ellos a los Baales y a Astarté" (1 Samuel 7, 4). Y tal vez si el rey rechazado no viera al profeta regresar con él para adorar al Señor, adoraría las imágenes de los demonios. Y, por lo tanto, lo rechaza, y regresa con él; porque en los poderosos de este mundo, la iniquidad debe ser condenada de tal manera que no pierdan el bien que tienen al ser exasperados. Pues a menudo son malos en secreto, y el bien que se ve, otros lo imitan con más devoción. Ciertamente, los males de los poderosos del mundo son grandes males para ellos; pero los bienes que muestran, para ejemplo de los fieles, son más útiles que los bienes de otros. Bien, pues, Samuel regresa con el rey rechazado; porque los predicadores elegidos golpean a los poderosos del mundo por su iniquidad, y permiten que hagan algunos bienes por ejemplo. De ahí que sigue:

(Vers. 32.) "Y Samuel dijo: Traedme a Agag, rey de Amalec. Y Agag fue llevado a él, temblando y muy gordo".

36. Los reyes adoran al Señor cuando los soberbios y despreciadores se humillan para cumplir los mandamientos del Señor. Adoran los inconstantes cuando se someten a Dios mediante la obediencia de la castidad. Sin embargo, a veces simulan adorar, ya que algunos tienen la apariencia de humildad o castidad, pero mientras se cree que poseen verdaderamente el bien, otros pierden el uso del mal por el bien que creen tener. Así, entregan al rey Agag a Samuel, porque confiesan y manifiestan la fuerza de su sensualidad. Pues cuando confiesan los pecados de lujuria, que cometieron por la fuerza de la carne, ¿qué otra cosa hacen sino ofrecer al profeta al rey de Amalec para que sea ejecutado? Pero, ¿qué significa que se diga que Agag es muy gordo, si el vigor de la sensualidad es gordo en unos y delgado en otros? ¿Qué significa entonces que se ofrezca gordo, sino que era conducido por los súbditos del rey reprobado? Pues a menudo los súbditos son negligentes; pero cuando ven los ejemplos de su pastor elegido, gimen entre los males que cometen. Caen en impurezas por la fragilidad de la carne; pero, golpeados por los ejemplos de los mayores, no pueden alegrarse del todo en los placeres de la impureza. ¿En quiénes, pues, es Agag muy gordo, sino en aquellos de quienes se dice: "Se alegran cuando hacen el mal y se regocijan en las cosas perversas"? (Prov. II, 14). Los súbditos de un maestro lascivo pecan con más audacia cuanto menos ejemplos de sus mayores tienen ante ellos para ver. Pero se precipitan muy insensatamente cuando no ven el bien que deben seguir en sus pastores, y ven el mal por el cual perecen por su ejemplo. En

estos, ciertamente, Agag engorda: porque el vigor de la carne se extiende con alegría, seguridad y libertad en el placer de la lujuria, que se ve privado de uso por la tentación, sin que nada se oponga. Por lo tanto, se ofrece el muy gordo para ser ejecutado cuando se convierten aquellos que se alegraron mucho en el placer de la lujuria: pues es como si se entregara al rey cuando el sentido carnal, que gobernaba la mente, se revela a los sacerdotes de Cristo mediante la confesión. También suele alimentar el fuego engordando. Por lo tanto, se atribuye bien al rey de los amalecitas: porque mientras el espíritu de fornicación domina la mente, cuanto más dulcemente y con más frecuencia se alimenta allí con pensamientos impuros, se le otorgan más abundantes estímulos para aumentar el fuego de la concupiscencia. Sin embargo, se dice que tiembla, porque el sentido carnal, cuando se entrega a los hombres espirituales mediante la confesión, se debilita. Por lo tanto, da una señal temblorosa, porque no tiene la fuerza de los miembros. Así, cuando el vigor de la sensualidad comienza a debilitarse, ¿qué otra cosa hace sino temblar el rey de los amalecitas? O se dice que tiembla porque muchos, cuando comienzan a convertirse, temen el rigor de la penitencia. Y porque los carnales no pueden dejar los placeres habituales de la carne sin tristeza, sigue:

(Vers. 32.) Y dijo: ¿Así separa la muerte amarga?

37. Decir esto al sentido carnal es golpear la mente con tristeza por la pérdida del placer habitual. Porque los recién convertidos sufren grandes dardos de amargura, es como si el rey al que servían se quejara de la muerte: porque en ellos la carnalidad no se mata sin gran tribulación. Preguntar, pues, sobre la separación de la muerte al sentido carnal es golpear la mente aún triste del convertido por la pérdida de la delectación pasada. Pero también se indaga el modo de la separación cuando dice: ¿así? Es como si, al ver las austeridades a las que debe someterse, su sensualidad dijera a la mente: ¿Rechazas lo alegre por cosas tan tristes? Samuel ciertamente escucha esta voz: porque el predicador elegido reconoce el corazón tentado del súbdito por ciertos indicios. Pero, ¿de qué sirve reconocerlo si no dice algo contra lo que ruge dentro del corazón del súbdito? Por lo tanto, sigue:

(Vers. 33.) Y Samuel dijo: Como tu espada dejó a las mujeres sin hijos, así quedará sin hijos tu madre entre las mujeres.

38. ¿Quién es la madre del sentido carnal sino la culpa original? Porque antes del pecado del primer hombre no había lujuria en los miembros, no existía el rey de los amalecitas. Había ciertamente sentido de la carne, pero no era turbio ni lujurioso; pero tan pronto como cayó en la culpa, sintió el prurito de los miembros: porque no pudo tener el movimiento obediente de la carne cuando él mismo fue desobediente a Dios. Por lo tanto, la culpa original se entiende correctamente como la madre del sentido carnal contumaz, porque de ella nace, quien comenzó a ser de ella. Por eso el Apóstol, como quien aborrece la ley del sentido carnal de un tirano muy severo, no solo muestra al rey, sino también a la madre, diciendo: "Así que ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí" (Rom. VII, 29). El pecado que dijo no operar en él, entendió como el movimiento de la carne; pero el pecado que habita en él, como la culpa original. Porque del pecado original surge el pecado del movimiento de la carne, cuando atendemos al sentido carnal del rey, correctamente llamamos a su madre la primera culpa. Los hijos de esta madre son todas las concupiscencias, pecados y vicios. La madre ciertamente queda sin hijos cuando toda culpa parece ya permanecer ni en la carne ni en la mente. Porque entonces está sin hijos, porque aunque ya no hay ninguna torpeza en la carne, si ya no reina ninguna concupiscencia en la mente, sin embargo, esa culpa que permanece en nosotros no puede ser destruida ahora por la virtud del maestro. ¿Qué significa lo que dice el Apóstol: "Ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí"? De esa culpa, que

contraemos de la raíz viciosa de nuestra naturaleza, tenemos que podemos ser corrompidos por las pasiones de los vicios. Por lo tanto, cuando la ley desordenada de los miembros mueve los miembros contra nuestra voluntad, no somos nosotros quienes lo hacemos, sino el pecado que habita en nosotros. Querer ciertamente nos acompaña entonces, pero aún no encontramos poder; si bien quisiéramos que, contra nuestra voluntad, nada pudiera moverse en nosotros. Y tal vez estos son los conceptos de la madre malvada, con los que esa culpa se impregna, si se permite que se derramen en actos torpes y obscenos, se dice que se alimentan. Por lo tanto, los hijos son los movimientos que no solo están naturalmente dentro, sino que se manifiestan en obras torpes y obscenas. Por lo tanto, la madre de Agag queda sin hijos cuando la culpa original se restringe de tal manera que no se le permite producir actos o movimientos. O tal vez queda sin hijos porque tuvo hijos. Por lo tanto, cuando los pecadores convertidos dejan de ser torpes tanto en acto como en gestos de lujuria, es como si la culpa que habita en ellos, la madre, quedara privada de hijos.

39. Y es de notar que se dice que la madre queda sin hijos por comparación. "Como", dice, "tu espada dejó a las mujeres sin hijos, así quedará sin hijos tu madre". Las virtudes de la mente, de las cuales proceden las buenas obras, son madres: pero la espada de Agag se llama el arma de la lujuria, que ciertamente deja a las mujeres sin hijos, porque toda obra buena la destruye la lujuria. O ciertamente las mujeres se entienden como las mentes de los fieles, y los hijos como los buenos pensamientos, virtudes y buenas obras de las mentes santas. La espada de Agag dejó a las madres sin hijos; porque la delectación de la lujuria, si se permite desenvainar como una espada, ciertamente mata todos los buenos pensamientos, todas las virtudes y buenas obras. Pues la aguda peste de esta delectación, si se recibe en la mente, mientras se deleita en mirar lo inmundo, no puede pensar en nada puro y santo; y mientras arrastra ardientemente a la realización de la obra nefanda, no permite hacer nada de virtud. Y porque por su combustión todo perece, no solo los hijos de Agag, sino todos los hijos de las mujeres son masacrados. Por lo tanto, deja a las madres sin hijos, porque la delectación de la lujuria, al igual que una espada, cuando golpea los frutos de las mentes, no permite que las virtudes del pensamiento o la buena obra vivan. Así como dejó a las madres sin hijos, así también su madre queda sin hijos, cuando el pecador se convierte de tal manera que, aparte de la culpa innata en nosotros por naturaleza, nada de las obras obscenas o movimientos parece quedar en los convertidos. Por lo tanto, se añade apropiadamente:

(Vers. 33.) Y Samuel cortó a Agag en pedazos delante del Señor en Gilgal.

40. Lo que se corta en pedazos se divide en pequeñas partes después de muerto. Agag ciertamente es ejecutado cuando el vigor de la carne se aplasta con abstinencias, vigiliias y meditaciones espirituales de tal manera que no se siente moverse nada lascivo ni lujurioso. Ejecutarlo, pues, es que la carne no pueda moverse torpemente. Pero el cadáver del ejecutado está intacto cuando su movimiento permanece. La libido no permanece cuando solo con su peso grava la mente; cuando, evidentemente, un simple y natural movimiento de la carne reside en los miembros, pero no tiene ardor lujurioso. Sin embargo, esto mismo, porque las mentes de los elegidos lo toleran gravemente, es como si llevaran el cadáver intacto del rey muerto. ¿Qué significa, pues, que se corte en pedazos, sino que no quieren dejar vigor ni siquiera al movimiento natural? Por lo tanto, se corta en pedazos, porque cada vez que golpea, se mata. Así, cuando no se permite que las sucesiones de movimientos se unan, es como si el cadáver de Agag se cortara en pedazos. O tal vez este Agag es tal que no puede morir a menos que se corte en pedazos. Pues como dije antes, la libido se enciende como el fuego; y si se extingue negligentemente, la paja adyacente se inflama rápidamente. También un gran fuego disperso a menudo puede extinguirse mejor. Pues cuando muchos carbones se juntan en uno, forman una gran masa de brasas. Para que el que extingue no se queme, la

masa de brasas se dispersa sabiamente primero, para que se extinga rápidamente por los pedazos de cada carbón. ¿Qué son, pues, los pensamientos de lujuria, qué son los movimientos libidinosos del cuerpo, sino carbones de fuego? Que ciertamente, si se juntan en el corazón o en la carne, pueden quemar rápidamente, pero nunca pueden extinguirse fácilmente. Por lo tanto, que se disperse el fuego, que se corte en pedazos a Agag, y que la mente se guarde para que disperse los pensamientos inmundos, no permitiendo que uno se adhiera al otro. Porque, ya que no puede hacer que nunca piense en lo inmundo, que haga lo que pueda, que expulse inmediatamente el pensamiento que entra negligentemente en la mente. Así, ciertamente, divide y extingue rápidamente un gran fuego en carbones individuales, si separa todas las llamas de pensamientos de tal manera que no permite que se unan en la mente ni por negligencia ni por deseo. Así, ciertamente, también reprime el vigor del movimiento del cuerpo, cuando no permite que se unan. Pues el movimiento lascivo de la carne, si no se alimenta con el pensamiento, no parece unirse con otro. Pues el pegamento de los movimientos lascivos es el pensamiento inmundo: porque quien ve inmundicias con gusto, inmediatamente mueve la carne con violencia hacia lo que ama; cuanto más piensa con gusto y morosidad, es como si ligara carbones a carbones, movimientos torpes a movimientos más torpes. Por lo tanto, que quien quiere dispersar poderosamente los movimientos de la carne mantenga una fuerte vigilancia del ánimo. Pues Agag se divide primero internamente para que también externamente se divida en pedazos; porque quien no permite que los malos pensamientos se unan, ciertamente también los movimientos torpes de la carne se dividen en pedazos. Así, ciertamente, se mata al muy gordo Agag si se divide en pedazos; porque extinguimos poderosamente el sentido de la carne con movimientos inmundos, tanto en el cuerpo como en el alma, si vigilamos con intención singular cada una de sus insidias. Por eso también el Sabio advierte diligentemente, diciendo: "Con toda vigilancia guarda tu corazón, porque de él mana la vida, y de la negligencia sale la muerte" (Proverb. IV, 23). Pues la vida procede cuando se guarda el corazón, porque, mientras se rechaza toda inmundicia, el espíritu de los convertidos se anima hacia las virtudes. Por lo tanto, Agag es cortado en pedazos por el profeta cuando, por el consejo de los doctores, se eliminan poderosamente todas las pequeñas partes de inmundicias, tanto en el cuerpo de los oyentes como en la mente. Y bien se dice que se corta delante del Señor y en Gilgal; porque aquellos que saben pensar sabiamente sobre el Dios omnipotente y las Sagradas Escrituras pueden dividir poderosamente las pequeñas partes de pensamientos lascivos y movimientos torpes. Pero, como dije, los bienes simulados de los malos a menudo los soportan los doctores no por ellos mismos, sino por otros; porque lo que hacen simuladamente no beneficia a los simuladores, sino a los que lo ven. A menudo, ciertamente, los elegidos ven los bienes simulados de los malos; pero porque no conocen los corazones, imitan el bien que parece brillar exteriormente. Saúl rogó a Samuel que volviera con él para adorar al Señor; pero él, al regresar, cortó a Agag en pedazos, porque los doctores elegidos convierten a los elegidos a los estudios de vivir bien por las obras que hacen los reprobos. Pero porque hacen esto de manera dispensativa, es decir, por otra razón, cuando pasa la necesidad de la dispensación, abandonan a los reprobos, a quienes siguen como a buenas obras, cuando caen en la impenitencia del corazón reprobado. Por lo tanto, se añade bien:

(Vers. 34, 35.) Pero Samuel se fue a Ramá, y Saúl subió a su casa en Gabaa, y Samuel no volvió a ver a Saúl hasta el día de su muerte.

41. ¿Qué es la casa del transgresor sino la costumbre de la mala obra? Pues quienquiera que esté encerrado en una costumbre perversa, es como si habitara en una casa. Por lo tanto, Saúl subió a su casa cuando un reprobado, después de la reprensión de los doctores, regresa al uso de la mala obra. Pues es como si descendiera a las llanuras cuando simula humildad para

conocer los mandamientos de los preladados. ¿Qué significa, pues, que primero se diga que Samuel se fue antes de que Saúl subiera a su casa? Pero, como dije, cuando no hay necesidad de otros, el predicador elegido no puede permanecer con el astuto; y porque en ausencia del doctor el simulador progresa, Saúl no fue a la casa, sino que subió. Pues subir para los reprobos es progresar de mal en peor. Cuando, además, se dice que el soberbio desciende, se dice que sube. Pues subir a su casa para el soberbio es elevarse hasta la medida en que será condenado. Pues la casa del soberbio es la medida de su iniquidad. Porque mientras se les permite, por las cosas prósperas del mundo, ejercer tiranía, perturbar la tierra, oprimir a los buenos, afligir a los inocentes, ¿qué otra cosa hacen sino parecer que suben los soberbios? Pero porque está predefinido por Dios cuánto pueden dañar, cuánto pueden ser crueles, cuánto pueden elevarse por la tiranía, se les permite subir hasta su casa. Pues su casa es la medida de su iniquidad, en la que siempre estarán: porque cuando llegan a los plenos crímenes, son arrebatados por la muerte y castigados con tormentos eternos. Pues es como si permaneciera en la casa quien nunca puede salir de las penas de su conversación. Esto no solo puede entenderse convenientemente de los soberbios, sino también de los lujuriosos y de todos los reprobos. Pues en el ascenso, y no en la casa, aún estaban aquellos de quienes se dice: "Aún no se han cumplido los pecados de los amorreos" (Gen. XV, 16). De esto también dice el bienaventurado apóstol Pablo: "Para que llenen sus pecados" (I Tes. II, 16). Por lo tanto, suben a la casa cuando progresan en el mal hacia obras más iniquas, por las cuales soportarán tormentos eternos.

42. Pero se dice que Samuel se fue a Ramá. Pues los doctores separados de los reprobos no van, sino que se van. Pues van cuando dejan a los corregibles, porque a quienes dejan como enojados, después vuelven invitados por una buena enmienda. Por lo tanto, irse del doctor es abandonar a los impíos impenitentes con perpetua animadversión. Así, pues, abandonan a los que cometen pecados de muerte por impenitencia, de tal manera que no se ven obligados a volver a ellos. Por lo tanto, se dice bien: "Samuel no volvió a ver a Saúl hasta el día de su muerte". Y porque perciben que esto debe hacerse en la contemplación de la verdad suprema, se recuerda que se fue a Ramá. Pues la visión consumada es la razón perfecta de la verdad íntima. Para que, pues, la severidad de los predicadores no parezca excesiva a los carnales, cuando separan a los reprobos de la comunión de la Iglesia para siempre, que escuchen; porque después de que Samuel llegó a Ramá, no volvió a ver a Saúl; porque el doctor divide eternamente a aquel que no reconoce que pertenece al número de los elegidos. Pero esto se cree con confianza si en la forma de Samuel se ve más claramente el afecto de caridad de los predicadores de la santa Iglesia. Pues se muestra el celo de la severidad, porque se recuerda que no vio a Saúl hasta el día de su muerte. Del afecto de caridad, sin embargo, se añade:

(Vers. 35.) Sin embargo, Samuel lloraba por Saúl, porque al Señor le pesaba haber hecho rey a Saúl sobre Israel.

43. Pues, ¿qué significa que llora por quien se niega a ver, sino que incluso cuando los santos doctores muestran el celo de la rectitud, tienen el afecto de una gran caridad, y la magnitud de esa caridad se muestra porque se dice que llora por el rey rechazado? ¿Con qué afecto, pues, lloran los pecados de los súbditos elegidos, quienes han aprendido a llorar tan afectuosamente por los reprobos rechazados? Pues se muestra la insistencia del llanto porque se añade:

CAPÍTULO III.

(I Reg. XVI, 1.) Dijo el Señor a Samuel: ¿Hasta cuándo llorarás por Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel?

1. Pues, ¿a quién se le dice: "¿Hasta cuándo llorarás?" sino a quien se declara que llora insistentemente. Grande, pues, es el afecto de los santos, incluso cuando exteriormente manifiestan la severidad de la venganza. Pues exteriormente parecen severos, pero interiormente se derriten por amor. Al modo de las madres, golpean a los pequeños, pero gimen con afecto con los pequeños a quienes castigan. Pero, ¿qué significa que el Señor dice: "¿Hasta cuándo llorarás por Saúl?" ¿Puede una madre ver morir a su hijo y no llorar por la desgarradura de sus entrañas? Tolera al muerto sin llanto, quien muere, pero se debilita. ¿Qué significa que dice: "¿Hasta cuándo llorarás por Saúl?" Sino que los perdidos no deben ser llorados en exceso. Pues a menudo el doctor se aflige vehementemente por la pérdida del súbdito, pero se consuela con la consideración de la justicia suprema. Decir esto, pues, de Dios al profeta, ¿qué es sino aliviar la mente del predicador de la aflicción mediante el consuelo interno? Y porque a los prelados caídos se les subrogan los elegidos por la misericordia divina, el Señor, añadiendo, dice:

(Vers. 1.) Llena tu cuerno de aceite y ven: te enviaré a Isaí el belenita. Porque he provisto de entre sus hijos un rey para mí.

2. Como consolando a quien llora, dice: ¿Por qué se lamenta la persona rechazada, cuando se subroga a alguien mejor? De ahí que Saúl no fue previsto, pero David sí lo fue. Cuán grande y de qué calidad fue, se debe considerar rápidamente, ya que es determinado por el juicio y la elección de Dios todopoderoso. ¿Qué significa que Dios provee y el profeta es enviado a ungir, sino que se describen las costumbres espirituales de la santa Iglesia, que no se ve estableciendo nada, sino lo que contempla que Dios preelige y preordena? Ven, dice, te enviaré a Isaí el belenita. Porque he provisto un rey entre sus hijos. Como diciendo: No presumas nada de ti mismo, sino que seguirás ordenando a aquel que he previsto. De ahí que poco después añade, diciendo: Y ungirás al que te mostraré. ¿Qué significa esto, sino que deben ser profetas quienes, en la cumbre de la Iglesia, desean ordenar a otros? Pueden conocer al previsto por Dios, si consultan las Sagradas Escrituras para encontrar a la persona elegida como pontífice. Es como si Dios hablara cuando se elige a un Pastor tal como se recomienda en el sagrado discurso. Literalmente, se dice que Samuel viene por mandato del Señor, para ser apartado de la compasión por el rey reprobado y rechazado. Si, en cambio, pedía la restitución del caído con llanto continuo, fue para que cesara de tal intención. Y llenó su cuerno de aceite, porque en la unción del rey templó la sublimidad pastoral con el brillo de la alabanza. En efecto, atacó a Saúl con un cuerno áspero, porque derribó al pecador como con gran ímpetu, diciendo: Porque has rechazado la palabra del Señor, el Señor te ha rechazado para que no seas rey (1 Sam. 15, 23). ¿Qué significa, entonces, que se ordena llenar el cuerno de aceite, sino que se encomia la justicia del rey que ha de ser ungido? Como diciendo: El rey que ahora es ungido no será herido con reprensión, sino que será proclamado con el favor de una alabanza admirable, no necesita ser atacado, sino favorecido. Se envía a Isaí el belenita, para que se enseñe que el rey elegido será duradero. A través del patriarca Jacob, mucho antes se mostró el estado duradero del reino, porque dijo: No faltará príncipe de Judá, ni caudillo de entre sus descendientes, hasta que venga aquel que ha de ser enviado (Gén. 49, 10). Por tanto, se afirma que el rey previsto está entre los hijos de Isaí, para que se enseñe que el rey que ha de ser ungido no se apartará como Saúl, sino que será duradero. Como si despertara al profeta que languidece en la angustia del rechazado, diciendo: ¿Por qué se llora al rechazado por culpa, cuando se subroga a uno que ha de ser alabado?

3. Hemos tocado esto literalmente; ahora, bajo la narración de la letra, veamos la elección de nuestros prelados. ¿Qué significa que se ordena llenar el cuerno de aceite, sino que en la santa Iglesia debe elegirse un pastor que no deba ser reprendido como transgresor, sino que sea

recomendado con admirables alabanzas como ejemplo para otros? El cuerno es, en efecto, el arma de los animales. ¿Qué son la autoridad y la reprensión del sumo pontífice, sino armas? Los cuernos hieren cuando a los pecadores se les unen las agudezas mediante la reprensión. Herir con el cuerno es, pues, redargüir agudamente a los pecadores. El cuerno se llena de aceite cuando la sublimidad del predicador no tiene aspereza de amenazas, sino blandura de favores. O el cuerno se llena de aceite cuando al pastor elegido se le da tanto la sublimidad del cargo como la virtud de la unción, cuando se asciende a un grado sublime, pero quien se eleva a lo alto se llena de la abundancia de méritos. Los sacerdotes son ungidos con el cuerno lleno, porque alcanzan el grado supremo con la plenitud de las gracias. Y como el aceite enciende el fuego, el amor del corazón del doctor es el aceite. En el que se enciende el fuego, porque en la gordura de la boca arde la virtud y la gracia del Espíritu Santo. Por tanto, como el doctor debe tener la gordura de la gran caridad, se dice que el rey que ha de ser ungido es ungido con el cuerno lleno. También se dice plenitud del cuerno por la perseverancia de las gracias; pues quienes desfallecen antes del fin no merecen ser ungidos con la plenitud del cuerno. Aún se debe hablar de la plenitud de este cuerno; porque por eso se ordena, porque necesita una gran unción quien debe llenar a otros de su plenitud. De ahí que se dice que Moisés estuvo tan lleno, que el Señor tomó de su espíritu y lo dio a otros (Núm. 11). O el cuerno del profeta se llena cuando la sublimidad pontifical se prepara para enseñar cosas más perfectas. Cuando se ordenan príncipes de la Iglesia, no se les deben predicar cosas a medias de lo que deben hacer. Los pontífices llenan el cuerno cuando presentan virtudes plenas y perfectas que los príncipes elegidos de la Iglesia deben imitar. Y como quienes ungen deben ser espirituales, se les ordena llenar el cuerno. El cuerno es de carne, pero no está encerrado en la carne. El cuerno es, por tanto, la conversación espiritual del doctor. El cuerno vierte aceite cuando aquel que predica cosas elevadas las demuestra con una conversación elevada. Llenar el cuerno de aceite es recibir la predicación de grandes virtudes en una conversación elevada. Y lo vierte sobre la cabeza cuando lo imprime en la mente de aquel que viene nuevo al orden supremo. Cuando, por tanto, los elegidos son promovidos, son ungidos con el cuerno lleno, porque avanzan a la altura del orden con la virtud de la perfección.

4. Pero el profeta es enviado a Isaí el belenita, se provee un rey entre sus hijos, porque se elige a aquel pastor que ha sido instruido en la religión eclesiástica. Belén, por tanto, que se llama casa del pan, ¿qué otra cosa designa sino cada casa de religión? En efecto, con el nombre de pan se muestra la doctrina de la perfección, como atestigua Pablo, quien, exhortando a los débiles a la conversión, dice: Os di a beber leche, no alimento sólido. Aún no podíais, ni aún podéis (1 Cor. 3, 2). Si la leche es de los niños, el pan no es sino de los perfectos. De ahí que se dice del vigor del hombre perfecto: Habitará en las alturas, su refugio será la fortaleza de las rocas, se le dará pan (Is. 25, 12). En la casa del pan se busca al rey para unirlo, porque se promueven útilmente aquellos que son nutridos en el orden de la conversación perfecta. Pues aquel que puede hacer fuertes a otros, no ha sido nutrido en una conversación relajada y negligente. Por tanto, se busca en la casa del pan, porque al promover a un pontífice, se debe buscar la fortaleza de la conversación. De una congregación débil casi nunca se toma una persona de virtud. De ahí que se busque bien entre los hijos de Isaí, quien se llama salvación del Señor, o ciertamente salvación en absoluto. La salvación, en efecto, se dice correctamente del prelado. ¿Qué son los pecados y vicios, sino enfermedades del alma? Pero el predicador elegido, por la integridad de la sana doctrina, por la solidez de la inocencia, por el esplendor de la vida elegida, se llama correctamente salvación del Señor. Hay otros doctores cuyo discurso se extiende como un cáncer. De la familia de estos no se toma un rey, porque no conduce a las mentes enfermas a la salud, sino que las mata. Y es de notar que Isaí también se llama Jesse. Tiene un nombre doble, porque un buen doctor no siempre está en paz. En tiempo de paz se le llama salvación del Señor, para que se enseñe a

sanar los dones de las guerras, como dentro de los seguros vestíbulos de la casa. Pero en la guerra se le llama Jesse, porque se protege a sí mismo con fortaleza y protege valientemente a otros. Jesse, en efecto, se dice alivio de la isla. ¿Qué se entiende por el nombre de isla, sino las mentes rodeadas por las olas de las tentaciones? Son islas, porque aunque soportan grandes conflictos, no se mueven. De ahí que el salmista, proclamando la victoria de los elegidos, dice: El Señor reina, regocíjese la tierra, alégrense las muchas islas (Sal. 96, 1). El Señor reina, cuando ningún torbellino de enemigos inquieta su sede, es decir, las mentes elegidas; pero se regocija la tierra, porque los corazones sólidos de los doctores se alegran. Se alegran las islas, porque cuando superan las tentaciones con su gracia, los oyentes de los mayores se alegran. La tierra es la mente fuerte, y la lengua firme del doctor. La isla se dice del corazón fuerte del súbdito, que aún es atacado por las tentaciones, pero no se mueve. ¿Qué significa, entonces, que Jesse se llama alivio de la isla, sino que por la fortaleza de los doctores se elevan los corazones de los menores? Pues entre tantos oleajes de tentaciones caerían, si no se elevaran sus corazones al deseo de una vida alta por la fortaleza de los mayores. Por tanto, se describe que el rey está oculto entre los hijos de Isaí y Jesse, porque aquellos que vienen útilmente a la cumbre de la Iglesia son los que han aprendido del magisterio de los elegidos a guardar y disponer la paz, o a librar guerras espirituales. Bien se dice, entonces: Porque he provisto un rey entre sus hijos. En estos, y no en otros, se provee un rey, porque a la cumbre de la Iglesia no llegan por la gracia divina aquellos que no siguen el magisterio de los elegidos a través de todos los órdenes de los tiempos. Sigue:

(Vers. 2, 3.) Y dijo Samuel: ¿Cómo iré? Pues Saúl lo oirá y me matará. Y el Señor dijo: Tomarás un becerro de la manada en tu mano, y dirás: He venido a sacrificar al Señor. Y llamarás a Isaí al sacrificio, y yo te mostraré lo que debes hacer.

5. ¿Qué se muestra con estas palabras, sino que la astucia y la crueldad de los tiranos a veces deben ser burladas con un engaño piadoso? Por mandato del Señor se toma un becerro de la manada, se simula un sacrificio, y se llega a la unción real, porque mientras los tiranos desean hacer daño, se les deben presentar ciertas cosas que crean, para que no encuentren la oportunidad de hacer daño. Así deben ser burlados los tiranos, para evitar la culpa de la mentira. Esto se logra bien cuando se hace lo que se dice, pero lo que se hace se dice de tal manera que se oculta, porque se dice en parte y se calla en parte. Al profeta Samuel se le ordena ir a ungir al rey, y afirmar que va a sacrificar al Señor, no a ungir a un rey; para que, sacrificando, diga la verdad, y ocultando la unción, burle la crueldad del tirano, diciendo la verdad. Porque, en efecto, fue a sacrificar, poco después lo expone claramente, donde dice: Santificó, pues, a Isaí y a sus hijos, y los llamó al sacrificio.

6. Pero ya es mejor si vemos qué significan espiritualmente estas cosas. ¿Qué significa, entonces, que el profeta toma un becerro en su mano y así llega a ungir al rey? Pero, ¿qué es el becerro, sino el esplendor de la imagen del Redentor? Porque, en efecto, se esfuerza por hacer conforme al Redentor a aquel que elige, cuando predica la misma forma del Redentor, como si llevara un becerro en su mano. Y porque muestra el esplendor de la conversación del Señor, que predica, en la virtud de la obra; lleva el becerro que toma de la manada por la mano. Tomar el becerro en la mano es, pues, guardar la predicación de la conversación del Señor en la virtud de la obra. Así, ciertamente, yendo no es muerto, de otro modo sería muerto: porque quien dice y no hace, es condenado por la espada de su propia boca. ¿Qué significa que se le ordena decir: He venido a sacrificar al Señor? ¿Qué significa, además, que hace lo que dice, cuando viene y sacrifica, sino que quien promueve a otros debe ser de tal eficacia que no solo diga cosas buenas, sino que las persuada? La víctima del sacrificio, que se ve en la mano del profeta, se reconoce en el altar. ¿Qué es, en efecto, el corazón del oyente elegido, sino el altar de Dios? Cuando el doctor habla cosas buenas con la boca y las muestra

con la obra, el becerro está en la mano. Pero cuando lo que dice y hace persuade a los oyentes, la víctima está en el altar. Entonces, pues, sacrifica, cuando los corazones elegidos reciben por amor lo que resplandece en la palabra y el ejemplo del doctor, de la imitación del Redentor. Sigue: Y llamarás a Isaí al sacrificio: Tal vez este lugar insinúa que los súbditos no deben ser promovidos sin la conciencia de los preladados. Isaí es llamado primero al sacrificio, para que el bien que se ve que el súbdito va a asumir, se funde en la mente de su maestro. Bien se añade: Y te mostraré lo que debes hacer. Expresando lo mismo, dice:

(Vers. 3.) Y ungirás al que te mostraré.

7. Porque si Isaí no es llamado primero, no se le revelará lo que debe hacerse: porque sin la voluntad del maestro, no se debe hacer nada respecto a la persona del súbdito. Llamado él, se muestra lo que debe hacerse, porque con la voluntad del doctor religioso, la humildad del súbdito se eleva a la cima de la prelación. ¿Qué significa, además, que se dice: Ungirás al que te mostraré, sino que no todos los discípulos son iguales al pastor elegido? Hay, en efecto, entre ellos, algunos útiles para obedecer: otros obedecen humildemente y han aprendido a mandar discretamente. Dice, pues: Ungirás al que te mostraré: para que, cuando se busca una persona para la cumbre del sacerdocio, se requiera con gran sutileza. Con estas palabras, a los ordenadores de las Iglesias no se les deja nada propio en la elección de otros. A quien, dice, te mostraré, a ese ungirás. ¿Quiénes son los que ungen a quienes no muestra Dios, sino los que llevan a ser ordenados a la cumbre de las Iglesias por afecto carnal, que no disciernen méritos, sino que aceptan personas? Estos, en efecto, ungen reyes, pero no a los que son mostrados por Dios. Hacen lo que es suyo; quitan lo que es de Dios. Mostrar la persona es de Dios, proveer la unción es del ordenador. Por tanto, cuando ellos mismos se muestran a quienes deben ungir, no quieren tener a Dios como cooperador. De ahí que el Señor se queja por medio del profeta Oseas de tales elegidos, diciendo: Ellos reinaron, no por mí; se levantaron príncipes, y yo no lo supe (Oseas 8, 5). Se dice, pues, a los elegidos, lo que los reprobos no pueden oír: Ungirás al que te mostraré: para que no se promueva a nadie, sino a quien es digno de tan alto orden, se determine por la alabanza de las Sagradas Escrituras. En ellas, en efecto, habla el Señor, allí se recuerda cómo y cuán grande debe ser el maestro de la Iglesia. Aquel, pues, que es mostrado por el Señor es elegido, quien es recomendado por el sagrado discurso. Esto, en efecto, los malos rectores lo desprecian, los buenos lo hacen. De la obediencia de los buenos se dice correctamente:

(Vers. 4.) Hizo, pues, Samuel lo que el Señor le dijo. Llegó a Belén, y se admiraron los ancianos de la ciudad, saliéndole al encuentro.

8. En la historia, los ancianos se admiran, porque el profeta no solía ir allí. En este lugar tal vez se señala que los doctores elegidos rara vez deben ser vistos en público, deben estar frecuentemente en secreto, vacíos de negocios civiles, llenos de los espirituales. Es, pues, un milagro para el pueblo ver en público la persona del pastor. Se admiran de que salga, a quien sabían cultivador del secreto. Y como es elevado en gran veneración del pueblo, se dice que los ancianos de la ciudad, admirados, le salieron al encuentro. Porque no el pueblo, sino los ancianos se admiran, se muestra la perfecta virtud de los doctores, que no es alabada por los pequeños y simples, sino por los grandes y eruditos. Quienes también preguntan sobre el ingreso pacífico del profeta. Como si, pues, amenazara un ingreso no pacífico, quien decía: ¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con vara, o con espíritu de mansedumbre? (1 Cor. 4, 21). ¿Qué significa, entonces, que se dice:

(Vers. 4.) ¿Es pacífico tu ingreso?

9. Sino que los fieles elegidos, al considerar bien los actos de los doctores espirituales, en ellos, ciertamente, piensan en la voluntad divina. Porque, en efecto, sabían que Samuel era profeta, ciertamente porque conocía los secretos de la dispensación divina. Por tanto, al preguntar sobre el ingreso pacífico, ¿qué otra cosa hacen al preguntar, sino querer conocer el secreto del consejo divino? Ojalá también nosotros, cada vez que vemos a hombres santos, nos esforzáramos por inquirir sobre la seguridad de nuestra paz, y diligentemente saber de ellos cómo somos vistos por Dios, ya que no tenemos ojos de conocimiento propio. El ingreso de los doctores es pacífico, pues, cuando vienen a aquellos que no deben ser heridos por culpa, sino alabados por justicia. Quien, pues, venía a promover al justo, respondió diciendo:

(Vers. 5.) Pacífico, he venido a sacrificar al Señor. Santificaos y venid conmigo, para que sacrifiquemos.

10. Con los doctores van, para sacrificar, quienes dirigen su intención a lo alto. Y el profeta sacrifica ante los que van, cuando el doctor ata en los corazones de los asistentes lo que pronuncia con la palabra. Pero para atender un poco a la historia, es necesario examinar cuidadosamente lo que se dice: Santificaos y venid conmigo. Si, en efecto, no se atreven a estar presentes en el sacrificio sin ser santificados, ¿qué se debe pensar de los que sacrifican? La santificación del cuerpo es la castidad, la santificación de la mente es la caridad y la humildad. Santifíquese, pues, el invitado al sacrificio, pero más se le exige a quien invita. Noten los sacerdotes lo que dicen a los invitados: Venid conmigo. Vienen, pues, santificados con ellos, si los sacerdotes puros se acercan a los servicios de Dios con pueblos puros. Venir con ellos es acercarse puros con puros. Pues si los pueblos son puros, y los sacerdotes no lo son, no vienen con ellos: porque no se acercan con igual orden de pureza. Oigan lo que otro profeta advierte a los tales, diciendo: Purificaos, los que lleváis los vasos del Señor (Is. 52, 11). Oigan también lo que dice: Lavaos, sed limpios (Is. 1, 16). Porque, pues, los pueblos deben ser purificados, dice: Santificaos. Porque, además, los hombres supremos deben permanecer siempre en el continuo estado de su pureza y atraer a otros a la forma de su pureza, añade: Y venid conmigo. Pero porque los ancianos son invitados al sacrificio, ¿qué demuestran en figura, sino que para elegir a un pontífice, o para ungirlo y consagrarlo, deben ser llamados muchos hombres sabios y religiosos? Quienes, ciertamente, se santifican y vienen, si proponen no seguir nada carnal en esa elección. Santificarse para ellos es, en efecto, llevar una intención espiritual y santa para recibir los dones del Espíritu Santo. Bien se dice en la figura de los elegidos y de Isaí y sus hijos:

(Vers. 5.) Santificó, pues, a Isaí y a sus hijos, y los llamó al sacrificio.

11. Y porque hemos enseñado que el Señor muestra a los pontífices que deben ser elegidos a través de las sagradas escrituras, veamos ahora qué tipo de personas muestra y qué tipo de personas rechaza, hablando los misterios de esta sagrada historia. Sigue:

(Vers. 6, 7.) Y cuando entraron, vio a Eliab, y dijo: ¿Está delante del Señor su ungido? Y el Señor dijo a Samuel: No mires su rostro, ni la altura de su estatura, porque lo he rechazado, ni juzgo según la apariencia de los hombres. El hombre ve lo que aparece, pero el Señor mira el corazón.

¿Qué significa para los sabios entrar, sino adentrarse en el sutil santuario de la discreción? Pero Eliab vio la entrada: porque el pastor de la santa Iglesia reconoce como digno de la prelación a aquel que tiene tanto la fortaleza de las buenas obras como el conocimiento de la

verdad. ¿Qué significa, entonces, que el Señor le ordene no mirar ni su estatura ni su rostro, sino que en la santa Iglesia ni la obra ni el conocimiento se predicen sin humildad? ¿Qué es el rostro de alguien, sino la conversación exterior por la cual se le conoce? ¿Y qué es su estatura, sino la altura del conocimiento por la cual se eleva a lo superior? ¿A quiénes, entonces, representa mejor Eliab que a los que actúan bien y son eruditos, pero arrogantes? De ahí que Eliab se interprete como "Dios es mi padre". Este es precisamente el nombre que se atreven a presumir. ¿Qué significa que se diga "Dios es mi padre", sino que, mientras actúan bien con fortaleza y entienden sabiamente las cosas espirituales, se glorían de haber pasado al número de los hijos de Dios por mérito singular? Porque dirían "Padre nuestro", no "Padre mío", al Señor omnipotente, si por humildad se vieran a sí mismos en el orden de la generación celestial junto con los demás elegidos. Por tanto, con razón es rechazado, porque en la cumbre espiritual solo se prefieren los humildes. Así, el profeta indaga sutilmente sobre la persona que debe ser ungida, diciendo: "¿Está su Cristo delante del Señor?" Esto sucede ahora cuando el sumo doctor conoce la vida y la inteligencia del elegido, pero aún indaga sobre la virtud de la humildad. Pero ve su rostro y estatura rechazados cuando reconoce que, aunque tenga algo hermoso en la obra y algo elevado en la erudición, carece de la virtud de la humildad. Con razón, entonces, el Señor dice: "Lo he rechazado, no juzgo según la apariencia del hombre, porque el hombre ve el rostro, pero Dios mira el corazón". Como si dijera: Los hombres suelen alabar las grandes obras y las palabras de sabiduría; pero yo no alabo ni las palabras ni las obras que no veo fundadas en la verdadera humildad. Temblarían ante el rechazo de su indignidad aquellos que son así, si quisieran escuchar atentamente lo que el Señor dice al profeta: "No mires su rostro, ni la altura de su estatura, porque lo he rechazado". Consideran grande lo que hacen los arrogantes, pero he aquí que el Señor dice que es tan vil que ni siquiera debe ser considerado. Pero, quitado este, se muestra lo que sigue:

(Vers. 8.) Y llamó Isaí a Aminadab y lo hizo pasar delante de Samuel. Y dijo: Tampoco a este ha elegido el Señor.

12. Aminadab se interpreta como "urbano". Con razón, entonces, es rechazado al consultar al Señor, porque la santa iglesia no elige para el gobierno de las almas a quien es hábil en los negocios seculares, sino a quien es decoroso en la conversación espiritual. Son urbanos aquellos que, dejando de lado la intención de las cosas celestiales, intentan mostrarse hábiles en los estudios exteriores. Por tanto, tampoco a este ha elegido el Señor, porque el piadoso pastor debe proveer a los rebaños de los fieles con cosas celestiales, no terrenales, no con cosas débiles y pasajeras, sino con cosas sublimes y eternas.

(Vers. 9.) Hizo pasar también a Sama, de quien dijo: Tampoco a este ha elegido el Señor.

13. Sama se interpreta como "oyente". ¿Qué, entonces, designa Sama, sino a los obedientes y simples? Escuchar para ellos es cumplir obedeciendo lo que se les manda por los mayores. De ahí que sobre la obediencia del pueblo gentil se diga por el salmista: "El pueblo que no conocí me sirvió, al oír con el oído me obedeció" (Sal. XVII, 45). ¿Qué significa, entonces, que se diga que no son elegidos por el Señor, sino que en la cumbre de la Iglesia no se colocan humildes ignorantes, sino humildes sabios, que saben tanto hacer lo que se les manda como mandar sabiamente lo que debe hacerse? Debe hacer y enseñar. Que haga, pues, humildemente, que enseñe sabiamente. Porque, entonces, quienes saben hacer por humildad, pero no saben mandar por erudición, no son aptos para ser asumidos en la dignidad real, se dice que Sama no es elegido para el reino por el Señor. De aquí, entonces, que los simples e inobedientes comprendan cuán penosamente se imponen para preeminencia, si el Dios omnipotente no acepta para el gobierno ni siquiera a aquel que es llamado oyente por la

humildad de la obediencia. Y porque la santa Iglesia tiene muchos de estos, tanto simples y bien vivientes como humildes sabios, sigue:

(Vers. 10.) Hizo pasar, pues, Isaí a todos sus hijos delante de Samuel. Y Samuel dijo: No ha elegido el Señor a ninguno de estos.

14. Porque en el número siete suele designarse la perfección, lo atestigua el profeta Isaías, quien, afirmando los dones del Espíritu Santo que permanecen en nuestro Redentor, dice: "Reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el espíritu del temor del Señor" (Isa. XI, 2). ¿Qué significa, entonces, que estos, porque son rechazados del oficio de la predicación, se designen en el número siete, cuando el mismo número designa la perfección que nadie tiene sino por la infusión del Espíritu Santo? Pero esto se afirma convenientemente: porque a muchos se les da la gracia del Espíritu Santo para vivir bien, pero no se les da para enseñar. Y porque son muchos, y perfectos en la buena obra, se contienen adecuadamente en el número siete. También porque hacen cosas robustas y no entienden las sutiles, son rechazados del gobierno del reino. Y son siete, pues, los hijos, y ninguno de ellos es asumido para el gobierno de las almas: porque, aunque saben gobernarse a sí mismos con fortaleza viviendo bien, no pueden proteger a otros con fortaleza a través de la doctrina. Nunca debe precipitarse el ordenante de la Iglesia en ordenar, porque, aunque tiene muchos que no son idóneos para asumir el cuidado de las almas, no pueden faltarle quienes puedan presidir. Busque, pues, el doctor con insistencia, no deje de buscar hasta que pueda encontrar a los ocultos. Las grandes virtudes de los elegidos, como tesoros del Dios omnipotente, casi siempre están en secreto. Porque el Dios omnipotente actúa como los ricos temerosos: para no perder los tesoros de las virtudes, los coloca en las mentes de los elegidos y oculta esas mismas mentes en secreto. Busque, pues, quien desea ordenar, o más bien adornar, la cabeza de la Iglesia, los tesoros ocultos. Desea adornar a la esposa de Cristo; pero no puede, a menos que saque los tesoros ocultos del esposo para su adorno, y no desista hasta que los encuentre ocultos. Pero ¿por qué exhorto a los pastores a buscar, cuando, a menos que Dios saque a la luz los ocultos, no pueden ser encontrados? ¿Qué significa, entonces, "Ungirás al que te mostraré"? Sin embargo, deben ser buscados, porque, a menos que sean buscados por mucho tiempo, no se muestran. Porque el Señor promete mostrarse, y sin embargo el profeta se esfuerza por buscar, para merecer encontrar. De ahí que el Señor ordene la insistencia en buscar, diciendo: "Buscad y encontraréis, pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá" (Mat. VII, 7). Buscando, pues, el profeta, y ya rechazados muchos, perseverando en buscar, ¿qué nos insinúa, sino que no se permita que los indignos lleguen a la cumbre de la religión por ninguna dispensa? Porque, aunque en muchos negocios de la santa Iglesia la dispensa es saludable, es ciertamente letal y mortal donde se permite que lleguen al primado de otros los ciegos por ignorancia, los sabios irreligiosos o los proyectados para los negocios seculares. Estos, ignorando, aquellos sabiendo y no haciendo, destruyen las almas de los súbditos: aquellos, además, descuidando lo espiritual, siguiendo lo carnal y terrenal. Aquellos, en verdad, se esfuerzan con todas sus fuerzas para que se alaben lo que dicen; estos no saben qué decir; aquellos se esfuerzan con toda su intención para ser honrados más abundantemente entre los grandes del mundo: quienes ciertamente son tanto peores que los primeros, cuanto aquellos quieren aparecer sublimes en lo espiritual, estos en lo carnal y secular. El fin de estos es el deseo de ser sostenidos por riquezas, exaltados por honores, elevados por las familiaridades de los poderosos de este mundo. De todos estos afectos de mente reprobada puede surgir la negligencia de las almas de los súbditos, el desprecio de Cristo y la dilapidación de las facultades de la Iglesia. Busque, pues, el doctor, para que no prefiera a los

indignos por ninguna dispensa: porque lo que es letal nunca debe permitirse. De ahí que se añada:

Y Samuel dijo a Isaí: ¿Están completos los hijos?

¿Qué significa que busque a otro, sino que no debe descansar el buscador antes de merecer encontrar? Y porque a menudo lo rechazado y vil exteriormente es elevado interiormente, sigue:

(Vers. 11.) Y respondió: Aún queda el menor, que está apacentando las ovejas.

15. ¿Qué significa "el menor", sino el despreciado? Despreciado, digo, por sí mismo, no por Dios: porque por Dios alguien es despreciado por soberbia; es despreciado por sí mismo quien es considerado vil y humilde. O se dice "el menor" porque en comparación con los demás no parece ser algo. Se dice, pues, que el humilde es despreciado; porque se ve despreciado y lo tolera, no se preocupa por mostrarse, sino que apacienta las ovejas; porque nutre pensamientos simples en la contemplación de la herencia eterna. De estos pastos de los elegidos ciertamente dice el Señor: "Entrarán y saldrán, y hallarán pastos" (Juan X, 9). Tienen, en efecto, pastos de contemplación interior, y pastos de buena obra exterior. Interiormente enriquecen su mente con devociones, exteriormente se sacian con obras piadosas. Con razón se dice que este pequeño apacienta las ovejas, porque cada elegido es humilde, y no es estéril, quien diariamente hace grandes cosas, pero no siente grandes cosas de sí mismo. Con razón, pues, no solo se dice pequeño, sino pastor: porque quienes son verdaderamente humildes se rebajan exteriormente, pero por la sociedad interna permanecen en pastos sublimes y eternos. Porque está escrito: "Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes" (I Pedro V, 5). ¿Y qué gracia, sino para que vean y conozcan las cosas sublimes, las conozcan y amen, y corran hacia ellas como gordos y fuertes? Este, pues, porque es muy idóneo, se ordena que sea presentado con insistencia. Porque sigue:

(Vers. 11.) Y Samuel dijo a Isaí: Envía y tráelo. Porque no nos sentaremos a la mesa hasta que él venga.

16. ¿Qué significa, "No nos sentaremos hasta que venga"? ¿A quién busca, sino porque en la observancia del ayuno deben celebrarse los sacramentos de la unción? Pero no solo debemos atender a los sacramentos mismos, sino a la fuerza de los sacramentos. Porque hay ciertos alimentos que, si no se evitan, no permiten ungir bien a los reyes. Los negocios exteriores de la Iglesia son ciertos alimentos del alma, que los elegidos administran devotamente. Pero si el alma se sacia con la multitud de negocios, no se permite entrar perfectamente en lo espiritual. Cuando, pues, lo espiritual urge, lo exterior se pospone: porque deben disponerse con gran quietud de mente. Sigue:

(Vers. 12.) Envió, pues, y lo trajo.

Se trae al futuro rey, cuando los humildes son sacados de sus escondites. Ciertamente están ocultos, pero en los pastos; porque, aunque se ocultan a los hombres dentro de la vileza e insignificancia de la carne, grande es la amplitud de la contemplación celestial en la que habitan. Pero veamos cómo aparece ya el prelado. Sigue, pues, y dice:

(Vers. 12.) Era rubio, de hermoso aspecto y de bella presencia.

17. ¿Qué significa que se afirme tanta belleza del rey, sino que la persona del doctor debe estar adornada con grandes resplandores de virtudes? Porque se dice del Redentor: "Su

espíritu adornó los cielos" (Job XXVI, 13). Los cielos son, en efecto, los sublimes predicadores. Estos cielos ciertamente están adornados por el espíritu, porque las virtudes con las que brillan las reciben del Espíritu Santo. ¿Qué significa, entonces, que se diga que era rubio, sino que a menudo en la materia roja se designa el fervor de la caridad? De ahí que en la vestidura del pontífice se coloque el carmesí teñido dos veces, para que se vista de doble caridad. Se dice, pues, que es rubio por el ardor de la caridad, porque al exhibir los ardientes preceptos de la caridad, parece ruborizarse por el calor. ¿Qué significa, además, "hermoso de aspecto", sino conspicuo por la contemplación interna? Como si tuviera un hermoso aspecto quien resplandece con el decoro de la visión en la contemplación interna. ¿Qué significa, entonces, la presencia, sino la gloria exterior de la honestidad? Porque, como se conoce a alguien por su rostro, el decoro de la presencia es la clara honestidad de la conversación. Como si se viera por el decoro de la presencia a quien se encuentra espléndido en todo gesto del cuerpo. Es, pues, rubio el doctor por el trabajo de la obra piadosa, hermoso de aspecto por el fulgor de la contemplación. El decoro de la presencia es la misma belleza de la caridad. Porque a través de otras virtudes recibimos la forma de la santidad; a través de la misma caridad, vestimos esa forma con un decoro admirable. Esas otras virtudes son el cuerpo de la justicia, pero la caridad es correctamente entendida como el rostro de este cuerpo. Porque por el rostro, no por el cuerpo, se conoce a alguien. Porque si ves el cuerpo y no ves el rostro, no reconoces a aquel cuyo cuerpo solo ves. ¿Qué significa, entonces, que se responda a las vírgenes necias por el esposo: "No os conozco" (Mat. XXV, 12)? He aquí que por grandes trabajos se conserva la virginidad, y la misma virginidad se reconoce como una gran e incomparable virtud. ¿Qué significa, entonces, que las vírgenes necias no sean reconocidas por el esposo, sino que tienen cuerpo con el que subsisten, pero no tienen el decoro del rostro que el esposo reconozca? Tienen, en efecto, el trabajo de conservar el cuerpo, pero no tienen el decoro del rostro en la perfecta caridad. Estos tres, en el orden en que se ponen, progresan en la conversación del elegido. Porque no puede tener hermosos aspectos de contemplación quien no se ejercita primero vehementemente en el trabajo de la obra piadosa. Las alegrías de la luz eterna, la inmensidad de esa suma luz, ese vigor eterno de esplendor inefable, cuanto más laboriosamente se busca, más ampliamente se revela a los que buscan. Quien ya es así, ciertamente se considera idóneo para enseñar; pero a menos que resplandezca con bella presencia, a menos que lleve una mente iluminada por los rayos de la caridad perfecta, no se prueba digno de tanta altura. Sea, pues, rubio el pastor, y no sea remiso en la obra; sea hermoso de aspecto, es decir, sublime en la contemplación; sea de bella presencia, para que todo el vigor de la obra y la altura de la contemplación, conocido por los ojos de la majestad suprema, esté fundado en la inefable belleza de la caridad. Estos tres, pues, insignias de inmenso decoro, porque el doctor de la santa Iglesia debe tener, por todos se asume a Pedro, y se le pregunta tres veces si ama al Redentor. Primero se le dice: "Pedro, ¿me amas?" (Juan XXI, 16), para que se esfuerce en hacer cosas fuertes por amor; segundo, para que conozca cosas altas en la contemplación; tercero, para que con el afecto de la caridad perfecta arda tanto hacia el prójimo como hacia la especie del Creador. Así, pues, tan hermoso, tan decoroso niño, ¿con qué testimonio se presenta? Escuchemos. Porque sigue:

(Vers. 12.) Levántate y úngelo, porque este es.

18. ¿Qué significa, "Levántate y úngelo"? ¿Era tan pequeño que no podía ser ungido sentado? Porque sentados no podemos tocar las cosas altas. Grande, pues, es la virtud, grande la altura de los humildes, si ni siquiera los profetas alcanzan sus cumbres. Se levanta, pues, el profeta, cuando el pontífice se erige en la maravillosa veneración del elegido predicador. Porque exteriormente ve al humilde como si lo contemplara; pero el mérito interior, a menos que se eleve en la contemplación interna, no lo reconoce. Se ordena, pues, al doctor levantarse:

porque a quien quiere impartir tan grandes sacramentos, debe primero conocer la sublimidad de sus méritos. ¿Qué significa, entonces, "Levántate y úngelo, porque este es", sino que sublime ofrece los sacramentos sublimes de manera sublime? Porque a menudo los pastores indiscretos conocen la vida negligente y reprobable de los que se acercan, y no temen promoverlos. Estos ciertamente ungen, pero no se levantan; porque a quienes otorgan los sacramentos de la unción, no los ven situados en el alto lugar de los méritos. Cuando, pues, se muestra sublime el doctor, se aconseja al ordenante levantarse; porque los sacramentos de la unción se otorgan dignamente por el ministerio cuando el que va a ser ungido se ve en la alta sublimidad de la virtud. De quien, sin duda, se dice: "Porque este es". Si, pues, este es, no es otro; porque, a menos que resplandezca con estas virtudes, es necesario que no alcance el orden de tanta altura. A quien, pues, el Señor prometió mostrar, lo muestra rubio y hermoso de aspecto, y de bella presencia, diciendo: "Porque este es". Porque nadie debe subir a la cumbre del gobierno que no tenga el vigor de la gran obra, a saber, el conocimiento de la contemplación y el fervor de la caridad. Bien, pues, se añade:

(Vers. 13.) Tomó, pues, Samuel el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos.

19. Se levanta el cuerno de aceite, para enseñar que toda la vida del pontífice debe ser espiritual. Se levanta el cuerno de aceite, para que el maestro de la Iglesia se esfuerce en ser un hombre de gran misericordia en el excelente licor. Se unge con aceite la cabeza del rey, porque debe brillar sobre el candelabro a través de la llama de la palabra. El cuerno recibe el aceite, para purificar reprendiendo y atraer con suavidad mediante la misericordia. El cuerno también recibe en la sublimidad del orden el aceite para fomentar la virtud. Pero se unge con un cuerno lleno, para enseñar que la virtud del pontífice es plena. En efecto, el cuerno está lleno en su unción si es perfecto tanto en la virtud de la misericordia como en la caridad y la palabra. También se reconoce que el cuerno está lleno en su unción, cuando todo su poder se dispensa por misericordia. Pues la misma autoridad de la santa Iglesia, cuando está sin misericordia, no es nada; porque entonces la disciplina espiritual es rigurosa, cuando no carece del ungüento de la misericordia. Por lo tanto, se muestra el cuerno y el aceite juntos, para que la disciplina siempre se mantenga con misericordia. Se dice que el cuerno está lleno de aceite; para que dondequiera que el cuerno muestre su agudeza, exhiba la unción de la gracia derramada. Pero mientras la unción se lleva para ungir al rey, el cuerno se ve por fuera, y la plenitud del aceite se oculta por dentro. Por lo tanto, el profeta lleva el cuerno por fuera, lo llena de aceite por dentro; insinúa el texto por fuera, declara los sacramentos por dentro. Sepa, pues, el profeta lo que otorga; sepa el rey ungido, al recibir lo que se le ofrece, qué debe hacer. ¿Qué es, entonces, lo que está por fuera como cuerno, y por dentro como aceite, sino que a menudo la dureza de los súbditos merece sentir la reprensión del pastor, pero no atender algo de su misericordia? Por lo tanto, el rector muestra el cuerno, en el que el aceite está oculto; porque cuando alguien es corregido severamente por caridad, se siente el castigo, pero no se ve la caridad. En efecto, se ve al rector severo, que reprende como si no amara; como si odiara vehementemente, así objurga. ¿Qué ven entonces los compungidos, sino la agudeza del cuerno, con la que son heridos más agudamente? Pero porque el pastor ama mucho antes en su interior a quien hiere reprendiéndolo por fuera; ¿qué otra cosa muestra reprendiéndolo que el cuerno, y oculta amándolo el aceite? Por lo tanto, se afirma que el cuerno está lleno en la unción del rey, para enseñar que en el predicador elegido ambos son perfectos. Pues debe ser agudo para reprender, suave para tener misericordia. Que hiera perfectamente, para que toda la fuerza de la enfermedad sea perfectamente extirpada; que unja perfectamente por misericordia, para que las heridas que punza sean llevadas a la salud. Pues si hiere menos violentamente de lo que debe, no expulsa más lo que está oculto. Y si hiere violentamente y no unta abundantemente, mata al herido por la austeridad y no lo

devuelve a la salud. Sea, pues, íntegro el cuerno, íntegra la plenitud del aceite, para que las heridas sean golpeadas austeramente por el cuerno, y sean consoladas por el aceite.

20. Pero, ¿qué significa que se unge en medio de los hermanos, sino que se le ordena esparcir ejemplos de virtud por todas partes? Se unge en medio de los hermanos, para que todos puedan hacerse partícipes de tan gran unción. Pues quien se coloca en medio, es visto desde todas partes. En efecto, se unge con aceite en medio de los demás: porque quien se pone como ejemplo para los demás, no debe tener ninguna parte de sí mismo oscura, para que todos lo miren y tomen de él el ejemplo de la luz. Por eso también se describe a los santos animales con ojos alrededor (Ezequiel I): porque el doctor elegido, al recibir el ardor de la caridad, la virtud de la misericordia, el celo de la rectitud por el don del Espíritu Santo, habita como en un globo de luz, que lo hace resplandecer por todas partes ante los que lo rodean. O se unge en medio de los hermanos, para que siempre se considere ungido y en medio. Reconozca, pues, su dignidad, y ejerza la fuerza de la dignidad, porque está ungido. Vea que está en medio, y que es un hombre de condición común, para que reconozca que aquellos a quienes supera son iguales a él. Por lo tanto, se unge en medio de los hermanos, para que sea humilde y sublime. Sublime en orden, humilde en estimación. También se unge en medio, para que no se ame con amor privado, sino que busque el beneficio de los demás en todo lo que sobresale. Por eso también se dice que Saúl fue ungido solo en la parte extrema de la ciudad (1 Samuel IX). ¿Qué significa que es ungido solo por uno solo, sino que debía enorgullecerse del poder del culmen por amor privado? Pues al querer amarse singularmente por la dignidad recibida, llevó solo el unguento de la luz. Por eso también se envía al joven que lo acompañaba: porque ninguno de los elegidos sigue sus ejemplos, quien es reprobado por la autoridad divina. David, por lo tanto, es ungido en medio de los hermanos: porque el doctor elegido no se gloria en el amor singular por ser elevado con singular sublimidad. Y porque los dones espirituales en los rectores elegidos se acumulan por el ministerio de los hombres, se añade:

(Vers. 13.) Y el espíritu del Señor se dirigió a David desde aquel día y en adelante.

21. En efecto, el espíritu del Señor se dirige después de la unción: porque recibimos los sacramentos por fuera, para que seamos llenados por dentro con la gracia del Espíritu Santo. Pues por fuera el hombre, por dentro Dios obra, y no el hombre. Pues por fuera el hombre se levanta, por dentro el espíritu se dirige: porque el hombre ofrece el orden de la religión al hombre, pero en aquel a quien se le da el orden, el espíritu se dirige, para que reciba por fuera la sublimidad del orden, y por dentro la fortaleza del Espíritu Santo. Por fuera se confía el orden, para que deba hacer lo que es de Dios; por dentro se dirige el espíritu, para que lo que se le impone, lo haga poderosamente. En efecto, la carga del orden es grande, la fragilidad de la carne es grande. Por lo tanto, porque se confía una carga tan grande a un débil, el espíritu se dirige: para que el débil sea fortalecido, y lleve la gran carga con tanto más agrado, cuanto más el omnipotente espíritu lo ayuda a llevarla con más fuerza. Pero se dice que el espíritu se dirige, para que se sienta convertido del rey soberbio. Por lo tanto, el espíritu se dirige a otro, cuando la gracia del mismo espíritu huye de los soberbios y falsos. Por eso también está escrito: El espíritu del Señor de la disciplina huirá del falso (Sabiduría I, 7). De ahí que también en el Evangelio dice por sí mismo: El espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va (Juan III, 8). En efecto, el espíritu viene y va, porque abandona a los reprobos, asume a los elegidos. Y porque el juicio del omnipotente Dios es inescrutable, el hombre no sabe de dónde viene y a dónde va: porque no se puede saber si alguien debe perseverar para siempre en la gracia que recibe. Por lo tanto, se dice que el espíritu viene de aquel que ha fallado, para ir a aquel que perseverará: porque a unos los abandona en el tiempo, a otros los asume, y sin embargo no los abandona. Por eso también en

el tipo de los elegidos se dice de David: El espíritu del Señor se dirigió a David desde aquel día en adelante. En el día de la unción se dirige, cuando así recibimos por fuera los sacramentos de Cristo, para que seamos llenados por dentro con la gracia del Espíritu Santo. Y el espíritu se dirige en adelante, quien nunca se aparta de la gracia que recibe. A esta gracia del espíritu dirigido la atribuimos a los predicadores, para que la otorguemos a todos los órdenes de la santa Iglesia. Pues quienquiera que recibe la fe de nuestro Redentor, renace por el bautismo de nuestra redención, y es redimido de todo pecado por la gracia del Espíritu Santo. Por eso también el apóstol Pablo, insinuando el don del mismo Espíritu Santo a los elegidos redimidos, dice: En quien fuisteis sellados en el día de la redención (Efesios IV, 30). Si, por lo tanto, consideramos al pueblo que antes era soberbio en la circuncisión, vemos igualmente en los bautizados la dirección del mismo espíritu. En el cual, en efecto, somos dirigidos, porque por la soberbia perdieron la gracia del Espíritu Santo. ¿Qué significa, entonces, lo que se dice, Desde aquel día y en adelante, sino que la gracia del Espíritu Santo se recibe de tal manera, que se enseña a los elegidos a perseverar en ella hasta el fin? Muchos, en efecto, después de la remisión de los pecados, cometen pecados de muerte, en los cuales ciertamente no se ve que el espíritu se dirija en adelante. Por lo tanto, el espíritu se dirige en los elegidos solo desde aquel día en adelante, porque a los reprobos en el inicio de la fe se les perdonan los pecados por el Espíritu Santo, pero luego pierden la gracia del Espíritu Santo por la iniquidad. En efecto, se dirige en adelante, pero en David, porque se interpreta como mano fuerte. En efecto, es mano fuerte quien prevalece sobre el diablo, y retiene el bien que recibe por la perseverancia hasta el fin. De los cuales ciertamente el Señor dice: El que persevere hasta el fin, será salvo (Mateo X, 22). Pero si se contempla el estado de la Iglesia universal, vemos que el espíritu del Señor se dirige en David en adelante: porque la gracia del Espíritu Santo comenzó a llenar a los elegidos de la santa Iglesia desde los comienzos de la misma Iglesia, a quienes no deja de custodiar hasta el fin del mundo.

22. Ya, en efecto, según nuestro propósito, el libro debe cerrarse al final; pero vuelve a la memoria que referimos los principios del volumen a la conversación del Redentor. Y porque por Juan se afirma que el mismo Redentor nuestro es el principio y el fin, el libro se cierra con un excelente final, si se consuma en la narración de nuestro Redentor (Apocalipsis I, 8). Por lo tanto, David, mano fuerte, insinúa al mismo Redentor del género humano, quien prevaleció sobre el antiguo enemigo, y sacó a los elegidos de su poder. Quien se dice hijo de Isaí el belenita, porque quiso nacer de aquel pueblo, al que sació con el conocimiento de las santas Escrituras como con pan. En efecto, Judea fue la casa del pan, que tuvo el sólido alimento de las Escrituras en la inteligencia espiritual, como de pan. ¿Qué significa, pues, Samuel, sino, como ya hemos dicho muchas veces, el orden de los nuevos predicadores? ¿Qué significa, pues, David, sino que insinúa al Redentor? Por lo tanto, Samuel es enviado a ungirlo. Ungirlo, en efecto, es predicar su incomparable santificación a los ignorantes. Pues como si se ungiera, cuando se abre el olor de su opinión a los ignorantes. En efecto, lo ungió quien decía: Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (Colosenses II, 9). Pero, ¿por qué solo recibimos a los nuevos predicadores para su unción, cuando también vemos que los antiguos lo ungieron tan venerablemente? ¿Qué, en efecto, huele mejor y más suavemente, que aquello que el profeta Isaías derramó en él, diciendo: Reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de conocimiento y piedad; y lo llenará el espíritu del temor del Señor (Isaías XI, 2)? De ahí también, quien es sostenido en las manos, hablando David a él, dice: Hermoso en forma más que los hijos de los hombres, se ha derramado gracia en tus labios (Salmo XLIV, 3). Y poco después: Te ha ungido Dios, tu Dios, con el óleo de la alegría más que a tus compañeros. Pero Daniel lo ungió, y ofreció a los judíos el sacramento de toda unción, diciendo: Cuando venga el Santo de los santos, cesará vuestra unción (Daniel IX).

Por lo tanto, el profeta es enviado a ungirlo; porque su olor nunca es captado por los pequeños, a menos que se divulgue por las bocas de los predicadores. Por eso también aquellas tres mujeres preparan aromas, y ungen al Redentor en el sepulcro (Marcos XVI). En el sepulcro, en efecto, Jesús es ungido, cuando se predica la gloria de su resurrección. Por eso también cuando vienen, no encuentran a Jesús; porque cuando bien disputan sobre la muerte del Señor, muestran al muerto ya resucitado, y como viniendo no lo encuentran; porque donde bien conocen la causa de la muerte, encuentran que la vida ha sido devuelta por su muerte.

23. Pero, ¿qué significa que se le ordena llenar el cuerno de aceite? ¿Qué fue, en efecto, la austeridad de la ley, sino la agudeza del cuerno? Pues como si el cuerno golpeará, mientras no perdonaba los pecados por misericordia, sino que los castigaba infligiendo pena. Por lo tanto, el cuerno se llena de aceite; porque se unge a tal Rey, que perdona misericordiosamente los pecados de los hombres, no los castiga por la austeridad de la ley. Pues los cuernos de Moisés llevaban, quienes decían al Señor sobre la que había sido sorprendida en adulterio: Moisés ordena apedrear a tales, ¿tú qué dices de ella? (Juan VIII, 15). Pero quien había sido ungido con el cuerno lleno, dice: El que esté sin pecado entre vosotros, que sea el primero en arrojar la piedra contra ella. Como si aquel que decía: Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora (Lucas VII, 39), hubiera asumido el cuerno para golpear. Pero quien había sido ungido Jesús con la plenitud del cuerno, lo perdonaba todo, diciendo: Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho. De ahí que a los que murmuraban por la asunción de los pecadores, dice: No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mateo IX, 13). Por lo tanto, el profeta es enviado con el cuerno lleno para ungir a David, porque ahora los doctores predicán a aquel que disolvió la dureza de la ley, y reparó todo lo que presentó rígido por los ungüentos de su gracia. ¿No lo ungía aquel que fue enviado a ungirlo, de quien se dice: Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan: este vino como testigo, para dar testimonio de la luz (Juan I, 6)? Pero hemos oído cómo fue enviado, escuchemos cómo unge: He aquí, dice, el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo (Juan I, 29).

24. Puede designarse por el cuerno, a saber, la sublimidad de la santa Iglesia, que es grande, pero no es austera ni soberbia. De lo cual ciertamente se dice por Ana, la madre de Samuel: Exaltará el cuerno de su Cristo (1 Samuel II, 10). De ahí que también se dice por Zacarías: Ha levantado un cuerno de salvación para nosotros, en la casa de David su siervo (Lucas I, 69). ¿Qué es, en efecto, el cuerno de salvación, sino la sublimidad del poder eclesiástico? Pues lo que no se dice en ningún lugar a los antiguos, ahora se dice a la Iglesia universal: Lo que ates en la tierra, será atado en los cielos; y lo que desates en la tierra, será desatado en los cielos (Mateo XVI, 19). Este cuerno ciertamente se dice erguido y lleno de aceite, porque la santa Iglesia, con la sublimidad del poder, extiende las entrañas de la misericordia. Y porque por el vicio de la humanidad condenada, podemos ser más fácilmente elevados a la autoridad del poder que inclinados a la suavidad de la piedad; bien no se ordena preparar el cuerno, sino el aceite. Pues quien dice, llena tu cuerno de aceite, ha señalado que el cuerno está sin aceite. ¿Qué es esto, sino que podemos enojarnos y reprender incluso sin consejo, pero no podemos inclinarnos a la misericordia, sino por gran meditación? Como si dijera: El celo que tienes naturalmente, llénalo de aceite, que si no lo tienes de ti mismo, puedes tenerlo por virtud. Lo que ciertamente se dice a aquel que es enviado a ungir al Redentor; para que quien se pone en el oficio de la predicación, siempre se esfuerce por ser rico en misericordia.

25. Este cuerno puede mostrar el afecto de la mente. Este cuerno ciertamente se ordena llenar, porque la unción de nuestro Redentor, es decir, la santificación, debe ser conocida perfectamente antes de que pueda ser predicada suficientemente. Por lo tanto, el cuerno se

llena, cuando se conoce bien la santidad del Redentor. Y se unge con el cuerno lleno, cuando se predica óptimamente. Pues Juan, porque había venido a ungir predicando, como si llenara el cuerno conociendo; para que pudiera ungirlo bien hablando. Pero si queremos conocer bien la plenitud, escuchemos lo que se dice en el Evangelio: La palabra fue sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto (Lucas III, 2). Por lo tanto, lo ungió con el cuerno lleno, quien primero fue perfectamente enseñado por la palabra antes de que pudiera hablar de la divinidad del Verbo y de la naturaleza humana asumida. Pero viniendo, tenía un becerro en la mano; porque, para hacerse digno pregonero del Redentor, sacrificó su carne a Dios por la abstinencia. También puede designarse al mismo Señor con la apelación de becerro. ¿Qué significa, pues, que el profeta lleva un becerro en la mano, sino que quien quiere mostrar a Jesús predicando, debe imitar las pasiones de aquel a quien predica por la mortificación de la carne? En efecto, tener un becerro en la mano, es mostrar la semejanza de la pasión de Cristo en la virtud de la operación. De lo contrario, quien viene a ungir al rey, es asesinado; porque ciertamente el predicador de la verdad se convierte en peligro para su salvación, quien conculca con mala operación la palabra que predica con la boca. Por lo tanto, Samuel, viniendo a ungir al rey, llevó un becerro en la mano; porque el precursor del Señor se mostró primero admirable por el resplandor de la conversación celestial, y así indicó el bien de tan gran gracia a los ignorantes.

26. Pero, ¿qué significa que se ordene buscar entre los hijos de Isaí, sino que nacería del pueblo antiguo y no tendría igual? Se ordena buscar, para que creamos en Él con razón. Y porque Él mismo dice: "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae" (Juan 6, 44), bien se le dice a Samuel por el Padre: "Ungirás al que te mostraré". Como si hubiera ungido al que le fue mostrado antes, quien de aquel a quien ungió escuchaba: "Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mateo 16, 17). Por tanto, es enviado a Belén, porque cuando se busca a Cristo según la carne, se encuentra nacido del pueblo judío. También viene a Belén, porque el orden de los predicadores se esforzó primero en convertir a Judea, y después predicó la fe del Redentor a los gentiles. ¿Qué significa que los ancianos de la ciudad se asombran, sino que aquellos que habían alcanzado la madurez del entendimiento se maravillaban ante la predicación de una novedad tan grande? Pero, admirados, le salen al encuentro, porque escuchan con gusto la predicación de la verdad. Salir al encuentro de los predicadores es escuchar con deseo la palabra de fe que predicán. ¿Qué preguntan sobre su entrada pacífica? ¿Qué es una entrada pacífica, sino cuando viene con la presencia de la paz? Esta paz también la muestra quien dice: "Él es nuestra paz, quien de ambos pueblos hizo uno" (Efesios 2, 14). ¿Qué significa entonces que pregunten sobre su entrada pacífica, sino que los corazones de los elegidos judíos esperaban con deseo la promesa de los padres? Como si los que esperaban, dudando, dijeran: ¿Acaso ha venido la paz que predijo que vendría, precedida por tanto tiempo? Y porque los nuevos doctores narran que lo que los antiguos padres prometieron se ha cumplido, dicen: "Pacífico". Como si dijeran: No prometemos cosas futuras, sino que mostramos los dones presentes de la paz. En nuestra entrada está presente, en nuestra palabra no es futura. Ya el justo Simeón lo vio, ya lo sostuvo y adoró, diciendo: "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, según tu palabra" (Lucas 2, 29). Ya se apareció a los pastores, ya enviada desde los cielos la paz largamente esperada, una multitud de ángeles cantó: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Lucas 2, 14). Y porque no solo vino a predicar la paz, sino también a persuadir, añade diciendo: "He venido para ofrecer sacrificio".

27. ¿Qué es ofrecer sacrificio para el sacerdote, sino unir los corazones de los elegidos a nuestro Redentor por amor? Como si dijera: Vosotros queréis saber si ha venido, pero no

sirve de nada saberlo si no sirve de nada amarlo. Por tanto, he venido para ofrecer sacrificio al Señor. De ahí que Pablo expulse a aquellos en quienes no podía ofrecer sacrificio, diciendo: "Si alguno no ama al Señor Jesucristo, sea anatema" (1 Corintios 16, 22). Pero a los invitados al sacrificio se les dice: "Santificaos y venid". Los judíos, por tanto, no pueden venir con nosotros al sacrificio de la fe, porque no quieren juzgar al Señor Jesús a partir de las Escrituras, sino que rehúyen escuchar su predicación solo por odio. Por eso el Señor se queja por sí mismo, diciendo: "Si no hubiera hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa, porque han visto y me han odiado a mí y a mi Padre" (Juan 15, 24). ¿Qué significa entonces que se diga: "Santificaos y venid"? Pero santificarse para los oyentes es preparar el secreto de una mente pura para escuchar. Santificarse para ellos es, en efecto, arrojar el odio del corazón y preparar la pureza de la intención para escuchar la palabra de la predicación. Por tanto, se les ordena venir santificados, porque no sirve de nada venir quienes no tienen la intención de pureza al escuchar. Y porque a través de los santos doctores habla el Espíritu Santo, dice: "Venid conmigo", como si dijera: Prestad atención a quien habla, para que creáis con vosotros al que escucha, porque hablo de tal manera que escucho, ya que soy yo quien hablo y administro la locución. Y porque al inicio de la naciente Iglesia muchos de los judíos escucharon devotamente y creyeron fielmente, se dice bien que Isaí y sus hijos fueron santificados por Samuel y fueron invitados al sacrificio.

28. Pero entre los siete hijos de Isaí no se encuentra al rey. ¿Qué son los siete hijos de Isaí, sino todos los perfectos de la Sinagoga? Que vienen al profeta, pero ninguno de ellos es elegido: porque el predicador elegido observa a los hijos perfectos de la Sinagoga y no cree que ninguno de ellos sea el Redentor del género humano. Por tanto, presenta a todos los hijos mayores, para que cuando observemos a todos los perfectos, pensemos en la excelencia del Redentor. En los cuales, ciertamente, si no se presenta al pequeño, no se muestra que sea rey por el Señor: porque, sin duda, cuando comparamos a nuestro Redentor con grandes hombres, se ve cuánto sobresale su dignidad. Por tanto, no se encuentra en los demás, porque son hombres puros. Se busca, entonces, al niño en los pastos que apacienta las ovejas, porque hasta la muerte se somete obedeciendo al Padre: "¿Quién contará su generación?" (Isaías 53, 8). Se le llama pequeño, porque se recomienda la gracia de su humildad. Se le llama pequeño, quien es menor que los ángeles, como se dice por el salmista (Salmo 8). Pero el pequeño apacienta las ovejas, porque es humilde por humildad y sublime por majestad. Aquí trabaja y tiene hambre, pero allí alimenta a los ángeles con la gloria de su majestad. Pues, de la plenitud de su gloria todos reciben, como si en esos pastos bienaventurados se saciaran por medio del niño. También se le afirma como pastor pequeño: porque de la asunción de su carne, los ciudadanos celestiales se alegran inefablemente. Esa alegría inefable de los ciudadanos bienaventurados es como el alimento de las ovejas. Por tanto, se ordena que sea traído con insistencia, y es necesario diferir el banquete hasta que venga. Pues se celebraría el banquete antes de que viniera, si el pueblo hubiera creído en otro. Por tanto, debía esperarse a quien fue el alimento singular y único de las almas bienaventuradas. Por eso, Él mismo dice: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan 6, 51). Pero porque "el que ascendió es el mismo que descendió" (Efesios 4, 10), se le envía para que sea traído. Enviar a los pastos es extender la mente por encima de los ángeles hasta la igualdad con el Padre eterno. Y encontrarlo es creer que es igual en todo al Padre supremo. Sin embargo, lo trae quien ya afirma que vino para la Redención del género humano por la humanidad asumida. Pues lo había enviado y lo había traído aquí, a quien en su tipo se le envía, cuando decía: "El que viene de arriba está por encima de todos" (Juan 3, 31). Isaías traía al pequeño que apacienta las ovejas, cuando decía: "Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, y su nombre será llamado Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz" (Isaías 9, 6). Pero

porque la fe del doctor solo aprovecha para la salvación de sí mismo, no también para los oyentes, se ordena enviar y traer, para que cada uno tenga su fe, por la cual merezca ser salvado. Pues cada uno debe ir y traerlo, porque deben creer firmemente que es igual al Padre eterno por su divinidad y participe de nuestra naturaleza por su humanidad.

29. De cuya descripción también se dice: "Era rubio, de hermoso aspecto y de bella presencia". Rubio, porque fue herido con una lanza; rubio, porque en la pasión se tornó rojizo. Por eso, también se le dice por el profeta: "¿Por qué es rojo tu vestido?" (Isaías 63, 2). Fue rubio, a quien el candor de tanta inocencia coloreó con el rubor de su preciosa sangre. También fue de hermoso aspecto, porque resucitando se revistió de la belleza de la inmortalidad, y nos miró a nosotros, mortales, con gran amor. Como si prometiera a sus discípulos la belleza de su aspecto, dice: "Os volveré a ver, y vuestro corazón se alegrará" (Juan 16, 22). De nuevo prometiendo, dice: "Voy a prepararos un lugar, y vendré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis". ¿Qué es la belleza de su rostro, sino su gloria de majestad? Pues su rostro es el conocimiento perfecto. También Pablo, al recordarlo, dice: "Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido" (1 Corintios 13, 12). ¿Qué es, entonces, la belleza de su rostro, sino el esplendor de la divinidad eterna? Esa belleza ahora se cree, no se ve; entonces no se creará, sino que se verá, porque el apóstol dice: "Cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es" (1 Juan 3, 2). Por eso, también a Moisés, que pedía ver esa belleza del rostro, se le respondió: "Verás mis espaldas" (Éxodo 33, 23). Todo lo que ahora podemos contemplar de su divinidad no es la belleza misma, sino el velo de la belleza. Vemos las espaldas, para seguirle; pero, al llegar a Él siguiendo, veremos las partes delanteras, es decir, la belleza del rostro. Por tanto, fue rubio en el mundo, hermoso en el paraíso, de bello rostro eternamente en el cielo. Toda esta triple belleza también puede reconocerse en su vida presente. Fue rubio, porque amó fervientemente a aquellos por quienes dio su vida. Fue de hermoso aspecto, porque lo conocía todo. De bello rostro, porque hizo todo bien. Pero, ¿cuál es esa belleza del aspecto? "Nadie conoce al Padre, sino el Hijo" (Mateo 11, 27). También Pedro, admirado, dice: "Ahora sabemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte" (Juan 16, 30). La belleza del rostro la proclaman las multitudes que dicen: "Todo lo ha hecho bien, hace oír a los sordos y hablar a los mudos" (Marcos 7, 37). También otros, admirados, dicen: "¿Quién es este, que hasta los vientos y el mar le obedecen?" (Mateo 8, 27). ¿Qué es, entonces, la belleza del rostro, sino la hermosura de la santidad? ¿Qué es, además, la belleza del rostro, sino el esplendor incomparable de su vida? Porque en todo lo que hizo resplandeció con una luz de gracia incomparable. Admirando esta belleza del rostro, el salmista dice: "Eres el más hermoso de los hijos de los hombres, la gracia se derrama en tus labios" (Salmo 45, 3). Pablo, predicando esto, dice: "Él, siendo el resplandor de su gloria y la imagen de su sustancia, y sosteniendo todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo hecho la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto mejor que los ángeles, cuanto más excelente que ellos ha heredado un nombre. Porque, ¿a cuál de los ángeles dijo alguna vez: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy?" (Hebreos 1, 3). Por tanto, al profeta se le ordena correctamente: "Levántate y úngelo, porque él es".

30. También el apóstol Pedro, no solo profeta, sino sumo patriarca, vio la luz inefable derramada desde lo alto, la nube que lo cubría, al Padre clamando: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco" (Mateo 17, 5; Marcos 1, 11; Lucas 3, 22; 2 Pedro 1, 17). Allí se dice: "Porque él es". Aquí se dice: "Este es mi Hijo amado". Allí, porque se mostraba en tipos, se ve como más ausente, cuando se dice: "Porque él es". Aquí, sin embargo, porque ya se había revelado su claridad, se ve más presente, porque dice: "Este es mi Hijo amado, en

quien me complazco". Por tanto, aquí debe ser ungido, aquí alabado, y acariciado con favores perpetuos. Pero, ¿quién puede alabar dignamente, cuando no puede ver la gloria que alaba? ¿Qué significa que Pedro cae cuando escucha la voz resonando con palabras de tan gran proclamación? Pero era pequeño, aún veía lo que no podía ver. Veía, y porque al ver caía, significa que no podía alcanzar lo que merecía ver. Nadie puede decir: "Jesús es el Señor", sino en el Espíritu Santo (1 Corintios 12, 3). Por tanto, Pedro, que aún no había recibido la plenitud del Espíritu, no podía predicar a Jesús como un niño. Por tanto, se le ordena levantarse primero y no contar la visión a nadie hasta que resucitara de entre los muertos. Pues después de la resurrección recibiría el Espíritu Santo. Por eso está escrito: "Aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado" (Juan 7, 39). Por tanto, Pedro no debía contar la visión antes de la resurrección, porque aunque vio bien, antes de tener el Espíritu, no entendió.

31. ¿Qué significa, entonces, que el Señor diga a Samuel: "Levántate y úngelo"? ¿Qué significa que se le ordene levantarse para ungir, sino que es necesario que se eleve mucho hacia lo alto quien desea predicar la sublimidad del Señor? Pero, ¿cuánto estaba elevado Pedro, que fue llevado a ver cosas tan grandes? Pero si él aún espera un estado más alto de perfección, ¿quién no temerá asumir el oficio de tan gran predicación? Si el Señor advierte al profeta que se levante, ¿se atreverá a predicar al Señor quien yace por la caída de la depravación? Por eso, a cada predicador se le ordena por Isaías: "Sube a un monte alto, tú que llevas buenas nuevas a Sion" (Isaías 40, 9). El monte alto es la perfección de la doctrina y de la obra. Por tanto, levántese quien es ordenado ungir al rey, extiéndase hacia lo alto. Levántese en obra alta, levántese en alta contemplación, levántese en sabiduría de palabra, levántese en virtud de caridad. Aquel que es ungido predicando es tan grande que apenas se puede llegar a él desde las alturas. Y tal vez Pablo podía ungirlo por eso, porque dice: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses 3, 20). Por eso podía ungirlo, porque se había elevado a los secretos del tercer cielo y escuchaba palabras arcanas en el paraíso. Por tanto, el Señor Jesús debe ser predicado sublimemente por los sublimes, el profeta es ordenado levantarse, porque se le ordena ungir a aquel por quien él mismo es señalado. Esta es, en verdad, una virtud de conversación perfecta muy alta, pero muchos la cumplen perfectamente. Esta es, en verdad, una gran sublimidad, pero, sin embargo, la santa Iglesia tiene muchos sublimes. Pues desde que rechazó a la Sinagoga, elevó a la santa Iglesia a una innumerable altura de virtud. Por tanto, se dice bien: "Y el espíritu del Señor se dirigió a David desde aquel día en adelante". El día es la fe del Redentor: en la cual, ciertamente, la santa Iglesia es iluminada, y la Sinagoga rechazada es oprimida por una ceguera asombrosa. En ese día, por tanto, el Espíritu Santo se dirige a David: porque su gracia es quitada a la Sinagoga y dada a los elegidos de la santa Iglesia. Se dirige, porque los abandona a ellos y asume a estos. Pero se dirige en el día, porque quien no ha sido iluminado en la fe del Redentor no puede tener en sí al espíritu que dirige. Por tanto, el espíritu se dirige en el día, porque se da a quienes tienen la luz de la fe. Sin embargo, se dirige a David, porque solo la santa Iglesia lo recibe, que es el cuerpo del Redentor. Pero porque, con Dios como autor, hemos completado lo que propusimos tratar del libro de los Reyes, se debe orar al supremo y omnipotente Espíritu, para que quien pronunció las palabras por quien quiso, conceda tanto al que escribe como al que lee el afecto de la virtud. Amén.